

JAAN KROSS

Vuelo estático

Traducción de Consuelo Rubio Alcover



Vuelo estático



Jaan Kross

Traducción del estonio y prólogo a cargo de
Consuelo Rubio Alcover



IMPEDIMENTA



PRÓLOGO



UNA POLIFONÍA BÁLTICA

por Consuelo Rubio Alcover

Las casi quinientas páginas que siguen a este prólogo contienen, como comienza diciendo el propio Jaan Kross, «la historia de Ullo Paerand». La voz narrativa, Jaak Sirkel, trasunto del propio Kross, presenta a Ullo como alguien a quien conoció en el colegio Wikman de Tallin, un chico cuatro años mayor que él, cuya personalidad le impresionaba ya entonces por distintas razones. El primer dato que debería tener en cuenta el lector español desconocedor de la cultura estonia y de la obra de Kross es que en *Vuelo estático*, novela de madurez, publicada en el año 1998, el autor remite al lector a *Wikmani poisid (Los chicos de Wikman)*, roman à clef del año 1988 con la que enlaza desde el tercer párrafo. El éxito de la obra *Los chicos de Wikman*, centrada en las peripecias de un grupo de alumnos de la Academia Wikman (prestigioso centro masculino de enseñanza de Tallin) desde 1937 hasta 1944, se vio amplificado gracias a la serie del mismo nombre producida por ETV, la televisión nacional de Estonia, en el año 1994.

Jaan Kross, considerado el gran maestro de las letras estonias del siglo xx, pertinaz candidato al Premio Nobel de Literatura hasta su muerte en el año 2007, nació en Tallin en 1920, pasó los primeros años de su vida en el barrio portuario de Kalamaja (igual que Jaak Sirkel, su *alter ego* en la novela) y asistió al colegio Jakob Westholm de su ciudad natal (modelo en el que está inspirado la Academia Wikman) antes de estudiar Derecho en la Universidad de Tartu entre los años 1938 y 1945. Kross tenía veinte años, aproximadamente la misma edad que los chavales de Wikman al final de la novela de 1988, cuando las tres Repúblicas Bálticas (Estonia, Letonia y Lituania) fueron invadidas por el Ejército Rojo. La joven República

Independiente de Estonia, nacida tras la caída del Imperio ruso, la revolución bolchevique de 1917 y la Primera Guerra Mundial, se había mantenido a flote pese a las fuertes turbulencias de principios de siglo, pero su Gobierno fue entonces depuesto y todos sus miembros fueron ejecutados o deportados a Siberia. Entre 1941 y 1944 Estonia estuvo ocupada por los alemanes, en principio recibidos con los brazos abiertos por la población aunque pronto se revelasen como invasores tan poco deseables como los rusos. En 1944, el joven Jaan fue arrestado durante unos cuantos días por las autoridades nazis, acusado de «actividades nacionalistas» (es decir, de conspirar en favor de la República Independiente de Estonia). Ya en 1939 se había firmado el llamado Pacto de Ribbentrop-Mólotov, por el cual la URSS y la Alemania nazi se dividieron el este de Europa en zonas de influencia. Fue un momento de desencanto y oprobio para los países bálticos, pues la ciudadanía se sintió utilizada como moneda de cambio por las potencias de Europa Occidental y vendida a la Rusia de Stalin. A principios de 1946, cuando, en virtud de ese pacto, Estonia se había convertido ya en una república soviética, Kross fue detenido de nuevo y permaneció encarcelado en Tallin, en dependencias del NKVD,¹ hasta que fue condenado a «5+5» (cinco años de trabajos forzados y cinco de exilio en Siberia) y deportado a un gulag en Inta, cerca de Vorkuta, donde cumplió su condena en las minas. Luego fue deportado a la región de Krasnoyarsk, donde trabajó en una fábrica de ladrillos y realizó después tareas más llevaderas, como el secado de botas de fieltro, acontecimientos que relata a través de la voz de Jaak Sirkel en *Vuelo estático*, en lo que constituye una línea narrativa paralela a la del protagonista, Ullo Paerand.

Antes de cumplir su condena íntegramente, Kross pudo regresar a Estonia en 1954, gracias a las amnistías de la era Jrushchov. Fue entonces cuando profesionalizó su actividad literaria, mantenida durante el exilio (en esa etapa, escribió poesía y tradujo a autores como Blok o Símonov), en parte debido a que los estudios de Derecho cursados en Tartu carecían de validez en la Estonia soviética. A grandes rasgos, su prosa suele dividirse en dos categorías: la novela histórica, género que Kross cultivó con reconocida maestría, y los textos de carácter autobiográfico. En el primer grupo hallamos obras como *El loco del zar* (1978), su novela más celebrada y traducida, *Romance de Rakvere* (1982), *La partida del profesor Martens* (1984) o la tetralogía *Entre tres plagas*, publicada entre 1970 y 1976. Las tramas históricas de Kross suelen centrarse en el destino de personajes

extraordinarios, disidentes que se mueven por los márgenes de la sociedad, oponiéndose al orden establecido. Entre sus obras de cariz memorialístico se encuentran, además de *Vuelo estático*, *Los chicos de Wikman* y su secuela, *El anillo de Mesmer* (1995), la colección de relatos *La conspiración y otras historias* (1988), la novela *Tahtamaa* (2001) y la autobiografía en dos volúmenes *Queridos compañeros de viaje* (2003 y 2008).

Además de rasgos étnicos y culturales propios, el pueblo estonio tiene su minoritario idioma (hablado por poco más de un millón de personas) como rasgo identitario fundamental: este constituye la piedra angular del sentimiento nacional, mantenido hasta hoy contra viento y marea, en vista de la proximidad de vecinos tan poderosos y potencialmente agresivos como Rusia. Por ello, no puedo dejar de hacer una anotación acerca de la lengua en la que se escribió originalmente esta novela. El estonio, en contra de lo que podría pensarse, no pertenece a la familia eslava como el ruso, el polaco o el búlgaro, ni tampoco a la baltoeslava como el letón o el lituano. Se trata de una lengua no indoeuropea de la familia ugro-finesa, a la que solamente pertenecen el estonio, el húngaro y el finés entre las lenguas europeas. Sus mecanismos morfosintácticos aglutinantes difieren ostensiblemente de los de las lenguas indoeuropeas.

Reconocido como el gran bardo de las letras estonias del siglo xx, Kross ha sido comparado por críticos como Claudio Magris o Doris Lessing con Thomas Mann. Esta obra podría darles la razón, pues el autor utiliza la voz de su condiscípulo y amigo para pintar el fresco de las aventuras y desventuras de toda una generación. A lo largo de sesenta años, Ullo y sus coetáneos asisten impotentes a un drama nacional —y personal— que tiene lugar con la complicidad tácita de las potencias vecinas. Al igual que en las grandes novelas de Mann, podemos considerar la Historia misma como uno de los personajes principales de la trama. Antes de que nacieran Ullo y sus contemporáneos, durante su azarosa historia, el país había sido siempre un territorio colonizado por potencias europeas (Suecia, Dinamarca, Alemania, Rusia) hasta que, tras la Guerra de Liberación Nacional de 1918, se proclamara por primera vez la República Independiente de Estonia. En las décadas inmediatamente anteriores, pese a ser una provincia de la Rusia zarista, la clase dominante seguía siendo la nobleza baltoalemana: terratenientes de origen prusiano que habitaban *mõisad* (casas solariegas en el campo) y que «poseían» aún siervos estonios, prácticamente en un régimen

de esclavitud. En 1941 Hitler ocupó Estonia e hizo un llamamiento a los descendientes de esta aristocracia baltoalemana para que retornasen a la patria. Aproximadamente 14 000 de ellos aprovecharon ese momento para escapar cuando vieron cernirse sobre el país la amenaza soviética: es el movimiento de Umsiedlung al que se refiere Kross en varios pasajes del texto que sigue.

Mención aparte merece la geografía urbana de la capital de Estonia, Tallin, en la que se enmarca casi todo el devenir vital de Ullo. El mismo Kross emplea una sugestiva metáfora en el capítulo 18, según la cual Tallin sería una «ciudad-árbol»: su «tronco de piedra» estaría formado por Vanalinn, el casco antiguo, que comprende la colina de Toompea y la parte alta, con el imponente edificio rosa del Parlamento o Riigikogu, la catedral luterana Toomkirik y las cúpulas en forma de cebolla de la catedral ortodoxa de Alexander Nevski que coronan el conjunto. Al pie de la colina, en la parte baja, la calle Harju (donde se alza la poderosa torre de Niguliste Kirik, la iglesia de San Nicolás) comunica la plaza del Ayuntamiento (Raekojaplats) con la otra gran plaza de la ciudad, la plaza de la Libertad (Vabaduseväljak). A escasas decenas de metros de estos lugares, en dirección norte, se hallan las adoquinadas calles Pikk, tantas veces mencionada en esta historia, y Pagari, donde estaba enclavado el cuartel de la KGB. También al pie de Toompea, pero al otro lado de la ciudad antigua, en el barrio de Tõnismägi, nos tropezaremos con la Biblioteca Nacional, detrás de la cual discurre la calle Erbe (hoy llamada Lõkke), donde vive Maret con su padre cuando conoce a Ullo. En dirección sur, a poca distancia de las dos plazas centrales, se extiende la avenida Liivalaia, que conduce por el oeste hasta el moderno centro comercial y de negocios, donde se encuentran aún hoy las calles Kentmanni (allí sigue la embajada

de Estados Unidos, y allí coloca Kross el apartamento del Jaak Sirkel recién casado), Süda (donde Kross sitúa la escuela Knüpfer a la que asiste Ullo de niño) y Raua (domicilio familiar de los Berends en la época dorada de la infancia del protagonista). Si caminamos hacia el noroeste desde el ayuntamiento, atravesaremos la estación de ferrocarril Baltijaam y accederemos al barrio portuario de Kalamaja, donde se encuentra la prisión de Patarei (allí está recluido Ullo durante los bombardeos de Tallin en septiembre de 1944). No lejos de Kalamaja, en la avenida de Paldiski, que se aleja del centro por el suroeste, continúa estando Seewald, la institución en la

que Ullo acaba sus días. La avenida de Narva es una gran arteria comercial que lleva desde las puertas de Viru (pintorescos restos de la antigua muralla que rodeaba Vanalinn) hasta el paseo marítimo Pirita Tee. Nõmme, donde viven Ullo y su madre durante la temporada en la que se dedican al negocio de los huertos, y Rannamõisa, donde tienen su casa de veraneo los padres de Jaak Sirkel, siguen siendo hoy en día zonas residenciales de clase media y media-alta en la periferia de la capital. Además de Tallin, que constituye su escenario principal, la novela de Ullo Paerand cuenta con otros escenarios secundarios, sobre todo la ciudad universitaria de Tartu, pero también otras poblaciones: Pärnu, centro de veraneo en cuya playa pasa varias vacaciones Ullo con su tío Joomas, Haapsalu, ciudad-balneario en la costa oeste, Viljandi en el corazón rural del país, Rakvere en el noreste y Narva en el extremo más oriental, una ciudad-fortaleza en la frontera con Rusia que quedó arrasada durante la Segunda Guerra Mundial.

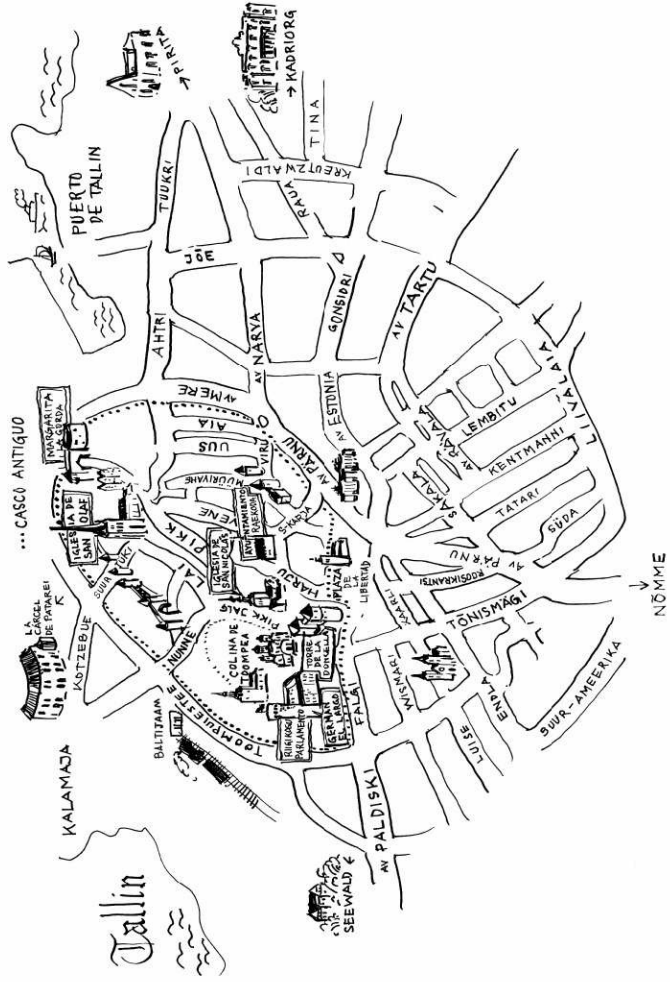
Buena parte de la segunda mitad de *Vuelo estático* se desarrolla con la Segunda Guerra Mundial como telón de fondo. Los *vapsid*, mencionados en diferentes ocasiones en el contexto de esta contienda, eran militares veteranos de la Guerra de Liberación Nacional de 1918. Este movimiento de tendencias fascistas, junto al golpe de Estado dado por los comunistas en 1924 y el catastrófico *crack* de Wall Street, dieron lugar al llamado «Período de Silencio»: un gobierno autocrático liderado por Konstantin Päts cuyo férreo control empezó a relajarse en 1938 con la creación del Riigivolikogu (Cámara de Representantes, que existió desde ese año hasta 1940 y que solo se restauró al concluir la era soviética en 1992). Durante la Guerra de Liberación, el Ejército estonio (apoyado por la Marina inglesa, al mando del almirante sir Edwin Sinclair) se impuso frente a los ejércitos ruso y alemán, y en 1920 se firmó la Paz de Tartu, por la cual Rusia reconocía la soberanía nacional de la República de Estonia, Estado independiente que se mantendría hasta la anexión a la URSS en agosto de 1940. En un episodio clave de la vida de Ullo Berends, veremos a nuestro protagonista ejerciendo inopinadamente de hombre de confianza del primer ministro Otto Tief; son hechos que han de ubicarse en el contexto de un brevísimo período de apenas unos días, en octubre de 1944, durante el que se volvió a proclamar la República Independiente de Estonia aprovechando el vacío de poder que dejaban al retirarse los invasores nazis y antes de que cruzasen las fronteras del país las tropas de la URSS para establecer la nueva

legalidad soviética. El Gobierno presidido por Tief fue efímero, como veremos en la novela, y sus miembros se exiliaron por mar a Suecia pocos días después de tomar posesión de sus cargos. Precisamente en esos días se estaba librando en los alrededores de Tallin la sangrienta batalla de las Montañas Azules. La situación de la población estonia era entonces verdaderamente esquizofrénica, con soldados luchando en ambos bandos, soviético y alemán, debido a las levas obligatorias que se habían realizado en los meses y años anteriores. Por su parte, la guardia o milicia urbana del Omakaitse, en la que trabaja Ullo como infiltrado de la Tercera Vía, había surgido durante la Guerra de Liberación, renacido durante la ocupación alemana de 1941-1944, y asumido *de facto* las tareas de policía secreta para los ocupantes nazis. Los Metsavennad o «hermanos del bosque» eran guerrilleros que se echaron al monte cuando el yugo soviético se apoderó de Estonia, y resistieron hasta la década de los cincuenta del siglo pasado, tal y como queda reflejado en la popular novela de la finlandesa de ascendencia estonia Sofi Oksanen, *Purga*, de 2008.

Ahora, si nos lo permite el fragor de la tumultuosa historia de los países bálticos resonando al fondo, nos resta disfrutar de este relato sobre las andanzas e industrias de nuestro dudoso héroe Ullo Berends. Sumérjanse en una novela que es, al mismo tiempo, crónica viva de la historia reciente de la patria de Jaan Kross.

CONSUELO RUBIO ALCOVER

1. Comisariado de Asuntos Internos del Partido Comunista, que, asociado con los servicios de espionaje soviéticos, ejecutó las políticas de la era Stalin caracterizadas por una censura férrea y deportaciones masivas.



VUELO ESTÁTICO

Pues bien, he aquí la historia de mi viejo amigo, Ullo Paerand, objeto de mi simpatía, de mis dudas y de mi admiración.

De pasada, ya he hablado de él en algún sitio. Pero necesita más espacio. Necesita un tratamiento distinto, cobrar mayor protagonismo. En primer lugar, por ser quien es, sin más. Pero también por el papel que tuvo en un proceso anterior, el de la construcción de su propia historiografía. Y, finalmente, por el que desempeñó en el trasfondo histórico en el que figuraba. No fue un papel protagonista, pero sí, al menos, decorativo.

Nos conocimos en la famosa Academia Wikman. Y el hecho de que quedase fuera del círculo de los chicos de Wikman, círculo que inspiró mi novela así titulada, se debe sencillamente a que allí la acción se desarrolla casi en exclusiva entre compañeros de clase, y él era cuatro o incluso cinco años mayor que nosotros. A lo que he de agregar otra razón para dejarle al margen de aquella galería: ya entonces intuía que a Ullo no le bastaría con que le tratara como a uno más de la pandilla, sino que sería necesario que me ocupase de él extensa e individualmente.

Conque la primera vez que me llamó la atención debió de ser en las escaleras de Wikman, o en su amarillo salón de actos, en torno al año 1933 o 1934, cuando yo tenía unos doce o trece años y él entre dieciséis y dieciocho. Yo estaría, me imagino, en el último curso de la escuela primaria y él ya en el décimo curso de la secundaria. O puede que hasta fuese ya a bachillerato. En cualquier caso, era alto, flaco, tenía la cara estrecha y una nariz más bien larga, delicada, y la nuez grande... En definitiva, Ullo era un chico larguirucho que a menudo parecía estar resfriado.

No recuerdo si en aquel tiempo ya era yo consciente de la diferencia entre el volumen de los cerebros de Turguénev y France (si no recuerdo mal, el primero pesaba 2018 gramos y el segundo 1343), aunque probablemente sí que lo supiese, porque no me llamó la atención en ningún momento que a él (o sea, a Ullo) le cupiera en un cráneo tan chico, como de pájaro, un intelecto

tan notable. No tardé en darme cuenta de que era muy inteligente. Pero antes incluso de que entablara amistad con él no pude evitar fijarme en lo mal vestido que iba. Algo que no solía suceder en Wikman. Las mangas cortas, la camisa desgastada por los codos, el abrigo raquítico, los pantalones raídos... No es que vistiese con desaliño, nada de eso. Llevaba los puños de las camisas y los ojales cosidos con esmero, así como un parche en el pantalón protegiendo el trasero que, para más señas, era de una tela que más o menos hacía juego con el resto. Pero lo que más me llamó la atención de su indumentaria fue que llevase siempre la misma gorra de color rojo oscuro y ala negra, la gorra del instituto, incluso cuando más arreciaba el frío. La llevaba cuando todos los demás chicos iban al colegio con esos gorros de pieles con orejeras; a los más pequeños sus madres les habrían embutido bien las cabezas en ellos antes de salir de casa, y a los mayores les habrían rogado encarecidamente que se los pusiesen solos, en vista de aquel frío tan cortante. Algunos, por cierto, se los ponían voluntariamente, a pesar de que, si por ellos fuese, también hubiesen salido de casa con la gorra del uniforme, plantándole cara al frío. Había días de frío en los que no queríamos ir al colegio con el gorro, porque haciéndolo nos delatábamos automáticamente como unos niños de mamá. En los días más gélidos, quien salía así a la calle demostraba un enorme estoicismo y dominio de sí. A mí, no hay ni que decirlo, mi madre me encasquetaba el gorro de invierno sin que dijese ni mu. Aunque intentaba justificar esa fastidiosa cautela invocando un reciente ataque de otitis, era francamente una lata tener que llevar el gorro, y a mis ojos, todo esto convertía la hazaña de Ullo en algo todavía más envidiable. Pensé así hasta que supe (aunque no me acuerdo de cómo lo averigüé) lo que pasaba en realidad: Ullo, sencillamente, no tenía gorro de invierno. A partir de entonces, lo de ir al colegio con la gorra del instituto dejó de ser un rasgo excéntrico, digno de reverencia, y adquirió para mí un tinte en cierto modo patético.

Los chicos del décimo curso, por no hablar de los del undécimo, no solían relacionarse con los más pequeños. A no ser que, por ejemplo, tuvieran un hermano en sexto y su madre les hubiese ordenado vigilar al pequeñajo, no fuese a aventurarse fuera del edificio del colegio a veinte bajo cero para ir al gimnasio, vestido solo con la chaqueta. El gimnasio estaba a un kilómetro y, a veces, los mocosos de doce o trece años iban hasta allí para probar su hombría. En aquellos casos, si el hermano mayor había quedado encargado

de asegurarse de que el menor se ponía el abrigo y la bufanda como Dios manda, podía darse que todo un candidato al examen de reválida de bachillerato se tuviese que rebajar y acudir a la puerta del guardarropa para gritarle a su hermano menor: «¡Eh, tú, pedazo de zoquete! ¡¿Es que voy a tener que ir yo a abrocharte el abrigo?! ¡Venga ya, hombre, andando y como las balas!».

En el resto de los casos, los contactos personales de los chicos mayores con los menores eran sencillamente inexistentes. Y a Ullo no le concernía en absoluto si yo me ponía o me dejaba de poner el abrigo o la bufanda. A pesar de lo cual, acabamos coincidiendo. Creo recordar que ocurrió durante un recreo especialmente largo.

Sucedió que nuestro maestro Schwarz, un alemán estrafalario, tuvo a bien preguntarnos un día (tenía que estar fuera del programa, porque era materia de noveno curso) qué clase de hombre fue y qué escribió un tipo francés llamado Adelbert von Chamisso. Se lo teníamos que decir en la siguiente hora de clase. Yo me lo había estudiado un poco, pero, cuando llegamos al aula, el señor Schwarz me sacó inmediatamente a la pizarra y me empezó a preguntar. Quería saber cuál era el nombre de una condenada isla (yo sabía que era una isla del Pacífico) sobre la cual el tal Chamisso había compuesto un poema entero. Pero el nombre de aquella isla se me había olvidado y no me estaba permitido separarme de la pizarra para ir a mirar los apuntes de mi cuaderno. Y fue precisamente el peso de esta preocupación lo que me condujo a Ullo, que en el recreo siguiente se encontraba arriba, en el salón.

En ese momento, había en aquel salón unos trescientos chicos de entre el séptimo y el undécimo curso, paseando tranquilamente como una masa apretada que no se movía con ritmo del todo uniforme y maquinal, sino dando lugar a un caos humano que, sin embargo, seguía un cierto orden preestablecido: algunos se juntaban en alegre gresca dentro de un gran corro, mientras que otros se mantenían fuera del mismo, como manchitas esparcidas acá y allá. Mientras tanto, Ullo estaba de pie dándole la espalda al salón, con las manos cruzadas sobre el trasero, bajo el busto de yeso de Tõnison que quedaba oculto entre las cortinas amarillas, mirando por la ventana. Yo me acerqué, de lo que infiero que sabía que él me podía ayudar a salir del apuro, y le pregunté (ahora que lo pienso, creo que fue justo entonces cuando me di cuenta de que a veces bizqueaba con el ojo izquierdo, que se le desviaba hacia la nariz).

—Ullo, dime, ¿cómo se llamaba esa isla sobre la que Chamisso escribió un poema?

Él me dirigió una mirada sorprendida y benévola a la vez que condescendiente.

—¿Os lo ha preguntado el señor Schwarz? ¡Qué pirado! A este paso, dentro de nada se lo preguntará también a los de segundo, que aún llevan babero. Pues nada, la isla se llama Sala y Gómez. Es el nombre del tipo que la descubrió, me imagino que un español. Pero si me vas a preguntar sobre el tamaño de la isla, cuántos kilómetros cuadrados tiene o algo por el estilo, no lo hagas. He consultado tres enciclopedias y las tres daban cifras distintas: 0,12, 4 y 38,5. Algo, por cierto, que resulta muy ilustrativo, porque da una idea de la credibilidad que merecen las enciclopedias. De cualquier modo, Chamisso fue allí en el año 1816, cuando estaba dando la vuelta al mundo en barco. Era botánico en la expedición de Kotzebue. A propósito, Kotzebue había nacido en Tallin.

—Le pusieron su nombre a una calle. Paso por ahí todos los días.

—¡Ah, caramba! —dijo Ullo—. ¿Y dónde vives?

Le di mi dirección y, si no recuerdo mal (hace ya sesenta años), fue esa misma noche cuando vino a mi casa por primera vez.

Nos sentamos en mi habitación, un poco cohibidos. Al menos, yo me sentía así, y tuve la impresión de que él también. Se quedó un rato mirando fijamente mis tubos de ensayo, mi lámpara de alcohol, los trozos de piritita que me había traído de la playa de Merivälja y todo el resto de «trastos de laboratorio» que tenía por allí, y finalmente dijo gruñendo:

—¿Es que quieres encontrar el secreto de la piedra filosofal?!

Me encogí de hombros y quise desviar la conversación hacia otro terreno:

—Cuéntame más cosas de esa vuelta al mundo en barco de Kotzebue.

Pero a Ullo no se le daba bien contar historias, por lo menos de viva voz. Sus discursos salían entrecortados, avanzaban como a trompicones. El relato solía quedarse a la mitad y él con la boca entreabierta (aunque, de eso, yo solo me daría cuenta bastante más tarde), para acabar preguntando poco rato después: «¿O me estaré equivocando y no sería así, sino que...?». Otras veces, según lo que estuviese contando, si venía al caso también podía acabar con: «O quizá tendríamos que hacerlo al contrario, ¿no?...», y añadía a continuación algo que rayaba en el absurdo.

—Oh, ¿Kotzebue? Una camada sorprendente. Cinco hijos. Los cinco

aparecen en todas las grandes enciclopedias. El primero: navegante, del cual ya hemos hablado. Descubrió 399 islas. El segundo: periodista, militar y explorador. El tercero: general, pero no un general cualquiera, sino general de infantería de alto rango y gobernador militar de Polonia; más tarde le darían el título de conde. El cuarto: diplomático, escritor y embajador ruso en Suiza. El quinto: pintor. Pintor de escenas bélicas. Y, también en su caso, no un pintor de batallas cualquiera, sino que hizo, por encargo del káiser, la mitad de las pinturas del Palacio de Invierno. Pero, todavía más sorprendente que estos cinco, fue el padre. Un dramaturgo que acabó en Siberia por orden del káiser. Lo mató a tiros un universitario alemán. Aunque vivió durante muchos años en Estonia y escribió doscientas dieciséis obras de teatro. Según muchos, era un intrigante, un bribón y un infiltrado, pero tal vez no... ¿Cómo podría haber tenido, entonces, semejantes hijos?

También jugábamos al ajedrez. Él ganaba siempre, desde luego. Incluso cuando, por iniciativa propia, me dio *handicap* de torre. Recuerdo que su estilo de juego era tal que desde la apertura provocaba en su oponente, a través de una serie de movimientos completamente inesperados, un fantástico desconcierto. Solo después de haberme acostumbrado, hasta cierto punto, a su forma de jugar (y cuando me ofreció, en vez de torre, una reina de ventaja), empecé a ganar alguna partida. Pero eso pasó mucho más tarde.

En esa primera ocasión, como en todas las sucesivas, mi madre invitó a Ullo a cenar con nosotros. Una vez estuvimos sentados a la mesa, no le quedó otra que contestar a las preguntas de mi padre:

—¿En qué trabaja tu padre?

—Es empresario. Al menos por lo que yo sé, vamos.

Mi padre frunció el ceño:

—¿Qué significa eso, de que «por lo que tú sabes»?

—Quiero decir que cuando vivía en Estonia era promotor inmobiliario, pero ahora ya lleva varios años en el extranjero y no sé con exactitud a qué se dedica. Laboralmente hablando. En cuanto a lo demás, la misma historia de siempre.

—¿En qué sentido?

—Buf, pues algunos comentan que se está escondiendo, en Luxemburgo o donde quiera que esté, de los acreedores que tiene aquí.

—En ese caso, será que tiene motivos para hacerlo —dijo mi padre con flema.

—O puede que no. Puede ser que simplemente se haya liado con una mujer francesa y que no quiera disgustar a mi madre.

—¡Ah, claro! También puede ser —asintió mi padre—. Entonces la historia sería más fácil de entender. O quizá más difícil.

Después de la cena, Ullo y yo nos metimos otra vez en mi habitación. A las once, mi madre vino a decirnos que ya era hora de que yo me lavase para irme a dormir. Ullo se levantó, dio las gracias por la cena a mi madre y se marchó. Y mi madre resumió así esa primera visita suya:

—Verdaderamente, un chico educado. Pero, la ropa, ¿no lo habéis notado?, le huele a caldera. Será de ese huerto de Nõmme donde dicen que están viviendo ahora, en el cuarto de calderas del entresuelo. Por otro lado, es evidente que no ha aprendido a marcharse a tiempo de casa ajena.

Y cuando mi padre (que nunca recelaba de nadie, aunque muchas veces sonriese con ironía cuando se hablaba de cierta gente) se calló y no dijo nada al respecto, mi madre (que nunca ironizaba sobre nadie, pero que podía recelar casi de cualquiera) agregó:

—Dicho sea de paso, Jaak es un niño todavía, pero ese Ullo es casi un hombre adulto. Y yo me pregunto: ¿qué estará buscando en Jaak?

La respuesta de mi padre me gustó tremendamente:

—Obviamente, él opina que Jaak no tiene nada de niño.

No sabría explicar ahora por qué vías me enteré de las cosas que acabarían conformando mi propio relato de la infancia de Ullo. Algo me contaría, poco a poco, él mismo. Algo, también, me contaría mi madre, porque no exagera mucho quien afirma que, en ciudades pequeñas, del estilo de Tallin, todos conocen a todos, o al menos están al tanto, de alguna manera, de ciertos detalles de la vida de sus vecinos. Resulta, además, que nuestras madres (o sea, las futuras señoras Paerand y Sirkel) habían sido compañeras en la escuela primaria. Por supuesto, eso fue en su infancia, mucho antes de que naciésemos Ullo y yo. Pero toda muchacha, y más tarde toda mujer casada, presta más atención a la vida de sus antiguas compañeras de escuela que al destino del resto de los mortales. También mencionaré que cuando le comenté a mi padre que Paerand era en efecto un nombre estificado,¹ y que el apellido original de Ullo y de sus padres era Berends, mi padre dijo: «Ajá», y añadió que entonces sí le había llegado algún rumor sobre ellos anteriormente. De manera que, casi con total seguridad, algo me contaría mi padre al respecto.

Por fin, hace unos cinco o seis años, en 1986 o así, se me ocurrió de pronto ir a interrogar al propio Ullo sobre su vida. Mi intención era utilizar las notas que tomara durante esas conversaciones como base para escribir un texto. Pero Ullo no se había transformado precisamente en un prodigio de la oratoria. Así que le dije: «Mira, a estas alturas tengo claro que no vas a convertir en literatura la historia de tu vida. Y no veo qué podrías tener en contra de que yo lo haga, quizá...». En cierto modo, me sorprendió que no se opusiera. No llegamos demasiado lejos, todo hay que decirlo, aunque sí que nos reunimos en cuatro o cinco ocasiones más.

Su padre, a quien yo no vi nunca y a quien Ullo había visto una única vez después de 1930, era hijo de un sastre de pueblo de la provincia de Harjumaa. Se dice que este es un oficio marcado por el gen de la fantasía y de la inquietud, un gen ágil y escurridizo que se transmite de generación en

generación. Pensemos, por ejemplo, en el hijo del sastre de Gudbrandsdalen, un tal Pedersen, que mereció el más profundo respeto por parte de sus compatriotas, para luego ganarse, tan solo un cuarto de siglo después (convertido ya en el escritor Knut Hamsun), su más profunda reprobación. Ciertamente, Ullo y su padre no merecieron ni lo uno ni lo otro. Al padre ni se le pasaba por la cabeza la idea de ganarse el respeto de la gente. El hijo puede que sí pensase en ello, pero lo hacía con cierta ironía, y a la hora de la verdad, no se esforzaba demasiado por conseguirlo. En cuanto a la reprobación, ambos lograron darle esquinazo, aunque solo fuera porque las fechorías que les hubiese podido acarrear tal condena, o bien eran asuntos de índole personal, o bien no encontraron el eco que habrían hallado con un trasfondo distinto del de la época turbulenta que les tocó vivir.

En los tiempos del padre de Ullo, la instrucción que se obtenía yendo a una escuela municipal durante cinco o seis cursos no convertía a nadie en un intelectual, pero sí en una persona con una formación bastante sólida. Especialmente si, como en el caso del padre de Ullo, se les añadía un dominio más que decente del estonio, el ruso, el alemán y el francés, y no solamente hablado, sino también escrito, como verifiqué a través de varias cartas de puño y letra del señor Berends que me enseñó Ullo. De dónde sacaría esos conocimientos es algo que se me escapa, a no ser que lo deduzcamos de una anécdota que me relató el propio Ullo. El director de Wikman le acusó (a él, a Ullo) de haberse aprendido de memoria, puerilmente, las páginas de *Poesía y verdad* que había mandado para el examen de Alemán de noveno curso, en lugar de reproducirlas utilizando sus propias palabras. Wikman acabó aceptando a regañadientes la explicación que le ofreció su pupilo. A saber, que no, que las páginas que había mandado se le habían quedado grabadas en la memoria después de leerlas una sola vez.

Cuando le pregunté: «Ullo, ¿tu padre escribía poesías cuando era joven?», él sacudió la cabeza enérgicamente y me respondió: «¡Ni un solo verso!». El caso es que aquel hijo de un sastre de pueblo había emigrado a la ciudad y había aprendido y llegado a dominar con cierta fluidez varias lenguas. Se puso a trabajar de chico de los recados en un banco y luego lo ascendieron a contable. Precisamente en aquellos días en los que ya lucía el cuello almidonado de empleado de banca fue cuando contrajo matrimonio el señor Berends. El nombre de pila de su esposa, hija del capataz de obras ferroviarias Trimbek, era Aleksandra, pero el señor Trimbek siempre la

llamaba Sandra. De tez clara y pelo casi negro, aquella muchacha de una hermosura exótica era la misma que a los diez años iba a clase con mi madre. Mucho después, la madre de Ullo le contaría, un día en que se sentía profundamente acongojada, cómo era Eduard (es decir, el padre de Ullo) al principio de su matrimonio... «Uy, yo pensaba que era todo un prodigio. Luego se vio que, en realidad, era muy superficial y frívolo...» En la casa de al lado, un chico de Mõigu, amigo de la infancia de Eduard, tenía una tienda de ropa. Todos los sábados por la tarde, Eduard se pasaba por allí, enrollaba las telas más bonitas que veía y se las llevaba a casa: «Era una tienducha. Allí no tenían seda ni nada por el estilo. Lo que sí había era satén brillante. A Eduard le gustaban particularmente los tonos rojos y rosados. Y se pasaba toda la noche del sábado y la mitad del día siguiente envolviendo en ellas el cuerpo desnudo de su joven esposa, probándoselas y sujetándoselas con alfileres».

Pero ya estaban en vísperas de la Primera Guerra Mundial e, inesperadamente, el joven señor Berends se las había apañado para hacerse con bastantes contactos. Principalmente le gustaba rodearse de funcionarios rusos y alemanes afincados en Tallin, sobre todo si eran de rango un poco superior, e incluso bastante superior, al suyo propio. De ellos conseguía, mientras trasegaba algún que otro vasito de vodka, o puede que no (porque él mismo no bebía), información muy valiosa. Tanto que, gracias a ella, logró sacudirse de encima el yugo del banco y negoció, por supuesto no con el banco alemán en el que había trabajado, sino con uno ruso, un préstamo bastante sustancioso, y compró cerca de Vääna, a unos quince kilómetros de Tallin, una parcela de un par de *desiatinas* en un terreno de roca calcárea, llanísimo y pedregoso.

Un año más tarde vendió la parcela al Estado por un precio diez veces superior. Y es que otro año después empezó a construirse en torno a Tallin (según el gusto de la época, con grandiosidad imperial) la línea de defensa de la capital (es decir, de San Petersburgo), que llevaba el nombre de Pedro el Grande.

El señor Berends devolvió el importe total del préstamo con los intereses que entonces se estimaban razonables: no el treinta por ciento que hoy en día se ha convertido en la norma patriótica de nuestros banqueros, sino un tímido y anticuado doce por ciento que él pagó religiosamente, con lo que se ganó al instante la confianza de los círculos empresariales, además de unos beneficios

que sumaban un capital nada despreciable. Y lo más importante de todo (a la par que fatal) fue que eso le despertó el apetito o, como suele decirse, la buena mano para los negocios.

Continuaron las obras de las fortificaciones y con ellas se ampliaron aún más las oportunidades de hacer fortuna. Los genios de los negocios locales, remedos a pequeña escala de Vautrin, proliferaban como setas después de la lluvia, fracasando rápidamente en la mayor parte de los casos pero cosechando también algún éxito ocasional. Creían firmemente en su inocencia y no se consideraban en absoluto representantes de los principios morales que proclamaron cien años antes, en su verdadera patria, los auténticos Vautrines. Hombres que solo aspiraban a devorarse los unos a los otros, como arañas en un tarro. ¡Oh, no, por supuesto que no, señor! En cualquier caso, el joven señor Berends se zambulló en esa corriente con lo que podríamos llamar una mezcla de inocencia y arrojío, o de arrojío e inocencia. Una conducta que dejaba entrever claramente la moral del trabajo luterana en la que se educaron sus antepasados. Aunque, desde luego, para estar acorde con el entorno, comenzara a vestirse con trajes deportivos, a la última moda...

El señor Berends empezó a especular, con fortuna creciente, con tierras, bosques, pizarra, arrabio y cemento (se decía que en 1913 había comprado por adelantado toda la producción de la fábrica de cemento de Kunda).

Y luego vinieron cinco años en los que se sucedieron guerras y ocupaciones. Durante esa época, la fortuna del señor Berends no hizo sino crecer ininterrumpidamente. No sé, porque Ullo tampoco lo sabía, cómo se las arregló su padre para conseguirlo, pero el caso es que mantuvo su patrimonio, o al menos lo fundamental del mismo, mientras se venía abajo la Rusia zarista, durante el llamado año de Kerenski,² durante la revolución bolchevique y durante la ocupación alemana. Cuando los rusos se llevaron todo el oro del zar de los bancos estonios y se empezaron a tapizar los cuartos de baño con retratos de la emperatriz Catalina, al mismo tiempo que la Historia, que tan bien cumple su función de conserje, barrió y tiró a la basura a todos los Kerenskis y al Oberosts,³ salió a la luz que hacía siglos que el señor Berends había puesto a salvo su dinero en libras esterlinas, en bancos londinenses. Así, durante la Guerra de Liberación, no es que fuese uno de los más importantes financieros de la joven república, pero sí uno de los de mayor peso. Digamos que no estaba al nivel de los hermanos Puhk, pero

seguro que sí al de Jakob Pärtzel y al de otros de su talla. El mismo Jakob Pärtzel que dijo, refiriéndose precisamente al señor Berends, tal vez ya a mediados de los años veinte: «Berends quiere ser demasiado correcto en los negocios y a la vez ganar demasiado dinero».

En un principio, a Berends le fue muy bien. Saltaba a la vista, a pesar de que el alcance de sus negocios no superaba, hasta ese momento, las fronteras de su «república patatera». Y es que los Berends, a principios de los años veinte, se codeaban con los miembros de una pequeña sociedad donde los puestos más destacados los ocupaban emigrantes rusos, entre los cuales estaba muy extendida la opinión de que Estonia era una república patatera, lo cual para el señor Berends (y aún en mayor medida para su mujer, Sandra) era, simple y llanamente, abominable y vergonzoso. Hasta Ullo, con solo cinco años, era en cierto modo sensible a estos temas. En particular, después de lo que sucedió con Rolly.

Rolly era un precioso dóberman negro que el señor Berends acababa de adquirir hacía poco tiempo, en la primavera de 1921. Se lo había comprado a un estudiante universitario, un joven emigrante llamado Burov, que lucía un mostacho negro y estaba siempre sin blanca. Le había dado tres mil marcos por aquel perro, que ya tenía tres años. Semejante desembolso solo podía explicarse por la afición del señor Berends a tales muestras de dadivosidad y por el espléndido porte del perro. El licenciado Burov, que visitaba a los Berends todos los días, puso mucho ahínco en hacerle propaganda al perro, aunque el señor Berends sabía por qué le hacía falta el dinero con tanta urgencia. Había de sufragar los gastos derivados de cortejar a una de las siete hijas del general Tretjakov (que, por supuesto, ya había cambiado la grafía de su apellido a Tretjakoff), una familia que durante cierto período también visitó con regularidad el domicilio de los Berends. Burov había dicho acerca del perro: «Sepa, *gospodin* Berends, que Rolly es una criatura extraordinaria. ¡Más que Burov, deberían llamarme Durov, como el bufón ruso por antonomasia! ¡Me ha hecho pasar las de Caín, pero el resultado ciertamente lo merece! *Gospodin* Berends, levántese, se lo ruego, diga: “*Zdravstvuitje*” y verá lo que es capaz de hacer...».

El señor Berends se levantó riéndose y dijo: «*Zdravstvuitje*». Al oírlo, el perro se estiró, se irguió levantándose sobre las patas traseras, puso la pata delantera izquierda en su hombro derecho y le tendió la delantera derecha con

un «¡guau!» para que se la estrechase. El señor Berends, maravillado, le pagó a Burov sus tres mil, a tocateja, y en menos que canta un gallo ya le había comprado a Rolly una caseta que puso en el jardín que había ante la puerta de entrada de la casa de la calle Raua. Burov mismo le colocó a Rolly un almohadón verde en la caseta y le enseñó dónde estaba su sitio en el nuevo hogar. Ullo, por su parte, no se separó de Rolly en dos o tres semanas, y la señorita Von Rosen, que vivía en la casa y le enseñaba francés al muchacho, se veía obligada a llevárselo a rastras de la caseta del perro hasta el cuarto de baño y luego a la cama. Hasta que Nadia, una de las siete hijas del general Tretjakov y curiosamente a la que pretendía (con poca fortuna, era evidente) el joven Burov, les preguntó al señor Berends y a su esposa Sandra con un tintineo en la voz:

—Sí, sí... *Zdravstvuitje!*... A eso responde bien este perrazo tan desgarrado. Pero ¿han probado a ver qué hace si se le dice lo mismo en estonio?

No, eso no lo habían probado, así que el señor Berends lo hizo de inmediato. Rolly se dio la vuelta, plantó las posaderas delante de su dueño, levantó en el aire la pata trasera izquierda y orinó abundantemente, regando así la pernera gris claro de su traje de verano.

A pesar de sus orígenes urbanos y proletarios, la madre de Ullo no podía tolerar algo así. Tengo la sensación de que, durante todo su matrimonio, desempeñó un papel relativamente menor en la familia, aunque el hecho de que no alzase demasiado la voz era precisamente la clave de que sus decisiones fuesen, a ojos de Eduard, inapelables. Al menos, mientras tuvo alguna consideración por las opiniones de su esposa. Y, en esta ocasión, vaya si fue así. La madre de Ullo dijo:

—¡Eduard! Llévate a ese animal de esta casa. Imagínate lo que pasará si viene mi madre el domingo, a ver a Ullo. ¿Es que va a tener que saludarlo en ruso? Porque no va a poder decirnos *tere*, a no ser que quiera...⁴

Por ese motivo, el señor Berends vendió a Rolly aquel mismo día a unos emigrantes rusos, que evidentemente no iban a ponerse a emplear el saludo estonio, y recuperó de inmediato la mitad de sus tres mil marcos. En cuanto a la abuela, pudo seguir pasándose a ver a Ullo los domingos sin mayores incidencias. Porque, todo hay que decirlo, para Ullo, la llegada de su abuela (es decir, de la matriarca Trimbek) era un acontecimiento importantísimo.

No era una mujer demasiado afable, e incluso podría decirse que resultaba

en cierto modo arisca, al menos en el trato con los demás habitantes de la casa, si no con todos. Morena y regordeta, la abuela tenía unos ojos de color azul claro que se movían todo el tiempo. A Ullo siempre le infundió una profunda sensación de seguridad. Cuando menos, se sentía protegido en la soledad de aquella casa permanentemente llena de extraños, aunque estos eran sentimientos de los que Ullo no era entonces del todo consciente, según él mismo me ha reconocido. Pero no se trataba solo del sentimiento de seguridad que la abuela, con su hosquedad y quizá con sus risotadas como graznidos (porque ella elegía a las víctimas de sus carcajadas, y Ullo nunca estaba entre ellas), le inspiraba. La cuestión, pues, no era simplemente aquella sensación que generaba con su sola presencia, sino también lo interesantes que eran las cosas que contaba. Porque, ya a los siete u ocho años, la abuela le contaba a Ullo cosas que él se imaginaba fácilmente y con tremenda vividez. Por ejemplo, cómo había ido a los diecisiete años a Tartu con el coro de su pueblo, que estaba en la provincia de Harjumaa, para participar en el primer festival de canto coral panestoniano. Allí, acompañó al director de su coro a la casa de la familia Jannsen en la calle Tiigi, donde vio con sus propios ojos al viejo Jannsen, «un anciano caballero, afable y bondadoso». Es más (y resulta gracioso pensar, desde la perspectiva que otorgan los años, que la abuela comprendiese ya por entonces que eso era más importante todavía que conocer al propio Jannsen), había visto con sus propios ojos a su hija, la poetisa que escribía bajo el seudónimo de Lydia Koidula.⁵ La abuela recordaba perfectamente cómo la mismísima Koidula los había requerido a voces desde la puerta del despacho de su padre, y entonces ellos llamaron y dedujeron que podían entrar al oír una voz femenina que gritaba: «¡Adelante!». A continuación, Koidula dijo, en voz muy alta:

—*Ach, ihr lieben Leute*, límpiense los zapatos en el felpudo para entrar. Últimamente para por aquí tantísima gente, con las *ulitsas*⁶ llenas de barro...

Se restregaron los zapatos en el felpudo de yute, lo cual les consumió tanto tiempo que, al final, la poetisa les gritó, divertida y puede que también algo enervada:

—¡Ya basta, basta, basta! ¡Entren de una vez! —Y les dio con sus propias manos las partituras que tenían que interpretar.

La abuela lo explicaba así:

«No sé los demás, pero yo al día siguiente canté las canciones que me tocaban con más entusiasmo del que había puesto anteriormente, porque

Koidula, el Ruiseñor del Río Madre, me las había entregado con sus propias manos. A pesar de habernos endilgado aquel sermón sobre la limpieza de los zapatos...».

Ullo fue dándose cuenta gradualmente de que la matriarca Trimbek también contaba cosas que no podía haber visto con sus propios ojos porque habían sucedido mucho tiempo atrás, mucho antes de la juventud de la abuela. Eran anécdotas de Iván el Terrible, que fue Gran Príncipe de Moscú antes de convertirse en zar. En Estonia le cambiaron el apodo a Horrible en un intento de acomodar el nombre del fundador del imperio a su equivalente ruso, pues el apelativo Grozny, que en ruso significa terrible, tiene una resonancia claramente masoquista, y no llega a ser ni afectuoso ni admirativo; significa más bien Iván el-que-infunde-terror o algo por el estilo.

La abuela también contaba historias de los hocicoperros, que eran los principales lacayos de Iván el Terrible. Los describía tan pormenorizadamente que se hubiera dicho que, de alguna manera inescrutable, por fuerza los había visto con sus propios ojos, aunque eso no fuese posible, pues habían desaparecido de Estonia junto con Iván el Terrible y, desde la dominación sueca, nadie los había vuelto a ver. La abuela sabía sin lugar a dudas que, por lo general, eran hombres bajos, que nunca superaban los cuatro pies de estatura. No había mujeres entre los hocicoperros, todos eran hombres. Y todos tenían hocico de perro. O más bien debería decirse que tenían hocico de zorro. O de lobo, mejor dicho aún. Y los dientes muy largos. E iban rastreando bosques y aldeas, olisqueando todo lo que se les pusiese por delante («nhhnf-nhhhf-nhhhf») y cuando hallaban una pista, con el hocico pegado al suelo, se excitaban y empezaban a dar patadas y a gemir, y hasta se les caía la baba. Pero la abuela pasaba de puntillas sobre el asunto de qué hacían finalmente con sus presas («Bueno, pues qué hacían con ellos..., ay, los aniquilaban como podían»). Y aunque Ullo pedía que se lo explicase mejor, no insistía demasiado, porque le daba miedo tener que librar una batalla nocturna con los hocicoperros y verse obligado a respirar su aliento cálido y maloliente, y no poder conciliar el sueño por su culpa. De ese modo, los hocicoperros lo dejaban más o menos tranquilo a la hora de dormir, seguro de que la abuela poseía un bálsamo que los mantenía a raya. A pesar de lo cual, sí que tenía algunas pesadillas. La más recurrente, que fue progresando a peor y duró varios meses, fue esta:

Es él mismo, Ullo Berends, a los ocho o nueve años. Está durmiendo en su habitación, en un piso de lujo en la calle Raua. De repente, no es que se despierte sobresaltado, no, sino que se sobresalta mientras duerme. Y ve que, por algún motivo, no está durmiendo en su cama, sino en el suelo. Cuando le sacude el primer estremecimiento, no sabe lo que le está pasando, pero las veces sucesivas lo sabe, lo sabe, lo sabe, y lo teme. Y es que a su lado, en el suelo, hay unas bolsas grandes, grises, que huelen a tierra y están llenas de una sustancia viva. Empiezan a moverse, a girar, a arrastrarse y a acercarse, amenazando con sepultarlo. Él lucha para intentar contenerlas, chilla, se despierta de verdad y le da miedo quedarse dormido otra vez. Porque ahora empieza un nuevo ataque de las feas bolsas que despiden olor a tierra. Al principio, tiene el mismo sueño cada dos o tres noches, y luego, aunque sigue apareciendo cada dos o tres días, el sueño se repite dos o tres veces en la misma noche. Las primeras veces la pelirroja señorita Rosen, que por otra parte también le daba un poco de miedo, rescataba al chico llevándoselo a su cama cuando se despertaba chillando y gimoteando. Pero, si veían que lo mismo se repetía al cabo de un rato, los padres se lo llevaban a su habitación y dormía en un sofá. El sueño se repetía una y otra vez e iba a peor. Progresaba de manera tan satánica que el chico se veía cada vez más pequeño en su propio sueño, mientras que las bolsas de contenido ignoto (pero seguro que horroroso) que se le acercaban para acosarlo se iban haciendo cada vez mayores, más fieras y opresivas. Al final del sueño, el chico queda reducido al tamaño de un alfiler. O, a decir verdad, convertido en alfiler, un alfiler en cuya cabeza arde el miedo a sufrir los embates asfixiantes de las bolsas grises, que se le van acercando mientras serpentean y se agitan con encono. Es el miedo que le provoca saber que ya mismo, de un momento a otro, puede hacer que ardan las bolsas con las brasas de su propia cabeza, o bien agujerearlas pinchándolas con su propio filo, en cuyo caso la Cosa Horrorsa saldría en tromba de la bolsa y lo mataría justo a él, a su liberador...

Esta pesadilla se repitió durante varios meses. En todo ese tiempo, el padre, la madre y la señorita Rosen, y en definitiva todos los que le rodeaban, incluyendo a su médico de cabecera, el doctor Dunkel, fueron a verlo en mitad de la noche (mientras sollozaba en los intervalos entre pesadillas), cuando se despertaba y también al día siguiente, a plena luz, para pedirle: «Cuéntanos, por favor, qué cosas horribles ves en tus sueños». Pero él no respondía. A propósito, ahora leo en mis notas lo que me contó él mismo en

el año 1986, cuando tenía sesenta años: «Me venían con todo tipo de argucias, prometiéndome que me iban a liberar de ese sueño recurrente. Mi padre me aseguró que me llevaría de viaje al extranjero al verano siguiente. Lo único que tenía que hacer era contárselo de una vez. Yo no hablaba. Y no puedo explicar por qué. En realidad, esta es la primera vez que hablo de aquella pesadilla».

Si he de ser sincero, ocho años después de que Ullo la hiciera y seis después de su muerte, esta confesión me sigue conmocionando. Porque, ¿no da una idea de lo en serio que se tomaba las conversaciones en las que me abrió su corazón (y, por ende, lo que yo pudiera hacer con ellas)? Pero, por otro lado, todo pudo ser para él un simple juego. Jamás me quedó del todo claro dónde trazaba él la frontera entre el juego y la realidad.

Aunque no pudo ser fruto de la promesa que le había hecho papá Berends, pues Ullo no le había dado ningún motivo para que la cumpliera, finalmente lo llevaron de viaje al extranjero. Fue en la primavera de 1923 y acompañaron a Ullo su padre, su madre y la costurera Charlotte, una alemana procedente de San Petersburgo de unos cuarenta años que vivía en casa de los Berends y que dividía sus quehaceres entre el cuidado del guardarropa de la familia, el dormitorio del pequeño y lo que fuese menester hacer en la cocina, donde ejercía ora de jefa de cocineras (que cambiaban de continuo), ora de pinche.

Aquel año, el destino del viaje de los Berends fue Alemania. Hasta Ullo debió de captar el porqué de esa elección, y es que, en comparación con Francia y Holanda (que también habían contemplado como posibles destinos), la Alemania de Weimar, debido a la alarmante inflación que abarató excepcionalmente el dinero alemán en comparación con el estonio, se convirtió en un destino mucho más atractivo.

Así que buscaron acomodo en un camarote de primera en el imponente *Rügen*, que zarpaba desde Tallin. El buque blanco de dos chimeneas (Charlotte iba en segunda clase) atracó al día siguiente en Stettin. Ya el primer día de viaje fueron al salón-comedor. Aunque es un episodio de su vida que Ullo prefirió olvidar durante mucho tiempo. Solo habló sobre ello sesenta años después: «Mira, está claro que el motivo fue el balanceo del barco. Pero yo me había convencido a mí mismo de que era demasiado mayor para que algo tan insignificante como el moderado balanceo de un barco tan grande me hiciese vomitar. Por lo tanto, tenía que responsabilizar de mi mareo a la comida, y decidí que toda la culpa era de la sopa de apio. Así que les dije a mis amigos, a las chicas y a las mujeres: “¡En el *Rügen*, los malditos alemanes me sirvieron una sopa de apio tan asquerosa que me harté de vomitar!”».

Pero, al día siguiente, a la hora de la sobremesa, mientras el barco se

deslizaba despidiendo humo por la bahía de Pomerania y el río Oder aproximándose a la costa alemana, el chaval se dejó ver apoyado en la barandilla, como un valiente, esforzándose por dar la impresión (y consiguiéndolo) de que el día anterior él no se había mareado en absoluto. Todo sea dicho, el hecho de que Charlotte le hubiese limpiado en su camarote el uniforme azul de marinero y se lo hubiese también secado y planchado con modélica pulcritud contribuyó enormemente al éxito de su empresa. Eso y que todos se cuidasen muy mucho de obligarlo a comer.

Stettin era una ciudad formidable, al menos por lo que Ullo pudo ver en esa ocasión en el paseo en coche desde el puerto a la estación de ferrocarril. Eso sí, su madre le propuso a su padre pasar allí un día entero, porque resultaba que en Stettin vivía el célebre doctor Schleich, médico y escritor, cuyo libro *Besonnte Vergangenheit* había visto Ullo en la mesilla de noche de su madre en la calle Raua, aunque no le pareciera suficientemente atractivo como para empezar a leerlo. Y es que en ese momento iba por la mitad de una traducción al alemán de *Las hazañas y aventuras del brigadier Gerard*, de sir Arthur Conan Doyle (por entonces, todavía no leía en inglés). Cuando salieron a la calle desde el puesto de aduanas, acompañados por varios botones que transportaban sus maletas, su madre iba diciendo:

—Escucha, Eduard, tú sí que le echaste una ojeada al libro del doctor Schleich. Y acuérdate de lo que han dicho los críticos sobre él: que es el libro más idílico que se ha publicado en la frenética Alemania de posguerra. A mí, desde luego, me encantaría conocer al autor y charlar un rato con él.

Teniendo en cuenta que, por lo general, su padre era mucho más amigo de alternar socialmente que su madre, Ullo debió de quedarse asombrado ante la respuesta de este. Porque, mientras los portadores le lanzaban al cochero las maletas de correas amarillas y su padre ayudaba a las damas a tomar asiento junto al segundo cochero antes de tomar asiento él mismo al lado de Ullo, respondió:

—Querida, eso nos haría perder un día entero de estancia en Berlín. Y, teniendo en cuenta cuánto tiempo tienes previsto quedarte allí charlando con unos y otros, no va a ser posible. ¡Dios bendito!, Goethe ya está muerto, pero me dijiste que hay más gente de su talla a la que quieres conocer, desde actores a videntes. Y yo, además, tengo mis propios asuntos que tratar allí. De manera que me temo que por esta vez habrá que prescindir del doctor Schleich.

Por descontado, Ullo, que había oído hablar de las atracciones que le esperaban en Berlín, pero no de las que ofrecía Stettin, prefería llegar a su destino lo antes posible. Así que intervino, taimado:

—Pero, mamá, si hace un año leí en algún periódico que el doctor Schleich ya está tan muerto como Goethe...

Con lo cual, no se detuvieron en Stettin, sino que fueron directos a la estación de ferrocarril y buscaron los vagones de primera del tren para Berlín.

Ullo no recordaba qué impresión le había causado aquel trayecto en tren. Pero sí que recordaba muy bien el trayecto en taxi hasta Unter den Linden. Era noche cerrada y al fondo distinguían las luces y el bullicio de la capital. También recordaba cuánto lo disgustó que el hotel en el que se alojaban, el Hotel Adlon, si no recordaba mal, no estuviese en realidad bajo los tilos (se los había imaginado con tal nitidez que casi podía tocarlos: sus copas, convertidas en una techumbre de color dorado-verdoso por efecto de las luces que había en la parte delantera del hotel), sino, por el contrario, bajo un cielo de lo más vulgar. Por lo demás, el Hotel Adlon era ciertamente magnífico. He de añadir que, probablemente, fuera el más lujoso de todo el Berlín de la época, situado como estaba en la esquina de Unter den Linden y la Pariser Platz. Y eso aunque la fachada no fuera especialmente suntuosa; recordaba en cierto modo al Banco de Crédito que por entonces se estaba construyendo en Tallin. El interior, tal y como sí recordaba muy bien Ullo, era lo mejor con diferencia. Todos los botones y porteros, con uniformes rojos, hacían reverencias y esbozaban sonrisas que se multiplicaban en las lunas de los espejos. Aunque, por otro lado, Ullo me confesó, y así lo reflejé yo en mis notas, que en aquella época aún consideraba natural que los hoteles donde se alojaba fuesen precisamente así.

El padre, la madre y Ullo se instalaron en sus aposentos, que constaban de un salón y un dormitorio doble contiguo que además incluía un vestidor y un cuarto de baño propios. Hoy en día se llamaría por lo menos «suite». Charlotte se alojaba cerca, en una habitación más pequeña, aunque no demasiado pequeña, a la que se añadió a la cama de un solo cuerpo un diván donde iba a dormir Ullo las muchas noches que sus padres fueran de visita o al teatro o al *cabaret*. Echando ahora la vista atrás, parece que durante aquella estancia en Berlín no hubo noche que no salieran y no tuviera que dormir allí.

En el sofá de Charlotte, Ullo dormía intranquilo. La cuarta o quinta noche en Berlín se despertó muy temprano y se dio cuenta de que Charlotte no

estaba en la habitación y de que el reloj de la cómoda señalaba las seis menos cuarto. Me pareció extraordinario que, setenta años después, siguiese resistiéndose a reconocer que le entró miedo. Gritó: «¡Charlotte!», y, como nadie respondía, fue a buscarla. O quizá fuera a buscar a sus padres, que estaban en la *suite*, a apenas pocas docenas de pasos de la puerta de su habitación.

Cuando llegó a la puerta de sus padres, agarró el pomo y vio que estaba cerrada con llave, como por otra parte era normal a esas horas, comenzó a llamar y gritar, llamar y gritar, hasta que su padre hizo girar la llave y abrió. Ullo se metió dentro de un salto y vio que sus padres estaban totalmente vestidos y que despedían un olor a gente extraña, a tabaco y a perfume y a quién sabe qué más, pero solo levemente a alcohol. Ese olor extraño impidió que corriera y se abalanzara sobre ellos, así que decidió echarse sobre la cama, que estaba intacta desde que la habían hecho la tarde anterior. Tomó carrerilla, pero como sus padres le cortaban el paso, tuvo que rodear la cama, y vio que detrás, en el hueco que quedaba entre esta y la pared, yacía la maleta de correas amarillas, abierta y sobresaliendo por debajo en diagonal. Como le resultaba imposible no tropezar con ella, para no caerse, metió dentro de la maleta el pie desnudo y, desde allí, pegó un salto para ir a aterrizar de rodillas sobre las sábanas lisas. Deslizándose entonces bajo el edredón naranja de plumón, gritó, mirando por encima del hombro hacia la maleta:

—¡Viva, somos ricos!

Porque la maleta rebosaba de billetes violeta oscuro con un dibujo de un herrero golpeando un yunque. En cada uno de ellos, se podía leer: «*Eine Milliarde Mark*».

Su padre se echó a reír y dijo:

—En esta maleta no hay más que una modesta suma de dinero. Ven para acá. —Se sentó en un extremo de la cama y tiró de Ullo hacia sí. Y, en ese instante, se sacó del bolsillo del abrigo una cartera de la que extrajo dos billetes de cinco mil marcos estonios. Si son ustedes compatriotas míos, los recordarán perfectamente: diseñados por Nikolai Triik, en tonos amarillentos, verdosos y ocres, llevaban en el centro un dibujo de la virgen con el niño, rodeados por hombres de rodillas, portando espadas y escudos. Su padre le preguntó:

—Di, ¿cuántos marcos estonios tengo aquí?

Ullo era como una centella haciendo cálculos:

—Diez mil.

Su padre le echó una mirada a su madre que quería decir: «Fíjate, qué portento», y prosiguió:

—Y, en tu opinión, ¿eso es una gran fortuna?

—No es ninguna fortuna —dijo Ullo sin vacilar—, pero ahí, detrás de la cama, hay miles de millones. Eso... —y señaló el dinero que tenía su padre en la mano— no es más de lo que cuestan dos trenes de juguete como los que... Tú mismo lo dijiste, como ese que intenté que me comprases ayer en Wertheim.

—Y que, gracias al cielo, tu padre no te compró al final —dijo la madre con una sonrisilla.

—¡No te lo compré, por supuesto que no! —gritó el padre—. Pero no porque fuese demasiado caro, sino porque era demasiado grande. Ya te lo expliqué. Solo el óvalo de la vía ya medía seis metros. Demasiado largo para nuestro salón de la calle Raua. Pero, a lo que vamos, que diez mil aquí es lo que valen dos trenes de juguete como ese. Y esa montaña de miles de millones que hay detrás de la cama vale exactamente eso. Así te puedes hacer una idea de lo disparatadamente barato que se ha vuelto el dinero alemán. No guarda ninguna relación, en absoluto, con lo ricos o pobres que nosotros podamos ser. Pero, aguarda —dijo el padre mirando el reloj—, ya ha llegado la hora.

El padre se levantó, caminó hasta la ventana y bajó la persiana, que emitió un siseo:

—¡Ullo, ven para acá!

Pom-pom-pom, Ullo se acercó a su padre y este lo levantó y lo sentó en el borde calentito del radiador que había bajo la ventana. Se quedaron mirando desde allí la Pariser Platz, iluminada por las farolas, y luego pegaron mucho la nariz al cristal y también vieron la hilera de jóvenes tilos de Unter den Linden, tan bajos que solo llegaban hasta la cintura de los paseantes. Las aceras vacías amarilleaban bajo la luz de las farolas. Varios taxis llegaron a la puerta de entrada del Adlon, alegremente iluminada, y de ellos salieron unos extranjeros tarareando canciones. Los mozos, con uniformes rojos, se apresuraron a abrirles las puertas de los vehículos. Los coches y las camionetas de reparto de los hornos y de las lecherías doblaban la esquina y se metían en el patio de la cocina del restaurante por la puerta de mercancías

del hotel. Entonces, su padre le pellizcó el brazo:

—¡Mira! ¡Sandra! Ven también tú y mira.

Tras tomar la curva de Unter den Linden, cuatro furgonetas de reparto se pararon frente a la puerta principal del Adlon. Unos hombres que vestían uniformes verdes como los de la Schützpolizei se bajaron pesadamente del camión y formaron parejas para arrastrar, del camión a la acera, grandes canastos grises de ropa que luego metieron al trote y con mucho ímpetu en el interior del hotel. En total, ocho canastos, cada uno con un volumen de unos dos metros cúbicos.

—¿Qué traen ahí? ¿Ropa limpia? —Quiso saber la madre.

—Dinero. Dinero sucio —dijo el padre, riéndose—. Cuarenta imprentas diseminadas por toda Alemania imprimen dinero veinticuatro horas al día. Por la mañana lo distribuyen a lo largo y ancho del país; si la distancia es grande, en camión, y si es pequeña, en furgoneta. Para que lo tengan en los establecimientos y en los comercios antes de que empiece la jornada. Cada canasto de dinero vale por la mañana cincuenta mil marcos estonios, pero por la noche ya solo diez o veinte mil. Es el ritmo al que se devalúa ahora el marco alemán.

La madre preguntó:

—¿Eso significa que cuanto más dinero hay, menos valor tiene?!

El padre, que era amigo de las frases profundas y filosóficas, y no lo era menos de las paradojas, dijo:

—Quiere decir que cuanto más parece que hay, menos hay realmente.

Ullo exclamó:

—¡Explicadme cómo puede pasar eso! ¡No entiendo ni jota!

—Algún día te lo explicaré —lo consoló su padre.

Y la madre agregó:

—Probablemente, nadie lo acaba de entender.

(En este punto de mis anotaciones del año 1986, escribí: «Ullo piensa que esa escena, que tuvo lugar de madrugada junto a la ventana de la habitación del hotel, podría haber puesto en marcha un mecanismo de relojería que desencadenaría una crisis en su percepción de la riqueza siete u ocho años más tarde».)

De la semana que pasaron en Berlín al final de la primavera antes de seguir su viaje hacia Baden-Baden, Ullo se acuerda principalmente de cuatro cosas.

En primer lugar, del monumento en memoria de Bismarck que había ante el Reichstag. Ya había reparado en él al pasar por delante con su padre, su madre y Charlotte antes de entrar a visitar el interior del edificio. También querían ver la sala de prensa del hemiciclo donde, según dijo su madre, se decía que Eduard Vilde había escuchado los discursos de Bebel, bajo cuyo influjo se hizo socialista. Fue mientras pasaban junto al edificio del Reichstag para dirigirse a la entrada principal cuando Ullo se fijó en el nombre de Bismarck, un nombre que ya le había llamado la atención anteriormente y que figuraba en la placa de bronce del monumento. Entonces se dirigió hasta allí y preguntó:

—Pero, este Bismarck, ¿por qué va arrastrando el abrigo por el suelo?

Todos se rieron. Nadie sabía explicar por qué. Su madre dijo:

—Por un capricho del artista. ¿O a ti se te ocurre alguna otra razón?

A lo cual Ullo repuso con voz firme:

—Que Bismarck no tiene una tía Charlotte que le tire de la oreja izquierda si va arrastrando el abrigo por el suelo.

Su padre se rio. La tía Charlotte se quedó seria. Y Ullo también. Pero su madre dijo, con una risita divertida:

—Pero fíjate qué rollo: como Bismarck no tiene una tía Charlotte, todos se quedan mirándolo y se ríen de él.

Su padre preguntó:

—Ullo, tu madre acaba de mencionar a Vilde. ¿Sabes quién es?

A lo que él respondió:

—El comandante en jefe de las tropas estonias durante la guerra de Mahtra.

Todos estallaron en carcajadas. Incluso Charlotte. Y Ullo gritó:

—¿De qué os reís?! ¡En la guerra de Mahtra aún no estaba Laidoner!

Otra cosa que Ullo recordaba de Berlín era el arca de Noé.

Estaba allí mismo, en la Alexanderplatz, en la sección central de la segunda planta de los almacenes Wertheim. La maqueta del barco tendría unos cinco o seis metros de longitud, y Ullo me dijo al respecto, para que lo apuntase en mi cuaderno: «A todas luces, yo todavía estaba en esa edad en la que las cosas te imponen en función de su tamaño. Una fase que la mayor parte de la gente nunca supera, por cierto». El barco era negro como el azabache (supuestamente estaba hecho de madera de ciprés, la misma que se empleó para construir el arca, y revestido con brea). Relativamente ancho para la longitud que tenía («Parecido a una de esas barcas del lago Peipus que yo por entonces aún no conocía»), estaba cubierto por un toldo negro, o más bien por un tejadillo, cuya cresta se elevaba de proa a popa a una altura muy superior a la de los «aleros» que lo sujetaban a la cubierta. En definitiva, más o menos el arca tal y como la muestra el famoso grabado de Doré. Con una diferencia: en esta había, recortadas en el casco, tres filas de ventanas cuadradas, noventa y nueve en total, cada una con una altura (o anchura) de unos diez o quince centímetros. Una puerta que era dos o tres veces más amplia, más o menos como las que se ven hoy en día en los *ferris*, se abría en la proa. Solo que esta no tenía que dar paso a los coches, sino a los animales.

El barco se encontraba en mitad de una gran piscina o, más bien, de un trozo de suelo encharcado. Se abarcaba con una sola mirada rápida, y no tenía mucho más de especial. Pero, al lado de la piscina, sentado a una mesa, había un hombre con un uniforme amarillo que hacía a la vez de cajero y de mecánico. Y cuando el padre de Ullo le depositó en la mano izquierda los millones que costaba la entrada, accionó con la derecha una palanca y puso en marcha un mecanismo que le dio emoción al asunto. De detrás de un seto que se encontraba al fondo de la piscina, por una franja de césped, empezaron a salir animales. Por parejas. De diferentes tamaños. Algunos sin pelo y otros peludos. Búfalos, hipopótamos, linceos, perros, gatos, leones, tigres, elefantes, lobos, iguanas, rinocerontes, osos, serpientes, águilas, cocodrilos, caballos, vacas, ovejas, cerdos, asnos. Entre chiquillos y adultos, el público lo conformarían unas doscientas personas. Ullo entendía lo que estaba pasando (como la mayor parte de los espectadores de su edad, y los más pequeños no necesitaban entenderlo): aunque pareciese que los propios animales andaban, en realidad avanzaban gracias al impulso de la franja de césped verde que se elevaba desde una tarima que había al lado de la piscina, por una pasarela

hecha de tablones que conducía a toda esta zoología al interior del barco. Dentro, los animales debían de colocarse junto a las ventanas, porque asomaban por ellas morros, pezuñas, cuernos, cabezas y trompas que se meneaban muchísimo. La cobra se estiró y mostró la mitad de su cuerpo, agitándolo y sacándolo, ora por las ventanas de la hilera superior, ora por las inferiores. Y los ruidos de todos los animales se amalgamaban: rugidos, trinos, aullidos, gemidos, ladridos, chillidos, mugidos, bramidos. Hasta que un nubarrón se cernió sobre la piscina y empezó a llover. Y en las nubes apareció una hoja de calendario iluminada:

15 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 2205 A. C.

El chaparrón fue tan intenso que bañó las caras de los niños de la primera fila, que estaban apoyados en la baranda que rodeaba la piscina. Incluido Ullo. En ese momento se dejó ver sobre el toldo del barco, bajo la lluvia, un Noé de unos treinta centímetros de estatura, con la barba roja y tocado con una kipá negra, que sacó de debajo del toldo un tubo parecido al pitorro de una tetera (la parte inferior permanecía oculta bajo la lona). Unida al tubo había una palanca. La accionó. Cada vez que tiraba de ella una nube de vapor blanco salía del tubo y resonaba un pitido atronador, como el de los barcos al zarpar, no tan grave como el del *Rügen* pero sí igual de intimidante. El arca soltó amarras y flotó sobre la espuma que había formado el aguacero. Los osos hormigueros dieron unos pasitos presurosos y se aproximaron a la piscina, saltaron veloces y se metieron en el barco. Entremezclados con los sonidos de los animales se oían retazos de una canción estruendosa, de la que Ullo solo llegó a comprender algunos fragmentos. El barco ya se había alejado de la pasarela cuando una pareja de perezosos renqueantes, que se estiraban y bostezaban, llegaron a ella. Unas voces roncas, como de *cabaret*, cantaban a voz en cuello:

Oh, perezoso, ¡ronca, ronca!

Dios no te necesita, ¡y mira
cómo se marcha el arca!

No, no, perezoso, qué potra...

La canción era más larga, pero, en 1986, Ullo ya no se acordaba de más. A continuación, el arca de Noé se dio la vuelta y se acercó otra vez al césped de la orilla para que los perezosos se subiesen trepando a bordo, con los ojos

semicerrados y entre bostezos. El barco siguió alejándose de la orilla bajo la cortina de agua, que aún duraba, y llegó hasta el extremo más apartado de la piscina antes de virar en una maniobra majestuosa. Al mismo tiempo, las hojas del calendario iban cambiando y lanzaban destellos desde el cielo, hasta que, pasados cinco meses, la lluvia amainó y el barco se quedó parado en mitad de la calma chicha de la piscina. Enseguida empezó a escucharse un murmullo y a bajar el nivel de las aguas, a la vez que se veía cómo el arca quedaba sobre la cima de una montaña hecha de rocas de un material violeta y cristalino (la cima del monte Ararat que asomaba en la superficie). Noé soltó un cuervo, que echó a volar y surcó el cielo bajo el techo de los almacenes Wertheim, dio unas vueltas y regresó al barco. Luego soltó una paloma, que se perdió en el tapiz harapiento de las nubes, y otra paloma más, que regresó con una rama de olivo. Así la cifra 2204, acompañada del día 27 de abril, sustituyó a la fecha anterior. El agua se había retirado del fondo de la charca, la compuerta de proa de la nave se abrió y empezó a funcionar otra vez la franja verde con los animales, solo que ahora al revés: toda la fauna desfilaba barritando, aullando, bramando, piando y gorjeando, dispuesta a repoblar el orbe ya purificado. Eso, hasta que Noé salió junto con sus últimos huéspedes y construyó a orillas de la piscina un altar para dar gracias (los titiriteros debían de ser unos expertos, porque eso no les llevó ni un minuto), encendió fuego e inmoló a una liebre blanca, tras lo cual apareció en el cielo un arcoíris como señal del perdón de Jehová y de la reconciliación con él. Al ver esto, los niños empezaron a marcharse con mucho bullicio, pero Ullo, en cambio, separó mucho las piernas, se enjugó la cara con las manos y exclamó: «¡Quiero verlo otra vez!». De ese modo, obligó a su padre, a su madre y a la tía Charlotte a que se quedaran a ver de nuevo con él la misma función, que duraba tres cuartos de hora.

La tercera cosa que recordaba de Berlín era el castillo de los conejillos de Indias, en el zoológico. Pero esto lo mencionó de pasada y, aparte de que estaba hecho en su mayor parte de un cristal que permitía ver perfectamente cómo cuidaban a los moradores del zoo (a los *Cavia porcellus* y a otras especies), no dio más detalles. No, no le pregunté si entonces, a los ocho años, o más tarde, había encontrado o buscado paralelismos entre los animales y los humanos, pero veo en mis notas que en el zoo de Berlín no habían faltado las reflexiones filosóficas. En general, durante toda aquella semana, tanto en el zoo como fuera de él, se dedicó a rumiar la historia del

arca de Noé y sus consecuencias. Estas reflexiones le condujeron al dilema de si existe un dios. En la cafetería infantil del zoo de Berlín, mientras se tomaba una taza de chocolate, decidió ponerlo a prueba. Experimentalmente.

Sus padres habían ido al centro a arreglar sus asuntos, y Charlotte, a quien Ullo no soportaba, se lo había llevado al zoo. Así que acabó de beberse el chocolate de un sorbo y le dijo que se marchaba a dar un paseíto. Charlotte, con su aspecto clerical, lo miró con sus severos ojos claros, que le daban aspecto de pescado, e inquirió:

—¿Adónde vas?

Ullo respondió con una frase que, desde luego, no le estaba permitida a un chico bien educado en el año de gracia de 1923:

—A hacer pis.

Se dio la vuelta y le dio la espalda a Charlotte para que no viese cómo le sacaba la lengua antes de alejarse por el pasillo que había entre las mesas, con los puños cerrados metidos en los bolsillos de sus pantalones de marinero.

Su plan era de una sencillez pasmosa, y lo había urdido en un plisplás, pero tenía que ser cuidadoso al llevarlo a cabo. Fue hasta la barra de la cafetería y, con mucha calma, echó un vistazo a los productos que había sobre ella: chocolate, mazapán, caramelos, galletas y demás. Se aseguró de que, desde su sitio, Charlotte no podía verlo a él, ni tampoco el mostrador. Se aseguró, en lo posible, de que los escasos clientes que había sentados en las mesas próximas (varios niños, un par de adultos) no estaban observándolo, o al menos no de modo evidente. Cruzó una sonrisa tímida con un señor de bigote negro que llevaba un uniforme blanco. Puede que calibre si era peligroso. Y quizá decidiese (si lo hizo, desde luego no fue algo meditado, sino subconsciente) que el señor era inofensivo, puesto que lo consideraba a él mismo inofensivo. Porque el señor sabía que si Ullo estaba allí, en el café, era porque había pagado la entrada del zoo, que costaba cinco millones, y por lo tanto no podía ser uno de esos pobres pillastres a los que tentaría birlar algo de la barra. Y se quedó contemplando lo que sigue: el señor se fue al compartimento donde estaba la caja registradora, abrió el cajón y se puso a contar el dinero. Ullo esperó, de nuevo por un mecanismo instintivo, hasta que el señor estuvo completamente enfrascado en lo que se traía entre manos, y luego, con la rapidez del rayo, alargó la mano, cogió de debajo del mostrador un paquetito de algarrobas (o pan de San Juan, como lo llaman los estonios) cubierto de papel de aluminio y celofán y se lo metió en el bolsillo

derecho. Si los zoólogos del parque hubiesen estado observando lo que pasaba en la cafetería, habrían pensado que el raudo brazo del chico semejaba la lengua de un camaleón.

Ahí se quedó sentado un ratito, probablemente porque (de nuevo de manera subconsciente) pretendía irradiar la máxima indiferencia, tras lo cual se encaminó al aseo, adonde en un principio no se había planteado ir. Al cabo de un minuto, salió del aseo y fue hasta la mesa de Charlotte, habiendo decidido de antemano que ahora tocaba esperar y ver si había castigo divino. Si no lo había, querría decir que no existe dios. Si el castigo llegaba, habría probado su existencia.

Cuando estuvo de nuevo en el hotel, quiso abrir el paquete de algarrobas robado y tirarlas una a una por el retrete (es decir, hacer lo que, a saber por qué, dejó de hacer en el aseo de la cafetería), pero luego se lo pensó mejor. Sesenta años después, decía al respecto:

«Mira, me daba la impresión de que, si lo hacía, iba a convertir mi relación con el objeto robado en algo demasiado superficial, demasiado formal como para recibir un castigo serio. Por expresarlo solemnemente, pensaba que, de algún modo, tenía que comulgar con aquellas condenadas algarrobas. Y solamente así iba a poder asegurarme de que dios me castigaba y de que me demostraba de esa manera su existencia. Por eso tenía que aferrarme a mi pan de San Juan. Pero justo cuando acababa de abrir el paquete y estaba masticando las vainas, vino mi madre y me dijo: “¿De dónde has sacado eso? ¿Ha sido Charlotte quien te ha comprado esa porquería de los turcos?! Cuántas veces le habré dicho...”. Con lo cual, me obligó a mentir y a decir que lo había comprado yo mismo. Eso tenía la ventaja de consolarme, porque al robo se añadía una mentira, de modo que el castigo se convertía en algo todavía más inevitable. Siempre y cuando, claro, hubiera un castigador. Aún es más, añadí a esta otra mentira nueva, porque le dije a mi madre que iba a tirar las algarrobas que no me había comido en una papelera de la cafetería, aunque en realidad fui royéndolas de camino y solo tiré el envoltorio».

Después de todo esto, a Ullo solo le quedaba esperar. Pero ¿cuánto tiempo debía esperar? Es decir, ¿cuánto tiempo sería razonable esperar el castigo, para concluir que era, en efecto, consecuencia de sus actos? Esperó el castigo hasta el final de la tarde, durante todo el día siguiente y el otro. Al final de la tarde del segundo día, había llegado a la conclusión de que no había dios.

El alivio derivado de esta convicción le confiere un brillo especial a su

cuarto recuerdo de Berlín. A pesar de los escalofríos que seguían recorriendo su cuerpo al acordarse del experimento, e incluso a pesar de la convicción de la no existencia de dios en sí.

Su siguiente recuerdo de Berlín era una excursión de una hora y media que hizo toda la familia por los alrededores de la capital.

El representante de la agencia que organizaba las excursiones, un caballero joven que llevaba un maletín muy grueso, fue a buscarlos al hotel. Los cinco (ese caballero, la madre, el padre, Ullo y Charlotte) fueron en taxi hasta el aeródromo de Tempelhof, que estaba en algún punto del centro de la ciudad. Allí, delante de unos hangares viejos, les esperaba su avioneta. Primero pasaron al lado de la avioneta sin entrar. El caballero que les acompañaba fue a entregar el maletín, que contenía el importe de sus pasajes, en la oficina del hangar. El padre, con el sentido del humor a veces temerario que lo caracterizaba, dijo:

—Me parece muy acertado dejar en tierra el fardo con el dinero. Porque, a juzgar por el aspecto de la avioneta, si nos metemos ahí con él no vamos a poder despegar. O, si lo hacemos, tendremos que bajar antes de tiempo.

Sepan que, durante toda su vida, a Ullo siempre le interesaron los detalles técnicos tanto de los objetos de la naturaleza como de los artefactos. También de algunos vehículos y de los cañones. Es obvio que se trataba de un interés platónico, porque (que yo sepa) él no construía maquetas, ni de aviones ni de barcos. Pero tenía unos conocimientos asombrosos al respecto. Acerca del avión que los llevó de excursión turística (por supuesto, a la luz de sus conocimientos posteriores), me explicó:

«Se trataba todavía de lo que entonces llamábamos una “Cola de Alambre”. Eso significa que no podía ser alemana, sino que tenía que haberse construido en Francia. Era una máquina de finales de la Primera Guerra Mundial, un Farman de los que se emplearon al principio como bombarderos, que debía de haber sido derribado por los alemanes, rehabilitado y adaptado para su uso civil. Tenía el fuselaje de madera, hecho de contrachapado y de tela sujeta por varillas, una cabina de pasajeros de cuatro metros y el motor con su propulsor amarillo situado delante. Detrás había una cabina de pilotaje con dos puestos, protegida por un parabrisas convexo, y tras los pilotos quedaba el espacio reservado a los pasajeros: una caja de tela y madera con ventanas laterales. Las trampillas del suelo, que en tiempos se habrían utilizado para tirar bombas, estaban cerradas, y habían instalado una minúscula sillita a cada

lado. La cola, compuesta por el estabilizador vertical donde estaba el timón y el estabilizador horizontal que controlaba el picado, estaba asegurada a un flanco de la aeronave no con simple alambre, no, sino con unas varillas delgaditas, de unos cuatro o cinco metros de longitud. Esa cola era la responsable del nombre de aquella avioneta».

El representante de la agencia le entregó al señor Berends su maletín vacío y los cuatro pasajeros entraron en la cabina y ocuparon sus asientos. La madre se sentó detrás de Ullo y el padre al lado de la madre; Charlotte se puso cerca de Ullo, a una distancia de un paso y medio al otro lado del pasillo. Los pilotos, que llevaban trajes y gorros de cuero y gafas de aviador, parecidas a las que llevan los soldados, cerraron desde fuera la portezuela por la que habían entrado los viajeros, retiraron las escalerillas de delante de la puerta y se colocaron en sus puestos. El motor bufó un poco antes de ponerse en marcha y el propulsor empezó a girar, de modo que sus contornos se difuminaron rápidamente. El avión se movió por fin y echó a rodar, traqueteando y dando tumbos por el asfalto de la pista, bastante lleno de baches. El temblor fue remitiendo, pero las sacudidas fueron en aumento, hasta que, después de recorrer medio kilómetro, pararon de golpe. La avioneta había remontado el vuelo y cada vez volaba más alto, hasta tal punto que ya veían los tejados de la ciudad alejándose paulatinamente a uno y otro lado.

Antes de entrar, Ullo tenía miedo de tener miedo. Durante los tres o cuatro días que estuvo esperando el castigo que merecían su robo y su mentira, a sabiendas de que iba a subir a un avión para sobrevolar la ciudad, tuvo miedo de que le entrase miedo allí arriba. Porque, ¿qué mejor ocasión para que dios lo castigara que aquí y ahora, si sucediese algo mientras volaban...? ¡Que se cayese el avión! No..., ni hablar, a su madre no le podía pasar nada. La madre, después de la caída, diría entre risas: «Uf, bueno, si uno vuela, ya se sabe, es parte de la experiencia...». Al padre tampoco le pasaría nada. No ahora. Únicamente, se le caerían las gafas con su pinza de oro y puede que hasta se rompieran... A Charlotte se le dislocaría el codo, nada serio. Pero con el mal rato y el susto, se orinaría encima. O, bueno, mejor no..., porque, entonces, Ullo tendría que soportar durante un tiempo el mal olor... Así que la dejó escapar con una simple torcedura. Al él, más le valía afrontar el castigo con humildad, aunque, ¡no iba a esperar la muerte por haberse comido seis algarrobas de nada! Más o menos estas eran sus cavilaciones en

los días que pasó esperando ser castigado. Más tarde, seguramente espoleado por el cansancio de la espera (a la vez que por el sentimiento de alivio que le brindó el saberse impune), llegó a la conclusión de que no había dios. Con ello, se sintió liberado. Y es justo entonces, mientras se eleva sobre la ciudad y pese a la desazón que le provoca el saberse suspendido en el vacío, y ver el horizonte temblar frente a sí entre la amalgama de nubes negras de tormenta y de azul cielo que está a punto de engullirlos, cuando a pesar de todo Ullo tiene la sensación de haberse despertado de una pesadilla. Aunque el motor de la avioneta se parase, o aunque se rasgasen las cortinas de la cabina (la ventana que tiene al lado se está estremeciendo tan fuerte que no puede tardar en resquebrajarse), a él, a Ullo, no le pasará nada. Ni a los demás. Porque los otros no tienen nada que ver. Y si ha de pasarle algo a alguien, que sea a él solo. Pero ¿qué le va a pasar a él?! Si la avioneta se desintegra y él sale disparado, su cuerpo será tan ligero, tan ingrávido, tan esponjoso, que el viento lo transportará y lo depositará sano y salvo, seguramente en la playa del lago Müggelsee que están sobrevolando ahora mismo. Lo llevará por el aire con tanta suavidad y cuidado como la paloma de Noé llevó la ramita de olivo...

Pues eso. Estos delirios sobre un mundo sin dios duraron todo el tiempo que estuvieron dando el paseo en avioneta, pero se pasaron igual que habían llegado. Sesenta años más tarde, Ullo pensaba que el punto de inflexión pudo tener lugar ya esa misma tarde, cuando estaba intentando dormirse en el sofá de Charlotte y de repente le vino a la mente, como un fogonazo, un pensamiento: «¡Lo que pasa es que dios se está burlando de mí! ¡Puede que exista, pero que me castigue más tarde por haber robado y mentado, cuando yo ya no pueda establecer una relación entre la condena y mis actos!».

Yo le pregunté:

—¿Y cómo resolviste ese dilema?

—En aquel momento, olvidándome de él —respondió.

La tercera y última semana que pasó en Berlín estuvo particularmente llena de emociones. Pero, por lo general, Ullo se limitó a bosquejarlas en sus memorias, y solo en un par de sitios encuentro en mis anotaciones algún detalle específico. Esa semana fue tres veces al circo con su padre, con su madre y con Charlotte. Evidentemente, lo consiguió a fuerza de dar la tabarra. Allí vio elefantes que salpicaban aparatosamente el agua vertida sobre la pista. Luego, después de que drenasen el escenario, actuaciones de maestros caballistas vestidos de cosacos, payasos, comedores de fuego y hermosas mujeres que dejaban que las serraran por la mitad. Y, por último, los números del coloso Siegfried Breitbart.

Aquel Breitbart lograba dominar a dos caballos, que, atados a sus muñecas mediante unas cuerdas, eran fustigados y cabalgaban en direcciones opuestas. Además, era capaz de partir en dos las herraduras, ¡chas-chas! Luego, le llevaban a la pista una cama de clavos sobre la que se tumbaba de espaldas mientras le ponían un yunque sobre el pecho peludo. Para colmo, habían colocado a su lado una forja donde se veía arder el fuego y dos herreros golpeaban el yunque con martillos para hacer unas herraduras nuevas que sustituyesen aquellas que había hecho pedazos el gran Breitbart.

Una noche, sus padres llevaron a Ullo a la ópera, donde representaban *El anillo de los nibelungos*, de Wagner. Ullo (y recuerdo con qué risita canalla me lo dijo) se quedó dormido enseguida. «Así que todas esas anécdotas que cuentan, sobre Hitler y sus secuaces en las funciones de Wagner, son la pura verdad.» Pero la música *forte fortissimo* que suena justo antes de la escena en la que muere el dragón despertó a Ullo, así que la batalla de Sigfrido y el dragón la vio entera, con todo lujo de detalles. Como exigía su posición social, *noblesse oblige*, se sentaron en la tercera fila. Por cierto, Ullo me confesó que durante muchos años había pensado que quien cantaba y al mismo tiempo luchaba con el dragón era el mismo Siegfried Breitbart que lo había dejado fascinado en el circo, pero maquillado de una manera un poco

diferente. De lo visto en el teatro, recordaba con especial claridad la huella blanquísima, como la hoja de un tilo, que dejaba la sangre del dragón sobre la roja espalda de Sigfrido, justo en el sitio donde Hagen lo alcanza con su lanza. Ullo me lo explicó así: «Por la noche, en el hotel, soñé que luchaba contra un dragón. El sueño me pareció tan real que, por la mañana, al despertarme, me llevé a Charlotte delante del espejo para que intentara localizar la huella con forma de hoja de tilo en mi espalda».

Finalmente, llegó el momento de regresar a casa, aunque su padre permanecería en Berlín para arreglar sus asuntos de negocios. El día antes de marcharse, fue con él al zoo otra vez. En esa ocasión, el padre se puso a dar bastonazos a un cocodrilo para que abriese las fauces y Ullo pudiese verle los dientes. El cocodrilo, en efecto, abrió las fauces. Las abrió de par en par, y durante mucho rato. Pero, cuando volvió a cerrar la boca, se arrastró hacia delante muy rápido, como un metro, le dio un mordisco al extremo del bastón de su padre y se lo comió de un bocado, cric-cras-cric, como si fuese una barrita de chocolate.

Yo le pregunté:

—¿Consideras que esto pudo augurar el giro que pronto experimentarían los negocios de tu padre?

Sesenta años después, Ullo me respondió:

—Una pregunta curiosa... No se me pasó por la cabeza en aquel momento. Pero es verdad que mi madre dijo: «Eduard, esto no es buena señal...», a lo que mi padre no repuso nada, solo se rio.

Después, Ullo fue con su madre y con Charlotte a Baden-Baden. Se instalaron directamente en el balneario llamado Kurhaus, que francamente no les pareció muy nuevo, sino más bien algo decadente. Pero, eso sí, era un edificio soberbio, amplio y noble, hecho en su mayor parte de cristal. Se acomodaron en tres habitaciones comunicadas que, junto a un cuarto de baño, conformaban un apartamento. Los camareros, los mozos y los botones del balneario les dirigían sonrisas que eran réplicas exactas de las que les habían dirigido anteriormente los camareros, los mozos y los botones del Adlon.

¿Qué recordaba Ullo de aquel veraneo? Pues que en el parque había una cigüeña de piedra con el pico rojo del cual manaba agua mineral. Y que, por las noches, que eran mucho más oscuras que las nuestras en esa época del año, veían fuegos artificiales que crepitaban y chisporroteaban alrededor del balneario. Y que entre las montañas y la ciudad había un parque por el cual

discurría un riachuelo, y que lo atravesaba un puentecito, bajo el cual, con el runrún al fondo de una cascadita que formaba un escalón de mármol, brincaban las truchas que los veraneantes, si así lo deseaban, podían pedir que les pescasen allí mismo para que los cocineros del hotel se las friesen y comerlas acompañadas de vino blanco.

Una tarde, el chófer los llevó a los tres a la Selva Negra. No lo pusieron precisamente a hacer de botánico en los márgenes de la carretera, pero Charlotte trató de enseñarle los nombres de las plantas que crecían allí. Esa tarde Ullo se quedó despierto en el balcón de la casa de huéspedes y, en el tiempo que tardó el sol en ponerse y la luna en salir, mientras Charlotte y su madre bebían leche agria y hacían frente a los mosquitos, él esbozó un poema en perfecto alemán, con los nombres de las plantas que había aprendido. Esta es la primera estrofa, que me permitió que copiase aquí:

La selva es negra y amenazante
y, colina arriba, el manantial fluye
mientras florece la zarza de caballero
y azulea el casco de acero.
¡Así que ponte el sombrero!
¿Desde dónde resuena la trompa de caza?
Los cobardes bandoleros
se emboscan e irrumpen
en el claro de luna.

Al parecer, su madre y Charlotte lo elogiaron de tal manera que el propio Ullo empezó a sentir cierto respeto por su obra.

Además, me contó divertido cómo había conocido en Baden-Baden a un chico holandés que se llamaba Cornelius y que era un par de años más joven que él, pero muy listo. Vivía con su madre en el mismo balneario y fue un par de veces a jugar al ajedrez con Ullo. En cierta ocasión jugaron una de aquellas partidas mientras su madre y Charlotte se fueron a la ciudad. Supuestamente, tenían que regresar a la hora de comer, alrededor de las dos. A las tres menos cuarto, Ullo, que tenía ocho años, le dijo a Cornelius, de seis: «¡Andando al restaurante! ¡Vamos a almorzar!».

Sesenta años después, me explicó: «Y, fíjate, no fue tanto porque tuviese hambre, que eso también contribuyó hasta cierto punto, sino sobre todo para

darme el gustazo de sentirme mayor, al frente de la situación».

Así pues, fueron al restaurante del balneario. Los camareros los reconocieron, porque eran clientes y ya habían ido allí a almorzar otras veces, aunque no lo hacían todos los días. Los trataron con absoluta seriedad. Ullo pidió para sí y para Cornelius una sopa de cangrejo, seguida de hígado de ternera con salsa Madeira, y también una ración de fresas con nata para cada uno. Con vino y cerveza, claro, aunque en lugar del vino les trajeron zumo de naranja y cerveza de malta, no cerveza de cebada.

Hacia el final de su estancia en Baden-Baden, los tres (Ullo, su madre y Charlotte) hicieron una excursión en coche de unos cien kilómetros en dirección suroeste, atravesando las preciosas montañas de Wurtemberg para llegar cuando caía la noche a la pequeña ciudad de Überlingen. Allí se alojaron en un hotel diminuto y, a la mañana siguiente, bien temprano, tomaron un barco que, si no entendí mal, hacía un recorrido por el lago de Constanza que duraba hasta la sobremesa. Es posible que también llegase hasta los puertos del lago que están en territorio suizo. Pero no estoy seguro.

A propósito de ese viaje, Ullo comentó: «Ten en cuenta que esto sucedió muchísimo antes de que naciesen Peter Handke y Mati Unt,⁷ y en ningún momento se me ocurrió atravesar el lago en barco. Además de que el lago en sí no me interesaba en especial. Estaba liso como un espejo y cubierto de una ligera neblina. Si hubo algo que me interesó de ese viaje, fue el barco de vapor en el que íbamos, que fue también el primero que vi en mi vida, y el último. Y los Alpes envueltos en niebla rosada, nevados, inalcanzables. El pico Reetikon y los demás, como se llamen. Me acuerdo de que pensé: “Si pudiese llegar hasta allí..., oh, entonces, ¿qué pasaría?”.

Yo le pregunté:

—Escucha, ¿no has vivido siempre, hasta hoy, según la misma fórmula de aquel día en el lago? Lo interesante es tanto lo que vibra a tu alrededor, bajo tus pies, aquí mismo, como lo que está suficientemente lejano para resultar inalcanzable. Todo lo intermedio es plano y carece de interés alguno para ti.

Me lanzó una mirada fugaz, que primero fue afilada y luego distraída, y me dijo:

—Puede ser. Lo pensaré.

Si me respondió más tarde, no lo he retenido en la memoria ni tampoco lo anoté.

Cuando regresaron de Alemania, los Berends continuaron viviendo en su piso de siete u ocho habitaciones de la calle Raua, y todo siguió su curso normal. Aunque el estilo de vida de la familia ya no era ni mucho menos tan tumultuoso como tres o cuatro años antes, seguía siendo «dinámico». Entonces, en torno a 1920, sus invitados habían protagonizado episodios memorables que no era fácil que se repitiesen ahora. Hubo, por ejemplo, un capitán georgiano de la Guardia Blanca, que, con su cartuchera cruzada sobre el pecho, bailó, sobre la mesa de los Berends, a rebosar de viandas y cubiertos, la *lesginka* sin romper ni un solo plato ni volcar una sola botella. Y también cierto americano (sí, tres años antes, durante la semana en que tuvieron a Rolly de mascota)... En esa época, frecuentaban la casa de los Berends unos cuantos americanos: diplomáticos, empresarios, y vaya usted a saber qué otros profesionales. Puede que periodistas también. El señor Brown llevaba un maletín lleno de botellas de whisky y el señor Clark banderas diminutas con barras y estrellas, de las que tienen un asta de madera y se plantan sobre una superficie lisa, que aparecían de pronto sobre las mesas de los Berends o en el repecho de la chimenea del salón. Una mañana, cuando iba corriendo hacia la caseta de Rolly por el jardín delantero de la casa, Ullo se topó con uno de aquellos señores americanos, que había puesto sus zapatos de deporte con mucho primor sobre el césped, al lado de la caseta, y se había echado a dormir allí dentro, con los pantalones a cuadros y los calcetines de rayas sobresaliendo por la puerta y Rolly atravesado sobre su pecho.

Ullo regresó a la casa presa de una gran agitación y pensando qué hacer. Al cabo, decidió que solo una persona podía resolver el asunto con la discreción necesaria: su madre. Y así fue. La señora Berends engatusó al perro con un hueso para que saliese de la caseta y, con voz suave a la vez que firme, despertó al resacoso:

—Señor Brown, *razbuditjesj!*⁸ —Su madre hablaba ruso con el señor Brown porque no sabía inglés—. *Razbuditjesj!* ¡Y salga de la caseta antes de

que alguien lo descubra desde la calle, mirando por encima de esos setos! Además de que también pueden verlo desde las ventanas de la casa!

El señor Brown se despertó, se espabiló, se dio cuenta de lo que pasaba y caminó pesadamente, pegado a los talones de la madre de Ullo, hasta la puerta trasera. A continuación, se metió a escape en el cuarto de baño y colgó los pantalones en el gancho de la cocina para que se los planchasen. Después, se comportó con unos modales intachables. Además, ese mismo día regaló a su madre, en un gesto de gratitud, un frasco de un litro de agua de colonia Crabtree, que se hace en Nueva York y cuyo nombre quiere decir «manzano silvestre». A partir de entonces y durante años, su madre fue reconocible por ese olor, fuerte y agradable a la vez. Lo utilizó hasta que el frasco se quedó medio vacío, y luego solo quedó un tercio, y luego un cuarto, y al final se convirtió en una mera reliquia de sus años de esplendor.

Pues bien, a mediados de los años veinte ya no se veían por el domicilio de los Berends temperamentales capitanes de Tiflis ni generales de carrera llegados de Petrogrado ni caballeros neoyorquinos un poco achispados. Pero todavía había mucho movimiento de visitas diarias. Como las del compositor Raimund Kull, que llevaba un uniforme negro de militar con listas brillantes en las mangas, y era por entonces director de orquesta de la Marina. A Ullo le caía especialmente bien porque se metía cerillas aún encendidas en la nariz y las movía primero en una dirección y luego en la contraria. Y también estaba el doctor Dunkel, siempre fumando sus puros negros de tabaco Katlama y echándole a Ullo gotas en los oídos cuando le dolían. Y el enclenque Eduard Hubel con sus quevedos, cuyo mote era «Mait del Bosque», que algunas veces discutía con su madre sobre cómo podía continuar una novela que estaba escribiendo (Ullo creía recordar que se titulaba *Tumba anónima*), y otras, cuando tenían invitados, tocaba el *Souvenir de Hapsal*, de Tchaikovsky, con su violín.

Al final del verano de 1924, los Berends se fueron a vivir temporalmente nada menos que a un castillo.

El holandés Van den Bosch, un antiguo conocido de su padre, amén de amigo y socio de negocios, era cónsul de su país en Estonia y se había alquilado, así sin más, el castillo de Maarjamäe, que se encuentra en el camino de Pirita, junto al mar Báltico, a pocos kilómetros de Tallin. Pero como solo estaba utilizando unas pocas habitaciones, le propuso a papá Berends que se trasladase allí con toda la familia a pasar el final del verano.

Ullo recordaba del castillo las habitaciones, que estaban heladas y tenían osos disecados. También recordaba los viajes entre Tallin y Maarjamäe, que hacían en una calesa tirada por dos caballos, con las ruedas crujiendo quejas cuando pasaban por encima de los badenes del camino. A un lado, la silueta espléndida de la ciudad; al otro, el mar que cambiaba de tonalidad: ora gris, ora verde. Y el apesoso olor de las algas pudriéndose, que, transportado por el viento del sureste, se hacía más insoportable con el paso del tiempo y se colaba por las ventanas si se dejaban abiertas.

Y entonces, a mediados de septiembre, cuando solo llevaban un par de semanas en la ciudad, pataplán, el piso de la calle Raua, su hogar, se llenó de muebles y de hombres con amplias gorras rojas que llevaban un cartel de latón en la visera: *EXPRÉS-EXPRÉS-EXPRÉS*. Se las apañaron para meterlo todo en las cajas, ¡y en dos días hicieron la mudanza de un piso de ocho habitaciones!

Ullo me comentó que nunca llegó a obtener una respuesta clara a por qué se mudaron. Sabía que el dueño del piso había exigido de repente un alquiler mucho más alto del que pagaban hasta entonces. Presa de un ataque de cólera, el padre había anunciado, irrevocablemente, que no estaba dispuesto a pagarlo. Ullo agregó:

—Mi padre era un hombre que podía aguantar pacientemente durante mucho tiempo, con una sonrisa en los labios. *Laissez faire, laissez passer*. Pero, luego, de repente, explotaba, sin pensar en las consecuencias.

En todo caso, mientras desalojaban su casa de la calle Raua, la bandera seguía ondeando bien alta. Depositaron sus muebles y el resto de los bártulos en un almacén de la avenida de Narva por el que les cobraban un alquiler bastante elevado, y se hospedaron en tres habitaciones del Hotel León de Oro (con baño, por supuesto). Por entonces era, hay que decirlo, el hotel más caro de todo Tallin. Ullo relataba: «He oído que, en el Mediterráneo, a finales del siglo pasado, había familias ricas pero no demasiado cultas, por ejemplo las de Atenas, que tenían por costumbre irse a vivir a un hotel, porque a pesar de tener un piso en la ciudad, lo consideraban mucho más fino. Pues bien, nosotros nos diferenciábamos de ellos en que no teníamos ningún piso en propiedad, sino que estábamos buscando uno. Y lo encontramos antes de Navidad».

Con lo cual, durante tres meses, los Berends vivieron en la *suite* de tres habitaciones del León Dorado, comieron en el restaurante del hotel y dejaron

a los camareros y a las doncellas que les hicieran reverencias y les dirigieran amables sonrisas. Luego, se mudaron a la calle Pikk, en el corazón mismo de Vanalinn, el casco antiguo de Tallin, a una casa magnífica con ascensor y seis habitaciones, de las cuales dos tenían unas vistas estupendas sobre el mar, así que en modo alguno se pudo decir que hubiesen caído en desgracia. La señorita Von Rosen seguía yendo todos los días a instruir a Ullo, y Charlotte siguió trabajando para los Berends. Solo que las dos tuvieron que buscarse alojamiento propio. Pero el traslado definitivo fue a principios de año, y el motivo tuvo su gracia: los muebles y la ropa de cama que estaban guardados en la calle Narva, en un almacén por el que pagaban un alquiler desmesurado, se habían llenado de bichos...

Ullo me habló del tema en 1986:

«Mi madre siempre había sido una persona excesivamente meticulosa con la limpieza, y su obsesión no hizo sino aumentar con la edad. El episodio de los insectos hizo que me saltara a la vista hasta qué punto le preocupaba el asunto. Aunque puede que no cobrase plena conciencia de ello hasta más tarde. En todo caso, la recuerdo muy agobiada, rociándolo todo de insecticida (queroseno o lo que se utilizase por entonces), elaborando mezclas con vapor de azufre y cambiando el papel de la pared de las habitaciones antes de que nos mudásemos. En primavera, cuando ya, digamos, habíamos empezado a acostumbrarnos a vivir en el piso nuevo y limpio, nos volvimos a mudar. Allí al lado, a la calle Pikk, pero un par de casas más cerca de Suur Rannavärv, la Gran Puerta de la Costa. Este era también un piso precioso, pero estaba en un tercero y no tenía vistas al mar, a pesar de que se encontraba todavía más próximo. Y solo tenía cinco habitaciones. Una de ellas era especialmente sombría, porque la ventana daba directamente al muro del edificio vecino. Y la penumbra física que dominaba esa habitación se extendía psicológicamente, por algún motivo, a todo el piso».

No recuerdo si lo que voy a contar a continuación me lo describió así tal cual, *expressis verbis*, o si yo lo he formulado con mis palabras sobre la base de lo que él me relató: frente a la puerta de esa habitación sombría, que por cierto tenía un cristal, pero en otra estancia (un recibidor o algo parecido), había una especie de espejo cilíndrico de cuerpo entero colgado en la pared que reverberaba la penumbra al resto de las habitaciones, tanto si la puerta estaba abierta como si no.

La causa última de esta penumbra, que empalidecía los colores y

amortiguaba los sonidos, era, desde luego, el estado de ánimo depresivo de la madre.

Ullo no me explicó nunca cuándo y cómo llegó a esta conclusión. Ni cuándo y cómo se enteró del motivo de aquella tristeza. Lo cual, claro está, sería otro ejercicio del trillado *Leitmotiv: cherchez la femme*. Debió de ser en algún momento de sus días en el segundo piso de la calle Pikk cuando se dio cuenta de que su padre estaba cada vez menos en casa y de que salía más de noche, lo que su madre trató de justificar con la excusa de viajes de negocios a Tartu, a Narva o a Helsinki. También notó la cara de preocupación que ponía su madre y que estaba especialmente cariñosa con él.

No sé cuándo se enteraría Ullo de que había otra persona en la vida de su padre. Es probable que muy pronto, porque, en general, Ullo fue consciente desde bien pequeño de lo que pasaba a su alrededor. Mi información acerca de la dama en cuestión procede del propio Ullo. Puede que fuese su propio padre quien le contase los pormenores, puesto que, a pesar de que acabaran distanciándose, parece que padre e hijo no se declararon nunca una enemistad abierta.

Según le aclaró el propio Ullo a mi padre cuando íbamos al colegio juntos, se trataba de una señora de Luxemburgo cuyo nombre de soltera era Monod, Marie Monod. Después de acabar los estudios en un colegio de monjas, o acaso de dejarlos a la mitad, la chica, que entonces tenía dieciséis años, fue enviada a casa de unos parientes en París (se conoce que a probar fortuna). En efecto, la tuvo, pues conoció allí a un aristócrata ruso llamado Koshelev, de la *gubernia* de Serpujov, cerca de Moscú, que se la llevó a Rusia como *bonne* de su pequeñuelo de cinco años. Pasaban los veranos en Sujumi, a orillas del mar Negro. Y fue allí donde Marie conoció a un joven ingeniero noruego, Fredriksen, que trabajaba para la empresa Nobel en las perforaciones petrolíferas de Bakú, y que había cambiado en sus veraneos las oleaginosas playas del mar Caspio por las claras aguas de Sujumi. Muy pronto, hacia 1915, se casaron, y cinco años después, en otoño de 1920, abandonaron la Rusia revolucionaria en tren con la idea de establecerse en Noruega. Pasaron por Estonia, donde se vieron obligados a parar en Narva debido a la cuarentena de los piojos y del tifus. En la siguiente estación, o dos estaciones después, entró en su compartimento un individuo que se presentó como director de la Industria de Pizarra Bituminosa de Estonia. Ullo aclaró: «¡Es fácil deducir que se trataba del ingeniero Märt Raud!». Y, antes de que

el tren llegase a Tapa, ya les habían hecho una oferta a los Fredriksen que iba a cambiar tanto su propia vida como la de los Berends. El ingeniero Raud contrató los servicios de Fredriksen en la Industria de Pizarra Bituminosa de Estonia, así que Fredriksen se quedó en Estonia y estableció su residencia en Tallin. Y fue entonces, a principios de los años veinte, cuando la señora Marie se presentó ante Eduard Berends.

«Tenía un parecido prodigioso con mi madre. Me refiero a su aspecto. Por lo demás, no llegué a conocerla bien. Pero, en cuanto al físico, cómo te diría... Se parecía a Salomé. En ese sentido, mi padre fue fiel a un tipo de mujer. Solo que la señora Fredriksen era, pues eso, algo más delicada, más liviana. Y diez años más joven que mi madre.»

En este punto, mis notas me recuerdan que le pregunté:

—Tu padre, ¿encontró en esa señora al gran amor de su vida?

—No lo sé. De todos modos, siguieron juntos hasta la muerte de mi padre, en 1969.

Eso significa que su relación duró cuarenta años. En tiempos que para ellos fueron, sin duda, bastante inestables y en absoluto un camino de rosas.

Aquí, veo que le pregunté:

—Ullo, ¿al final entendiste a tu padre?

Él me dijo:

—No puedo responder a eso. Desconozco sus circunstancias. En 1929, lo que pasaba me hacía un daño horroroso, pero estaba muy lejos de entenderlo. Porque, desde mi punto de vista, la aparición de la señora Fredriksen no solo destruyó a nuestra familia, sino que también tuvo la culpa de nuestro declive económico y social.

El declive (aunque nadie se ha atrevido jamás a calificarlo con ese nombre) se notó en todos los ámbitos de su vida, pero donde lo hizo con más claridad fue en los subsiguientes traslados a pisos cada vez más humildes. En las residencias veraniegas, la decadencia no se hizo tan patente, porque mientras pudieron permitirse ir de vacaciones, los lugares que elegían para veranear fueron variando y, por lo tanto, era más difícil compararlos entre sí, cosa que, sin embargo, resultaba bastante fácil con los pisos de Tallin. En 1925 aún se podían permitir un viaje al extranjero. Pasaron varias semanas en Múnich y sus alrededores, donde admiraron el castillo de Luis II de Baviera, el Rey Loco. No está de más decir que Ullo se sintió incómodo en las estancias del interior del castillo, que le parecieron demasiado recargadas. Sin embargo, le causaron sensación algunas de las fuentes del parque, con sus juegos acuáticos.

En Múnich también visitaron el crematorio. Ullo recordaba el camino hacia la habitación donde, a través de una ventana, se podía seguir la cremación de los cadáveres, y que su padre le preguntó a su madre: «Sandra, ¿crees que es conveniente que Ullo..., hmmm..., vea esto?». A lo que su madre respondió: «Déjalo mirar». Ullo me comentó lo que sigue:

«Me gustó mucho que mi madre me considerara suficientemente adulto para algo, cuando mi padre dudó de mi madurez. Porque habitualmente era al revés. Y solo más tarde (no sé, puede que incluso años después), se me ocurrió que la respuesta de mi madre (“Déjalo mirar”) delataba sin duda su profunda desesperación. En cuanto a la escena misma..., por supuesto, era en cierto modo espantosa. Pero no solo eso. También, seguramente, mucho más que eso: horrible, sí, pero también algo sublime. Una llama de color rojo pálido quemando un cuerpo, cuyos contornos irradiaban una luz clara, amarilla. Esta visión no me produjo pesadillas recurrentes, pero sigo recordándola con claridad aún hoy».

En Múnich fueron a varios museos. De ellos, Ullo se acordaba en particular

de las armas de los caballeros medievales, de todo tipo de arneses y de los lanzagranadas y morteros de madera maciza, moteados de remaches relucientes en la base.

Es extraño que Ullo no consiguiese de ninguna manera recordar hacia dónde partieron desde Múnich; es decir, en qué puerto del Rin había abordado el vapor de color blanco llamado *Lorelei* que los llevó a lo largo del río, primero recorriendo terrenos abruptos llenos de vides y castillos, luego otros surcados de chimeneas de fábricas y, finalmente, navegando entre unas orillas tan rectas que parecían dibujadas con tiralíneas, cuajadas de molinos de viento, hasta la frontera holandesa.

Por cierto, el principal contacto del señor Berends en Holanda era el mismo Van der Bosch, viejo conocido de Tallin, que en su segundo viaje al extranjero debía de ser todavía cónsul de Holanda en Estonia y al que Ullo mencionaba como buen amigo de su padre. *À propos*, hablando de las curiosas ventajas de las sociedades pequeñas, como la estonia: yo también vi una vez de niño al caballero Van der Bosch. Apeataba a puros, tenía el pelo entre gris y azulado, la cara muy roja y un porte exuberante, e iba acompañado por una señora de rostro macilento que llevaba un traje blanco y que podría haber salido de un cuadro de Wiiralt (evidentemente, eso solo lo puedo apreciar yo ahora). Ambos tomaron café con mi padre y con mi madre en nuestro porche de la calle Purde. No sé qué se le había perdido por allá al señor cónsul. Tengo un recuerdo impreciso, según el cual con mi padre habría hablado de la construcción de una antena de radio y con mi madre de que en Tallin se podían admirar obras de arte insospechadas e increíbles, y de si ella había contemplado alguna vez, por ejemplo, el retablo del altar de la iglesia de Niguliste en el que se representaba el martirio de san Víctor. Estas pinturas, decía, le recordaban las obras del artista que era casi tocayo suyo y que podía, incluso, que fuese su pariente (cuál era el nombre de pila de nuestro inesperado visitante, yo no lo supe entonces, en 1926, ni tampoco lo he sabido más tarde). En esta laguna de mi memoria, se han entremezclado desde entonces todos los Bosch posibles: Carl, Jan, Juan y, por supuesto, Hyeronimus.

Sea como fuere, Ullo viajó con sus padres de Ámsterdam a La Haya, en tren, donde pasaron varios días como invitados de los Bosch en su noble y muy oscura casa de madera.

Antes del almuerzo, mientras su padre discutía de negocios con el señor

Bosch, la madre de Ullo y la señora Bosch solían ir juntas a la playa de Scheveningen. Ullo jugaba con un globo que le habían regalado los Bosch en la arena de la playa y en un embarcadero que llevaba hasta el casino de verano. Este, suspendido sobre estacas de varios metros de largo, era un espacio para los bañistas y entraba profundamente en el mar formando una T con el tallo muy fino hecha con tablones que se estremecían al pisarlos: pom, pom, pom. El de Ullo era un globo a rayas rojas, blancas y azules, lleno de un gas desconocido, que medía un metro de radio, estaba recubierto de una redcilla de seda y tenía una góndola colgada a un lado con dos gondoleros en su interior. Pero cierto día, el hilo se le escapó de la mano y el globo se elevó hacia el cielo claro, arrastrado por una fuerte ráfaga de viento del este, y recorrió toda la playa, lisa como un plato, y, sobrevolando la muchedumbre variopinta de bañistas sin que estos lo advirtieran, acabó esfumándose en el resplandor del sol.

La señora Bosch dijo, impresionada:

—Bravo, Ullo. No has llorado.

A lo que Ullo repuso, acaso con los pómulos algo más afilados de lo normal:

—Lo que me preocupa ahora es cuánto van a ver...

—¿Quiénes?

—Los pilotos de mi globo. Con este viento, ¡en tres horas se plantarán en Inglaterra!

A la mañana siguiente, que por cierto amaneció con unas fabulosas nubes plomizas, el señor Bosch los llevó personalmente a la estación de ferrocarril, donde, por supuesto, los instaló *comme il faut* en un vagón de primera y les explicó cómo llegar hasta un lugar concreto en los canales del puerto de Ámsterdam. Allí, deberían subirse a un balandro que los llevaría a su vez hasta la casa de veraneo que el señor Bosch había alquilado durante dos semanas.

—¡Allí van a experimentar ustedes la Holanda *par excellence*!

Los recibieron a bordo un capitán regordete, de pestañas blancas, y su hijo de diez años, que era la viva imagen del padre. Iban a alojarse en su casa, en la isla de Marken. Les habían dicho que desde Ámsterdam tardarían dos horas en llegar a la isla. Ullo recordaba: «En Ámsterdam, y en los canales, no habíamos reparado en las nubes de tormenta. Pero, cuando el balandro se adentró en el Zuider Zee (que sí, estaba en calma chicha, de manera que

tuvieron que usar el motor de gasolina para deslizarse entre el espejo gris e inmóvil del mar y un cielo bajo y también gris, que parecía hecho de arpillera), el capitán nos dijo que se estaba aproximando una tormenta, pero que llegaríamos a nuestro destino antes de que empezase».

Con la tensión de la espera, los chicos, Ullo y el hijo del capitán, empezaron a pelearse en la cabina de popa, baja y muy oscura, así que se olvidaron (por lo menos en el caso de Ullo) de la tormenta. Cuando estalló, ya habían llegado a Marken. Por cierto, que cuando Ullo me mencionó algunas fechas relacionadas con esta isla, le pregunté si ya las conocía en el año 1925. Él me respondió que no, naturalmente. Había ido atesorando información más tarde, gota a gota, como quien dice, sobre los lugares que visitó en la infancia.

—Mira, más tarde, cuanto más inaccesible se me hacía todo esto, más...

Habida cuenta de que la isla de Marken pronto se convertiría en algo inaccesible para Ullo, a causa del terremoto que estaba a punto de sacudir a su familia, y después a raíz de las muchas penurias y de la guerra, y mucho más tarde por el telón de acero, su información acerca de la isla fue enriqueciéndose, de manera que yo aquí solo puedo reproducir una parte:

Hasta el año 1164 la isla estaba unida al continente. Entonces tuvieron lugar las mareas del día de San Julián, que provocaron una inundación y convirtieron la península en isla. Una isla es lo que había cuando fue Ullo: varios kilómetros de ancho y otros tantos de largo, a una decena de kilómetros de la costa del mar del Sur o Zuider Zee, más o menos frente a la ciudad de Monnickendam... Un pedazo de tierra completamente llana y verde, flotando en mitad de someras aguas grises. Tan llana que los lugareños tuvieron que intervenir y acabar con esa lisura por motivos de seguridad. Fueron levantando pequeños montículos de tierra, que parecían toperas, y construyeron sobre ellos los cimientos de sus casas. A veces, incluso hicieron palafitos, usando pilones para alzar las casas sobre el nivel del agua. En 1986, gracias a un dique que se había construido en uno de sus extremos, el islote ya llevaba treinta años unido de nuevo a tierra firme. Cuando hicieron el gran dique Afsluitdijk en 1932, todo el Zuider Zee quedó separado del mar del Norte, y se formó un polder de quinientos kilómetros cuadrados donde antes estaba el llamado Markwaard. Ullo explicaba que, cuando él fue a Marken, estaba completamente rodeado de agua y que, en el momento en que sus padres y él llegaron, acababan de empezar a romper las primeras olas de la tempestad, soltando espumarajos y formando meandros sobre el cascarón

grisáceo del islote. Y fue mientras estaban cenando en la casa del capitán, que tenía un tejado de más de medio metro de grosor, hecho de cañas, cuando se desató toda la furia de la tormenta. Como el viento había rolado al suroeste, el nivel del mar no subió demasiado. Así que Ullo se sabía a buen resguardo en aquella casa de campo, con sus gruesos muros y su exagerada amplitud. Por cierto, los muros estaban revestidos de yeso y repletos de cerámica blanca de Delft con cenefas y dibujos azules, dispuestos en ordenadas filas, los de mayor tamaño abajo, los medianos en la fila de en medio y los menores en la fila de arriba. Y, prácticamente en el centro de la estancia, había un horno revestido de baldosas que tenían dibujada una hoja de col azulada.

¿Qué recordaba Ullo de esos días? Que fue una semana de sol y de viento, durante la cual el dueño de la casa los llevó a la ciudad de Monnickendam en el balandro, donde vieron todo lo que había que ver, y que al segundo o tercer día fueron a Edam. Allí probaron el famoso queso y visitaron la iglesia-catedral, donde les enseñaron las tumbas del Señor Gordo y de la Chica Alta. Les dijeron que el primero pesaba casi doscientos kilos y que la segunda medía cerca de tres metros.

Además, Ullo recordaba que, antes de partir, lo vistieron con el traje típico de Holanda y lo calzaron con zuecos (eran del hijo del capitán, y la ropa le quedaba un poquitín corta y considerablemente ancha). Su padre había sacado la cámara Leica que se había comprado recientemente en Alemania y le había hecho fotos con los platos de Delft de fondo. Luego, hizo fotos de Ullo con su madre, y a continuación el padre le pidió a la madre que les hiciera fotos juntos a Ullo y a él. Pero, cuando Ullo agarró la cámara y le pidió al padre que le enseñara qué botón había que apretar, o dónde estaba la palanca que había que accionar para hacerles una foto a la madre y a él, entonces, como por arte de magia, la madre desapareció de la habitación con los platos de cerámica. Por lo tanto, Ullo no llegó a hacer la fotografía de sus padres juntos en la isla de Marken. Y, cuando empezó a insistir para que su padre le dejase la máquina, para fotografiarlos a él y a la madre en la travesía de vuelta a Ámsterdam a bordo del balandro, con el velamen hinchado al fondo, su padre le soltó:

—¿Es que no entiendes que tu madre no quiere salir conmigo en la foto?

A lo que Ullo respondió, me imagino, chillando más de la cuenta:

—¡Pero yo sí quiero que salga!

A lo que su padre replicó:

—Ullo, si tu madre no quiere, yo tampoco, y como estás en minoría, tienes que aguantarte.

Fueron en tren de Ámsterdam a Berlín. Allí dejaron a su padre (negocios, según le dijeron a Ullo) y Ullo regresó a casa al día siguiente con su madre. Y según me dijo él mismo: «Como todavía quedaban dos tercios del verano, mi madre y yo nos marchamos de Tallin otra vez, de vacaciones».

Aquí, veo que yo pregunté:

—Ullo, ¿me contarías ahora algo de cómo continuaron vuestras vacaciones en Estonia?

—¿Ese verano, antes de la ruptura familiar? Pues claro. Aunque, mira, la señora Fredriksen estaba con mi padre desde el año 23. De eso yo me enteré luego, pero ahora ya da igual. Por ejemplo, pensemos en las vacaciones en la casa solariega de Karila, en la pensión Kymmel, en el verano de 1923. Entonces, después de que regresásemos de Alemania, mis padres todavía encarnaban el matrimonio ideal de cara a la galería.

»Contratamos a un chófer que nos llevó hasta Karila. Cuarenta kilómetros. La casa era una mansión de proporciones desmesuradas, más interesante por fuera que por dentro. En 1905 se había incendiado y había sido reconstruida antes de la Guerra Mundial. El interior era desolador en extremo. La pensión la regentaba el matrimonio Kymmel, dos cincuentones que no parecían nadar en la abundancia. Al menos, yo entonces los veía con esos ojos. Nos asignaron dos habitaciones gigantescas, pero escasamente amuebladas. El comedor estaba ubicado en el antiguo salón de la casa, y servían, con bastante pompa, tres comidas al día. Entre niños y adultos, nos sentábamos a la mesa de veinticinco a treinta personas. Una mesa que presidía la nonagenaria baronesa Von Rellstein, que era muy bajita, muy flaca, hablaba con un hilillo de voz y se movía en silla de ruedas con gran agilidad, lo que me inspiró de inmediato para ponerle el mote de “baronesa Rollstuhl”.² De los huéspedes de la pensión, alrededor de un tercio eran estonios, pero también había rusos, y la mayoría eran baltoalemanes. Entre los niños, desde el primer momento me llamó la atención la hija de los Kymmel, Dora, de doce o trece años. Parecía un duendecillo que, cuando se sentaba a la mesa, se comportaba como una dama, pero luego en el parque se convertía en una pequeña salvaje, se subía a las ramas de los árboles como una loca y se peleaba con los chicos. Y en eso que un día llegó a Karila, creo que en calidad de invitado de la

baronesa Rollstuhl, un príncipe de verdad: Maximilian von und zur Lippe, un bonachón con barriga cervecera, llegado directamente de Alemania a bordo de su Mercedes negro. Apuntaré que a los chicos nos importaba un comino que fuese, según se rumoreaba, pariente directo del káiser Wilhelm. Los chicos (nosotros) nos pasábamos las horas muertas admirando su coche. Para nosotros era solo un tipo jovial vestido con *Lederhosen*, los pantalones de cuero típicos de Baviera, que llegó un buen día y nos invitó a la baronesa, a algún cliente más de la pensión y a dos niños, a Dora y a mí, a que nos montáramos en su coche.

»En fin, puede que también estuviese algo borracho. En el asiento de atrás, justo a mi lado, iba Dora, el diablillo, ahora callada como un ratoncito y despidiendo efluvios de agua de colonia... Eso también pudo influir, pero es que, además, aquel coche olía muy fuerte a una mezcla de barniz, tapicería que podía ser de piel artificial o quizá auténtica, y gasolina. ¡Y qué velocidades! El príncipe conducía como un loco, ¡a setenta kilómetros por hora desde Karila hasta la carretera principal, y por la carretera principal a cien o a ciento diez! Por si fuera poco, el olor a colonia... Y esa clavícula como de pájaro, que casi se me clavaba en la boca...

»Después del paseo en auto, los otros chicos de la pensión nos recibieron verdes de envidia. A Dora puede que ni siquiera se le acercasen, pero a mí empezaron a pincharme de inmediato. Vaya, vaya, ¿cómo ha evolucionado el cortejo en el coche? ¿Ya habéis decidido durante el viaje adónde iréis de luna de miel? Etcétera. Esto me molestaba y me avergonzaba, pero también me provocaba un agradable cosquilleo. Como suele pasar con ese tipo de comentarios. Probablemente intentara alejarme de Dora, pero, en realidad, cada vez le lanzaba más miradas furtivas.

»Entonces, un día, vi una cosa en el parque: Dora se había vuelto a subir a un tilo y los chicos, cuatro o cinco chicos alemanes, estaban sentados bajo el árbol gritándole groserías. Ella reparó en mí y me pidió a voces que fuese a avisar a alguien más, para entre todos espantar a los alemanes y así poder escapar. Los chicos no me atacaron ni intentaron pararme. Fui a la casa, busqué al señor Kymmell y le pedí que fuese al parque rápidamente. Cuando Kymmell llegó, ahuyentó a los chicos, que se dispersaron, y Dora se bajó del árbol y desapareció. En la pensión se observaba la regla de que, al menos los niños, o al menos los niños de mi edad, tenían que dormir la siesta entre las tres y las cuatro. Cierta día, estaba yo tumbado en la cama de hierro durante

la siesta contándole algo al chico de la cama de al lado, un tal Tomson, que se quedó dormido. Entonces la puerta se entreabrió y Dora se coló en el dormitorio. Se acercó a mi cama, se sentó y me agarró por las muñecas. Temí que fuese a pegarme, como ya había hecho otras veces, pero no lo hizo. Me miró fijamente, acercándose mucho. Tenía los ojos castaños con motitas negras. Noté su aliento en mi cara. Susurró: “*Du, kleine Fliege, kleine Fliege...*”.¹⁰ De improviso, se tumbó también encima de mí, sin soltar mi mano, de modo que, por debajo de mi camisa azul a cuadros y de su vestido de encaje rosa, noté la dura redondez de sus manzanas silvestres. Se sentó sobre mí, inmóvil, y al poco susurró: “*Kleine Fliege, erzähl mir was...*”.¹¹

»Entre susurros le conté cómo el Cid había sitiado la ciudad de Granada y cómo los moros tuvieron que salir a la fuerza de ella. Y que tenía una barba tan larga que todo su ejército iba cabalgando sobre ella, y que cuando espoleaban a los caballos para que se abalanzasen sobre los flancos de los del Cid, estos resbalaban con el aceite de nardo y almizcle con el que se untaba la barba, y ya no podían avanzar más. El Cid, entonces, les cortaba los turbantes de un solo tajo.

»“*Erzähl noch was*”,¹² susurró Dora.

»Como ya le había contado lo de los turbantes, le expliqué cómo Dietrich von Bern se topó con el dragón y empezó a cortar cabezas de dragón por doquier. Cortó y cortó durante tanto tiempo que al final quedó enterrado bajo el montón de cabezas, del que solo asomaba su mano empuñando la espada. Entonces, la última de las cabezas de dragón tomó en sus fauces la espada e intentó engullirla, o al menos darle un mordisco, pero la espada le rajó la garganta.

»“*Du kleine Schwertfliege...*”,¹³ susurró Dora, soltándome a la vez las muñecas y saliendo muy rápido de la habitación.

»Ese verano no pasó nada más, porque, pocos días después, mi madre y yo regresamos a Tallin. Y solo mucho más tarde me di cuenta de que Dora nunca me llamó por mi nombre, Ulrich (que es el nombre alemán que habría sido de buen tono utilizar por entonces, aunque todos me llamasen Ullo), sino solo “*Du kleine Fliege*”, mosquita mía. Aunque sabía perfectamente cómo me llamaba. Me la volví a encontrar doce años después en la oficina financiera de Scheel and Co., convertida en una empleada de banca de aspecto cansado, y, por supuesto, no me reconoció. Cuando le proporcioné mi nombre y mi firma, acompañados por los datos de la empresa para la que

trabajaba entonces, la redacción de la *Enciclopedia deportiva*, Ullo Paerand no le sonaba de nada.

Ullo continuó diciendo:

—Vamos a saltarnos tres peldaños en la escalera de nuestro declive, para ir directamente hasta el verano de 1926, en Lootsaare. Mi padre presentó una oferta más competitiva que los demás candidatos y logró que el ministerio de Agricultura lo contratase para drenar el lecho del río Lootsaare. Por ese motivo nos trasladamos toda la familia, que de cara a la galería seguía unida, a la casa solariega de Lootsaare, donde nos alojaríamos en dos habitaciones de la antigua residencia de los señores, de tamaño todavía mayor que las que teníamos en Karila, y todavía mucho más desoladas que aquellas. Nuestra criada, que no era ya Charlotte desde hacía tiempo, sino otra chica estonia, se mudó también a la alcoba del ático, que yo quería para mí. Los quinientos obreros que trabajaban para mi padre vivían en las antiguas casetas de los peones, al otro lado de un huerto de manzanos y de un parque, completamente cubiertos de moho y de maleza.

»Aparte de nosotros, en la casa de los señores solo se alojaban los Poolmann, el matrimonio que vivía de alquilar la mansión. Ambos tenían existencias más bien miserables, y tres hijas, de las cuales no recuerdo apenas a las mayores, aunque a la menor, que andaba entre los once o los doce años de edad y se llamaba Valia, la recuerde con especial claridad. Tenía una melena rizada y roja como el fuego y un rostro increíblemente lleno de pecas, además de una nariz chata y unos ojos sorprendentes, verdeazulados. Desde el momento en que la vi, sentí que nos unía una especie de gozosa afinidad. Así como que hacia Jaan, que era un año mayor que yo y que vivía cerca, y que era también un chico de ciudad aunque pastorease las vacas de los Poolmann, sentí una inmediata rivalidad. Esta, que surgió porque a los dos nos gustaba Valia, fue evolucionando hasta que acabamos por organizar una competición: quien ganase se llevaría a la chica. El trayecto que teníamos que cubrir corriendo era de un kilómetro aproximadamente, campo a través por senderos rurales. A pesar de que yo lideré el noventa por ciento de la carrera, el fortachón de Jaan acabó por darme alcance y al final me adelantó, jadeante. Valia, que nos esperaba en la meta, aplaudía y chillaba para dar ánimos, aunque yo no entendía bien a cuál de los dos estaba alentando. En cualquier caso, cuando Jaan llegó a la meta, a mí me quedaban cincuenta metros por recorrer. Y ganó. Pero eso no significó que ganase a la chica. Porque, con

todo, fui yo quien anduve con ella hasta que el verano llegó a su apogeo. Y Jaan se difuminó en el horizonte con sus vacas.

»Mientras, los trabajadores construían diques provisionales en el río y una máquina de dragados se paseaba jadeante por varios puntos de sus orillas. Había en él infinidad de cangrejos, que comíamos hervidos cada dos días. Un día, mi padre me confió su revólver FN y me llevó a la orilla del río para enseñarme a utilizarlo. Allí me dejó, solo, para que se lo cuidase. Estuve tres cuartos de hora sentado, mirando muy de cerca la poza más cercana. Y entonces sucedió: vi cómo relucía en la superficie la espalda afilada de un lucio. Con tres sonoros disparos acabé con él y luego lo saqué del agua, todo ensangrentado, mientras daba violentos coletazos para soltarse. Era el lucio más grande que había visto en toda mi vida. Medía un metro y once centímetros y pesaba doce kilos. Su carne era dura como la madera, como suele pasar con los lucios, pero nos salió una sopa de pescado maravillosa, o al menos a mí me lo pareció.

»Ya sentados a la mesa, comiéndonos la sopa, mi padre me exhortó:

»—Ullo, devuélveme el revólver.

»—Enseguida —repuse.

»Mi padre miró el reloj y dijo en voz muy alta:

»—¡Ay, perdonadme todos, pero tengo que estar en Lihula dentro de una hora para recoger unos materiales de construcción! —Se levantó de la mesa y salió de la casa precipitadamente, se subió al coche (tenía, o teníamos, un Ford azul oscuro, descapotable, con el techo de lona; una novedad, ya que antes no teníamos coche). Pues bien, mi padre se subió al coche y se marchó, olvidándose de que yo tenía el revólver. Yo me las prometía tan felices, pero mi madre no tardó en quitármelo (“Tu padre debe de haber perdido el juicio. ¡Mira que dejarle este cacharro a un niño, como si fuese un juguete!”)

»Mi padre regresó dos días después (“Uf, es que tenía que ir de cena con mis proveedores de Haapsalu”, o algo así dijo. Pero cuando estaba en el penúltimo curso de la escuela media, alguien se encargó de venir a contarme que mi padre en realidad se había encontrado en un hotel de Haapsalu con la señora Fredriksen), y se acordaba del revólver. Inmediatamente preguntó dónde estaba:

»—Lo tiene mamá —dije yo.

»—¿Dónde lo ha puesto?

»—No lo sé.

»—¿Y ella dónde está?

»—Se ha ido a dar un paseo por la playa.

»Yo no entendí que mi padre entrase en la habitación con tanta prisa y tantos nervios y que se pusiese a revolver todos los cajones de la cómoda, y los de las mesitas de noche; cada vez más nervioso hasta que encontró su arma en el armario de la ropa blanca, entre los juegos de sábanas. Más tarde lo entendería todo de golpe: consideraba que, dado el estado de ánimo de mi madre (él sabría por qué motivos...), no era aconsejable que tuviese a mano una pistola.

»Si pienso en nuestro veraneo en Paldiski, recuerdo que mi padre ya no estaba con nosotros. En el verano de 1929, mi padre alquiló dos habitaciones en la calle Mayor de Paldiski, en una de esas casas de dos plantas que entonces menudeaban por allí. Las habitaciones no estaban nada mal, y enfrente había una confitería donde hacían las mejores tartas de moras que he probado en mi vida. Y en una bifurcación de las vías del tren que había junto a la playa se veían maniobrar las moles de unos sensacionales trenes blindados con su carga de cañones. Aunque he dicho antes que mi padre no vino, en realidad no fue exactamente así. Con lo cual, todo era, digamos, mucho más retorcido: no estaba con nosotros y, a pesar de todo, estaba. Porque era la época en la que trabajaba para el Ministerio de Defensa, dirigiendo la construcción de una nueva vía y de unas naves de almacenaje. Por eso, a lo largo del verano lo vi varias veces. Venía hacia mí y me daba palmaditas en las mejillas y me preguntaba cómo me iba. Yo no sabía qué contestar, así que me quedaba callado como un muerto, odiándolo, aunque no quería que se fuese. Que es lo que, al final, siempre acababa haciendo. Porque estaba alojado unos cuantos kilómetros más allá, en la casa solariega de Leetse, con la señora Fredriksen.

El verano de 1929 fue el último que Ullo disfrutó de sus vacaciones. Un año antes se habían mudado, todavía con su padre, a un piso nuevo en el casco antiguo de Tallin, en la calle Toomkooli, que está en la colina de Toompea. Era un piso de tres habitaciones, amueblado, y también un lugar lleno de extrañas contradicciones. En una habitación había un genuino espejo veneciano, en la otra un magnífico candelabro, pero en el pasillo ni una sola lámpara. Por otro lado, sí que había ratas, que ellos intentaban matar lanzándoles trozos de leña.

No habían vivido más de dos meses en ese piso cuando, al final del otoño,

se trasladaron de nuevo, esta vez a un piso de dos habitaciones ubicado en la calle Toom-Rüütli, también en el casco antiguo. Y por ahí ya no iba el padre. Eso sí, fue él quien contrató los servicios de la casa de mudanzas Exprés, cuyos mozos, tocados con sempiternas gorras rojas provistas de letreros de latón, se convirtieron para Ullo en heraldos de la caída en picado que experimentó su familia a lo largo de cinco años, desde que abandonaran su verdadero hogar en la calle Raua. Ullo lo explicaba así:

—Mira, herido en mi amor propio de niño mimado, intentaba mantener la mayor indiferencia posible ante lo que estaba sucediendo a mi alrededor y quitarle hierro al asunto. Por lo menos, hasta que el cariz dramático de los acontecimientos empezó a colarse en mis sueños. Se trataba de malos sueños repetitivos. Tuve este sueño por primera vez en nuestro dormitorio decrepito y todavía atiborrado de trastos, en el piso de la calle Toom-Rüütli, detrás de lo que antes era el Tribunal de Paz, que ahora llaman Moori Ansambel. Con el tiempo, su frecuencia se fue apaciguando, es cierto, pero... ¿no me sorprendió también el año pasado? ¿No fue, acaso, la noche después de haber ido a ver lo sucedido junto a la estatua de Tammsaare,¹⁴ tras los disturbios, cuando escuché al presentador de televisión Mati Talvik desgañitarse comentando...?

»En el sueño, seguía siendo yo, un chico de catorce años, y mi madre era por lo tanto una mujer joven. Lo único llamativo es que tenía un mechón de pelo blanco en la cabellera negra, como al final de su vida. Y vamos en procesión por lo que en mi infancia (o quién sabe si mucho antes) era Vaene Patuste tänav, la calle de los Pobres Pecadores, en mitad de una fila de personas, hacia la colina de Jerusalén. Algunos de los viandantes nos miran y sacuden la cabeza o escupen o blanden una cruz para espantarnos, y en torno a nosotros caminan los heraldos, los ayudantes del verdugo con sus gorras rojas provistas de letreros de latón, y cada uno lleva colgados del hombro, atados con una cuerda, cuatro o cinco trozos de madera. Yo no sabía si eran para tirárnoslos encima y matarnos en la colina de Jerusalén o para apilarlos y hacer una hoguera y quemarnos... Dentro de mi propio sueño, entendía que lo primero era mucho más verosímil que lo segundo, porque lo que nos estaba sucediendo era algo que sucedía, no sé, pues en el siglo XVIII o en el XIX o incluso en el XX... Aunque no estoy seguro del todo, y como si mis pensamientos se hubiesen desintegrado formando tenues tiras estremecidas por el viento, por detrás de esa idea estoy pensando otra cosa: que puede que

no haya demasiada diferencia entre morir apaleado o quemado... Y le digo a mi madre: “Mira qué bien. Lo que tienen pensado es hacer una hoguera para que estemos calentitos. A mí se me han quedado las manos y los pies helados. ¿A ti también?”. Mi madre dice: “No pasa nada. Podemos soportarlo”. Es entonces cuando me doy cuenta de que, a nuestra espalda, formando cola detrás de los verdugos, han aparecido un montón de caminantes más. Entre ellos, protegiéndose tras otras personas y cogidos de la mano, van mi padre y la señora Fredriksen.

»Después de verlos, me saco del bolsillo de la capa una flauta pequeña de latón (nunca he tenido una así, pero no me extraño por ello). Por supuesto, está un poco abollada y llena de muescas, deslucida, y tiene manchas de óxido. Cuando me la llevo a los labios, percibo el sabor del latón oxidado. Es tóxico, pesado, repulsivo, dulce. Empiezo a tocar. Me doy cuenta de que lo hago muy bien. Toco algo alegre, algo banal. Toco para consolar a mamá y para desafiar a papá. O puede que sea al contrario. ¡Ay, demonios, puede que sea justo al revés! Para desafiar a mamá y consolar a papá. Noto que los verdugos se quedan escuchándome, aunque sigan caminando con la madera a cuestas. Cabizbajos, mi padre y la señora Fredriksen caminan al trote tras un grupo de penitentes a los que, cuando miro por encima del hombro, veo que se llevan un dedo a la boca. Al menos uno de ellos levanta el dedo para darme a entender que debo dejar de tocar. Otros aplauden: debe de ser para animarme a que toque más alto. O sea, ¡que todos están escuchando si toco, qué toco y cómo! El colmo de la fatalidad es que yo mismo no oigo lo que toco. Toco y toco con mucho ahínco, con toda la claridad y la despreocupación y la gracia de las que soy capaz. ¡Incluso puedo oír el rumor del aire entrar en mi instrumento!, pero de la música no distingo ni una sola nota. Y mi decepción a causa de este fracaso (sí, estando despierto y pensando con lógica, esto sería pura soberbia, ¿no?) es tanto más angustiada cuanto más consciente soy de la razón que nos lleva a caminar a mi madre y a mí. Una de dos, o estamos a punto de morir bajo una lluvia de palos, o bien nos vamos a convertir en cenizas sobre una pira funeraria... Fíjate, un sueño tan imbécil como ese lleva repitiéndose sesenta años.

Fue en aquel caserón desvencijado de tres siglos de antigüedad, entre las calles Toom-Rüütli y Tribunal de Paz, en las dos míseras habitaciones que les habían quedado, donde el alguacil hizo inventario de sus pertenencias en noviembre de 1929. Cuando concluyó su tarea, dejó que los funcionarios del juzgado que esperaban en el patio las metiesen en una carretilla y se las llevaran dios sabe adónde. Tal vez a algún almacén de cacharros viejos para intentar subastarlas y así pagar las deudas del padre de Ullo. Aunque en realidad solo sirvieran para saldar una pequeñísima parte, o para pagarlas simbólicamente.

Una vez se llevaron las cosas (quedaron dos tenues surcos tras la carretilla, que, bajo el finísimo polvillo cristalino de la nieve de noviembre, subió primero por los guijarros hasta el patio, antes de bajar y, finalmente, salir de la casa), los dos, Ullo y su madre, se quedaron sentados en sendas sillas que habían colocado al lado de una mesa de comedor cubierta con un hule. Eso era todo lo que les había quedado. Me viene a la memoria, al hilo de lo descrito por Ullo, que tras la detención de mi padre en 1945, y no solo por deudas, sino por las complicaciones políticas que generó ese arresto, a mi madre también le dejaron una mesa de comedor de madera de roble con las patas de bronce. Y dos sillas. Dos, a pesar de que yo ya no vivía entonces con ella y de que mi madre vivía sola. Y a pesar de que ella le preguntó al capataz de la brigada que vino a llevarse los muebles por qué el Estado le dejaba dos sillas a ella, que solo podía sentarse en una.

Allí estuvo sentado Ullo con su madre hasta que, de pronto, dijo (me imagino que le saldría una voz más ronca y más autoritaria de lo que habría deseado):

—Mamá, ¡hagamos la promesa de no llorar!

Se habían cogido de las manos, y se las apretaban el uno al otro, con los ojos llorosos. Puede que, de no haber sido por ese apretón de manos (que, por otro lado, amenazaba con provocar el llanto), no hubiesen podido contener

las lágrimas que vertían por el fraude y por la traición, las lágrimas de su desgracia. Poco después, Ullo cayó enfermo. Cuando hablaba de esto, decía que, en su opinión, fue una manifestación de algo que no exteriorizaba a causa de su orgullo adolescente, y que se pudrió en su interior y salió en forma de enfermedad. En cualquier caso, a lo largo de su infancia tuvo tres o cuatro ataques de otitis, siendo este último el más tenaz y el más grave. Padeció fuertes dolores de oídos y fiebre alta. Su madre llamó al doctor Dunkel, que se presentó en Toompea al instante, como viejo conocido de la familia que era. Al reconocerlo, movió la cabeza disgustado. Ullo fue al hospital militar de Juhkentali en una ambulancia de la Cruz Roja, y durante dos o tres semanas tuvo muy preocupado al doctor Dunkel. Solo empezó a mejorar cuando le sajaron la parte trasera de la oreja para sacar el pus acumulado. A propósito, en mis anotaciones figura entrecomillado lo que el propio Ullo precisó al respecto: «Era mi depresión, que se expresaba físicamente».

Cuando, sesenta años después, le pregunté cómo había sido la operación del oído, me contó:

—Un asco. Y ni siquiera fue tremendamente dolorosa. Me pusieron una anestesia fortísima. El doctor Dunkel, con un cincel en la mano izquierda y un martillo en la derecha, me perforó el cráneo. Tal cual. Hasta los globos oculares. Pero no recuerdo que me pusiese a chillar como un desesperado. Había cumplido catorce años pocos días antes. Y el hospital era un hospital militar. Allí no se chillaba, y punto. Eso sí, después, cuando llegó una nueva era en la que se pudo hablar del dolor físico, me atravesó todo el cráneo, desde la base, aquel dolor. Recuerdo que leí *El pintor*, que se publicó en Suecia en 1951, ¿no? Creo que a mí me llegó un ejemplar en 1954 (es decir, veinticinco años después de la operación). Pero cuando lo leí, no sé si te acordarás...

Solo negro en mi caja de colores,
y ni un solo color blanco.
Golpea el nervio
el médico, una puerta en mi cerebro,
con un cincel blanquísimo en el puño.
Chillo desesperado:
“¡Que el cincel sea también negro!”.

»Al leer esto (como lo leo ahora), me recorría la cabeza y los globos oculares un dolor que, por supuesto, era imaginario, pero que era dolor, al fin y al cabo. Cuando me dieron el alta y me fui a casa, estaba tan desquiciado todavía que mi madre me sacó del colegio al poco tiempo. En aquella época, iba ya al séptimo curso en Wikman.

Aquí es donde le pregunté:

—Ullo, ¿me podrías contar algo acerca de las escuelas a las que fuiste antes de Wikman? ¿Y de cómo te educaban en casa antes de ir al colegio?

De mis notas se desprende que Ullo me contó lo siguiente:

Sus primeras maestras fueron su madre y la señorita Von Rosen, que ya es una vieja conocida nuestra. Cuando, a los seis años, quisieron empezar a enseñarle las letras, se dieron cuenta de que ya leía de corrido, tanto en estonio como en alemán. Por cierto, aunque esta señorita Rosen también hablaba estonio muy correctamente, papá Berends consideró que sería mejor que no le enseñase ese idioma, porque para eso prefería buscarle una maestra nativa. Aunque el francés siguió siendo terreno de la señorita Rosen. Esta jovencita de lisa cabellera rojiza, como una pintura de Tiziano, que trataba a Ullo con severidad (o eso pensaba él), buscaba sin embargo agrandar, y siempre desprendía un suave olor a 4711. Es de suponer que desempeñase un papel fundamental en la vida del chico. En este punto, anoté una historia sobre la señorita Rosen que me contó Ullo, y que se refiere, sin embargo, a una época algo más tardía. Aquí está:

«Yo tendría unos catorce años. Hacía muchísimo tiempo que la señorita Rosen había dejado de ser mi profesora, porque yo vivía ya con mi madre en Toom-Rüütli, en la casa Weseler, y acababa de empezar a ir a la Academia Wikman. La señorita Rosen, si no me equivoco, daba clase de Historia y de Francés en la escuela de la Hansa. Pues bien, mi madre me mandó a ver al señor Weseler, que era nuestro casero, además de mi profesor de Alemán en Wikman. Le debíamos parte del alquiler porque, durante un tiempo, hasta que mi padre no nos empezó a mandar dinero desde el extranjero, mi madre y yo pasábamos hambre. Tenía que entregarle a Weseler ese dinero, y cuando me presenté en su casa, me topé con la señorita Rosen. Me asombró encontrarla allí, visitando a Weseler, que en mi opinión era clavado al escritor Hindrey (completamente calvo, con bigote y perilla entrecanos). Parecía estar al tanto (la señorita Rosen) de que mi padre nos había abandonado. Preguntó muy de pasada, muy delicadamente, cómo estábamos. Pero yo intuí que lo sabía. Y

quise vengarme de ella por saberlo. La señorita Rosen había sido una persona muy cercana a mí durante mucho tiempo (igual que mi madre, pero ella estaba siempre ocupada con el aspecto social de la familia); prácticamente, sustituía a mi madre. Este hecho hacía que mi idea de vengarme cobrase una dimensión real, y convertí mi venganza en algo viable. De algún modo, la presencia del señor Weseler acrecentó mi insolencia, quizá en forma de unos celos de los que yo no era consciente en ese momento. Así que le respondí a la señorita Rosen: “Ah, pues vamos tirando...”, y pregunté a mi vez, sacando a relucir mi recién descubierto interés por la historia de Estonia, con la intención de avergonzar a la joven:

»—Por cierto, señorita Rosen, hace mucho tiempo que quería preguntárselo: ¿es usted descendiente, o pariente, de Carl Rosen, consejero del Gobierno y autor de la declaración Rosen?

»Ella contestó:

»—Sí. Aunque han pasado doscientos años, claro está.

»Y yo seguí preguntando:

»—¿Cuál es, pues, su opinión sobre la postura de su antepasado, que dijo que, según el principio del *servi res sunt*, los estonios han sido súbditos durante toda la historia? (Esta era una frase lapidaria que había leído hacía poco en algún artículo, firmado por un tal Sepp, o quizá fuese un tal Vasar.)

»La señorita Rosen me miró fijamente durante un instante y dijo con sosiego:

»—Querido niño, siempre has tenido una imaginación muy viva, quizá hasta un poquitín alocada. Por eso, tendría que resultarte sumamente fácil imaginarte esta escena: en este mismísimo instante, en esta misma estancia, se te traga el suelo de piedra y retrocedes en el tiempo doscientos años. Y de repente te encuentras en la misma estancia que mi antepasado. Vives en los años que él vivió. Con la misma penumbra y el mismo frío. Como en un sótano. Aquí estás, este es tu sitio. Y no sabes nada en absoluto de lo que está sucediendo en las otras plantas del edificio, donde hay más claridad. Porque aún no existen. ¿No te parece que, allá abajo, tal vez tú también pensarías un poquitín diferente, con un poquitín menos de radicalismo que ahora? O si Carl von Rosen saliese de repente de debajo del suelo y se plantase delante de la chimenea, y quitándose la peluca rizada, mirase a su alrededor, guiñando los ojos, ¿qué dirías? ¿Que los estonios son súbditos? ¿O más bien dirías lo que el diplomático alemán Hasselblatt dijo el año pasado en el Riigikogu,¹⁵

que los alemanes ahora tienen que ser leales y deben seguir viviendo junto a los estonios?

»Me temo que todavía le debo una respuesta a la señorita Rosen. De no ser así, no recordaría, tanto tiempo después, su pregunta, ni me habría resultado tan molesta».

Así glosaba Ullo lo sucedido. Pero no he acabado de hablar del asunto de su educación preescolar.

Encontraron a un maestro nativo para enseñarle lengua estonia que respondía a las expectativas del padre y que daba clases en una escuela primaria privada de la calle Vladimir. El joven Peterson, que llevaba quevedos y no emulaba en entusiasmo a Kristjan Jaak Peterson (además de que su nombre de pila era Nikolai), sabía sin embargo enseñar lengua estonia impecablemente a un nivel que, años más tarde, dejaría satisfecho al profesor Jõgever y compañía. Con el paso del tiempo, Ullo entendería que su precoz familiaridad con ciertos modismos introducidos por Aavik se había originado en aquellas clases del señor Peterson.

En 1923, a iniciativa de su padre, matricularon a Ullo en el segundo o tercer curso de una escuela primaria situada en la misma calle Raua. Sin embargo, allí los chicos ya llevaban uno o dos años dedicándose a organizar batallas en el patio y a hacer temblar las verjas de madera, y Ullo sentía que él estaba en el bando contrario. Así que empezó a protestar y anunció que no quería seguir yendo a la escuela con esa panda de salvajes. Acabaron por dejarle quedarse en casa, y continuó un par de años más a cargo de la señorita Rosen y del señor Peterson. Ambos acudían a darle clases, en principio al primer piso de los Berends en la calle Pikk y luego al segundo, y aseguraban que Ullo iba evolucionando estupendamente bajo su tutela.

Al final, en 1925, lo matricularon en el cuarto curso del colegio alemán Knüpfer de la calle Süda. La señora Knüpfer, la dueña del colegio y también la directora, era una mujer de unos cincuenta años a la cual Ullo describía como respetable y bondadosa. Toda una dama. Daba clases de Canto y de Alemán. También se acordaba de una tal madame Von Buxhoevden, «una morena y larga como un junco que nos daba clase de Matemáticas y de Ciencias Naturales», y de una bruja pelirroja, baltoalemana o lo que en Estonia llamaban *kadakas*:¹⁶ una estonia germanizada que daba clase de

Lengua. Solo había ocho alumnos en cuarto, cuatro chicos y cuatro chicas. De los chicos, Ullo se acordaba sesenta años después del judío Lurje, cuya madre era dentista y tenía la consulta en el centro de Tallin. Cabe añadir que, quince años más tarde, cuando regresó de Rusia, Lurje llegó a ser jefe de un comité de la milicia situado en la calle Pärnu, y le hizo a Ullo varios favores. Al preguntarle yo explícitamente a este respecto, Ullo me aseguró que en la escuela no se percibía ni la más mínima «tensión» en torno a Lurje, un chaval fornido, simpático y bromista.

De entre las chicas, Ullo recordaba a tres: dos muchachitas de la nobleza, Stieren y Mohrenschild, y una chica estonia llamada Martinson, que sentía hacia las anteriores una evidente aversión. Pero, volviendo a los muchachos, el compañero con quien Ullo se llevaba mejor era Jochen von Brehm, que vivía en la calle Pikk y era un holgazán alegre y pecoso. A su padre, empleado de banca y aficionado a la filatelia, le apasionaban en particular los sellos austríacos, y su pasión por ellos era tal que la familia andaba a menudo a la cuarta pregunta. Aun así, en casa de Jochen había varios juguetes poco habituales que a Ullo le encantaban. Por ejemplo, mil soldaditos de plomo, la mitad vestidos con uniformes franceses de la época napoleónica y la otra mitad con uniformes alemanes. Cada uno de los ejércitos tenía su propio cañón, que funcionaba con aire comprimido y disparaba a los enemigos balas de madera de un centímetro de radio. Así, la mesa de comedor de los Brehm se convertía noche tras noche en un campo de batalla en el que Jochen era casi siempre Blücher o algún otro alemán, y Ullo, Napoleón (también en Leipzig o en Waterloo, incluso en la caída de París; bajo ningún concepto aceptaba ser otro que no fuera Napoleón).

En realidad, un factor no menos importante que impulsaba a Ullo a frecuentar la casa de los Brehm era la hermana de Jochen, Benita. La joven era diez años mayor que su hermano (o sea, que pasaba de los veinte) y, si alguna vez por casualidad se le acercaba, Ullo notaba un cosquilleo en las tripas, una comezón que era a la vez casi dolorosa y casi agradable. En los años por venir, gracias a su amor por la historia del arte, Ullo volvería a ver a Benita von Brehm, pero esta vez como la modelo que Durero inmortalizó bajo el nombre de *Melancolía...*

Por supuesto, entre Ullo y Benita no pasó nada de nada, si exceptuamos aquel cosquilleo en las tripas que también le producía una sensación súbita de vacío y que se manifestaba con más ímpetu cuando jugaban a las sillas en

casa de los Brehm. Ullo siempre intentaba quedarse el último con Benita, y solía conseguirlo, lo cual implicaba que uno de los dos tenía que sentarse sobre el regazo del otro. ¡Y le encantaba que, de cuando en cuando, Benita, enviada por la madre para comprobar que el granuja de su hermano Jochen había tenido a bien quedarse en el colegio y no había hecho novillos como solía, se presentara en el colegio de la calle Süda...!

En Knüpfen, a Ullo no le iban a enseñar nada nuevo o, al menos, él estaba convencido de que así era. Salvo, en cierta medida, buenos modales y convenciones sociales. Aunque (siempre desde su propio punto de vista, y además un punto de vista expresado cuando ya era un hombre maduro) en la Academia Wikman se repetiría la misma historia. Tampoco encontró nada que aprender allí.

Su madre lo matriculó en la Academia Wikman, como ya he mencionado antes, en otoño de aquel mismo año 1929, pocos meses antes de que su padre los abandonase definitivamente y se marchase (o saliese huyendo) al extranjero.

En primavera, a finales de mayo, su madre lo puso delante del espejo veneciano del piso de la calle Toomkooli y lo vistió con un traje muy respetable a cuadros grises y negros para, a continuación, dirigirse con él a Wikman con la intención de matricularlo en séptimo curso.

El señor Wikman redondeó mucho los labios por debajo de su ralo bigotito y dijo:

—Ah, ya, el señor Berends es... ¿empresario? Vaaaale. Entendido. Pero no hay ningún examen para acceder directamente a séptimo. Tenemos simplemente las plazas vacantes para los que pasan desde sexto. Así que, señora, no puedo prometerle nada. Tráiganos a su hijo el próximo martes a las nueve de la mañana. Yo hablaré con él.

Ullo sacó brillo a sus zapatos (ya no tenían criada) y fue al antiguo edificio del colegio, que estaba en la calle Hommiku, para pedir que le dejaran entrar en el despacho del director Wikman y entrevistarse con él.

El señor Wikman lo recibió en su despacho, en el que había cuadros de Raud, de Laikmaa y de Weizenberg, y se dirigió a él un tono que a Ullo se le antojó un tanto condescendiente.

—Ajá. Ullo Berends, ¿no? Tu madre vino a verme la semana pasada y me pidió que te admitiésemos en séptimo curso. Me contó que eres un verdadero políglota, jovencito. *Elle m'a dit que tu parles librement français. Est-ce-que c'est vrai, ça?*

Ullo se encogió de hombros:

—*Si ma mère l'a dit, évidemment c'est vrai.*

El señor Wikman y Ullo conversaron durante un cuarto de hora. Primero en francés, luego en alemán y finalmente en ruso. Ullo no había estudiado esta

última lengua, pero mientras vivieron en la calle Raua, como no podía ser menos en el Tallin de entonces, Ullo oía hablar en ruso continuamente y había cazado al vuelo algunas expresiones básicas. Habló con el director en ruso durante cinco minutos, y le quedó claro que había superado la prueba más o menos airosamente. Así que lo admitieron en séptimo. Delante de él, el señor Wikman no hizo grandes aspavientos, pero, poco tiempo después, llegaría a oídos de su madre lo que el señor Wikman había comentado en primavera acerca de su entrevista con Ullo. Cuando me habló de esto, Ullo añadió: «En fin, no sé, puede que se lo dijese a mi madre gente buena, que trataba de consolarla justo después de que la abandonase mi padre». Según les contaron, el comentario del señor Wikman fue este: «Tomen nota porque en otoño entrará en séptimo un *Köpfchen*¹⁷ que merece especial atención...».

Todo esto me lo contó en algún momento de 1986, en mi despacho, sentado en un sillón que tenía que resultarle necesariamente incómodo, pues el asiento era demasiado bajo para él. Mantenía las huesudas rodillas pegadas y las manos apoyadas en la barriga o, mejor dicho, donde sus coetáneos tenían por lo general una barriguita, aunque él no la tuviera y en este sentido pareciese pertenecer a otra generación más joven. Así pues, allí estaba sentado, con las yemas de los dedos juntas, separando y juntando una y otra vez los pulgares mientras decía, riéndose entre dientes:

—Es muy posible que esas buenas personas no quisieran consolarla a ella solamente, sino también a mí. No solo a la mujer despechada, sino también al hijo abandonado. Y, evidentemente, eso me hacía mucha falta, pues, si no, no me acordaría de todo esto ahora con tanta claridad.

Una semana más tarde, Ullo y yo volvimos a quedar para charlar y me dijo:

—Ah, ¿de la Academia Wikman? Mira, de eso no voy a hablarte, porque lo conoces tan bien como yo. O incluso un poquito mejor. Porque tú estabas allí desde el principio, y luego te quedaste algunos años más. Yo empecé a ir, pero a los pocos meses dejé de asistir al colegio porque mi madre me permitió quedarme en casa. Por la enfermedad de los oídos. La herida detrás de la oreja no acababa de curarse. La otra herida, la más profunda, tardaría todavía más. Así que te hablaré primero de ese primer año sin mi padre, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Pues a principios del invierno nos volvimos a trasladar a otro piso, a uno más barato. Porque lo de no tener dinero era algo tan novedoso para mi

madre que no podía rebajarse a pedirle al señor Weseler un descuento en el alquiler. Por cierto, yo creo que, si lo hubiese hecho, Weseler habría accedido. Nos trasladamos a Nõmme, donde los alquileres estaban más bajos. En concreto a la calle Põllu, a una casa que pertenecía a un tal Tõnisberg, el dueño de una mercería. Vivíamos en una habitación amueblada con una cocina diminuta. Cogimos la habitación amueblada porque ya no teníamos muebles propios. Con la mitad del dinero que enviaba mi padre desde Holanda o desde Luxemburgo, mi madre pagaba los recibos del colegio al señor Wikman, porque entendía que no podía empezar a pedir becas de estudios nada más entrar yo en el instituto. Al final del invierno, no teníamos dinero ni muebles ni leña para la calefacción. Hay que decir que mi madre había conseguido salvar algunas de nuestras cosas antes de que llegara el alguacil. Además de los muebles, se habían llevado todos los cuadros. Teníamos bastantes; no de los que valían dios sabe cuánto dinero, sino de esos que circulaban por Estonia antes y después de la Guerra de la Independencia: algunos de Neff, algunos de Repin, otros de Clever, de Maxoll, de Vihvelin. Todos se habían esfumado. Pero, milagrosamente, nos habían dejado dos pinturas murales chinas, lacadas y enmarcadas, que representaban aves: una de patos y otra de grullas. Los patos tenían el pico amarillo y las grullas, rojo. Llamaban la atención porque eran muy estilizadas a la par que realistas. Eran obras extraordinarias. En casa habíamos comentado que alguien las debía de haber robado del palacio del emperador en la Ciudad Prohibida de Pekín, y que algún emigrante recién llegado del Extremo Oriente se las habría vendido a mi padre. Mi madre acabó vendiéndolas a través de un conocido. Porque sola no habría sabido cómo hacerlo. No en aquellos momentos. En mi opinión, las vendió por un precio ridículo. Pero no se lo dije. Tampoco protesté cuando me mandó a un anticuario de tercera fila, en la calle Tartu, para reclamar el último tercio del pago del precio de los cuadros.

»Me recibió un anciano con el labio descolgado que hablaba con voz rara. Le puse delante, sobre el mostrador, un pagaré por valor de tres mil marcos (es decir, treinta coronas) y me presenté. El anciano, que hablaba con un fortísimo acento ruso, empezó enseguida a marear la perdiz: “Zí, zí, perro el día juevesh..., el día juevesh é un día malo pa’ eshto. Me traen pocoh dineroh pa’ eshto. No, no, zí que pago, te pago mil ahora mishmo. Y ahora zí, shaval, vamo’ a cerrarr la tienda. Por la tarrde voy a zaauna. Vamo’ juntosh. Tengo

musha' gana' de irrr a zaauna". A la vez, me miraba fijamente con sus ojos saltones de sátiro. "Vamo' a tomarr una zerveshita. Ya erreh un shaval mayorrr. Una zerveshita. También allá buenah salshishitah. Allá en la dusha hablamoh de cómo vamo' a hacé pa' pagarr loh últimoh mil."

»El abuelo pensaba que yo estaba todavía algo verde. Y lo estaba, por supuesto. Pero digamos que ya había leído un libro de Auguste Forel que encontré en un estante de la librería de mis padres, detrás de otros libros, y quizá incluso hubiese echado un vistazo al tomo de Magnus Hirschfeld. Por eso, después del primer susto, que me duró apenas un segundo, me quedó claro qué tipo de persona era aquel anticuario y qué intenciones tenía. Cogí rápidamente el pagaré del mostrador, me lo metí nuevamente en el bolsillo y salí de un brinco de la tienda. Al llegar a casa, se lo conté todo a mi madre, que empalideció del susto. Pero escuchó hasta el final mi propuesta de buscar al señor Mahon, ya fuera en el Ministerio de Justicia o en su notaría, para pedirle consejo.

»El señor Mahon era un caballero jovial y bromista que a veces trabajaba de notario, otras de asistente del ministro de Justicia y otras de ministro. Había sido uno de nuestros visitantes más asiduos cuando vivíamos en la calle Raua y, a diferencia de muchos, siguió viniendo a vernos también después. Aunque se prodigase menos que antes, había venido a tomar el té con mi padre y mi madre cuando ya vivíamos en el piso del espejo veneciano, el que tenía el pasillo lleno de ratas, solo un par de años antes de que sucediesen estos hechos. Mi madre fue a pedirle ayuda y el abuelo del labio descolgado le acabó dando el dinero, acompañado de una reverencia. Aunque, claro, para eso mi madre tuvo que presentarse allí con un policía de uniforme, el subcomisario Schönrock (al que, a su vez, el señor Mahon le había pedido el favor).

»Con el dinero que nos dieron por las lacas imperiales pagamos el alquiler de uno o dos meses al señor Tõnisberg. Yo iba recuperándome poco a poco y mi madre, cada vez más desmejorada y nerviosa, buscaba trabajo. Pero justo aquel momento era el peor para buscar empleo. El tsunami ocasionado por el *crack* de la bolsa de Nueva York llegó a Estonia en 1930. No solo las empresas, sino también las instituciones estatales, empezaron a despedir a gente en lugar de a contratarla. Durante toda mi vida he pensado que este tipo de fenómenos sociales no influyen necesariamente en las circunstancias concretas de cada cual. Y mi experiencia personal me lo ha confirmado, al

menos en lo que a mí mismo se refiere. Pero, sea como fuere, mi madre no encontraba un puesto de trabajo que se adaptase a sus expectativas (y es que en ningún momento nos planteamos que pudiese hacer un trabajo físico). A pesar de que hablaba ruso y alemán impecablemente y también poseía ciertas nociones de francés, no tenía experiencia laboral como administrativa ni como traductora. Podría haber recurrido a alguno de nuestros viejos conocidos para que le escribiese cartas de referencia, pero no estaba muy dispuesta a pedir favores.

»Así que vivíamos al día, y aprendimos a mirar muy bien cada kopek. Eso significaba, por ejemplo, tener en cuenta si un litro de leche valía nueve o bien once céntimos, y cuando examinábamos los anaqueles de la lechería, no tener en cuenta en absoluto cuál era el porcentaje de grasa que se indicaba en las etiquetas de las botellas, amén de no prestar atención a aquellas marcadas con una cabeza de vaca. O aprender cuál era la diferencia de precio entre la madera de abedul y de álamo, y cuánto calentaba cada una. Igualmente, íbamos desde la casa Tõnisberg hasta la estación del tren por una ruta alternativa, para evitar la calle Põllu y no pasar así por delante del escaparate de la tienda de ultramarinos Truup. Optamos por ese camino cuando calculamos que en la tienda ya nos habían fiado más de diez coronas por el pan y la leche.

Llegados a este punto, me atreví a preguntarle:

—Ullo, ¿es que tu padre no os mandaba...?

Él me explicó:

—Sí, algo sí. Pero bastante poco. Y cada vez con menor frecuencia. Eran sumas de unas cincuenta coronas, cada dos o tres meses. Y, por cierto, cada vez que llegaban esos giros, había roces entre mi madre y yo. Yo le exigía con mucha vehemencia que no los aceptase. Pero luego me sacaba de mis casillas no ser capaz de mantenerme firme y coherente con estos ruegos. Porque, ¿sabes?, el estómago vacío condiciona mucho... Y, sobre todo, porque era mi propia madre quien me pedía que aceptase el dinero que mandaba mi padre, justificándolo así: yo debía entender que mi padre no era el único culpable de nuestra lamentable situación. De alguna manera, aunque no acertaba a comprender cómo, ella también tenía parte de la culpa. La responsabilidad de que su hijo se hubiese quedado sin nada también descansaba sobre sus hombros. Y si yo me negaba a aceptar la ayuda de mi padre, hacía su carga (la de mi madre) todavía más onerosa, ya que

significaría que no solamente no había logrado mantener unida a su familia, sino que ahora no sabía utilizar el apoyo de mi padre en mi beneficio.

»Otra fuente de la tirantez que existía entre mi madre y yo era (¿cómo decirlo?) mi actitud, a mitad de camino entre la compasión y la crítica. Habíamos prometido que no lloraríamos. En mi caso, no derramé ni una lágrima delante de mi madre, ni tampoco a sus espaldas. A punto de cumplir quince años, llorar me resultaba algo cada vez más inconcebible. En cuanto a mi madre, nunca lloró en mi presencia, aunque a veces le viese los ojos enrojecidos y con rastros de sal. Eso me hacía sentir inseguro y nervioso. Por otro lado, yo tenía la impresión de que mi madre manejaba el dinero de manera horriblemente caótica... Algunas veces dejaba de comprar cosas indispensables en nombre del ahorro, mientras que otras malgastaba importantes sumas en cualquier bagatela.

Aquí le hice a Ullo una pregunta que, aun siendo predecible, no deja de asombrarme desde el punto de vista actual:

—Ullo, en medio de todas estas calamidades, a las que no estabais en absoluto acostumbrados, ¿se os pasó por la cabeza en algún momento, a tu madre o a ti (pero hablemos de ti, porque seguramente no sabes qué sentiría tu madre), la idea del suicidio?

Ullo, según me hacen recordar mis propias anotaciones al respecto, respondió sin vacilar:

—A mi madre, no. Más tarde, cuando las cosas mejoraron un poco, llegamos incluso a hablar sobre el tema. Ella nunca consideró esa idea seriamente. Solo alguna vez, por inercia, para calentarse la boca, suspiraba y decía para sí: «¡Ay, tendría que lanzarme al mar!». O bien: «¡Ay, tendría que atarme una soga al cuello!». Pero siempre eran palabras vacías. Porque mi existencia le impedía pensarlo de verdad. En cuanto a mí mismo, este pensamiento me resultaba todavía más ajeno. Y al mismo tiempo conocido, pero relacionado con una experiencia que tuve a una edad asombrosamente temprana, con un significado bien distinto...

»Tenía cinco años. Mis padres se habían marchado al extranjero y yo estaba de vacaciones con Charlotte en Kose, frente a la casa de los Koch, aunque no recuerdo en cuál de los chalets. Habíamos alquilado cuatro habitaciones en el piso inferior y también teníamos acceso a una torre con cuatro pisos de escasas dimensiones. En aquellos pisos había maquetas de barcos hechas por el dueño de la casa, unos objetos interesantísimos, y arriba tenía un balcón

con una plataforma que hacía las veces de mirador. A mí se me permitía subir a la torre y al balcón, pero solo acompañado por Charlotte. Y habíamos llevado al chalet a mi perro. Era un teckel color arena, una criatura absolutamente encantadora. Por aquello de la rima, le había puesto de nombre Traks. Ya he dicho que era una criatura absolutamente encantadora, de pelo tremendamente liso. Liso, pero a la vez áspero, como si tuviese electricidad en la piel. Estaba hecho para ser acariciado. Una mañana, nos dimos cuenta de que el perro estaba malo. Empezó a correr en círculo, soltando gañidos, y luego se quedó tumbado en su almohadón. Pero bebió agua con cautela, de lo que Charlotte dedujo que no podía tener la rabia. Ya he dicho que entonces tenía cinco años, y no podía pasarme todo el día al lado de mi perro, ni preocuparme por él de la mañana a la noche. Quizá ahora tampoco podría. Arrastré a Charlotte conmigo hasta la torre. Llevaba encima los prismáticos y, según mi costumbre, quería subirme al balcón a observar con ellos las ramas de los árboles, las sendas, las personas, los ríos, las barcas de remos. Entonces oímos cómo Traks subía las escaleras aullando, o mejor dicho gimiendo, obviamente de dolor y, antes de que pudiésemos reaccionar, se coló entre nosotros y luego entre los travesaños de la baranda y se precipitó al vacío. Cuando bajamos, lo vimos allí tirado en el suelo, cubierto de arena, muerto.

»Cuando se me pasó la conmoción del principio, me vino de improviso un pensamiento: o sea, ¿que *de todo esto*, uno puede salir así, por decisión propia...?

»Esa revelación fue como un golpe en la cabeza. Sentí como si, hasta entonces, hubiese estado detrás de una puerta y, ahora, de repente, una bocanada de viento, al entrar en la estancia, la hubiese abierto, golpeándome sin hacerme demasiado daño, pero sí el suficiente para ponerme en guardia. Algo inolvidable.

Ullo siguió contándome lo que sucedió a continuación. En el otoño de 1930, su madre fue de nuevo a ver al señor Wikman y le pidió que volviese a matricular a su hijo, que ya estaba más o menos recuperado de la infección del oído, pero ahora en octavo curso. El señor Wikman no debía de haber olvidado la favorable impresión que le había causado el chico, además de que la señora Berends tal vez argumentó en su favor que su hijo había seguido el programa escolar y hecho sus deberes en casa durante todo el curso. Lo cual, en fin, no era totalmente cierto, pero tampoco estrictamente falso. Con algún

esfuerzo, y a pesar de que Ullo le había asegurado que era innecesario, su madre juntó las monedas con las que pagar a un alumno que acababa de aprobar bachillerato en Wikman para que fuese a supervisar a Ullo varias veces a la semana, antes de que finalizase el curso académico. El propio Ullo me dijo:

—Era un mozalbete bastante espabilado, pero también marcado por una extraña amargura. Hijo de un agricultor borrachín de los alrededores de Tallin y sobrino de un conocido abogado de la capital, vivía en casa de este último. Realmente, hacíamos poco más que jugar al ajedrez. Y discutir. ¿Que sobre qué? Le confeccionó su carta astral a mi madre. Y conocía bien su oficio, si es que se le puede llamar oficio a eso. Le predijo, buf, no me acuerdo exactamente qué: afecciones del riñón, largos viajes y la posibilidad de un estado letárgico. Yo, por mi parte, no dejé de intentar hacer pedazos su astrología. ¿Con qué argumentos? Pues los elementales. Argumentaba que los destinos de la gente cuyos cumpleaños coincidían no tenían por qué coincidir también. Él replicaba que incluso las diferencias de segundos en la hora del nacimiento podían dar origen a colosales diferencias en los destinos individuales. A lo que yo respondía que casi nadie conoce con ese grado de precisión la hora de su nacimiento, de modo que todos sus horóscopos flotaban en las arenas movedizas de la fe ciega. Así de fácil. O en la charlatanería. No, no. No nos hicimos amigos. Y, en venganza, se quedó mi libro de filosofía del ajedrez, de Lasker. Mi padre me lo había mandado desde Holanda, en holandés. Era, sin lugar a dudas, el único ejemplar disponible entonces en Estonia.

Aquí, Ullo y yo tuvimos un rifirrafe por asuntos lingüísticos, que no tuvo demasiada importancia pero que a mí me resultó incluso violento. Yo le dije que, vamos, tampoco habría sido una gran pérdida, estando como estaba escrito en holandés, o algo por el estilo...

Y él exclamó:

—¿Cómo que no?! Yo lo leía de corrido. Leí también, por ejemplo, *La muerte de los mares helados*, de Frederik von Eeden, y ahí sí que había centenares de conceptos que no acababa de entender, pero los asuntos ajedrecísticos los entendía perfectamente, sin ningún problema, ¿sabes?

U llo me relató lo siguiente:

«En otoño del 31 estábamos otra vez sin blanca e, inesperadamente, sin que se lo pidiésemos, el señor Tõnisberg vino en nuestra ayuda. Ah, ¿que qué clase de hombre era? Pues tenía al menos sesenta años o puede que fuese algo más joven. Bajo, macilento, con las manos algo temblorosas. Con un frondoso bigote rojizo, tan grande o más que el de Józef Piłsudski. Pero hablaba muy quedo..., y cuando estaba cerca la exuberante señora Tõnisberg, todavía más quedo. En su casa, que estaba en el apartamento contiguo al nuestro, nos sorprendió ver tantos libros. Resultaba curioso para el dueño de una mercería. No es que tuviese ningún título del otro jueves, pero sí varios miles de ejemplares en estonio, alemán y ruso. Nuestro primer contacto fue, de hecho, porque empezó a prestarme libros. Nosotros ya habíamos perdido nuestra antigua biblioteca y yo llevaba años nutriéndome del préstamo para leer, como un ave de rapiña. Y, por cierto, nosotros nunca llegamos a tener tal barbaridad de libros (al menos dos o tres mil volúmenes). Pues bien, el señor Tõnisberg vino a decirle a mi madre:

»—Estimada señora, he oído que su hijo habla francés admirablemente bien. Como no parece que vayan ustedes excesivamente sobrados de dinero, si es que he entendido bien, y perdóneme usted... Yo llevo toda la vida intentando aprender la lengua de los gabachos... Y, mire, había pensado que esas veinte coronas que me pagan mensualmente por la habitación les vendrían muy bien a usted y a su hijo, ¿no? Se me ha ocurrido que tal vez podrían dejar de pagármelas si su hijo consintiese en venir a darme clases de francés. Había pensado en unas diez clases al mes, clases de dos horas, así que el pago sería muy decente: una corona entera por cada hora. Eso solo se les paga a los profesores con experiencia y su hijo no tiene ninguna experiencia docente. Además, normalmente el profesor cobra una corona si va a casa del alumno, pero en este caso iría yo a la suya y no haría falta... No, no, a santo de qué tendría que venir él a la nuestra. Mi esposa tiene sus actividades de ocio,

queda con las amigas a tomar café y a contar chismes, ya sabe... Y yo solo tengo que cruzar el descansillo. Si resulta que le molestamos en la salita, señora, podríamos irnos a la cocina, pero yo creo que...

»Acordamos que empezaríamos dos días más tarde. Tendríamos que utilizar mis libros de texto del colegio. Él también traería consigo algunos textos. Cuando se marchó, mi madre chasqueó las palmas de las manos sin hacer apenas ruido y dijo:

»—¡Ullo! ¡De verdad, es como si nos hubiese tocado el mismísimo dedo de dios! Debíamos pagar el alquiler pasado mañana y no tenía ni idea de dónde iba a sacar esas veinte coronas.

»A las siete de la tarde del día acordado, el maestro Tõnisberg se presentó en nuestra casa como un reloj. Llevaba bajo el brazo un ejemplar del *Figaro* de la semana anterior. Mis *France I* y *II* también estaban en una esquina de la mesa.

»Con una sonrisa de circunstancias, mi madre se retiró a la cocina:

»—Señor Tõnisberg..., no, por dios... Está usted en su casa. —Y, ciertamente, Tõnisberg se sentía así. O incluso, más cómodo todavía que en su propia casa.

»Puso su periódico sobre la mesa. Sin venir a cuento, empezó a comentar la decepción que se llevaría la señora Berends si yo me ponía cabezota y las clases no eran de provecho. Cosa que él, por supuesto, se imaginaba que no iba a suceder en ningún caso. Porque yo era un chico demasiado juicioso y con demasiada curiosidad para eso, casi un hombrecito. Etcétera. Entonces pasó una página de su *Figaro* y allí estaba: ¡una revista pornográfica!

»Yo aún no había visto ninguna, pero sabía que existían. La que había escondida dentro del *Figaro* se parecía muy poco a las de hoy en día, *Kalle* o como se llamen las que ahora nos llegan desde el otro lado del estrecho de Finlandia. Estas fotos eran más primitivas. Y también había dentro ilustraciones que podrían calificarse en cierto modo de “artísticas”, de Félicien Rops y gente así».

—Pero ¿por qué necesitaba tu compañía para mirarlas...? —le pregunté.

Ullo razonó:

—Es que también había parte de texto. Tenía que traducírselo.

—¿Y lo hiciste...?

—Uf, pues mira, hasta cierto punto... Al principio, se me hizo como un agujero en el estómago y un nudo en la garganta. Pero, en fin... La situación

era de lo más disparatada. Me resultaba impensable levantarme y negarme a hacerlo, por mi madre. Aunque, al mismo tiempo, estaba seguro de que, si ella se enteraba, cortarían aquella situación sin vacilar. Por otro lado, también contaba mi curiosidad, propia de un chico de quince años. Yo también quería ver esas revistas. A pesar de que, al mismo tiempo, me repugnaba y me avergonzaba hacerlo.

—¿Y era una revista pornográfica sin más? ¿O tenía alguna tendencia...?

—En aquel momento, no tenía elementos de análisis. Viéndolo con el beneficio de los años (aunque, ¿cuánto analizamos estos temas en nuestro país, hoy en día?), diría que era más bien general, como acabas de apuntar. Me da la impresión de que papi Tõnisberg sentía un interés especial por los motivos lésbicos y por..., en fin..., la *manusturpatio puellarum*...

Evidentemente, me tuve que aguantar la risa, pero me resultó muy cómica la mojigatería de aquel setentón, que le impedía nombrarlo en otra lengua que no fuese el latín.

Le pregunté, pues, en el año de gracia de 1986:

—¿E hizo algún comentario a tu traducción?

—Nunca decía nada. Algunas veces me preguntaba algo. Pero, por lo general, solo escuchaba. Otras veces farfullaba por debajo del bigote. Y, su mujer, ¿sabía de sus aficiones? Bueeeno. Estoy seguro de que, en casa, en la cama, miraban los dos juntos las fotos. Y papi se las explicaba. Por cierto, que yo la bauticé Volúmnica. Y Volúmnica lo sabía, indudablemente. ¿Que por qué lo deduzco? Mira, mi madre vino un par de veces a la cocina durante nuestras clases (estaba trabajando temporalmente en la contabilidad de una tienda de jardinería de Nõmme), y sucedió lo mismo en ambas ocasiones: cuando se aproximaba al escritorio para coger una goma o una regla, el señor Tõnisberg tapaba como el rayo la revista con el periódico. Por el contrario, si era Volúmnica quien venía a buscar a su marido a nuestras clases (“Escucha, ¿no te habrás metido en el bolsillo la llave de la despensa?”), el señor Tõnisberg ocultaba la revista sin inmutarse apenas, despreocupadamente, solo por guardar las formas. Y Volúmnica, con sus rizos rubios de permanente, nos dirigía entonces una mirada irónica y decía, riéndose con retintín: “Ajá, ¿así que este joven caballero está poniendo a punto el francés de mi maridito?”.

»¿Que cómo acabó esta historia? Pronto, en cuanto mi madre encontró empleo. Fue en la misma tienda de jardinería de la calle de la Estación de

Nõmme donde ya la habían contratado varias veces para llevar la contabilidad. El dueño, un tal Zopf o Topf o algo por el estilo, le ofreció esta vez un trabajo fijo. Al principio dijo que cobraría unas cuarenta coronas mensuales, pero luego bajó la oferta a treinta y, para compensarlo, le propuso que nos trasladásemos por diez coronas de nada a una habitación libre que tenían allí mismo, en el huerto. O mejor dicho, en la caseta del guarda, donde también estaban las calderas. Así que nos trasladamos, y fue allí donde le hablé a mi madre de la peculiar afición del señor Tõnisberg.

—¿Y qué dijo tu madre?

—Perdió los papeles por completo, y hasta me tiró del pelo por primera y última vez en su vida, por no habérselo contado antes. Y me abrazó (no fue la primera vez ni la última que lo hizo) por habérselo dicho a pesar de todo...

Por fin, Ullo se avino a hablarme de lo que pensaba de la Academia Wikman y de sus relaciones dentro del mismo:

En el séptimo curso, ya en otoño, antes de su enfermedad, se le acercó un tipo robusto de octavo y le preguntó si se acordaba de Valia, prorrumpiendo en risotadas: «¡Jo, jo, jo, jo!».

A Ullo se le pusieron las orejas rojas como tomates al reconocer a Jaan, el zagal que pastoreaba las cabras del matrimonio de la pensión de Lootsaare el verano anterior, con el que había competido en aquella carrera. El chico que le ganó. Aunque, en realidad, fuera al revés. En palabras de Ullo:

—Sin decir ni una palabra, le volví la espalda a Jaan. Sin una palabra, pero notándome las orejas rojas y ardientes como el fuego. Lo ignoré hasta que me puse enfermo. Y lo seguí ignorando luego, cuando regresé a Wikman después de recuperarme. En total, tres años, hasta que Jaan acabó el instituto y desapareció de mi vista para siempre. No intercambiamos ni una sola palabra. Ni siquiera hoy sé por qué me comporté así.

Ullo prosiguió:

—En general, no me aceptaron fácilmente en la clase. Para eso tendría que haber sido más hablador de lo que soy. O un buen deportista, cosa que tampoco era, ni podía esforzarme por ser. Porque el doctor Dunkel me había prohibido cualquier tipo de actividad deportiva durante dos años. También debería haber sido, probablemente, más parecido a los demás. Eso no quiere decir que, de vez en cuando, no me picase el amor propio. Mira, cuando por ejemplo la señora Lülili preguntaba algo sobre Racine, o el viejo Hellmann sobre las leyes de Ohm («¿alguien lo sabe?»), no siempre lograba reprimirme

y murmuraba entre dientes una respuesta semiaudible, lo que me convertía automáticamente en «empollón» y no me granjeaba demasiadas simpatías entre el grupo. Así que logré que me aceptaran poco a poco. Ganándome un respeto. Es cierto que, con el tiempo, me salieron algunos amigos, gente afín con la que seguiría en contacto. Igual que tú, más o menos. Ahora andamos todos desperdigados, cada uno por su lado. Como tú escribiste en algún sitio: de Norilsk a Nordhausen, de Katanga a Karaganda. Y hay de todo: algunos nadan en la abundancia y otros son pobres de solemnidad. Ah, también me ocupé en su momento de que expulsasen a algunos de los chicos de Wikman. Sí, sí, eso mismo. ¿Qué estás mirando...?

»¿No te suena de nada la tradición de hacer pasar a los compañeros a través del pupitre? ¿Ni tampoco lo del “colador”? ¿No? Pues toma nota y aprende de los compañeros mayores que tú. En mis tiempos, esas tradiciones estaban totalmente vigentes en Wikman. Claro que estaban prohibidas, pero se practicaban rigurosamente. ¿Te acuerdas de aquellos enormes sofás de madera contrachapada de la fábrica Luther que estaban en el salón amarillo? Tenían un reposabrazos a cada lado, un trozo de madera cuadrado, colocado en horizontal, recto y de un grosor considerable, que estaba sujeto por un lado a la madera del respaldo y por el otro a un palo horizontal que tal vez fuera una prolongación de la pata del sofá, aunque no lo recuerdo bien. En una palabra, que se formaba un agujero rectangular cuya parte inferior era el fondo del sofá, mientras que la superior era el travesaño horizontal del reposabrazos. La trasera, la raja que quedaba debajo del respaldo, y la delantera, el trozo de madera del reposabrazos. Las medidas del agujero (porque las tomé entonces) eran 18 cm de altura y 43 de largo. Los mayores metían a presión a los pequeños por ese agujero y los “colaban”. Lo hacían en los recreos especialmente largos, aunque no todos los días. Solo raras veces, como corresponde a los rituales. Una multitud, entre la que se mezclaban los mirones y los centinelas, rodeaba el sofá. Obligaban al novato a tumbarse cuan largo era y luego lo empujaban y lo metían por el orificio con la cabeza por delante, colándolo por debajo del reposabrazos... La cocorota, la clavícula, el esternón, el trasero y, por fin, las piernas. Si a alguien no le cabían la barriga o los hombros, lo sacaban y le pegaban un palo en las nalgas para que se fuera. Algunos de los compañeros más fuertes se resistieron de tal forma que no pudieron colarlos. Por ejemplo, mi amigo Viktor Viisileht. De todos modos, no hubiese cabido. El tipo fue luego campeón de boxeo de

Estonia, y más tarde de la Unión Soviética, en la categoría de pesos pesados. En cuanto a mí, no tuvieron dificultades para meterme por el agujero, porque cabía perfectamente: la cabeza, los hombros, el trasero. Y mi primera reacción cuando me obligaron a tumbarme en el sofá y me aprisionaron fue, sencillamente, no oponer ninguna resistencia y colaborar con los que me estaban colando para salir lo más fácilmente posible y acabar cuanto antes. Porque, ¿qué otra cosa iba a hacer? ¡Si tenía a un grandullón de décimo a cada lado! Otra cosa es que les gustase esa estrategia mía de no oponer resistencia. Uno se me sentó en las rodillas y empezó a retorcerme un brazo. Otro me agarró del cuello, me lo dobló y me apretó la cara contra el fondo del sofá, lo que me provocó un latigazo de dolor que me atravesó el pabellón auditivo y me salió por donde tenía la cicatriz. Pero el arrebató de ira que me entró fue menos por el dolor físico que por repugnancia moral... ¡¿Qué aires se daban esos idiotas pretenciosos y culones?! ¡¿Pero qué se habían creído?! Retorciendo la rodilla, conseguí zafarme del que estaba sentado sobre ella y le pegué con el tacón del zapato en plena cara. Buf, eso me valió que me colaran un par de veces más. Cuando les amenacé con ir a contárselo al director, empezaron a mofarse de mí: “¡Gallina, tú no vas a ir a ningún sitio! ¡Porque, si lo haces, te ponemos en ese rincón y te fulminamos! ¡Que no se te olvide!”.

»—¿Fuiste...?»

Ullo dijo:

—Fui, y bien directo. Si me lo hubiese pensado mejor, no habría ido. Le conté todo, de cabo a rabo, y mi aspecto confirmó mis palabras. Tampoco omití lo de las amenazas. Wikman dijo que volviese a clase tranquilamente. Nadie iba a delatarme. Luego no pasó nada hasta diez días después. Entonces, el director llamó a los dos chavales y los expulsaron del colegio. El señor Ambel, el jefe de estudios, se los había encontrado la noche anterior en el parque de Kadriorg fumando en un banco. Eso bastaba para justificar la expulsión. Todavía hoy me queda la duda de si fue puro azar o si lo prepararon de algún modo. Mi nombre no salió a relucir en ningún momento.

Mientras Ullo me lo explicaba, yo pensaba lo mismo que estoy pensando ahora. Es curioso, pero tengo el pálpito de que aun hoy se arrepiente de haber ido al despacho del director ese día. ¿Estaré equivocado? En 1986, cuando me lo contó, pasé por alto esa pregunta. Y, ahora, ya no se la puedo hacer.

Seguimos conversando, pero cambiamos de tema. Yo le pregunté:

—Ullo, antes has utilizado la expresión «ganarme un respeto». ¿Me hablarías un poco de cómo lo hiciste, y gracias a qué empezaron a respetarte, y cómo evolucionó todo eso?

Esbozando una sonrisa, contestó:

—¿Te refieres a cómo empecé a menear amistosamente el rabo, igual que los chuchos callejeros? Si los demás no te lo ponen fácil, no te queda otro remedio. Bueno, me imagino que todo comenzó cuando alguien, que no recuerdo quién era (tal vez Plaks), vino y me pidió que le hiciese un trabajo para la clase de Alemán, la del señor Krafft. No me acuerdo ya del tema. Pero fue en octavo. Se lo escribí y sacó un notable. No podía escribir algo mejor para Plaks. De hecho, incluso escribirle un trabajo de cuatro era un poco arriesgado. Pero Krafft se lo tragó y fue enseñándolo por ahí y pregonando a los cuatro vientos que su alumno había empezado a usar el cerebro y había cometido solo cuatro fallos tontos de gramática. Plaks (si es que se trataba de él) fue honrado y me pagó las dos coronas que me había prometido, y al mes siguiente ya me encargaron cuatro o cinco redacciones más. Luego empezaron a pedirme también trabajos en estonio, para la clase de Lengua del maestro Kõiv. Algunos llegaban a pagarme hasta cinco coronas, con lo cual en el último curso del colegio llegué a ganar cuarenta o cincuenta coronas al mes. Porque mi clientela no dejaba de aumentar. Y, a su manera, la cosa también era divertida. Recuerdo algo que debió de pasar en décimo, aunque a juzgar por la asignatura, pudo ser antes: el señor Krafft nos mandó escribir un ensayo sobre los nibelungos. Y yo escribí veintitrés trabajos. En la clase éramos cuarenta. Solo dieciséis escribieron su propio ensayo. En fin, intenté escribirle a cada uno lo que le pegaba: para los malos, trabajos peores, y para los buenos, mejores. También varié un poco el punto de vista y el énfasis en cada caso, etcétera. Al final, estaba tan mortalmente aburrido y sin ideas para mi propio trabajo (lo había dejado para el final y tuve apenas dos horas por la noche para escribirlo) que no me salía nada. Porque el señor Krafft esperaba que escribiésemos como mínimo cinco o seis páginas y, de mí, habría esperado como mínimo diez. Pero ya no se me ocurría nada. Entonces me vino a la cabeza la idea de escribir en verso. Así se me disculparía cierto descaro, porque después de rumiar veintitrés ensayos con diferentes estilos, cualquier cosa me resultaba insípida. Además, una pieza en verso podía ventilarse en una página o página y media. En resumen, que en el cuarto de calderas del huerto, que a la vez era la garita del guarda de la tienda donde

anidamos mi madre y yo durante dos años, escribí:

Los nibelungos
son en *Los nibelungos*
unas criaturas artísticamente defectuosas.
Aunque arios puros,
no son literarios
ni filosóficos
ni estróficos,
y son fatalmente,
catastróficamente,
desastrosos, áridos e inertes.

Se podría decir que bajo el brillo
de los cascos
y de los rizos
contra los escudos
habrían necesitado un cepillo
para lavar sus leotardos.

Y si por debajo de los tíos y tías
completamente armados
buscamos representantes
de valores más elevados,
veremos desolados
que solo quedaría
el honorable Herr Hagen.

Sobre él disertaremos luego
y ahora baste apuntar que
Herr Hagen tiene el empaque
del Judas germánico
por excelencia...¹⁸

»Cuando el señor Krafft nos devolvió los trabajos una semana después, había puesto mi cuaderno con la obra en verso encima de todos los demás, y dedicó un cuarto de hora entero a despotricar contra ella. ¡¿Cómo había podido cometer semejante acto de orgullo y banalidad?! ¡Y justo cuando la

mayoría de la clase, incluyendo los peores en su asignatura, habían escrito cosas excepcionalmente buenas! Resultó que el señor Krafft les puso buena nota a casi la mitad de los alumnos, contra todo pronóstico. Lo que jamás se supo, pero provocó la hilaridad de muchos, fue que entre quienes sacaron sobresalientes había quince cuyos trabajos había escrito yo. Ya te digo — explicaba Ullo— que no trascendió, pero casi todos los compañeros estaban enterados. Si me preguntas por qué empezaron a respetarme, tengo que confesar que en gran medida fue gracias a esta historia. Quizá también gracias a que no me puse a lloriquear, sino que más bien me reí, me bajé los pantalones y me quedé con mi nota mediocre. Qué le iba a hacer si, por falta de realismo, había sobrevalorado la agilidad mental y el sentido del humor del señor Krafft...

»Aunque Krafft despoticase y me pusiese entonces ese suficiente tan extraño en mí (además, creo que no fue el único), este episodio no impidió que siguiésemos llevándonos como antes. Pero ya he mencionado que, además, empezaron a encargarme trabajos para la clase de Kõiv, de Lengua. ¡Qué le íbamos a hacer...! Esos trabajos los escribía con más soltura todavía que los de Alemán para Krafft. Y es que, en estonio, podía tratar los temas con mayor naturalidad que si escribía en alemán, sin calibrar tanto el nivel de conocimiento de la lengua de cada uno. En trabajos de estonio, podía evitar tener en cuenta necesidades de parvulario. Tampoco me podía poner profundamente filosófico, pero, por dos coronas, o hasta cinco coronas si se trataba de un cliente con posibles, nadie esperaba que lo hiciese.

U llo me relató lo que sigue:

«No es de extrañar que recuerde con tanta nitidez las Navidades de 1932. Mi padre ya no nos mandó nada ese año, cosa que, seguramente, tampoco había hecho el año anterior. No sabíamos su dirección. No sabíamos en qué país vivía... Tal vez en Alemania o en Holanda o en Luxemburgo. O vaya usted a saber dónde. La crisis económica se agudizó. Al menos, eso es lo que se decía por todas partes. El casero de la tienda de jardinería, nuestro proveedor, no fue una excepción. Con la excusa del ahorro, empezó a hacer él mismo el trabajo administrativo y llegó a un acuerdo con mi madre para seguir pagándole las treinta coronas al mes (obligado por las circunstancias, según dijo) solo si asumía la tarea de alimentar las estufas de los invernaderos y de quitar la nieve de la calzada, apilándola en las aceras. Entre los dos nos las íbamos apañando y eso es lo que el señor Topf o Zopf había calculado. Treinta coronas más mis providenciales aportaciones aquí y allá, procedentes de los ensayos que les escribía a los compañeros, digamos que para dos personas..., nos daba justo para no pasar hambre y pare usted de contar, con bastantes estrecheces. Aunque los dos aprendimos, mi madre y yo (pero sobre todo yo), cómo plantarle cara a la supremacía de Mammón, y a hacerlo con clase. O, por lo menos, a plantarle cara teóricamente.

»Imbuidos de un espíritu de resistencia, mi madre y yo intentamos mantener por todos los medios la tradición navideña. Cogimos una sierra de mano de la tienda, fuimos juntos a la turbera de Pääsküla con ella en ristre y nos llevamos a casa un abeto de un metro o metro y medio de alto. Le afilé el tronco por la raíz y lo colocamos en la arandela de un taburete, en un extremo de la sala de estar, con seis velas blancas y un puñado de guirnaldas de papel de aluminio que mi madre había comprado en algún sitio. ¡Ay, qué nostalgia! ¡Ja, ja, ja! Y resultó que el tercer día de las fiestas, por la mañana, de repente sonó: toc, toc, toc. El señor Kõiv estaba ante nuestro umbral. O Kõtsberg, como seguramente lo llamaríais los de tu curso. O Kõtsu, como lo

llamábamos nosotros.

»En fin, tú lo conocerías mejor que yo. Tú lo trataste más tiempo, pero yo más íntimamente. Por supuesto, cuando tú lo conociste era todo un señor licenciado, pero en la Navidad de 1932 todavía no era nada de eso, nada. Y precisamente ese motivo fue el que le llevó a presentarse en nuestra casa, atropellándose al hablar como solía, como si fuera... no sé qué animal, una ardilla de las que tienen antifaz y los ojos saltones, pero con un abrigo que tenía el cuello de astracán negro:

»“Bns, sñr Brends. Soyl profrs destnio de suiyo.” Todo así. Se comía la mitad de las letras. Tampoco malgastó ni una palabra para transmitir su mensaje: se había puesto a escribir la tesis de licenciatura y necesitaba un asistente. Alguien que supiese escribir a máquina. Que pudiese reseñar los libros que él no tenía tiempo de leer o que, simplemente, no quería leer. Que lo hiciese de manera fiable. Por ejemplo, los que estaban en francés, porque él no sabía. Había observado a Ullo Paerand cuando era su alumno en el instituto. Y había decidido ponerlo a prueba si él aceptaba. Le pagaría cincuenta coronas al mes. “Decidn ustd y su hijo, señora Brends”».

No, no, no es que el señor Kõiv no tomase asiento, acabó haciéndolo. Y dejó sobre sus rodillas el gorro de astracán. Pero no se quitó ni el abrigo. Para qué. Ya había hecho su proposición para que la calibrasen. Si aceptaba, Ullo debería ir a las ocho de la mañana a Tallin, a la calle Kaupmehe, número tal y cual. Todavía quedaban diez días de vacaciones. Un período estupendo para trabajar sin que nadie los molestase. Gracias. Hasta la vista.

Ullo y su madre, ¡cómo no!, se pusieron a bailar en círculos por la habitación. Bueno, más bien a ratos debieron de girar como trompos, teniendo en cuenta lo estrecha que era la vivienda del guarda. A la mañana siguiente, a las ocho menos cuarto, Ullo cogió el tren eléctrico para ir al centro.

El señor Kõiv cobraba un sueldo más que digno en Wikman. Debía de andar por las ciento veinte, o incluso las ciento cincuenta coronas al mes, según los casos. Así que no era de extrañar que viviese en un bonito piso de soltero, de dos habitaciones. En el interior tampoco encontró nada demasiado sorprendente. Sillas, mesas, un escritorio, dos sillones; todo mobiliario de buena calidad, del que se hacía en la fábrica Luther. Dos o tres óleos de Krims y de Ole... Tampoco había espacio para más, porque las paredes estaban tan atiborradas de libros que no quedaba sitio para los cuadros. Ullo

dedujo que Kõiv debía de haber comprado libros con particular avidez en sus años de universidad. Porque, ¿cuántos habría podido heredar de su padre, un comerciante de productos textiles? En todo caso, en los estantes había ejemplares de la revista *Literatura Estonia* desde 1908, y de *Lengua Estonia* desde 1922, encuadernados en piel y con letras doradas; *Creación* desde 1923 y *Olion* desde 1930. Entre otras. Tenía todas las obras de lingüística de Saaberk-Sareste, de Aavik, de Mägiste, de Kettunen, de Veski, de Muuk. Además, había metros y metros repletos de autores extranjeros, entre los cuales al menos la mitad eran nombres que Ullo tenía registrados (Jespersen, Setälä, Mommsen, Wilamowitz-Moellendorff), pero a la otra mitad la veía por primera vez (con la dichosa esperanza de acabar devorándolos en algún momento).

La habitación donde lo recibió el señor Kõiv hacía las veces de sala de estar y de estudio y, en ella, todo estaba dispuesto con una rectitud inmaculada: los libros alineados, los papeles amontonados, los ficheros en sus archivadores correspondientes. Sobre una mesita baja cerca del escritorio había apiladas dos torres de ficheros.

Ciertamente, Ullo no se esperaba que el señor Kõiv fuese un patrono demasiado amable. Porque no era amable como profesor. Eso sí, su profesionalidad era innegable. Tampoco se podía poner en duda la corrección de sus modales, aunque resultase algo seco. Pronto, Ullo se dio cuenta de que allí, en su propia casa, el señor Kõiv le dispensaba un trato considerablemente más cercano que en el colegio. Lo cual no era, en sí, nada sorprendente, pues en aquel lugar se sentía dueño del espacio y al mando de la situación. No como en el colegio, donde su juventud, su fragilidad y su voz de falsete le obligaban a estar siempre en guardia, tenso, atento a los avioncitos de papel y demás proyectiles que (fiu, fiu, fiu) le lanzaban y, en caso de que fuera necesario, truncar su trayectoria para que no le alcanzasen ni dañasen su autoridad en el aula. Aquí, sin embargo, con el cuello de la camisa abierto y las pantuflas de borlas, le corregía con una autoridad no exenta de campechanía. Le mostró a Ullo una esquina de la mesa y le pidió que se sentase, poniéndole delante varias decenas de folios manuscritos.

«Pero caprendas pronta lermi letr.» Pero no le dio a Ullo ni tres minutos para hacerlo. En cambio, desvió su atención de esos folios y le contó que su tema de tesis era la investigación de los modismos estonios según un paradigma nuevo en la ciencia lingüística. El título de la disertación era «El

factor del estructuralismo lingüístico en los modismos de Johannes Aaviku». Para eso, iba a tener que profundizar en la lingüística estructural moderna hasta sus mismas raíces. Cuáles eran, Ullo lo averiguaría pronto consultando sus fuentes. Cuando, llegados a este punto, Ullo inquirió (¡maldita superficialidad y maldita soberbia!) si una de esas fuentes era Jakobson o, mejor dicho, los *Principios de fonología histórica*, de Roman Jakobson, el señor Kõiv levantó mucho las cejas, le dirigió a Ullo una mirada fugacísima, se sonrió y aclaró: «Sí, sí, pero con eso puedo apañarme». Porque sabía suficiente alemán para leer libros. Ullo, por su parte, se sonrojó y aclaró a su vez que no tenía ni idea del contenido del libro, aunque había oído el título en algún sitio y se le había quedado grabado. El señor Kõiv repitió de nuevo que a Jakobson y compañía, lo mismo que a los autores de lengua inglesa, los podía abordar él mismo. Pero, además, debía estudiar el *Curso de lingüística general*, del suizo Saussure, publicado en francés en Ginebra en 1916. El problema estaba en los insuficientes conocimientos de francés del señor Kõiv, que no daban para navegar en las procelosas aguas del libro. Y ahí estaba la primera misión de Ullo: leerlo y elaborar un resumen en estonio. Prestándoles particular atención a los fragmentos que pudieran resultar relevantes para el tema de tesis del señor Kõiv.

—¿Crés quepdrás?

Aquí, claro, Ullo se zambulló de cabeza en un terreno desconocido, pero negarse y renunciar sin intentarlo siquiera habría sido una insensatez, con lo cual dijo más o menos lo siguiente, con mucho desparpajo en la voz:

—En principio, claro que sí.

El señor Kõiv cogió el tomo de Saussure de la estantería y se lo llevó:

—Le. Traduz. Resum. Sitiens duds, prgnta.

Se sentó en su escritorio y se enfrascó en sus papeles. Creo recordar que Ullo me dijo que su primera sesión de trabajo ininterrumpida duró cuatro horas. Cuatro horas íntegras de mudez absoluta, en el sentido más literal, durante las cuales Ullo fue cobrando consciencia (más acuciante de cuarto en cuarto de hora) de que se había echado a las espaldas una carga endiablada.

El formato moderado y la formulación transparente de las frases de esas páginas eran, en el fondo, enteramente engañosos. Más que nada, porque el texto mismo proclamaba de antemano la relatividad de sus significados. Si Ullo lo entendió más o menos bien, decía cosas más o menos del tipo de estas:

Otras ciencias operan con objetos definidos, que pueden mirarse desde distintos puntos de vista. No así nuestro ámbito (es decir, la lingüística). Si alguien pronuncia la palabra francesa «*nu*», un observador superficial tenderá a verla como un objeto lingüístico, mientras que si la observamos con más atención, descubriremos en ella tres o cuatro cosas totalmente distintas, según el punto de vista. En primer lugar, el sonido o sustancia sonora; en segundo lugar, la idea expresada, y en tercer lugar el equivalente de la expresión latina «*nudum*», etcétera. En contra de la afirmación de que el objeto precede al punto de vista, se puede oponer otra: es el punto de vista el que crea el objeto y, por lo tanto, en principio no podemos adivinar si el punto de vista desde el que estamos contemplando el objeto en cuestión es inferior o superior respecto a otros...

En suma, la transparencia y la claridad del texto se iba perdiendo, y su imprecisión aumentaba, a medida que este subrayaba la multiplicidad de sus significados. Por otro lado, Ullo se dio cuenta inmediatamente de que, pese a su asombrosa experiencia descifrando libros en francés, incluso textos literarios, carecía por completo de la experiencia necesaria para lidiar con las asperezas de los científicos franceses. Así, lo que a primera vista le parecía evidente, mirado más de cerca se le escapaba y, en particular, al intentar traducirlo, se le desenfocaba enseguida, para transformarse en algo sospechoso y arcano. Por ejemplo, la diferencia entre *langage* y *langue* y lo que cada uno de esos términos abarca... Con todo, o puede que precisamente por eso, la esencia que contenía ese texto, además de las circunstancias que le servían de trasfondo, le ofrecían a Ullo un desafío embriagador.

Pasó las páginas, leyó y pidió un ejemplar del pequeño Villecourt, el diccionario de francés-estonio que se usaba entonces, además de un segundo diccionario bastante amplio francés-alemán. Kõiv los sacó de la estantería y los acarreó hasta la mesa. Él leyó, tomó notas, probó distintas combinaciones y destacó las posibles variantes de traducción. Todo ello, imprimiéndole a la tarea encomendada lo que podríamos considerar un tesón y un entusiasmo nacidos del sentido de la responsabilidad.

En torno a las doce y media, el señor Kõiv se levantó:

—¡Brents! Aquitenes unacrona. Traelgo dlapanadria dlasquina. Cuatro panecillos salados. Si quedalgo comprazucr. Mientrs yoare caf.

Ullo fue a la panadería. El vapor de la cafetera se había extendido ya por toda la estancia cuando regresó. El señor Kõiv llevó a la mesa dos platitos azules y colocó en cada uno dos panecillos. Vertió café en unas preciosas tazas de Meissen, casi iguales a las que había en la casa de Toompea de los Berends mientras vivieron allá. También llenó el azucarero azul, haciendo repicar los terrones blanquiazules contra el azul de la porcelana:

—Vnga, aique rfrscar lamnte.

Ullo tenía tanta hambre que le dolía la barriga. Pero el protocolo de buenos modales de niño burgués de la época le obligaba a comportarse con mesura, así que no se dejó llevar por el instinto ante los frescos y blandos bollitos salados con su deliciosa costra crujiente. Kõiv, que obviamente también había sido instruido en el mismo protocolo, pero que en su propia casa no parecía acatarlo con demasiada rigidez, les hincó el diente con tanto apetito que la masa de hojaldre se deshizo y le dejó unas miguitas en torno a la boca, pegadas a la sombra de barba que no se había afeitado aquella mañana. Ullo, por su parte, lo miraba luchar con las migas reprimiendo una sonrisa indulgente.

Hubo otra cosa que ayudó a Ullo, aún más que aquella minucia, a tolerar más fácilmente al hueso de Kõiv. Fue su reacción a una respuesta que le dio cuando le preguntó si ya había localizado las partes del pensamiento de Saussure que podían apuntalar el tema de los modismos, o al menos que tuviesen que ver con él.

Ullo luchó por vocalizar mientras daba cuenta del último bocado del último panecillo:

—¡Ah! Pues tiene que ver muy tangencialmente, pero de algún modo sí lo toca. En la página 31. Y cito:

Leamos de nuevo las características de la lengua:

Primero. La lengua es un objeto bien definido dentro de un conjunto diverso de hechos de habla. Se la puede ubicar en una zona con contornos muy claros, donde la imagen auditiva empieza a asociarse con la idea. Este es el ámbito social del habla, que queda en la parte exterior del individuo, que no puede crearla ni alterarla solo, porque (la lengua) solo existe gracias a un contrato entre los miembros de una comunidad.

—¿Y bien?! —preguntó el señor Kõiv, muy atento.

—¿Que el individuo no puede crear la lengua? Yo le pregunto: ¿por qué no puede? ¡Hay pruebas claras de que es así! ¿Que cuáles? ¡Pues el maestro Zamenhof y el esperanto! —se explayó Ullo.

—¡Muy cierto! ¡Muy cierto, Berends! —exclamó el señor Kõiv emocionado, y le salió una vocecilla casi en falsete—. ¡En lo relativo a este punto, vamos a argumentar categóricamente en contra de Saussure!

Ullo prosiguió:

—O que el individuo no puede alterar la lengua (Saussure lo llama *modifier*). Ante eso, yo pregunto: ¿por qué no puede? Al menos, si tomamos en serio lo que nos ha dicho nuestra madame Lülii (perdón, nuestra madame Zelkovsky) con respecto a, por ejemplo, las ideas de Boileau... Es cierto que ese sería un aspecto estilístico, pero aun así... Habría que reformular el enunciado y decir que el individuo puede modificar la lengua de manera cardinal. Es lo que Johannes Aavik ha hecho en el caso de la lengua estonia, siendo los modismos la manifestación más clara, ¿no?

El señor Kõiv exclamó, sin reprimir ya su voz de pito, sino dándole rienda suelta al falsete:

—¡Brents! ¡Susted unchic muylist! Saussure es también, seguro, un chico listo. ¡Pro sus argumentos no son aplicables a todos los casos prácticos! ¡Y eso vamos a ponerlo de relieve en nuestro trabajo! Se lo agradezco. Continúe.

Ullo continuó. En principio, iba a ser hasta el final de las vacaciones de Navidad. Luego, siguió después de que empezaran las clases. No ya todo el día, en jornadas que empezaban temprano por la mañana y acababan por la noche, claro está. Ahora, su madre lo mandaba con un emparedado doble a casa, después del colegio, porque el profesor no preparaba almuerzo para él, y se quedaba en su casa hasta las siete o las ocho. A veces, podía suceder que se llevase a casa el Saussure del señor Kõiv (y pronto también a otros autores) para, al cabo de uno o dos días, entregarle en su casa o en el colegio los folios en los que había hecho traducciones o resúmenes del libro. A propósito, la cuestión de qué se debía traducir con exactitud y qué bastaba con resumir quedaba fundamentalmente al albedrío de Ullo.

Una tarde de mediados de enero, Ullo estaba despidiéndose para tomar el tren y volver a su casa, donde tendría que dividir el resto de la velada entre el trabajo de Kõiv y los deberes del colegio, cuando Kõiv le dijo: «Brents. Unmomt». Aunque, mejor, vamos a escribir lo que dijo íntegramente, para que las palabras resulten comprensibles:

—Un momento. Ya ha pasado usted dieciséis días a mi servicio. Creo que ha llegado el momento de pagarle la mitad del mes. Nuevo año, nuevos gastos. Si no, la señora Berends pensará que el señor Kõiv quiere trasquilar a su hijo... —dijo el señor Kõiv, y esbozó una sonrisa torpe tras sus gruesas gafas mientras le ponía a Ullo en la palma de la mano dos billetes azules de diez coronas y uno rosa, de cincuenta. Tal y como Ullo había, en efecto, esperado. ¿Y cuándo iba de una vez a...?

Sí, claro, tenía razón. Pero entonces (ahora, más de medio siglo después, se le antojaba que había sucedido justo al día siguiente), Plaks o algún otro chaval le dijo en el colegio:

—Escucha, hermano. Kõtsu nos mandó anteayer un trabajo. ¿Cuál era el tema?

—La iglesia de Notre Dame de París o el romanticismo como exceso —respondió Ullo.

—Eso, eso —siguió diciendo aquel, Plaks o quien fuera—. Tenemos todavía un mes entero, pero que no se te olvide: ¡soy el primero en encargártelo! Luego no me vengas diciendo que, después de dos docenas de trabajos, te has quedado sin ideas. ¡Para el primer cliente, que además te va a dar cinco coronas, deberías tener de sobra!

—Vale, trato hecho —dijo Ullo. Esta fue la misma respuesta, aproximadamente, que les farfulló al segundo y al tercer cliente. Y, mientras lo decía, pensaba para sí: «Mañana voy a encargar dos buenas brazadas de madera de abedul, ya cortada en trozos de medio metro, en el vivero de la calle Raua, para así acumular leña suficiente y que madre no tenga que preocuparse».

Pero, entonces, llegó la mañana del domingo. Ullo se levantó tarde y descubrió que su madre había apartado ya la nieve caída la noche anterior en un tramo de la calle. Ullo le dio un cachete cariñoso (por cierto, que había reparado en cuánto había encanecido el pelo negro de su madre en los últimos tiempos) y le echó una regañina por haberlo hecho sola. Luego, cuando su madre se marchó un rato, Ullo se levantó de la cama. Aunque se habían quedado algo frías, se comió un buen tazón de gachas de avena antes de sentarse a la mesa a mirar por la ventana. La noche anterior había despachado páginas que le debía a Kõiv. Los deberes para el lunes, hechos. Ah, bueno, quedaban los de la primera hora, de Religión, pero los haría escondiendo la libreta debajo del pupitre en diez minutos. Para hacer los encargos, le

quedaban tres semanas. No tenía la sensación de que el plazo le pisase los talones, ni motivo alguno para el pánico. El mundo, ahí fuera, parecía tan sereno, tan limpio, tan blanco, como una pantalla de cine sobre la que fueran a empezar a desfilar ideas e imágenes... ¡Y vaya si empezaron! El mismísimo Víctor Hugo, tal y como suelen describirlo, y tal y como el propio Kōiv se lo había pintado cuando les habló de él con todo lujo de detalles (solo dios sabe de dónde se sacaría esa imagen: de baja estatura, con una voz estridente, teatral... En una palabra, romántico, que aplicado a Hugo significaría exagerado, tal y como el señor Kōiv había sugerido desde el enunciado del ejercicio). Como marca del romanticismo, o del exceso, estaría la separación neta de Bien y Mal, que se correspondería con los personajes desproporcionados de Quasimodo, Esmeralda y Frolloni... Por supuesto, Ullo no podía desperdiciar sus mejores ideas en el trabajo de alguien como Plaks. No es que le diese lástima hacerlo, sino que con ello hubiese corrido un riesgo innecesario. Al ver algo así (hoy lo calificaríamos de «marciano»), el señor Kōiv habría descubierto el pastel y, automáticamente, habría descalificado el trabajo. Por eso, a Plaks le escribiría un ensayo en el que sus ideas mejor traídas quedarían muy simplificadas, figurando como versiones muy primitivas... Pero, incluso bajo esta guisa, incluso en su esencia pura e instantánea, las ideas se abrían paso y fluían...

Ullo lo expresaba de este modo:

—Y, ¿sabes?, *kurat*.¹⁹ —Puntualizaré aquí que *kurat* era el culmen de su léxico malsonante. Y siempre la pronunciaba un pelín más bajo que el resto de las palabras que la acompañaban. De hecho, la diferencia de volumen era tan pequeña que no noté este hábito suyo hasta muchos años después. Porque, además, pronunciaba tan poco esa palabra que muy rara vez podía advertir el fenómeno.

—¿Sabes? ¡*Kurat*, me había metido en una situación extremadamente ridícula! El señor Kōiv me había comprado (no voy a decir que con sus panecillos, sino más bien con aquellas miguitas que los panecillos solían dejarle en torno a la boca, en la barba que acostumbraba a llevar siempre perfectamente afeitada), y además me había comprado con una llaneza que le era innata. Ya no podía tomarle el pelo y dársela con queso. Si hacía el cálculo, lo que hubiese ganado haciéndolo me saldría más o menos por la misma cantidad que Kōiv me pagaba por asistirlo en el trabajo de investigación. A eso se sumaban los quebraderos de cabeza que me había

echado yo solo a la espalda, pues tenía que decirles a los chicos que no cuando me pidieran que les escribiera los ensayos. En principio, no lo entendieron en absoluto. Luego, fueron comprendiéndolo paulatinamente, aunque me costó más de una broma pesada. Intenté, por decirlo de alguna manera, amortiguar el golpe del aterrizaje. Y lo hice escribiéndoles durante cierto tiempo alternativas a los ensayos: esquemas de contenido, desarrollos del tema, hipótesis de partida. Esos remedos se me antojaban menos deshonestos para con el señor Kõiv, al menos en la medida en que no eran trabajos enteros y los obligaban a que se ejercitasen en la redacción de textos. Sobre todo, porque ahora me negaba a aceptar dinero por escribirles esas anotaciones, por no hablar de darles consejo de viva voz...

«En cuanto a las mujeres... —aclaró Ullo cuando le pregunté—, empezaron a causarme problemas relativamente tarde. Recuerdo que séptimo y octavo fue un período en el que las chicas me fascinaban en igual medida en que las evitaba. Me parecía, por ejemplo, oír las soltar risitas ahogadas a mis espaldas en el trolebús de Nõmme a Tallin, e intentaba evitar sentarme a su lado. Si había alguna muchacha apetitosa a la vista, trataba de ponerme en la misma fila entre los bancos del tren, pero siempre me colocaba un poco apartado de ella. Luego, si era posible, pasaba por su lado. Al mismo tiempo, si por casualidad nos rozábamos, era como si su cuerpo me quemase.

»En fin, en tu época pasaría lo mismo... Si atendemos a sus preferencias (entiéndase, en cuanto a las chicas), los chicos de Wikman se concentraban en una facción, o mejor dicho, en dos: el Instituto Comercial y el Instituto Bürger. Yo me encontraba entre los de la primera. Porque mi compañero de clase Armin Borm tenía una hermana muy guapa, Lia, de la que me prendé al instante. Era una chica del Komme, el Instituto Comercial. Tenía una cabellera a lo Tiziano y unos ojos verdes que, en mi opinión, nublaban los sentidos. Así que cuando nos tocó votar si recibir clases de baile con las del Bürger o con las del Komme (a nosotros, el señor Wikman nos permitía aún la democracia, cosa que en tu época ya no sucedía porque se organizaban los cursos de baile solo con el Bürger), voté, por supuesto, por las chicas del Komme. Pero la mayor parte de mis colegas se decantó por las chicas del Bürger, de modo que el curso se hizo con ellas. Yo no asistí.

»Por lo tanto, me fui a hablar con Armin, que era uno de mis amigos de clase, y le pregunté si Lia podría venir conmigo a la fiesta del colegio. Armin se rascó la nuca y me contestó que sería mejor que hablara con su madre. Por aquello de las convenciones sociales. Si le causaba buena impresión a la madre, me permitiría salir con Lia. Me acuerdo de que ardía en deseos de pedirle a Armin que deslizase una palabrita en mi favor ante su madre, pero al final no le dije nada.

»Bueno, pasemos a la visita a la señora Borm. ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Ahora (estamos en 1986), mi propia testarudez de entonces me hace reír, pero, a los dieciséis años, uno no puede ser de otra manera.

»Resumiendo la historia familiar de los Borm, el padre era un personaje público, un ser odioso que había sido ministro y que había acabado en los tribunales. Por supuesto, lo absolvieron, pero quedó incapacitado para el ejercicio de su cargo. Para colmo, abandonó por entonces a su familia. En aquel tiempo, yo pensaba que ese toque de escándalo que la rodeaba era lo que, por su paralelismo con el caso de los Berends (un paralelismo muy relativo, pero en fin), hacía a Lia aún más atractiva a mis ojos. Digo que el paralelismo era relativo porque el señor Borm, el padre de Lia y de Armin, era un abogado famoso e iba a ver a su familia con frecuencia. Como es evidente (cosa que entonces no sabíamos), en el futuro, los dos, mi padre y el señor Borm, iban a tener destinos completamente diversos. Mi padre se quedó en el extranjero. El señor Borm en Estonia. Mi padre sobreviviría allá a todas las convulsiones, mientras que a Borm lo llamaron en el otoño de 1940 al NKVD.²⁰ Realista como era, se pegó un tiro en la cabeza aquella misma noche.

»Pero, en todo caso, sucedió como sigue. A la señora Borm yo la conocía de haberla visto antes, a saber dónde. Pero, para mí, hacía mucho tiempo que había pasado a ser únicamente la madre de Lia. Y, con ello, quedaron anuladas todas sus características como ser individual. La señora Borm, Lidia Ivanovna, era una mujer muy dinámica de ciento dos kilos. Rusa. Criada en Smolny. Toda una dama, dotada de mucha mano para tratar a un chiquillo como yo.

»Te puedes imaginar que me acicalé mucho para la ocasión. Fui a cortarme el pelo y embetuné mis zapatos hasta que quedaron brillantes. Y planeé la visita de tal modo que el señor Kõiv me pagó mis honorarios el día anterior. Con lo cual, pude llevar, además de las orejas rojas, un ramo de rosas haciendo juego.

»Los Borm también vivían en Nõmme, en la zona antigua del pueblo, no demasiado lejos de nuestra casa. La suya, que era de madera y tenía un anticuado porche, se alzaba en mitad de un jardín nevado. Habría sido en tiempos un edificio bastante noble, aunque por entonces ya estaba en plena decadencia, igual que el estatus social de los Borm. No obstante, tenían muchas más habitaciones de las que habrían hecho falta para tres personas y,

aunque mal caldeadas, en todas ellas había objetos caros. Por ejemplo, colgadas en las paredes había puestas de sol de Clever, parecidas a las que nosotros habíamos tenido en su momento.

»Lidia Ivanovna salió presurosa a nuestro encuentro, con una sonrisa de oreja a oreja y un moqueante bulldog de pelo rojizo a su lado:

»—Ajá. Sí, sí. Desde luego. Pero es Lia la que ha de decidirlo...

»Le tendí la mitad de las rosas a la madre y me quedé con la otra mitad esperando a la hija. La señora Borm fue a llamarla y yo me quedé plantado en medio de la sala, mirando mi propia imagen reflejada en los cristales de los armarios de la biblioteca. Lo que allí veía era un tipo flaco como un palo, con la nuez hinchada y la frente húmeda de sudor, tan excitado que habría querido dar saltitos sobre ambos pies, aunque por educación se esforzase por quedarse muy quieto. Al mismo tiempo, el bulldog reptó hasta colocarse a mi lado y se quedó mirándome, gruñón y receloso, y empezó a roerme el zapato izquierdo sin que yo tuviese ni idea de a qué quería jugar o de qué se había encaprichado. Así que procuré mover el zapato izquierdo a la derecha, y luego a la izquierda, pero no muy bruscamente, para deshacerme del perro que tenía aprisionado mi pie con su mandíbula, pero con ello lo único que me gané fue un ronroneo amenazador (o, solo dios lo sabe, quizá jugueteón) y cierta presión de dientes contra la suela del zapato. Entonces apareció Lia, tan ruborizada como yo y puede que incluso más cohibida: “Ssssí”, murmuró por encima de las rosas cuando se las tendí, pero tendría que pensárselo... Yo debía entender que ella no podía, así de repente, sin reflexionar...

»La madre regresó, le pidió a Lia que se retirase y me invitó a tomar asiento. Para charlar un ratito conmigo, según dijo. Gracias a dios, no esperaba que yo declarase mi afecto por su hija ni nada por el estilo. Muy competentemente, tomó las riendas de la conversación y me recomendó que, para empezar, tratase de conocer mejor a su hija. Que la llevase a pasear. Que la invitase al teatro. Que, después de todo eso, le diese la oportunidad de decidir si quería venir conmigo a la fiesta.

»Yo no podía, válgame dios, estar en contra de eso, por supuesto que no. Pero cuando, el domingo siguiente, me presenté en la casa de los Borm por la mañana, a las diez (después de haber esperado siete minutos en la esquina, mirando de reojo el reloj para no llegar demasiado temprano), me estaban esperando dos compañeras de paseo. Lia y una amiga suya muy desgarrada. Eso me puso los nervios de punta. Fuimos los tres arrastrando las botas por

las sendas, llenas de huellas de perros y de nieve multicolor, hasta el parque de Nõmme, e intenté mostrarle a Lia mi lado más ingenioso y cortés, al tiempo que con Vanda, o como fuera que se llamase..., bueno, no es que fuese tan descortés como habría podido serlo, pero le di a entender inequívocamente que estaba de más. Ella no se dio por enterada y, lo que es peor, Lia tampoco. Y no solo eso, antes de separarnos, anunció que el viernes por la noche iríamos los tres al teatro, a ver el *Demonio*, de Rubinstein. No me dieron la oportunidad de protestar, sino que se colaron muy deprisa por la puerta de la casa, dejándome allí plantado, en la nieve del umbral.

»A propósito —esta pregunta me la dirigió a mí Ullo—, después de todos estos años, ¿has llegado a comprender por qué las mujeres se comportan así? Yo he de reconocer que, aun hoy, lo ignoro. Solo puedo hacer cábalas, pero cualquiera de las explicaciones que se me ocurren, si lo pienso dos veces, resultan estúpidas. Si fuera un simple juego de chiquillas, significaría que el muchacho que hace esfuerzos de acercamiento no les interesa... Pero, entonces, ¿a santo de qué malgastar su tiempo y el de la amiga?! ¡Por no hablar del mío propio! Si, por el contrario, es que tienen miedo del chico y de sus maniobras de aproximación, y que están por eso intentando darle largas y quitárselo de encima, ¿qué necesidad tiene ella (la chica, digo) de asentir y meterse en una situación que la asusta?»

Llegados a este punto, yo intervine diciendo:

—Ullo, si es que siempre son las dos cosas, tanto juego como miedo, en proporciones que varían en cada caso concreto...

A lo cual me respondió, hace ahora nueve años:

—Mira, yo entiendo lo del juego mezclado con el miedo. Pero, en tal caso, uno de los dos tendría que prevalecer. Imaginemos que predomina el juego. Aunque con un matiz de miedo pasajero, que lo enriquece. Entonces, ¿no podría dar la impresión de que, en el fondo, es el miedo lo que determina el comportamiento? O, de lo contrario, si suponemos que domina el miedo con un matiz lúdico añadido, ¿no nos preguntaríamos, de ser así, si no es el juego el elemento principal? Pero Lia lo hacía en un plan necio, descolorido, *fifty-fifty*. En una palabra: aburrido.

»Sin embargo, Lia no era un caso perdido. O así me lo pareció a mí, porque ella me dio motivos para pensarlo. El viernes, cuando llegué después del almuerzo y le dije en privado que no tenía más que dos entradas (recuerdo que, con tal de librarme de Vanda, estaba casi dispuesto a confesarle que no

tenía dinero para comprar tres, lo cual tampoco habría estado demasiado lejos de la verdad), ella me anunció con una sonrisa de Gioconda que estaba dispuesta a ir sola conmigo. Y cuando llegué una hora y media después a recogerla a casa, me explicó con toda tranquilidad que Vanda se acababa de marchar. En cuanto a ella, se había puesto sus mejores galas y, a mi modo de ver, estaba deslumbrante.

»Si me preguntas quién cantó esa noche en *Demonio*, me veré obligado a confesar que no me acuerdo. Por cierto, tampoco recuerdo quién actuaba en *Salones y celdas*, de Raudsepp, que fuimos a ver aquella misma semana, la anterior a la fiesta del colegio. Ni quién lo hizo en *Tristán e Isolda*, a cuya representación acudimos la velada anterior a la fiesta. Y en todas esas ocasiones estuvimos los dos solos, sin ninguna amiga desgarbada que hiciese de carabina. Ella, arreglada con magnífico gusto todas las veces, aparecía irresistiblemente encantadora ante mis ojos. Más encantadora todavía después del primer receso de *Demonio*, cuando nos dejamos llevar por la marea de público desde nuestros asientos en la quinta fila hasta el pasillo de la zona delantera, pasado el foso de la orquesta. Allí, Raimund Kull me tendió la mano por encima de la balastrada (en sus propias palabras, “agitó la sudorosa zarpa”) y me gritó jovialmente: “¡Eh, Ullo! ¿Qué pasa, cómo va la vida? ¿Cómo está la señora Berends?”. Yo le estreché la mano y le presenté a Lia: “Te presento al director de orquesta, Raimund Kull... La señorita Lia Borm...”. Ante lo cual, el director exclamó: “¿La hija de Ferdinand Borm? ¿De verdad? ¡Caramba, caramba, pero qué preciosidad!”. Y besó la mano llena de alambres dorados de la chiquilla.

»Y, por fin, llegó la fiesta del colegio. Aunque no me voy a extender hablando de eso. Al fin y al cabo, la historia de Lia ya ocupó demasiado tiempo de mi vida. Pero la fiesta fue absolutamente *comme il faut*. Lia estaba, en mi opinión, muy por encima de todas las demás chicas, que no podían competir con la gracia natural y el resplandor que emanaba: la melena caoba brillante y llamativa, un vestido (por supuesto, largo) verde oliva... Y su figura..., hmmm... No solo Ambel, ¡hasta el viejo Wikman bailó con ella!

»Resumiendo, después de eso empecé a ir a menudo a casa de los Borm. Tal vez demasiado a menudo. Tal vez allí hablase demasiado, dándomelas de listo. En cualquier caso, un día me salió un rival: un estudiante de doctorado corpulento, rubicundo, con cara de campesino sanote. Y si yo iba a verla a casa, siempre daba la casualidad de que Lia había salido a esquiar con el

aspirante a doctor. Lo cierto es que, por entonces, yo no era suficientemente resuelto para levantarme y marcharme en aquellas ocasiones. No sé si porque se dio cuenta de lo que pasaba, o por propia iniciativa, el caso es que la señora Borm se ofreció a hacerme compañía en un par de aquellas largas esperas. Una vez hasta me invitó a exponerle mis opiniones sobre la literatura rusa, que, por otro lado, yo solo conocía superficialmente. La señora Borm me habló de lo que ella llamó mi afinidad espiritual con Pechorin... Y resultó que, al mismo tiempo que su madre me entretenía (y yo, no faltaba más, me devanaba los sesos para estar a la altura de la conversación), Lia y su estudiante estaban a siete metros de distancia, charlando. Este tipo de comportamiento por parte de Lia me irritaba, pero no me atrevía a darle un ultimátum: August, el estudiante de doctorado, o yo. En cierta manera, la madre de Lia fomentaba mi propia indecisión, porque al menos desde mi perspectiva y a su manera nada estridente, y siempre guardando las formas, intentaba mantenerme dentro de la órbita de la familia. Por ejemplo, había tomado por costumbre jugar conmigo a las cartas en la sala de estar, delante de la chimenea, cuando Lia y August se marchaban (normalmente, siempre al mismo juego, el quinientos, y yo ganaba casi todas las partidas).

»Por supuesto, también conseguía tener algún que otro encuentro a solas con Lia. Sobre todo, después de aceptar una serie de normas. Una de ellas establecía que yo solo tenía permiso para besarle los brazos, y además nunca por encima del codo.

»Yo, por mi parte, me esforzaba por desechar el pensamiento de que a August le permitiría más cosas. Hasta la primavera de 1934 estuve yendo a la casa de los Borm en un estado cercano al sonambulismo, y sintiendo además cierto alivio por el hecho de que el señor Kõiv me cargase de deberes con asiduidad creciente, al mismo tiempo que empezaban en Wikman los exámenes finales.

»Para los exámenes, acostumbrábamos a vestir un poco más endomingados que de costumbre, y recuerdo que esa mañana, antes del de Matemáticas, inspeccioné mi único traje, que era demasiado oscuro para aquel día soleado de finales de mayo y además tenía varias zonas desgastadas, sobre todo en las posaderas, aunque yo me esforzase mucho por disimularlo delante de mi madre, que ya no podía hacer nada por arreglarlo. Cuando intenté ponerme una camisa blanca, la única un poco más elegante que tenía, resultó que se me había quedado estrecha de hombros y corta de mangas, y que el cuello me

apretaba. Así que la volví a colgar en el armario y me puse un polo con el cuello abierto, sin corbata. Ya te acordarás de cómo los llevábamos, con el cuello asomando por encima de las solapas de la chaqueta. Conque así ataviado, con el cuello naranja del polo asomando por encima del cuello del *blazer* y el corazón algo encogido por mi aspecto proletario, a pesar de mi desprecio por el yugo de Mammón, me presenté en el examen de Matemáticas. En el ejercicio me pusieron unas fórmulas de combinatoria y saqué sin ninguna complicación un diez redondo, aunque no recuerdo exactamente las preguntas, y cuando acabé fui hasta la estación de la calle Hommik y desde allí a casa de los Borm. Era perfectamente consciente, por supuesto, de que el resultado de mi examen no iba a impresionar ni a alborozar a nadie. Pero, mira por dónde, fui yo el alborozado al llegar a la casa, porque en lugar de Armin o de la señora Borm, o de Lia, salió a abrirme la puerta una chica completamente desconocida. Mejor dicho, no completamente desconocida: ya la había visto en algún sitio, aunque solo fugazmente. Pero no sabía cómo se llamaba, ni había cruzado con ella una palabra.

»Ruta Borm. Era pariente cercana de la familia, la prima de Lia. Estudiante de Arte Dramático, según me parecía recordar. Hacía poco le habían dado un papelito en alguna función del Teatro de los Trabajadores y había llamado bastante la atención. Era, por así decirlo, una chica con la misma composición genética que Lia, aunque a la vez bastante diferente. Y, claro está, no tan guapa. Al menos, al principio no me lo pareció. En todo caso, desde el primer momento me resultó bastante atractiva. Se movía con una mezcla de languidez y plasticidad, y era pequeña (casi podría decirse que diminuta), pero en absoluto esmirriada, sino femenina, agraciada y bien proporcionada. Desgraciadamente, su pelo rubio ceniciento con las raíces tirando a rojizas le daba un aspecto algo desvaído. Sus ojos eran como el ámbar, claros y bellos, grandes y ovalados. Pero la boca... ¡Ah, qué boca, pequeña, bonita, de contornos almendrados! ¡Y si hablamos de cómo la usaba...! Por supuesto, me refiero al uso del lenguaje, y especialmente a la manera que tenía de segmentar las palabras por sílabas: a-som-bro-so. Era a la vez una muchacha muy discreta. Y nunca apremiante, si se me permite expresarlo así. Callada. Amigable. Precisa.

»Ese mismo día en que nos conocimos, después del almuerzo, mientras charlábamos tomando el té, Lia mencionó una obra que estaban

representando en ese momento en el Teatro Estonia, “la obra de un polaco llamado Pan Joll”. Con muchísimo cuidado de que no me oyeran, le corregí el error susurrándole al oído y por pura compasión: “Lia, la obra a la que te refieres es *Los mercaderes de gloria* y su autor es un francés que se llama Pagnol, Marcel Pagnol”. A lo cual Lia repuso: “Ah, quizá tengas razón” y pasó a otro tema. Pero Ruta dijo en voz baja, aunque audible, de manera que se me quedó grabado para siempre en la memoria:

»—Ullo, a Lia no se le pueden pedir excesos de conocimiento. Porque, de hecho, ya se excede, solo que se centra en otras cosas, como por ejemplo, el perfume.

»En ese instante, yo pensé: “Pero ¿qué es esto? ¿Será pura casualidad? ¿O es que esta puñetera se está permitiendo el lujo, consciente además, de hacer bromitas rayanas en la frivolidad? Si es así, corro el peligro de enamorarme de ella. Y, en cuanto al perfume, su etéreo aroma de violetas es, evidentemente, más moderado que el *Soir de Paris* que siempre se pone Lia”.

»Al final me di cuenta de que Ruta se había convertido en una presencia habitual en el domicilio de los Borm. En nuestro siguiente encuentro, durante una tarde lluviosa de junio, se levantó de la mesa (Lia, August y Armin se quedaron en sus asientos) y dijo que quería irse a casa inmediatamente. Añadió:

»—Armin, búscame un paraguas de hombre por la casa. Lia, ¿nos disculparás si Ullo me acompaña a casa?

»Lia, que estaba sentada al lado de Armin en el sofá de dos plazas, dijo (y, ¡ay!, puede que no emplease el tono más diplomático del mundo):

»—¡Dios bendito, es un hombre libre, puede acompañarte a tu casa o a la parte de atrás de tu casa si os da la gana!

»Aún se demoraron un poco buscando el paraguas de hombre, porque Armin no utilizaba esos chismes de abuelo, ¡dios lo librase! Al final encontraron uno viejo de papá Borm, el exministro, y pertrechado con él acompañé a Ruta, caminando bajo el aguacero que estaba cayendo en aquella noche de verano. Mamá Borm le había dado una chaquetita para echarse por los hombros y no resfriarse, y yo estuve atento para que no se le escurriese. Así descubrí dónde vivía. En casa de sus padres, a un kilómetro de los Borm, de camino hacia Männiku. Pero no traté de besarla cuando llegamos a su puerta, ni le supliqué que me dejase entrar. Porque ya lo intuía, ya lo sabía: va a pasar, va a pasar, va a pasar. Es solo cuestión de tiempo.

»Medio año después, a principios del invierno del 35, cuando todo había pasado ya, Ruta me preguntó:

»—¿Recuerdas la noche en que me acompañaste a casa con el paraguas del señor Borm?

»—¡Cómo no! Pero, di, ¿qué pasa?

»—Esa noche, mientras Lia y yo buscábamos el paraguas en casa de los Borm, le dije a Lia: “Si sigues portándote así con este chico, te lo voy a birlar”.

Ruta es, o era, una de las chicas de Ullo sobre las cuales puedo hablar basándome no exclusivamente en lo que me contó él, sino también en mi propia experiencia.

En la primavera de 1935 Ullo todavía vivía con su madre en Nõmme, en los huertos de la calle de la Estación. Yo vivía con mis padres en una residencia para empleados administrativos de la fábrica de Vöölni en el barrio portuario de Kalamaja, en Tallin. Ullo ya llevaba años trabajando en la redacción de la *Enciclopedia Deportiva* y yo había terminado pocas semanas antes el octavo curso de Wikman. Yo tampoco me había marchado de casa de mis padres, más bien de la de mi madre, porque mi padre solamente venía a nuestra casa cuando se podía tomar algún descanso en su trabajo e, incluso en esas ocasiones, la mayoría de las veces prefería disfrutar de ese descanso en el piso de verano que teníamos fuera de la ciudad. No contábamos ya con nuestra casa de Nõmme, en la calle Purde, donde pasé los diez o doce veranos de mi infancia que me han dejado una huella más profunda. Porque esa casa de Purde la habíamos vendido.

Me acuerdo de que mi madre le reprochó a mi padre varias veces que fuese optimista sin motivos. Y puede que mi madre tuviese ahí una pizca de razón. Porque también recuerdo cómo discurría mi padre, ideas del tipo: imaginemos que estoy en el frente (cosa que nunca le había sucedido; si lo hubiesen mandado al frente, las cosas habrían sido bien distintas a cómo se las imaginaba cuando decía estas palabras)... Pero, en fin, imaginemos que estoy en el frente y me disparan. ¿Por qué, si una bala tiene tanto espacio para errar el blanco y pasar sin rozarme siquiera, tiene necesariamente que alcanzarme?

Así que, a su manera, era un optimista en cuestiones del destino. Sin embargo, en lo referente a asuntos que afectasen a la seguridad económica de su mujer y de su hijo, habría que clasificarlo como un realista de la línea más dura. No creo que sus sospechas en este sentido fuesen exageradas, pues, en

mi opinión, nunca exageraba el lado negativo de las cosas. Pese a lo cual, se le solía escuchar decir: «La fábrica Vöölni es un negocio privado y no tengo ninguna garantía de que sus dueños, ni sus herederos, vayan a preocuparse por mis problemas en caso de necesidad. Esos habré de arreglarlos yo. Dentro de mis posibilidades».

A principios de los años treinta, mi padre empezó a construir un gran bloque de pisos de alquiler en Tallin que en el futuro le aportaría ingresos que le permitirían «dejar resuelto su futuro». Aunque, dada nuestra situación económica (es decir, teniendo en cuenta que contábamos principalmente con los ahorros del salario de mi padre), esta empresa comportaba un esfuerzo considerable. Para liberar el capital necesario, mi padre vendió nuestra casa de la calle Purde y nos convertimos en veraneantes vagabundos. Pasábamos cada verano en un sitio, pero siempre que fuese posible en los alrededores de Tallin, para que mi padre pudiese ir a relajarse a casa después de la jornada laboral.

En el verano de 1935 alquilamos un apartamento en Rannamõisa. Este era un emplazamiento que, para mis padres, estaba ligado a ciertos recuerdos de veraneos pasados, en los primeros años de la Primera Guerra Mundial, aunque la casa donde nos alojamos ese año fuese nueva también para ellos.

Era una casa baja de madera, pintada de verde, con cuatro habitaciones, un porche y una cocina. Se alzaba en medio de una parcela cubierta de matorrales y de bosque y delimitada por un muro de piedra caliza. La casa estaba situada a unas cuantas decenas de metros del camino de Tabasalu, a su izquierda, y a unos doscientos metros de las escaleras de piedra caliza por las que se bajaba a la playa.

Pero no vale la pena que pierdan el tiempo buscando por allí una casa que responda a esta descripción. La derruyeron hace ya varias décadas, en la época soviética, cuando en esos terrenos empezaron las obras del *sovjós* de Ranna.

Allí, vivíamos en una comunidad de cuatro miembros: mi padre, que como mínimo se presentaba el fin de semana, a bordo, bien del autobús, bien de nuestro viejo Ford verde; mi madre, que durante la semana se dedicaba a hojear novelas mientras daba caladas a algún cigarro para ahuyentar a los mosquitos (ella no fumaba jamás), proclamando por ejemplo la indudable superioridad de *Los celos*, de Semper sobre *Chéri*, de Colette, aunque colocando el *Wilhelm Meister*, de Goethe, desde luego, por encima de todos

ellos, y yo mismo. He de decir en este punto que no recuerdo a qué me dediqué durante todo aquel primer verano en Rannamõisa. Sí recuerdo que durante el segundo verano que pasamos en aquella misma casa, en el año 1937, escribí mi primera y última sátira política. Estaba dirigida al entonces primer ministro Eenpalu, a cuyo departamento Ullo había sido ya asignado como funcionario, probablemente, en aquel año 1937, y, evidentemente, no se publicó entonces, ni tampoco más tarde. En fin, como iba diciendo... En la casa también vivía una chica, de nombre Ella, a la que yo veía entonces como una mujer madura (había superado el cuarto de siglo), cuyo pretendiente, un fabricante de salchichas, aprovechaba los fines de semana para proponerle salidas galantes. Mi madre desaprobaba totalmente este cortejo, al tiempo que

trataba de ocultárselo a mi padre, sin que yo acertase a saber el motivo. Puede que pensase que mi padre podía prohibirlo demasiado categóricamente o, por el contrario (y esto me resulta más verosímil), que maliciase que, de descubrirlo, no lo reprobaba lo suficiente.

Pues bien, en 1935, en la mañana del segundo domingo de nuestro veraneo en Rannamõisa, me desperté muy temprano. Estaba mirando las manchas azules y blancas del cielo soleado a través del verde de los tilos y del negro de los abetos, cuando, de pronto, en el reloj que había encima de mi mesita vi que habían dado las siete menos cuarto, y me extrañó haberme despertado tan pronto. Desde la cocina no llegaba ningún ruido, ni siquiera el rumor del hornillo Primus en el que Ella hacía el café.

Fue entonces cuando me percaté de que había algo en el alféizar, detrás de la cortina translúcida. Lo que primero había tomado por un jarrón de cerámica de aspecto familiar adquirió inesperadamente un perfil distinto, y luego... ¡resultó no ser eso en absoluto! Era Ullo, con una sonrisa burlona dibujada en la cara. Había metido su prominente barbilla por la ventana abierta de mi dormitorio y se había puesto a esperar en el alféizar, mirándome con un ligero bizqueo. Le pregunté en un susurro:

—¡Ullo! ¿Qué haces aquí plantado? ¡Ni siquiera ha amanecido!

Él se sonrió y respondió en un tono muy normal, que sin embargo resonó con un volumen inusitado por toda la estancia. De hecho, solía hablar en voz bastante queda:

—Estaba haciendo una prueba para ver si era capaz de despertarte solo con la mirada. Y, fíjate, lo he logrado. Y, además, facilísimamente.

Yo le dije, hablando aún casi en susurros:

—Habla más bajo. Todos duermen. Y, venga, entra en la habitación. Por aquí, por la ventana.

—No. Ahora no. Además, no estoy solo. Asoma la nariz y verás.

Una parte de mi cama estaba justo bajo la ventana. Me apoyé sobre los codos y me acerqué al alféizar, que quedaba muy bajo. Cuando estuve a apenas un metro de la cara de Ullo y doblé la cintura para asomarme al otro lado, me topé con la cabeza de alguien que estaba debajo del repecho y que acababa de alzarse para mirar a su vez. Maldita sea, pensé, era la cabeza de una chica completamente desconocida. Ullo nos puso las zarpas en la nuca a mí y a la chica, y nos dio un empujón para que nuestras frentes se golpearan.

—¡Pumba! Nada, ya estáis presentados. Este es Jaak, de quien ya te he hablado. Y esta es Ruta, de quien creo que no te he hablado aún.

Los cabellos rubios con reflejos rojizos de la chica, junto con sus grandes ojos ambarinos y su sonrisa llena de dientes muy blancos, se fueron alejando de mí, a la vez que su olor a violetas, y Ullo dijo:

—Por favor, Jaak, guárdanos en la habitación el petate de excursionistas. Como buenos pequeñoburgueses, llevamos petate. Hemos venido a pasar el día en la playa. Por cierto, Ruta y yo tenemos tres coronas entre los dos. Quedaríamos muy agradecidos a esta casa si fueses tan amable de ofrecernos un café mañanero después del baño. ¿A qué hora se sirve aquí el café?

—Los domingos, a las nueve —repuse.

—*Okey!* —exclamó Ullo mientras yo tenía los ojos clavados en Ruta, que lucía un formidable bronceado y estaba sentada junto a la ventana, sobre el matorral de violetas. Miré, pero luego aparté la vista de su ropa, o mejor dicho de su falta de ropa (no llevaba más que un brevísimo bañador de color lila).

Ullo me miró y me dijo:

—Una cosa más... —Y volviéndose a Ruta—: Espera un poco. Le voy a dar la poesía.

—Dásela, dásela. Que yo te espero. Mientras, voy a *revioletear* un poco —dijo ella.

Yo pensé: «¡Menudo demonio de chavala!: ¡*Revioletear*, dice!».

Al mismo tiempo, Ullo se arremangó los pantalones cortos y mostró, además de su pantorrilla discretamente peluda, un artefacto que tenía adherido a ella y que yo miré muy de cerca. Era un tubo de cuero de unos

quince centímetros de largo y cuatro o cinco de diámetro. Parecía estar cerrado por el fondo y en la parte superior tenía una tapadera con un botón a presión. Era obvio que era un invento suyo. Tenía dos anillos, uno de cuero en la parte inferior y lo que podía ser un ligero de goma en la parte superior, que sujetaban el tubo a la pantorrilla. Ullo le quitó la tapa al tubo y sacó del mismo una hojita de papel primorosamente enrollada.

—Quédate leyéndolo mientras nosotros vamos a la playa. Después me cuentas.

Le eché un vistazo a la hoja. Estaba mecanografiada con pulcritud («Ajá, ¿qué me cuentas? Ya veo que tienes una máquina de escribir en la redacción...») y tenía aspecto de pagoda invertida. La escondí debajo de mi papel de escritorio verde y asentí con la cabeza, en un gesto de complicidad. Sentí que semejantes demostraciones de

confianza engendraban en mí un sentimiento fraternal. ¡Se trataba de un hombre que había acabado los estudios medios e iba a empezar la universidad, y de un verdadero poeta, aunque también era cierto que no había publicado ni una sola línea! ¡Y esperaba mis comentarios sobre sus versos! Yo pensé: «Es un signo evidente de que te considera su amigo».

Avisé a mis padres de que vendría a tomar café mi amigo Ullo, de visita. Mi padre bostezó y dijo:

—Ah, es el chico de los Berends...

—Sí, sí, y viene una chica con él: Ruta Borm, la sobrina de Ferdinand, que conoce a Ullo —repliqué.

—Ese Ferdinand Borm siempre fue un timador —dijo mi madre sin que nadie le hubiese pedido su opinión, con lo cual me vi obligado a replicar, quejoso:

—Pero su hermano no tiene por qué ser como él. Ni mucho menos su sobrina.

Así que finalmente vinieron. Y el presentimiento que más me desasosegaba acabó cumpliéndose al cien, o al ciento cincuenta por ciento: Ullo llevaba pantalones cortos y sandalias, y una camisa más bien sobria, pero en conjunto iba *okay*. Sin embargo, Ruta, tal y como yo me temía, no llevaba ni un centímetro más de tela encima que antes, cuando la había visto al otro lado de la ventana, antes de que se fueran a la playa. Además, llevaba el pelo mojado y lacio. Puede que aún le corriesen gotas de agua por la cara y por el cuerpo. El bañador lila, claro..., digamos que, según la moda de la época, era

bastante más recatado que los de ahora, que dejan al aire la piel desnuda desde la cadera hasta más o menos las axilas, pero, para aquellos tiempos, era pero que muy atrevido. Estaba mojado solo a trozos, se había mantenido seco en su mayor parte. Por si fuera poco, Ruta iba descalza y llevaba las uñas pintadas de rosa chillón.

Mi padre frunció los labios y levantó las cejas por encima de las gafas (aunque con moderación) y esperó a que Ullo hiciera las presentaciones pertinentes. Pero este no dijo más que: «La señorita Ruta Borm».

Mi padre exclamó:

—¡Ah, ya! Vamos, tome asiento.

Mi madre se había quedado como petrificada y únicamente acertó a pronunciar, cuando Ullo y Ruta se hubieron sentado a la mesa:

—¿La joven dama no tendrá frío... así vestida? ¿Tal vez le pueda prestar algo para echarse sobre los hombros?

—¡Uy, no! —dijo Ruta, muy briosa—. Acabo de estar en la playa y con este calor...

Mi madre preguntó:

—Ah, ¿que acabáis de estar en la playa? ¿Y cómo es que se te ha secado el bañador tan rápido?

—Oh, no, señora, apenas se llegó a mojar —respondió Ruta con naturalidad—, porque nos bañamos desnudos... Bueno, es que en la playa no había ni un alma.

—¿Y a qué se dedica la señorita en..., digamos, su vida personal? —se apresuró a preguntar mi padre, quizá para adelantarse a la reacción que preveía por parte de mi madre.

Ruta respondió:

—Al teatro.

—¡Aaah! Si es al teatro, entonces ya está —sentenció mi padre, y ojalá hubiese acabado la frase antes de que los demás se pusiesen a analizarla. Yo la entendí muy bien. No quería decir más que esto: «Si es al teatro, me explico que te puedas permitir lo de bañarte desnuda, querida niña... ¡Ay!, si es al teatro, ya está claro...».

—¿Y usted? —preguntó mi padre dirigiéndose a Ullo—. Me dijo Jaak que usted trabajaba en la redacción de la *Enciclopedia Deportiva*, ¿no es cierto?

—Sí. Desde hace medio año.

Mi padre examinó algo escéptico el cuerpo de Ullo, nervudo pero

larguirucho. No sé hasta qué punto llegaba su escepticismo, pero en fin. Porque él mismo (mi padre), había hecho más deporte que la mayor parte de sus contemporáneos (es decir, la generación de los campeones de lucha grecorromana Lurich y Aberg, entre otros). Y había mantenido hasta aquel entonces el porte del hombre atlético que fue. A continuación, mientras yo lamentaba que no se le ocurriese preguntar, por ejemplo, «¿Pero dígame, joven Berends, qué poemas ha escrito usted últimamente?», preguntó:

—¿Y qué disciplinas deportivas practica usted?

Ullo estuvo a punto de soltar una carcajada al responder:

—No soy un deportista demasiado activo. En realidad, solo me intereso por el deporte... un poco.

Mientras sorbía su café, que mi madre le había servido con un mohín compasivo, Ruta se puso a dar explicaciones:

—En la redacción tienen un archivo...

—No, bueno, allí claro que hay un archivo... —rezongó Ullo.

—Lo hay, lo hay —siguió explicando Ruta—, pero no está en absoluto al día. Por eso, a los señores Laudsepp y Karu y a todos los demás les resulta más sencillo preguntarte a ti, en lugar de ponerse a rebuscar ahí dentro. —Se volvió hacia mi padre en este punto—. Y él les da todos los datos sobre Kolmpere, o sobre Uuk o Erikson: dónde nacieron, en qué años y cuánto lanzaron o levantaron o tiraron...

—¿Es que tiene todo eso en la cabeza? —preguntó mi padre, ligeramente incrédulo.

—¡Sí, señor! ¡Y, además, con una precisión milimétrica!

Así, Ruta empujaba a Ullo al borde de una superficie poco firme, pero que, por fortuna, a él le podía resultar particularmente propicia. Porque mi padre compartía con Ullo algo de esa materia que ambos tenían entre las orejas, aunque quizá la suya no se pudiese contar por kilos, como en el caso de Ullo, sino por gramos. No es que mi padre se tuviese por un fichero deportivo viviente, en absoluto. Pero podía acordarse, por ejemplo, de cuáles fueron los resultados que convirtieron a Gustav Sule en una promesa del lanzamiento de jabalina, y dónde los obtuvo, o bien por qué resultado se empezó a hablar de Villberg en el campeonato del mundo de tiro olímpico en Lucerna (aunque eso debió de ser varios meses después de este desayuno). Por otro lado, también tenía esa propensión del maestro de escuela, que siempre ha de comprobar los conocimientos de alguien antes de darle el aprobado. Yo ya

me había dado cuenta hacía tiempo de que mi padre era así. Ahora, quiso poner al pobre Ullo contra las cuerdas:

—Escúcheme, señor Berends... Ya que hemos tenido la fortuna de dar con una verdadera enciclopedia deportiva, y que la tenemos aquí mismo sentada a nuestra mesa, ¿qué mejor que echar mano de usted para refrescar en la memoria unos datos de nada, que no sé si recuerdo con total nitidez? Dígame, ¿con cuántos puntos obtuvo Kolmpere su segundo récord mundial de decatón? Yo recuerdo en torno a 8100..., con algún decimal... ¿Con cuánto?

—Cuarenta y siete.

—¡Muy bien! —dijo mi padre, admirado—. A ver si se acuerda de los detalles: ¿en qué disciplinas ganó, con cuántos puntos y en qué puestos quedó?

—Escuche —contestó Ullo— eso es algo imposible de olvidar: ¡el único récord de un estonio en un mundial en atletismo, hasta el día de hoy! Pero ¿quiere los puntos del año 1912 o según la tabla de 1934?

—Mejor los puntos de 1912. Si me lo permite, además me los voy a apuntar.

Mi padre cogió papel y lápiz (hasta cierto punto, me dejó perplejo que se lo tomara tan en serio) y se puso a escribir lo que Ullo decía:

—Vamos a empezar con las carreras. Los cien metros: 12,3 en el año 23, cuando el récord mundial fue 10,4; consiguió 797 puntos en decatón. Cuatrocientos metros. El tiempo de Kolmpere fue 55,0. El récord mundial fue 47,4. Por sus 55,0, Kolmpere obtuvo 751 puntos.

No voy a empezar aquí a recitar el rosario de marcas deportivas de Kolmpere con pelos y señales, tal y como se lo recitó aquella mañana Ullo a mi padre. Porque, además, para eso tendría que empezar a buscar periódicos viejos y sacar de ahí las cifras. Y es que yo no las recuerdo con exactitud; ni las de hace tiempo ni las más recientes, ni desde luego las que oí mencionar en aquella extraña mañana.

Recuerdo que mi padre también le preguntó:

—Escuche, por lo visto usted también es aficionado al ajedrez. Me lo ha dicho Jaak. ¿Qué puesto predice que conseguirán los estonios en Varsovia? (La sexta olimpiada de ajedrez se iba a celebrar en Varsovia la semana siguiente.)

—El décimo o el undécimo —repuso Ullo sin permitirse ni un segundo de vacilación—. En el recuento de equipos, Keres podría quedar entre los cinco

primeros de la tabla.

—¿Usted cree? —preguntó mi padre—. Todavía es jovencísimo.

—Casi un año entero mayor que yo —afirmó Ullo, en un tono que insinuaba que ese año casi entero era garantía más que suficiente para el quinto puesto, ¡el quinto puesto en el campeonato del mundo!

Nos levantamos de la mesa. Ullo y Ruta se disculparon cortésmente por haber invadido nuestra casa sin previo aviso y dieron las gracias por el café y el desayuno. Mi madre dijo con frialdad que también podían venir a almorzar con nosotros, pero ellos declinaron la invitación educadamente. Ullo cogió su petate y dijo:

—Si no tienes nada mejor que hacer, ven con nosotros. Vamos a caminar un rato y nos puedes enseñar lo que valga la pena ver por aquí. Si es que hay algo.

Los conduje durante una o dos horas por un pinar, en una zona llena de viejas casas de veraneo. Estuvimos paseando, primero subiendo por los acantilados y luego descendiendo hasta la playa. Al llegar a unas cuantas oquedades umbrías que había en la roca y que seguían intactas entonces, casi al nivel del mar, nos pusimos a dar voces. Así estuvimos hasta que ellos me dijeron que querían ir a nadar y los perdí de vista. Me quedé tumbado en el césped, entre los peñascos de piedra caliza, con la cabeza apoyada en su petate. Pensé que estaban tardando una barbaridad. Cuando regresaron, tenían el rostro y el pelo mojado y el bañador de Ruta estaba mojado también. Pero me parecía que algo había cambiado en ellos. Sus movimientos eran a la vez más pesados y más fluidos que antes, así que de pronto me sorprendí a mí mismo cayendo en la cuenta (bueno, mejor dicho, suponiendo lo que era realmente una certeza) de que, en el ínterin, en algún lugar entre la maleza, habían hecho *eso*... Esa cosa que yo entonces no podía nombrar con ninguna palabra que fuese a la vez clara y no obscena, sino que solo podía referirme a ella con vulgaridades, circunloquios o vocablos científicos. Durante todo el tiempo que los acompañé hasta el extremo del camino de Vääna, desde donde tendrían que caminar cuatro kilómetros más hasta la estación donde cogerían el tren de vía estrecha de las tres para volver a Nõmme, los dos caminaron lentamente; Ullo con pasos largos y Ruta con pasos más cortos pero acomodándose uno al otro y acompasando el ritmo, pasándose los brazos sobre los hombros y alrededor de la cintura y con las manos entrelazadas. Y yo caminaba a su lado, pensando que habían hecho *eso*, mientras contenía la

respiración...

Nos quedamos parados en un recodo del camino y se me ocurrió que no había leído ni un verso de la poesía de Ullo. Y él no había vuelto a mencionar el tema una segunda vez, sin que yo supiese atribuirlo a su delicadeza o a su orgullo. Yo dije:

—Escuchad, no he leído los versos de Ullo. Mientras estamos aquí sentados en las piedras del jardín le podría dar tiempo a recitar algo. Pero, ahora mismo, yo no sería capaz de comentar nada, porque no me concentraría bien. Con los zarapitos piando tan fuerte y el rumor de las hojas, las sombras, el sol... Así que me voy a ir a casa a leerlos. Y te escribiré.

Ullo asintió. Ruta me tendió la mano. Solo llevaba encima el bañador lila. Ahora, eso sí, no iba descalza, sino que llevaba unas sandalias con correas a través de las cuales se entreveía la pintura rosa chillón de las uñas de sus pies.

De los comentarios referentes a esta visita, recuerdo solo algunas frases. Mi madre dijo:

—A ese Ullo hay que reconocerle una cosa, al menos: ha aprendido el arte de despedirse a tiempo. ¡Pero su novieta es escandalosa!

—¡Bah! Puede que no sea tan escandalosa como tú te crees —apuntó mi padre—. Ten en cuenta que en este país el nudismo está aceptado oficialmente.

—En sus ambientes, se pueden desnudar tanto como quieran —dijo mi madre—, mientras yo no los vea. Pero esa señorita se ha presentado prácticamente desnuda a desayunar en mi casa, sabiendo perfectamente que yo soy de otra generación y que seguramente tengo otras ideas. Sencillamente, ha escupido sobre todo lo que pienso. ¡Y eso ha sido escandaloso, vaya que sí!

—Mamá, Maurois dice en sus ensayos que Shelley y su mujer, y creo que también Byron, solían ir desnudos en su círculo de amigos...

—Yo no soy Shelley ni Byron. Y tú mismo lo has dicho: en su círculo de amigos. Aquí, esa señorita estaba en un territorio absolutamente extraño.

—¡Pero Shelley y Byron lo hicieron hace ciento veinte años! En esa época, la gente normal también habría podido... —exclamé.

Mi madre me interrumpió:

—Querido hijo... —Y, por cierto, cuando se dirigía así a mí, era porque estaba sacándola de quicio—. Querido hijo, si Shelley y Byron fueron grandes poetas, créeme que no fue gracias a que se paseasen con el trasero al

aire por la playa, o por donde fuese, sino a pesar de ello. Y vosotros, los que intentáis escribir poesía o teatro, como esa señorita, deberíais tenerlo en cuenta.

Cuando mi padre volvió a Rannamõisa el siguiente fin de semana, hizo un comentario más:

—Por cierto que ese Ullo, el que vino con la chica que a mamá le pareció escandalosa..., aunque todo eso es muy relativo... Ese Ullo podría ciertamente ser el archivo de una enciclopedia deportiva. Me dio varias cifras. Yo apunté cuarenta y tres. Luego, las verifiqué una por una. Tengo un conocido que trabaja en la oficina de la Asociación Deportiva Kalev. ¡Dios, acertó las cuarenta y tres!

—¿Quieres decir con eso que debería disculpar el comportamiento de esa chiquilla porque su novio es muy listo? —preguntó mi madre.

—¡Ay! Mira, intenta reconsiderarlo. Puede que lo consigas... —dijo mi padre, riéndose medio a escondidas por detrás de su ralo bigote rojizo.

A lo que ella replicó, casi conciliadora aunque siempre con ironía:

—Bueno. Como tú quieras. Lo reconsideraré.

No recuerdo haberle llegado a hacer a Ullo ningún comentario acerca de los poemas que me llevó a Rannamõisa. De hecho, creo que jamás escribí nada al respecto. Ciertamente es que había prometido hacerlo. Y que en aquella época podía haberlo hecho (pensándolo bien, debería haberlo hecho), puesto que todavía faltaban cinco años para que sucedieran los acontecimientos que llevaron a bastantes personas de nuestra generación a renegar de las cartas. Yo diría incluso que a la inmensa mayoría de la gente de varias generaciones. El motivo era obvio: quien escribía una carta tenía que ser consciente en todo momento de que la persona a quien se dirigía no iba a ser la primera en leerla, o al menos no la primera que contase con esa posibilidad.

En mi caso personal, a pesar de ser un chico del barrio más marinero de la ciudad y de sus zonas portuarias, le volví la espalda al mar (medio ahogándome y puede que derramando una o dos lágrimas al mirar hacia atrás) cuando cerraron el paso al agua a través de alambres de espino y centinelas que no entendían nuestra lengua. Y, de la misma manera, renuncié a escribir cartas personales cuando se instauró la censura. No al cien por cien, ciertamente, pero sí al noventa por ciento.

Por otra parte, los poemas de Ullo y mi promesa de enviarle una carta comentándolos se remonta a cinco años antes de que todo esto comenzase a suceder. Era una época en la que se escribían cartas a tutiplén. Incluso yo, que nunca he cuidado demasiado el arte epistolar, me hice miembro de un World Correspondence Club organizado por chicos de un colegio de Nueva York. Cinco años después destruiría mi tarjeta de socio. Había guardado el carné todos esos años, pero, al cambiar las circunstancias, desapareció mi deseo de conservarlo. Es más, en vista de la mentalidad paranoica de los nuevos dirigentes, conservarlo se había convertido en un auténtico peligro. Con lo cual, una tarde, después de que me hablasen de los arrestos y registros de casas que se habían vuelto habituales, hice pedacitos

mi tarjeta de socio del WCC (era de color verde claro, de cartón satinado) y la tiré por el váter.

Pero, antes de referirme a «La canción del minarete» (así bauticé, creo recordar, el poema de Ullo), debo hablar un poco de su poesía en general, pues ya hacía tiempo que esta era para él su principal canal de autorrealización y también de frustración.

Carezco por completo de una imagen sistemática de sus simpatías en el ámbito de la poesía universal. Y tampoco tengo una visión panorámica de cómo se desarrollaron históricamente estas simpatías, si se me permite decirlo así. Porque aunque recuerde ciertos nombres y obras que mencionó en nuestras charlas, se me ha olvidado el orden en el que fueron mencionados. Pero, en general, pertenecen más o menos todos al período 1935-1940, si mal no recuerdo.

Me acuerdo de que, de entre los alemanes, nombró a Rilke, y me trajo al principio su *Stundenbuch* para que lo leyese y después también otros libros, y algunos fragmentos se me quedaron grabados en la memoria. Por ejemplo, este:

*Sein Blick ist vom Vorübergehn der Stäbe
so müd geworden, dass er nichts mehr hält.
Ihm ist, als ob es tausend Stäbe gäbe
und hinter tausend Stäben keine Welt.*²¹

Sin embargo, a la vez que exaltaba a Rilke, reconocía disfrutar mucho con Morgenstern. Entre los franceses, hablaba del trío Baudelaire-Rimbaud-Verlaine, siendo el tercero el que más lo atraía, acaso también por su chocante precocidad. Recuerdo que, una vez, me dijo: «Es descorazonador pensar que, si yo tuviese que vivir según su hoja de ruta, ya tendría que haber escrito toda mi poesía y ahora solo me quedaría convertirme en mercader de colmillos de elefante o en vagabundo, o a saber en qué otra cosa... Ponerme, por ejemplo, a hacer cestos de mimbre por ahí».

De entre los poetas anglófonos hay que mencionar a Poe. Uno de mis corresponsales del WCC me envió alrededor de 1935-36, el primer tomo de las obras escogidas de Poe. Por cierto, recuerdo haber intentado enviarle a cambio alguna traducción al inglés de obras en estonio, pero me topé con que no había ninguna. Al final, lo más parecido que encontré fue una selección de

cuentos de la finlandesa Aino Kallas, titulada *The White Ship. Estonian Tales*,²² acompañada por un prefacio de Galsworthy, y se lo envié. Pero volvamos a Poe y a Ullo. En ese primer tomo de Poe que mencionaba antes se incluían varios poemas, como por supuesto «El cuervo», y también el ensayo «La filosofía de la composición». Leí los dos antes de pasárselos a Ullo.

En cuanto a «El cuervo», coincidimos en que tanto la traducción de Aavik como la de Oras eran rematadamente malas y no reproducían la fluida elegancia del original. La de Aavik, todavía peor que la de Oras. En general, Ullo era una pizca mayor que yo y también una pizca menos maximalista. No obstante, en estas cuestiones y en otras que tenían que ver con la poesía, él era más maximalista que yo. Recuerdo una vez que, en mi habitación de adolescente, en el piso familiar que estaba en la residencia para empleados de Vöölmann, hablando del original de «El cuervo», le embargó una extraña excitación que le hizo levantarse de un salto y empezar a dar paseos arriba y abajo por todo el cuarto, gesticulando mientras me explicaba que el poema era como una torre de quince pisos (tantos como estrofas de seis versos), quince pabellones labrados en madera de ébano. Y «La filosofía de la composición» no podía considerarse, según él, un ensayo sobre la psicología de la creación artística, sino una pura y simple novela policíaca, interpretable con ciertas claves lógicas.

—¿Has leído *El asesinato de la rue Morgue*?

Entonces, yo aún no lo había leído.

—Pues, mira, lo que pasa es que hay un asesinato en el cuarto piso de un edificio. La puerta de la habitación donde se perpetra el crimen estaba cerrada, pero la ventana estaba abierta. No se descubre ninguna huella, ni en los muros del edificio ni en el suelo justo debajo de la ventana. Pese a todo, hay un detective francés muy sagaz que da con la única solución lógica y con pruebas adicionales que la demuestran: el asesino consiguió salir de la habitación gracias a un mástil de bandera que había afuera, a tres o cuatro metros de la ventana que estaba abierta. De ahí deduce que dicho asesino, capaz de dar un salto desde el alféizar hasta el mástil a una altura de cuatro pisos, no podía ser un humano. Tenía que ser un simio.

Según Ullo, los poemas de Poe y su cuento estaban estructurados siguiendo el mismo patrón. Eran, pues, dos versiones de lo mismo, con la única diferencia de que el cuento policial tiene que acabar con la resolución del

caso, mientras que, en el poema, la solución se revela desde el principio. En el cuento, un orangután protagoniza algo imposible desde el punto de vista humano, mientras que en el poema el protagonista es un cuervo. Uno se ha relacionado con los seres humanos lo suficiente como para sentir una curiosidad malvada por ellos. El otro ha aprendido una palabra ominosa del vocabulario humano, de manera que puede repetirla sin que suene estúpida: la palabra «*nevermore*». El impulso vertical sería, en palabras de Ullo, decisivo en ambas piezas. En el cuento, se manifestaría en el movimiento del orangután que se precipita hacia el suelo usando el mástil, y en el poema, a través de la construcción de una torre de estrofas (el estribillo del cuervo), que, al final, llega a un culmen de desesperación.

Así que, en resumen, siguió diciendo Ullo con una excitación que yo había advertido en él en rarísimas ocasiones, evidentemente, la realidad es el barro primigenio del que nace el poema, a la vez que también su violador *par excellence*. Se trata, en particular, de esa parte de la realidad que rige la gravitación del pensamiento. Porque es esta la que presiona y acaba generando la tendencia a escribir poesía de arriba abajo. ¡En realidad, la dirección debería ser la opuesta: el poema habría de ser escrito conforme a su esencia, de abajo arriba! La resolución, la catarsis, el cénit, debería estar situada en la dirección opuesta a la que marca la gravitación, o, dicho de otra manera, la que no cae por su propio peso. Todo esto lo demuestra «El cuervo», de Poe, aunque en un primer momento pueda dar la impresión de lo contrario. Lo cual, agregó Ullo, queda también subrayado por la relación mágica que existe entre los números quince y seis (o sea, quince estrofas de seis versos cada una). Cuando le pregunté cuál era esa relación, volvió la mirada, que estaba vagando por los tejados del edificio de enfrente, a través de la ventana, y me dijo, mirándome distraído:

—Buf, no me apetece ponerme a explicarte eso ahora.

Yo, por mi parte, debería ponerme ahora a explicar brevemente la poesía del propio Ullo, o lo que yo sé de ella.

Eso, a pesar de que no conozco la mayoría de su producción. Todo lo contrario. De hecho, solo he leído una parte muy reducida.

Entre lo que me ha llegado hay cuatro o cinco sonetos, obviamente no con rima inglesa, sino con la rima extremadamente pulida de los italianos. Y una docena de pequeñas composiciones con una forma muy artificial, con aspiraciones maximalistas en cuanto a la rima y el ritmo, escritas según un

modelo autoimpuesto y por ello con patrones estróficos ciertamente complejos. En tercer lugar, he visto tres o cuatro fragmentos épicos más extensos, escritos en versos de extensión variable y con motivos exótico-históricos. Uno de ellos me trajo a la memoria, tal vez por azar, el principio del *Oberon*, de Wieland. Pero eran precisamente eso, fragmentos, y de haberse escrito ya los viajes en el tiempo y el espacio versificados de Uku Masing, y de haberlos conocido yo como lector, podrían haberme evocado su aire soñador y brillante. Todo esto, a pesar de la visión antirreligiosa del mundo que Ullo mantuvo siempre, entonces y en sus últimos tiempos.

Poemas íntegros salidos de la pluma de Ullo solo conservo dos. Uno de ellos gira en torno a la bandera y lo comentaré luego; el otro es la ya mencionada «Canción del minarete». Es el mismo texto que se sacó de aquel insólito estuche en Rannamõisa, conservado en la misma hoja. La que por la mañana había metido debajo del papel verde que cubría mi mesa y que leí por primera vez aquella misma noche. En la misma hoja verde claro, hoy amarillenta; la hoja que he guardado hasta hoy, evitando incluso doblarla, merced a unos sentimientos caprichosos y contradictorios que oscilan entre la nostalgia y la piedad, la burla y la compasión, aunque por supuesto también figure entre ellos la admiración. Como ya dije antes, en aquella hoja había un texto mecanografiado (hoy empalidecido y tirando a gris) articulado en forma de pagodas.

Antaño cojeaba y subía blanco minarete arriba
trepando hasta rasgar la cima
mientras ardía en el cielo
la bandera henchida
un mulá mozuelo
primero
obedeciendo el llamado a la oración

Con el alma todavía por frotar atento
oyó reclamarlo un lamento
llevarle muy clara
del tejado del huerto
muy suave y rara
entera

la queja derretida de la aflicción

El muchacho olvidó la Meca y la Kaaba
y una plegaria entonaba
¡El amor me abrasa
sin límites Rebeca!
Y un ángel en el alma
amarga
se relamía los labios con unción

Entonces la tempestad rodó por la montaña
y se abrieron las puertas de la saña
porque en su barco de nubes
Alá escuchó el regaño
y desató en el cielo
con celo
el viento de la destrucción

«¡Muerte castiga castiga castiga el relajo!»
La cadena dorada de la muerte de un tajo
empujó al muchacho y mira
minarete abajo
cual dátíl que gira
y vira
arrastrado por el viento monzón

En su ayuda acudió el pobrecito Astarte
que conocía al corifeo *in artem*
y con todo el mágico encanto
de su estandarte
en seda gigante
oscilante
acudió desde la luna sin dilación

El chico despertó ante Rebeca el jardín de rosas frondoso
con la carcajada de Astarte: «¡Goloso!
¡En estas te has de ver!
Aprende de este mundo grandioso:

¡solo de mujer
a fuer
puedes esperar amor sin condición!».

Hoy sigo pensando (y puede que hasta con más convicción que antes) que en este poema cristalizaron varias de las ideas más llamativas de Ullo sobre la poesía, así como otras que le atraían especialmente de ciertos autores y obras. Pongamos por caso lo que dijo acerca de la importancia de la verticalidad: el movimiento ascendente de los ritos de la oración, y el descenso de la tempestad que Alá envía para vengarse. En el poema de Ullo, los números mágicos no son el quince y el seis, sino que a estos los sustituye el siete, multiplicado por siete. En lugar de pabellones labrados en madera negra con los que Ullo había comparado los versos de seis sílabas de «El cuervo», él construye con los suyos algo que se asemeja a un minarete (mejor dicho, a una pagoda) hecho de partes blancas, que se reflejan sucesivamente y acaban formando una torre. En todo caso, no son elementos labrados, usando el símil empleado por Ullo (acaso con cierta arrogancia juvenil) para describir las estrofas de Poe. Y, por cierto, este verbo, «labrar», se aplica más cómodamente a las poesías compuestas de versos de igual longitud que a aquellas formadas por versos desiguales. Tales composiciones (en el poema original de Ullo en estonio había versos de longitud muy variable: desde endecasílabos a bisílabos) podrían considerarse trabajos de talla. Reconozcámoslo, la sustancia del poema carece de profundidad. Pero, como trabajo de talla, en su momento, fue una pieza de notable singularidad: una talla de marfil hecha por un chiquillo en la que subyacen los paisajes imaginarios de *Polvo y fuego*, de Alver.²³ En cualquier caso, prometedora.

En mis anotaciones ha quedado testimonio de que Ullo me narró lo que sigue: en verano de 1935 se despidió de la redacción de la *Enciclopedia Deportiva* y se fue a cumplir el servicio militar. Lo hacía sin entusiasmo alguno, y al mismo tiempo como algo incuestionable. Para quitarse del cuello el dogal de ese año fastidioso. Tuvo suerte y lo asignaron a un batallón de ingenieros, cuyo cuartel general se hallaba en Nõmme, a un kilómetro de su casa, con lo que nada más pasar su primera temporada como recluta novato, a partir del final del otoño, podría acercarse a casa de vez en cuando y ayudar a su madre a quitar la nieve de los huertos.

Me imagino que Ullo se armaría de valor (comprobando, de paso, que la autosugestión se le daba mucho mejor de lo que imaginaba) y que acabaría solidarizándose con las circunstancias. Es decir, que se las arregló para esquivar los conflictos. Sencillamente, desoía las necias ironías de los chavales paletos sobre la desmesurada longitud de su cuello, pero reía las gracias dirigidas a otros, cuando por ejemplo le tomaban ojeriza a alguien y lo convertían en blanco de todas las bromas. Se esforzó por adaptarse y salió adelante. Siempre alerta, gritaba: «¡Exacto, mi cabo! ¡Es mi obligación, cabo!», e iba a limpiar las letrinas. Eso sí, para aliviar, providencialmente, su espíritu llegaron las charlas con el soldado Naum Mandel.

Naum tenía casi diez años más que Ullo y estaba haciendo la mili con tanto retraso porque era hijo de un rico abogado. Como tal, había pasado bastantes años estudiando Filosofía, Historia y otras materias en diversas universidades europeas (la última, en Viena). Ahora, había regresado a Estonia y la ley lo obligaba a cumplir con el servicio militar, y lo hizo, aunque todavía con más escepticismo que Ullo, puesto que al ser judío se sentía ciudadano del mundo. El soldado Mandel, con su recio cuello y su cabeza redonda, se tropezó con Ullo en el cuartel, en la cantina y durante la instrucción, y quedó encantado con aquel palitroque de chico que hablaba alemán y francés notablemente

mejor que él e inglés al menos a su nivel, y que conocía al menos igual de bien que él mismo a los expresionistas alemanes y a los judíos de Viena y de Praga, a todos los Meyrink y Wasserman (a Kafka aún no, por muy poco). Aunque hay que decir que no pasaron de ser conocidos que sentían una simpatía mutua, sin llegar nunca a intimar más.

«Lo he observado repetidamente: muy rara vez se establece una relación interpersonal profunda entre un judío y alguien que no lo es. Hay que exceptuar los contactos que surgen en la infancia y se mantienen más tarde o el contacto erótico entre sexos opuestos. En todos los demás supuestos, las relaciones entre judíos y gentiles se limitan, en el mejor de los casos, a la simpatía mutua. ¿Por qué? Porque a los judíos el descubrimiento de su identidad y la profesión de su judaísmo, con sus múltiples ramificaciones, los arrastra hacia dentro con muchísima fuerza. Este impulso egocéntrico es un fenómeno tan potente que acaba desviando también hacia dentro todos los contactos que irradiarían naturalmente hacia afuera.»

Aparte de estos elementos de psicología cultural, había otra razón de índole médico-administrativa que también contribuyó a que el contacto entre los soldados Ullo y Naum no evolucionase más. En la tercera semana de servicio, cuando el líder del pelotón graznó con voz ronca: «¡Pelotón, formen una fila! ¡Divídanse: dos filas!», y los llevó a empujones hasta la turbera de Pääsküla con sacos de arena de treinta kilos a la espalda para que intentasen avanzar por la orilla con las piernas hundidas en la maraña de barro y raíces de pino, tapados primero por la maleza y expuestos luego al sol abrasador, Ullo se cayó redondo, como suele decirse. Perdió el conocimiento y solo despertó varias horas después, en el hospital militar. Allí lo dejaron durante semanas para que los médicos lo auscultasen y le hiciesen radiografías antes de darle el alta y de eximirlo del servicio militar. *Insufficiencia valvula mitralis*. Al lado de ese diagnóstico había un signo de interrogación, pero solo sería apto para la tercera línea de defensa nacional, que era el término aún en boga desde la época zarista.

Ullo regresó felizmente a su hogar y, un día, su madre lo interrogó: ¿volvería a trabajar en la redacción de la *Enciclopedia Deportiva*? Los señores Karu y Laudsepp le habían dicho que le ofrecerían un empleo a su hijo de inmediato. ¿O bien prefería asumir un reto mayor e ir a Tartu, para empezar a estudiar algo en la universidad (con la esperanza de que lo volviesen a coger en la redacción si llegado el caso quería volver a Tallin y

seguir trabajando a la vez que estudiaba)? En ese último caso, ¿qué disciplina le sería posible estudiar en Tartu en ese régimen?

Con esta pregunta de vital importancia sobre el futuro, su madre envió al chico a pedirle consejo a su tío. A pesar de los pesares. Ullo me habló de su propia relación y de la de su madre con este tío; es decir, con el hermano más joven del señor Berends, el doctor Joonas Berends, más o menos en estos términos:

—El tío Joonas había mirado siempre a mi padre por encima del hombro. Él creía que su hermano era un advenedizo con una formación mediocre, mientras que consideraba que él mismo pertenecía a una clase social superior por tener una licenciatura en Medicina y moverse en el mundo académico. Todo ello pese a que mi padre parecía casi un aristócrata al lado de su hermano menor, que tenía aspecto de patán. El tío Joonas fue reajustando esta actitud suya con el paso del tiempo, conforme mi padre se enriquecía. Las críticas hacia su hermano fueron haciéndose más veladas, aunque a saber si para sus adentros no serían más acerbadas aún. Tras la quiebra de mi padre, quizá para tratar de compensar sus manifestaciones algo tibias hasta la fecha, el tío Joonas anunció sin dilación y a voz en grito que la caída en picado de su hermano era algo inexorable y que él, el doctor Berends, se la veía venir desde hacía siglos. Pero, en lo referente a mi padre, el interés que en los salones de Tallin suscitaron inicialmente su bancarrota y su huida al extranjero (¡con una mujer desconocida!) se fueron difuminando rápidamente y el tío Joonas pronto vio que le convenía más permanecer callado.

»No obstante, la esposa y el hijo de trece o catorce años de su hermano el especulador se le quedaron a él, al tío Joonas, en el mismo país y en la misma ciudad, con el suelo temblándoles bajo los pies. Y en lugar de convertirse en el apoyo moral y en la garantía económica que podría indudablemente haber sido, el tío Joonas anunció (siempre hay quien lo escuche a uno y quien difunda sus ideas) que su cuñada y su sobrino eran culpables de su propia desgracia. Bueno, mejor dicho, que pese a no ser los principales culpables, sí que tenían parte de la culpa. Se decía a sí mismo que él, el doctor Berends, hacía valer con ellos las mismas premisas con las que discriminaba entre sus pacientes: a los alcohólicos, por ejemplo, no los trataba, porque, según él, la mayor parte eran los únicos culpables de su enfermedad. Al mismo tiempo, afirmaba no tratar tampoco a los alcohólicos cuya enfermedad estaba causada fundamentalmente por condicionantes sociales y a los que solo podía

responsabilizarse de una parte de la culpa: él, el doctor Berends, tampoco curaba a ese tipo de alcohólicos, ¡ni hablar del asunto! Ni, por motivos análogos, a los cocainómanos. Para colmo, tampoco a los tuberculosos, a no ser que sometiesen su estilo de vida a todas las exigencias del régimen prescrito durante el tratamiento, hasta en sus mínimos detalles. ¡Así sí que podía estar seguro de que quedaban libres de culpa! El tío Joonas decía que, en relación con las circunstancias de su cuñada y de su sobrino, aplicaba exactamente los mismos principios.

Ullo me describió esta escena:

—Cuando un mediador bienintencionado vino a ponernos sobre la mesa esta filosofía de la no-asistencia del tío Joonas, yo me alteré y dije, con un chillido ahogado: «Pero ¿cómo vamos a ser nosotros culpables de nuestra propia desgracia, cómo?!» y, a mitad de la frase, me asusté de mí mismo y me callé, porque anticipaba la reacción de mi madre. Y eso fue exactamente lo que siguió. Con la energía de mis trece años, había dado un fuerte manotazo sobre la mesa. Mi madre puso la mano sobre mi puño y dijo con serenidad: «En lo que atañe a Ullo, Joonas lo juzga con excesiva severidad. El niño no es culpable de nada. ¡Pero yo lo soy, por supuesto! Vamos, culpable en parte, eso por descontado. Y sin que yo misma, con mis escasas luces, llegue a comprender por qué...».

»El tío Joonas no le expuso nunca a nadie, que yo sepa, por qué mi madre o yo, o ambos, éramos culpables, según él, de nuestra propia desgracia. Y es que no podía explicarse, sin más. En cuanto a la tía Linda (o sea, la esposa del tío Joonas), una rubia oxigenada la mar de insulsa que debía de haber sido un bellezón en su juventud, alguien nos comentó que alguna vez había intentado influir en su marido para que nos ayudase con trámites sin importancia, o para que al menos se pusiera en contacto con nosotros. Pero, en caso de que esos rumores

se correspondieran con la verdad, la tía Linda lo haría pensando menos en nuestra indignancia que en aumentar la reputación de filántropo de su marido.

No obstante, aclaró Ullo a propósito de lo anterior, no debía interpretar que él tenía al tío Joonas por un gañán y un rácano patológico, y a su mujer por la personificación del egoísmo y de la indiferencia con respecto a otros miembros de la familia, o al menos respecto a la familia entendida en un sentido amplio (aquí, habría que apuntar que el doctor y su esposa no tenían hijos).

—Es comprensible que tanto mi madre como yo tuviésemos hondas reservas en relación con ambos, los «parientes ricos». Pero no eran reservas absolutas. No nos tratábamos. Ellos se negaban a reconocer nuestra existencia. Con todo, en especial desde mi punto de vista y en especial también visto en retrospectiva, no eran de hecho más tacaños que la mayoría, sino más bien gente bastante convencional, algo burda, algo incapaz, algo torpe y sin duda alguna también mezquinos al estilo estonio, con esa capacidad para verlo todo desde la estrecha perspectiva de su terruño. Como te digo, gente bastante convencional que ocasionalmente podía comportarse con amabilidad, sobre todo si no se esperaba nada de ellos. Gente que (y esto va sobre todo por el tío Joonas) había tenido que trabajar sin descanso para llegar adonde habían llegado, y que, por lo tanto, solo sabían hacer dos cosas con el montón de bienes y con el estatus social amasado: o bien continuar acaparando, incrementando el volumen del montón, al mismo tiempo que lo enterraban todo cada vez más hondo para esconderlo de los demás (esa era la modalidad elegida por Joonas), o bien vivir por encima de sus posibilidades y presumir de riquezas, de manera que acababan desparramando el montón y tropezando con él (la modalidad de la que había abusado fatalmente mi padre, o al menos eso es lo que el tío Joonas le echaba en cara).

»De uno u otro modo, la actitud del doctor y de su media naranja para con nosotros se convertiría, a largo plazo, en una evidente carga para ellos. Una mañana de domingo, en junio de 1933 (cuando yo acababa de terminar el décimo curso de Wikman), el tío Joonas se presentó en nuestra casa de Nõmme, en la vivienda del guarda que también albergaba las calderas: “Hola. Cuánto tiempo, ¿no?... Parece que por aquí está todo en orden. Tenéis la casa como una patena. De salud, bien también, ¿no? —dijo el tío Joonas, efervescente, al tiempo que nos lanzaba seductoras miradas—. Si la salud hubiese flaqueado, habríais venido a buscar la ayuda del tío Joonas. Pero, bueno, si no os ha hecho falta, ¡nada, perfecto! Linda y yo nos vamos a ir a Pärnu, el mes de julio. Hemos alquilado un apartamento en la casa de unos conocidos. En una buena zona cerca del paseo marítimo, en la calle Papli. Nosotros, Linda y yo, os proponemos que Ullo se venga de vacaciones. Sé que es un chico que no nos va a dar disgustos... ¿Que cómo puedo saberlo, si no lo conozco? Pues por casualidad, por pura casualidad. Y como a mí no me gustan los secretos, os diré que el dueño de la tienda de telas Kõiv, de la calle Jaani, es mi paciente. Tiene piedras en el riñón. Un buen día, vino y me

preguntó cómo estaba ese sobrino mío tan listo, el bachiller de Wikman. Y, de este modo, ¡descubrí que Kõiv *junior* es profesor de Lengua Estonia en Wikman y que Ullo está yendo a su casa a escribirle su tesis de licenciatura! O algo por el estilo. No, no... Según Kõiv padre, el hijo solo le había dedicado a Ullo palabras positivas. Así que, cuando se lo conté a Linda, a los dos se nos ocurrió que tú, Sandra, como madre, deberías entender que Ullo va a empezar a necesitar..., cómo decirlo, que le demos alas, más espacio para echar a volar. Allí nos relacionamos con gente selecta, algunos son mis colegas, pero también gente de otras profesiones. Y estamos dispuestos a perdonarte tus, en fin..., tus enfados y demás. Y a ofrecerle al chico la oportunidad de moverse en sociedad, de hacer amistades (¡ya es todo un hombre!) mientras se divierte en las vacaciones. Eso es todo. ¿Qué os parece? ¿Estáis de acuerdo?”.

»Mi madre respondió dándole las gracias a Joonas por su propuesta y diciéndole que tomaba nota y que lo hablaría conmigo. Acordamos que ella misma llamaría a Joonas desde los huertos el siguiente martes para comunicarle nuestra decisión. Después de una corta deliberación, resolvimos aceptar. Por supuesto, si mi madre no hubiese argumentado a favor de ella con machaconería, yo la habría rechazado por no traicionarla. Pero así (“¡Ullo, hazme el favor de ser razonable y ve!”), no tenía otra opción. Ni tampoco motivos para negarme a ir. ¿Acaso debíamos estar ofendidos por lo que el tío Joonas había dicho de mi padre (o sea, de su hermano)? Aunque, por otro lado, ¿seguro que lo había expresado en esos términos o nos habría llegado un mensaje distorsionado? Me parecía absurdo ofenderme por motivos tan discutibles. Más que nada, porque todo o casi todo lo que se rumoreaba que el tío había dicho a mí también se me había pasado por la mente. En mi caso, no había anidado en mi cabeza, pero sí que había revoloteado por mi conciencia un ratito antes de pasar de largo.

»Conque a principios de julio del 33 fui a Pärnu —aclaró Ullo— y allí conocí a Barbarus (tu vanidad de autor ya te hizo escribir sobre eso en alguna parte), con quien volví a coincidir de nuevo el verano siguiente, también en compañía de mi tío Joonas y de Linda. Casi se podría decir que me moví en el círculo familiar de Barbarus. De modo que, durante la ocupación alemana, esta amistad podría haberme costado el pescuezo. Mira, si antes he mencionado tu vanidad de escritor, que sepas que solo era en broma y con cariño. Porque sé lo suficiente de este *métier* tuyo como para entender que, si

no es de la vida privada de sus conocidos o de sus amigos, ¿de dónde iban a chupar los pobres autores el material para sus obras?

»Con estos acontecimientos y el consiguiente cambio de perspectiva en nuestra relación con el tío Joonas a nuestras espaldas, a finales del otoño de 1934 fui a preguntarle qué opinaba del asunto de mi entrada en la universidad. Su consejo fue en parte irónico, pero creo que también bastante sabio a fin de cuentas (luego se revelaría que en el fondo no era tan sabio, pero esa falta de sabiduría no era ya atribuible a Joonas).

»He mencionado la ironía de su consejo. Esta se manifestó a través de unos versos que citó, diciendo que pertenecían a Heine:

*Wem es bestimmt, der endet auf dem Mist
trotz seinem ehrlichen Bestreben:
ich bin zum Beispiel immer noch Jurist
das nennt man Leben!*²⁴

»En pocas palabras, descartaba de entrada la posibilidad de que estudiase Derecho, antes de entrar a valorar otras carreras. Y no solo citando estos versos, sino con argumentos claros, eficaces, que podían tal vez ser propios de un médico y por lo tanto sesgados, pero por lo demás sinceros y convincentes: el Derecho era, por lo menos en la Universidad de Tartu, y por lo menos en aquellos momentos, la disciplina menos madura, la más superficial y la más fútil. En este sentido, yo tengo mis dudas de que él conociese demasiado bien la Universidad de Tartu, porque solo había estudiado allí, obviamente en la Facultad de Medicina, durante apenas dos años, para luego trasladarse a la Universidad de Kiev, donde obtuvo su título, a raíz de los desórdenes de la Primera Guerra Mundial.

»Una vez tachado de la lista el Derecho, el tío Joonas fue recorriendo las demás disciplinas y eliminándolas también. Algunas de ellas, porque no se ajustaban a mi perfil, por ejemplo la Teología, ya que cuando me preguntó, le confesé abiertamente que no era creyente (¿cómo se puede responder de otro modo ante la necedad de una pregunta así, tan directa?), o la Veterinaria (“requiere una relación con las criaturas de la naturaleza que tú no puedes desarrollar”). Algunas carreras, pues, las descartó el tío Joonas por la propia índole de los estudios, pero otras quedaban fuera de mis posibilidades porque tenía que estudiar y trabajar al mismo tiempo. Porque no me quedaba otro

remedio que ganarme la vida a la vez que estudiaba. Así es como mi tío, al finalizar la lista (y me pareció que tenía planeada esta maniobra, riéndose por lo bajinis) volvió al principio, a la carrera de Derecho:

»“Mira, ya ves que no te queda ninguna otra opción. Aparte de eso, si creo lo que me dice el viejo Kõiv, eres el tipo de chaval que se las apaña perfectamente con el Derecho. Sencillamente, vas a tener que remar un poco contra corriente y llenar los huecos con el estudio personal y tu propia brillantez. Eso sí, cuidando siempre de que no entre agua en la piragua. Cuando ya hayas conseguido eso y la tengas dominada, podrás elegir la dirección en la que quieres bogar”.

»Así que me fui a la biblioteca municipal y me hice con el programa de estudios de la Facultad de Derecho. Esa misma tarde, creo, fui a consultarle a Tamme Uno, un exalumno de Wikman que era dos o tres años mayor que yo y que me parecía suficientemente espabilado.

Ullo me contó que se había llevado a casa varios folletos y libros y que estuvo inspeccionándolos durante unos diez días. Al mismo tiempo, le pidió a su madre que le escribiese a una de sus compañeras de colegio, que vivía en Tartu, cerca del cementerio de Raadi, para averiguar si podría alojarlo durante unos cuantos días. En cuanto llegó la respuesta afirmativa, Ullo metió sus libros en una maleta (por cierto, una maleta tremendamente desgastada, pero de auténtica piel de cocodrilo, que los Berends habían conservado de sus años dorados y que Ullo prefirió llevar en vez de otras maletas que tenían, de las rusas de fibra, por superstición y en absoluto para aparentar nobleza: la maleta estaba demasiado baqueteada para eso) y se fue a Tartu.

Por lo que me contó, tengo la impresión de que entregó los papeles en la universidad ese mismo día y al siguiente ya había recibido la cartilla de matrícula y un número de alumno (en aquellos tiempos, no había que hacer examen de acceso a la universidad, bastaba con presentar el certificado de estudios medios). Es de suponer que también tendría que pagar las tasas del primer semestre. Para eso, Ullo había ahorrado sesenta coronas de lo que ganaba con el señor Kõiv. Luego, si no entendí mal lo que me relató en su momento (aunque ahora, por desgracia, no es posible comprobarlo), se fue directo del mostrador de pagos al decanato, donde solicitó que lo inscribiesen en el examen

de Fundamentos de Derecho que se iba a celebrar tres días después. El señor Tiisik, un hombre calladísimo con una rala barbita pelirroja (a quien me

encontraría yo en el mismo sitio, cuatro años después), se negó categóricamente a realizar la inscripción:

—¡No, no, no, no puedo poner en la lista de examinandos a alguien que lleva solo dos días matriculado!

—¿Por qué?

—Hmmm... No hay ningún precedente.

—Pues podría crearlo usted ahora mismo.

El jefe de la oficina del decano, que, según sabría luego, era el hijo de un clérigo y antiguo censor zarista, sacudió la cabeza, mortificado:

—Imposible.

—Entonces, lléveme al despacho del decano, para hablar con él.

Recuerdo que Ullo lo expresó como sigue:

«Maim era el decano en aquella época. Derecho Público y demás. Tú sabrás más que yo de todo eso. Tenía una voz muy sonora que resonaba como si hubiesen puesto una cómoda sobre el atril de un músico. No era en absoluto un mal tipo. Estaba sentado a una mesa negra, gigantesca, mientras que yo permanecí de pie todo el rato explicándole mi situación.

»—El señor Tiisik ha hecho lo correcto. No puede admitirlo en el examen —dijo, con voz nasal.

»—Pero ¿por qué? —pregunté yo, empecinado.

»El catedrático se explicó:

»—¿Es que no lo entiende? Ese examen evalúa un curso de dos semestres. Si usted lleva tres días matriculado, no puede haber asistido a sus correspondientes clases.

»—Pero, por lo que yo sé, el profesor Uluots (Fundamentos del Derecho era la asignatura de Uluots) no se pone a averiguar si los estudiantes que se presentan al examen han asistido a clase o han utilizado otras fuentes —repuse yo.

»—No lo hace. Cierto. Pero da por sentado que los estudiantes han asistido a clase. En su caso, resultaría imposible suponer tal cosa.

»—Pues que suponga que he utilizado otras fuentes. Porque eso no está prohibido.

»—El profesor Uluots no va a suponer nada de usted. Ha tenido que irse a Ginebra y me ha pedido que haga yo su examen —dijo Maim, subiendo el tono de voz nasal.

»—Tanto mejor, señor catedrático.

»—¿En qué sentido? —preguntó Maim, alerta.

»Y yo continué, erre que erre:

»—Porque, así, no tendré que repetir lo mismo dos veces.

»Durante un instante, me miró a través de sus quevedos, clavando en mí sus ojillos. Fue un instante bastante largo, por cierto.

»—Siéntese. —Y, cuando me hube sentado, prosiguió—. ¿Qué clase de hombre es usted?

»Hablé. De la Academia Wikman y de mi trabajo con el doctorando Kõiv, de que Kõiv había defendido su tesis tres semanas antes. También mencioné la redacción de la *Enciclopedia Deportiva* y el batallón de ingenieros, y repetí que quería hacer el examen de Fundamentos del Derecho, si me dejaba.

»—De acuerdo —consintió Maim, recalcando las palabras—, vamos a ponerle a prueba. Hábleme de... —Y me preguntó algo, no recuerdo bien qué, aunque seguramente algo acerca del viejo Jellinek, como no podía ser menos. Yo expuse todo lo que sabía.

»—Bien. Le voy a poner un *sufficit*. —A lo que yo respondí que no me conformaba con esa nota.

»—Ojojó —pronunció así, con toda su nasalidad. Ya sabes cómo era. Y me siguió preguntando durante tres minutos—. Está bien. Le pondré a usted *bene*.

»Le dije que eso tampoco me bastaba. Entonces siguió interrogándome durante media hora y me puso *maxime sufficit*. Con mi flamante cartilla de notas bajo el brazo, salí de su despacho y le pedí a alguien por el pasillo que me dijese en qué parte del edificio principal estaba la sala de profesores. Me encaminé a mi destino, para preguntar si se encontraba allí por casualidad el profesor Leesment. Yo no lo había visto nunca, pero, por suerte, estaba en la sala: un hombre flaco, prematuramente calvo, con un ligero tartamudeo y unos ojos castaños que parecían sorber todo lo que miraban.

»Le conté toda la historia: que acababa de salir del examen de Maim y que me alegraría mucho si él, el profesor Leesment, pudiese recibirme y hacer lo mismo con su asignatura de Derecho Romano. Y aquel hombre tan simpático, que entonces era todavía joven y acababa de llegar de una estancia en La Sorbona, me dijo con un aire casi victorioso:

»—Mmmmmire, ssssi-si-si el pop-pop-pof-profesor Maim le ha podido examinar, yo ta-ta-ta-también pu-puedo. Y ad-d-d-demás, enseguida.

»Me sentó a una mesa en la parte trasera de la sala de profesores y me

preguntó en primer lugar si mi familia era de los Berends de la parroquia de Kolga. Cuando asentí, preguntó si éramos de la rama que vivía en el campo o de la que vivía en la ciudad, y cuando dije que de la segunda, me preguntó si tenía algo que ver con este Berends que él conocía, o con el otro, o con el de más allá. Y tal y cual. Y al final preguntó qué obras en lenguas extranjeras había leído sobre su asignatura de Derecho Romano, aparte de las que estaban en el programa.

»Citó, en primer lugar, *Histoire du droit romain*, de Beauville.

Entonces, él quiso saber en qué lengua la había leído, y cuando le dije que en francés, dejó de hablar estonio para pasarse a ese idioma. Estuvimos hablando durante quince minutos (cinco sobre Beauville y diez sobre el resto del mundo) antes de que me tendiera la mano y me diera un apretón, al tiempo que me felicitaba por la magnífica nota. Y eso fue todo».

Y eso fue todo. Había superado con un rotundo éxito los primeros exámenes. Pero estos también serían (al menos durante un tiempo prolongado) los últimos. Por supuesto, le pregunté a Ullo: «Pero, escucha, explícame por qué puñetas...». Y él me ofreció alguna respuesta, que me recuerda a su vez lo siguiente:

En algún momento he escrito sobre Kristjan Jaak Peterson²⁵ en clave histórico-biográfica. Se trataba de que el poeta respondiese, ante sí mismo y ante su entorno, a una pregunta que nosotros seguimos haciéndole, perplejos: ¿dinos, condenado, por qué dejaste a mitad unos estudios universitarios a los que habías tenido la extraordinaria suerte de acceder gracias al apoyo de gente decente.

No sé, ni lo sabe nadie, cómo respondió a esto Kristjan Jaak. En mi texto responde así: «Pero ¿por qué tendría que haber malgastado mi tiempo en eso? ¡¿Si podía leer yo solo todos los libros que los profesores se limitaban a seguir en sus clases, e incluso otros mucho más actualizados, y a un ritmo mucho más acelerado que el que ellos marcaban...?!».

Así, literalmente, respondió a mi pregunta Ullo cuando apenas tenía veinte años, y también a los setenta. Yo puse sus pensamientos en el cerebro de Kristjan Jaak y utilicé su boca para pronunciar las palabras de Ullo. Ojalá los dos puedan perdonarme.

Cuando se fue de Wikman, nuestros ya espaciados encuentros se espaciaron mucho más. Cuando yo acabé el bachillerato, se tornaron aún más escasos. En las anotaciones que hice en el año 1986, no encuentro nada de nada acerca de los años 36 y 37, aparte del hecho de que Ullo regresó de Tartu para volver a trabajar en la redacción de la *Enciclopedia Deportiva*, con un certificado de notas que atestiguaba su nuevo estatus de estudiante universitario (¡y con dos calificaciones de *maxime!*), en virtud de lo cual empezaron a pagarle cincuenta y cinco coronas al mes en lugar de cincuenta.

No obstante, en el año 36 tuvieron lugar dos acontecimientos que, podríamos decir, marcaron dos períodos de excepcional revuelo en la vida de Ullo. El primero de ellos, especialmente por lo que respecta a la madre de Ullo, tuvo connotaciones profundamente negativas. El segundo fue, no solo para Ullo, sino para el pueblo estonio en su conjunto, enteramente positivo, aunque solo años más tarde llegaría a revelarse su verdadero calado.

En febrero, una noticia llegó a oídos de Ullo y de su madre. Le llegó primero a ella (no sé si por cauces oficiales o a través de una carta más personal. En todo caso, si fue lo segundo, no sería por una carta del padre de Ullo): allí donde estuviese (Alemania, Holanda, Bélgica o Luxemburgo), el padre había conseguido el divorcio. No llegaron a averiguar si lo había solicitado con el fin de casarse con la señora Fredriksen o si ya había contraído matrimonio con esta última (un dato que tampoco tenía demasiada relevancia para entonces). La madre de Ullo encajó increíblemente mal la noticia de que quedaba legalmente disuelto su matrimonio, aunque su marido llevase varios años huido y conviviendo con otra mujer. Para Ullo, en cambio, no constituía más que el último eslabón de una cadena de ausencias prolongada durante muchos años, pero para la madre, como ya hemos dicho, supuso un golpe durísimo. Fue como si se congelase por dentro, y tuvieron que pasar bastantes meses para que ese hielo interior se derritiera. Además de que, posiblemente, nunca llegase a

descongelarse del todo. Y Ullo no podía dejar de darse cuenta de que su madre no era la misma, de que no sabía cómo consolarla. El consuelo que le ofrecía era demasiado impaciente, demasiado racional, demasiado quebradizo. Y esa relativa impasibilidad de su madre provocó que, a él, su presencia le resultara casi inaguantable, lo cual equivalía a una traición, una traición a su propia madre... ¡Dios lo librase!, pero es lo que sentía cuando le acariciaba la mejilla en el huerto, con los ojos enrojecidos y la mirada perdida, al notar cómo se le había encallecido la piel de las manos de empuñar la pala para retirar la nieve... «¡Vale, vale, ya está, hijo! Tienes razón, soy tonta, pero perdóname que no pueda remediar...» Ullo era consciente de cómo odiaba ese dolor de su madre, y de que el victimismo con el que ella se enfrentaba al dolor los iba apartando cada vez más uno del otro, en lugar de acercarlos (lo que ella habría deseado). Por si esto fuera poco, el muro de dolor de su madre, que era efectivamente una barrera entre los dos, tampoco contribuía a distanciarlo más del padre. La imagen paterna era igual de lejana e hiriente que siempre. Allí seguía a nivel consciente y subconsciente, ineludible e inamovible.

Un mes más tarde, Ullo, recién vuelto del trabajo, se puso a quitar la nieve de una mitad del camino que llevaba a los huertos. Con la pala, iba apilándola en la acera y luego la barría mientras su madre sacaba a la mesa media hogaza de pan y un guiso de arenque y patatas en un caldero de hierro forjado. Había anochecido, y los dos se habían lavado las manos antes de sentarse a la mesa. Su madre le dijo:

«Está haciendo furor la moda de estificar los apellidos, y el Estado apoya a quien se sume. A mí no me gustan las campañas de ese tipo, especialmente cuando dan lugar a tantas horteradas. Por ejemplo, todas esas cursiladas de nombres que se está poniendo la gente. Cosas dulzonas como “Helila” o “Ilusalu”, ya sabes. Pero yo había pensado que, ahora, al habernos vuelto la espalda tu padre definitivamente... Ya sé que afecta de manera diferente a la mujer abandonada y al hijo abandonado... Aun así, debo reconocer que me alegraría si pudiésemos actuar los dos juntos ante el paso que él ha dado. Se me ha ocurrido que podemos responderle cambiándonos el apellido. Para que él vea (y da igual, realmente, si acaba sabiéndolo o si le molesta) que nos hemos quedado aquí tú y yo como maletas vacías, olvidadas, con algún que otro cacharro que se le pasó por alto llevarse, pero con su apellido escrito en la etiqueta identificativa, como si fuésemos para siempre de su propiedad.

Pero nosotros no lo aceptamos y decidimos sobre nuestros propios asuntos...».

Me imagino lo que Ullo diría ante esas palabras: «En ese caso, tú puedes recuperar tu apellido de soltera, ¿no?».

A lo cual la madre, supongo que respondería: «Sí, sí. Pero tú no puedes empezar ahora a utilizar mi apellido de soltera. Además, entiéndeme, si llevásemos apellidos distintos de repente, mi sentimiento de pérdida sería aún mayor. Aunque, bueno, si no estás conforme y quieres seguir siendo Berends, recobraré mi apellido de soltera».

De modo que Ullo se avino a aceptar la propuesta de su madre de estificar sus apellidos. A partir de ese momento, madre e hijo compartirían un nuevo apellido. En gran medida, consideraba que este era un paso innecesario. Pero era cierto que, a lo largo de siete años, se había distanciado lo suficiente de su padre, que lo había defraudado y amargado también lo suficiente como para tomar esa decisión. Y el divorcio le había dado la puntilla. Esa noticia le proporcionó a Ullo un impulso irrefrenable, porque él no podía sentirse responsable o corresponsable (a diferencia de lo que afirmaba su madre, de manera un poquito apócrifa). Ullo, pues, reconocía que el divorcio le había dado el último empujón. Su madre le dijo: «Así que, hijo, tú que te consideras un artesano de la palabra (también otros te ven así, e incluso yo comparto esa idea hasta cierto punto): a ver si das con un apellido nuevo que podamos ponernos, que sea práctico y que suene contundentemente estonio». Estas palabras pusieron en funcionamiento la materia gris de Ullo.

Decidió que, ya puestos, habría que abordar también el cambio legal de sus nombres de pila, aunque en este caso se trataría más bien de reflejar sobre el papel un hecho evidente: Ulrich, que casi nadie reconocía como su nombre, sería sustituido legalmente por Ullo, el nombre por el que todos lo conocían; del mismo modo, su madre pasaría a ser legalmente Sandra en lugar de Aleksandra. Papá Trimbek, como leal funcionario de los ferrocarriles del zar, la había bautizado así, probablemente sin pararse a pensar ni un segundo en los atributos de la excelsa persona a la que su hija debería el nombre. La forma abreviada, Sandra, desplazó por completo el nombre oficial de su madre, y si alguien hubiese osado sugerir que este tenía connotaciones sospechosas, relacionadas con la comadre cotilla apodada Sandra-Teléfono en la popular obra de la finlandesa Hella Wuolijoki, los Trimbek se habrían echado las manos a la cabeza y habrían respondido que, ¡por el amor de dios,

el nombre se lo habían puesto mucho antes de que Wuolijoki naciera!

En la elección de su nuevo apellido, Ullo se guió por unos pocos principios básicos, que, además, prefirió no desvelarle a su madre. No habría tenido sentido elegir un nombre que difiriese mucho formalmente del antiguo. Por lo tanto, debía tener dos sílabas. También se podía mantener el sonido inicial, pero sustituyendo la B, que al principio de una palabra es una grafía ajena a la lengua estonia, por una muy estonia P. Después de esta, eso sí, colocar dos letras E antes de la R dio pie a bastantes problemas. Recuerdo que Ullo me lo explicaba así:

«Quería evitar a toda costa la asociación con la palabra estonia *peer*,²⁶ y eso me condujo a transcribir *pae*.²⁷ En la segunda parte, podía utilizar *rand* (que en estonio significa playa) con toda tranquilidad. Y, por cierto, cuando un año y medio más tarde empecé a trabajar en el Parlamento, el funcionariado de la casa se afanaba por estificar sus apellidos para servir de ejemplo. Algunos de los altos cargos sacaban a relucir la estificación con la que habíamos cumplido los más jóvenes como un gesto patriótico. Yo negué categóricamente que ese fuese mi caso y aclaraba que no me había guiado por motivaciones nacionalistas, sino por consideraciones de carácter estrictamente personal y familiar. Pero nadie se tomó en serio mi afirmación, o al menos eso me pareció a mí.»

El otro gran revuelo del año 1936 se debió a los Juegos Olímpicos de Berlín. Ullo, aunque no era deportista, los vivió mucho más de cerca que cualquier otro chico que, como él, no sintiese afición por el deporte. Debido, claro está, a su trabajo en la redacción de la *Enciclopedia Deportiva*.

En el viejo edificio medieval de la calle Dunkri, en las tres habitaciones diminutas con muros de un metro de grosor de la segunda o tercera planta que albergaban la redacción, no cambió nada a raíz de la preparación de los Juegos. De esta organización se ocupaba un Comité Olímpico recién constituido, formado por el general Laidoner, el exministro Anderkopp y una larga lista de personajes de menor rango que se reunían en asociaciones deportivas, estadios, gimnasios u otros locales que con frecuencia eran poco más que cobertizos habilitados para la práctica deportiva. Nadie hablaba de la altura del listón que se habían propuesto alcanzar los propios deportistas o las autoridades para el deporte de las distintas provincias. Solo algunos periodistas, más irresponsables y ávidos de sensacionalismo que la media (como sucede en todas las épocas, e independientemente de quién ostente el

poder), escribían de vez en cuando que, con los Juegos Olímpicos, «a nuestra pequeña patria se le abre una oportunidad de oro para sorprender al mundo con sus hazañas», pues esa clase de titulares eran del gusto del Estado Mayor del deporte. Ahora bien, eso sí, los periodistas revelaron aquí y allá alguna que otra especulación que había sobre las posibilidades de Gustav Sule o Arnold Viiding de ganar una medalla, y hasta estudiaron la probabilidad de que ello sucediera. Por lo general, durante estos meses siguió respirándose un aroma de paz en el seno de la redacción. Se trabajaba con la actualidad más cercana; por ejemplo, organizando sesiones de control desde la ventana.

En el bloque de enfrente, pero un piso más abajo, se acababa de instalar (según informaron los señores Karu y Laudsepp y también el chico de los recados, un mozo llamado Sooper) una pareja de Narva: el marido trabajaba en algo relacionado con una agencia de cinematografía y la mujer en la cocina de la confitería Feischner. Sin embargo, no fueron ellos quienes coparon la actualidad en la redacción. La actualidad llegó de la mano de su hija, una adolescente de unos diecisiete o dieciocho años, rubia, con el pelo lacio algo despeinado, pero con los pezones muy respingones, que estudiaba o era bailarina de *ballet* en alguna escuela. Su aparición llevó el trabajo en la redacción de la *Enciclopedia Deportiva* a cotas inauditas. Y lo más extraordinario es que me refiero al terreno de la disciplina laboral.

Ullo lo ilustraba así:

«No recuerdo ya cuál era su verdadero nombre, pero en la redacción la bautizamos de inmediato como “Musa”. Musa hacía una tabla de gimnasia todas las mañanas, entre las nueve y las diez, cuando sus padres ya se habían ido al trabajo, en una habitación cuya ventana se divisaba desde la calle. Se la veía perfectamente desde uno de los dos despachos de la redacción. El resultado, muy sencillo: la jornada laboral, que debía empezar a las nueve de la mañana pero que hasta ese momento había empezado, en el mejor de los casos, a las diez, pasó a iniciarse (desde que entró en escena Musa) a las nueve en punto o incluso a las nueve menos cinco. Estábamos todos en el ajo, hasta el redactor jefe Karu y su asistente Laudsepp, por no hablar del recadero Sooper, además de yo mismo (algo rarísimo: ¡yo también!). Los cuatro empezamos a llegar a la oficina cinco minutos antes de las nueve. Nuestros puestos de vigilancia estaban junto a la ventana, detrás de unos montones de carpetas que había apiladas en el alféizar, y nos los repartimos de manera completamente espontánea. El redactor jefe se colocaba en un

resquicio que quedaba entre los dos montones centrales, con su asistente a mano derecha y a su mano izquierda Sooper; a su derecha me ponía yo mismo, entre el señor Laudsepp y la jamba de la ventana.

»Musa no nos mostró jamás nada que se saliese de su rutina normal. Una parte de la sesión la dedicaba a hacer un curso de gimnasia deportiva, siempre el mismo, siguiendo un disco del programa de Ernst Idla que hacía girar en el gramófono. El último cuarto de hora se lo reservaba a los ejercicios de *ballet*. Dejaba el *spagat* para el final. Se movía con una leve sonrisa a lo Mona Lisa y nunca alzaba la mirada hacia sus observadores. Pero me jugaría el cuello a que sabía de nuestra existencia. ¿Que por qué lo sé? Pues porque siempre se presentaba ante nosotros en pantaloncitos cortos de deporte y maillot de bailarina. Nunca jamás lo hizo en camisión o desnuda, tal y como se habría levantado de la cama. De vez en cuando, se permitía algún instante más distendido y se quedaba quieta en una pose lírica: estiraba los brazos en el aire y volvía la cabeza hacia la ventana, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, antes de colocarse las palmas de las manos sobre los pechos y masajearse de manera apenas perceptible, pero no por ello poco voluptuosa. Eso hacía que el redactor jefe se pusiese a carraspear como un tonto, de pura emoción, a la vez que su asistente bufaba entre dientes (“fiiiu”) y el pequeño Sooper, que boxeaba en la categoría de pesos mosca, lanzaba roncros susurros y exclamaba: “¡Diablo de cría! ¡Diablo de cría!”.

»Con el paso del tiempo, nos dimos cuenta de que Musa tenía cinco maillots de cinco colores diferentes: negro, blanco, *beige*, amarillo y rojo. Nunca llevaba el mismo color que el día anterior, se cambiaba según un orden completamente aleatorio. Con lo cual, sus admiradores nos inventamos una peculiar apuesta: por la mañana, antes de que Musa hiciera su aparición, cada uno elegía un color. El ganador era, evidentemente, aquel que había elegido el color del maillot que lucía ese día la chica. Como premio, los perdedores tenían que apoquinar una cantidad de dinero por la noche (si no me equivoco, una corona por cabeza) para pagarle al ganador una cerveza en algún bar de la misma calle Dunkri, o en el Roheline Konn²⁸ de la cercana calle Nunne.

»El juego duró varias semanas y cayó en el olvido durante la primera semana de agosto, cuando los Juegos Olímpicos se aproximaron tanto que exigieron, si no el monopolio de todos los medios en general, sí al menos la atención exclusiva de la redacción de la *Enciclopedia Deportiva* en particular.

»Todo empezó cuando, una mañana antes de la hora del almuerzo, el redactor jefe Karu entró disparado en la oficina con todavía mayor dinamismo del que solía derrochar y nos comunicó con la frente sudorosa y cierta altanería en la mirada que dos días más tarde partiría para Berlín. Había sido nombrado delegado del Comité Olímpico, en calidad de agregado de prensa. Su asistente le agarró la mano y se la mantuvo apretada durante varios minutos en señal de enhorabuena, al tiempo que expresaba su satisfacción porque, de esa manera, sería posible reflejar más objetivamente las noticias que pronto empezarían a llegar de Berlín. Yo no tardé ni un segundo en darle también un apretón de manos, mientras pensaba: “Pues, bueno, ahora empezará a escribir sin parar desde Berlín y a inundarnos la revista de reportajes entusiásticos...”. Verdaderamente, yo no podía sentirme decepcionado de no haber sido seleccionado en lugar de Karu para ir a Berlín, o de que no me hubiesen designado al menos para acompañarlo. En realidad, no podía estarlo. Por mucho que, en efecto, conociera las estadísticas de Estonia y las del mundo entero mejor que él, y aunque supiera alemán muchísimo mejor. Lo que sucedía era que yo, como la mayoría de la gente a esa edad, aún no había aprendido a tomarme tales decepciones con presencia de ánimo. Por eso, me entraron ganas de reírme un poco a costa de Karu por ser tan egocéntrico y arribista (aunque, por otro lado, no era un mal tipo). Así que cuando blandió su portafolios de piel de jabalí y anunció: “¡Del boxeo, la lucha y la halterofilia no hay que hablar, porque ahí nos va a ir de primera, pero en atletismo al menos tenemos que llevarnos una medalla!”, cedí a la tentación de llevarle la contraria: “En atletismo, lo dudo. Viiding y Sule podrían aspirar a ella, en vista de sus resultados nacionales, pero no tienen suficiente experiencia en grandes competiciones. Y son chavales demasiado nerviosos...”. El redactor jefe dijo, dando un respingo: “¡Por lo menos una medalla! ¡Por lo menos un bronce! ¡Me apuesto una botella de brandy Martell con cada uno de vosotros! ¿Eh, Paerand?”.

»Cómo decirlo... La medalla de bronce para Estonia en lanzamiento de peso o jabalina era algo que yo deseaba inmensamente, pero, siendo realistas, no podíamos contar con ella. Por eso, dije: “Creo que una botella de Martell cuesta quince coronas. Si Estonia gana por lo menos un bronce en atletismo, os compraré a cada uno una botella: seis en total. Si no, me daréis noventa coronas”.

»Lo sellamos con un apretón de manos, con Sooper al lado como testigo».

Según Ullo, fue así:

«Todos tenemos en la cabeza nuestros grandes logros en los deportes de lucha. En total, seis medallas, me parece. En realidad, yo no esperaba más que una. Pensaba que Luhäär se llevaría el bronce, como de hecho pasó. Pero es a Palusalu al que recuerda todavía mucha gente, y a Trossmann con sus dos oros, que fueron la mejor sorpresa de la historia del deporte estonio, seguidos por Neo, Stepulov y Väli con plata-plata-bronce. En total, en las luchas asociadas, cinco puestos en el medallero. Pero en atletismo nos quedamos sin medalla. Viiding fue octavo con 15,23 y Sule undécimo con 63,26. Gané, pues, la apuesta. Pero no me pagaron mis noventa coronas. El redactor jefe compró por esa cantidad seis botellas de Martell y se pasó por la oficina tres noches consecutivas, para que nos las bebiésemos allí. Con mucha munificencia, me dijeron que era mi brandy y que estaba invitado a beber con ellos. Pero yo les dije lo que pensaba del asunto y no fui. En vez de hacerlo, empecé a buscar otro puesto de trabajo. Lo hice a sabiendas de que, con las victorias olímpicas, habían decidido incrementar la tirada de la revista en un cincuenta por ciento, y de que el mismísimo Laidoner nos había prometido personalmente encontrar los fondos necesarios para cumplirlo.

»Empecé a buscar otro empleo».

Basándome en unos signos de interrogación escritos por mí mismo, deduzco que le pregunté a Ullo cómo había evolucionado su relación con Ruta, que durante la visita a Rannamõisa nos había ofrecido a todos un espectáculo difícil de olvidar. A mí, en particular, me había resultado de lo más sugerente y estimulante.

En mis anotaciones veo que, en un primer momento, Ullo me respondió con un batiburrillo de datos. Acaso contuviesen información relevante, pero no respondían a mi pregunta.

En el otoño de 1936 se mudaron de Nõmme a Tallin. Eso significó al mismo tiempo que la madre de Ullo se despidió de su empleo en la tienda de jardinería y horticultura del señor Knopff. El porqué es algo que queda silenciado en mis notas. Aunque puede que no sea un silencio absoluto. En ellas, aparece entre abreviaturas el nombre del señor Knopff seguido de un símbolo científico, un pequeño anillo del que sale una flecha apuntando al noreste. Entiendo que eso asocia a Knopff con algún fenómeno de índole masculina o varonil. Y ello me trae a la memoria lo que me insinuó Ullo: que el señor Knopff empezó a intentar aproximarse a su madre.

Durante esa época, también yo fui varias veces al huerto a visitarlos, y recuerdo que su madre tenía unos cincuenta años y era una mujer de rostro algo tristón y avejentado para su edad, pero delgada y con un porte más juvenil del que correspondía a una cincuentona, muy parecido al *Retrato de una romana* de nuestro profesor de dibujo en Wikman, Arnold Kalmus. En una ocasión, cuando su hijo le sacó el tema, ella respondió así: «¿Otro hombre? Es algo plenamente plausible, en teoría. No me he propuesto mantenerme alejada de los hombres por si vuelve tu padre. Pero, en la práctica, es probable que no encuentre a nadie, porque tendría que ser un hombre prácticamente perfecto...».

El señor Knopff no entraba dentro de esos parámetros. Aquel hombrecillo enjuto, con sus aires de suficiencia y sus ojillos como botones muy hundidos

bajo las cejas, podía incluso pasar por una persona más o menos correcta. Pero en modo alguno era el caballero andante, el héroe, el príncipe que andaría buscando una mujer madura, sobre todo si la vida no había erosionado por completo sus expectativas al respecto. Por lo tanto, y aunque para la señora Paerand eso supusiera lanzarse de cabeza a un terreno desconocido, salió por piernas de los huertos de Nõmme. Lo que no me supo decir Ullo es por qué se mudaron a Tallin, donde la vida estaba más cara que en Nõmme. Pero el hecho es que así fue.

Alguna vez he escrito que si dividimos las ciudades en dos categorías, las ciudades-matorral y las ciudades-árbol (siendo el tronco y las raíces lo que distingue a las segundas de las primeras), Tallin pertenecería con seguridad al segundo grupo. El casco antiguo y la colina de Toompea serían su raíz rocosa y bien visible. Y si hiciésemos lo mismo con la gente, separándola entre aquellos que habitan poblaciones-matojo y poblaciones-con-raíz-y-copa, los Paerand (madre e hijo) figurarían claramente entre los pajarillos que buscan cobijo al amor de un árbol para construir su nido en el tronco, cerca de la raíz.

Primero se mudaron a Toompea, al llamado Jardín del Rey de Dinamarca. Lamentablemente, no me anoté en su momento en cuál de los bloques se instalaron, de modo que esa duda me acompañará siempre. En cualquier caso, se trataba de un piso en la segunda planta de (*nota bene*) una casa encantada. Con lo cual, si alguien quisiera seguirle la pista a esa dirección, tendría que hacerse con un catálogo de las casas encantadas de Tallin. A Ullo se le dibujó una sonrisa en los labios mientras decía: «Por lo que parece, corría el rumor de que en nuestra casa había un fantasma: el de una joven novia de rostro cadavérico, envuelta en un vestido de color púrpura. Yo, he de decirlo, nunca me tropecé con ella... Pero estuvimos viviendo muy poco tiempo allí».

Por razones que desconozco, aunque pueda intuir las fácilmente, se trasladaron tres veces de piso antes de encontrar cierta estabilidad. Indudablemente, a sitios cada vez más baratos. La madre se había quedado sin trabajo y su única fuente de ingresos eran las cincuenta y cinco coronas que ganaba Ullo en la redacción. Desde el conflicto de la apuesta, no le habían aumentado nada el sueldo y tampoco había visos de que fuesen a aumentárselo pronto. Lo soportaban porque sacaba del paso a los señores Karu y Laudsepp. Pero tenía la corazonada de que, en cuanto encontrasen a algún idiota con una memoria fotográfica comparable a la suya, lo pondrían de patitas en la calle.

Después de vivir en la casa del Jardín del Rey de Dinamarca durante un tiempo, y haciendo honor a su excentricidad de pájaros que buscan refugio en la raíz, se mudaron a un sitio todavía más inaudito: la Torre de la Doncella. Este viejo monumento del Tallin medieval había sido habilitado como vivienda en el siglo anterior. Es de suponer que allí ocuparían una estancia con gruesos muros de un metro y medio, en los que se abriría alguna que otra ventana, con suelos de piedra caliza y una cocina de leña. La vivienda estaría provista de un retrete también de piedra caliza (por supuesto, sin cisterna: se trataba más bien de una letrina).

«... Un retrete medieval en cuya taza, si esta se sometiese a un microanálisis científico serio, podrían haberse encontrado las huellas de las posaderas del que fuera guardián de la torre en el año 1373, Hinrik Parenbeke. El ilustre arquitecto Zobel, que dirigió las obras de restauración, menciona a este caballero en su último libro...»

Pero allí se hacía tan calamitosa la tarea de subir la leña desde el sótano y los cubos de agua desde el pozo (por unas estrechas escaleras de piedra con los peldaños de una envergadura inaudita), que la señora Paerand decidió volver a trasladarse nada más encontrasen un sitio mínimamente adecuado. Aunque, como es natural, fuese Ullo quien tenía que ocuparse de subir trabajosamente los cubos y la madera. Lo hacía todas las mañanas antes de salir a escape hacia la redacción.

Ullo me relató lo que sigue:

—A todo esto, y no sabría decir si para bien o para mal, mi madre se cruzó un día con el que había sido nuestro casero hacía años: mi antiguo profesor de Alemán en Wikman, el viejo Weseler, que le preguntó cómo nos iba. Mi madre le dijo que tirando. No creo que se mostrase cariacontecida, porque eso es algo que ella no se permitía ni siquiera con gente mucho más próxima a nosotros que el señor Weseler. Aunque bien es verdad que estábamos pasando una época particularmente difícil. Seguíamos viviendo de mis cincuenta y cinco coronas, más diez o quince que les sacaba a algunos de los..., en fin..., rezagados de Wikman, por las clases particulares. Así que Weseler debió de deducir del tono de mi madre que estábamos pasando apuros. Lo que sí que supo de su boca fue dónde estábamos viviendo y que el piso nos resultaba incómodo y, para colmo, caro. Pagábamos por él veinte coronas al mes. Por eso, el señor Weseler le ofreció a mi madre un piso en otra casa que tenía en la calle Aida. Y allá que nos mudamos. Y fue allí, en el

hueco de una escalera que databa del siglo XIV, junto a las pilas de lavar y el garaje, donde mi madre se propuso abrir un negocio de lavandería. Ah, pero tú creo que viniste un par de veces, ¿no?

—Fui, fui. Cuando estaba en el último curso de Wikman. Pero, escucha, te pregunté antes sobre Ruta. Aún no me has contado qué pasó con ella...

—Oh, cierto... —dijo Ullo a regañadientes.

No creo que se le hubiese olvidado mi pregunta y que ahora la hubiese vuelto a recordar. Más bien, debía de estar intentando esquivarla. Cuando vio que yo volvía sobre el asunto, renunció a seguir saliéndose por la tangente:

—A Ruta le debo mucho. Ya te conté que, durante un tiempo, yo pensaba que las chicas se burlaban de mí, como, por ejemplo, en el tren de Nõmme. Y que los contactos casuales con las mujeres me causaban mucha desazón. Las relaciones con Ruta me liberaron de estos malestares por completo, y muy rápidamente. Podría decirse que fue algo instantáneo. Pero esa relación tampoco empezó de golpe, no fue en absoluto así. Durante al menos medio año, Ruta y yo seguimos saliendo juntos sin que nada cambiase. Aunque, bien mirado, quizá eso no sea exacto... Yo iba a verla a su casa dos veces por semana. Nada cambiaba y algo cambiaba al mismo tiempo. Por suerte, sus padres y su hermano no estaban continuamente allí, pendientes de nuestros movimientos. El padre, además, era un personaje muy amable y jovial. Coleccionaba sellos, *ergo* nunca nos faltó un asunto de interés común sobre el que conversar. La madre, una morena muy pizpireta, se tomaba las cosas con un poco menos de calma, pero tampoco nos supuso ningún problema. En cuanto al hermano, que tenía unos trece años, ni nos planteábamos que pudiese convertirse en fuente de peligro. Con todo, pasó casi medio año... Aunque hay que decir que, durante este tiempo, Ruta se me había sentado en el regazo muchas veces, completamente desnuda, antes de que llegásemos a consumar el acto.

—¿Y qué fue de tu relación con Lia?

Ullo se quedó cavilando un instante.

—Uf... Eso no me libró de Ruta, ¡para nada! En general, he de decir que, en mi opinión, mi contacto con Lia no tuvo ni el más mínimo efecto sobre mis relaciones con Ruta. Con la perspectiva que tengo ahora, podría afirmar (y estamos en 1986) que entonces yo seguía enamorado de Lia como un imbécil. Pero me convencí a mí mismo de que todo era un juego, y me lo creí. Un juego apasionante. Visitarlas a las dos. Ir con Lia al teatro y al cine con Ruta.

Besar a Lia en la mano y abalanzarme sobre Ruta en la cama. La primera, el espíritu; la segunda, el cuerpo. Pero he de reconocer que no era así al cien por cien. Porque a las dos les escribía poemas. Solo que a Lia no se los daba. O, mejor dicho, solo lo hice una vez. A Ruta, sí. A Lia, no. Porque sabía que Lia no los iba a apreciar. No los habría entendido. Aunque también es cierto que Ruta quizá no llegase a comprenderlos del todo (porque no profundizaba en ellos, o a mí eso me parecía), pero al menos percibía su sentido mejor que Lia. Sí, sí, claro que recuerdo cómo los leía cada una. Ruta, por supuesto, en la playa de Pirita, dejándose acariciar por los rayos de sol, entre baño y baño, salpicando con gotas que caían de su pelo húmedo las hojas llenas de versos. Yo tenía que refugiarme en un rincón y sujetarlas bien para que el viento no se las llevase volando por la arena. En cuanto a Lia, la única vez que le entregué uno fue en el porche de su casa, y recuerdo que llevaba un vestido verde de noche elegantísimo, estaba despampanante. Tomó el poema entre sus manos, se rio, se sentó en un sillón orejero y empezó a leerlo antes de levantarse de nuevo, sentarse en el diván, buscar la postura durante un buen rato y levantarse otra vez. Entonces se fue a buscar un escabel para apoyar los pies (tenía unos pies preciosos, calzados con unas sandalias lila que realzaban su belleza) y se quedó un buen rato buscando una postura cómoda, hasta que al final Armin la llamó para que ayudase a su madre a poner la mesa, de modo que el poema se quedó sin leer encima de la mesa del porche.

»Pero yo seguía revoloteando en torno a Lia, sin perderla de vista. Todavía más cuando empecé a entrever que mejoraban mis expectativas. Enviaron a August a la escuela de oficiales y Lia me empezó a prestar un poco más de atención. Incluso me confesó que sentía una gran paz espiritual a mi lado. Sí, sí, empleó esas palabras tan rimbombantes: paz espiritual... ¡Ay, diantre, si es que los dos estábamos agarrotados e insatisfechos! Ella, por ser incapaz de permitirme que me acercase más (no sé qué miedo tendría dentro o qué habría dicho el viejo Freud de todo aquello) y yo por mi propio sentimiento de pánico de echarlo todo a perder si insistía. Durante todo ese tiempo, aceptamos que se trataba de un juego y que nos gustaba participar en él. A propósito, yo intuyo que Lia había adivinado desde el principio qué relaciones teníamos Ruta y yo, aunque nunca me interrogase al respecto ni yo me sincerase con ella.

»Con Ruta me sentía incomparablemente más relajado. Nos tratábamos casi con la complicidad y la insolencia de los jóvenes camaradas. Y, hay que

reconocérselo, era valiente. En el otoño de 1936 leímos en una revista un anuncio del escultor Sanglepp, que buscaba jóvenes modelos para la estatua de un mausoleo. A Sanglepp lo conocía entonces todo el que se interesase mínimamente por el arte. Tú también, Jaak. Por lo menos sabrás qué aspecto tenía: unos cuarenta, con gesto agrio; un tipo nervioso. Pero con mucho talento como escultor. Por eso, le dije a Ruta:

»—Ve y ofrécete. No es un tipo mujeriego. Si tienes suerte, ganarás unas coronas extra que añadir a la miseria que ganas en el teatro.

Además, en ese monumento quedarás inmortalizada para siempre. Aunque sea bajo otro nombre, el mundo te recordará.

»Ruta fue. Había unas dos docenas de candidatas, pero Sanglepp la eligió a ella. Se trataba de esculpir un sepulcro en memoria de la hija de un industrial de la metalurgia llamado Sakkeus. La chica había muerto de tisis medio año antes, a pesar de haber recorrido todos los Davos y Lausanas de este mundo, y si había que fiarse del material fotográfico facilitado al escultor por su padre, el maestro Sakkeus, la joven tenía un parecido pasmoso con Ruta. Como dijo el mismo Sanglepp: “El parecido afectaba tanto al porte elegante y a las proporciones como al rostro”. Solo era diferente el peinado, porque el de la difunta era más anticuado, como los de las mujeres romanas o los de las estatuas de Jacques-Louis David. Por eso, Sanglepp obligó a Ruta a posar con una peluca, que ella sacó de la colección de pelucas del Teatro Estonia. Si no recuerdo mal, la última vez que se había usado en escena la llevaba Livia en el *Antonio y Cleopatra*, de Shakespeare. Con esta última, la señorita Sakkeus no debía de guardar ningún parecido espiritual. En todo caso, Ruta la llevó durante las sesiones de posado. Y, ojo, que no se trataba de posar desnuda. En las sesiones no había nada depravado, y Ruta llevaba una túnica finísima pero que le llegaba hasta los pies. Yo iba a recogerla después al taller de Sanglepp y veía a la esposa del escultor, soltando gorgoritos y dando vueltas en torno a Ruta. Pero he de decirte que...

Entonces se quedó pensando un rato largo y yo tuve la sensación de que, si le metía prisa, se iría por las ramas y no continuaría la historia como tenía planeado. Así que decidí quedarme callado y esperar, hasta que él mismo se sintiese obligado a romper el silencio. Y eso sucedió, ciertamente, después de siete u ocho segundos:

—Por lo visto, todo esto me removi6 algo dentro, sí..., en cierto sentido, fue una decepci6n. Pero ¿por qu6 me miras así? O, en realidad, desde luego...

Resumiendo..., sí. Por lo visto, yo animé a Ruta a ir al taller, si no con la esperanza..., vamos, al menos sí con la expectativa de que acabase en la cama con Sanglepp. Siguiendo el patrón clásico del artista en la literatura. Aunque, si me preguntas por qué me hacía falta que sucediese así, no sabría darte una respuesta clara. Y no les voy a echar la culpa a los cincuenta años que han pasado desde entonces. Todo lo contrario. Si no lo sé, es a pesar de esos cincuenta años. A pesar de haber tenido todo ese tiempo para pensármelo.

»Claro está, alguna explicación sí que podría buscarle. Me imagino que una posible es la siguiente: yo necesitaba que Ruta traicionase mi confianza para así soportar más fácilmente luego que yo traicionase la suya. Con Lia, evidentemente. ¿Me entiendes?

No recuerdo qué le respondí. Me imagino que frunciría los labios y comentaría con mucha mesura: «Psss-sí. En cierta medida...», como todos nos sentimos obligados a hacer en estos casos. A no ser que queramos ponernos a chillar: «¡Por favor, querido mío, cómo voy a entenderlo: no entiendo ni jota!». Porque tampoco podría haber contestado eso con el corazón en la mano. Y es que, en cierto modo, yo comprendía lo que Ullo había dejado caer.

—Y si quieres saber —prosiguió Ullo— cómo continuó esta historia nuestra te diré que seguimos haciendo avances, como suele decirse, durante dos años. La abuela de Ruta tenía un cobertizo cerca de la piscina del barrio periférico de Mustamäe, donde guardaba las herramientas necesarias para cuidar su campo de coles y también un horno para asar dichas coles. Ah, y un sofá. En la temporada que era necesario cuidar los bancales de coles, Ruta iba a ayudar a su abuela. Y yo iba con Ruta. Ruta sabía de antemano si estaría su abuela. De vez en cuando íbamos mientras ella estaba, y otras veces nosotros solos. Ruta tenía las llaves.

»A veces paseábamos a lo largo de la orilla del barrio de Mustamäe hasta el cementerio de Rahumäe y nos sentábamos junto al panteón familiar de los Sakkeus, en un banco de piedra. Para contemplar el monumento de Ruta. Por cierto, que si nos basamos en las fotografías, o mejor dicho en el parecido entre las fotos y la escultura, el artista había hecho una obra maestra de aquel encargo. Los señores Sakkeus tenían que estar tremendamente satisfechos con el resultado porque, según se decía, la estatua era casi idéntica a su hija. Aunque a mí me resultase algo inquietante verla, ya que el parecido con Ruta

me dejaba efectivamente estupefacto. O, al menos, con esa Ruta que veía en muy contadas ocasiones, cuando se quedaba ligeramente ensimismada o estaba un poco triste.

»Allí estábamos sentados, un día de agosto o de septiembre de 1938. Recuerdo que me saqué del bolsillo el diario *Päevaleht* y lo desplegué. Eché un vistazo rápido a todas las secciones: noticias, editorial, espectáculos y anuncios por palabras. Como si fuese la primera vez que ojeaba el periódico del día. Pero era todo una farsa. Era mentira, a ver si me entiendes. Esa mañana ya había leído los anuncios que ahora estaba empujando a Ruta a leer. Había urdido un plan rastrero. Bueno, claro..., ¿qué significa eso de rastrero? En todo caso, como decía, lo leí como si fuese la primera vez:

»—Mira este anuncio...

»—¿Cuál?

»Yo lo leí palabra por palabra:

»—Señora alemana de edad avanzada residente en Estocolmo busca dama de compañía de origen baltoalemán o estonio con buena educación. Las obligaciones no son excesivas. Buen sueldo. Obviamente, se requiere buen nivel de alemán.

»—Ya, ¿y qué? —preguntó Ruta.

»Yo dije, en un tono bastante neutro:

»—Podría ser interesante para ti.

»—¿Por qué?

»—Bueno, ya sabemos qué quiere decir lo del buen sueldo. Entre cuatro y cinco coronas más que lo que ganamos aquí. Los precios en coronas estonias y suecas se pueden comparar tal cual, porque hay paridad de cambio. ¿Cuánto se pagaría aquí por un trabajo similar?

»—Uf, si es que se puede encontrar algo parecido en este país... Señorita de compañía de una señora mayor... Pues, de encontrarlo, dependiendo de las condiciones de alojamiento y comida, supongo que de veinte a treinta coronas al mes.

»—Eso mismo. Allí serían ochenta o hasta ciento cincuenta coronas.

»—Y tú, ¿cómo lo sabes?

»—Porque, con un trabajo del estilo allí, se cobra de cuatro a cinco veces más —dijo Ullo, antes de seguir.

»Pero esta vez voy a permitirme robarte una de tus historias para ayudarme en la narración. Ese mismo verano me habías contado que en primavera te

habías ido de excursión con tu clase a Estocolmo. Vuestro nuevo inspector os había llevado a visitar a un profesor de instituto ya jubilado. Un profesor de Física, según recuerdo. Y su pensión mensual era de ochocientas coronas, cuando nuestro Hellman (“Vaporeto”, lo apodábamos nosotros) ganaba doscientas coronas al mes trabajando en Wikman: ¡y ese era un sueldo extraordinariamente alto! Le expliqué además a Ruta que en ningún país se cobra de pensión el cien por cien del sueldo, sino que, en el mejor de los casos, pongamos que puede llegar al veinte por ciento. Por eso, si la pensión de aquel hombre era de ochocientas coronas, su sueldo tenía que haber sido de al menos mil. Por lo tanto, cinco veces más que en Estonia.

»Ruta repuso:

»—Pero el coste de la vida también es el doble allí...

»Yo me sonreí y asentí:

»—Claro. Así que la diferencia se queda en algo menos: sueldos dos veces y media más altos. Con todo, mira: no quiero comerte el coco. Solo quería enseñarte una oferta que pensaba que podía interesarte...

»Ruta preguntó:

»—Pero ¿no hay algo ofensivo para ti en este anuncio?

»Evidentemente, comprendí enseguida de qué hablaba. Pero, ya que estaba fingiendo todo el rato...

»—No... ¿Qué podría ofenderme?

»—Solo se aceptan candidatos estonios con buen nivel educativo, pero los baltoalemanes también sirven si no tienen ningún nivel de estudios...

»Yo dije, sin alterarme:

»—Escucha... Es solo por los conocimientos de Lengua. Los baltoalemanes saben alemán, por descontado, mientras que los estonios solo tienen un nivel suficiente si han estudiado. ¿Qué hay de ofensivo en eso?

»Cuando llegamos al campo de coles de su abuela, Ruta dijo, sin más preámbulos:

»—Mi alemán es demasiado malo...

»Yo respondí:

»—Con tu cabecita, si te pones a ello en serio, lo mejorarás.

»Ruta dijo:

»—Si quiero entrar en el proceso de selección, tengo que enviar una respuesta por escrito. Y no sé...

»En resumen, que se la escribí yo. Ruta se limitó a copiarla. Así que, de

conseguir el empleo, no se habría tratado de un fraude tan grande desde el principio. La primera carta derivó en una correspondencia completa; en total, al menos tres o cuatro cartas de ida y vuelta. Al principio escribía desde Estocolmo algún pariente de la señora mayor, y después ella misma. Con la pedantería propia de la antigua generación. Tenía que esforzarme por tener en cuenta todo eso. Al final, eligieron a Ruta de entre siete u ocho candidatas. Se marchó antes de la Navidad del 38. Ese fue nuestro último encuentro. A principios de febrero planché muy bien la raya de mis pantalones, fui a cortarme el pelo, compré siete rosas y fui a pedir la mano de Lia.

»Y me dio calabazas.

Veó que, en este punto, el relato de Ullo me ha hecho adelantarme respecto al desarrollo que tenía planeado. Lo cual demuestra que, incluso en una descripción de corte canónico, como puede ser la de la vida de una persona, el punto de vista temático acaba chocando con la cronología. Cuando eso sucede, los contornos se emborronan, los colores se difuminan y la limpieza metodológica no se sostiene por sí sola.

Así pues, ¡volvamos al otoño de 1936! La época en la que Ullo y su madre estaban en la calle Aida. El tiempo en el que el olor a tierra que mi madre había advertido ya se había convertido en el olor a lavandería de la casa del señor Weseler. Pero quiero dejar que sea el propio Ullo quien hable sobre la lavandería, mientras yo, por mi parte, añado algún que otro recuerdo.

Antes de la Navidad de 1936, se anunció en los periódicos que Paul Keres iba a participar en una exhibición de ajedrez simultáneo en el salón de la Cámara de Comercio e Industria que había en la calle Pikk. Keres había salido triunfante en varios torneos internacionales el verano anterior, le había ganado en veintitrés movimientos a Alyokhin en Margate, y sus partidas simultáneas suscitaban un interés monumental. A mí también me interesaba mucho el tema. Y todavía más que las partidas simultáneas del domingo por la mañana, el personaje de Keres. Porque este chico, casi recién salido del colegio, al igual que Palusalu y otros, o mejor dicho más aún que todos ellos, había contribuido a algo que, obviamente, todos nosotros necesitábamos más de lo que estábamos dispuestos a admitir: sacar de golpe a Estonia de lo que percibíamos como una falta absoluta de visibilidad, una falta de nombre y de rostro... ¡A colocar nuestro nombre en la conciencia del mundo!

A pesar de todo esto, no se me pasaba por la cabeza salir corriendo a jugar al ajedrez simultáneo con Keres. Eso habría sido pura vanidad, cortada por el mismo patrón que la de cierto caballero que yo conocería en un mundo de índole completamente distinta doce años más tarde, y del que he hablado ya en alguna parte. Aquel señor, decía, se encontró en el tren, en algún punto

cercano a Baden-Baden, en torno a 1930, con Capablanca. Y, de inmediato, le propuso: «Juegue conmigo una partida, para poder decirles a mis conocidos: “He jugado con Capablanca”».

En cuanto a mí, ni siquiera había planeado ir a ver las simultáneas de Keres. Pero el sábado Ullo entró en nuestra casa arrastrando los pies y me comentó que lo habían enviado de la redacción de la *Enciclopedia Deportiva* para cubrir el evento. Así que, ya puestos, había decidido participar también. ¿Por qué no iba yo con él? Aunque no, no, no a jugar. Solamente por ver cómo se desarrollaba todo. Y para echar un vistazo más de cerca a Keres. De modo que no podía negarme. El gran salón de la Cámara de Comercio e Industria, con sus techos altos y sus muros de color verde-col cubiertos de espejos enmarcados con molduras *art déco*, estaba inundado por el murmullo de la multitud que se había congregado allí para la ocasión. La mesa alargada del centro de la sala, que más bien eran dos filas de mesitas pequeñas, había de dar cabida a cuarenta y cuatro jugadores. El maestro tenía que ir caminando entre las dos hileras jugando partidas simultáneas. Los rivales más ansiosos ocuparon al principio una docena de sitios repartidos en torno a las mesas. Enseguida, todas las mesas quedaron rodeadas de jugadores. Gente de todo tipo, aunque solamente del sexo masculino. Desde barbudos veteranos de la Asociación de Ajedrecistas a escolares.

Ullo se apuntó en una lista que había en una mesa junto a la pared, y cuando le mostraron el asiento que debía ocupar en la mesa de juego, me busqué una silla y la arrimé a su sitio para colocarme a su espalda. Entonces apareció un muchacho todavía más enclenque de lo que esperábamos, con una raya muy pulcra en el pelo, el cuello de la camisa blanco y un traje oscuro. Aceptando la salva de aplausos con la que lo recibieron, si no recuerdo mal, dejó que el profesor Nuut le dirigiese un discurso de bienvenida mientras escuchaba risueño, con la mirada baja, antes de caminar hasta el canto de las mesas y hacer la primera ronda de jugadas, en la que movió los peones blancos d y e dos cuadros hacia adelante, por turnos.

No recuerdo con exactitud cómo sucedió todo. Únicamente recuerdo las cosas más generales: que en el curso de la primera hora acabó con la resistencia de un tercio de sus rivales. Y que en la siguiente hora y media hizo lo mismo con otro tercio. Luego, fue aplastando a tres o cuatro más a lo largo de una hora. Entretanto, siete u ocho partidas habían llegado a tablas. En la cuarta hora, ya solo quedaban detrás de las mesas siete u ocho hombres.

Iban cayendo todos, con intervalos de diez minutos, así que la tropa integrada por los jugadores que plantaban cara quedó muy diezmada: al mediodía había disminuido a la mitad. Además, cada vez se repartían un número de puntos menor.

De lo que ocurrió durante la partida de Ullo no recuerdo más que momentos aislados. Ya en los primeros movimientos, me había susurrado estas palabras por encima del hombro:

—No, no. No voy a tratar de sembrar caos ni confusión. Él se orienta mejor que yo en esas situaciones, así que voy a intentar simplificarlo todo al máximo y no caer en sus trampas.

Después de aproximadamente una hora, se comieron mutuamente las reinas y, al cabo de otra, también las dos torres. Pasó otra hora más y ya solamente les quedaban a cada uno un alfil, un caballo y dos peones. Ullo susurró:

—Él no quiere quedar en tablas, pero yo sí. A mí me basta y me sobra con empatar. Pero, cuantos menos adversarios le queden, más difícil me resultará empatar.

El penúltimo mohicano acabó por rendirse, y Keres se quedó en pie frente a Ullo, concentrado exclusivamente en su partida. Treinta o cuarenta espectadores de los que todavía quedaban por allí se congregaron a ambos lados de la mesa.

Se dice de Keres que era un hombre de extremada delicadeza. Indudablemente, sería cierto. Sin embargo, antes que ninguna otra cosa era ajedrecista, y el ajedrez es un juego de guerra. Y no hay guerra delicada. Por eso, cuando estaba ahí, de pie frente a Ullo, esperaba a que hiciese su jugada para mover él su pieza. La primera. Y pulsaba el cronómetro. La siguiente. La siguiente. La siguiente. Después de cada una, pulsaba el cronómetro de inmediato. Estaba sentado enfrente de Ullo, con los dedos de la mano derecha bajo la axila izquierda. Empujaba las figuras blancas con dos dedos de la mano izquierda muy enhiestos, el índice y el corazón, haciendo así jugadas que no eran veloces como el rayo pero sí muy rápidas, porque se sucedían nada más Ullo hacía su movimiento. Digamos que al segundero apenas le daba tiempo de moverse tras cada jugada de Ullo. No sé si era necesario dejar pasar cierto tiempo, pero en todo caso daba la impresión de que no le hacía falta pensárselo. Actuaba conforme a un plan que tenía trazado desde hacía siglos, sin dudar, en cuanto el adversario movía ficha y le daba así la oportunidad de atacar. No debía de ser algo voluntario, pero si reaccionaba

con tal celeridad, se debía también al ligero fastidio que le provocaban la torpeza y la lentitud de su adversario. Aunque detrás de esa torpe lentitud de Ullo se escondiera, por decirlo de algún modo, su grandeza. No se dejó engatusar por un estilo de juego apresurado, al que la velocidad de su adversario podría haber incitado fácilmente. Había hecho acopio de suficientes reservas de tiempo para pensar, así que se quedaba reflexionando medio minuto o un minuto, o incluso dos minutos, después de cada uno de los movimientos de su rival, completamente inmóvil. Tenía las manos colocadas delante de sí, con las puntas de los dedos junto a la boca, con lo cual hacía reposar la afilada punta de la nariz sobre los índices mientras cavilaba. Cavilaba con una concentración extraordinaria. Cuando ambos perdieron sus peones, todavía hicieron una docena de movimientos más. En el movimiento sesenta y uno, el gran maestro (Keres ya lo era, ¿no?) dijo: «Tablas. Como pueden ver claramente». Se rio y le estrechó la mano a Ullo. Alguno de los mirones, o tal vez un periodista, preguntó:

—Señor Keres, ¿qué aspectos favorables destacaría de esta partida?

Y el muchacho respondió:

—Varios. Pero lo que me ha resultado más interesante de mi adversario...

—mientras hablaba le lanzó una mirada al acta de la partida de Ullo, que reposaba sobre la mesa— ha sido su juego, tan sopesado.

Ullo y yo salimos juntos a la calle. Yo tenía la misma sensación que cuando acababa un examen, acentuada por el hecho de que, sin que me hubiese dado cuenta, se había hecho de noche. Le dije:

—Vente a mi casa. Estira las piernas un poco. Mi madre te hará la merienda.

—Perdona, pero no puedo. Aún tengo que bajar de los rodillos de secado una carga enorme de ropa de cama. Es por lo de mi madre..., que está intentando sacar adelante el negocio de la lavandería.

Yo le confesé lo siguiente:

—¿Sabes?, cuando empezó la partida y me comentaste que no íbas a usar artimañas para sorprenderlo, me sentí defraudado. Pero ahora comprendo que, en realidad, ese juego inflexible, como de alambre de espino, era la máxima sorpresa. Y, fíjate, hasta te he hecho unos versos...

—¿Cuáles son?

Yo le recité:

¡Ahora sí vas a divertirte!, exclamó tu acompañante.
Ambos chicos son dinámicos como un motor.
Aunque jugaste la partida con un trozo de bramante
más duro que el centenario Salo Flohr.

De manera que nos despedimos en la esquina de la calle. Ahora le voy a dejar hablar al propio Ullo de su lavandería. Cuando lo interrogué sobre ese particular, él me hizo los comentarios que siguen:

«Aquella lavandería fue idea de mi madre. En primer lugar, por su situación laboral, ya que en Tallin no encontraba empleo. Pese a que se suponía que la crisis económica ya había acabado y que estábamos atravesando una coyuntura de crecimiento. En segundo lugar, a mi madre se le ocurrió la idea de la lavandería porque teníamos un cuarto con pilas justo al lado del piso que le alquilábamos a Weseler. Ese cuarto contaba con un cobertizo adyacente donde había rodillos de secado. Al piso de Weseler le correspondían esos dos edificios anejos. Eran construcciones antiguas, de las que había entonces en aquel callejón, con una fachada estrechita que daba a la calle y muros del siglo xv. El interior era del siglo xviii y la grifería de principios de siglo, mientras que el cableado eléctrico dataría de los umbrales de la Primera Guerra Mundial. Aunque, ojo, las bóvedas que combaban aquel sótano hasta el mismísimo ras del suelo serían de la época de la sublevación de la Noche de San Jorge, allá por 1340. Era bajo esas bóvedas donde se hallaban las pilas de la lavandería y los rodillos de secar. Desde la cocina de nuestra casa (era un sótano y tenía el suelo un poquito más alto de lo normal) se accedía directamente hasta allí (o sea, al subterráneo de una de las otras casas) a través de una puerta que comunicaba con una escalerita de apenas dos peldaños.

»En los dos edificios vivirían en total como dos o tres familias, que habitaban en el primer piso de cada uno, creo. Las habitaciones del entresuelo, que teníamos justo sobre nuestro techo, las utilizaba como almacén una fábrica de limonada vecina. Más arriba, los edificios estaban vacíos. Y los áticos solo servían para que anidasen las palomas.

»Por todo ello, a mi madre le fue fácil acordar con la comunidad de vecinos que le dejasen utilizar las pilas y los rodillos a cambio de hacerles la colada gratis una vez a la semana. Podría decirse que estaba todo preparado de antemano para ese arreglo. El espacio estaba incluso provisto de los

utensilios imprescindibles: los calderos para hervir la ropa, las tinas, los mazos y los bates. Eran propiedad del casero y, desde luego, estaban muy desgastados, pero seguían siendo útiles.

»Al principio le puse pegos a la idea de negocio de mi madre, pero pronto me di cuenta de que estaba canalizando así una cantidad insospechada de energía acumulada a lo largo de los años. Además, había ido guardando un capitalito de partida. No era mucho dinero, quizá unas quinientas cincuenta coronas. Demasiado poco para hacer algo serio, pero suficiente como para no dejarlo ocioso. En todo caso, nos propusimos poner todo de nuestra parte para emprender el proyecto sin contar con la ayuda de nadie.

»Solamente vaciar y limpiar por completo las habitaciones exigió ya muchas horas de arduo trabajo. Mi madre fregó los suelos y rascó la suciedad y el óxido acumulados en los fogones de la cocina y en las ollas. Yo le compré al padre de un compañero de clase, que tenía una droguería, tres cubos de cal y dos cubos de engrudo. El señor Kalmus nos había intentado enseñar a pintar en Wikman; en líneas generales, con escaso éxito. Pero, entre los rudimentos del arte pictórico, nos había transmitido cómo usar una brocha, lo cual me fue de gran ayuda. Con una amalgama de cal diluida y engrudo, encalé tanto las bóvedas como los muros de ambas habitaciones, del cuarto de las pilas y del cobertizo de los rodillos de secado. También los siete peldaños de una escalera que conducía al sótano, y que daba acceso a un pasadizo con arcadas separado apenas cinco pasos de la calle. También dejamos como una patena los ventanales del sótano y pusimos cortinas de gasa. Utilizamos limpiametales Sidol para sacarles brillo a los dos grifos de latón del cuarto de las pilas. En la esquina del pasadizo, pinté y barnicé una placa de madera contrachapada en la que ponía, en letras de color azul pálido sobre fondo de óleo blanco: LAVANDERÍA AURA. A propósito, diré que el significado esotérico de la palabra “aura” me pareció inspirador, aunque a este se le unía la primera acepción que salía en el diccionario: “hálito o soplo de viento”. Ciertamente, también estaba la proximidad fonética entre las palabras “aura” y “vapor” o “vaho” en estonio (*aur*). El significado de aura en medicina probablemente ni lo conocía por entonces.

»Así, fui añadiendo unos cuantos elementos decorativos al interior. Hasta cerré los agujeros que se habían hecho en las ventanas del ático con trocitos de madera contrachapada (por las palomas, ya te imaginas) y desplegué allí un montón de hilos para tender la ropa. Ah, y también le compramos al tío

Joonas unos armarios para guardar batas que iba a desechar de su clínica privada. Me puse a hacer bricolaje y les coloqué unos estantes dentro, para que, una vez blanqueados, pudiesen alojar los montones de ropa de nuestros clientes, que devolveríamos planchada y almidonada, en un paquete etiquetado con el nombre de cada uno. ¿Qué más? Pues, de dentro de los secadores, saqué unos trozos grandes de piedra caliza llenos de polvo, mugrientos y enmohecidos. El marco lo raspé hasta dejarlo bien limpio, le di una capa de laca y volví a cargarlo con otro lastre. ¿De qué tipo? Ja, ja, ja. Mi madre me dijo que no tenía sentido adornar demasiado las instalaciones, pero yo lo hice de todas maneras. Fui al cementerio de Rahumäe y me aposté a la puerta para importunar a los picapedreros que tallaban las lápidas y pedirles que me diesen los trozos de losas del famoso mármol de Vasalemm que no fuesen a utilizar en su taller (tenían pedazos con muchas grietas que no servían) y me los llevé con una carretilla. Con estas maniobras de saneamiento logré, además, captar la atención de nuestros clientes. Mejor dicho, la de los clientes que sabían apreciarlas. Y, fíjate, la clave aquí fue el carro. No me refiero a la carretilla con la que transporté el mármol para los secadores, sino a un carro que diseñé yo mismo y que encargué que me hicieran especialmente para la lavandería. Sería más exacto decir que era un triciclo, o un cajón con ruedas hecho con dos de mis bicicletas viejas a las que di una mano de pintura y añadí un armazón de contrachapado blanco, que también lucía un cartel con letras azules que anunciaba *Lavandería Aura*. Habría que llevar a nuestra casa la ropa sucia y luego devolvérsela limpia a los clientes. Para eso, íbamos a necesitar dos cestos de quita y pon. El abuelo Trimbek estaba ya jubilado, desde luego, pero eso no impidió que se pusiese en contacto con su fábrica de suministros para ferrocarriles y les pidiera a unos aprendices que le apañasen el chisme. A cambio de la chapuza, eso sí, les pasó unas coronas y acaso también una botella de vodka Riigivanem. Aunque, tal vez, puesto que ya habían cambiado los tiempos, lo último no hiciese falta.

»Nuestro primer cliente, a saber, fue el señor Weseler. Mi madre lo invitó a visitar nuestra empresa. A pesar de que, en grandes aspectos, habíamos montado el establecimiento a sus espaldas, Weseler lo observó todo con un gesto entre divertido y solemne antes de exhortar a su esposa a que verificase la calidad de nuestros servicios. Y cuando le hubimos devuelto sus camisas de algodón limpias como los chorros del oro, volvieron para confiarnos de

nuevo su colada. Fue entonces cuando pactamos que, a cambio de lavarles la ropa, el señor Weseler nos eximiría del pago del alquiler de nuestro piso (y también, claro, al menos de momento, del alquiler de los locales del negocio de lavandería).

»Fuimos aumentando nuestra clientela poco a poco, lentamente. Y hay que reconocer que con unas cuantas sorpresas. ¿Por ejemplo? Yo pensaba que, después de que el tío Joonas y su esposa Linda me hubiesen llevado con ellos de vacaciones a Pärnu dos o tres veranos seguidos, la cosa no supondría mayor problema: indudablemente, empezarían a llevar su ropa a lavar a Aura si nosotros se lo sugeríamos. ¡Naranjas de la china! El tío Joonas desvió la mirada, se puso a mirar por la ventana y nos dijo que se lo comentásemos a su mujer. E imagínate lo que respondió la señora Linda. Pues que, uf, no, no podían. Les daría vergüenza emplear a mi madre para hacer trabajo físico. Entiéndelo, me dijo, si tu tío Joonas tuviese, pongamos por caso, un administrativo, un enfermero o un secretario de los que se encargan de arreglar el papeleo y controlar las listas de pacientes, tu madre podría por supuesto trabajar para ellos. Pero es que no lo tenía. Y, como lavandera..., no. Eso, no se lo permitían ciertos escrúpulos suyos. No sé de quién partió esa extraña toma de postura, pero, evidentemente, estaban los dos de acuerdo. Y me intriga enormemente cuáles serían, por decirlo así, las circunstancias, elucubraciones, sentimientos y deseos que tocarían el arpa de sus decisiones. Pero no pregunté nada, y además el siguiente verano (o sea, el del 37) volví a aceptar el ofrecimiento de ir con ellos a Pärnu.

»La clientela de la lavandería seguía creciendo muy poco a poco. Vinieron algunas familias de comerciantes del casco antiguo, además de algunos médicos, hasta el punto de que a veces me preguntaba si el tío Joonas no nos habría recomendado a al menos un par de colegas. Pero eso no tenía sentido. En cualquier caso, cuando, tras los primeros dos meses, mi madre y yo hicimos balance de las cuentas, advertimos que habíamos agotado el capital de partida, pero también habíamos conseguido algunas ganancias si descontábamos el dinero del alquiler. En dos meses, tal vez unas cuarenta coronas. Evidentemente, se trataba de una cantidad ridícula. Pero, a cambio, también teníamos una empresa que funcionaba. El futuro era difícil de predecir, pero había que reconocer que, al menos a primera vista, teníamos buenas perspectivas. Habíamos pasado increíbles apuros, eso estaba claro, y yo había tenido que recorrer a saber cuantísimos kilómetros a lomos de mi

triciclo de reparto, dando trompicones por los adoquines del casco antiguo. Y arrastrado ni se sabe cuánta leña hasta los calderos donde hervíamos la ropa. Y pasado por los rodillos a saber cuánta ropa de cama y manteles, pañuelos y sábanas (¡a fuerza de lastrarlos con piedras de mármol!). Y, ojo, que todo esto no es más que una minucia comparado con lo que había tenido que bregar mi madre.

»Sin embargo, mientras se afanaba en la tabla de planchar que se encontraba en la sala de los rodillos, entre los humos del carbón (porque no teníamos una de esas máquinas eléctricas modernas Siemens-Schuckert, sino una plancha pesadísima que funcionaba calentando carbón) o entre las nubes de vaho del cuarto de las pilas, con la bata arremangada y los cabellos grises recogidos por encima de la frente sudorosa, mi madre me decía (y yo veía un fulgor aparecerle en el raballo del ojo mientras hablaba):

»—No sufras. Me las apaño bien».

Ullo comentó esto:

«Yo no estaba tan seguro de eso. Al menos, no tenía claro que el reparto de tareas entre mi madre y yo se correspondiese con las fuerzas de cada uno. Por supuesto, yo intentaba hacer todo lo que podía por la lavandería. Iba a comprar madera al aserradero. Cuando el conductor del camión nos la traía y la descargaba sobre los adoquines del patio, la subía al cobertizo. Todos los días le llevaba desde allí a mi madre la cantidad de leña que necesitase para alimentar los fogones de la lavandería. También intentaba encargarme personalmente de los viajes al ático para tender la ropa y recogerla una vez seca. Y, por supuesto, del reparto con el triciclo. Aun así, mi madre tenía que apañárselas para hacer un quinto de los viajes, porque en ocasiones a mí no me daba tiempo. De vez en cuando, aceptaba trabajar en la redacción de la *Enciclopedia Deportiva* de buen grado, porque el sueldo que me pagaban suponía un suplemento muy apetecible a los ingresos de la lavandería.

»Pero entonces sucedió algo. Recuerdo que era una tarde que ya debía de ser de diciembre, cuando iba en la bicicleta a llevar a casa de los clientes la ropa limpia. Había hielo en las calles, que estaban vacías y sucias. Las bombillas de las farolas lanzaban resplandores mortecinos en la fría oscuridad y yo toqué el botón del timbre en un edificio de la calle Toompuestee, siguiendo la lista que me había dado mi madre.

»Abrió una mujer desconocida, el ama de la casa. Yo le dije con una sonrisa que ya tenía más que ensayada a esas alturas: “La lavandería Aura tiene el

gusto de devolverle su ropa limpia”, y subí la caja blanca con letras azules al vestíbulo de aquella casa burguesa. La señora lanzó un grito desde allí hacia el salón:

»—Eevald, ven a pagarle a este joven que nos trae la colada.

»Y entonces apareció en el vestíbulo, con ropa de estar en casa, mi jefe. El redactor jefe de nuestra *Enciclopedia Deportiva*, el prematuramente calvo y rechoncho señor Karu. El mismo Karu que en los últimos tiempos (es decir, después de los Juegos Olímpicos y después de que nuestro comandante en jefe dedicara fondos a aumentar la tirada de la *Enciclopedia*) había adquirido una actitud marcial.

»—Caramba, el señor jefe de redacción en persona. No sabía que el señor redactor jefe se hubiese hecho cliente de nuestra lavandería.

»Desde mi punto de vista, la sorpresa que me llevé fue completamente neutra. Incluso pudo haber sido casi positiva, a pesar de que yo hubiese decidido mucho tiempo antes, como sabes, salir por piernas de la redacción de la *Enciclopedia Deportiva*. A causa de la jugarreta que me hizo Karu con lo de la apuesta. Y, en los últimos tiempos, también debido al ambiente que empezó a respirarse en la redacción... Era, por decirlo de alguna manera, como si estuviésemos en una academia militar. Ya te digo: mi sorpresa fue, como mucho, neutra. Pero la suya no lo fue en absoluto. Ni mucho menos agradable.

»—¿Paerand? ¡¿Pero qué clase de broma pesada es esta?!

»—¿Cómo dice?

»—Óigame, ¡¿es que se ha disfrazado usted de recadero de la lavandería?!

»—No voy disfrazado. Es que lo soy.

»El redactor jefe dijo, con un tono profesoral y los tres billetes rojos de cinco coronas que tenía que pagarme entre los dedos:

»—Usted es miembro de la redacción de la *Enciclopedia Deportiva*. ¿Es que le parece que semejante (y apuntó al cajón con el letrero “Aura” que había entre nosotros) manera de sacarse un sobresueldo es apropiada para un miembro de la redacción?

»Entonces me sucedió lo que todo el mundo experimenta, seguramente, en algún momento de su vida. Independientemente de lo comedidas y juiciosas que sean por lo común sus reacciones. Sencillamente, vi cómo el odio, la humillación y la ira echaron, podría decir, sus rojas redes sobre mi medida. Unas redes completamente transparentes, pero hechas de una malla

impenetrable. De manera que mi moderación quedó enrollada de inmediato en ellas y se tornó en impotencia, oprobio, estatismo y rigidez. Por eso, anuncié (sabiendo a la perfección lo primitiva que era la situación pero disfrutándola enormemente por la libertad personal que me otorgaba):

»—Sí, señor redactor jefe. No me cabe ninguna duda de que es apropiado. Pero no solo como sobresueldo, sino como sueldo principal. Mire usted, mis ingresos en la lavandería Aura constituyen mi sueldo principal, mientras que la redacción de la *Enciclopedia Deportiva* me paga un sobresueldo».

Ullo añadió:

«Y sí, claro que tenía presente lo que tú me habías dicho (a estas alturas, ya hasta lo has escrito por algún sitio) aquello de que nuestro director Wikman había tenido un conflicto con tu compañero de curso Laasik por haber ido a trabajar de vendedor en un puesto del mercado con la gorra del colegio. El señor Wikman se lo quiso prohibir, pero Laasik le dijo que, si no le permitían ir, tendría que irse a otro colegio, porque no tenía más remedio que ayudar a su madre. Y el director le dio la razón en eso de que tenía que ayudar a su madre, ciertamente, pero añadió que, si no podía ser de otro modo, fuese al mercado con un sombrero en vez de con la gorra del colegio (llevar sombrero allí estaba terminantemente prohibido, por otro lado). Yo no tenía pensado encogerle el corazón al redactor jefe contándole cuánto ayudaba a mi madre, de modo que dejé escapar una risilla provocadora y le repetí lo que ya le había dicho antes: “Pero si no le parece bien, mañana mismo paso por la redacción y pongo encima de su mesa mi carta de dimisión...”, al tiempo que extendía los dedos para alcanzar los billetes de cinco coronas que él tenía en la mano. Y como vi que no hacía ningún movimiento ni reaccionaba (debía de estar buscando una formulación taxativa y eso siempre le consumía un cierto tiempo), me volví hacia su mujer (¡ahora sí que me he acordado del nombre!), la señora Pihl, que me parece que era profesora de Educación Física y por cierto no usaba el apellido del redactor jefe. Ella estaba de pie al otro lado del cajón adornado con el cartel de “Aura”, con una sonrisa abochornada en los labios. Era una rubia de ojos tristes y rasgos suaves, no solo indiscutiblemente más joven que el robusto señor Karu, sino también más elegante. Por eso, echando la mirada atrás, me he preguntado si no se vería condicionado por mi comportamiento de aquel día un ápice de venenosos celos, nacidos quizá en esa misma conversación. Con una sonrisilla guasona, le dije a la señora de la casa:

»—Fíjese usted, en estos momentos, el señor redactor jefe no es capaz de decidir entre dos cosas: si me despide o si me paga lo que adeuda a la lavandería. Porque eso necesitaría la concurrencia de dos circunvoluciones cerebrales...

»No tendré ni que decirte que me despidió en el acto, claro, dijo Ullo, riendo. Pero, para confesarlo todo (y esta es una confesión que me avergüenza un poco), he de añadir en su favor que al menos guardó las formas y lo hizo con total corrección:

»—¡Señor Paerand, creo que entenderá usted mismo que después de esta, ejem, escenita, no va a poder continuar en la redacción de la *Enciclopedia Deportiva*!

»—¡Cómo no voy a entenderlo! —repliqué—. No puedo, ni tampoco quiero. Mañana pasaré por la redacción y vaciaré mi cajón. Y, por favor, págume el sueldo del mes y medio. Seguro que incluso me podría decir usted cuál es el párrafo de la ley laboral que le obliga a hacerlo.

»En ese momento sentí la necesidad de decir algo más. De manera que me volví hacia su esposa, que estaba todavía allí plantada, y le dije, como si no hubiese pasado absolutamente nada, por un impulso de puro gamberrismo:

»—Señora, ¿tienen ya preparados los montones de ropa de las últimas dos semanas? Seguro que sí. Pues me los llevo. Además, como voy a poder dedicarme por completo a mi trabajo en la lavandería, a partir de ahora les va a quedar la ropa mejor que antes, ya lo verá.

»Se lo dije echándole una mirada profunda y amistosa. ¡E imagínate lo que me respondió!

»—Sí, ya está empaquetada. Ahora mismo se la traigo.

»El redactor jefe me puso en la mano los billetes de cinco y le chilló a su mujer:

»—¡Helmi! ¡Para ya! ¿Es que te crees que...?

»Levanté del suelo el cajón con la etiqueta de “Aura” y dije:

»—Sí, sí, ese es un problema que van a tener ustedes que aclarar entre los dos. La señora ya sabe dónde estamos... —Y le lancé otra mirada compungida antes de irme. Y eso fue todo. Al día siguiente, cuando pasé por la redacción para llevarme mis bártulos, el señor Karu no me rogó que me quedase ni nada por el estilo. Gracias a lo cual, mi madre y yo mantuvimos a flote la lavandería durante medio año más. ¿Que cómo, me preguntas? Con minuciosidad. Y cortesía».

Recuerdo que Ullo levantó el dedo en el aire, didáctico, cuando mencionó la última parte de su respuesta.

—Con buenos aromas. Sí-sí-sí.

Y relató lo que sigue:

«Mi madre y yo hicimos un pedido a una pequeña fábrica de productos químicos de la avenida de Paldiski llamada Hasselblatt. Era un polvo perfumado con lavanda que iba empaquetado en bolsitas de papel poroso, cada una de unos pocos gramos. Yo hice grabar la inscripción “Lavandería Aura” en las bolsitas, con letras doradas, y en cada paquete de ropa limpia metíamos una o dos bolsitas. Y surtió efecto. Los clientes enseguida empezaron a preguntarnos dónde podían comprarlas. Así que les vendíamos el polvo de lavanda y ganábamos unos diez céntimos por sobre. Era una cantidad irrisoria, pero nos empezaron a llover los clientes. A propósito, la señora Pihl (la esposa de Karu) siguió confiándonos su colada. En junio del 37, cuando el tío Joonas y la tía Linda me invitaron por última vez a veranear con ellos en Pärnu, contratamos a mi compañero de clase Tomp y a su hermana Viire para que nos ayudasen; es decir, para que Kaarel me sustituyese a mí y que su hermana aliviase un poco la carga que llevaba mi madre. Viire, una chiquilla que acababa de terminar la escuela media, estaba en el paro, y el propio Kaarel, que trabajaba en un taller de reparación de esquíes, estaba de vacaciones en esos momentos.

»En resumen, que convencí a mi madre para que se tomase un par de semanitas de vacaciones entonces, ya que era posible con la ayuda extra. Le dije que se pasase por la lavandería una vez al día, si creía que era indispensable, pero que se permitiese unos días de asueto. Y yo cogí el tren de vía estrecha para ir a Pärnu. El tío Joonas y la tía Linda fueron en el flamante autocar Mootor, que se acababa de estrenar y que era tres veces más caro».

U llo siguió narrando:

«Escucha: mis tres estancias en Pärnu, de dos o tres semanas cada una, dan para varios capítulos. Y mis visitas con el tío Joonas y la tía Linda a la casa de Barbarus son capítulos dentro de esos capítulos. De todo eso hace ya cincuenta años.

»Cuando aterricé en la calle Papli con mi maleta de piel de cocodrilo, que contenía varias mudas de ropa interior y una docena de libros, el tío Joonas y la tía Linda ya llevaban una eternidad allí. El piso se componía, como seguramente ya he dicho, de dos habitaciones (la sala de estar y el dormitorio) más una pequeña cocina. A eso se añadía un espacioso recibidor y un amplio porche. Del porche se accedía al jardín, y al porche se accedía desde el recibidor, de manera que no se podía pasar directamente desde la salita o desde el dormitorio hasta el porche. Por toda decoración había dos sillones de mimbre, una estantería medio vacía (o medio llena, según se mire), una lámpara de pie, una mesa y un sofá. La tía Linda me condujo adentro y me invitó a que me instalase, igual que en las anteriores ocasiones. Nuestra jornada allí empezaba siempre igual: según un turno establecido por sorteo, uno de nosotros se encargaba de hacer el café y de sacar el pan y el relleno de las tostadas de la nevera (que era de principios de siglo y se rellenaba de hielo cada diez días). Después del desayuno, les decía adiós a mis tíos agitando la mano desde la verja del jardín (ellos me miraban desde la ventana abierta) y me dirigía a pie a la playa, con un par de libros, gafas de sol y ataviado con un albornoz de toalla azul y el bañador debajo. Allí me tumbaba, chapoteaba de vez en cuando y leía hasta la hora del almuerzo. Al segundo o tercer día caí en la cuenta de cuán poco había descansado últimamente a causa de mi pluriempleo en la redacción y en la lavandería. Y de cuán poco había descansado mi madre también. Así que le escribí una postal de las canónicas, con una foto al dorso del hotel de la playa de Pärnu: “¡Date el gustazo de descansar ahora que puedes gracias a la ayuda de Kaarel

y de Viire!”.

»El almuerzo solíamos hacerlo en casa, y lo preparaba la tía Linda. Creo que solo fuimos dos veces a almorzar a la cafetería de la playa. Y es que, aunque el tío Joonas y la tía Linda intentaban, igual que yo, dárselas de veraneantes más o menos acomodados, al mismo tiempo procurábamos ahorrar al máximo. A pesar de todo, fuimos un par de veces o tres a cenar al hotel de la playa. También fuimos varias veces a casa de Barbarus, aunque eso fuera más bien una visita que le hacía el tío Joonas a su colega (llamémoslo, pues, por su apellido) el doctor Vares. A su castillo de la calle Vilmsi...».

Ullo hizo una pequeña pausa durante la que reflexionó un poco y prosiguió:
«Lo del “castillo” lo he dicho con malevolencia, desde luego. Pero, en este caso, el doctor no merecía en absoluto mi retintín. Tenía un círculo de pacientes muy amplio y era un médico muy respetado. Trataba tanto a trabajadores desempleados como a directivos de fábricas, pasando por turistas americanos a veces, todos los cuales le tenían en la máxima estima como médico. Los que conocían algo más sobre él, sabían por ejemplo que también construía instrumentos clínicos. Es decir, que era una especie de inventor. Había construido un aparato que medía la función pleural y que se podía plegar para ser transportado en una maletita. Al menos el tío Joonas (que tenía conocimientos muy profundos de medicina interna) lo encontraba estupendo. Y bueno, claro, como poeta, Barbarus también era un fenómeno digno de mención. Yo nunca lo consideré un gran poeta. Su manejo de las palabras era demasiado basto para serlo, al igual que su ritmo, o mejor dicho su manejo del ritmo, que resultaba francamente torpe y sin brillo. Aunque, quién sabe... Tuglas escribió que esa forma tan torpe de sus versos probablemente armonizaba con la tosquedad de los mismos, que era, pues, probablemente necesaria. En todo caso, un gran poeta no era, pero sí que protagonizó un fenómeno curioso en nuestro panorama poético. Un fenómeno que engrandeció ese panorama. Barbarus fue un caballero que hizo sonar la fanfarria de la reforma social, a la par que un humanista genuino. De los que se despertaban si un enfermo los llamaba en mitad de la noche. Además de todo eso, era una persona con una formación sólida y universal, que incluía por ejemplo grandes conocimientos de poesía francesa. Y también un experto en vinos franceses.

»Antes dije con malevolencia lo de “castillo” cuando mencioné su casa.

Porque, por ejemplo, en Europa Central e incluso en el norte de Europa, médicos de su talla viven en casas bastante más nobles que la suya, que era una casa de madera relativamente espaciosa, pero con solo una planta y el ático. Eso sí, claro, entre los dos pisos debería de haber allí en torno a una docena de habitaciones, de las cuales no entré ni en la mitad. Pero aquellas en las que entré (la consulta, la biblioteca, el comedor, la sala) eran interiores con un aire de alta burguesía. En la consulta, los microscopios relucían como si estuviesen recién bruñidos. La mitad de los muebles eran de madera roja de roble y habían sido diseñados especialmente para el doctor por Adamson-Eric. Adamson era, al parecer, familiar o pariente político del ilustre Johannes Semper, viejo amigo del doctor Vares (por cierto, ese verano Adamson estaba, al parecer, en París, donde iba a recibir una medalla de oro en la Exposición Universal por sus platos y sus trabajos en cuero, o algo por el estilo. Sí, el mismo Adamson que trataba de desterrar de sus pinturas los excesos de elegancia y que por eso mismo resultaba todavía más elegante). Luego estaba, cómo no, Jaan Vahtra, con sus tallas en madera y su pincelada característica, que era un antiquísimo amigo del anfitrión, aunque no sé cómo se conocieron. Y también el maravilloso retrato que Vardi le hizo a la señora de la casa. Pero las personas que conocí allí eran todavía más interesantes que esos objetos, empezando probablemente por la misma dueña.

»La señora Siuts era una mujer frágil y de voz apenas audible. ¿No es esto un caso clásico de lo que les sucede a los pacientes que han sido tratados de dificultades respiratorias? De ser así, entonces el doctor la habría curado del todo, pero de la enfermedad le habría quedado esa belleza silenciosa y una transparencia que hechizaba. También le habría quedado (a la vista estaba) su adoración por el doctor. Y viceversa. Él bebía los vientos por su Galatea. En un momento dado, hubo en el piso dos retratos de la anfitriona colgados de las paredes: uno de Adamson, en la sala, y otro de Bergmann, en la consulta del médico.

»Como decía, también eran dignas de mención otras personas que vi fugazmente en aquella casa. Semper era en aquella época, como recordarás, uno de los cardenales de nuestras letras, si reconocemos a Tuglas como sumo pontífice, e iba acompañado por su mujer Aurora a casa de Vares, su amigo del alma desde que iban juntos al colegio. Talvik y su Betti se acababan de casar aquel verano. Talvik ya era el ilustre Talvik en aquellos momentos, pero Betti acababa de iniciar su meteórico ascenso con la novela *Polvo y*

fuego. Luego estaba el jovencísimo, rubísimo y enjutísimo Sang. Casi desconocido todavía, aunque yo lo tuviese muy en cuenta desde que leyera su obra *De los muros*. Lo acompañaba su Kersti, tan morena, y con un manuscrito de *Vientos de carretera* metido en el bolso.

»No, no recuerdo ninguna lectura poética demasiado concurrida en casa de Vares. Pero ya la primera vez que entré en aquel domicilio sucedió algo que se repetiría esa última vez, en el verano del 37. Pasada la medianoche, o más bien de madrugada, el anfitrión se puso a leernos al tío Joonas, a Linda y a mí sus poemas más recientes con una copa de vino Barsac delante».

—¿Cuáles? —le pregunté yo.

Ullo respondió, al tiempo que se encogía de hombros:

—No lo recuerdo. La última vez era algo de su antología *Peces secándose*, que no se había publicado aún...

Ullo se detuvo, miró por la ventana las nubes sobre las que se recortaba la silueta de Toompea y desvió la conversación hacia otros derroteros: los periódicos de aquel mismo verano del 37, cómo trataron los acontecimientos que se vivieron en Rusia y cómo los comentó la gente de la casa de Barbarus. Así que me vi obligado a interrumpirlo:

—Espera. Esto lo quiero escuchar en detalle, naturalmente. Pero, antes de empezar, ¿tú no me contaste en algún momento que Barbarus te había invitado a beber vino con él y a leerle tus propios poemas?

Ullo sonrió con ironía y miró de nuevo por la ventana:

—Hmmm, sí que es cierto. Se me debió de escapar algo. Sería algún día que estuviésemos de cháchara. Por desgracia. Tú también te apresuraste a escribirlo, aunque afortunadamente no conseguiste nunca que llegase a la imprenta. De manera que... —Entonces, la sonrisilla se tornó en una risotada cómplice—. Se diría, pues, que en ciertos aspectos, la censura soviética era algo absolutamente necesario... Solo que no me acuerdo de dónde y en qué obra escribiste acerca de estas lecturas poéticas mías en las veladas en casa de Barbarus.

—Yo sí recuerdo con claridad lo que escribí sobre todo eso, y en qué manuscrito lo hice. ¿Quieres que te refresque la memoria?

—Bah, no hace falta... —farfulló Ullo.

Pero yo cité:

Ullo había escuchado con interés los poemas de su anfitrión, que le resultaron un poco complicados a pesar del ímpetu con el que fueron recitados (lo mismo que él pensaron la mayor parte de los lectores de poesía). Ullo era cualquier cosa menos exhibicionista, pero de vez en cuando podía erguir bien su cabeza, como el orgulloso sagitario que era, o como un ave-secretaria que emplea el libre albedrío para alcanzar logros nada modestos. En aquella ocasión, se sacó del bolsillo unos cuantos poemas escritos por él mismo y se los leyó al doctor en voz alta.

—¡Vale! —dijo Ullo—. Eso te lo dije yo mismo, cierto. Basta con...

Yo repuse:

—En cambio, jamás me dijiste de qué poemas se trataba. Y qué pensó él de ellos. Quiero decir, Barbarus.

—Uf, cada uno era de una índole, no podían diferir más entre sí. Pero es verdad que me dio la sensación de que casi le gustaban. En general, me pareció que tenía cierta tendencia a soportar cosas que le chocaban, e incluso a disfrutarlas... Ya me entiendes, incluso cosas que, en cierto modo, lo humillaban. Es decir, que tenía una vena masoquista... —me respondió Ullo, hablando para el cuello de su camisa.

—¿Y qué más te llamó la atención de ellos?

Ullo no se permitió dudar ni un segundo:

—Sus contradicciones...

—¿Qué contradicciones?

—La grosería de sus textos contravenía sus modales delicados. También se contradecían, casi tragicómicamente, su aborrecimiento de los barrigones y su prematura barriga incipiente, al igual que su físico algo panzudo contrastaba con la elasticidad de su cuerpo, propia de un atleta. Su erudición también estaría reñida con su infantilismo, en cierto modo... —aclaró.

Yo esperé un instante, pero Ullo siguió callado. Al cabo, dije:

—Vale. Mencionaste la cobertura en la prensa de los acontecimientos de ese verano en Rusia, y también qué comentó al respecto la gente de la casa de Vares. Háblame con más detalle de todo eso. Es un asunto emocionantísimo, como poco...

—Esos acontecimientos estuvieron de actualidad en los diarios durante el mes de junio. Todo ese tiempo tuvimos de fondo un batiburrillo que incluía la inauguración del Gran Hotel de la playa de Pärnu y la semana de la Guardia

Nacional Femenina. También se escuchaban noticias nacionales de Estonia: las visitas oficiales del ministro sueco Sandler y de lord Plymouth a Tallin y las sesiones de la Asamblea Nacional, el Riigikogu, y lo que allí sucedía. La Guerra Civil Española también formaba parte de ese trasfondo. Lo que acababa de pasar en Moscú y en otras partes de Rusia conmocionó a todo el mundo. Para empezar, el suicidio del ucraniano Yan Gamarnik. Había rumores de que había habido detenciones en la cúpula del Ejército Rojo, rumores que fueron desmentidos oficialmente por Moscú. Tres días más tarde, desenmascararon a ocho personas más, acusadas de haber traicionado a la patria. Dos días después, se informó de que había habido un juicio por el caso. Todos ellos habían asumido su culpabilidad hasta la última coma. Los condenaron y se ejecutaron las penas impuestas. Pero ¿quiénes eran esos enemigos de la patria y demás rufianes? Gamarnik era un gerifalte del aparato político del Ejército Rojo. Los otros eran el mariscal Tujachevski y sus generales. El periódico *Pravda* escribió al respecto algo que el diario *Päevaleht* citó en Estonia:

Millones de trabajadores se vieron desbordados por la ira al enterarse de las atroces actividades llevadas a cabo por conspiradores militares. En la gran Unión Soviética, se han celebrado asambleas y mítines que han reunido a obreros, guardias rojos, intelectuales y trabajadores de los *koljós* en los que se han tomado decisiones unánimes que exigen el fusilamiento de los autores del contubernio y que sancionan positiva y unánimemente la sentencia judicial. El implacable ojo de la dictadura del proletariado ha sacado a la luz a ese último nido de espías militares, creado por un Estado extranjero. La dictadura del proletariado lo ha pulverizado, hasta eliminarlo de la faz de la tierra. ¡No habrá piedad con los perros traidores!

»Recuerdo que el tío Joonas, la tía Linda y yo discutimos este comunicado mientras tomábamos café en la calle Papli. Nuestras opiniones se basaban en la exigua información que incluía el *Päevaleht* acerca del caso. Bueno, y también en unos cuantos añadidos que el tío Joonas había entrevisto aquella misma mañana en el diario finlandés *Uusi Suomist* y en su homólogo sueco *Svenska Dagblat* en la cafetería de la playa. Joonas no sabía bien ni finés ni sueco, pero conseguía entender ambas lenguas a grandes rasgos. La tía Linda explicó los hechos de manera sencilla (quizá hasta simplista), pero muy

atinadamente: “¡Los rusos han perdido el juicio! ¿Cuántos años llevan ya desangrándose dentro de sus propios partidos? ¡¿Llevar a los trotskistas al paredón?! Últimamente, han llegado ya al puro disparate. Están haciendo cisco su propia maquinaria de guerra. En pocas palabras, ¡que dios los libre...!”.

»Nos habían invitado a cenar en la calle Vilmsi. Recuerdo que estábamos sentados a una mesa que literalmente se combaba bajo tanto peso, y que la anfitriona se disculpó repetidamente porque no estaba todo *comme il faut* debido a un cocinero nuevo y sin experiencia... Después de los entrantes, el anfitrión pidió que hiciésemos una pausa de un cuarto de hora antes de esfumarse para regresar al cabo de un rato. Entretanto, su esposa nos había dicho: “Hace poco, ha comprado una radio Marconi muy grande y la escucha por la mañana, por la noche y a medianoche...”. Efectivamente, el señor de la casa regresó con el rostro lívido después de escuchar las noticias vespertinas: “Sí, exacto, eso es. Por las noches, a las nueve, oigo el noticiario de Luxemburgo y el de medianoche desde París. La visión más ecuánime y objetiva de lo que sucede en el mundo. Pero, en estos últimos días..., ¡es desolador! Joonas, Linda: ¡¿lo habéis oído?! ¡¿Qué carnicerías internas se están llevando a cabo en Moscú?! Allá estaba..., en esta Europa que se va llenando progresivamente de camisas pardas..., en Moscú estaba..., para mí también..., el último refugio de esperanza. Pero, ahora, justo en estos momentos, estaba escuchando... ¡la paranoia autodestructiva que se está extendiendo por todo el país! En Jabárovsk, ayer mismo, fusilaron a noventa trotskistas. En Bielorrusia, el comisario del Pueblo para la Agricultura (Benek, creo que se llamaba) y las autoridades de su instituto, todos arrestados. Bajo la acusación..., cielo santo, qué acusación tan descabellada, de haber desarrollado unas pastillas en el laboratorio del comisariado para tratar a los caballos y al ganado vacuno e introducir en ellas bacilos de la peste bubónica para propagarlos por todos los rincones del país... Todos los *koljós* de Bielorrusia serían nidos de espías de la inteligencia polaca... Según informan los periódicos ingleses, en Kiev habrían arrestado y ajusticiado a novecientos militares y en Járkov a trescientos. A sus familias, las mandaron a Siberia”.

Ullo siguió su relato:

«Recuerdo que fue describiendo con pelos y señales, primero mientras comíamos *rossolje* y huevos rellenos y luego mientras bebíamos café y licor

de hierbas Bénédictine, cuáles eran las fuerzas externas e internas que se daban cita y que manipulaban las relaciones con Moscú. Pero bueno, pasemos a la siguiente visita que hice a Pärnu, que fue la última (sí, cierto, fui otra vez más, en otoño del 39, pero esa vez no fue de veraneo, sino a casa de Barbarus). Para entonces, las cosas ya habían cambiado mucho en mi vida, porque trabajaba a las órdenes de Uluots como funcionario, en el gabinete del primer ministro. Me dejé caer por allí porque, al final del verano, mi madre empezó a quejarse de unos dolores de espalda de origen reumático o neurálgico. Y el tío Joonas le estuvo dando la tabarra para que fuese a darse baños de lodo en Pärnu. Se trataba de un lujo más bien caro pero, al final, el seguro de enfermedad pagó una parte y nosotros mismos nos hicimos cargo de la otra, así que mi madre pudo pasarse allí tres semanas en agosto. Un fin de semana pedí permiso en el trabajo y fui a verla. En el sanatorio me enteré de que Barbarus (o sea, el doctor Vares) había buscado la habitación donde estaba mi madre (“Estimada señora Sandra Paerand... Así que es usted la... cuñada... de mi viejo amigo el doctor Berends, ¿no?”) y hasta había preguntado si era “la madre del joven poeta Ullo Paerand”. Luego fue varias veces más a visitar a mi madre y a darle consejos relacionados con el tratamiento, aunque no era médico de la plantilla permanente del sanatorio (solo lo llamaban de vez en cuando para algunas consultas). Al mencionarle ella que el sábado por la mañana iba a salir del sanatorio porque yo iría a verla, el doctor nos rogó que fuésemos a almorzar a la calle Vilmsi. Y allí nos presentamos. Escucha, ¿te acuerdas de que cuando me preguntaste cuál era mi opinión de él empleé la palabra “contradicción”? Puede ser que todavía mejor fuese el término “vacilación”. Porque, mientras almorzábamos, salieron a colación los mismos temas que habíamos discutido cuando lo visitamos la vez anterior Joonas, Linda y yo. Por entonces, aún duraba el estruendo que recientemente habían causado en la prensa los procesos ejemplarizantes de Moscú contra Bujarin, Yágoda, Rykov y demás malhechores, todos los cuales fueron condenados a la pena máxima. Lo que me dejó perplejo fue darme cuenta de que la actitud de nuestro anfitrión al respecto había cambiado por completo. Ya no daba muestras de sobrecogimiento ni de consternación, ni hablaba de ninguna paranoia. Según él, estaban tomándose “sí, claro..., medidas trágicas, no hay ni que decirlo, pero también ineludibles, urgentes y políticamente necesarias: ¡medidas draconianas, pero que van a depurar el mundo!”.

»Eso me hizo darme cuenta de algo... Creo que no fue inmediatamente ni allí mismo, tomando café, antes de que mi madre y yo cogiéramos el último tren de regreso a Tallin, mientras nos contaba el viaje que había hecho en primavera por Grecia y Yugoslavia... Debió de ser mucho después, probablemente años después, pero al final caí en la cuenta... Solo que nunca había tenido tiempo antes, por no hablar de oportunidades, de ponerme a investigar la cuestión: el doctor Vares había, pues, ido a Grecia y a Yugoslavia en primavera... Tendría una gracia loca que hubiese sido también por entonces cuando aquellos dos tipos se pasaron por allí durante el verano... Me refiero al profesor Kirchenstein y al maestro de escuela (bueno, y escritor...) Paleckis:²⁹ el primero a Sopotis, por ejemplo, y el segundo a Karlovy Vori... Y que fuese en aquellos lugares donde los captasen por vez primera sus contactos moscovitas. ¡Porque en algún sitio tuvieron que establecer la conexión con Moscú! Evidentemente, para eso era mejor el extranjero que el propio país, donde a cada paso acechaba el peligro de que semejantes tomas de contacto despertasen la curiosidad de alguien, independientemente de cuán discretamente se actuase. Aparte de que, para los interlocutores moscovitas, la perspectiva de realizar viajes de importancia nacional (y, para colmo, secretos) a lo que desde Moscú se veía como centros termales del Báltico, resultaba apetitosa y sumamente intrigante. Recuerdo aquella última visita a Pärnu, cuando dejamos de hablar de la fortuna que habían corrido Bujarin y sus camaradas, y él empezó a comentar su periplo por Yugoslavia durante el verano. Los dos (la señora Siuts y nuestro anfitrión) describieron al unísono la belleza sin igual de los paisajes de la costa del Adriático. Barbarus habló muy particularmente de la bahía de Kotor, que ofrecería, contemplada desde lo alto de las montañas, la vista más maravillosa de toda Europa... En ese contexto puedo imaginarme lo que tal vez ocurrió allí, en algún recóndito balcón del hotel... La esposa se habría tomado un somnífero antes de irse a la cama y el doctor estaría en el balcón con otros dos tipos con los que habría hecho amistad en el curso de esas dos semanas de hotel, sentados los tres en tumbonas, en torno a una mesa y con botellas de *slivovits* o *Zlatna Kapliva*. Esos dos tipos (hombres infinitamente agradables) trabajaban para una agencia de telégrafos de la Unión Soviética y para el Ministerio de Asuntos Exteriores, respectivamente. Con lo cual, Barbarus podría conversar fluidamente en ruso, una lengua que todavía no había olvidado del todo. Pues bien, ¡uno de ellos había ido a la Universidad

de Kiev, de manera que compartían recuerdos y referencias de la época de preguerra y de la Primera Guerra Mundial!... ¡Tantísimas cosas en común!... En el transcurso de la charla, hubo varias sorpresas: “*A my zhe konechno nablyudaem vsyo vremya za dostizheniami nashikh dobletsnyikh malenkikh sosedei —osobenno v oblasti kulturyi...—*”³⁰ Y *gospodin* Vares... le seguimos a usted personalmente, sí, sí: el papel semiheroico que ha desempeñado en la batalla por la cultura de su patria. Pärnu es, desde luego, una ciudad de provincias, aunque...”. Etcétera. Nadie había proclamado en voz más alta que él, por lo menos en la vida pública, el carácter provinciano de Pärnu dentro de Estonia. Pero, ahora, cuando aquel moscovita tan pagado de sí hizo esas declaraciones desde su lejano pedestal, con la mirada fija en el rostro rosáceo del doctor, que iluminaban a la vez las lámparas del techo con su bombilla mate y nocturna, y las estrellas reflejadas en la bahía bajo la falda de la colina, el rostro envuelto en la nube de humo de un cigarro de Papasastros... En ese momento, la declaración de que Pärnu era provinciana parecía acertada, claro, pero al mismo tiempo casi ofensiva, casi inadmisibles. Sin embargo, no había manera de que él reparase en la ofensa, porque las palabras de aquel hombre, que se había referido al *papel semiheroico* del doctor Vares, soplaban con tal fuerza sobre las huellas de su lesa amor propio que las llegaban a cubrir.

»A continuación dijo, después de dar unos sorbitos más a la siguiente botella: “Mire, *gospodin* doctor, sabemos de su profundo interés por la literatura y por las humanidades en general. Pero en asuntos de la práctica diplomática, seguro que usted no tiene tanta experiencia. Me refiero a un asunto como que un Estado tan pequeño y totalmente independiente como el suyo vaya a preguntarle al Gobierno de su vecino mayor quién preferiría que ocupase el sillón de primer ministro. Esas cosas no suceden jamás en la práctica diplomática. Oficialmente, jamás. Por ejemplo, sería impensable que su presidente enviase al señor Varma desde la embajada de la calle Sobinov a preguntarle su opinión a Mólotov. Jamás se haría. Aunque, si fuese algo extraoficial, solo a efectos de obtener información..., eso ya sería otra cosa. Imaginemos al segundo secretario del señor Varma y a mí, en ese edificio pequeño y acogedor donde tienen ustedes la embajada, en la calle Sobinov, en algún rinconcito íntimo durante una recepción manteniendo un diálogo de cinco minutos, bebiendo sendas copas de champán. El segundo secretario al que ya he hecho mención plantearía una pregunta (me la plantearía a mí) y a

mí se me antojaría decirle (especialmente después de nuestro encuentro durante este viaje, que se ha producido, ya sabe, por pura casualidad): ‘Miren ustedes, nosotros consideramos que, para que las relaciones entre Moscú y Tallin evolucionen de la mejor manera posible, en vista de las tensiones que se están produciendo en el mundo, el candidato óptimo sería el doctor Vares...’. Solo que eso no puedo decirlo. Al menos, no mientras no sepa que usted estaría dispuesto. Porque podría ser que para usted fuese más importante seguir componiendo en paz sus poemas que, pongamos por caso, asumir la responsabilidad de servir de guía a su patria... Entre Escila y Caribdis, por qué no decirlo, *pour faire usage de la formule classique...* (Ivan Ivanovich demostraba así que había ido a la escuela diplomática en tiempos de los zares...)’».

Ullo tenía la frente un poco húmeda y se había escondido tras la oreja derecha un mechón de pelo negro como un tizón, en el que destacaban solo tres canas. Me miró de soslayo, ensimismado como estaba en sus visiones históricas, y prosiguió:

«Y fue entonces cuando, saliendo de la más remota y profunda tiniebla, se subió al carro el personaje de la agencia de telégrafos:

»—*Gospodin doktor, dorogoj moij:*⁻³¹ no tiene usted que contestar de inmediato; en absoluto. Tenga en cuenta que todo esto, por el momento, es mera improvisación. Así que piénseselo muy bien. Dentro de poco iré a Estonia, a Tallin. Y también a Pärnu. Para que me entreguen usted y sus colegas un proyecto de una antología poética estonia que se publicará en Moscú. Usted va a encargarse de diseñar este proyecto. Pero no se le ocurra contestar de viva voz a la pregunta que le hemos hecho hoy. No es en absoluto el mejor momento para hacerlo. Introduzca su respuesta en ese proyecto. El pacto es el siguiente: va usted a elaborar un listado de autores. Al lado de cada autor, se citará su obra recomendada. Si coloca su propio nombre en primer lugar, querrá decir que, a la pregunta de hoy, responde “no”. Si lo coloca en el orden que le correspondería alfabéticamente, “no”. Si elige el último, también “no”. Pero si lo coloca, con la humildad propia de los editores, en el último lugar pero pone detrás todavía otro nombre que al principio pudiese haber olvidado, de manera que su nombre quede en penúltimo puesto..., eso querrá decir que a nuestra pregunta de hoy responde “sí”. Si decidimos que finalmente seleccionará veinte nombres, su respuesta será en todos los casos “no” excepto si se coloca en el puesto 19...».

Ullo salió de su vacía estancia peterbrookiana y se vino de nuevo a mi estudio, desde el que se dominaba una vista magnífica de la colina de Toompea, y metiéndose mechones de pelo por detrás de las orejas, me miró con fijeza y se puso a reír no sin cierto embarazo:

—¡Válgame el cielo, pero será posible!

Yo comenté, asombrado:

—¿Y no hay ni un alma que haya visto jamás ese listado de nombres de Barbarus?

Él me respondió:

—¡¿Qué quiere decir que ni un alma, jamás?! Pues claro que lo vieron, aquellos que tenían que verlo...

Ullo hablaba de su carrera como funcionario estatal con la máxima seriedad o, para ser más preciso, con un engreimiento más disimulado del que yo habría esperado en él. Y con ironía, desde luego. Pero también se refería a ese período, me parece a mí, con algo de nostalgia. Yo llegué a tener cierta prevención a la hora de sondear tanto la superficie como las simas de aquello, de manera que, al final, me quedé sin explicación para ambas caras del asunto: la irisación irónica de la superficie y la más profunda ternura retrospectiva.

Según leo en mis anotaciones, Ullo me explicó más o menos como sigue cómo obtuvo su puesto de funcionario:

En torno a abril del 37, a raíz de las circunstancias, o mejor dicho de la circunstancia descrita anteriormente, hizo mutis de la redacción de la *Enciclopedia Deportiva* y se dedicó por entero a sacar adelante el negocio de la lavandería Aura. Sin embargo, a principios del 38 leyó en el periódico *Päevaleht* un anuncio que informaba de que el Comité Electoral Central estaba dispuesto a pagar a quienes se involucrasen temporalmente en la preparación y organización de las elecciones a la Cámara de los Diputados, el Riigivolikogu, cuya fecha estaba próxima. Las elecciones a la Cámara tendrían lugar el 24 y 25 de febrero del 38 y los contratados para asistir en este proceso iniciarían sus labores el 1 de febrero del mismo año.

Ullo era consciente de que (en el mejor de los casos) ese sería el único mes durante el cual dispondría de algún tiempo libre y de energías después del trabajo de la lavandería. No obstante, pronto empezó a echar en falta las sesenta coronas, ya que andaban cada vez más cortos de fondos. Por eso, se acercó a Toompea a rellenar el formulario de la convocatoria. Me lo explicó así:

«Puede que, mientras lo hacía, albergase el pensamiento de que de ahí podría salir algo más permanente. Pero tampoco es que me tomase muy en serio aquel trabajo temporal y las perspectivas que me pudiese abrir. Y es

que, en respuesta a la oferta, se habían presentado doscientas solicitudes, de las cuales se elegirían solo veinte para cubrir los puestos remunerados. En razón a esa falta de seriedad, en la casilla correspondiente a los estudios escribí: “Educación secundaria finalizada en la Academia Wikman, en Tallin, en 1934. Actualmente exmatriculado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Tartu hasta que dicha universidad sufra una reforma”. En la casilla referente a las circunstancias familiares, escribí: “*de jure* soltero, *de facto* no tanto” (porque, en aquel momento, la presencia de Ruta en mi vida era muy fuerte).

»Sobre la base de esta solicitud, llamaron a cincuenta personas para la entrevista y seleccionaron a veinte. Yo fui uno de los seleccionados, lo cual resulta sorprendente a la par que perfectamente comprensible.

»Machaqué nuevamente a Tomp, que volvía a estar sin trabajo, para que me sustituyera ayudando a mi madre en la lavandería. El acuerdo fue que, si era imprescindible, le diría a mi madre la mentirijilla de que le pagaba treinta coronas al mes. En realidad, rechazó trabajar en la lavandería por menos de cincuenta coronas, así que acabé pagándole esa suma. Con lo cual, a mí me quedarían solo diez coronas de lo que ganase. Pero, simplemente por el cambio de aires y por la aventura que supuso, mi nuevo empleo me supo a gloria.

»El 1 de febrero nos pusimos en marcha. Veinte jóvenes, todos entre los veinte y los veinticinco años, quince chicas y cinco chicos, en una luminosa estancia con cuatro ventanas en la zona de buhardillas del castillo de Toompea, divisando a través de los cristales los tejados rojizos por los que resbalaba la nieve derretida... Los tejados bañados por el sol. Por lo menos los primeros días, me acuerdo perfectamente, fueron soleados.

»Las paredes estaban forradas de estanterías que al principio encontramos vacías y luego se llenaron del material que trajeron de la Imprenta Estatal para las elecciones. En mitad de la estancia había tres mesas de despacho inmoderadamente grandes de la fábrica de muebles Luther para que pudiésemos desplegar a nuestras anchas todo ese material. Para supervisar nuestros quehaceres había tres supervisores que a veces se ponían con nosotros en las mesas y otras en la estancia contigua. El primero era el secretario del Comité Electoral Central Jõgi, un señor mayor bonachón y jovial con el pelo rapado a cepillo que enseguida empezó a interesarse por mí. Era obvio que le desperté un sentimiento algo dudoso que lo impelía a

intentar convertirme en un funcionario como dios manda. El segundo supervisor, a quien veíamos con poquísima frecuencia, era el primer secretario del Comité, Mägi, un hombre con una mirada gris metálica muy autoritaria y el pelo a juego (igualmente descolorido o ceniciento), pero que resultó tener la mente más despejada de todos los tipos que en adelante serían jefes míos. El tercero era el presidente del Comité, y el que menos se entrometía en nuestras funciones: un señor mayor con gafas de culo de vaso llamado Maddissoo que parecía una manzanita ácida y que lo olisqueaba todo, emanando así un evidente sentimiento de zozobra, a pesar de lo cual era más o menos inofensivo».

Ullo continuó así su descripción:

«De nuestro equipo de cooperantes solo recuerdo a dos miembros, un chico y una chica. El chico era Anton Raadik. Sí, sí, el mismo que pronto se haría famoso como boxeador. Incluso llegó a ganar el campeonato de Europa en la categoría de pesos medios, aunque eso llegó ya en una época en la que Estonia era una especie de tierra sumergida en las profundidades marinas. En el Comité cumplía más o menos la función de transportista. Había aprendido el oficio de guarnicionero y, en caso de necesidad, echaba mano de sus mañas de golfillo de barrio portuario. Y estaba siempre listo para hacer los honores en los bares. Y luego aquella chica...».

Por cierto, volviendo a mis notas y hojeando un poco hacia atrás, me doy cuenta de algo: casi en todas y cada una de las situaciones que me narró, e indudablemente en sus puntos de referencia más duraderos, como por ejemplo los lugares de trabajo, Ullo siempre pone de relieve que le ha llamado la atención alguna mujer que él considera especial, por el motivo que sea. Así que empecé a preguntarme: ¿no lo haría por cierto imperativo artístico o algo similar...? En virtud de lo cual, ¿no podríamos pensar que, en realidad, no fueron figuras tan esenciales en las situaciones referidas ni le afectaron con tanta intensidad? ¿O que, habiendo existido realmente de uno u otro modo, fuesen, sin embargo y sobre todo, el sucedáneo de otra cosa? Cada vez que se me ocurría plantear esta pregunta me sumía en la perplejidad, pues me parecía que rozaba un terreno demasiado íntimo. Y, al final, me quedé sin hacérsela. Aunque, claro, me imagino perfectamente cómo me habría contestado: «Cielo santo, ¿es que no te has dado cuenta? Algunas veces empleamos en nuestros relatos los mejores colores de la realidad, y otras los más sosos. Los más espesos van allí donde algo se quedó

a medias, frustrado, y los más sosos allá donde algo se hizo realidad o acabó por imponerse. En general, cuando hablamos de nuestra vida intentamos convertirla en arte, o intentamos al menos ir dándole empujoncitos hacia lo artístico. Me refiero con eso al arte como aquello que, en un momento dado, la gente considera como tal».

En fin, volvamos a la chica. Ullo habló de ella en estos términos:

«Su nombre era Piia Alkman y había acabado, creo, la secundaria en el instituto Kaarli. Aunque, todo sea dicho, yo no vi nunca su diploma de estudios. Pero algo tendría que saber cuando el señor Maddisoo había decidido contratarla tras la entrevista. Allí estaba sentada, pues, Piia, al otro lado de la mesa, como enviada por el destino. Justo enfrente de mí. Vestida con un mínimo atuendo de batalla. Y maquillada con pintura de guerra. Llevaba un traje blanco con alguna que otra raya negra. Bajo la chaqueta, una blusa de punto cuyo cuello se precipitaba hacia abajo, hasta el inicio del escote. Sus extremidades eran de lo más peculiares: tenía las muñecas finas y los antebrazos carnosos, los huesos de los tobillos delgados como husos, las rodillas mullidas y, por encima de ellas, una exuberancia que la brevísima faldita apenas era capaz de contener. Era una voluptuosidad de esas que cae como anillo al dedo a una veinteañera coqueta, y ante la cual deberíamos habernos preguntado qué aspecto tendría la chica diez años más tarde. Aunque, claro está, no nos preguntábamos nada de eso. Porque lo que estábamos pensando era cómo conseguiríamos esa misma noche... o a la siguiente... o una semana más tarde... Más que nada porque ella, Piia, no era vulgar en absoluto, a pesar de que llevase la melena rubia con reflejos rojizos siempre despeinada a pesar de sus párpados pesados y de sus labios muy voluptuosamente embadurnados de oscuro. Sencillamente, era hermosa. Sin embargo, después de unos pocos intentos de charlar con ella y de no obtener más que monosílabos por respuesta, me dije: “Esas uvas están agrias...”. Mi único consuelo fue que también rechazó al boxeador Raadik, cuyos intentos de aproximación fueron recibidos con la misma gelidez que los míos, si no con una gelidez todavía mayor, según me pareció a mí».

Cuando quise saber cómo continuó su folletín con Piia, o cómo acabó, Ullo me pidió después de mirar por la ventana durante un largo rato: «Espera...». Eso me hizo concebir automáticamente una sospecha: ¿no se parará porque necesita cierto tiempo para inventarse una fantasía...? Así que le dije, con cierto azoramiento: «Bueno, pues vale. Háblame primero del trabajo. ¿En qué

consistía exactamente?»).

Ullo me respondió, y yo deduje que su tarea consistía en clasificar el material electoral que llegaba de la Imprenta Estatal, separándolo por juntas electorales municipales y provinciales según una tabla del Comité Central, para luego enviarlo por correo. Todos los distritos electorales tenían que recibir algunos extractos de vital importancia de la ley fundamental y de la ley electoral de la Asamblea de Representantes, además de las directrices y de los boletines más esenciales. Habían de incluir también, por supuesto, las papeletas. Además, cada distrito electoral recibiría su propio libro de actas.

Aproximadamente en este punto, aparece destacado en mis apuntes lo siguiente, subrayado dos veces y con dos signos de interrogación: «¿Ullo *racion?*». Porque recuerdo que me contó que había manipulado algo que tenía que ver con la gestión racional del papeleo, en un intento de simplificarlo, y que aceptaron su propuesta. Más o menos, me dijo que cuando el viejo Jōgi se puso a explicarles qué materiales les iban a llegar dos o tres días más tarde, Ullo había preguntado («Ya sabes, el amor propio de los chavales»): «Señor Jōgi, yo entiendo que las papeletas tienen que tener, obviamente, el formato clásico de la papeleta electoral. Pero todo lo demás (en total, nueve clases de documentos) ¿irá en el mismo formato de octavilla? ¿No será más razonable que los mandemos cortar en tres longitudes y tres anchuras diferentes? De ese modo, obtendríamos nueve formatos distintos, y resultaría más práctico separarlos manualmente por montones...».

Conque el señor Jōgi arrastró a Ullo a su despacho y se dejó asesorar por él. A continuación, se lo llevó consigo a la Imprenta Estatal de la calle Niine para negociar con el maestro impresor. Y así, aunque ello conllevara, evidentemente, un retraso de un día entero, el material electoral acabó imprimiéndose en varias longitudes y anchuras, que se diferenciaban entre sí en dos centímetros. El bueno de Maddissoo se aclaró la garganta: «Ajá, ajá... Una idea requetebuena. Sí, señor».

Después de trabajar como mulos durante tres semanas, el 26 de febrero por la noche todo el material electoral volvió de nuevo a sus manos, a la buhardilla del castillo de Toompea. Las papeletas, depositadas en ochenta cajas cerradas y reforzadas con una arandela de latón, estaban agrupadas en montones de cien. Los supervisores del Comité dedicaron toda la tarde, la noche y la madrugada al recuento de papeletas y a verificar los datos de los libros de actas. Las diferencias resultaron ser, por cierto, mínimamente

mínimas. Lo hicieron los tres supervisores. Más Ullo, claro.

Al día siguiente, 28, dieron puerta a dieciocho de los veinte cooperantes (entre ellos, a Piia, para decepción y alivio de Ullo). Solo a dos se les ofreció la posibilidad de continuar trabajando, y ambos la aceptaron: Raadik se convirtió en mensajero del gabinete del Riigivolikogu o Asamblea de Representantes, y Ullo en funcionario del mismo gabinete. El primer sueldo que recibieron fue de cincuenta y sesenta coronas, respectivamente.

Sobre este punto, Ullo se extendió bastante:

«Bien... Yo diría que, durante los meses en los que trabajé en la administración de la Asamblea de Representantes, no me sucedió nada digno de mención. Tenía que solventar, digámoslo así, los clásicos trámites burocráticos. De vez en cuando, el viejo Jõgi me mandaba a algún sitio con documentos; por ejemplo, a las sesiones de la Asamblea, para llevarles distintos tipos de documentación a los diputados o para reclamarles los que debían enviarnos a la oficina. O a poner en orden los despachos de las mecanógrafas. Allí había decenas de señoritas. Tú querrás saber si alguna de ellas me llamó la atención, ¿no? Pues, realmente, no. Excepto una pelirroja de mi edad, chiquita y pecosa, llamada Leida Saarloo, que tenía un ojo verde y el otro marrón. Me trataba con una condescendencia que era al mismo tiempo alegre y amistosa. Además, era la mecanógrafa ideal. Seiscientas pulsaciones por minuto, de día y de noche. Hice con ella una apuesta: yo conseguiría en un mes el mismo número. En el momento de cerrar la apuesta, yo llegaba solo a doscientas. Tú lo recordarás también... Durante unas semanas, estuve yendo varias noches, gracias a un salvoconducto que me hizo tu padre, a la Instituto Vöölmann para entrenarme con una vieja Continental. Al final, logré llegar a quinientas cincuenta pulsaciones por minuto. Quizá me habría hecho falta otra semana más, pero me di por vencido porque no me pareció *fair* lo de superar las pulsaciones de la pelirrojita Leida, tan encantadora con su ojo verde y su otro ojo marrón. Acabé entregándole diez coronas por ganar la apuesta, tal y como habíamos acordado, y una rosa amarilla. Pero ella se negó a aceptarlas, y continuamos apostando y riñendo durante tanto tiempo que los corrillos de chismosas empezaron a gorjear como gorriones y a extender la sospecha de que entre nosotros se estaba gestando una novela... Hasta que, por fin, el señor Jõgi me llamó a su despacho (ya estábamos en agosto del 38) y me preguntó si quería ir a trabajar a las oficinas del gabinete del primer ministro. Se trataba de un ascenso, ¿no? Un pequeñísimo ascenso, pero un

ascenso, al fin y al cabo. Era un puesto de funcionario estatal de alto nivel, con un sueldo de setenta coronas. En fin... Bromeé con el viejo Jõgi diciendo que me habían promocionado dos veces, a razón de diez coronas cada una. Y que si tenía en cuenta las tablas de salarios de la función pública, podía concluir que en veinte años llegaría a ministro y en treinta a primer ministro... Por lo tanto, aceptaba. Por qué no. Y lo hice. Me fui a trabajar para el primer ministro. Aunque, evidentemente, eso no fuese un paso demasiado prudente en relación con la gestión de nuestro negocio de lavandería».

Ullo continuó:

«¿Me has preguntado cuál era el ambiente en esos tres primeros puestos míos de funcionario? Eso es facilísimo de describir. Fue más distendido y desenfadado durante el primer mes, con la pandilla de chicas y chicos del Comité Electoral Central. Correteábamos como en un gallinero, o como en un parvulario, y nos divertíamos mucho. A la vez, eso reforzaba nuestra autoestima y daba lugar, aunque parezca mentira, a un leve sentimiento de orgullo. De esta manera, conforme fui pasando de una institución a otra, fue atenuándose el trasiego alegre y ruidoso, aunque perdurase siempre la sensación de estar en una guardería y el subidón de autoestima... Sí, sí, sí... Pero, muy a pesar mío, me percaté de que hasta yo mismo era presa de esos sentimientos. Y es que todos esos señores que giraban en torno a la Asamblea de Representantes (tal vez los que formasen parte de ella tuviesen una postura algo distinta. Me refiero a los que giraban en torno a los que ostentaban el puesto de diputado) consideraban que, por trabajar en la Asamblea, estaban haciendo historia. Incluso yo mismo lo pensaba, a pesar de todas mis ironías y de que en el fondo era consciente de que la Constitución que había hecho Päts (o, por ser más precisos, Klesment) era relativamente presidencialista y de que contenía fragmentos que parecían sacados directamente de los estatutos de una fraternidad estudiantil. Aun así, tenía que reconocer que, después de cuatro o cinco años de convulsiones constitucionales, por lo menos ofrecía algo de estabilidad. Con cierta sorna, empecé a pensar que tal vez yo mismo acabaría gravitando hacia la verdadera democracia, aunque eso sí, solo después de haber subido en el escalafón dos veces en un año y de alzarme hasta la altura del primer ministro.

»Y he aquí una prueba de esta sorna mía (digamos, mejor, de mi sonrisa guasona). No recuerdo ya si fue antes de la Navidad del 38 o entre Navidad y

Año Nuevo cuando vino a buscarme un individuo de la órbita del primer ministro, cuyo nombre me era totalmente desconocido, pero cuya cara había visto en algún sitio.

«—Señor Paerand, el primer ministro quiere hablar con usted.

»Kaarel Eenpalu estaba en ese momento en el séptimo mes de mandato. Antes ya había sido Riigivanem, jefe de Estado, y varias veces Ministro del Interior, además de haber ocupado otros cargos. Era alguien a quien los socialdemócratas de la época y por supuesto también el puñado de comunistas que había por entonces en Estonia, además de muchos elementos críticos dentro de su propia fraternidad de estudiantes, Amicus, habían bautizado como el Ministro del Interior más policíaco del estado policial que era por entonces Estonia. O algo por el estilo».

Ullo estiró el labio inferior y se mordió con los dientes de abajo el labio superior. De este modo, la sombra de bigote que se había afeitado cuidadosamente por la mañana quedó semiescondida bajo los dientes.

«En fin, tú lo sabes tan bien como yo, durante los últimos cuarenta años no ha podido decirse nada en defensa de Eenpalu. Ni tampoco quiero erigirme yo ahora en su abogado. Murió en enero del 42 en el campo de internamiento de Vjatka, de frío y de hambre, antes de que llegara a recogerse en un documento oficial y ejecutarse la pena de muerte a la que lo habían condenado. Allí murieron miles y miles de personas que lo merecían todavía menos que él. Y hablando de eso...»

Aquí, Ullo hizo una digresión y se internó en un estudio comparativo de la historia política de Europa. ¿Y qué mejor sitio que estas páginas para plasmarlo sobre el papel? Así que vuelvo al discurso de Ullo:

«Hablando de eso, durante mis ajetreadas visitas a Toompea, vi a muchos ministros. Visto y no visto, por supuesto, pero los vi. Un par de veces, también al presidente. Gracias a mi padre, que murió hace dos años en Holanda, donde había vivido la mayor parte de las últimas décadas, me había interesado un poco por la historia de ese país (durante los últimos tiempos de la guerra y la posguerra). Se ha tenido que quedar, forzosamente, en un interés tirando a platónico, porque mis contactos personales con él han sido nulos, la correspondencia que pude mantener al respecto, mínima, y las fuentes impresas de las que dispuse, parcas y siempre censuradas. Pero algunas miguitas aquí y allá había. Suficiente para establecer un paralelismo entre el destino que habían corrido al principio de la ocupación soviética los

jefes del Estado y miembros del Gobierno estonio y el de sus homólogos holandeses durante los tres años de la ocupación alemana de Holanda. En Estonia, lo que sucedió fue que de ochenta exministros, setenta y seis o setenta y siete fueron apresados por los rusos. De ellos, fusilaron a veinte. A los restantes, les cayeron condenas más o menos largas; habitualmente, diez años en un campo de trabajo. En aquellos campos, murieron de frío, de enfermedades infecciosas y de hambre treinta y seis de ellos. Quienes sobrevivieron después de cumplir con esa pena no obtuvieron un permiso para volver a casa, sino que fueron enviados a los lugares más remotos, diseminándolos así por todo el territorio de la Unión. Años después, retornaron a la patria tres, como inválidos. De Holanda he sabido solo de un ministro represaliado por los nazis: fue enviado a un campo de concentración en Alemania, pero al cabo de dos años pudo regresar a su país. Y, ¿sabes?, yo no he entendido todavía cómo puede ser que, en los países que llamamos libres, esto se silencie, en lugar de pregonarlo a los cuatro vientos. En todo caso, en lo que se refiere a Eenpalu, no puedo decir otra cosa: no fue un ángel, pero tampoco un delincuente. No fue un genio, pero tampoco un imbécil. Y si amaba en exceso el poder, también amaba en exceso la legalidad de ese poder. Pero, bueno, estábamos en que yo fui a verlo a su despacho, que se encontraba en la misma estancia donde más tarde se sentarían todos nuestros (llamémoslos así) primeros ministros, desde Barbarus y Lauristin hasta Klauson y Toome.

»Todo el mundo sabía que Eenpalu era capaz de comportarse de manera arisca y brusca. A pesar de su aspecto delicado. Alto. Más bien delgado para sus cincuenta años. Si dividimos los tipos humanos como hacía el novelista Oskar Luts³² en su cuatrilogía de las estaciones, sería más bien como los personajes Kiire o Toots que como Tõnisson o Arno Tali. Verdaderamente, parecido a Jorh Aadniel, aunque, eso sí, en absoluto cómico.

»—¿El señor primer ministro me ha hecho llamar?

»—Sí. Siéntese, por favor.

»Me dio la impresión de que no sabía quién era yo y por qué me había llamado. Estaba sentado tras una mesa vacía y desolada y yo frente a él, en un sillón de cuero que él mismo me señaló con la mano. Se atusó con los dedos los cabellos ralos, lisos y apenas perceptibles mientras intentaba acordarse de quién era yo, para qué había ido allí... Pero no lo consiguió. Yo, mientras, me columpiaba con el trasero apoyado en el borde del sillón y me complacía

contemplando su denuedo. Al cabo, preguntó:

»—¿Usted... sería... ahhhh?

»Solo entonces dije:

»—Soy Ullo Paerand, a su servicio.

»Contento con la aclaración, dijo muy animado:

»—Correcto, correcto, correcto. Muy bien... Voy a ser breve. Me hace falta un subalterno. Para tareas rutinarias, de poca envergadura, pero que a veces podrían ser incluso de vital importancia en algún sentido. Me han asegurado que usted podría ser el candidato idóneo para ese puesto. ¿Qué le parece?

»Buf, ¿qué podía responderle yo? No iba a ponerme a dar gritos y a decir que sí, cómo no iba a ser yo el mejor de todos los candidatos que podrían habersele presentado... Rápidamente, aunque sin ambages, le dije:

»—Creo que podría ser idóneo... para que me ponga a prueba.

»Él captó el humor de mi respuesta, que pareció provocarle un hilillo de risa. Con cierta retranca, dijo:

»—Entonces, decidido: vamos a hacer la prueba. Vaya usted a la habitación de aquí al lado a ver al comandante Tilgre. Es el secretario del primer ministro y le explicará cuáles van a ser sus obligaciones a partir de ahora. Mañana empezará a las nueve.

»Se levantó de la silla y me tendió la mano con un aire que se me antojó algo nervioso.

»De esa manera, me encontré de repente en posesión del puesto de funcionario que tantos codiciaban (no por la subida de sueldo de diez coronas que supuso para mí, claro está, sino porque implicaba una gran cercanía física con el primer ministro, la encarnación del poder. Y, en general, por la cercanía a..., digámoslo así, los asuntos de Estado)».

«Con todo, esa idea que me creé en la sala de espera de Eenpalu de que iba a estar cerca de los asuntos de Estado (es decir, de secretos, intrigas y negocios sucios) era pura ingenuidad. Por lo menos, para alguien como yo, que, desde luego, no estaba sordo ni ciego con respecto al mundo que me rodeaba, pero que, por así decirlo, no se fijaba en nada de eso, como suele pasarles a los jóvenes. Principalmente me iban a encargar, como me había adelantado mi superior, tareas de poca monta, rutinarias, que alguna vez podrían ser incluso trascendentales en algún sentido (y es que, en esos primeros momentos, incluso un observador más maduro de lo que era yo entonces, con una visión más profunda, habría sido incapaz de calibrar la verdadera dimensión de las cosas).

»En mi nuevo puesto, mi superior directo era, como ya he dicho, el secretario personal del primer ministro, el comandante Tilgre. Aunque por lo que oí procedía de la feraz Mulgimaa, una región muy rural al sur del país, era un tipo excepcionalmente seco. Pese a lo cual hay que reconocer que también era escrupulosamente educado. Tenía unos cuarenta años. Además, en realidad, Tilgre trataba conmigo muchísimo menos que el jefe de la Cancillería, Terras, que oficialmente debería haber sido un jefe mucho más lejano e inaccesible. Terras era un hombre de corta estatura, extremadamente discreto, que procedía de la región de Virumaa,³³ había cursado sus estudios en la Universidad de San Petersburgo y poseía grandísimas dosis de una cualidad ideal para los funcionarios públicos: no llamaba en absoluto la atención. Pero, cuando alguien lo necesitaba, siempre estaba disponible. No llamaba en absoluto la atención y era tan irremplazable que se mantuvo en su puesto durante los veinticinco cambios de Gobierno que tuvieron lugar en la República de Estonia durante los veintidós años de independencia. En este sentido, cabría apuntar que también siguió allí en las primeras semanas del vigésimo sexto cambio (o sea, del Gobierno de Barbarus), hasta que alguien advirtió su presencia en algún sitio que no le acabó de cuadrar y pasó lo que

tenía que pasar. Detuvieron al canciller y le dieron la oportunidad de morir de muerte natural un año más tarde, de hambre o de disentería, en el campo de internamiento de Solikamski. O acaso fuese por congelación. Lo cual, dios lo haya perdonado, era un destino de lo más normal para alguien de su calibre, como todos sabemos.»

Y yo mismo, Jaak Sirkel, no puedo sino pensar, mientras releo por encima mis anotaciones sobre la odisea ulloica, que sé mucho más de estos temas. Porque los conocimientos de Ullo al respecto, en comparación con los míos, eran meramente folclóricos, como los que puede tener cualquiera de oídas. Pero yo había escuchado una auténtica lección magistral sobre el tema que dio en cierta ocasión un tipo calvo con galones de comandante (en un marco de lo más inspirador, por si fuera poco).

Lo que voy a referir sucedió en la última semana que estuve trabajando de secador de botas de fieltro; es decir, en el año 1949. Ya he escrito algún texto sobre aquel peculiar oficio, sobre cómo llegué a desempeñarlo y sobre las responsabilidades que comportaba. Aunque también me asalta ahora la sospecha de que mi apartamiento de lo que era, para los parámetros de un campo de trabajo, un empleo bastante bueno, pudo ser consecuencia precisamente de esa didáctica conversación.

La cosa empezó con un cuaderno en el que escribía algo de vez en cuando y que yo guardaba en el cajón de mi mesa en la sala de secado de botas. Cosas elegidas con extremo cuidado, no te vayas a creer. Por entonces, eran sobre todo poemas. Unos pocos míos; otros, traducciones. De entre las últimas, recuerdo «La niña que cantó en el coro de la iglesia», de Blok, y «*Zhdi menja*» («Espérame»), de Símonov. En todo caso, ese cuaderno solo incluía textos que podrían situarse en la franja de la neutralidad, entre los exabruptos de patriotismo soviético y la crítica del régimen. Vamos, que no podrían haberme perjudicado si alguien hubiese vigilado lo que escribía a mis espaldas. Y si de algo estoy seguro es de que alguien venía a controlar lo que yo anotaba sin que me enterase (controlaban eso y todas las demás huellas de mi presencia allí, por otro lado).

Si me preguntaran ahora qué sentido tenía para mí ese cuaderno, no sabría dar una respuesta satisfactoria. En cierto sentido, surgió por los motivos que suelen dar lugar a algo así en circunstancias normales: dejar constancia de uno mismo, de la propia memoria. Pero, en cierto sentido, también lo hacía para provocarme a mí mismo y al mundo, como juego y como protesta. El

espía que leía mi cuaderno en mi ausencia (o puede que hasta en presencia mía) tenía, por supuesto, que ser estonio y, evidentemente, debió de informar de lo leído a sus jefes en términos más o menos favorables para mí, puesto que, durante meses, el cuaderno no me causó ninguna complicación. Hasta que, de improviso, una tarde de otoño de 49, «el padrino» me llamó a su despacho cuando ya había oscurecido:

—*Imja? Otchesvo? God rozhdenja? Statja? Srok?*³⁴

Desembuché con celeridad las respuestas al tiempo que pensaba: «¡Qué curioso que este comandante no sea un adefesio agarrotado y lleno de insignias de hierro oxidadas y polvorientas, como la mayor parte de sus colegas, o al menos los que yo he visto hasta ahora!». Aquel individuo prematuramente calvo y nervudo, de unos cuarenta años, solo daba la impresión de estar entreteniéndose la somnolencia y el aburrimiento. Y allí mismo me ofreció la primera prueba de su juego: en lugar de abordar el asunto a través de quién sabe qué derroteros, como solían hacer sus compañeros, el comandante se zambulló de cabeza, *in medias res*:

—¿Qué es lo que escribe usted en el cuaderno que guarda en la sala de secado?

Se lo expliqué, utilizando detalles para construir mi réplica. Mencioné mis intentos de componer poesía, las pruebas de traducción, etcétera. ¡Sospecho que algún investigador contemporáneo podría hasta preguntarse si el comandante y yo no habríamos estado conchabados entre nosotros y hasta colaborado con el KGB!

—Entonces, ¿es usted poeta? ¿No pone en sus credenciales que es abogado?
—preguntó el comandante.

—Así es. Pero, cuando me liberen ustedes, no van a permitirme que ejerza mi profesión.

El comandante arrugó los labios, estiró mucho las pantorrillas bajo la mesa y clavó en mí sus ojos, hundidos bajo los pesados párpados:

—Ejem..., puede que sí. Como jurisconsulto en el sistema de cooperativas de municipios rurales.

Yo respondí:

—En absoluto me contentaría con eso.

—¿Y cree usted que va a permitírsele escribir?

—Circulan rumores de que hay precedentes.

—¿Por ejemplo?

—Astafjev. Su *Alitet va a la montaña*, por ejemplo.

El comandante levantó la barbilla:

—No se crea todas las bobadas que escuche por ahí. Pero, vamos a ver, ¿usted, en realidad, por qué está aquí?

Yo pensé: «Eso es justo lo que deberías saber tú», y le dije:

—Está todo en mis credenciales. Por haber mantenido contactos (como consta ahí) con nacionalistas burgueses durante la ocupación temporal del territorio de la República Soviética de Estonia por parte de las tropas nazis.

—¿Y existían esos vínculos?

Durante la investigación del caso, había respondido tantas veces a esta pregunta, siempre con una negación, que esta vez lo hice de manera totalmente automática:

—Por supuesto que no.

Y pensé: «Ay, ojalá no saque ahora en mi contra el haber difamado a la Comisión Especial, es decir, al Tribunal Soviético (porque, en mi defensa, yo había afirmado que se trataba de una acusación sin fundamento)». Pero no, ¡qué va!, la sorpresa fue de índole bien distinta. Se quedó un rato pensando y flexionó el cuello hacia atrás, antes de decir con supremo aplomo:

—Es evidente que no tenía usted vínculos con ellos. Si los hubiera tenido, le habrían impuesto una pena de diez años. Pero solo le cayeron cinco.

Con esto, queda cubierta la parte chistosa y referente al pasado de esta conversación. A continuación vino la segunda parte del diálogo, que, en mi opinión, es imprescindible traer a colación en la historia de Ullo. Porque, tras el razonamiento expresado en ella, se esconde una peregrinación que aún dura y que nos llevará de regreso a Europa (no únicamente a nosotros, sino a un tercio de todo el continente). La insólita afirmación del comandante era tan provocadora que le pregunté:

—Pero, ciudadano comandante, explíqueme por qué esos vínculos eran, según el poder soviético, execrables hasta el punto de haber castigado incluso a personas que, según ustedes mismos han admitido, no los teníamos, como yo mismo, por ejemplo...

—¡Qué clase de jurista es usted, que no entiende esto! Los burgueses nacionalistas intentaron restaurar lo que ustedes, los burgueses estonios, llamaban República de Estonia. Es lo que querían, ¿no? —barbotó entre dientes el comandante.

—No lo sé. Puede ser.

—Pero, desde el principio, desde el año 1918, esa República no fue más que una revuelta armada en contra del poder soviético. Lo que ustedes llamaron Guerra de Liberación Nacional fue en realidad una revuelta antisoviética. Y sus resultados fueron los de una revuelta de escasa duración. A los cabecillas de ese motín les corresponde la muerte por fusilamiento. Y hay que arrancar de raíz a la clase social que ha dado pie a la sublevación. Y a los elementos que se hayan involucrado en esas actividades conspiratorias les corresponde el exilio a la periferia de la Unión. A la taiga, a la tundra, a la estepa, al desierto. Según los casos.

—¿Quiere eso decir que todos los que, sencillamente, se hayan mantenido fieles a Estonia durante veinte años son delincuentes políticos? —pregunté.

—Ciertamente. Todos. En grados diferentes según los casos.

—¿A pesar de que el Gobierno de la URSS firmó con Estonia el Tratado de Paz de Tartu, supuestamente por un período indefinido? —seguí preguntando.

—Dios me perdone... —Bueno, eso lo dijo en ruso: «*Bog pomilui*», y continuó—: ¡Un tratado así, firmado de la noche a la mañana, puede sancionar cualquier cosa!... Cualquier cosa que beneficie los intereses de la autoridad soviética y la inmutabilidad de su línea política. ¡Vamos, lo que sea por la revolución internacional!

Añadamos aquí que, hoy en día, los correligionarios del comandante no hablan de revolución internacional, sino que en la misma frase sustituyen ese término por «Rusia», como es lógico.

Pero dejemos que continúe hablando Ullo:

«El trabajo en el gabinete del primer ministro empezaba a las nueve de la mañana. A las nueve y media, un mensajero me traía el correo que iba dirigido bien al mismo primer ministro, bien a alguien de su gabinete. Mi tarea era darle registro de entrada y distribuirlo según mi criterio. La mayoría se la pasaba a Terras. Media hora más tarde, él me devolvía la mayor parte y me daba instrucciones muy sucintas sobre cómo contestar a cada carta. Entonces, yo mismo escribía las respuestas y las distribuía otra vez para que las firmasen. A veces, Tilgre también me encomendaba tareas de redacción. Por ejemplo, después del quincuagésimo cumpleaños del primer ministro, Tilgre me trajo a mi mesa los doscientos sesenta y siete telegramas de felicitación que se habían recibido. El señor comandante me dijo:

»—Respóndalos usted. Eso sí, hágalo de manera que cada mensaje sea

diferente, acomodándose al remitente en la medida de lo posible.

»Afortunadamente, cuando esto sucedió llevaba trabajando en ese puesto casi medio año y me orientaba bastante bien en cuanto a las necesidades y exigencias de la casa. Con todo, escribir las contestaciones me llevó dos días de intenso trabajo. Al lado de la firma, estampaba el nombre de Eenpalu con un sello y un tampón de tinta morada. Y, fíjate, al final de la jornada, nadie se llevaba ese sello. En la actualidad sería inimaginable una puerilidad de tal magnitud.

»Otra línea básica de mi labor en la oficina era atender a los que pedían audiencia con el primer ministro. Estos se dividían en dos grandes grupos: los que obtenían fecha y hora para la entrevista, y aquellos cuyas solicitudes yo leía y, por lo general, desviaba a otros destinatarios, para que a su vez recibiesen a esos solicitantes o se hiciesen cargo de los asuntos que planteaban. He de decir que pocas veces venía gente corriente. Por lo general, se recibía a ministros, generales y directores; la mayoría, con un documento en el bolsillo por el que se les concedía audiencia. En esos casos, tenía que despedir a cada entrevistado cuando concluía la visita y también presentar a la siguiente: el señor (o en muy contadas ocasiones, la señora) Tal-y-Tal. Además de esta clase de visitantes de alto nivel, se colaban en la sala de espera de Eenpalu algunas que otras urgencias. Un par de veces al mes, borrachines, en estado de mayor o menor embriaguez, a quienes el primer ministro había ofrecido en alguna ocasión cinco o diez coronas para que saliesen del paso y que habían llegado al convencimiento, al menos en los días de borrachera, de que les habían concedido una asignación permanente, e iban allí a cobrar la correspondiente suma semanal (de apenas cinco o diez coronas, claro. Una auténtica miseria). En ese caso, los abominables cancerberitos del primer ministro eran los encargados de que no entrasen a cobrarlas.

»Pero no todos los que venían pidiendo dinero eran alcohólicos. Por motivos que pronto resultarán evidentes, se me quedó grabado en la memoria uno en particular: el viejo Velgre; un señor mayor muy callado, muy educado, con el pelo plateado y la cara enjuta y rosada. No era servil, pero sí muy disciplinado, y como era muy consciente de que iba a mendigar, se le notaba embargado por un sentimiento de vergüenza. Envejecido, pero perfectamente afeitado y limpio, como corresponde a alguien que ha sido durante toda su vida maestro de escuela y luego director del instituto de su

localidad (en su caso, en Loobre, una aldea con aspiraciones a pueblo). Aunque, por desgracia, cuando yo lo conocí, ya era un viejecito algo senil.

»Yo le entregaba un préstamo de cinco coronas una vez al mes. Cada dos meses, le anunciaba al primer ministro su llegada. A su vez, este último, no sé en virtud de qué ritual o licencia, se apresuraba a tenderme un billete de diez coronas.

»Cuando el viejo Velgre se presentó en la oficina durante la primera semana de junio, yo ya lo había recibido otras dos veces y en ambas ocasiones le había entregado diez coronas. Apareció como siempre hacía, silencioso y correcto, con una amplia sonrisa en su cara rosada. Le rogué que se sentase en un sofá de madera lacado en negro que había frente a mi escritorio y fui a anunciarle su visita a Eenpalu. El primer ministro estaba solo en su despacho. Esbozó una sonrisita tímida cuando me vio (o, mejor dicho, una mueca torpona de connivencia) y por fin sacó un billete de diez de una pequeña caja fuerte que había en el cajón izquierdo de su mesa. Ya estaba en el umbral cuando me reclamó de nuevo a gritos y me retuvo ante su mesa diez minutos aproximadamente, durante los cuales me entretuvo encadenando muchas preguntas. Cuando volví a mi despacho, el sofá negro de madera estaba vacío. Inquieto y huidizo, el viejo señor Velgre no había podido aguantar la espera, porque debía de haber interpretado mi demora como una señal negativa del primer ministro. Así que se había marchado para evitarse el mal trago de ser rechazado.

»No me quedó más remedio que rebuscar en los viejos libros de registro donde constaban los nombres de los solicitantes de audiencia que custodiaba el comandante Tilgre en su despacho para buscar el nombre del viejo y su domicilio y poder enviarle esa misma noche el billete de diez.

»Vivía en una calle que no existe ya hace muchísimo tiempo, la calle Erbe o alguna de esas, en una casa de madera de una sola altura. El propio Velgre me abrió la puerta, pero no me reconoció a bote pronto, y cuando yo mismo le hice memoria, puso un gesto extremadamente cauteloso. Me hizo atravesar su piso de dos habitaciones hasta que llegamos a una estancia muy austera, pero ordenada con una pulcritud extraordinaria.

»—Exacto, exacto, exacto. Esta es la habitación de mi hija, Maret. Pero trasladémonos a mis verdaderos dominios...

»Esos dominios resultaron ser una habitación de unos diez metros cuadrados

en la que había apilados, en montones que se alzaban por todas partes, desde el suelo hasta el techo (exceptuando el espacio que ocupaba un sofá-cama), folios y folios llenos de anotaciones. Llamaba la atención que hubiese tan pocos libros, apenas una decena. Pero allí tenía que haber cientos y cientos de documentos en papel.

»—Usted, ¿a qué se dedica en concreto, si es que no resulta demasiado indiscreta la pregunta...?

»—Ejem... Un poquito... —la parte de la pregunta referente al ámbito de trabajo pareció pasarla por alto, y continuó—. Ay, sí, al señor primer ministro no se le olvida nunca... Vamos, que estábamos en la misma tropa durante la Guerra de Liberación.

»Y allí, en efecto, estaba, de pie junto a la puerta, su hija Maret. Una chica de mi edad, con una generosa melena de rizos castaños y un rostro jovial en forma de corazón. Me miraba con unos ojos grises muy expectantes que no acababan de encajar bien en un rostro como el suyo. Solo al día siguiente logré darme cuenta de por qué: estaban llenos de una melancolía misteriosa, profunda aunque no demasiado perceptible.

»El maestro Velgre dijo:

»—Pues, mira, el señor primer ministro sigue sin olvidarse. Tú dudabas...

»—¿Cómo dices? —replicó Maret quedamente—. Yo nunca lo he dudado. Tú eres quien puso en duda que se acordase...

»Me levanté y me dirigí a la puerta. Le di un apretón de manos al viejo y dejé que Maret me acompañase a la salida. Ya en el recibidor, le pregunté:

»—¿En qué está trabajando tu padre?

»La chica sacudió la cabeza y respondió:

»—Él se imagina que está escribiendo... ensayos, o a saber qué, sobre los rasgos fundamentales de un joven estonio modélico. Pero, después del infarto cerebral que tuvo hace tres años..., aunque, físicamente, no se le note apenas..., después de eso, más que un trabajo, es un pasatiempo para él...

»—¿Y usted, señorita...?

»—Yo estudié un par de años en Tartu, literatura. Pero cuando mi padre tuvo que jubilarse, dejé la universidad.

»—¿Y ahora...?

»—Ahora... soy lectora, o algo por el estilo, provisionalmente...

»—¿Dónde?

»—Doy cursos de puericultura en la Asociación de Jóvenes Cristianas.

»Le pregunté, ya desde el umbral, dirigiéndome al otro lado del mismo y me temo que con una actitud ligeramente hostigadora, aunque sin darme cuenta de ello:

»—¿Es usted creyente?

»Y aquella chica alegre de ojos tan tristes me respondió, mirándome a los ojos y sin inmutarse:

»—Eso no tiene nada que ver con el tema. Les hablo de asuntos relacionados con la educación en la literatura mundial.

»—Uy, eso sí que es interesante —dije con un suspiro que me salió de modo espontáneo, aunque aquel asunto se me fuese a olvidar al cabo de un instante—. Tan interesante que, sinceramente, me gustaría escuchar más cosas sobre el tema. ¿Dónde se imparten esos cursos?

»—En la calle Pikk...

»—Entonces, ¿será en la casa de la Asociación de Jóvenes Cristianas? ¿Si voy por allí, la encontraré?

»—Podría ser. Quizá alguna vez...

»—Pues hasta la vista.

»No fui a buscarla a esa casa. En primer lugar, porque todo esto estaba sucediendo, como ya he dicho antes, en la época de mi relación más intensa con Ruta. En segundo lugar, también porque otro factor se cernía sobre mi vida y la amenazaba, cobrando cada vez más entidad y unos contornos que se iban definiendo progresivamente.

»En la antecámara del primer ministro, el protocolo era por lo general bastante rígido y solemne. La sensación de estar en un jardín de infancia, que ya he mencionado antes, quedaba completamente al margen de todo esto. Los ministros y diplomáticos venían a entrevistarse con el primer ministro vestidos de chaqué. Los generales solían aparecer vestidos de civil. A veces, me daban instrucciones sobre visitantes concretos. Por ejemplo, cuando iba a venir la esposa de nuestro gran autor Tammsaare, Terras me advirtió: “No la dejes pasar a ningún despacho”».

Ullo frunció los labios para esbozar una sonrisa entre conmisericordiosa y cómplice, y yo pregunté:

—¿Cómo te las apañaste en esa situación?

Ullo dio un manotazo en el aire mientras seguía sonriendo:

—Mal que bien... Digamos que con algo de c-c-c.

—¿Qué quiere decir eso?

—Conversé-calmé-convencí. Y, luego, la coceé-cortésmente-a-casa.

—¿Era realmente tan difícil esa señora? —pregunté.

Y Ullo respondió:

—En una medida difícilmente imaginable. Pero lo que quería relatarte era la visita de otra persona. Anterior a la de la señora Tammsaare. Ella llegó a Toompea cuando su marido ya había muerto. Pero este visitante de quien quiero hablarte, *monsignore* Antonio Arata, vino a final del verano, o a principios del otoño del 39. Se presentó con la dignidad de nuncio en Estonia de Su Santidad Pío XII, que muy recientemente había sido proclamado papa. Debió de aparecer un lunes a las diez. Eenpalu ya me había avisado el viernes anterior de que tendría que conducir al nuncio a su despacho de inmediato, nada más llegase. Mientras me lo decía, me miraba con una mueca en la que había mezcladas una pizca de picardía y una migaja de cansancio, de modo que no pude evitar pensar: «Mire usted, aquí nos llegan de todos los colores. Por qué no un nuncio también. Lo recibimos y escuchamos todo lo que tenga que decirnos con guante de seda, incluso con más miramientos que de costumbre. Porque, ciertamente, viene en representación de un poder extraño, que no es exactamente un poder pero que, para algunos, vaya usted a saber si no es el poder supremo...».

»Así que, por así decirlo, esa visita tenía en ascuas al señor primer ministro en persona. Fue entonces cuando, el lunes a las 9 de la mañana, sonó el teléfono de mi mesa. Lo cogí y era... ¡el primer ministro en persona!

»—Paerand... (Aquí debo añadir que Eenpalu tenía que estar fuera de sí, pues solo de ese modo se explica que olvidase incluir el tratamiento de “señor” con uno de sus subordinados. Ya lo decían sus detractores, los partidarios de Tõnisson: “Solo sale a relucir el gendarme que tiene dentro cuando pierde los papeles”. Con lo cual...)

»—¡Paerand! Llamo desde Aruküla... (Aruküla, a veintiséis kilómetros de Tallin en dirección este, antigua casa solariega de los Baranov, pertenecía a Eenpalu en el año 20. Una donación hecha en pago por los servicios prestados en la Guerra de Liberación y, más en general, por su papel de padre fundador del Estado estonio.) Llamo desde Aruküla. El general Tilgre y yo estamos en un apuro. Mi chófer dice que no puede poner en marcha nuestro Buick, pero el nuncio estará en mi despacho a las diez. Así que tiene usted que recibirle y presentarle mis disculpas. No lo deje marcharse. Eso podría provocar un escándalo. Converse con él. Entreténgalo. Diviértalo. Hasta que

yo llegue. Es muy importante. Me entiende, ¿no?

»Y, cómo no, le respondí que claro que lo entendía, aunque, bien mirado, no tenía ni la más remota idea de por qué el nuncio no podía, simplemente, posponer su visita al día siguiente si yo me disculpaba en nombre del primer ministro. Eso no me entraba en la cabeza, ni tampoco he llegado a saber nunca qué es lo que tenían que debatir Eenpalu y el nuncio aquel día. Pero, tras aquella llamada telefónica, me limité a darle vueltas al asunto de qué iba a hacer para retener en la oficina durante media hora o una hora al nuncio (más tiempo no iba a demorarse mi jefe)... Como no se me ocurrió nada suficientemente magnético, tuve que confiarme a la improvisación. Y allí se presentó: un hombre pequeñito, dotado de un brío inusitado, que no paraba de moverse, con la nariz aguileña y vestido con una sotana negra que le confería mucho empaque, quizá más por el cuello morado. Por cierto, este elemento católico también ha hecho fortuna últimamente entre los clérigos de los países protestantes. No sé si recordarás que el arzobispo Rahamägi, cuando a veces oficiaba el rezo matinal en nuestro instituto, llevaba ya entonces una vestimenta parecida...

»Pues bien, fui hasta el umbral a recibirlo, hice una discreta reverencia y dije en alemán:

»—*Monsignore*, el señor primer ministro me ha pedido que le presente sus más sinceras disculpas porque un imprevisto le ha obligado a retrasarse un poco. Y... —Esbocé la sonrisa más abierta y seductora de la que fui capaz y continué—. Me ha pedido que converse con usted para retenerlo hasta que él llegue. Y me ha dicho que, si no lo logro, me ganará su más severo reproche.

»El nuncio respondió en un alemán muy correcto, como yo esperaba, aunque con lo que yo calificaría de un acento pancatólico, un tanto blando, cuya procedencia nacional sería imposible de identificar y que en Estonia sonaba una pizca a ruso, aunque en este caso fuera inequívocamente producto de la influencia italiana. Dijo:

»—El reproche del primer ministro es algo que preferiría ahorrarme...

»En un primer momento, noté que se había ofendido por la ausencia de Eenpalu. Ahora continuó, ya más conciliador:

»—¿Cuánto tiempo puede retrasarse el primer ministro?

»Se lo expliqué:

»—Llamó hace una hora desde su residencia de Aruküla, que está a unos veintiséis kilómetros de aquí. Su coche no arrancaba. Ahora ya debe de

haberse puesto en camino...

»—Ajajá. Hhmm... *bene*. —Cuando se hizo una idea de la situación, sonrió levemente. La perspectiva de que el primer ministro entrase por la puerta en los próximos cinco minutos lo obligó a esperar—: Mire, si el primer ministro nos ha encadenado aquí a los dos y tenemos que formar un dúo dialógico, déjeme al menos elegir el tema. —Cruzó una pierna sobre la rodilla contraria y balanceó el pie, enfundado en un calcetín morado y un zapato negro—. Verá, he llegado a la conclusión de que, para formarme una idea general que me sirva en mi oficio, deberíamos tratar un asunto concreto: los italianos y Estonia. Yo ya sé un poco sobre el papel de Guillermo de Módena en la historia de Estonia. Y también (un poco) sobre el papel del señor Indro Montanelli en el periodismo de este país. Según tengo entendido, ustedes lo han elegido como corresponsal para su revista... ¿cómo se llamaba?...

»—El nombre de la revista es *Looming*...³⁵

»—Exactamente. A Guillermo lo escogió el papa. A Indro lo escogieron ustedes. El primero fue una buena elección, a todas luces. Bien. Entre los dos, sin embargo, hay setecientos años de diferencia. En todo ese tiempo, a la fuerza ha tenido que haber otros italianos en la historia de Estonia. ¿Me podría nombrar a algunos?

»Yo cavilé: “Pocos desgraciados se han aventurado por aquí, pero si le queda un resto de paciencia, no voy a dejar que se marche usted hasta que Kaarel meta las zarpas en este despacho”, y le dije:

»—El primero que me viene a la cabeza, por orden cronológico, después de Guillermo, es el ingeniero de artillería Rudolfo Feoraventa, que participó en el sitio de Viljandi junto con las tropas del Gran Príncipe de Moscú Iván III, y que murió allí mismo en el año 1481. El estudioso de la historia y cultura bálticas Amelung lo menciona en alguna de sus obras.

»—Por desgracia, no parece una coyuntura demasiado gozosa... —rememoró el nuncio.

»Y continué:

»—Luego, en torno a 1520, hubo un médico de Tallin... Según algunos, habría sido el médico jefe de la ciudad, Giovanni Ballivi... —Y me callé que en Estonia se le considera francés, porque tenía la intuición de que, si no lo hacía, el repertorio de nombres que tenía para el italiano se acabaría demasiado rápido. Así que agregué—: Ese médico del que hablo adquirió fama porque su mausoleo lo hizo el mayor artista de la época, Michel Sittow.

¿Ha ido usted a verlo? Está pegado a la muralla norte de la iglesia de San Nicolás, la que tiene una representación de la Muerte.

»—No —musitó el nuncio—. Pero veo que, de nuevo, es un motivo más bien deprimente.

»Y proseguí:

»—El siguiente es más divertido. En el año 1549 vinieron a Tallin unos equilibristas de Italia. Aquí presentaron un número que dejó a la gente boquiabierto. Ataron una cuerda a la torre de la iglesia de San Olaf;³⁶ según parece, no a la misma cúspide sino a la parte del chapitel recubierta de metal (por cierto, en aquella época la torre era veinte metros más alta que en la actualidad). El otro cabo de la cuerda lo llevaron hasta un campo de heno que había a unos cuatrocientos metros. Hasta allá arrastraron una viga con un peso suficiente como para clavarla en el suelo a bastante profundidad y fijaron a ella el cabo de la cuerda, para tensarla. Y bailaron, o como se dice en las crónicas, volaron sobre ella...

»—*Incredibile!* —exclamó el nuncio—. Escuche, ¿no podríamos echarles un vistazo a esos puntos que menciona desde las ventanas de este castillo?

»Yo sabía que en el ala norte del piso superior del castillo estaban las ventanas con mejores vistas sobre Tallin:

»—Si *monsignore* así lo desea, claro... Pero, desde aquí, habría que recorrer unos cien metros y que subir un par de tramos de escalera...

»—Escúcheme, ¡creo que podemos ausentarnos cinco o diez minutos!

»—Indudablemente.

»Abrí la puerta del despacho de los contables. La cabeza rapada a cepillo del jefe de ese departamento, Halliste, apareció en la puerta, junto a los dos esponjados flequillos de sus subalternas. Yo les dije:

»—Por favor, mantengan la puerta abierta. Si llegase el primer ministro, comuníqueme que he ido a acompañar al nuncio papal *monsignore* Arata a las ventanas del castillo que dan al norte para admirar una panorámica de la ciudad, y que como mucho tardaremos diez minutos en regresar.

»Según el nuncio, la vista que se dominaba desde allí arriba, desde el pasillo de la Biblioteca Nacional, era incomparable. Yo le expliqué que la cuerda de los funambulistas partía de la aguja derecha de la torre de la iglesia de San Olaf para adentrarse en el azul del cielo, que tendría un aspecto similar al de aquel día. El ángulo de caída de la cuerda debía de haber sido de un par de decenas de grados. Más o menos en aquel punto, se esfumaba (mirando desde

donde estábamos) tras la torre de la catedral. Allí, un poco más abajo (desde esa perspectiva) volvía a hacerse visible y se extendía hacia la izquierda del ferrocarril Balti jaam, hacia una zona donde entonces no había más que un campo de heno desolado y por la que ahora discurre la calle Kopli. Podemos especular y pensar que, en torno al lugar donde estaba clavado el poste, se congregaría una turbamulta de espectadores que intentarían tocar por un instante a los acróbatas, vestidos con ropajes dorados, mientras se movían recorriendo la cuerda cuan larga era, primero en una dirección y luego en la contraria, elevados al menos cien metros sobre el suelo, sobrevolando los tejados de la ciudad, las torres y las murallas...

»El nuncio se puso a aplaudir de puro entusiasmo y exclamó:

»—¡Es fantástico! Pero, ahora, regresemos. El primer ministro ya habrá llegado, ¿no cree? Usted, siga contándome...

»Así que seguí contándole. Por qué no. Había cogido bastante carrerilla, y en el camino de regreso continué ilustrándole:

»—*Monsignore*, no sé si la dignidad del cargo que ostenta le permitirá ir a cafeterías, pero estoy seguro de que apreciará tanto el sabor como el aroma del café, un sabor y un aroma que llegaron a Tallin de la mano de un italiano. Figúrese que, por ejemplo, en Berlín se abrió la primera cafetería en el año 1723, mientras que en Tallin eso sucedió en 1702. Y el caballero que abrió ese establecimiento, que acaso fuese el primero de su clase en toda la Europa septentrional, fue el *signore* Alphonso Carvallido.

»—Que es, sin duda, un nombre español... —razonó el nuncio.

»A lo que yo me apresuré a replicar:

»—Es cierto. Sin embargo, según nuestras fuentes, vino a Estonia desde Nápoles y aparece como italiano en documentos datados aquí hace doscientos años.

»Volvimos a mi despacho. El primer ministro todavía no había llegado y, por eso, antes de que el nuncio pudiese expresar su indignación, me adelanté y le dije:

»—Usted, *monsignore*, vive actualmente en Italia...

»—No, no, yo vivo en el parque de Kadriorg... —interrumpió él.

»Ante lo cual, yo aclaré:

»—El Kadriorg es una pequeña Italia en territorio estonio. Desde la ventana de su residencia en la calle Poska, verá usted el estanque que se mandó excavar según un proyecto de Niccolo Michetti, y en la superficie de esa agua

verá reflejados los árboles que se plantaron según el mismo proyecto. Más lejos, el parque y el palacio que construyó Michetti en él... De modo que, cuando vaya a hacer su visita al presidente, se moverá por interiores de su Italia natal...

»(Maldije cien veces a Eenpalu, que seguía sin aparecer.)

»—Igualmente, si abre la *Historia de la vida teatral de Tallin*, de la baronesa Rosen (maldita sea, no me venía a la cabeza el nombre de pila de la señora), encontrará, creo recordar, menciones a varias compañías teatrales italianas que vinieron a nuestro país a lo largo del siglo XVIII para trasplantar a esta tierra los retoños del arte de Talía. Si no recuerdo mal, la baronesa dice que representaron a Alfieri. (¡Por todos los demonios: Kaarel seguía sin llegar!) Y, si no recuerdo mal, también representaron, por ejemplo, su *Timoleon*... ¿o era, quizá, *Saúl*? No, no podía ser. Sería asombroso que la *troupe* hubiese osado representar obras contra la tiranía, con el zar Pablo I imperando en todas las Rusias... (¡Cielo santo, ahora sí que se estaban acabando las últimas reservas de mi repertorio!) En lo referente al conde Alfieri, me han contado (yo no he leído nada de él, ni sus diarios ni su biografía) que hizo algunas anotaciones de sus viajes a Estonia. Vino por aquí durante sus años vagabundos, en los que se dedicó a recorrer el mundo. Sus apuntes son relativamente sarcásticos. Y es que, ¡uf!, también fue un personaje de una profunda misantropía, que se fue acentuando con la edad, si no ando desencaminado. Esas anotaciones sarcásticas, más o menos extensas, acabaron diseminadas por sus diarios, donde asimismo recogió otros comentarios tomados de los diarios de sus compañeros de viajes, como por ejemplo Balzac. Este dijo, acerca de la taberna que había en la casa de postas de Tartu, que allí le habían servido el vino más espantoso del mundo para acompañar un almuerzo por lo demás decente...

»Fue en ese momento cuando, gracias a dios, Eenpalu entró en el despacho acompañado por Tilgre. Por supuesto, Eenpalu se disculpó con el nuncio (hablaba un alemán bastante tolerable), pero el nuncio se quedó plantado delante de él en el umbral de la puerta del despacho y le dijo, al tiempo que me señalaba con la mano:

»—Señor primer ministro, este joven, a quien usted ha pedido que me entretenga en su ausencia, ha cumplido esa misión muy loablemente. De manera muy didáctica e interesante...

»Cerré la puerta del despacho y me enjuagué la cara con un pañuelo. Había

dejado a mis espaldas una hora realmente ardua. Tres cuartos de hora más tarde, el nuncio volvió a hacer acto de presencia ante mi mesa, al salir de la entrevista con el primer ministro. Primero se paseó en torno a mí, meneando la cabeza con un gesto de asentimiento y una sonrisa en los labios, y finalmente se quedó parado delante. Me erguí. Él dijo:

»—¿Me daría su tarjeta de visita, por favor...?

»Yo le respondí:

»—*Monsignore*, por desgracia no tengo tarjeta de visita. Pero si así lo desea, puedo escribirle mis datos personales en una hoja...

»Tomé un bloc de notas y me incliné, sin llegar a sentarme, para escribir mis datos en una hoja. Mientras lo hacía, libraban en mi interior una cruel batalla la vanidad y la profesionalidad, pero acabé dejando que ganase la vanidad (lo cual va contra mis costumbres —o eso creo—, y garabateé lo siguiente, echando mano de mis rudimentos de lengua italiana:

Ullo Paerand
l'Ordonanzo del Primo Ministro d'Estonia
Palazzo di Toompea, Tallin

»El nuncio cogió el papel con firmeza, les echó un vistazo a las líneas que acababa de escribir y prorrumpió en una lluvia de italiano, que me arrojó cual ráfaga de ametralladora.

»—¡No, no, *monsignore!* Yo no hablo italiano. Manejo unos rudimentos mínimos e intento escribirlo, más o menos, como cualquier europeo mínimamente cultivado...

»Alzó el dedo índice de su mano derecha y me señaló, exclamando: "*Furfante! Furfante!*",³⁷ antes de estrecharme la mano para despedirse, lo cual no había hecho al llegar.

»Pero la historia no acaba aquí. Una semana después, recibí una carta escrita en alemán, dirigida al Palazzo di Toompea. El remitente no era el nuncio, sino el administrador apostólico de Estonia. En el fondo, se trataba del arzobispo de la Iglesia Católica de Estonia. En esos momentos, ostentaba ese cargo el alemán Eduard Profittlich. La carta llevaba su firma e incluía una invitación para que me entrevistase con él. Y fui, claro. Por qué dejar de hacerlo. Relacioné la invitación con el nuncio y con la impresión que debí de causarle. También pensé que tal vez me hubiese tocado la lotería, que acaso

todo aquello fuera un providencial golpe de suerte.

»He de decir que el tal Profitlich era un tipo considerablemente más rígido que Arata. Amigable al igual que el nuncio, eso sí, por lo menos en un primer momento, pero más inflexible, a la manera germánica. De hecho, lo que recuerdo de él, o cómo lo recuerdo, ilustra formidablemente la manera en la que la actitud condiciona la memoria selectiva de la gente y cómo registramos los detalles. A Arata lo vi una sola vez, pero me acuerdo de él con toda nitidez. Al señor administrador fui a verlo dos veces, pero apenas recuerdo nada de aquellas dos ocasiones: su rostro grisáceo y su porte prematuramente senil, su traje negro estilo levita, su sillón que debía de ser tan incómodo como el mío en la calle Munga y la sala de espera de su despacho, que era estrecha y tenía los muros muy gruesos y empapelados en tonos azules. Frente a las estrechas ventanas de aquel despacho, la pared de esa iglesia que tiene en su fachada la inscripción: *Hic vere est domus Dei et porta coeli*. Un mozalbete con estampa de monaguillo bobalicón nos trajo a la mesa unas tazas de té y unas galletas. El señor administrador y yo conversamos durante una hora, aunque saltaba a la vista que era solo por guardar las formas, puesto que su decisión estaba tomada de antemano, sobre la base de la información que le había facilitado Arata.

»En pocas palabras, me ofreció la posibilidad de ir a estudiar al Vaticano con cargo a su presupuesto. Me aclaró que iba a poder aprender de los mejores maestros del mundo y que yo mismo elegiría las asignaturas: Filología General, Análisis Textual, Historia, Filosofía, puede que hasta Teología. Al principio sería en el Vaticano y luego en algún otro lugar de Italia. Más tarde, hasta que me doctorase, en alguna de las universidades católicas de cualquier lugar del mundo, que elegiríamos conjuntamente ellos y yo. “Así que tómese algún tiempo para pensárselo y calibre esta propuesta que le hacemos.”

»Yo, por mi parte, le pregunté:

»—¿Y qué contrapartidas habría de asumir yo?

»A lo cual, él repuso con absoluta sencillez:

»—No, ninguna. Con una sola excepción. Solamente una, *sine qua non*. Tendría que convertirse usted a la fe católica.

»El comandante Tilgre, que era uno de esos hombres algo recelosos, de maneras marciales, me preguntó dos veces, en los días que siguieron a esta conversación, si es que no había dormido bien, o qué me pasaba. No es que

me quedase dormido en el puesto de trabajo (desde luego que no), pero al parecer se me veía más distraído que de costumbre. Y es que la pregunta de Profitlich me ponía frente a un montón de otras preguntas que yo mismo me hacía. Para responder a su propuesta, tenía que averiguar primero qué esperaba de la vida. Y me di cuenta de que no me había planteado antes esa cuestión...

Ullo, que estaba sentado conmigo junto a la mesa de mi estudio, dio un brinco y apuntó, señalándome con el dedo estirado:

—Tú mismo me contaste, si lo recuerdas, cómo en aquel mismo año, mientras yo trataba de clarificar mi futuro a raíz del asunto de Profitlich (a finales del verano del 39), estabas bebiendo cerveza con cuatro o cinco amigos más, todos estudiantes universitarios, levemente achispados, en el jardín o en el sótano de tu fraternidad estudiantil Amicus, tratando de resolver qué queríais hacer en la vida o qué queríais ser de mayores... ¿Te acuerdas?! Desde luego, estabais medio de broma, pero eso no excluye que tras aquello se escondiese algo más serio. También recuerdo que me dijiste que tú lo tenías claro desde hacía mucho: ibas a ser embajador de Estonia en París, porque no te supondría demasiado trabajo pero te colocaría en un ambiente lleno de gente interesante y de libros llamativos, además de que allí podrías escribir tus propios..., cómo dijiste..., «versos de dudoso valor». O sea, que ya tenías una imagen clara de tu propio futuro. Yo, en cambio, no. Evidentemente, el mío no pasaba por la Lavandería Aura. Y lo que le había dicho al señor Jõgi de que llegaría a primer ministro en treinta años si me ascendían dos veces al año era una mera chanza. Quizá hubiera fantaseado alguna vez con la quimera de mí mismo como periodista cultural (por qué no, incluso viviendo en Tallin, siempre y cuando pudiese viajar mucho, como corresponde a un corresponsal que escribe crónicas, reseñas y comentarios de las novedades editoriales internacionales para los *Figaro*, *Times* o *Neue Züricher Zeitung*)... Alguien que, además, escribe y publica cuando le da la gana sus propias cosas a cambio de un buen puñadito de libras o de francos... Sin embargo, de qué manera iba a llegar hasta allí es algo que ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Ahora, Profitlich me ofrecía de pronto acceso a la mejor educación filológica y filosófica, ¿con cargo a su institución y con total libertad para elegir las materias?! ¿No era ese el camino más directo hasta mi meta? Y si añadíamos el incomparable atractivo de la aventura que me ponían delante...

»No había nadie con quien pudiese hablar de este asunto. Si se lo decía a mi madre, estaría una semana con un disgusto de muerte, lo cual, además, no me eximiría de tomar yo mismo la decisión final. —Ullo se quedó mirándome con fijeza y sonrió levemente antes de continuar—. En cuanto a ti, has de perdonarme, pero no tenías suficiente autoridad. Posiblemente hubiese sacado el tema contigo de haber podido quedar para charlar un rato, pero estabas en Tartu y yo tampoco consideraba que tu opinión fuese tan importante como para desplazarme hasta allá para escucharla. También se me pasó por la cabeza acudir al viejo Weseler, pero acabé por desechar la idea, siendo como era luterano al treinta por ciento y al setenta por ciento ateo. En todo caso, era evidente que la clave del asunto era la fe en dios. Y, súbitamente, comprendí que no tenía una postura clara de la que partir. Estuve columpiándome durante una semana entera y, al cabo, fui y le dije:

»—No puedo.

»—¿Por qué? —preguntó el administrador.

»—Porque soy demasiado descreído.

»—Si su deficiente fe le basta para considerarse luterano, ¿por qué no ha de ser suficiente para declararse católico? Sobre todo, si hace el esfuerzo consciente de cultivarla, con la ayuda que le ofrecemos...

»—Porque luterano soy por casualidad. Pero católico sería por decisión propia. Y en lo referente a cultivar mi fe en un futuro... No puedo asumir esa responsabilidad.

»En realidad, lo que yo estaba pensando era: “Me vería eternamente atado a su yugo, y me parece que eso no traería nada bueno...”.

»Me miró con sus ojos tristes y se rio con un sonido apenas perceptible:

»—Una pena. Su argumentación es tan buena que habría merecido ser un asentimiento, no una negativa. Más que nada, porque me da la impresión de que se habría usted ahorrado bastante...

»Hasta hoy mismo, no he logrado entender qué quería decir con eso ahorrarme bastante. Aunque no es inconcebible que, ya en la segunda mitad de agosto del 39, se estuviese refiriendo a lo que tal vez supiese gracias al puesto que ocupaba: el destino de nuestro país en un futuro inmediato... Puesto que, efectivamente, este me hubiese afectado de manera muy distinta en caso de haberme sacudido de las sandalias el polvo de Estonia un par de meses más tarde para dedicarme a hacer algún curso de paleografía durante el verano o a entretenerme en un archivo con catálogos que contuviesen datos

sobre Maarjamaa:³⁸ por ejemplo, los despachos de Guillermo de Módena y el manuscrito original de la crónica de Enrique de Livonia, deseoso de hallar esas fuentes que los Arbusov, padre e hijo, no habían encontrado en el Vaticano...

»Aquí he de puntualizar que, al propio Profitlich, esta información (en caso de que la tuviese) tampoco le ayudó demasiado. No puedo decir, por supuesto, si el hecho de que permaneciese en la Estonia de Zhdánov estuvo determinado por alguna orden que le dio su iglesia o si acaso hubo algún malentendido acerca de si debía de sumarse a los evacuados alemanes. Por otro lado, pudo ser él mismo quien decidiera quedarse pastoreando a su rebaño. En todo caso, se quedó en el país y fue arrestado a finales de junio. Murió, también él, como correspondía a sus delitos, en la cárcel de Kirov en el invierno de 1942; según se dice, después de haber sido condenado a muerte, pero antes de que fuese ejecutada esa condena.

En este punto de mis notas del año 86, a petición del propio Ullo, anoté los nombres de los compañeros que trabajaron con él en el gabinete del primer ministro. Y, junto a estos, el siguiente deseo *expressis verbis* de Ullo:

—Si haces algo con mi historia, menciónalos también.

Ante esa petición, contesté:

—Pero ¿cómo voy a hacer eso? No sé nada de ellos, aparte de una o dos frases en las que los has mencionado.

—Por lo menos, incluye sus nombres. Porque si no, nadie lo hará...

Luego (eso sí que lo recuerdo) fui directamente a decirle:

—¿Por qué puñetas no lo haces tú mismo?! Y, sobre todo, justo eso que quizá haga yo algún día con tus historias, ¿por qué no empiezas a hacerlo tú mismo ahora?! Ya lo sé, ya lo sé. Te estás riendo por lo bajinis con esa risita idiota tuya y diciendo: «Es pura división de tareas». Me dirás: «Tú eres el periodista. Yo soy fabricante de maletas». Pero, mira, eso solo tendría sentido si tú no supieses escribir. Y sabes. Por lo menos igual de bien que yo. Así que, si estás dispuesto a fiarte de mí, también estoy seguro de que podrías asumir tú mismo la responsabilidad. ¿Por qué no lo haces? Solo hay dos opciones posibles. O bien por pura pereza, por desidia de *hippy*, o por algo que es mucho peor, por higiene. Tal vez sea puro cálculo: que lo haga otro, como por ejemplo yo, y que sea él quien haga el ridículo o se exponga a las consecuencias que puedan derivarse de ello. Lo de ponerme en ridículo, en el caso de que escriba mis textos sin ninguna perspectiva de que se publiquen ahora, censurándolos y encriptándolos por miedo a que me acusen y me sometan a interrogatorios, pero siendo consciente de que solo hay perspectivas de que se publiquen, quizá..., uf, dentro de ciento cincuenta años. Puesto que antes, según el pronóstico del profesor Taagepera en la cadena de radio Europa Libre, no va a consumarse el derrumbe del imperio ni hay esperanzas de que se desintegre la URSS... A esto me refiero con lo de ponerme en ridículo. Y lo de exponerse a las consecuencias, porque escribo

mis textos (también los que incluyen la sustancia de tu vida) con la esperanza de pulirlos de tal manera que lleguen a burlar la mirada de los censores, mientras que tú ese tiempo lo dedicas a hacer tus dichas maletas con una angelical inocencia, y si aún te sobra algo, cuando estás ocioso, lees, por ejemplo, a Nietzsche, a Wittgenstein, a Braudel... A todos los que se te ponen a tiro, y disfrutas, en la medida en que te lo permite tu magro sueldo (como el granuja que sigues siendo, al menos a juicio de mi madre), de tu coleccionismo: de la filatelia, de la filocartia, de la filolumenia o como se llamen todos esos pasatiempos tuyos. Ah, y del coleccionismo de cañones en miniatura: de madera, de cartón, de hojalata, de plomo o de bronce. Los más grandes tienen setenta y cinco centímetros de largo y pronto amenazarán con sacarte de tu minúsculo piso de tres habitaciones. Y es que dos de ellas ya están a rebosar...

Aquí es cuando empiezo a sentir vergüenza. Porque vaya usted a saber..., a fin de cuentas..., tal vez..., es de suponer..., salta a la vista..., está claro que..., sin duda alguna..., sería una indecencia por mi parte interpretar su deseo de no mancharse las manos en clave de ciego egoísmo... Y le pregunto, abroncándolo un poco:

—¿Así que, ahora, quieres que yo te haga el trabajo de tenderles la mano a tus pobrecitos excolaboradores y salvarlos así del olvido?!

—¿Es que te arrepientes?!

—¡Oh, por dios, no!

Porque, más bien, me tendría que arrepentir por el propio Ullo, en el caso de que su rechazo a la idea de poner sobre el papel la materia de su propia vida se derivase del miedo a no ser capaz de hacerlo o de esa inseguridad que se escondía tras su frente de pájaro (algo difícil de imaginar, pero aun así más probable de lo que en un principio estaba dispuesto a creer). Más probable de lo que al principio pensaba, en el sentido de que, ciertamente, carecía por completo de opiniones autorizadas que le confirmasen lo contrario. Es decir, que valía como escritor y que era competente para llevar a cabo esa tarea (salvo, quizá, las ruidosas exclamaciones de Barbarus, que contenían admiración pero también reticencias...) Aunque, ¿puede ser que quienes poseen un espíritu semejante no necesiten para nada esos refuerzos?!

—Así que, venga, dispara esos nombres. Y lo que sea que quieras decir sobre ellos.

Ahí van, pues, los nombres:

Auli Ubin. Una chiquilla de veinte años, con el pelo liso cortado a tazón y una alegre cara rubicunda. Empleada de limpieza. Su tarea consiste en mantener impecable el despacho del primer ministro y las cuatro estancias adyacentes. Tiene dos secretos que son más o menos de dominio público. En primer lugar, su pierna izquierda es unos dos centímetros más corta que la derecha, de manera que camina un poco renqueante, inclinada hacia la derecha. Una suela y un talón ortopédicos no logran compensar del todo su defecto. A pesar de todo, parece que hay gente que no lo advierte a la primera, y que sigue sin advertirlo en ocasiones sucesivas. El siguiente secreto de Auli es un poco más inconfesable, aunque lo conocen todos y cada uno de sus compañeros del gabinete primer ministro (a excepción del comandante Tilgre). En cuanto a la gente de fuera, sencillamente no era de su incumbencia. He aquí el secreto:

Auli llega al trabajo cada mañana a las seis. Arregla la *suite* del primer ministro durante dos horas y media. ¿Preguntas en qué consistía eso? Pues en vaciar ceniceros, pasar la aspiradora por las alfombras o, en el caso más extremo, quitar con pulimento los cercos de vasos de vino que hubiese en la superficie de la mesa. Cinco minutos antes de las nueve desaparece, supuestamente para limpiar alguna otra *suite*, acaso una de las que hay en el segundo piso. A la una vuelve a presentarse y vuela de una habitación a otra con el sutil bamboleo que la caracteriza, vacía alguna que otra papelera, pasa por los alféizares un trapo húmedo, pero, por supuesto, nunca se interna en los despachos si todavía quedan funcionarios o visitas dentro. Pero cada mañana de lunes y de viernes, a las ocho y cuarenta y cinco minutos, hace una pequeña fechoría... y nunca jamás la pillan. Lo que hacía irritaba sobremanera al portero del primer ministro, el señor Tohver, y a los dos criados, el anciano petersburgués Vilbiks y el húngaro Jakó, así como al chófer y a los mensajeros, que si estaban reunidos en las dependencias del servicio doméstico hacían turnos para salir a echar una ojeada al pasillo: ¿la cazarían esta vez con las manos en la masa?

Pues bien, cada mañana de lunes y de viernes, a las ocho y cuarenta y cinco, Auli salía del despacho del primer ministro y entraba en uno de los cuartos de baño que tenían un acceso trasero separado. Iba, también, a arreglar ese cuarto. Pero allí no había apenas nada que hacer, porque era una estancia que nunca usaba nadie. Ullo decía que, en todo el tiempo que él trabajó allí, solo la habían utilizado una noche, porque el primer ministro celebró su cincuenta

cumpleaños, a finales de mayo del 38, y organizó una fiesta privada para el personal de la oficina y sus colaboradores más cercanos. En aquella ocasión, el delegado del Consejo de Gobierno Klesment y el jefe de Seguridad del castillo de Toompea Kanep entraron en el cuarto de baño para tratar de quitarse la borrachera echándose agua fría en la nuca (con un resultado prácticamente nulo). Volviendo a Auli, no tenía casi nada que hacer en esa habitación, aparte de alinear las pastillas de jabón en el armarito de pared, pasar un paño por los anaqueles de cristal y punto. Pero ella no se paraba ahí. Todos los lunes y viernes por la mañana, se encerraba por dentro en el cuarto de baño, abría a tope el grifo del agua caliente, se desnudaba, sacaba el gorro de ducha que había traído en el bolso, se lo ponía y, a continuación, se vertía un poco de gel con perfume de violetas (que también se había traído de casa) en la palma de la mano, se frotaba hasta quedar cubierta de espuma rosa y se la enjuagaba bajo el agua ardiente. Siempre conseguía vestirse, secar con un trapo la bañera y el suelo del cuarto de baño y abrir la ventana para que se ventilase el ambiente y se fuese el olor a violetas justo un minuto antes de que llegase el primer ministro.

Aún envuelta en una nube de vapor con aroma a violetas, la muy tunante tranquilizaba así a los compañeros que sufrían por ella en las dependencias del servicio doméstico: «Y, bueno, ¿qué pasaría si me pillasen? ¿Acaso cometo algún pecado? Ni siquiera gasto el jabón del Gobierno. Además, no me van a poner en la calle la primera vez que me descubran...».

Nunca se llegaría a saber si el primer ministro habría puesto en la calle a Auli, llegado el caso, por haber invadido de manera indisciplinada y caprichosa un cuarto de baño que, quién sabe, quizá estuviera reservado para su uso exclusivo. Porque Auli jamás dejó ninguna huella. Ni tampoco lo hizo cuando Eenpalu dejó de ser primer ministro, después del 12 de octubre, con Uluots. Las cosas solo empezaron a cambiar a partir del 22 o el 23 de junio del 40, cuando se presentaron en nombre de Barbarus unos encargados para supervisar el apartamento del primer ministro, a fin de determinar quiénes iban a tener acceso a esas dependencias, y cuándo.

«En la primera mañana de viernes del mandato de Barbarus —explicaba Ullo—, no recuerdo ya qué día de julio era, pero uno de aquellos supervisores anónimos que circulaban por ahí constantemente, con una autorización en el bolsillo firmada por el primer ministro..., pues uno de esos, decía, oyó correr agua detrás del despacho de Barbarus, cinco minutos antes de las nueve.

Entonces ni se nos pasó por la cabeza lo que hoy pensaríamos si alguien diese esa alarma, que alguien estaba intentando asesinar por ahogamiento al primer ministro, y, por eso, cuando aquellos hombres, que hasta entonces no habían soltado ni palabra, o como mucho habrían barruntado algo en estonio y en ruso, se pusieron a aporrear la puerta con ira y hasta a vociferar “*Otkroi! Otkroi!*”,³⁹ Auli no tardó en abrir la puerta del baño, con una sonrosada sonrisa en la cara.

»La sacaron al pasillo y se la llevaron a otra parte. La interrogaron. No, no la despidieron enseguida. Pero tampoco la dejaron seguir trabajando. El despido se hizo efectivo tres semanas después, y a mí me tocó llevarle a la garita de vigilancia el estuche de baño con el jabón rosa y el gorro.

»Cuando me miró, exclamó con mucha alegría:

»—¡¿Ah, es que a usted le han dejado seguir trabajando?! Bueno... reconozco que a mí me pillaron *in fraganti*...

»Y cuando la acompañé hasta la explanada, le estreché la mano y le dije que lamentaba lo sucedido, me dijo con la misma alegría de antes:

»—Si pienso que es justamente este Gobierno el que me despide por un motivo así, cuando justamente debería estar preocupándose de que gente como yo, de la clase trabajadora, se sienta a gusto en esta casa con ellos al frente... hasta tiene gracia. ¿No cree usted?»

No recuerdo lo que Ullo me contó que le respondió a la chica. En la lista de nombres que me dio, tengo a continuación al viejo criado Vilbiks. Acerca de él, Ullo comentó lo que sigue:

Vilbiks estaba encargado de organizar las cenas y las recepciones. Era un tipo de unos ochenta años, seco como un picatoste, alto, de porte distinguido, fuerte como un roble, que siempre llevaba pajarita. Exigía que todos disfrutasen de lo que hacía en igual medida que él mismo. Se tenía por una autoridad indiscutible en todos los asuntos de etiqueta y protocolo, un *doktor sekretnikh dvoretskih nauk*,⁴⁰ como él decía, y había sido en tiempos ayuda de cámara del Gran Príncipe Konstantin, según contaba. De manera que había acumulado experiencias ligadas a un territorio comprendido entre San Petersburgo y Livadia. De lo poquísimo que comentaba sobre política, quedaba clara una cosa: todos los males del mundo eran achacables a los comunistas. Así que, cuando llegó Barbarus a Toompea, el señor Vilbiks desapareció de inmediato (lo cual no quiere decir necesariamente que lo

detuviesen enseguida). Sencillamente, no sé qué fue de él, porque Ullo tampoco lo sabía. Algunos que desaparecieron en ese mismo momento acabaron reapareciendo unos cuantos años después, en un puesto a su medida. Por ejemplo, el comandante Tilgre, que pasó a la clandestinidad en cuanto Barbarus llegó a primer ministro y, según creo, a final del verano del 41 ganó de nuevo Tallin con el batallón de Hirvelaan.

El doctor Vilbiks tenía un colega más joven, el húngaro Jakó, que era sirviente personal del primer ministro. Según Ullo:

«También él era un caballero de edad avanzada, tendría ya sus sesenta años. Era diminuto, pero con muchas pretensiones de especialista. También se daba muchos aires y realmente parecía muy quisquilloso sobre, por ejemplo, qué vasos y qué cubiertos había que colocar en la mesa y con qué platos había que combinarlos. Ese tipo de cosas. Había aprendido un estonio casi intachable en las dos décadas que, aproximadamente, debía de llevar en el país, y empleaba el cuarto del servicio (evidentemente, solo cuando Auli Ubin no estaba entre los presentes) para narrarles a sus compañeros, como una cotorra chismosa, relatos exhaustivos de las aventuras que había vivido en los burdeles de Budapest, Varsovia, Berlín y Riga en el período comprendido entre el cambio de siglo y el final de la Primera Guerra Mundial. Eran aventuras que se habían detenido en esa época y en esas ciudades».

Luego, Ullo mencionó al contable Haljaste, que ya he nombrado antes. Y a otro contable más joven (también varón). Ullo dijo al respecto: «No recuerdo si se llamaba Kask o Teder... Creo que sería algo a medio camino... Y también estaban los subalternos..., el mismo Jakó, por ejemplo... Sí». Ya conocemos a Jakó, el más joven de los dos ancianos criados del primer ministro... Pues él protagonizó una situación que quedó algo difuminada. En los primeros meses de trabajo de Ullo en el gabinete del primer ministro, Jakó tenía a su cargo la tarea de aprovisionar un armario empotrado que había en la pared trasera del cuarto del servicio doméstico y que estaba pensado para uso interno en ocasiones oficiales. En él se guardaban un par de botellas de whisky White Horse, dos o tres cartones de Camel y Memphis, y sifones de gaseosa que se reponían con cierta regularidad. La llave del armario le correspondía guardarla a Jakó en el bolsillo de su chaleco. Cierta día, alguien se puso a revisar las provisiones que quedaban en el armario (ya nadie se acordará de quién realizó ese inventario) y se percató de que faltaba algo.

Entonces, Tilgre llamó a Jakó a su despacho y le echó una reprimenda colosal (es de suponer que en privado), quién sabe si con motivos o sin ellos. A continuación, también llamó a gritos a Ullo para que se presentase en la mesa de su despacho y, una vez allí, de pie junto a Jakó, lo abochornó pidiéndole que tomase de manos del criado la llave que simbolizaba su amor propio y la confianza depositada en él. Con las pecas de los pómulos oscurecidas de ira, Tilgre musitó:

—Miren ustedes, caballeros, si hemos llegado ya a este nivel...

Casi cincuenta años después, Ullo me dijo con una sonrisa juguetona:

—No es que haya llegado a saber a qué nivel se refería el señor comandante... Pero las consecuencias no fueron tan inmediatas como habría cabido esperar. No despidieron a Jakó, sino que solo lo degradaron al puesto de miembro raso del servicio doméstico. Además, esa fue una medida temporal. Hacían falta tres o cuatro empleados rasos para cumplir con las tareas de menos categoría, ya fueran rutinarias o sobrevenidas. De ellos, sin embargo, solo recuerdo el nombre de uno: Seepere, el boxeador. Me parece que peleaba en la categoría *wélder* y que era candidato al campeonato de Europa o algo así. Dos décadas más tarde, acabó combatiendo profesionalmente, creo que en Argentina.

Y yo me pregunto, acordándome de Raadik por parte del Riigikogu y de Seepere por nuestra parte, ¿no suscita su presencia la pregunta de si las autoridades del momento (las de los Gobiernos de Eenpalu y Uluots) no estarían intentando, conscientemente, rodearse de forzudos que los defendiesen? O tal vez sea esta una pregunta injustificada...

En este punto, Ullo manifestó:

—Por mi parte, te confirmo sin duda alguna que sí, que era así, además de manera no poco obvia. O sea, mejor dicho... ¿Por qué no? Porque es una idea perfectamente lógica: formar un equipo de jóvenes robustos para tenerlos a mano, cerca de las instituciones del Gobierno y que, en caso de necesidad, acudieran en su defensa. Sería incluso extraño que esa idea no se les hubiese pasado por la cabeza a ninguno de los cabecillas de nuestros gobiernos de la época. Yo creo que, de hecho, se les ocurrió. Puede que incluso al propio Eenpalu, pero solo como pensamiento accesorio, de tercera o cuarta fila. Además, también hay que decir que la justificación de tales sinecuras no era otra que ofrecer a las jóvenes promesas del deporte mejores condiciones de vida y oportunidades para entrenarse. Por supuesto, no para promocionar

individualmente a cada uno de ellos, sino en nombre del fomento del deporte estonio en general. Sí, sí... —dijo Ullo tan alterado que se irguió de un salto—. Pero tampoco se trataba de formar un grupo de tintes paramilitares, fascistas...

Todavía me queda por mencionar a uno de los colaboradores que había en su lista: el ujier del gabinete del primer ministro, Tohver. Aunque no puedo hacer nada más que eso, mencionarlo... O, a ver... Puede que sí. Veo que aquí, en un margen de mis notas, he puesto un signo de admiración al lado de su nombre: «Bismarck!». Y eso me recuerda que Ullo me dijo hace diez años que aquel hombre era la persona más imponente de todo el gabinete. Incluyendo a los tres primeros ministros más recientes del momento. Por esa razón, al margen de mis notas, escribí entonces: «Bismarck!». Y es que aquel caballero, que había sido ujier en la Universidad de Tartu, llevaba desde entonces con gran acierto el sobrenombre de Bismarck, y sobre él habían circulado todo tipo de bromas (a cuento de si la gente confundía al ujier con el rector, etcétera) hasta que llegó a rector Johan Kõpp. Solo entonces regresó Bismarck definitiva e inconfundiblemente a su puesto de ujier.

En resumidas cuentas, las relaciones que allí se establecían reflejaban una loable tradición democrática. Ullo agregó:

—La misma tradición, si quieres, rigió durante todo el tiempo que trabajé en el gabinete del primer ministro. Porque si algo no puede faltar en la estructura del cuento de hadas tradicional (cuanto más heroico y centrado en mi persona se hace el relato, más descarado resulta el conjunto) es el conflicto entre el poder amenazador e inicuo y un yo pequeño, tozudo y sagaz, donde siempre sale bien parado el último... Tú ya me entiendes.

Ullo retomó su relato:

«En el curso de los mandatos de los dos primeros ministros a los que serví, me surgieron tres conflictos de este cariz. Los dos primeros sucedieron a la vez, en la fiesta de cumpleaños de Eenpalu que ya he mencionado antes, y ambos, aunque no lo creas, se ajustan al patrón tradicional: nimios, pero ponen a mi adversario en un ridículo espantoso. Y acaban en victoria para el pequeño héroe enfrentado a fuerzas mayores que él; o sea, para mí... Aunque puede que no me fuese concedido en recompensa la mitad del reino, por lo menos sí que gané un cuarto».

Y me lo narró como sigue:

«El cumpleaños de Eenpalu fue el 28 de mayo. Para celebrarlo, se organizó,

el último día de mayo, una fiesta en las instalaciones de su oficina a la que se invitó, digámoslo así, a la gente de su círculo más íntimo. Además de la gente de ese círculo en el sentido más estricto, asistieron también el jefe de Administración con sus hombres y una decena de miembros del Riigivolikogu. Y, por último, acudieron también una serie de señores que nombraré a continuación.

»Había bebida a raudales y eso se dejó notar en el comportamiento de algunos de los asistentes, aunque no en el del primer ministro. En mi opinión, los comentarios que circulaban por entonces acerca de la debilidad por el alcohol del primer ministro eran muy exagerados. Más o menos como los rumores que se propagaron en su momento, según él mismo contó, sobre la muerte de Mark Twain. El primer ministro aguantó hasta el final; es decir, hasta las dos, en una forma inmejorable. El primero que empezó a bambolearse de modo peligroso algo después de la media noche fue el jefe de Seguridad del castillo de Toompea, el coronel Kanep. Terras vino raudo hacia mí y me ordenó que lo acompañase afuera, al patio. El apartamento que Kanep tenía asignado estaba en aquella misma ala del castillo, el ala oeste. Hacía ya bastante rato que al coronel le resultaba difícil articular bien las palabras, a pesar de lo cual logró afirmar lo siguiente, a modo de resumen:

»—No... sssabe... Si usted fu-fu-fuera al menos co-co-comandante... o, di-di-diantres, capitán... Pero de un niñato como usted... ¡de un civil, además!... Yo no recibo órdenes..., aunque sé que usted trabaja para Te-terras. Pero ¿quién es ese Terras? ¡No pasa de teniente!

»¿Qué podía hacer yo? Ardía de furia por dentro, consciente de mi propia indefensión. Y decidí seguirle el juego, lanzándole un farol a la desesperada:

»—Señor coronel, ¿cómo sabe usted —lo interrumpí y le hice esta pregunta, pronunciándola con tan poca claridad como me fue posible, de manera que seguro que a él le entró por un oído y le salió por el otro... lo que yo pretendía— que yo no tengo el grado de teniente coronel de la logia de masones de Tallin? (Ahí, según yo tenía entendido, no usaban grados militares, sino que solo había maestros, oficiales y aprendices, pero esos títulos no lo habrían impresionado..., a diferencia de lo de teniente coronel, que, como te imaginarás, lo impresionó bastante.)

»Me miró durante una fracción de segundo con los ojos enrojecidos y dijo:

»—Oh... ¡Váyase usted al infierno! Vámonos. Venga, sosténgame un instante...

»Fuimos caminando bajo el claro cielo de aquella noche de primavera, haciendo eses por todo el patio del castillo, hasta que llegamos a la puerta del apartamento del coronel y lo dejé en manos de su familia.

»Cuando regresé al gabinete del primer ministro, Terras me estaba esperando a la puerta: “Ocúpese de llevar a su casa del parque de Kadriorg al consejero Klesment. El coche está esperando en la puerta”.

»El consejero de Gobierno Klesment, uno de los principales artífices de la Constitución de Püts, estaba considerado por la opinión pública el jurista más sagaz de cuantos asesoraban al Gobierno estonio. Había oído comentar que le gustaba empinar el codo, pero no me parecía que fuera un borrachín. En aquella ocasión, sin embargo, sí que se había excedido. De hecho, me costó grandes esfuerzos convencerlo de que bajase las escaleras y arrastrarlo luego hasta el coche. Me las vi y me las deseé para meter al señor consejero en el coche, pero finalmente lo logré. El chófer nos condujo colina abajo, desde el castillo de Toompea, enfilando primero la avenida Komandanti antes de girar a la izquierda en el bulevar Kaarli. Cuando el consejero se quedó frito, yo respiré aliviado, pensando: “A partir de ahora, todo va a ir bien”. Pero, en un momento dado, abrió los ojos y gritó: “¡Alto, alto, alto, alto!”, de manera que el chófer aminoró la velocidad. “Yo me bajo aquí... Si quiere, véngase conmigo... —me espetó—. Ahora, voy a entrar en el Gloria: ¡altooooo!”

»Yo, a mi vez, le dije al chófer: “¡Usted, siga! ¡No se detenga!”. Y como el estado de embriaguez del consejero se notaba a la legua, a pesar de que fuese de noche, el chófer me hizo caso. Cuando cogimos velocidad, el consejero, que estaba intentando abrir la puerta, desistió, y yo pude dejar de luchar con él para apaciguarlo. Sin embargo, cuando llegamos a la calle Pall, se negó a apearse. Era un hombre de poca talla, pero rechoncho, y si hubiese opuesto la más mínima resistencia, me habría costado lo mío sacarlo del coche. Aun así, tuve que esforzarme bastante. Pero, al final, logré llevarlo hasta el umbral de su casa, donde se dedicó a decir a voz en cuello que no lo soportaba más, hasta que se abrió la puerta y lo pude dejar en compañía de su esposa.

»La continuación de esta historia tan intrincada es que el coronel, a la mañana siguiente y en lo sucesivo, ignoró por completo los hechos de la noche anterior. Puso un muro de piedra maciza entre él mismo y aquellos hechos. El consejero, por su parte, llegó a las nueve de la mañana a la explanada de Toompea con aspecto de haber dormido muy bien y me llamó a su despacho. Para disculparse conmigo. Porque, dijo, no recordaba con

exactitud cómo se había comportado la noche anterior, pero se imaginaba que no demasiado bien. Me pidió que no me lo tomase a mal ni me enfadase. Yo le aseguré que la noche anterior no se había permitido ninguna inconveniencia y que no se volvería a hablar del asunto. Tras aquellas palabras me dejó ir, mas solo después de cerrar la puerta y acercárame de nuevo para decir: “Paerand, disculpará que a partir de hoy le tutee. Usted, por favor, haga lo mismo conmigo”.

»Y lo cumplió, de modo que yo también me vi obligado a cumplir mi promesa, aunque siempre evité tutearlo delante de terceras personas».

Ullo continuó:

«Pero mi tercer conflicto de esa época en la que trabajé para el primer ministro (eso es lo que manda el canon de los cuentos de hadas, que haya tres) fue este.

»Un día, creo que en el último mes del mandato de Eenpalu, apareció frente a mi mesa un joven caballero con la raya del pantalón muy bien planchada que me expresó su deseo de pasar a hablar con el jefe de la Administración. Me pidió que, si era tan amable, le anunciase a Terras su visita. De inmediato. El joven me dijo su nombre, y el motivo por el que no voy a mencionarlo aquí no es que pretenda protegerlo de nada, sino sencillamente que se me ha borrado de la memoria. Si alguien sintiese un fuerte deseo de saberlo, le sería fácil encontrarlo. Aquel caballero era por entonces el agregado de prensa de Estonia en Berlín.

»No sé por qué, pero consiguió movilizar toda mi mezquindad. Acaso fuese la raya del pantalón o quizá la provocación que suponía su actitud presuntuosa, rayana en lo cerril. O una especie de grandilocuencia, como si tal vez se le hubiese quedado pegado al cuerpo el apestoso aroma de superioridad del Berlín nazi. En todo caso, permanecí sentado en mi silla de burócrata, rígido como un témpano de hielo, hasta el punto de notar la rabadilla clavada en el asiento:

»—El jefe de Administración no recibe hoy.

»—Lo sé, lo sé. Pero haga el favor de ir y anunciarle que estoy aquí.

»—Está trabajando. Me ha pedido que no le moleste. Podría darle hora para una audiencia con él pasado mañana a las diez.

»—Llámele desde aquí. Tiene un teléfono en la mesa.

»—El jefe de Administración ha solicitado que no se le moleste, tampoco por teléfono.

»(Yo mentía como un bellaco. No había solicitado nada por el estilo. Pero me había propuesto no permitir que aquel joven se entrevistase con Terras.)

»—Escúcheme, ¡si me obliga, me tendré que encargar, a través del ministro de Exteriores, de que a partir de mañana mismo no esté usted sentado en esa silla!

»—Su amenaza, señor mío, es tan seria, que me obliga a contravenir las órdenes del jefe de Administración. Le transmito de inmediato su mensaje...

»Ullo entró al trote en el despacho del jefe de Administración, pensando mientras tanto que lo mejor sería que aquel caballerete pendenciero se empeñase en seguirlo hasta allí. Cosa que no hizo.

»El jefe de Administración escuchó atentamente lo que Ullo tenía que decirle, resopló y, como Ullo había anticipado, se mantuvo fiel al principio del honor militar. Dijo:

»—Comuníqueme que habrá de llamar mañana al ministro de Asuntos Exteriores. A través del ministro sabrá lo que pienso exactamente de su comportamiento, si lo recibiré y cuándo, en caso de que lo haga».

Ullo, por su parte, concluyó en tono de burla: «Así que, ya ves. Un rotundo triunfo del hombre insignificante sobre el notable y poderoso. Eso sí, de proporciones mínimas. Una tempestad en un vaso de agua. Un vaso de agua, por cierto, que ya se nos estaba cayendo de las manos».

Cito a Ullo: «Éramos tan ingenuos... Yo, al menos, era tan ingenuo que no interpreté la salida del Gobierno de Eenpalu y la subida al poder de Uluots como algo causado por la presión de Moscú, sino ante todo como el resultado de nuestra capacidad adaptativa. En absoluto consideramos en ningún momento que supusiese el estrangulamiento, en la práctica, de nuestro margen de maniobras, sino más bien una prueba de la superioridad de nuestra capacidad de maniobras. ¡Que nos intentasen exigir algo ahora! ¡O reprocharnos algo!

»En pocas palabras, ¡menudo genio político estaba yo hecho! —dijo Ullo con una sonrisa en los labios, mientras yo me abstuve de expresar mi valoración del asunto—. Pero ¡¿quién de nosotros lo era?! Pues nadie...

»Eenpalu se marchó el martes por la mañana con la carpeta bajo el brazo y haciendo un superficial gesto de despedida con la mano: “¡Me voy a ver al presidente!”. Lo cual me hizo preguntarme si eso significaría algo... Porque, habitualmente, no nos informaba de sus visitas al presidente... Y, a las dos de la tarde, Uluots llegó y se puso a saludarnos uno por uno, dándonos la mano.

»No logré entender bien si aquel apretón de manos a la vez tímido y lacónico, pero también concienzudo, irradiaba algo más; acaso la consciencia de que ahora él estaba al mando y había tomado las riendas... O bien la petición de que prestásemos atención, pues ahora iba a mostrar su solidaridad con nosotros (un sentimiento que Eenpalu no había fomentado demasiado)... O, quizá, el apretón de manos de Uluots significase el intento (o expresado ese intento, de manera no deliberada —en cuyo caso habría revelado un secreto que, en los prolegómenos de aquellos difíciles días, él ya intuía pero nosotros no—) de ponerse a nuestro nivel, de bajar hasta el nivel de sus subordinados y de confundirse entre nosotros, en la retaguardia del grupo...».

Siguiendo la cita de Ullo: «Es evidente que recordaba mi cara...». Aquí, yo puntalicé una cosa a mi amigo: Uluots lo recordaba, está claro, pero no podía reconocerlo de aquellos días en los que revoloteó por la universidad

(recordarán que el examen de Fundamentos del Derecho, asignatura que impartía Uluots, no se lo hizo él mismo, porque estaba por entonces en Ginebra, sino el profesor Maim). De modo que Uluots solo lo podía reconocer como un funcionario de la oficina del primer ministro que de vez en cuando tenía que recorrer unas veinte estancias para ir a otra ala del castillo, si lo enviaban al Riigivolikogu a llevar algún documento importante. Con ese motivo, aquel muchacho de aspecto tan peculiar, que parecía un palitroque muy largo, se presentaba de vez en cuando en el despacho del portavoz del Riigivolikogu (es decir, de Uluots) para amontonar sobre su escritorio los documentos en cuestión. O quizá los colocaba en la sala de plenos del Riigivolikogu, sobre el tapete negro que cubría la mesa amarilla de su presidente. Un tipo respetuoso y parco en palabras, aunque capaz de resumir a la perfección con una sola frase la índole de los documentos. O lo que el remitente esperase que el portavoz del Riigivolikogu hiciese con ellos.

Permítanme en este instante que añada una cosa a lo dicho por Ullo. Y es que la memoria para las caras de los catedráticos era, en general, bastante buena, aunque también dependía del profesor en cuestión. Y Uluots no era en aquel tiempo alguien como, por ejemplo, el profesor Leesment (nombro a Leesment porque era otra de las personas a las que Ullo había conocido durante su breve escaqueo en la universidad).

Leesment recordaba a todas y cada una de las personas a quienes había visto en su vida, aunque fuese una sola vez. Un estudiante de Derecho de la época (contemporáneo mío, de los años treinta), que en aquel momento tenía treinta y pico años y que, como era habitual en aquellos tiempos, vivía y trabajaba en Tallin, me contó algo al respecto. Se había presentado, después de estudiarse el programa de la asignatura, a hacer el examen con Leesment en la primavera del 39 en Tartu. No había visto en su vida al profesor. Entró en el aula donde se realizaría la prueba, saludó y dijo su nombre: «Estudiante Kallak...». Leesment lo observó con su mirada algo vidriosa y le preguntó:

—¿Es u-u-usted d-d-de la pro-provincia de P-p-pärnu?

—Sí, señor catedrático. De la parroquia de Pärnu-Jaagupi.

—¿Ent-t-tre Sõõrik y Parasmaa?

—Da usted en el clavo.

—¿También t-t-trabaja en la ag-g-gricultura de vez en cu-cu-cuando?

—Buf... Cuando voy a ayudar a mi padre en sus tierras..., no me queda otra... Pero, señor catedrático, ¿cómo sabe usted eso?

—Mi-mi-mi-mire usted, en 1921, entre dos be-be-becas que tuve en el extranjero, me quedé en Estonia y viajé por todo el país, recogiendo datos para una investigación relativa a los hogares de la región de Pärnumaa... Una mañana de mayo, iba en bicicleta entre Sõõrik y Parasmaa y estaba usted allí, arando un campo que había en el lado izquierdo de la carretera. Su ca-ca-ballo era g-g-gris y llevaba usted una ca-ca-ca-camisa azul...

La capacidad memorística de Uluots en situaciones similares no estaba en absoluto a esta altura. Sin embargo, sí se le quedó grabado el rostro de Ullo desde que lo viera en el Riigivolikogu.

Aunque quedó almacenado en un lugar bastante secundario, todo hay que reconocerlo. Normal, porque, cuando se convirtió en primer ministro, tuvo que prestar atención a una cantidad bárbara de cosas de gran o incluso vital importancia para la nación. Ullo siguió narrando:

«El primer o segundo día que ocupaba su nuevo cargo como primer ministro recibió la visita oficial de Nikitin, enviado diplomático de la Unión Soviética. Sí, sí..., en aquellos días, se trataba de simples diplomáticos. Lo de los embajadores es una ostentación más moderna. Era un hombre bajo y fornido, con el pelo oscuro y unos ojos chiquititos y grises enmarcados por unas cejas negras, muy rectas, que resaltaban sobre una piel muy pálida pero a la vez cetrina. Una variante de aquellos tártaros de los que más tarde veríamos miles y miles.

»Por supuesto, no tengo ni la más remota idea de qué discutieron durante aquella conversación, que duró una hora. Solo sé que, cuando acabó, Uluots me llamó encendiendo el piloto de mi lámpara eléctrica y me dijo, con el tono de voz más desabrido del que fue capaz:

»—Señor Paerand, hoy no voy a recibir más visitas.

»Media hora más tarde, se subió en su coche y se marchó. Posteriormente me dijeron que se fue a ver al presidente. A partir de este momento, empezaron a menudear las reuniones plenarias del Gobierno, que antes eran menos frecuentes. Y a mí me parece recordar (ahora, echando la mirada atrás) que, a partir de entonces, Terras se apostaba a veces junto a la puerta de mi despacho y me decía, medio susurrando:

»—Señor Paerand, informe al primer ministro de que el Consejo de Ministros le está esperando en el Salón Blanco...

»Recuerdo que, en tales ocasiones, yo iba a informar al primer ministro, que se alzaba de su asiento y apagaba con ademán nervioso el cigarro que se

había liado en el cenicero, entre un montón de colillas de Orient, y empujaba una pila de libros de actas, que se deslizaban hasta el otro lado de la mesa y llegaban hasta mí para que los llevase al Salón Blanco. No sé por qué no los llevaba él mismo. Más tarde, me ha rondado la cabeza la idea de que unos años después enfermó de cáncer, que según decían evolucionó a partir de una úlcera de estómago. ¿Acaso entonces ya tenía la úlcera y le dolía? ¿Sería por eso que mostraba ese gesto tan arisco y grisáceo, y hasta evitaba cargar con unos papeles que pesaban apenas doscientos o trescientos gramos? Así que yo lo seguía pisándole los talones, con los ojos fijos en los estrechos hombros de su chaqueta negra, en el blanco cuello de su camisa, en las venas de la nuca que llevaba dos semanas sin rasurarse, en la coronilla de cabello oscuro con una amplia tonsura amarillenta que parecía un plato...».

Cuando Ullo llegó a este punto, exclamé:

—Ullo, escúchame. Veo que estás mirando el reloj. Pero esas descripciones son tan interesantes que vamos a tener que centrarnos en ellas en la próxima sesión, ¿vale?

—Oh, no tienen nada de interesante. No asistí ni una sola vez a las reuniones plenarias del Consejo de Ministros. Siempre me marchaba del Salón Blanco antes de que empezase el pleno del Gobierno. Y, en general... En fin, que la premonición de la catástrofe que se avecinaba se coló muy pronto por las ventanas de Toompea. Una semana más tarde, los alemanes empezaron su proceso de *Umsiedlung*, las evacuaciones. Frohwein, el perfecto *Kleinbürger*, vino un par de veces a ver al primer ministro. Y con él, algunos de los ciudadanos que aspiraban a ser repatriados. Por lo que recuerdo, además, no eran baltoalemanes, sino estonios que lo único que buscaban era ser evacuados, y que para eso se hacían pasar por baltoalemanes. No me acuerdo de ni una sola de las respuestas que les debió de dirigir entonces Uluots, ni tampoco lo que comentó respecto a estas demandas, pero sí el rostro del primer ministro, descompuesto y asqueado. Como si aquella gente le hubiese provocado ese dolor de estómago tan íntimo suyo. En cualquier caso, me ordenó desviar a todos esos solicitantes a otro lado, al Ministerio del Interior, a hablar con Jürima o con Angelus...

—Ullo... —le interrumpí, dando una voz —, ¡a la era de Uluots le vamos a dedicar la siguiente sesión!

—¡No hay nada de interés que contar al respecto! —repuso Ullo de manera algo caprichosa—. O, al menos, yo no participé en aquellos, digamos...,

acontecimientos tan de cerca como para que me quedasen recuerdos nítidos. Exceptuando un momento, quizá...

—Ullo... —dije—, estoy la mar de intrigado..., pero, mira, cuéntamelo la próxima vez, sin prisas, de principio a fin...

—No, ¿para qué? —rebatí él, de esa manera que le vi emplear en tantas ocasiones: sin ceder, pero sin presentar argumentos, o bien dando argumentos más o menos absurdos...—. ¿Y por qué no ahora? ¿Qué te hace pensar que la próxima vez será mejor? Las próximas veces son, cuando menos, cuestionables. O, al menos, más cuestionables que la presente... Como iba diciendo, el único acontecimiento digno de mención en el que participé fue el viaje de la delegación de la

República de Estonia a Narva y algo más allá (a la frontera con Rusia), el 17 de junio de 1940. Una semana más tarde, Terras me contó en qué condiciones se me había enviado. Resulta que Laidoner había ido a hablar con Uluots (yo recuerdo, de hecho, esa visita) para informarle de que, por orden del presidente, viajaría el día 17 por la mañana hasta la frontera para seguir de cerca la incursión de nuevos contingentes del Ejército Rojo. Pero el presidente no deseaba, siguió diciendo Laidoner, que la delegación fuese puramente militar, sino que debían contar también con una representación de la autoridad civil. Entendía que la presencia del primer ministro en tal ocasión habría sido desproporcionada, igual que la suya propia, pero ese era el deseo del presidente. Por eso, ¿se avendría Uluots a que el jefe de la Administración de su gabinete se uniese a la delegación, en nombre del Gobierno?

Y llamaron a Terras al despacho de Uluots y Terras se negó a ir a Narva. Ullo lo explicaba así:

«A mí me lo comentó él mismo, Terras, una semana más tarde: “Entiéndame, señor Paerand. Oficialmente, Laidoner no podía darme ninguna orden. Oficialmente, solo podía hacerlo el primer ministro. Y yo intuía que él no iba a presionarme. Por eso dije que también consideraba que mi propia presencia en esa situación sería desproporcionada. Y nos pusimos a discutir quién podría ser designado representante civil del primer ministro... Tilgre, por ser militar, quedaba descartado, ¿no?”».

»Terras también me contó que había intentado llamar a casa de Klesment para proponerle el viaje, pero no había logrado contactar con él. Ante lo cual, Laidoner se había marchado, no sin antes ordenarles que decidiesen ellos

mismos a quién mandaban a la delegación, y que ese individuo se presentase aquella misma noche en la estación de Tallin a la una. Cuando Laidoner se fue, Terras dijo:

»—Señor primer ministro, yo creo que no es en absoluto necesario que el poder civil esté representado en esta delegación de tan alto nivel. Lo que sí puede que necesiten ustedes es alguien que supervise la misión y que recabe datos lo más precisos posibles del proceso de incursión de las tropas. Y, digo yo, nadie mejor que su funcionario administrativo Paerand para hacerlo.

»Uluots respondió que seguramente tenía razón, pero que no podía enviar a un empleado de la administración en representación del primer ministro. Y entonces Terras (no habría pensado nunca que, justo en ese instante, se le despertaría su vena humorística, apenas perceptible y nada convencional) dijo que, si era necesario, se le podía ascender a asesor del Gobierno para la ocasión..., y añadió (o, al menos, lo debió de barruntar entre dientes): “Porque, de cualquier modo, todo se va a ir al carajo...».

Ullo me aseguró:

—Cuando me llamaron al despacho del primer ministro, ya tenían sobre la mesa el papel correspondiente, con sus dos firmas.

El asesor del Gobierno de la República, Ullo Paerand, es enviado en misión oficial, a las órdenes del jefe de personal, como miembro de la delegación que viajará de Tallin a Narva y viceversa, para supervisar la firma y ejecución del acuerdo por el que entrará en el país un contingente de refuerzo de tropas procedente de la Unión Soviética.

»Una vez tuve el papel metido en el bolsillo, Uluots me dijo:

»—Solo una cosa más... No haga nada que pueda despertar recelos. Mire, a partir de mañana, se hará efectiva una prohibición de los rusos por la cual no podrán hacerse fotografías en espacios abiertos. Así que absténgase de llevar cámara de fotos. Y no tome notas de nada... o, al menos, de nada que pueda llamar la atención.

»En casa, un poco antes de la medianoche, le conté a mi madre la que se me venía encima, y ella, como era de esperar, reaccionó con mucha angustia. ¿De verdad estaba obligado a ir? Y me pidió que, por el amor de dios, me comportase bien, no fuera que los rusos me arrestasen o me enchironasen a la primera de cambio.

»Por la noche, a la una, busqué al jefe de personal en su vagón del tren especial que tenía que partir de Baltijaam y le enseñé mis papeles al capitán Jaakson, que estaba al pie de la escalerilla de otro vagón.

»“¡Ah, sí! Siendo así, le felicito por el ascenso y le ruego que entre en el vagón.” El capitán Jaakson, hermano del coronel recientemente ascendido a general de división y ministro de Educación interino, era el ayudante del jefe de personal y yo ya lo conocía, aunque solo de vista. Me condujo hasta mi compartimento, que estaba vacío, y se fue, para volver apenas un cuarto de hora más tarde, cuando el tren ya estaba en movimiento. Había informado a Laidoner de mi llegada.

»—¿Y cómo reaccionó el general? —pregunté yo.

»—Asintiendo con la cabeza. Ese gesto suyo significaba que no te conocía. Y que, como persona, no le resultabas molesto... ni tampoco interesante. En general..., todo le resultaba, ejem..., considerablemente indiferente.

»El capitán Jaakson se quedó todavía media hora, o puede que más tiempo, y también se mostró, por decirlo así, ligeramente indiferente. Durante todo ese rato no hizo referencia alguna al acontecimiento con el que nos íbamos a chocar los pasajeros de ese vagón, igual que todo nuestro país, a bordo como estaba ya del carro del destino. En su lugar, narró con muchos pormenores el viaje que había hecho a Moscú en diciembre del año anterior. Fue en calidad de ayudante de Laidoner. Ocurrió así: el capitán se levantó de un brinco y abrió de un empujón la puerta del compartimento (el pasillo del vagón estaba completamente vacío), para cerrarla de nuevo y sentarse a mi lado, dispuesto a contarme. Había sucedido, pues, como sigue. Se habían alojado los dos, Laidoner y él, en una *suite* de tres habitaciones del Hotel Internacional. La acogida que les dispensaron fue muy cálida. Al tercer día, mandaron un coche desde el Kremlin para recoger a Laidoner, pero la invitación estaba formulada de tal manera que la presencia de un ayudante quedaba descartada. Y, bueno, el general no iba a dejar de ir por eso. O sea, que fue solo. El capitán se quedó en el hotel, leyendo durante media hora un libro que encontró en la mesita de noche (*Moskva: Stolitsa Mira*,⁴¹ o algo parecido), antes de decidirse a salir a pasear un rato y echar una ojeada por los alrededores. Caminó durante una hora u hora y media por la calle Gorki, el Arbat y por algún sitio más que desconozco. Entró en tres librerías y se paró en un par de kioscos de prensa para preguntar si tenían planos de Moscú. Pero no encontró ninguno.

Ullo me lo aclaró:

—En diciembre del 39 no habían puesto aún a la venta esos esquemas que se usan ahora en las guarderías, hechos con trazos muy sencillos... Pero cuando el capitán regresó al hotel y pasó la mirada distraídamente sobre el escritorio de la habitación, descubrió en medio del desnudo tablero un plano de Moscú primorosamente doblado. A partir de esto, deduzcan ustedes lo que quieran.

»Hacia las dos, el capitán Jaakson se marchó y yo estuve dos o tres horas durmiendo. Fue un sueño pesado, como de acero fundido, pero luego me espabilé y me di cuenta de que había estado tumbado sobre el costado izquierdo, con las rodillas plegadas y pegadas a la barbilla, como esos hombres enterrados hace tres mil años en las tumbas de Ardu o Hallstadt. O como un embrión en el seno materno. A las cinco y cuarto, apareció el sargento mayor de cocina con una taza de café y tostadas. Y un cuarto de hora después (apenas había tenido tiempo de afeitarme) se presentó el capitán Jaakson para decirme que el jefe de personal me pedía que acudiese a la sala donde recibía a las visitas.

»Estaba unos diez pasos más allá y constaba de tres compartimentos de tren unidos con una mesa estrecha que habían cubierto un tapete verde, en el centro. El general se situó en un extremo de la mesa. También había sentados a ella dos oficiales del Ejército, el comandante en jefe de la guardia de vigilancia fronteriza de Narva, Kõrgma, y, si no me equivoco, el capitán Hint y alguna persona más. El capitán Jaakson me presentó al general: “El asesor del Gobierno Paerand, viene en representación del primer ministro...”.

»El general me lanzó una mirada con sus ojos de color castaño intenso que duró apenas un instante, a la vez que me estrechaba la mano con un gesto de lo más desganado. Los demás se comportaron de forma similar. El general anunció:

»—Siéntense, señores míos. Vamos a firmar el tratado, pues, dentro de media hora, en la sala pequeña del casino del distrito militar. Por parte de los rusos, Meretskov, y yo por parte nuestra. Van a entrar en el país en torno a ochenta mil hombres que reforzarán las tropas que ya hay en las bases militares. Por lo tanto, solo se puede considerar un tratado en términos meramente formales. De hecho, es más bien un edicto. Eso es todo lo que, de momento, tenía que decirles, y acaso más tarde tampoco haya que añadir nada más.

»Se quedó en aquel mismo lado de la mesa, sentado, pero hizo un pequeño gesto con la mano derecha para darnos a entender que nos dejaba ir, de modo que todos nos levantamos y nos dispersamos. Yo, al menos, me levanté y salí al pasillo, donde me di cuenta de que acabábamos de atravesar Soldino (por supuesto, sin parar allí, igual que en Tapa no habíamos parado más de cinco minutos).

»Al cuarto de hora, ya habíamos llegado a nuestro destino. Nos acomodamos en dos Buicks descapotables que estaban esperándonos delante del edificio de la estación y, bajo la resplandeciente luz de las primeras horas de aquel día estival, fuimos acercándonos a la ciudad, que parecía sacada de un cuadro de Jansen o de Nyman, inmaculadamente limpia, casi vacía, luminosa y llena de fachadas blancas. Este fue, por cierto, mi único atisbo de lo que se suele llamar el estilo barroco-Karlingi de Narva. Después de aquella vez, no he vuelto a ir a Narva. Aparte de que la ciudad solo sobrevivió cinco años más. Así que, volviendo a la escena de los Buicks, pasamos por delante del casino, que ya no recuerdo exactamente dónde estaba ubicado, y nos paramos en la acera, Laidoner en el primer coche con dos o tres militares más y yo con el capitán Hint y alguna otra persona en el segundo. Y entonces la vimos. A menos de una docena de metros, al otro lado de la puerta principal del casino, estaba la lujosa limusina de los rusos, modelo Zim u otro parecido, que se asemejaba a un galgo negro con sobrepeso. Cuando Laidoner se bajó y se quedó parado en la acera, se abrió la puerta de aquel lado y salió del coche un bajo y macizo Meretskov, vestido con un blusón de color militar indefinido y unos pantalones azul oscuro. Las partes se congregaron en la escalera del casino y Laidoner, que seguía representando el papel de anfitrión, hizo un gesto enérgico con la mano para que los visitantes entrasen. Un oficial de guardia en posición de firmes los saludó chasqueando los talones.

»Una vez en el interior, Laidoner encabezó el grupo de recién llegados y los condujo a una estancia que, *ergo*, tenía que ser la sala pequeña del casino, aunque yo no recuerdo demasiado bien cómo era. Solo que estaba revestida de unas planchas manchadas de amarillo, que había unas cortinas verdes muy largas y una mesa alargada con un par de sillones a cada lado.

»Más tarde se ha contado que Laidoner estaba fuera de sí, hasta el punto de que intentó estampar su firma en la esquina superior izquierda del tratado, donde normalmente escribía sus resoluciones, y que el capitán Hint se había

visto obligado a mostrarle dónde tenía que colocar la firma (abajo a la derecha).

Ullo arrugó la nariz:

«Son vanas especulaciones. Yo me encontraba a cuatro pasos, y no fue en absoluto así. Puede que estuviese un poco más pálido que de costumbre. Pero mantuvo el autocontrol en todo momento. Ni siquiera en Wikman era un personaje especialmente querido, ya sabes. No figuraba en la galería de bustos del colegio. Y el suicidio de su hijo no contribuyó demasiado a aumentar su popularidad entre los alumnos. Había sucedido un par de años antes de que yo entrase en Wikman, pero aún se hablaba del tema de vez en cuando. A pesar de que no se sabía, ni se sabe hasta hoy, qué pudo ocasionarlo... Si habría sido una deuda contraída por el joven en una timba o que hubiese dejado embarazada a una de las criadas de su casa o algún conflicto de fondo con su autoritario padre. O bien pudo haber sido algo totalmente distinto. En todo caso, Laidoner nunca fue una figura de culto entre nosotros. Tampoco en mi casa. Lo que se me ocurre, más bien, es...».

Ullo, burlón, me echó su típica mirada de soslayo, imperiosa y triunfante, y continuó:

«Una vez me dijiste que tu padre te había comentado en algún momento, me imagino que a principios de los años treinta, cuando los periódicos eran un hervidero de nombres de candidatos a la presidencia (Päts, Laidoner, Larka, entre otros), que si alguno de aquellos era un hombre de verdad, ese era Laidoner. Pero no lo decía como una expresión de culto a la personalidad. Lo que quiero subrayarte es que Laidoner, en la firma del tratado, se comportó con una gran dignidad. También quiero hacer otra corrección: la frase por la que luego ha pasado a la posteridad, que más tarde correría de boca en boca y que se haría famosa, y por la que, en último término, te estoy contando toda esta historia, no la dijo allí, después de firmar el tratado o el edicto, sino que la pronunció en la frontera, cuando se abrió la valla. Y tampoco fue dicha sin ton ni son, como luego se rumoreó, sino en un tono convincente y lapidario.

»Pues bien, finalmente se firmó el tratado. Laidoner y Meretskov lo sellaron con un parco apretón de manos. Alguien dijo más tarde que si Laidoner hubiese rechazado la mano que le tendía Meretskov, los rusos habrían afirmado que en ese mismo momento habíamos empezado a violar el tratado recién firmado. Aunque, de hecho, a partir de esa firma, ya no existíamos realmente y, por lo tanto, no habríamos podido violar ningún tratado...

»Nos subimos de nuevo a nuestro coche, pero la limusina de Meretskov ya se había esfumado. Y, cuando llegamos a la frontera media hora después, él ya estaba al otro lado.

»Nos detuvimos en una garita de vigilancia pintada con las tres bandas de la bandera estonia (azul, negra y blanca) situada diez metros antes de llegar a una verja hecha de malla de alambre sujeta con postes de metal. La carretera cruzaba la verja para adentrarse en un cinturón de terreno de diez metros de ancho que discurría entre dos patios con alambradas. Luego traspasaba la verja de alambre del otro lado y se dirigía hacia el Este, en dirección a Yámburg, por un erial grisáceo. En la calzada y en ambos arceles, bajo el luminoso cielo de verano, había apostados camiones y columnas de vehículos blindados. En cada vehículo armado, las bayonetas de unos veinte hombres refulgían bajo el sol. Entre las columnas, había soldados que se movían afanosos y que sostenían banderitas rojas, seguramente para dirigir el tráfico masivo que pronto empezaría a discurrir por la zona. Mi reloj de pulsera mostraba las 6.43 cuando resonó el grito de una orden. Al mismo tiempo que los guardias salían de sus garitas, situadas a ambos lados de la frontera, y empezaban a abrir las verjas, se pusieron en marcha los motores de los vehículos. Hay que decir que no todos arrancaron. Varios carburadores emitieron unas horribles toses y se quedaron parados en el sitio. La mayor parte, claro, sí que se pusieron a rodar y yo descubrí el principio que regía todo aquello: se intercalaban segmentos de diez coches y segmentos formados por diez vehículos blindados con tropas de infantería. Bastante rato antes (aunque puede que solo fuese veinte segundos antes) de que los primeros coches avanzasen y fuesen penetrando desde aquel lado de la valla, una ligera brisa de levante nos trajo una vaharada de gasolina rusa que impregnó todo con su fetidez extranjera. El zumbido de los coches se fue acercando hasta que se hizo perceptible para todas nuestras neuronas. El polvo que habían levantado los coches todavía no nos había llegado y los muchachos de la guardia de fronteras estaban de pie, alerta. Entonces Laidoner se dio la vuelta y se colocó de cara a sus acompañantes. Yo estaba tres pasos detrás de él, nos separaban los capitanes Jaakso y Hint, aunque quedaba un hueco entre ellos, de modo que pude ver el movimiento de sus labios y escuchar con detalle todo lo que dijo: “Estimados caballeros, espero que lo que hemos construido a lo largo de veinte años aguante también, en caso de necesidad, doscientos años más”».

Ullo se levantó: «Es, por tanto, el mismo argumento que tú y yo, si quieres, hemos venido calibrando, verificando y rebatiendo desde el año 45...». En este punto, se recostó en el sofá de nuevo...

«En fin, que estuvimos allí parados cinco minutos más. Habría sido absurdo hacer un recuento preciso del número de vehículos, puesto que nos habían confirmado que el Ejército Rojo estaba, a esa misma hora, cruzando también las fronteras de Irboska en Letonia y de Laura en Lituania.

»A pesar de todo, en el viaje de vuelta, escribí en mi vagón el informe que le debía entregar a Uluots. Este incluía una relación de los pasos dados por la delegación y de las horas exactas de cada movimiento, así como resúmenes de las réplicas y contrarréplicas de ambas partes y una línea dedicada a la estimación (evidentemente, solo aproximada) de los efectivos que habían entrado en el país.

»El día 18 por la mañana lo puse sobre la mesa de Uluots. Me viene a la cabeza que, cuando estaba a punto de estampar mi firma en el texto, me surgió el problema de cómo hacerlo (se trataba, otra vez, de mi vanidad, claro): ¿debería firmarlo, simplemente, como “Ullo Paerand”? ¿O bien “Ullo Paerand, asesor del Gobierno de la República”? Aunque fuese solo para poner a prueba si el título obtenido hacía dos noches era auténtico o una simple quimera... Yo era consciente de que una personalidad verdaderamente relevante no hubiese necesitado tales pruebas. Si Uluots tomaba en serio mi nombramiento como asesor (¡ojo, que él, un paradigma de seriedad, no habría tomado a la ligera una cosa así!), la cosa saldría a la luz de una u otra manera. Pero si mi título no era otra cosa que una consecuencia del peculiar sentido del humor de Terras, también acabaría por ponerse de manifiesto. Mas, con todo, este fue uno de esos momentos en los que mi característico y pueril orgullo me ganó la partida, y cuando hube acabado de comprimir el informe de tres páginas manuscritas que había preparado en el vagón en apenas dos caras mecanografiadas, lo firmé como: “Ullo Paerand, asesor del Gobierno de la República”; así, a la antigua, con las palabras muy separadas entre sí, mientras seguramente me rondaba la consideración subconsciente de que esa estética provocaría menos rechazo en el señor primer ministro, dado su gusto conservador, que la mera expresión “asesor gubernamental” sin añadir “de la República”. No solo le provocaría menos rechazo, sino que lo incitaría en menor medida a tacharlo y a declarar prohibido su uso, justificándose porque él lo había creado *ad hoc* en un caso concreto, de especial necesidad, y

además medio en broma...

»No movió ni un músculo cuando le puse el informe delante, sobre su mesa. No sé si lo leería entonces, en ese mismo momento, o más tarde, puesto que los tres días sucesivos le darían más de un quebradero de cabeza. El día 19 llegó a Tallin Zhdánov, y con él el colofón del proceso de asesinato de nuestro Estado. Sobre este trasfondo, hasta a mí me resultaba grotesco sentir interés por el destino que correría mi informe. No obstante, es cierto que si aquel papel me vino a la memoria intermitentemente durante los siguientes días, semanas o meses (incluso años), fue con un prurito de preocupación; al menos, un prurito de preocupación que duró todos los años que estuvimos bajo la dominación soviética. Si ese papel existía y alguien posaba sus ojos sobre él, me enfrentaría automáticamente a innumerables sinsabores.

»En cuanto a mi ascenso en el escalafón funcional, he de decir que no fue anunciado en el Boletín Oficial. Pero nunca llegué a destruir mi autorización para participar en el viaje oficial, donde quedaba constancia del mismo por primera y única vez. Aunque la olvidé por completo. Solo cuando murió mi madre en 1952 y me puse a separar las cosas que iba a tirar a la basura de las que conservaría, encontré aquel papel, doblado ocho veces y escondido en el forro desgarrado de su bolso. Era evidente que no había reunido el valor necesario para destruirlo, a pesar del peligro que entrañaba conservarlo.»

U llo continuó narrando:

—Tres días después, a la hora del almuerzo, Uluots dimitió. La noche del 21 de junio, todos los funcionarios, exceptuando al coronel Tilgre (lo habían ascendido a coronel en el último día de existencia de la República de Estonia), se habían quedado en la oficina por orden de Terras, a la espera de noticias que les afectaban directamente, cuando se presentó allí el primer ministro para saludar al personal a su servicio.

»Los funcionarios se reunieron en la sala de espera del primer ministro o, mejor dicho, en torno a mi propia mesa. El doctor Vares también entró a trompicones, si no sudando copiosamente, sí al menos con la piel húmeda, lo cual delataba cierto embarazo. Nos saludó con un movimiento de cabeza rápido y si Terras no hubiese cerrado mi despacho para ir presentándonoslo uno por uno, habría, quizá, parado aquí para escabullirse y volver a su despacho o colarse en la Sala Blanca, donde iba a empezar el pleno del nuevo Gobierno. Él, por su parte, nos dio la mano a todos, por orden, con una sonrisa que denotaba gran fastidio.

»Terras me presentó así: “Y este es el funcionario administrativo que asistía al anterior primer ministro, a quien el profesor Uluots anteayer nombró...”.

»El nuevo primer ministro exclamó: “¡Caramba, caramba!... ¡¿No es este el camarada Paerand...?! ¡Un gran placer!”. Y, de repente, se quedó callado y se puso a mirar fijamente al resto de trabajadores de la oficina con una sonrisa algo desnortada en los labios. Era obvio que se había percatado de que me acababa de exponer a un riesgo absurdo. Forzosamente, se le pasaría por esa redonda cabeza suya que mis colegas podían adivinar que entre él y yo había alguna relación más estrecha (por supuesto, de índole política), y ese tipo de asociaciones no beneficiaban a nadie. Por eso, se propuso enmendar la plana en ese mismo instante y exclamó: “¡El camarada Paerand es poeta, por si no lo saben! Un colega al servicio de las musas. ¡Y un poeta muy interesante, además! Aunque no les estoy diciendo nada que ustedes no

sepan, supongo...”.

»En realidad, ni uno solo de mis compañeros de trabajo lo sabía. Su puntualización, en lugar de mitigar la sospecha que les asaltó de improviso, consiguió acentuarla aún más. Con el coronel Tilgre, por ejemplo, que no presencié estos hechos, tuve que hablar largo y tendido para explicarle qué relación me unía con Barbarus. Es de suponer que habló sobre este tema incluso con mi tío Joonas, antes de que, ya en la época de la ocupación nazi, en otoño de 1941, actuase de manera providencial y decisiva para salvarme...

Aquí lo interrumpí:

—Escúchame, Ullo. A tu actividad durante el Gobierno de Barbarus vas a dedicarle al menos dos sesiones enteras...

Pero él aclaró:

—Alto ahí, alto ahí... Lo más significativo es que, durante varias semanas, estuvieron purgando la administración del Gobierno de Toompea de elementos indeseados. Solo se quedaron los contables, los empleados poco cualificados de la administración y yo. En agosto, cuando entró en vigor la nueva Constitución y cambió toda la estructura del Estado, Lauristin no se convirtió en primer ministro, sino en lo que se dio en llamar presidente de la Junta de Comisarios del Pueblo. A Barbarus lo sacaron de Toompea para enviarlo al Kadriorg (al edificio de la administración, se entiende). Sería presidente del Presidium del Sóviet Supremo. A mí me llevó consigo, aunque no como asesor, desde luego, sino como funcionario administrativo. Evidentemente, no sabía ni palabra del episodio durante el cual yo había sido nombrado asesor. En todo caso, allí estaba yo. En realidad, cumpliendo tareas muy similares a las que tenía antes, solo que Barbarus recibía poquísimas visitas. Quizá un cuarto de las que solían recibir sus predecesores en el cargo. Además, la gente que solicitaba audiencia era también distinta. Algunos eran pedigüños de extracción más o menos proletaria. En su mayoría, iban a suplicar piedad para sí o a infundir miedo a sus vecinos. En cuanto a si vi pasar por allí a individuos de renombre, como por ejemplo ministros, comisarios del pueblo, etcétera, he de decir que en absoluto. Y personajes del pasado inmediato..., en fin, bastante pocos, aunque más de los que habría cabido esperar. Solicitantes de puestos de trabajo, de favores o de subvenciones. ¿Me preguntas que quiénes eran? ¡Uf, vamos a dejar de lado sus nombres concretos! Aparte de todo eso, no aconteció nada de interés, si excluimos lo que ya te he comentado. Cuando el partido empezó a manipular

los resultados de las elecciones al Riigivolikogu, Barbarus se dirigió a mí para decirme a voz en grito: «Querido Paerand, ¿es que no entiende nada? Aunque, pensándolo bien, ¿por qué habría de entenderlo? Hace un mes, ni yo mismo lo entendía. Pensaba que todavía se podría hacer algo. Pero, ahora, ya sé que no. ¡No podemos hacer nada de nada!». Y, alguna vez, me hizo llamar y sentarme frente a sí, al otro lado de su mesa (el escritorio presidencial), y abandonó los pensamientos en los que estaba enfrascado soltando un suspiro que salió despedido por encima de las incrustaciones de aquella mesa: «Eeh... Si tuviese la más remota idea de la procedencia de estos discursos que aparecen sobre mi mesa para que los pronuncie ante el pueblo estonio...».

»De modo que, aun hoy, no tengo una noción clara de dónde empezaba y acababa su sinceridad. Porque, a buen seguro, él percibía la presencia del Comité Central y del KGB actuando a sus espaldas.

»En resumen, me quedé en el Kadriorg casi hasta final del año, como funcionario administrativo al servicio del presidente del Presidium del Sóviet Supremo. Solo en contadísimas ocasiones, me hizo alguna tímida revelación semiconfidencial. Por lo general, era un tipo con buen color, disciplinado, ansioso, con una sonrisa que fue tiñéndose de preocupación progresivamente... Hasta que, finalmente, un día le ayudé a meterse en el coche con una maletita, si no recuerdo mal el 15 de julio del 41. No recuerdo cuándo lo siguió su esposa. Fuimos hasta la estación del Báltico, con dos guardaespaldas de los Servicios de Seguridad, recorriendo el caos de una ciudad en guerra. Los alemanes ya estaban en Pärnu y casi habían alcanzado el río Emajõgi, que pasa por Tartu, en el sur del país. Barbarus tenía que coger el tren que iba a Leningrado para preparar la evacuación de Tallin. Pero ya no podría regresar.

»Ahora, déjame mejor hablar sobre mi vida privada en estos años. Sobre el Gobierno de Barbarus en Estonia y sobre la vida en Kadriorg en ese período se pueden encontrar más testimonios escritos, probablemente. Pero, sobre la vida de Ullo Paerand no va a escribir ni un alma.

Ullo se puso a recordar:

—... Veamos, ¿a partir de qué año me he dejado llevar por tus preguntas y he empezado a encadenar comentarios sobre política? ¿Del 38? No... Mi relato llegó más lejos... o, mejor dicho, más cerca. Ya he hablado de que a finales del 38, justo antes de la Navidad, Ruta se marchó a Estocolmo gracias

a mis maquinaciones, y de que en febrero del 39 fui con un ramo de cinco rosas a pedir la mano de Lia. Y de que me dio calabazas... —He de decir que a mí me dio la impresión de que a Ullo seguía temblándole levemente la mandíbula cuando hablaba de esto... Sí, sí, aun en el año 86 contenía un leve temblor de mandíbula y hablaba con un tono de voz una chispita más alto del que habría bastado para la ocasión...—. Y, ¿sabes?, eso tampoco me arrancó del todo de las faldas de Lia. O, mejor dicho, no renuncié a los escasos contactos que ella me permitía (porque todavía no había superado la fase de la falda con Lia).

»Un día, pues, Ruta me llevó a Kivimäe a ver a una de sus compañeras del colegio, Lilli. No sé si me habría llevado de haber sabido que yo sentía una atracción vergonzante por Lilli (por eso mismo, del todo irresistible). Lilli era una chica de rasgos llamativos, estilo Joan Crawford, solo que menos delicados, que luego se revelaría, además, como un putón verbenero. El padre de Lilli, un señor bajo como un tapón de alberca y siempre mal afeitado que poseía un par de casitas muy elegantes en el barrio de Kivimäe, en una de las cuales vivía con su familia, llevaba siempre su uniforme negro de ferroviario, con festones de color carmín. A pesar de su inequívoco aspecto de pequeñoburgués, en realidad era el primer “rojo” que yo me tropecé en mi vida. Cuando entré por primera vez en la despensa de su casa, en la que siempre guardaba reservas de una cerveza casera que sabía a metal, me dio cuatro jarras de loza de color ocre y me invitó a servirme y a beber con él, al tiempo que se ponía a maldecir a Päts y a Laidoner. A ponerlos verdes de manera totalmente extemporánea. A media voz, ciertamente, pero en términos bastante ofensivos. Nada originales, eso sí, del tipo de los que tres años más tarde empezaríamos a leer en los periódicos, solo que entonces nos cogían desprevenidos y por eso parecían peores. Negreros. Sabandijas. Aprovechados del sudor de la clase trabajadora. Al mismo tiempo, abría el grifo y dejaba que la cerveza manase a borbotones y que fuese llenando una jarra que se llevaba luego a los labios cada cierto tiempo, manchándose una y otra vez el bigote con un rastro de espuma y secándoselo luego con la manga. Por eso, cuando en las décadas posteriores yo leía o escuchaba el arsenal léxico proletario, sus términos no conseguían convocar en la pantalla de mi imaginación las imágenes que trataban de evocar (rostros de idealistas torturados con los pómulos hundidos propios de los tísicos, sometidos a iniquidades y reducidos a la desesperación), sino que me representaba a

tipejos cínicos y gordezuelos vestidos de uniforme con el rostro enrojecido y el mostacho lleno de espuma de cerveza.

»Durante un año seguí yendo a aquella casa con Ruta y, en cada visita, cuando me quedaba a solas con el padre de Lilli, este bajaba la voz y empezaba a poner verdes a Päts y a Laidoner (no recuerdo que mencionase nunca otros nombres), pero yo no nunca supe por qué actuaba así.

»Puede ser que notase que Lilli estaba intentando seducirme y que eso lo pusiera celoso, de manera que podría interpretarlo como una venganza: “A mí no me engañas, chucho cancerbero del primer ministro, viniendo a mi propia casa con tu novia a comerte con los ojos a mi niña. No puedo, en efecto, evitar que ella intente manosearte, porque sé la clase de hija que me ha tocado en suerte, ¡pero al menos voy a hacerte saber qué piensa el pueblo de verdad sobre tus jefes! Y sé que no eres tan cerdo como para ir a chivarte de mí...”. Este pudo haber sido, aproximadamente, el mecanismo mental que subyacía en los actos del papá. O, al menos, no he logrado concebir una explicación mejor en todos estos años. Pero el comportamiento de Lilli para conmigo no necesitaba mayor análisis. Era claramente un putón, como ya he dicho antes. A Ruta se lo había confesado mientras bebían un vaso de vino de la cosecha casera de su padre: «Tomo el relevo...». Y así lo hizo, porque me arrastró junto con cuatro o cinco invitados más a bailar el tango que brotaba a trompicones de un gramófono, me arrinconó bajo una planta de interior y me tumbó sobre el diván... Sin más, se desabotonó la blusa y me apretó la cara contra sus pechos desnudos. Me dio la impresión de que tenía unos pezones extraordinariamente grandes y rojos. Recuerdo que estaban rodeados de pelitos diminutos, muy separados y negros, y que logré componerme y convencerme a mí mismo de que no la deseaba, puede que únicamente debido al hecho de que Ruta estaba allí al lado. De esa manera, a pesar de haberme comportado como un depravado con Lilli, con ella al menos habría guardado la decencia. Con todo, cuando más tarde decidí acercarme de nuevo a Lilli, Ruta ya no estaba presente para frenarme, y Lilli no se mostró ofendida por mi actitud recalcitrante del principio.

Ullo se explicaba así:

—Ojo, cuidado con este episodio si al final haces algo con mi historia... Justo en este punto es donde te equivocarás de medio a medio, porque estoy seguro de que me atarás a la órbita de los Borm por medio de una correa semimasoquista. Harás que parezca que aterrizo sobre los pezones rojos de

Lilli debido a que mi centro de gravitación estaba en Lia. A eso, yo te contestaré: «Pues vale». No voy a darte argumentos en contra. Pero sí te diré que, por mi parte, viví mi relación con Lilli como una caída en picado. Y estuve como un mes o mes y medio intentando librarme de ella. Cuando lo logré, no fue precisamente gracias a los Borm...

En este punto, veo en mis notas que me entraron ganas de chotearme. Hasta habría dicho bien fuerte: «¡¿No me digas?!». Y me hubiese apostado algo a que, en efecto, durante bastantes años Ullo no salió de la órbita de los Borm (si es que alguna vez llegó a liberarse de su influencia): ¡de manera que, por la ley de la gravedad, tenía que acabar cayendo justo hacia ese lado! Vamos, que el siguiente aeródromo no podía ser otro más que la mamá de Liíta, que andaba ya por los ciento veinte kilos... Sin embargo, me di cuenta de cómo se le estaba afilando todavía más la de por sí estrecha mandíbula, de cómo surgía en su mirada algo estrábica un resplandor oscuro, de modo que, ¡válgame el cielo!, mantuve el pico cerrado. Ciertamente, renuncié de golpe a las ironías a su costa, o al menos a verbalizarlas, porque percibí que él estaba hablando muy en serio:

—Un día de principios de mayo de 1940... Mejor dicho, al final del día, Uluots me llamó por teléfono al despacho: «Escuche, señor Paerand, me disculpará usted, pero los mensajeros ya se han ido cada uno a su casa. Le pido, por favor, que lleve este sobre al Ministerio de Defensa. Se lo entrega en persona al coronel Lille». Me lo extendió y yo me marché.

Yo le pregunté:

—¿Tienes idea de qué sobre era ese?

—El sobre más importante que haya transportado yo en mi vida...

—¿Ajajá...?

—¡Porque marcó veinte años de mi vida!

—¿Y qué contenía?

—Ni idea.

—Pero, entonces, ¿cómo...?

Ullo prosiguió así su explicación:

—Mira, pues resulta que salí del Ministerio de Defensa de la calle Pikk y me quedé un momento parado en la acera. Entonces vi a una chica que caminaba unos veinte pasos por delante de mí, en el tramo que va hacia la embajada de Rusia y a los almacenes Stude. Llevaba un traje de un color grisáceo que pasaba totalmente inadvertido. Pero tenía unas pantorrillas

preciosas. Y unos gruesos rizos castaños parecidos a los que se ven en algunos ángeles de Memling le caían sobre los hombros. Enseguida me resultó familiar, pero no la reconocí hasta que no estuve justo detrás de ella y giró el cuello para echar un vistazo por encima del hombro izquierdo, de manera que pude ver su cara en forma de corazón, mirándome fijamente:

»—Aaah, el señor Paerand...

»—Uy, la señorita Maret..., la señorita Velgre, quiero decir... ¿Así que es aquí donde usted instruye sobre puericultura a sus puericultoras? Pero, cuénteme, ¿cómo le va? ¿Qué ha hecho en estos meses? ¿Cómo le va a su padre?

»Etcétera. Como suele hacerse en estos casos. La invité a sentarse media hora en la cafetería Colombia que estaba en la esquina de las calles Harju y Niguliste para tomar un café y charlar, y aceptó. Yo estaba muy contento y en un estado de agitación que me sorprendía a mí mismo. A partir de entonces, nos vimos en distintas cafeterías de Tallin por lo menos dos veces por semana, al mismo tiempo que alrededor de nosotros se desplegaba el drama del verano de 1940. A principios de otoño, Maret mandó a su padre fuera de Tallin, al campo. Y es que el anciano había tratado de ir a ver a Vares al Kadriorg para pedirle una subvención... ¡Al fin y al cabo, Vares era un médico que llevaba el distintivo azul, negro y blanco de la bandera estonia en la Guerra de Liberación! ¡Condecorado con la Cruz de Honor por sus méritos militares! Aunque no la había aceptado por un exceso de modestia. El rumor de que la había rechazado por disidencia política con respecto al Gobierno de la República de Estonia era una calumnia sin paliativos. ¿Cómo iba a ser otra cosa más que una calumnia, por dios?

»Papá Velgre era la única persona que yo conocía que interpretaba el gesto de Vares de una manera tan ingenua. Y semejantes interpretaciones podrían haberle acarreado, ya entonces, y más tarde en mayor medida, graves quebraderos de cabeza, independientemente de que hubiesen aceptado o rechazado su diagnóstico de demencia. Maret se dio cuenta a tiempo de este peligro y envió a su padre al campo sin pensárselo mucho. Y no a Loobre, donde lo recordaban como exdirector de la escuela del pueblo y lo conocían bien, sino al corazón de la región de Pärnu, de donde procedía su difunta mujer, a un paraje lleno de espesos bosques y turberas, donde nadie sabía del viejecito ni de las historias que contaba sobre la Guerra de Liberación, que ahora se habían tornado poco recomendables. Y donde, ojalá, no tendría

nadie a mano a quien importunar con sus diatribas contra el rojo del nuevo primer ministro.

»De modo que, a finales de agosto del 40, fui a ver a Maret a su apartamento de la calle Erbe. Había decorado con mucho gusto la habitación chiquita del fondo, la de su padre, y había hecho café. Nos sentamos en el sofá junto a una mesa baja. Por supuesto, yo había llevado una botella de licor y unos cuantos pensamientos pecaminosos. Aunque, ¿qué significa la palabra pecado...? En todo caso, ella no opuso resistencia alguna al curso de los acontecimientos. Y, por cierto, lo hizo de manera extraña, como si disfrutase y padeciese a la vez. En esta ocasión y en las siguientes. Al principio, como perdonándome, con frialdad, para encenderse luego y entregarse con ardor, fuego y éxtasis. Eso hasta que se quebraba de nuevo y se mostraba vergonzosa, triste hasta la médula. Luego, otra vez, poco a poco, salía de la tristeza y pasaba a un estado triste-triste-alegre, y luego triste-alegre. Como si hubiese hablado con el Señor y ahora estuviese segura de que la había perdonado por aquel momento de dicha. En realidad, en todo ese tiempo no llegué a entenderla bien. De lo que sí me di cuenta muy pronto fue de que me permitía, por supuesto, acceder a la habitación más frontal del piso, que era la suya propia, y tomar asiento en un sillón, amén de sacar los gruesos volúmenes que había en los estantes para mirarlos, pero nunca me invitó a compartir el canapé en el que dormía, que tenía almohadones y estaba cubierto con una colcha naranja. Nuestros acercamientos siempre transcurrían en el diván de la habitación del fondo. En su propia cama solo fui admitido después de haber pasado por el registro civil. Y eso fue exactamente en la segunda semana de la guerra, en los primeros días de julio... Justo...

En este momento, prefiero hacer un inciso en el texto de Ullo. Recuerdo que de todo esto me habló en la primavera del año 86. En mis notas leo que fue el 19 de junio. Recuerdo que dijo: «Justo...» y que se detuvo en seco. Se quedó callado de golpe. Se levantó, fue hacia el gran ventanal, que estaba abierto, y salió al balcón de ladrillitos amarillentos (en algún sitio he bautizado este mismo balcón, que domina las alturas del casco antiguo de Tallin, con sus oblicuos tejados, como «mi balsa voladora hecha de ladrillo»). Ullo se quedó de pie en el balcón, dándole la espalda a la habitación, hasta que fui hacia él y le pregunté:

—¿Justo...?

Y él me respondió, soltando mucho aire al hacerlo, como si quisiera barrer así de las crestas de los tejados del centro los excrementos de gaviota que salpicaban acá y allá su tono rojo desvaído:

—Justo tres días después de que, con cinco rosas en la mano, hubiese ido de nuevo a pedir la mano de Lia y ella me hubiese vuelto a dar calabazas...

Yo lo miré y mi ineptitud me impidió reaccionar con algo más digno de ese momento que un juego de palabras barato:

—O sea, que tu infidelidad..., o la facilidad con la que abrazaste la infidelidad..., ¿tenía su origen, en el fondo, en la fe? Y bien, al fin y al cabo, ¿no es eso lo que pasa en la mayor parte de los casos?

Ullo ni siquiera se tomó la molestia de responder. Se quedó callado durante diez segundos y siguió hablando:

—Y me casé. Así de sencillo. No me acuerdo ya de cuándo te presenté a Maret. En todo caso, fue hace siglos. Tampoco consigo recordar si fue por entonces cuando viniste a nuestra casa de la calle Erbe.

—Creo que no. ¡Quién recibe visitas durante su luna de miel! Pero, un poco más tarde, sí que fui. Ya durante la ocupación nazi. Cuando estabas en la cárcel. También más adelante, cuando te habían soltado y fui a veros y me contaste tus aventuras del tiempo que habías pasado en la cárcel. Pero, Ullo, explícame una vez más cómo te apresaron la primera vez. Recuerdo que la segunda vez que los alemanes te encarcelaron fue por algo relacionado con el asunto de los sellos, ¿verdad? Pero ¿y la primera? ¿Fue también por haber trabajado al servicio de Barbarus? ¿O por qué, si no? ¿Cómo era la vida en la cárcel de Patarei en aquellos tiempos?

Recuerdo que Ullo me contó esto en aquella charla de junio de 1986 después de resistirse un poco y, aunque al principio no quería soltar prenda, acabó haciéndolo gustoso. Por mi parte, tomé unas cuantas notas de su discurso. En este momento las tengo delante, en mi cuaderno. Y ahora que vuelvo sobre este tema, también me doy cuenta de que mis notas podrían ser diez veces, o acaso cien veces, más precisas de lo que desgraciadamente son.

Ullo me narró así la historia en varias conversaciones. La primera vez en la calle Erbe, un par de veces más cierto tiempo más adelante y, finalmente, esta última que acabo de mencionar, en 1986:

A principios de agosto de 1941, cuando ya estaba convencido de que Barbarus no iba a regresar a Tallin, Ullo resolvió que caería enfermo, puesto que su contrato de trabajo con el Presidium del Sóviet Supremo no iba a serle de ayuda para escaquearse de la leva que el Ejército Rojo estaba haciendo entre los chicos de su edad. Sin embargo, la *insufficiencia valvulae mitralis* que le había ayudado a sortear el servicio militar estonio seis años antes seguía estando ahí. De modo que podría utilizar aquel diagnóstico, que en su momento escribieron poniendo un signo de interrogación al lado, para declararse incapaz y, al menos, tratar de aplazar el reclutamiento. Aún con mayor razón si pensaba que, en el hospital de la Marina rusa, que en aquellos años se encontraba dentro del mismo parque de Kadriorg, a unos pocos cientos de metros del edificio de la administración donde él trabajaba para Barbarus, estaban desempeñando sus funciones en el verano de 1941 varios médicos estonios. Para empezar, un tal doctor G. P. Así es como lo reflejé en mis notas: «Dr. G. P». Hoy, esa combinación de iniciales me hace removerme intranquilo en la silla y me provoca risa de puro rubor. Me remuevo porque he olvidado cuáles eran sus verdaderas iniciales y cuál era su verdadero nombre, y porque tampoco me sería posible hallar esos datos sin llevar a cabo una investigación en archivos que, además, tendría pocas posibilidades de fructificar. Y es que, en su momento, me inventé un truco

para derivar esas iniciales a partir de las verdaderas iniciales, a través de una fórmula matemática. Pero ese truco se me ha ido olvidando con el paso de las décadas. Seguro que no era, por ejemplo, el doctor Gustav Püümets. Incluso echando un vistazo muy por encima al listado de médicos estonios saltaría a la vista este nombre como uno de los más recurrentes en los anales de la República. Y es que fue uno de los firmantes por parte de nuestro país de la Paz de Tartu en el año 1920. Colega, por cierto, del doctor Joonas Berends, tío de Ullo, que trabajó durante toda su vida en Tallin, del que por supuesto era también conocido. Pues bien, él no era. Y sigo sin ser capaz de esclarecer su identidad.

No obstante, lo que me hace más gracia es la inconcebible incoherencia de mi maniobra criptográfica. ¿Para qué encripté el nombre de aquel médico? Tuvo que ser por alguna consideración relacionada con la seguridad, del todo pueril. Porque esas notas fueron escritas en un año, 1986, en el que ya se estaban abriendo grietas en las paredes del Imperio, pero cobijadas entre esas paredes seguían activas fuerzas bien concretas. Es cierto que en Tallin ya no estaban, pongamos, los camaradas Kumm y Jakobson, pero sí los camaradas Pork y Kortelainen, acompañados de sus secuaces. De manera que, cuanto menos pie diesen las notas tomadas a partir de nuestras charlas a identificar a gente, mejor. Era un grave peligro, ciertamente. Pero, al mismo tiempo, esas mismas notas que yo había tomado a partir de los relatos de Ullo permitían la identificación directa o indirecta de decenas de personas. Aparte de que el propio Ullo también quedaba expuesto en esas notas de manera innegable. Podría decirse, incluso, que en esas notas se desnudaba por completo, o casi. Solo lo cubrirían ciertos huecos, abreviaturas e interrupciones esparcidas aleatoriamente, como motas del polvo que sueltan las hojas viejas de los libros. Otras varias decenas de nombres se insinuaban o incluso se mencionaban sin rebozo en las notas. En resumen, la pareja de letras G. P. bajo la cual se escondía el misterioso doctor no dejaba de ser parte de un juego (ya que, incluso en el año 1986, las medidas humanitarias tomadas para con alguien en 1941 podían conllevar enormes quebraderos de cabeza).

En los primeros días de 1941, Ullo fue al hospital de la Marina del Kadriorg para que le examinasen su lesión cardiaca. Como trabajaba en el Presidium, le fue bastante fácil conseguir hora para una consulta. El doctor G. P. lo retuvo en su planta, en observación, durante una, dos y hasta tres semanas. Aunque había soldados y oficiales de la Marina ingresados, al principio eran

muy pocos, solo los que habían resultado heridos en alguna de las operaciones llevadas a cabo en el estrecho de Finlandia. También estaban ingresados allí dos catedráticos de la Universidad Técnica, ambos estonios, que probablemente intentaban evitar la leva igual que Ullo, pero no recuerdo sus nombres. También había una cantidad moderada de gente de diversa índole, pero, por lo demás, el edificio estaba bastante vacío y silencioso, y así se mantuvo durante varias semanas. Maret iba a ver a Ullo cada dos días, a llevarle comida suplementaria y periódicos. Mientras paseaban en el jardín o por los alrededores del parque que había tras el hospital, le informaba de quiénes habían sido detenidos en las deportaciones masivas de junio que habían tenido lugar en las últimas semanas. Hundikuristik, donde más tarde se construyó un chalet el camarada ministro del Interior Resev, era todavía un terreno invadido de matorrales donde se amparaban las liebres, los vagabundos y los Hermanos del Bosque, guerrilleros que se habían echado al monte y vivían como proscritos luchando por la soberanía nacional. Allí, Ullo y Maret se manoseaban con frenesí hasta que, jadeantes, se paraban a apretar la oreja contra el césped de final del verano, que se había llenado de murmullos, para tratar de sentir el fragor de la artillería alemana aproximándose ya a la ciudad...

Hasta que, al fin, llegó hasta ellos, resonando por toda la ciudad, el estrépito de un duelo de artillería entre los buques de guerra que se acercaban por el sur y los que estaban atracados en las rutas del norte. Y, al fin, también, junto con el bufido de los automóviles y el polvo, el hedor a gasolina y el alboroto, apareció de improviso desde el promontorio de Lasnamäe una algarabía de marineros de uniforme negro y sus mandos (algunos llevaban vendajes ensangrentados en la cabeza) que iban pidiendo ayuda médica urgente a la vez que se desgañitaban para que les dejasen avanzar hacia el puerto: «¡A los barcos! ¡A los barcos todos, hasta el último hombre!». Los enfermos se dividieron de inmediato en dos categorías: aquellos que se apresuraron a llegar al puerto (sobre todo, militares rusos) y aquellos (sobre todo, seudoenfermos estonios) que, en parte obedeciendo a un gesto que les hizo el doctor G. P., desaparecieron en la sala central de calderas del hospital, o a saber en qué otra parte. Ullo, por supuesto, estaba en la segunda categoría.

Una hora más tarde, pues, los primeros alemanes estaban ya avanzando desde el barrio de Lasnamäe, bajo unas cuantas descargas de artillería que rompieron el silencio, por lo demás, absoluto.

Ya estaban aquí. Pronto haría medio año que estaban con nosotros. Ellos, y todo lo que habían traído consigo. Todo lo que su llegada había precipitado en la psicología de la población. En un primer momento, el alivio de la liberación, un gigantesco respiro en la conciencia de la gran mayoría y un hondo miedo en la de cierta minoría. En la conciencia de Ullo, se debatían sentimientos confusos. La experiencia le demostró desde las primeras semanas que, a consecuencia de su reciente colaboración con traidores de la envergadura de Barbarus (si se la podía llamar colaboración), ahora iba a tener que caminar por Tallin como por el filo de una navaja. («Ah, mira... ¡¿Es que el señor Paerand también se ha quedado en Tallin?! No lo imaginaba tan valiente... Ejem, podría sucederle cualquier accidente, ¿no?») Solo dios sabe quién le soltaría ese comentario en el curso de un azaroso encuentro entre la nieve del parque de Kadriorg, por el que iba paseando con Maret, con el palacio al que se acababa de mudar una semana antes el gobernador general del Reich Litzmann al fondo.

Por el filo de una navaja, y muy mucho. Hasta que la navaja se cerrase con un brusco chasquido, con los dedos de Ullo, o su cuello, bajo la cuchilla. No sé, ni tengo ya a nadie a quien le pueda preguntar, quién lo delató ni cómo y dónde lo detuvieron. Quizá solo son imaginaciones mías, pero creo haber oído que fue de la manera más corriente, en mitad de la noche, en su piso de la calle Erbe. De allí, por supuesto, lo llevaron a la parroquia de Kaarli; es decir, al cuartel de los Servicios Secretos de los nazis. Bajo la mirada de alguno de aquellos caballeros, acaso Kimson o Viks.

«¡Ah, así que era usted el jodido cafre rojo!»

Etcétera. No sé de primera mano cómo reaccionó. Si me baso en lo que más tarde he podido averiguar acerca de su comportamiento en momentos críticos, estoy seguro de que se comportaría, también en aquella ocasión, casi con altanería..., pero no exactamente. En todo caso, no de manera que su actitud resultase provocadora, sino rozando peligrosamente el límite.

Le habían comunicado que cierto comité lo había condenado a una pena de seis años de cárcel por sus actividades comunistas. Y allí mismo, en Patarei, ataviado con el pijama a rayas de los reclusos, pegando cajas con pegamento (una tarea a la que también se entregaban, según se dice, los locos más cuerdos del manicomio en aquella época) estuvo cumpliendo su pena. En los escasos ratos libres, se dedicaba a yacer en su jergón de paja y a escribir poemas en la medida de lo posible, teniendo en cuenta lo abarrotadas que

estaban las celdas. Y es que, en la era soviética, la población reclusa (que en el período anterior era de mil hombres) pasó a ser de más de cuatro mil. Entre ellos se encontraban algunas figuras prominentes de la cultura, de la talla de Sirge, Rummo, Sütiste o Kangro, además de, desde luego, algunos autores de sátira como Gori o Tiitus, entre otros, que durante la época soviética habían satirizado *ex officio* a Hitler y sus compinches y que corrían ahora un serio peligro. Y una masa anónima hecha de *apparatchiks* de los recientes órganos rojos, a los cuales llamaban a gritos en mitad de la noche, para llevárselos de tres en tres o de cuatro en cuatro, sin que ninguno de ellos regresase jamás.

A la segunda o tercera semana, Ullo encontró la forma de mandar un mensaje a Maret. Y ella, cual vivaracho ángel, fue volando no sé exactamente adónde, acaso al cuartel de la Milicia Urbana Omakaitse en el bulevar Vaksali, o bien a la antigua biblioteca del Ejército (es decir, a la parte vieja del edificio donde está actualmente el Ministerio de Medio Ambiente); en todo caso, fue a hablar con el coronel Tilgre.

Recuerdo que, para calificar a aquel hombre, Ullo empleó la expresión «con un aire irlandés». Con ello, en mi imaginación dejó una imagen borrosa, que debía de incluir en lo referente al aspecto físico un cierto tono rojizo del pelo y, en cuanto al carácter, la tenacidad propia de un deportista. Ya he mencionado antes que el señor coronel tuvo una charla de reconocimiento con el tío Joonas, en la que demostró que poseía esa cualidad. Esa charla de reconocimiento le brindó la respuesta a la pregunta de cómo se habían conocido Ullo y Barbarus y, con ella, pudo presionar y hacerse camino para llegar, probablemente, hasta Sandberger: yo conozco, yo sé, yo me responsabilizo. Y, al final, logró que suspendieran la pena a la que habían condenado a Ullo y que lo pusiesen en libertad. Eso sucedió, por lo que parece, en marzo del 42. Además, le sirvieron en bandeja un trabajo. Un trabajo que le iba como anillo al dedo: editor en el Boletín de Tasas. Sede: no me acuerdo ya, pero debía de estar por la colina de Brokusmägi, en una de las dos casas amuralladas que datan de la Edad Media. Trabajaba en el despacho de tasas, que estaba en una de las cuatro salas pequeñas de la parte trasera, como editor del boletín que componían allí entre tres miembros de la redacción, más dos subalternos. Su superior era el comisario de tasas Saar, un individuo que a saber de dónde habría salido, y que ostentaba el cargo honorífico de director como si fuera el de ministro (por supuesto, se habría encumbrado hasta un ministerio de mentirijillas, puede ser que por militar en

el Partido Nazi de Estonia). Los espíritus más críticos de entre sus docenas de subordinados cuchicheaban que era un «cara de cerdo» (es decir, un rusófilo), pero los más intuitivos, como Ullo, acababan musitando hasta con agrado que el señor Saar no era ni engreído ni asqueroso, como solían ser los jefes en aquella época, ni tampoco tonto, en absoluto. Más bien, se podría haber afirmado sobre él (como decían algunos de sus subordinados) que era un pringado, pero un tipo con la mente despierta. Por lo menos, en el despacho de tasas no se practicaba el saludo con el brazo en alto acompañado del «*Heil, Hitler*» que sí que se había adoptado ya como rutina en la primavera del 42 en los dominios del doctor Mäe en Tõnismägi. En el despacho de tasas era más bien todo lo contrario. Por ejemplo, detrás de la mesa de escritorio del director había colgado un retrato de Hitler. Aunque pueda parecer increíble, en la parte de atrás del cuadro había otro retrato, el de Stalin (eso sí, dándole la espalda a la habitación). No era algo trivial, puesto que, de no haber contado con algún contacto en las altas esferas algún tiempo más tarde, el director habría perdido su puesto a raíz de algo así.

De la nada compleja composición de la gacetilla de precios se ocupaban con mucha soltura los señores Ibrus y Kleinod. Para ello, iban a buscar a la mesa del director tablas actualizadas y datos de la policía sobre los comerciantes que habían cobrado precios abusivos y las multas que se les habían impuesto. También habían de reflejarse en el boletín las modificaciones que se verificasen en las oficinas de la hacienda pública de las diferentes provincias y municipios. Pero cuando Ullo quiso publicar alguna pieza de su propia cosecha (a saber qué, acaso alguna loa a la política de tasas de la administración autónoma de Estonia), se encontró con una llamada de atención del jefe de la imprenta:

—Señor Paerand, ¿qué es lo que ha puesto aquí? ¿Estoy leyendo bien?

El pueblo estonio es unánime en el clamor
de que si sigue el ímpetu y ardor
en el ataque a nuestro frente
cualquier subida de precio
no será tal, sino un deprecio...

¿O algo por el estilo?

—De ese estilo, sí.

—Señor Paerand, usted me perdonará, pero... ¿Es que se ha vuelto loco?

—Ja, ja, ja, ja. ¿Es que cree que no lo van a admitir? Pues venga, censúrenlo. Por todos los santos, ¡¿qué problema hay?!

Aunque, al mismo tiempo, Ullo sentía, después de recobrar la libertad en la primavera del 42, un ansia por escribir que era tanto personal como surgida de la actualidad que le rodeaba. Por fortuna (o acaso por desgracia en lo que atañe al presente escrito, quién sabe) entre mis papeles viejos se encuentra un texto escrito por Ullo aproximadamente en estas semanas y que, prácticamente, constituye una novelita. Y no hallo un motivo de suficiente peso que justifique su exclusión de estas líneas. De hecho, si pienso en cómo ha de continuar esta historia, reconozco que debería hacer justo lo contrario e incluirlo.

*E*n la pausa del almuerzo, yo tenía por costumbre entrar en el salón de la planta superior del Feischner. La opresiva combinación de colores rojo vino y negro estaba de algún modo fuera de lugar y, como tal, era extremadamente adecuada a las circunstancias. La cafetería había adoptado esos tonos en una época en la que el mundo era aún completamente distinto al actual. En la frívola ligereza de finales de los años treinta, suponían una contradicción extrañamente armoniosa. Fuera, en la plaza de la Libertad, el polvoriento sol urbano, manchado en aquellos veranos del color de las lilas, y, en su interior, de repente, el rojo y el negro... No por mor del espíritu caballeresco y apasionado de Stendhal, sino debido a un fútil y copión esnobismo... Además, aquellos colores se tornaron luego en tonos perfectamente apropiados: rojo oscuro, el soviético color de la sangre, y negro carbón, también soviético. Una combinación que se mantuvo en vigor durante el advenimiento del nazismo, sin tambalearse: los colores de la sangre y de la violencia.

Pero, en ese rato previo al almuerzo, en una clara mañana de pleno verano, sobre el fondo de las tablas de madera de color rojo oscuro y el tapizado negro, florecían también otras cosas. Blusas y faldas confeccionadas con prendas de segunda mano de las que se usaban durante las estrecheces de la guerra. Flequillos permanentados llenos de altos tirabuzones rubios. Cuanto más rubios, más arios y, por lo tanto, más atractivos. Medias de seda transparentes y con muchos brillos, que las mujeres seguían consiguiendo dios sabe dónde, aunque las fábricas que antes las hacían hubieran pasado muchos meses atrás a producir paracaídas y cáñamo para horcas. Por último, aquellas sandalias con suela de madera y tiras entrelazadas como llamas, que, según quién las llevase, realzaban de manera sensual la esbeltez de los tobillos y la encantadora ingenuidad de los dedos de los pies.

Miré a mi alrededor. Nada en la sala había cambiado con respecto al día anterior. Por supuesto, los alemanes tampoco. Ahí estaban, entre el público,

en forma de manchas azul oscuro, verde y gris. Igual que el plomo, pero no el plomo que se vertía en el agua para echar la buena ventura, sino el de la desgracia, como si alguien hubiese rociado con él todo el ambiente, y ahora se metiera dentro del cráneo. Lechuguinos imberbes vestidos de oficial que colocaban sus sombreros altísimos junto a las tazas de café (llenas, desde luego, de sucedáneo) mientras se olfateaban entre sí o arrullaban a las muchachas estonias.

No parecía que hubiese asientos libres. Por fin, me di cuenta de que alguien me estaba haciendo gestos con la mano. Enseguida lo reconocí. Ese reconocimiento automático depende, en mi caso como en el de todo el mundo, supongo, de la cualidad estética de quien gesticula. En esta ocasión, aunque no fuese de platino o de oro, sí que por lo menos llegaba, afortunadamente, a la calidad de la plata: una joven dama, de nombre..., ay, ¿cómo era?... Õispuu o Lillenurm o Kullerkann... En definitiva, el último gran amor de Bernhard Linde. El mismo Bernhard Linde que nunca dejó de ser para mí un tipo misterioso, aunque nos conociésemos desde la infancia, si puede afirmarse tal cosa. Lo recuerdo de la época en la que vivíamos en el piso de la calle Raua, que abandonamos cuando yo tenía ocho años. Era, pues, verdaderamente, una amistad de la infancia. Ahora me lo volvía a encontrar años después, ya de adulto, pocos meses antes del golpe de Estado de junio, justo cuando me encaminaba a reencontrarme con otro conocido de la infancia, Jochen von Brehm, que seguía siendo un tipo zopenco pero muy cordial. Allí mismo, en la calle Pikk, estaba el señor Linde, plantado en la acera delante de un portón. Me reconoció y me hizo subir las escaleras y pasar a su casa, para enseñarme unos libros nuevos que acababa de comprarse y charlar un rato. Luego, empecé a ir a visitarlo de vez de cuando, porque tenía algunos libros excepcionalmente interesantes, y siguió adquiriendo más durante el período en el que los baltoalemanes abandonaron el país. Por lo demás, su interés por el bienestar de mis padres y el mío propio era genuino. Y el café que nos servía su joven esposa era auténtico, incluso en esos días de la primavera del 42.

En los últimos veinte años, Linde se había conservado más o menos como en el retrato que pintó de él Nikolai Triik en 1914, solo que había ganado algo de peso y le había salido alguna pelusilla canosa. Pese a todo, una hermosísima rubia, su cuarta o quinta mujer, a quien me presentó como el hijo de un antiguo amigo, era al menos treinta años más joven que él.

Evidentemente, después de que su editorial, Varrak, se declarase en bancarrota en el año 1924, se extendieron rumores entre la opinión pública, como siempre mal informada, de que no era una persona de fiar, y su buen nombre quedó marcado por esa sospecha. Al mismo tiempo, sus amigos más íntimos (¿quiénes? Pues Tammsaare, Suits, Eliaser, Tuglas, etcétera) habrían puesto la mano en el fuego por su honestidad. No del todo en cuanto a sus relaciones con las mujeres, eso tal vez no... Pero sí, incondicionalmente, en cuanto a su absoluta honestidad en los demás asuntos de la vida civil.

Conque, al darme cuenta de que la joven señora Linde me estaba haciendo señas con el brazo, me acerqué a su mesa. De camino hasta ella, me percaté de que, en la misma mesa, junto a la dama, que iba vestida de naranja, estaba sentado otro caballero vestido de gris. Un hombre de estatura considerable, tirando a flaco, con un bigotito entrecano. Tendría unos sesenta años aproximadamente, coetáneo de Bernhard. Recuerdo que me embargaron los celos por aquella generación de abuelos. Era un sentimiento en el que se mezclaban la mordacidad y la condescendencia, acompañadas de un destello de compasión por la joven esposa, porque los amigos de su marido, pensaba yo, tenían que ser hombres de edad avanzada que no podían resultarle a una mujer tan joven en absoluto interesantes...

—El señor Paerand... Un conocido de Bernhard desde hace s-s-s-siglos... —le comentó la dama a su acompañante mientras yo tomaba asiento—. Pero a usted, señor Paerand, le tengo preparada una auténtica sorpresa literaria. Sí, sí, sí. Mire, les presento: el escritor Arthur Valdes.

Conseguí tragarme la sorpresa (porque sin duda lo fue, y bastante considerable) al menos durante unos cuantos segundos, los suficientes para lograr articular lo siguiente:

—Un enorme placer. Sobre todo porque constato que resulta ser verdad lo que yo ya me imaginaba desde hace tiempo: que Friedebert Tuglas se precipitó al informar sobre la muerte del señor Valdes. Aunque, ahora que pienso detenidamente en ello, dígame, ¿dónde y cuándo habría perecido usted, según los datos de Tuglas?

Valdes contestó, en un tono desapasionado:

—Oh, no le echamos la culpa a él. La información se la dio el suboficial Kust Tooming, que estaba en el mismo destacamento que yo. Un tipo estupendo. Tooming fue herido cinco minutos después que yo, y por eso me

vio caer y luego comunicó el incidente a mis compatriotas. Ah, pero usted preguntaba que dónde... y cuándo... Cerca de Ypern, en Bélgica, el 20 de enero de 1916.

Prendió fuego a su pipa, que tenía una caña muy larga, y lanzó al aire del Feischner una nube de humo de sucedáneo de tabaco, que era de color azul claro y despedía un olor como de fábula que yo asociaba a saber con qué fantástico capitán o almirante.

—Señor Valdes..., hmmm... —dije yo—. No sé por qué, tengo la sensación de que su presencia aquí es..., hmmm..., momentánea... por no decir algo completamente efímero. Le prometo que no le voy a hacer preguntas sobre su producción literaria más reciente, ni siquiera acerca de si, por milagrosa fortuna, sus célebres Escalones han sido publicados en algún sitio sin que aquí nos hayamos enterado. O si no tendría usted aquí, a mano, el manuscrito de estos últimos. Sin embargo, permítame que albergue la esperanza de que me diga en un par de frases cómo le ha tratado la vida en estos años... En beneficio de la historia de la literatura estonia.

Valdes repuso, mientras fumaba su pipa:

—Querido joven, cuando usted apareció por la puerta de esta sala y se puso a mirar a su alrededor, y acabó sentándose a esta mesa, la señora Linde tuvo tiempo de ponerme al día sobre los principales hechos de su vida. No obstante, no hablemos de historia de la literatura. Durante veinte años no he escrito prácticamente nada. Y todo lo que tengo está en una islita del Canal, llamada Alderney, que se encuentra ahora en manos de los alemanes. Según la entrada del Diccionario biográfico de Estonia, estoy en condiciones de afirmar que... —En este punto, volvió a cargar la pipa y prosiguió—: A finales del año 16 volví al frente...

—Si me permite la pregunta, ¿con qué rango?

—Como capitán. Y serví en el Ejército hasta 1922, en Francia. Entonces me retiré.

—¿Y en el Ejército inglés?

—También, también, claro.

—Y si me permite de nuevo la pregunta, ¿con qué rango?

Valdes se sonrió, dejando entrever unos dientes algo amarilleados por el humo de la pipa, pero por lo demás sanísimos:

—Como teniente coronel. Fíjese, si hace memoria, se dará cuenta de que ya Tuglas me atribuyó cierta trayectoria como militar de carrera. Pero, bueno,

entre 1922 y el estallido de esta guerra permanecí en Francia ocupado con..., hmmm..., varios negocios.

—Y, ahora, ¿de dónde viene?

—De París. Porque, físicamente, mi hogar está entre Inglaterra y Francia, pero mi hogar intelectual está en París. Por supuesto, he venido a través de Vichy. Estoy aquí casi en misión oficial. De modo que sería inconcebible haber llegado de otra manera, aparte de pasando por Vichy. En estos precisos instantes...

—¿Y a qué ha venido usted aquí... después de más de un cuarto de siglo? —pregunté yo, presa de la curiosidad y, por ello, completamente ajeno a la discreción—. ¿Está visitando a viejos amigos...?

—He dormido en casa de los Linde. Bernhard y yo hemos estado toda la noche conversando, hasta el amanecer. La señora Linde se fue a dormir mucho antes. Pero esta mañana me llegó noticia de que mañana habré de marcharme..., para evitar malentendidos... —Se quedó mirando su reloj de pulsera, de un fabricante americano—: Ay, es verdad, no me queda ni una hora... Va a venir un sueco que me quiere llevar en su lancha motora. El comandante Motander. Un militar que también tiene un toquecito literario. Ha traducido a Tammsaare al sueco. De forma que voy a irme sin cumplir la misión que me trajo hasta aquí... Y ya sospecharán lo que era. Exactamente: vine a hacerle una visita a mi alter ego. Quería entrar, por fin, en casa de Friedebert Tuglas. Han de tener en cuenta que Tuglas es, claro está..., cómo expresarlo..., una persona bastante vanidosa. A pesar de lo cual, me fío de él como de mí mismo. Pero, ahora... —Echó otra mirada a su reloj y dijo—: Señora Linde, señor Paerand..., todos los presentes, amigos, este mismo lugar, esta tierra... Se pueden imaginar que lamento mucho tener que irme... y, sin embargo, sé que todos los que estamos aquí hemos experimentado y experimentaremos la privación, tanto en el pasado como en el porvenir... Tenemos, por lo menos, suficiente experiencia para poder sobrevivir a esta privación... —añadió a la vez que nos apretaba la mano a la señora Linde y a mí—. Para resumirlo en una frase: hasta que nos volvamos a ver. Cuando quiera el destino.

Caminó hacia la puerta muy erguido y, tras bajar unos peldaños de la escalera, desapareció.

—Vamos a quedarnos un ratito sentados —dijo la señora Linde—. Si lo estaban siguiendo, esperemos que fuese una sola persona, que se habría visto

obligada a irse con él. De modo que, ahora, nos deberíamos de haber quedado libres de vigilancia. —A continuación añadió, en voz considerablemente más baja—: Dígame, ¿no tendrá usted previsto ir a Tartu en los próximos días?

—Da la casualidad de que sí. Mañana mismo. He de ir, por orden de mi jefe, a supervisar nuestra sección de Tartu.

—Escúcheme porque, en ese caso, tengo una cosa que pedirle. Mire..., yo no quisiera que Bernhard se viese involucrado en esto. Ya tiene bastantes problemas con los alemanes. Es tan temerario... Últimamente, ha vuelto a decir algo en defensa de los checos, no sé en qué contexto. En relación con los estragos de Lidice. La semana pasada mismo, lo sometieron a un interrogatorio por ese asunto en los Servicios de Seguridad de los alemanes. Pero, ahora...

—A pesar de todo, han acogido a Arthur Valdes en su casa. Y consideran probable (con toda la razón, desde luego) que alguien lo tenga sometido a una estricta vigilancia.

—No solo eso... —cuchicheó la señora Linde—. Él (Valdes, quiero decir) nos dejó una carta, para que Bernhard se la llevase a Tuglas, a cuya casa no pudo ir...

—Y, ahora —intervine—, tendrían ustedes a bien que yo le llevase esa carta a Tuglas en lugar de Bernhard, ¿es eso?

La señora Linde era, verdaderamente, una mujer endiabladamente bonita, y yo llevaba muchos años fijándome en sus dulces tonalidades y en sus contornos algo aniñados (el cabello trigueño, los ojos zarcos y el cuello largo), que le conferían una intensa feminidad. Por eso, hasta cierto punto sorprendiéndome a mí mismo, me encontré diciendo:

—¿Y cuál es el problema, estimada señora? Mañana mismo me pondré en camino. Iré en el coche de mi empresa, que es un vehículo de transporte de mercancías. Funciona a través de un generador alimentado con madera, eso sí. En todo caso, mañana para la hora del almuerzo, con total seguridad, habremos llegado a nuestro destino. Por la noche entregaré su carta. ¿No la tendrá por ahí a mano?

La mujer se comportó como si hubiese estado practicando durante años y años lo que veía en las películas de espías. Echó un vistazo a la oscura superficie de la mesa de café, donde yacía su bolsa de cáñamo trenzado, y dijo, sin mover apenas los labios:

—*Está aquí, dentro de esta revista.*

Sacó la revista de la bolsa. Era el último número de Palabra Estonia. Lo colocó encima de la mesa, justo delante de nuestra nariz, y empezó a gorjear, desgranando exhaustivamente el programa de conciertos que había en la última página. Yo le seguí fervorosamente la corriente y, mientras dialogábamos, le miraba la boca y los ojos a la vez que plegaba la revista longitudinalmente y me la metía en el bolsillo. Al mismo tiempo, pensaba que, si no me sucedía nada en el siguiente minuto, es que no había nadie siguiendo mis movimientos. Tres minutos más tarde, pagamos la cuenta y nos marchamos.

Acompañé a la señora Linde hasta su puerta en la calle Pikk y desde allí fui a la carrera a la oficina de tasas. Los señores Ibrus y Kleinod se habían quedado más tiempo. Por así decirlo, habían prolongado la pausa del almuerzo, y yo sentí cómo las cenizas de Klaas me inflamaban el corazón, igual que al protagonista del cuento «Till Eulenspiegel»... ¡Tenía en mis manos nada más y nada menos que una carta de Arthur Valdes a Friedebert Tuglas! Me saqué de un tirón la revista del bolsillo y extraje el sobre. Era un papel con una cuadrícula en azul sobre blanco, de un tipo que hacía años ya no se encontraba en ninguna tienda. Mecanografiado en una tinta grisácea leí:

*Estimado señor escritor
Friedebert Tuglas
Tartu*

En ese instante, me pregunté si aparecería su dirección en el sobre. La de Valdes, se entiende. Daba igual que fuera la de Alderney, París o Vichy, con tal de que fuese la suya. Si constaba, yo tenía el deber de apuntármela, por el bien de la historia de la literatura estonia... Así que le di la vuelta al sobre. Por supuesto, el dorso estaba vacío. Y entonces, para mi asombro, me di cuenta de que... ¡el sobre ni siquiera estaba cerrado! O bien, si lo estaba, solo había pegamento en el vértice del triángulo que hacía las veces de solapa (que, además, parecía tentadoramente suelto). El ardor de mi curiosidad había derretido, recalentado o secado ese vértice en el rato que la revista permaneció en mi bolsillo, colándose por debajo del suéter y a través del bolsillo de la camisa y finalmente entre las hojas de la revista. Aunque lo

más probable era, ciertamente, que el sobre hubiese estado abierto desde el principio —argumento, por lo demás, que yo necesitaba para justificar mis actos—. Con las prisas, se habría olvidado de cerrarlo, puede que se debiera solo a un despiste. ¡Qué más da! O, incluso, podrían haberlo dejado abierto de forma deliberada, expresamente. Aunque no pudiese imaginar el motivo de haberlo hecho. Tal vez, por ejemplo, para que lo pudiese leer el mayor número posible de personas..., pues el remitente no estaba seguro de qué acabaría haciendo con ella el receptor...

Resumiendo: corrí como una exhalación hasta la ventana de la oficina donde redactábamos el boletín, que estaba sucia y cubierta de cinta aislante para proteger los cristales durante los bombardeos, y rasgué el sobre. La carta estaba escrita en la caligrafía de Valdes, tan lineal que casi parecía la de un ingeniero (¡era pasmosa la polifacética personalidad de aquel individuo!), y decía lo siguiente:

¡Querido Friedebert!

Por la pizca que te conozco, siempre has preferido mantener cierta distancia espiritual. Pese a lo cual, como casi hermano gemelo tuyo que soy, me permitirás que te tutee y, desde luego, que emplee tu nombre de pila para dirigirme a ti.⁴² Y me permitirás que albergue la esperanza de que leas con mucha atención esta carta.

Me diste, en su momento, ante los muy instruidos lectores estonios, un crédito como autor literario del que, a causa de mi pasividad, propia de un espectador, pero también a causa de las veleidades de la violencia, no he logrado hacerme merecedor. Ese es el motivo de que te escriba aquí sobre otras cosas, más esenciales que el análisis del mundo literario, en vista de la actualidad europea del momento.

En los últimos tiempos he vivido en una Francia arrasada por los teutones, donde la fuerza de los acontecimientos, a la vez que un impulso racional, me han hecho acercarme al movimiento emergente que ahora todo francés que se precie conoce por el apelativo afectuoso y esperanzado de «Résistance».

Como cierto árbol bíblico, al principio se asemejaba a un diminuto grano de mostaza, pero ahora se extiende por todo el país. Y, de forma asombrosa, su expansión hacia el Este llega directamente hasta Estonia. Lo

más fantástico de todo es que llega hasta ti. Friedebert, en un momento dado, conociste personalmente a esa alma inquieta de la bohemia tartuense que era Boris Vilde. Si alguien pregunta si era hermano de Eduard Vilde, seguiremos aun hoy sin poder contestarle. Pero ambos sabíamos que en el año 1928 se trasladó de Tartu a París, en busca de un ambiente intelectual más estimulante. Y siete años más tarde, cuando nuestro común conocido, el profesor Ants Oras de Tartu empezó a colaborar con monsieur Louis Pierre-Quint de París a fin de elaborar una antología de relatos estonios que se publicaría en Francia, y se hallaron con el problema de encontrar un traductor, B. V. no lo dudó ni un segundo y ofreció su ayuda. No conozco del todo las circunstancias en las que se tradujo esa antología, que apareció publicada por la editorial Sagittaire en el año 1937, en París (por supuesto, esto puedes comprobarlo si coges tú mismo el volumen de la estantería). B. V. tradujo dos de las novelitas incluidas en la antología: Casanova se queda con dios y Los dones del mar, de Mälk. La mayor parte de dicha antología acabó siendo traducida por una tal madame Navi-Bovet, pero yo sé de boca del propio B. V. que él renunció a traducir tu novela incluida en la antología, Popi y Huhuu por la única razón de que dudaba de poder transmitir con suficiente potencia artística el colorido, la plasticidad del texto que habías escrito tú. En todo caso, estaba convencido (igual que lo estoy yo) de que era la pieza cumbre de la antología. Probablemente no lo fuera la versión traducida por madame Navi-Bovet, pero sí lo era, sin sombra de duda, el original.

Pero ¿por qué estoy escribiendo que B. V. «era»? Respondo a esta pregunta con rapidez trágica. Tenía un trabajito de taxidermista en el Musée de l'Homme de París. Justamente fue en el sótano de esta institución, y por la iniciativa y el empuje de B. V., donde se fue reuniendo en el curso de un año un grupúsculo de individuos, a los que yo calificaría de mercuriales (si no férreos) idealistas, que acabaría siendo la base de lo que hoy se llama Résistance.

Por lo que se refiere al personaje de B. V., los alemanes lo cazaron a él y a sus compañeros de fatigas, y B. V. fue ajusticiado, para más datos en plena calle, justo en la víspera del Día de la República de Estonia. Pese a que la Résistance se cobró numerosísimas víctimas, él consiguió poner en serios aprietos a los ocupantes alemanes de la Francia de la época, y digo esto en el sentido más genuino y esperanzador del término. Hay que añadir,

además, que entre los miembros de la misma agrupación hubo algún autor francés muy célebre. Prefiero no mencionar nombres aquí, aunque solo sea por precaución y porque no es estrictamente necesario enumerarlos uno por uno. Sin embargo, te aseguro que te quedarías pasmado si leyesees quién estuvo relacionado con los hechos que estoy relatando.

Pues bien, al menos visto desde aquí, desde la perspectiva europea, no cabe duda de que en una situación mundial como la reinante, sería extremadamente necesario que en Estonia surgiese un movimiento más o menos análogo al de la Résistance francesa, que luchase por nuestra liberación nacional. Tanto desde el punto de vista político como táctico y moral. Sí, en el mundo, pero sobre todo en Estonia, existe la necesidad perentoria de que creemos un movimiento de resistencia. Ciertamente, contaríamos con actitudes que lo harían posible, que ya están presentes al menos en potencia. Cuando los alemanes llegaron a Estonia hace un año y se les puso alfombra roja, hacía apenas un mes que diez mil estonios habían sido deportados en masa a Rusia y que veinte mil habían sido llamados a filas y movilizados por la fuerza, de modo que es comprensible desde un punto de vista psicológico, dadas las acciones del Gobierno soviético, que se viese a los alemanes como liberadores, en aquel clima de invasión y de terror. Eso no significa que ellos aprendiesen la lección de la historia, sino todo lo contrario. En un par de semanas, podría decirse que por la gracia de dios, se volvieron insoportables. Tú conoces, seguramente mejor que yo, los comportamientos a los que me refiero. Por eso, afortunadamente, la tendencia a simpatizar con el bando alemán no fue demasiado amplia ni sostenida en nuestro país. Pero te preguntarás por qué te escribo todo esto a ti. Pues porque, Friedebert, tú eres, como ya dije, mi alter ego en mi antigua patria, cuyo destino nos preocupa a ambos. Friedebert, alguien debe asumir la tarea de crear el núcleo de la Resistencia en Estonia. Alguien debe crear ese núcleo y dotarlo de un impulso moral. Y, dime, ¿quién más predestinado que tú para hacerlo?

Llevo mucho tiempo pensando que deberías hacerte con alguien que asuma el papel de coronel o de comandante en la clandestinidad, que se ocupe de dar las órdenes dentro del movimiento en cuestiones relativas al reparto de munición y fusiles. Estoy lejos de creer que hayas de asumir tú mismo ese rol (para eso, tienes que encontrar a un militar). ¡Pero tú has de arrancar el motor del movimiento! ¡Tú tienes que ser la chispa que prenda

la mecha de la revolución por todo el país!

Eres el único estonio de los que han permanecido aquí que sigue teniendo la autoridad necesaria para llevar a cabo la tarea. Tu extraordinario ascenso literario hasta el nivel de un clásico, tu actividad revolucionaria (que fue —es cierto— demasiado corta para durar toda la vida), tu experiencia como observador en Europa Occidental, tu carácter apolítico, al menos formalmente, y tu proximidad ideológica a los socialdemócratas... Esta posición te convierte, precisamente a ti (dime, ¿a quién si no?), en el candidato perfecto, el único, para consolidar la unión entre las fuerzas de izquierdas susceptibles de colaborar con la causa... Porque, todo sea dicho, la relación con dichas fuerzas de izquierdas sería, desde mi punto de vista, la mayor diferencia entre los movimientos de resistencia de Francia y Estonia. En Francia, los comunistas tienen un papel fundamental en el movimiento, cosa impensable en el caso de Estonia. En primer lugar, porque en Francia hay cientos y cientos de intelectuales de primera fila, quizá en la estela de Anatole France y de otros coetáneos suyos, que son comunistas, o al menos personas que tienen afinidad con los comunistas (en Estonia, como ya se comprobó en el año de la dominación soviética, de estos no encontraríamos ni uno). Bueno, sí que hay tres personas que se han convertido a la causa últimamente. Estoy pensando en tu viejo conocido Hans Kruus y en nuestros (digámoslo así) colegas Semper y Barbarus. Pero, por lo que yo sé, el número de estonios que se afiliaron en aquel año al Partido Comunista como militantes rasos (fueran arribistas o idealistas) es insignificante. Sin embargo, desde Rusia nos llegaron como infiltrados miles de ellos. Y, junto a estos, la idea de que había que acabar con la soberanía del Estado estonio. Por eso, opino que no es posible recurrir a ellos para construir la Resistencia estonia. Al menos, no de manera generalizada. Pero, por otro lado, quiero insistir en que eso es algo que has de decidir tú, tanto a nivel abstracto como en lo referente a los particulares. Sobre todo, si tenemos en cuenta que el Gobierno inglés acaba de firmar un tratado que sienta las bases de una amplia colaboración con el señor Mólotov (fue en el curso de su reciente visita a Londres, en una escala de su viaje de regreso a Moscú desde los EE. UU.). Eso confiere a los actores rusos un papel muy relevante o, más bien, un papel que puede incordiarnos mucho en todas las variantes que podamos imaginar para el futuro de nuestro país. Lo cual, a su vez, requiere que sopesemos con

extremo cuidado el asunto de la relación de nuestra Resistencia con los comunistas. Sería, también, algo que tendrías que sopesar tú antes de tomar las decisiones correspondientes, conociendo como conoces a todos los dirigentes rojos con los que podríamos contar, tanto a los viejos comunistas como a los de los últimos gobiernos.

¿Habré de enumerarte una por una las razones de que seas el único candidato idóneo? ¿Justo a ti, que eres casi igual de consciente que yo de tu idoneidad, y de que esta conlleva una obligación ineludible? Pues vale, lo haré. Las cualidades que te obligan sin remedio son las siguientes: tu autoridad incontestable tanto a ojos de la antigua como de la nueva generación. Tu experiencia en actividades conspiratorias. Tu nimbo revolucionario. Tu conocimiento del mundo y de la naturaleza humana. Tus ideas políticas, que te convierten en un buen mediador. Y, last but not least, tu evidente patriotismo, que nunca has degradado utilizando eslóganes patrioteros. Eso, por lo que yo te conozco. Además, es probable que la imagen que proyectas, de alguien que ha estado encerrado en una torre de marfil de neutralidad, te permitiera actuar durante cierto tiempo en la vida pública, antes de pasar a la clandestinidad (porque, antes o después, habrá que dar ese paso).

Tienes razón, ahora me viene a la cabeza que puede que esté escribiéndote todo esto por celos o por afán de venganza (venganza por la serenidad con la que has sabido realizarte tan completamente, mientras que yo, al menos en lo literario, no lo he conseguido). De todo esto podría hablarte mi viejo amigo Tassa, con quien compartí momentos muy singulares en Suiza hace tiempo. Si es que no empieza, como suele, a fantasear y a contar miserias. Pero sí, es posible que quiera arrebatarte la serenidad con la que escribes (¡que, por cierto, es últimamente una serenidad verdaderamente fértil!) por puros celos, y arrastrarte conmigo para que corras los mismos riesgos que la gente con la que me relaciono últimamente...

Pero basta. Sea como fuere, querido y viejo amigo, te ruego (por Europa, por Estonia y por ti mismo) que sacrifiques tu serenidad creativa en nombre de valores más elevados. No pienso ni de lejos que lo que te estoy diciendo sea una sanción. No lo es en modo alguno, pero me temo que, ciertamente, mi admiración inquebrantable por ti quedaría hecha trizas si te negases a cumplir con el imperativo del momento presente, con el que estás llamado a enfrentarte.

Querido compañero, compartimos la misma estrella (necesariamente es así, porque nacimos en el mismo día, como ya sabes, solo que desconocemos las horas exactas de nuestros nacimientos, que pueden ser de vital importancia para establecer similitudes y diferencias)... Querido compañero, no pienses que renunciaría al asunto que me trajo a Estonia, enfrentándome a un viaje lleno de peligros por una minucia. Entenderás, porque no solo eres un maestro en la descripción de ambientes, sino también un gran psicólogo, que si renuncio a quedar contigo, es por un motivo de peso. Se trata de evitar riesgos superfluos en nombre de un mandato superior. En este sentido, obedezco porque no sé explicarle al autor de ese mandato a qué se arriesga ordenándome que renuncie a verte.

Confío, pese a todo, en que tú, Friedebert, harás lo que espero de ti, como si mi esperanza supusiese el máximo imperativo.

Tuyo,

A. V.

Tallin, 28 de junio de 1942

Así que le llevé la carta a Tuglas al día siguiente, por la noche. Al número 16 de la calle Tallin. Por desgracia, no conseguí verlo. Su esposa Elo recogió el mensaje en el recibidor de su casa. Por si acaso, había asegurado con pegamento la solapa del sobre. De ese modo, no procedía que le explicase quién enviaba la carta. Se sobreentendería que yo no tenía por qué saberlo.

«Es una lástima, pero Tuglas se ha tumbado un rato a descansar. Ha sufrido todo el día un terrible dolor de cabeza, otra vez... —dijo Elo, disculpándose con Ullo en un tono impersonal—. Pero le entregaré su carta en cuanto se despierte.»

No tuve, pues, que darle explicaciones de quién enviaba la carta. Puede que lo hubiese hecho de no haberme quedado tan asombrado ante la cortesía que me dispensó la señora de la casa, haciendo gala de unos modales impecables aunque ligeramente desdeñosos.

A lo largo de los dos meses siguientes, mi asombro fue disminuyendo, a la vez que mi fantasía empezó a dotar aquella sugerente carta de contornos cada vez más cautivadores. Ocho semanas más tarde, cuando me tocó ir de nuevo a Tartu para supervisar el departamento que tenía allí nuestra

oficina... No, no es que fuese a buscar la casa de Tuglas por iniciativa propia esa vez, sino que me tropecé con su esposa Elo por casualidad, cuando ella salía de la cafetería Werner. Yo le dije: «Discúlpeme, señora...», y fuimos caminando juntos hasta la esquina, en dirección al río Emajõgi.

—La noche del 29 de junio le traje una carta de Tallin a su marido. En ese momento se había tumbado a descansar. Por eso, se la dejé a usted. No voy a preguntarle por el contenido de esa carta ni por la reacción del señor Tuglas ante ella, pero perdone que sí me atreva a preguntarle: ¿llegó esa carta a sus manos?

Me miró por debajo del ala de su amplia pámela blanca, escudriñándome con unos ojos grises rodeados de pestañas ligeramente maquilladas de negro. Era una mujer luminosa, con un rostro triangular prematuramente marchito (cosa que ni noté, puesto que lo llevaba erguido con suprema rotundidad y confianza sobre su largo y majestuoso cuello):

—Usted..., ¿le trajo una carta a Tuglas? ¿Y cómo se llama?

—Ay, señora... Me presenté cuando le llevé la carta... pero, no faltaría más... Excúseme... —Y dije mi nombre.

La señora Elo sacudió la cabeza:

—No. No me acuerdo.

—La señora Linde me entregó esa carta en la cafetería Feischner, de Tallin... —repuse yo.

—¿La mujer de Bernhard Linde? ¡Por dios, eso no me dice nada! Bernhard ha tenido tantas...

—Fue su marido quien le había dado la carta a la señora Linde... —precisé yo.

—¿Se refiere a Bernhard?

—Pues claro...

—¡Pero si Bernhard está chalado, tiene la cabeza llena de pájaros! ¿Era entonces una carta de Bernhard para Tuglas? Si es así, ¡no debería haberse escrito nunca!

—No, señora, no era una carta de Bernhard Linde...

—Ah, vaya. Pues, entonces, ¿de quién era?

—Era... de Arthur Valdes... Depositada en manos de Bernhard Linde, para que se la hiciese llegar a su vez al señor Tuglas...

La señora Tuglas prorrumpió en una sonora carcajada.

—¿Una carta de Arthur Valdes?! Querido joven, da la impresión de ser

usted una persona instruida... ¡¿Acaso no sabe que Arthur Valdes no existe?! Estábamos en pie junto a las ruinas del Puente de Piedra.

—Pues nada, yo voy a subirme a la barca transbordadora para pasar al otro lado —continuó ella—. Pero, usted, tenga una cosa en cuenta: no recuerdo que nos trajese ninguna carta, ni mucho menos una de parte de Arthur Valdes. Valdes no es nada más que un artefacto literario de Tuglas, una mistificación suya, que luego unos y otros (Tassa, Gailit y compañía) han desarrollado cuando les faltaban ideas. De modo que, si en algún momento nos trajo tal carta, tuvo que ser la de alguno de esos epígonos. La de alguno de ellos que cultivase el terror psicológico... —La señora Tuglas pronunció la última palabra cuando ya se había subido a la barca, llena de desprecio, pero sin dejar de decirme adiós con la mano desde su asiento, agitando dos grandes guantes blancos como sucias gaviotitas.

—¡Pero si yo lo vi con mis propios ojos! ¡Hablé con él! ¡Mucho rato! ¡Le di la mano! —grité yo.

—Convénzase, ¡alguien le ha gastado una broma pesada! —gritaba también ella.

Me di la vuelta y regresé a pie hacia la plaza del Ayuntamiento mientras pensaba: «Además de que no tengo ni la más mínima sombra de duda de que llevé esa carta, la palabra que ha utilizado, “terror psicológico”, demuestra que la carta ha existido. Y que no solo la he leído yo, sino también ella». Lo que sigo aún hoy preguntándome es si se la enseñó a su marido. Por amor y por precaución, podría haberla quemado.

Ahora he de interrumpir por poco tiempo mi narración de la vida de Ullo, pero regresaré enseguida sobre sus pasos, aunque ya no estará solo, sino en compañía de otro de sus amigos más íntimos de esa época, Elmar Loo (o, al menos, bajo el paraguas de Loo).

El tal Elmar, hijo de un notario y de una maestra de escuela, era compañero nuestro (de Ullo y mío) en Wikman. Iba una clase por detrás de mí y cinco por debajo de Ullo. Además, Ullo lo conocía por lo menos de vista desde hacía mucho tiempo, aunque no se relacionaba demasiado con él. Igual que yo. Fue así hasta que nos conocimos mejor en Tartu, especialmente en la corporación estudiantil Amicus. Después de que las autoridades soviéticas, tras el golpe de Estado de junio de 1940, clausuraran Amicus, seguimos en relativo contacto. Fue así, como iba diciendo, hasta que desarrollamos suficiente interés mutuo como para entablar un diálogo.

Eso sucedió un año más tarde, en un piso viejo que pertenecía a los padres de la que entonces era mi esposa, Hella, en un edificio que un año después sería reducido a ruinas por las bombas. Hella y yo habíamos ido desde Tartu a pasar unos días allí, pero no recuerdo ahora el motivo. Allí, a esa histórica calle, vino Elmar a visitarnos acompañado por su Kaarin. El carácter histórico de la calle se hace evidente en los sucesivos nombres con los que se la ha denominado. En el año 1938 era la calle Kentmanni. Luego, por exceso de celo de algún que otro padre de la ciudad, fue la calle Konstantin Päts, y después, en honor al mártir revolucionario comunista, debido de nuevo al celo exagerado de los nuevos padres de la ciudad, pasó a llamarse calle Jaan Kreuks. Más tarde, cuando llegaron los alemanes, fue de nuevo no sé ya si calle Päts o Kentmanni, para convertirse durante solo un par de días, poco antes de la conversación a la que quiero llegar, en calle Hermann Göring. Hasta que el cartel con el nombre de la calle, que estaba en una pared del Banco de Estonia, quedara completamente oculto por las bolas de nieve y los excrementos de caballo adheridos y tuvieran que quitar el cartel nuevo, de

modo que la calle volvió a llamarse calle Päts o calle Kentmanni. Fue en esa calle, espejo de la historia, donde Elmar nos visitó aquel día. Vino con su novia Kaarin, que era estudiante universitaria, igual que él.

Mi suegro el literato, el viejo Oolep, se había ido al pueblo a visitar a unos parientes junto con su mujer, mi suegra, que era dentista. Si reevalúo las circunstancias, me doy cuenta de que Elmar seguramente era consciente de todo esto.

Estuvimos sentados los cuatro delante del brasero de serrín, que era un tubo cilíndrico de latón de los que se utilizaban entonces para calentar las viviendas, pues la escasez de combustible propia de la época convertía el serrín en una alternativa asequible. El brasero llameaba en el centro de la helada salita de papá Oolep. Por las rendijas de la tapa se colaban fulgores opalescentes que iluminaban la galería de imágenes que decoraban las paredes de los Oolep. En primer plano, un retrato de medio cuerpo del señor de la casa y su esposa (el severo crítico literario y la afable dentista, en una dinámica pose propia de los cuadros firmados por Peet Aren en los años veinte). Habíamos comido los inevitables tacos de remolacha, regados con unas cuantas Lágrimas del Doctor Mäe,⁴³ aunque no tantas como para que la morena y regordeta Kaarin se trabase todavía más pronunciando las erres, ni para que Hella, a quien sus largas piernas seguían dando entonces un perfil griego de cervatilla, estallase en unas carcajadas más estentóreas de lo normal. Sí que fue suficiente, sin embargo, para que en nuestro discurso se colasen notas críticas sobre la actualidad internacional. Las tropas del mariscal Paulus habían capitulado en Stalingrado. La legión estonia de las SS alemanas había engullido a cinco mil jóvenes estonios la semana anterior. Todos voluntarios, desde luego. Etcétera. En un momento dado, Kaarin le hizo un gesto a Hella para que entrase en nuestro dormitorio. No sé para qué, supongo que para hablar de asuntos femeninos. Reevaluándolo todo ahora, sin embargo, creo recordar que entreví cómo Elmar le hizo una señal para que se retirara. Cuando nos quedamos solos los dos, Elmar empezó a hablar en voz más baja, atropellándose, mirándome con su cara de tres cuartos de luna semioculta tras unas gruesas gafas:

—Escucha, ¿has oído que se está creando, o mejor dicho, que ya está creado, el Movimiento de Resistencia de Estonia?

Yo había oído algo, efectivamente. La semana anterior, en su piso de la calle Vilmsi, Taheva, un compañero de la fraternidad, me había mencionado

alguna cosa. Pero no tenía datos suficientes para responderle: «Sí, lo sé». Al mismo tiempo, mi soberbia me impedía decirle, sencillamente: «No, no lo he oído». De manera que finalmente respondí:

—Ejem, pongamos que no...

Elmar continuó:

—Desde el movimiento, me han encargado que hable contigo. Pero, ante todo, te ruego que no me preguntes quién pertenece a él. Entiende que no podría contestarte. Además de que estoy seguro de que conocerás a la mitad de los miembros. Tengo una propuesta para ti en su nombre. Se trata, esencialmente, de saber si estarías dispuesto a ocuparte a partir de ahora de ciertas tareas que se te encomendarían. Eso es la A. Y la B: ¿conocerías, para los mismos menesteres, a dos hombres de plena confianza? Entiende que se trataría de cumplir con el viejo principio de los tres hombres: dos personas de las que tú responderías. Todo esto para llevar a cabo una tarea que posibilitaría la Tercera Vía. La Tercera Vía que es un futuro de libertad para Estonia, una Estonia libre de alemanes y de rusos.

Yo contesté, creo, sin pensármelo demasiado:

—A, de acuerdo. B, por lo menos cuento con un hombre de esas características.

Efectivamente, la persona que me vino inmediatamente a la cabeza para esa misión fue Ullo. Su excepcional capacidad de observación le confería una prudencia que compensaba su amor por el riesgo. Esto, junto a su no absoluta, pero sí grandísima independencia de criterio, lo hacían, a mi juicio, perfecto para el trabajo conspirativo.

Cuando le hablé del asunto una semana más tarde, en su casa de la calle Erbe, un poco apresuradamente y casi susurrando, por si acaso (aunque Maret, afortunadamente, no estaba en casa), a Ullo le hicieron falta apenas doce segundos para hacerse cargo del asunto. Entonces, me dijo con una sonrisa levísimamente irónica:

—De hecho, hace siglos que espero un empujón así. Porque hay que hacer algo. Aunque me temo que, sea como sea, todo acabará igual. Linton nos venderá a Stalin.

Volvió a sonreír irónicamente. Hoy, echando la vista atrás, yo diría más bien que era una sonrisa profética.

—¿Quién es Linton? —le pregunté yo.

—Oh, es un nombre abreviado, en clave. Para uso personal. Viene del

teniente Linkerton. El canalla que abandonó a Cio-Cio-San, o *madame Butterfly*. Y de las últimas sílabas de Franklin y de Winston. Pero ¿cuál es la primera misión?

Se trataba de organizar el viaje a Finlandia (o, mejor dicho, a Suecia) del doctor Tahev. O algo parecido. Ullo solo tenía que coordinar lo que organizaban otros. Por ejemplo, el *yliluutnandimunder*⁴⁴ gris que tenía que llevar el doctor no lo cosió él, sino un sastre del Ejército finlandés. Era un uniforme auténtico en todos los detalles, incluso en cosas como los ojales de las solapas por los que habían de introducirse las cintas de ciertas condecoraciones finlandesas. No tenía la cruz de Mannerheim, pero sí que le pusieron las cintas de una condecoración media. Antes emprender el viaje, un tal Janasaare, que tenía experiencia como *vänrikki*, subteniente del Ejército de Finlandia, supervisó sus movimientos.

El doctor tenía que coger un barco de comunicaciones de la Marina finlandesa y, para ello, alguien debía ocuparse de que llegase al puerto y subiese a bordo con dos maletas. Se había pactado que Ullo recogería en mi casa las llaves del piso de la calle Vilmsi del doctor y que llevaría sus maletas hasta el puerto. Era un trayecto corto. El doctor llegaría al puerto por su cuenta. Tenían que encontrarse con una puntualidad exquisita y Ullo le ayudaría, si fuese necesario, a transportar las maletas del *yliluutnandi* hasta el montacargas. O bien, si era el caso, a subirlas a bordo. Aquí hay que apuntar que los papeles que llevaba el *yliluutnandi* en su immaculado uniforme eran, por supuesto, falsos. Los impresos eran auténticos y los datos que había escritos en ellos también, al igual que los sellos, pero el conjunto era absolutamente fraudulento. En todo caso, una mañana de abril, a las diez, Ullo se presentó en mi puesto de trabajo del Banco del Comercio para recoger las llaves. Y sí, sí... Yo y el Banco del Comercio... Ya he escrito en algún sitio que en otoño del 43 fui a ver a mi compañero de clase Endel Haag, que era secretario en ese banco. En épocas con una actividad comercial normal, había en el banco tres directores, pero ahora, con los trastornos económicos provocados por la guerra, solo había uno. Por eso, Endel se expandió y ocupó los despachos del segundo y del tercer director, ambos ausentes. Uno de los dos seguramente había muerto ya en Siberia. En marzo del 43 me tropecé con Endel por la calle y hablamos de que él tenía que ir a Tartu a hacer unos exámenes. Entonces fue cuando me dijo que su superior, miembro de la sociedad estudiantil *Vironus* como Endel pero un quisquilloso

de tomo y lomo, le exigía que buscara un sustituto para cubrir su baja durante un mes o mes y medio. ¿Estaría yo dispuesto? El puesto era casi una sinecura, con un sueldo de doscientos marcos al mes. Lo acepté y trabajé durante un mes y medio en el Banco del Comercio, durante la primavera del 43. Por eso, allí se presentó Ullo para recoger las llaves del doctor Tahev.

Le di las llaves. También la autorización para entrar al puerto, que era una falsificación, a diferencia de las llaves, que eran auténticas. No parecía tener particular prisa, pero tampoco se detuvo a charlar. Miré el cielo desde las altas ventanas del despacho del director y le dije: «Puede que llueva muchísimo y que te pille de camino. Piénsatelo bien, porque con la lluvia podrías meterte en líos...».

Al día siguiente me contó lo que sigue, con una mueca divertida:

Hasta la calle Vilmsi llegó más o menos seco. Las llaves funcionaron y entró en el piso del doctor sin ningún contratiempo. Encontró detrás de la puerta cinco maletas hechas y listas para el viaje. Todas tenían más o menos un metro de largo y dimensiones acordes con esa longitud. Por no hablar de lo que pesaban. Así que se pasó un rato allí sentado, delante de las maletas, sin saber qué hacer. Porque para llevarlas todas hasta el puerto habría tenido que hacer tres viajes y, por ejemplo, dejar dos bajo la vigilancia del doctor, mientras volvía a por las dos siguientes... Entretanto, estalló la tormenta. Y no un aguacero de los que duran cinco minutos, sino uno de los que vienen acompañados por nubes negras como el tizón, que se extienden hasta donde alcanza la vista y que pueden durar incluso una hora. Y ellos solo disponían de quince minutos.

De modo que cogió dos de las maletas (intentó también, sin éxito, meterse una tercera debajo de la axila), cerró con llave la puerta del piso y salió a la calle, donde se oía el repiqueteo de las gotas de lluvia que caían desde los tejados de cinc. Puso las maletas en los escalones secos, se escupió en las palmas de las manos, se llenó los pulmones con una bocanada de aire para emprender la carrera y, ya iba a coger de nuevo las maletas por las asas, cuando divisó al conductor de un coche de caballos que se dirigía hacia el puerto, con la capota del vehículo echada para protegerse de la lluvia. Habría sido difícil inventarse algo más providencial. La expresión *deus ex machina* venía al pelo, realmente. O, más bien, se trataba de *machina* a secas.

Yo le dije:

—Si alguien tiene tantísima suerte, es que está hecho para llevar a cabo este

tipo de misiones.

Ullo continuó su relato:

—Le ofrecí en el acto veinte marcos al conductor. Si tienes en cuenta que no hacía demasiado tiempo se pagaban dos marcos con setenta y ocho peniques por un gramo de oro, aquella era una cantidad muy generosa. Aunque si se ponía en el contexto de los precios entonces vigentes, tampoco llamaba excesivamente la atención. Claro está, para que nos llevase a las cinco maletas y a mí al puerto.

Total, que Ullo metió a presión todas las maletas en el asiento y en el hueco que había delante del asiento, y se sentó luego encima de ellas con aire distraído. Si había llamado la atención de alguien o hasta qué punto resultaba llamativo era algo que no tenía manera de averiguar. Llegó a su destino en siete u ocho minutos. Allí estaban la verja de alambre de espino y la garita pintada a rayas negras, rojas y blancas (todo herencia de la era soviética, solo que pintado de diferentes colores, incluidas la barrera y la caseta). Un suboficial con el uniforme negro de los alemanes asomó la nariz y le pidió a Ullo que le enseñase la autorización falsa, a lo que él respondió poniéndosela debajo de la nariz con mucha suficiencia. Moderadamente jovial, Ullo le aclaró:

—*Ich bring die Siebensachen von meinem Cheff. Der Oberleutenant ist entweder schon da oder kommt gleich.*⁴⁵

El «primer teniente» había aparecido justo en el momento oportuno para blandir ante los guardias de la garita sus irreprochables documentos falsificados. Gracias a esos papeles, la cosa se arregló sin ninguna traba y en un santiamén. Entonces ambos, Ullo y el doctor, levantaron del suelo cada uno dos maletas y dejaron una quinta bajo la vigilancia de los guardias, delante de la garita, y se encaminaron bajo la lluvia, que ya estaba escampando, hacia un barco que llevaba por nombre *Aunus* y que estaba amarrado en el muelle a unos cien metros. Pusieron las maletas junto a la pasarela de acceso a la nave. El doctor se quedó al lado vigilándolas y empezó a hurgar entre los papeles para dar con los pasajes mientras Ullo regresaba a buscar la quinta maleta. Podemos conjeturar que se preguntaría por qué alguien que andaba liado en un asunto tan espinoso se habría metido en camisa de once varas con tanta maleta... En eso estaba cuando, mientras volvía a la pasarela, vio cómo el doctor, impaciente, agarraba dos de las maletas y empezaba a subir a bordo. Desde arriba, el teniente que estaba

asomado a la cubierta (según todos los indicios, controlando los papeles a los pasajeros que subían a la nave) lo saludó muy marcial, dándole el tratamiento de «primer teniente». A pesar de que había pasado varias noches ensayando su papel de militar delante del espejo en su piso de la calle Vilmsi y paseando por el parque de Kadriorg, ese gesto le causó un pánico inesperado. Habría tenido que responder con un saludo similar, pero las dichas maletas le incordiaban (tenía las dos manos ocupadas), y desconocía por completo el protocolo sobre cómo debía uno responder en semejante brete. Finalmente, colocó las dos maletas en la pasarela y (oh, maldita confusión, que puede convertir en majaderos hasta a los hombres más inteligentes), zurdo como era, saludó al «teniente» con la mano izquierda. Eso lo sumió en una angustia tal (sobre todo, por el miedo a ser descubierto, desde luego) que cogió las maletas, dio media vuelta y regresó sobre sus pasos. Bajó por la pasarela y se topó con Ullo, que prácticamente le aplastó el pecho con la quinta maleta y soltó una carcajada mientras le decía al «teniente», que seguía asomado a la cubierta:

—*Kaiki kunnossa, herra yliluutnantti. Ei mitään unohdettu...*⁴⁶ —A la vez que farfullaba entre dientes para que le oyese el doctor—: Dejémonos de juegos de críos. Media vuelta y marchando otra vez para arriba... y, de nuevo mirando de soslayo hacia arriba, en dirección al teniente—: *Hyvää matkaa, herra yliluutnaanti... Keskiviikkona palaatte... eikö näin...?*⁴⁷

Ullo volvió a la ciudad desde el puerto y tres días más tarde recibió la noticia de que, esa misma noche, el doctor había emprendido la siguiente etapa de su desventurado viaje, desde Helsinki a Estocolmo.

Digamos que la Tercera Vía estuvo encargándole misiones a Ullo durante un año. Entre el principio de la primavera del 43 y el principio de la primavera del 44. En algunas de dichas misiones también yo estaba involucrado tangencialmente. De otras estaba más o menos enterado de oídas, y de la mayor parte no sabía nada. De unas pocas, sin embargo, sabía hasta los mínimos detalles. De modo que, si me pusiese a describirlas aquí, especialmente si me pusiese a añadir a los episodios que yo conozco de refilón lo que otras personas me han contado, para completar y dar mayor precisión al conjunto (por supuesto, con ayuda de la fantasía, pues ¡verdaderamente, también tendría que hacer uso de las pocas reglas literarias que conozco!) estas memorias de Ullo adquirirían un tamaño desproporcionado.

Sin embargo, los logros de Ullo no pueden quedar completamente acallados. Durante cincuenta años, todos aquellos que podrían haber hablado sobre el tema han guardado un hermético silencio. Por motivos conocidos. Por eso, al menos habrá que enumerar de pasada sus... no vamos a llamarlas gestas caballerescas, pero sí, diría yo, sus correrías picarescas.

Estas podrían dividirse en dos grandes categorías: las efímeras y puntuales y las más o menos sostenidas. También, claro, se puede distinguir entre las más o menos inofensivas y las que entrañaban algo más de riesgo, o incluso mucho riesgo. Entre las más o menos inofensivas se hallan algunas en las que se metió por no poder resistir la tentación de exhibir su espíritu galante. Por ejemplo, la misión en la que le encomendaron la suerte de una muchachita, la prometida del doctor Tahev, a quien tenía que acompañar en el recorrido entre la granja familiar situada en algún punto de la frontera de Letonia y Tallin, atravesando por el camino un inestable puente sobre el proceloso río Mustjõgi que llevaba hasta la estación de ferrocarril. Para que, de ese modo, su marido pudiese concentrarse mejor en las consultas con miembros de nuestro cuerpo diplomático en Londres, Estocolmo y a saber dónde más.

Para cumplir esta misión, Ullo le sacó al señor director del Departamento de Tasas tres días libres más, aparte del domingo. Recogió, pues, a la joven esposa y la condujo hasta la estación de Karula (afortunadamente, no con cinco maletas, sino con tres). Pasaron ocho horas en un vagón de los de entonces, oscuro y sin calefacción, y hasta que llegaron a Tallin, Ullo estuvo leyéndole a la muchacha, que se iba animando por momentos, relatos de Under, Visnapuu, Alver, etcétera. Todo esto mientras comía sabrosísimos bocadillos de salchichón y empanadillas de mermelada que ella le ofrecía, puesto que durante la guerra no había vagón-restaurante en los trenes. Así que, al final, casi sintió que hubiesen contratado a otra persona para escoltar a la risueña esposa en la etapa final del viaje (que la conduciría desde Tallin a alguna playa de la provincia de Virumaa, donde se montaría en una lancha de contrabando de alcohol, cerca de la aldea de Vainupea).

Más adelante, le pidieron a Ullo (y era este un asunto serio, aunque bastante sencillo dado el cargo que ocupaba) que escribiese un artículo de opinión en el que analizase en términos asequibles para el público general la política de tasas de las autoridades alemanas en Estonia. Debía prestar particular atención al expolio que tales medidas comportaban.

Unas pocas semanas después de que escribiese ese artículo, le pidieron que utilizase su amistad con el coronel Tilgre para solicitar un permiso de trabajo en el cuartel general de las milicias ciudadanas Omakaitse, que estaba situado por entonces en la calle Pikk, dentro del edificio del Ministerio de Defensa. Por lo que yo recuerdo, Ullo entró allí ya a finales del año 42, como traductor, con la tarea de verter del alemán al estonio, y viceversa, reglamentos y otra normativa. Esa era la misión oficial, pero en efecto se trataba de algo accesorio, pues, en realidad, debía proporcionar al Comité Popular Estonio (que estaba en fase de consolidación) y, a través de este, a los diplomáticos estonios en el extranjero, información actualizada sobre las actividades, la configuración y las aspiraciones del Omakaitse, además de datos sobre sus relaciones con los alemanes y sobre el sentir general de sus miembros. Alguna vez que otra llegó por casualidad a mis oídos algún comentario, según el cual sus artículos eran extremadamente concienzudos y ajustados a la realidad.

En el verano de 1943 le dieron uno o dos meses de vacaciones de su trabajo en el cuartel del Omakaitse. No sé cómo lo consiguió. Se puede decir que en aquella época nos veíamos en contadísimas ocasiones. Incluso pudo suceder

que no llegase a mis oídos hasta más adelante a qué dedicó Ullo esas vacaciones... Pero, no, no fue así. Lo supe por la propia Maret en el transcurso de aquellas mismas semanas.

Habían alquilado un apartamento para el verano cerca de la estación de Raasiku, un piso con dos habitaciones minúsculas dentro de la residencia del guardavía. El guardavía en cuestión, que se apellidaba Berends, debía de ser pariente de Ullo. No sé si Ullo convencería a aquel hombre con cara de cuervo de que colaborase, ni de si este se vio envuelto en los asuntos de la Tercera Vía, pero sé que a su Maret sí la mezcló. En cierta ocasión, Ullo estaba en Raasiku (creo recordar) y Maret se me acercó por la calle y me invitó a su casa. Allí, en la vivienda vacía, y pese a todo en susurros, me confió su secreto: Ullo tenía que anotar cuántos trenes de prisioneros llegaban a la estación de Raasiku, incluyendo las horas de llegada, el número de vagones y de reclusos y, si era posible, la estación de la que procedían. Mientras mordisqueaba una flor azul de achicoria que había cogido del césped que se encontraba detrás de la estación, se puso a conversar con los chavales de las SS que dirigían la columna de vehículos de transporte de prisioneros que luego proseguiría su trayecto desde la estación. A veces se trataba de unos doscientos veinte judíos, otras eran cuatrocientos: viejos, mujeres, niños. Unos vestidos de verano, otros de invierno, asustados, hambrientos, con la tez cenicienta, mudos.

—*¿Y adónde los llevan?*

—*Adonde tienen que ir según las instrucciones.*

—*Claro. La gente de por aquí dice que van a hacer trabajos forestales...*

—*Eso es.*

—*Allí, donde las dunas, las raíces de los árboles tienen que ser igual de finas. Vamos, quiero decir, igual de frágiles que la propia gente...*

—*¿Y bien?*

—*Nada. Es normal.*

—*Pues eso.*⁴⁸

Solía caminar hasta el pozo y regresaba con el cubo lleno a la residencia del guardavía. Sin embargo, en una ocasión fue en bicicleta a coger arándanos, llevándose el cubo vacío, y le ordenó a Maret que se quedase en casa. Cuando volvió, estaba cayendo la tarde. No abrió la boca hasta que anocheció. Ni durante toda la noche. Y luego, por la mañana, siguió sin pronunciar palabra. Cuando Maret quiso saber dónde había estado y qué

había visto, arrojó por toda respuesta sobre la mesa un abrigo de niño de tela roja, de un palmo de largo, perforado con tres agujeros de bala que procedían de la ráfaga de una ametralladora. En torno a cada agujero, el tejido se había apelmazado y ennegrecido.

Maret me contó todo esto en voz muy queda y estremecida de emoción. Yo le rogué por dios que, por su propia seguridad y por la de Ullo, no le contase nada a nadie. Por cierto, este episodio lo he narrado ya en alguna parte, aunque sin mencionar a Ullo. Quien se haya topado antes con esta estampa se dará cuenta ahora de que procede de la historia que él mismo me relató.

Pero los informes de Ullo (y, en cierta medida, también de Maret) fueron enviados, y llegaron indudablemente a su destino. No sé qué efectos pudieron surtir, ni tampoco qué fortuna corrieron.

A lo largo del año siguiente, Ullo fue a Tartu tres o cuatro veces. Se había matriculado de nuevo. Para que sus idas y venidas a Tartu pudiesen justificarse a través de exámenes, se presentó a unos cuantos. Cada vez que se ponía en camino podía encontrarse compartiendo vagón por azar con pasajeros alemanes, para los cuales recitaba, según los casos, a Rilke o a Rosenberg (a no ser que el buen juicio lo mandase callar, en cuyo caso enmudecía). Eso sí, siempre, indefectiblemente, llevaba en su maleta de falsa piel de cocodrilo un par de ejemplares seleccionados de alguna revista inglesa o americana (por ejemplo, el número especial que *Time* le dedicó al Ejército Rojo, con la cubierta de color grana brillante y el retrato de Voroshílov), además, desde luego, de un puñado de octavillas de propaganda del Comité Popular Estonio. Igualmente, aprovechaba cada viaje para pasarse por la capilla de la universidad y, después de pactarlo con el joven diácono, meter en un cajón que había en la trasera del altar de la desierta iglesia una o dos pistolas automáticas Browning. Alguna que otra vez, también escondió las dos mitades de una ametralladora desmontada, según me confió más tarde el diácono.

Si Maret no llevase ya quince años muerta, sería de mal gusto sacar a relucir algunas de las cosas que quiero referir a continuación. Se trata del asunto de la compra de sellos, que fue para Ullo casi providencial.

Para empezar, diré que solo conozco al respecto lo que Ullo mismo me relató, pero él me lo contó de manera muy fragmentaria, precipitadamente, y mucho antes de que acordásemos que yo pusiese por escrito sus memorias, a través de anotaciones más o menos sistemáticas. En las anotaciones que

acabamos haciendo (las del año 1986), no llegamos hasta este episodio. Al mismo tiempo, se trata de un suceso crucial, que iba a condicionar el futuro de Ullo.

Me imagino que sería en diciembre del 43 cuando (de nuevo, mientras estaba sentado en el Feischner durante ese cuarto de hora que constituía la pausa del almuerzo y que se controlaba con rigidez mucho mayor a los traductores del Omakaitse que a los redactores del Boletín de Tasas) Ullo leyó un anuncio que venía en el último número del diario *Eesti Sõna*: en tal y tal dirección, en el barrio donde estaban las calles Jõe y Petrooleumi, alguien vendía una colección muy amplia de sellos de un país que ahora no recuerdo. ¿Puede que fuesen austríacos? Como los que coleccionaba el señor Brehm, el padre de Jochen, uno de los amigos de Ullo.

Ullo era filatélico en la misma medida que era, por ejemplo, jugador de ajedrez. Podía, como he descrito ya antes, someterse a una autodisciplina implacable y empatar en una partida con Keres. Aunque, en la mayor parte de los casos, como ya he dicho antes también, solía aturullarse en la apertura y solo empezaba a urdir un plan para continuar el juego cuando ya había hecho una docena o más de jugadas. Cómo pudiese aplicarse este espíritu de jugador a los proyectos filatélicos es algo que prefiero que decida cada lector, puesto que conozco demasiado mal el mundo de la filatelia (y, sobre todo, a sus aficionados) como para tratar de hacer yo mismo alguna conjetura. En todo caso, Ullo fue a la dirección que constaba en el periódico en una tarde de diciembre.

Era una casa baja, de madera, con cuatro habitaciones y más bien fría. Perfectamente aseada a pesar de estar a rebosar de trastos; trastos que provocaban una extraña sensación, puesto que contrastaban con la miseria de aquel barrio y con el cascajo de madera que en realidad era aquella casa. Había una mesa de madera con las patas talladas primorosamente, cubierta con un tapete de ganchillo y algo polvoriento, doce sillas también de madera tallada en torno a la mesa, espejos con candelabros de cristal, pesados sillones y sofás, inopinados cuadros del cambio de siglo (*à la Stuck*, etc.) con molduras de un dorado mate.

Una señora que dijo ser quien vendía la colección de sellos lo recibió a la puerta de la vivienda. Era una mujer de unos cuarenta años (mejor dicho, una señora) vestida con una bata granate de punto, con el pelo oscuro, rizado y crespo, y unos ojos como de icono bizantino. Una auténtica dama, eso sí, que

hablaba tanto estonio como alemán con un acento que yo identifiqué como ruso, aunque muy suave, apenas perceptible. Sus conocimientos sobre la colección que quería vender eran sorprendentemente vagos, pero eso no le impedía querer saberlo todo sobre Ullo, y de inmediato. ¿Quién era? ¿Qué coleccionaba? ¿O tal vez estaba interesado en la compra en representación de una tercera persona? Si ese era el caso, ¿quién era esa persona? Paarra poderr hablaarrlo toddo traanquilaminte...

«Fueeerra hay veeinte grraadoss baho ceerro, y aquí dientrrro hace bastanti frreesco...» ¿La acompañaría Ullo si bebía una copita muy pequeña de *nastoika* de frambuesas antes de ojear un poco los álbumes?

Me imagino que beberían una copita, y luego, otra más. Puede que incluso una tercera. Al fin y al cabo, Ullo era (pese a su propensión a los accesos fantasiosos) un realista, y supongo que preguntaría antes de nada, para no perder el contacto con los asuntos más terrenales, cuál era el precio de la colección. Mas, en esa ocasión, no logró sacarle nada a la señora Fischer. Y tuvo que ir a verla dos o tres veces más. En penumbra, en aquel comedor de por sí sombrío, después de retirar el tapete de la superficie pulimentada de la mesa, bajo el fulgor rosado de la lámpara y entre vasitos de licor, se pusieron por fin a ojear los álbumes. Poco a poco, Ullo se fue dando cuenta de que se trataba de una colección fuera de serie, al menos por lo que él podía colegir con sus conocimientos y en el contexto de los tesoros filatélicos de Estonia. También pudo hacerse una idea bastante aproximada de la procedencia de la colección. Parecía haber pertenecido a un baltoalemán de los que habían abandonado Estonia en las sucesivas evacuaciones. El «señor barón» se la había dejado a la señora Fischer, aunque Ullo no llegó a entender si aquella mujer debía simplemente custodiarla, o si, por el contrario, podía también disponer de ella. Ahora, en todo caso, la señora deseaba venderla, dios sabe si por propia iniciativa o por encargo del «señor barón», afincado ya en Alemania. Ullo ni siquiera llegó a saber jamás, por cierto, si el dueño de la colección seguía siendo el «señor barón» o si había pasado a manos de la señora Fischer. Lo que sí se le reveló con meridiana claridad es algo que no le pertenecía más que a ella, a Nadja en exclusiva, y que, al menos en lo que respecta a Ullo, esta entregó con desmesurada generosidad...

En este punto, yo le pregunté sin rodeos: «Ullo, ¿es que te acostaste con ella?», y Ullo masculló: «Hmmm», al mismo tiempo que esbozaba una sonrisa simplona y victoriosa; un gesto que, en un hombre que habla con su

compadre de estos asuntos, sin pelos en la lengua, delata que no se atreve a negar los hechos o que no tiene ganas de hacerlo, o que simplemente no puede. Ullo también me contó que en una ocasión Nadja olvidó cerrar con llave la puerta del piso después de que él entrase y el marchante de sellos Weidenberg los cazó casi *in fraganti*.

Respecto al precio de los sellos, Ullo fue a hablarlo (discretamente, claro está) con el señor Brehm, que había abandonado Estonia como *Umsiedler* durante las evacuaciones, aunque ahora volvía a tener un puesto funcional de rango medio en la *Zivilverwaltung* (la administración del Gobierno nazi). Este, al igual que un par de personas con quienes consultó, le dieron a entender que la colección debía de valer en aquel momento en torno a cincuenta mil marcos.

Sin embargo, cuando Ullo consiguió por fin que Nadja abordase el asunto del precio con cifras concretas, ella le dijo que había decidido cederle la colección por veinte mil.

Ullo, no hay ni que decirlo, no tenía los cincuenta mil, ni siquiera veinte mil. Pero su padre había sido un negociante de talla suficiente como para que en el hijo perviviera, en cierta medida, el gen de la especulación. Aunque, ¿acaso está alguien totalmente libre de ese rasgo? Ullo no, eso seguro. En su caso, como ya ha quedado claro anteriormente, estaba presente de manera obvia. Después de que el señor Brehm y otros expertos le mencionasen la cantidad de cincuenta mil, se fue tan tranquilo a casa de Nadja y, cuando esta le dio la cifra de veinte mil, de no haber transcurrido la conversación en la penumbra, ella no habría notado nada raro, pues a él no se le descompuso la cara en absoluto (aparte, quizá, de un ligero temblor de la ceja derecha). Con todo, hay que decir que, si Ullo era un especulador al uno, o al uno y medio por ciento, era también un realista al quince por ciento.

Después de ir a casa de Nadja y de escuchar la cifra de veinte mil, Ullo le hizo una visita al tío Joonas. Se había enterado por boca del propio tío Joonas (que se lo contó *sub fide doctorali*) que él y su esposa se habían apuntado en un listado que estaba redactando el prelado Pöhl. Se trataba de una lista de aspirantes a refugiados en Suecia. Esta lista empezó a cobrar contornos más definidos tres meses después, en febrero del 44, pero el tío Joonas era un hombre previsor. Y Joonas Berends era un nombre que parecía encajar perfectamente en un listado de apellidos suecos o, por lo menos, seudosuecos. Tanto más cuanto que, efectivamente, figuraba en el árbol

genealógico de los Berends un tatarabuelo sueco con el nombre de Sacharias que había sido molinero ambulante y trabajado para los nobles baltoalemanes de las casas de la región de Harjumaa. Lo que Ullo tenía clarísimo, en relación con este asunto de la emigración a Suecia, era que al tío Joonas, cuando se marchase, le iban a quedar no pocos marcos en el bolsillo, y que estos le serían completamente inútiles. Podría, sin más, destruirlos. A no ser, claro, que lograra cambiarlos de una forma discreta y por una moneda de curso legal que resultase provechosa al cambio... ¿Por qué no sellos de correos? En vista de la travesía en barco que le esperaba, una colección de sellos tasada en una cantidad concreta podía tener, para un hombre práctico como el tío Joonas, un valor muy superior al de casi cualquier otra mercancía, incluidos los lingotes de oro.

El tío Joonas escuchó con mucha atención el discurso de Ullo. Seguramente, él lo supo pronunciar justo en el tono adecuado, ni demasiado indiferente, ni exaltado en exceso. Y es que el tío Joonas dijo: «Si estás seguro de que no te van a desplumar, y si la consigues por quince mil, puedes comprármela. El dinero te lo daría mañana. Ante este tipo de ofertas no puede uno andarse con titubeos».

En ese momento al mismísimo Ullo, de natural resuelto, napoleónico, le sobrevino una de las crisis de indecisión que, por otro lado, era tan característica de su personalidad como sus napoleónicas decisiones. Según me confesó, no pudo reunir fuerzas para ir a casa de Nadja al día siguiente y ponerle sobre la mesa los quince mil de su tío Joonas (más cinco mil que él había ahorrado, rascando aquí y allá). Murmuró: «Entiéndeme... Cuando pensaba que le estaba timando unos treinta mil...».

Llegado este punto, para poder afrontar ciertos elementos del presente texto en el mismo orden en que el Gran Escenógrafo los colocó sobre el escenario de nuestras vidas, debo hacer una digresión y volver hacia atrás para tratar otro asunto: la última misión que le confió a Ullo el Comité Popular Estonio. Una misión en el ámbito más o menos civil y por lo tanto poco peligrosa, que él además no llegó a completar, y acerca de la cual yo supe casualmente más de lo que solía saber de sus operaciones en este frente. Digo que supe algo más porque vino a hablar conmigo de esa misión creyendo ingenuamente que yo, gracias al derecho internacional que en aquella época estaba intentando aprender, entendería algo más del tema o que, al menos, sabría orientarme con mayor facilidad que él.

Debió de ser en el verano de 1937 cuando pasó por Estonia el francés Joseph Avenol, secretario general de la Sociedad de Naciones, uno de los pocos políticos destacados que acertaron a visitar nuestro país en aquella época. La prensa, con Päts de primer ministro, se comportó como solía en aquellos «tiempos de silencio». El asunto recibió mucha cobertura (la visita era una prueba de que en el exterior se tomaba en serio a la diplomacia de Estonia) pero se silenció por completo todo lo referente a su contenido. Los pocos que estaban realmente versados en el tema se enteraron, por supuesto, de todo, pero entre el público más general empezó a circular un ligero rumor según el cual el Gobierno habría solicitado, a través de *monsieur* Avenol, que la Sociedad de Naciones respaldase a Estonia para pedir un préstamo a ciertos bancos suizos de renombre. Más tarde (bastantes años más tarde) se dijo que habíamos recibido tal respaldo. Todavía más tarde, que habían empezado las negociaciones con los bancos y, finalmente, que se había llegado a un acuerdo referente al crédito. Pero la aprobación de ese préstamo nunca se obtuvo, porque antes de eso la Unión Soviética ocupó el país.

Ahora, a finales del 43 y principios del 44, tanto el Comité Popular Estonio como los círculos de diplomáticos destinados en el extranjero se hacían la misma pregunta: ¿no debería investigarse, teniendo en cuenta la grotesca falta de liquidez a la que nos enfrentábamos, cuál era la situación de la solicitud realizada hacía años, o incluso la posibilidad de recibir el préstamo en sí? ¿No sería posible, de esa manera, obtener alguna cantidad en líquido para destinarlo a las campañas militares en el extranjero y al desarrollo de la resistencia en el interior del país?

Los fundamentos para iluminar esta pregunta había que ir a buscarlos al extranjero. Sobre todo a Suiza, como es lógico. Allí, en Ginebra, se había afincado y disfrutaba aún de un óptimo estado de salud el penúltimo Ministro de Exteriores de la República de Estonia, Selter, que a todas luces sería una figura clave por parte de Estonia en las negociaciones del crédito. Me imagino que se recurrió a todas las fuentes y personalidades de allí. Por qué fuese necesario analizar, además, el contenido de ciertos papeles que se hallaban en Estonia y que estaban relacionados con esta cuestión es algo que hasta cierto punto no llegué a comprender jamás. Pero recuerdo que fui a ver al entonces director del Banco de la Hansa, Rajajõe, para pedirle que pusiese a Ullo en contacto con el viejo Kivisild. A primera vista, este daba la sensación de estar algo en las nubes, aunque en

realidad era un caballero bastante astuto que, además, había participado en las negociaciones del crédito en calidad de director del Banco de Estonia, e indudablemente estaba al corriente del desarrollo del proceso de negociación y de los trámites en cada momento.

Ullo ya se había puesto a escribir algún texto sobre este tema. Tal vez fuese durante aquel mismo día cuando, al regresar del cuartel, se quedara sentado a la mesa, en lugar de ir a casa de Nadja a recorrer su aterciopelada piel y acariciarle los pendientes de rubíes mientras la desplumaba viva... Puede que fuese en ese mismo mes de enero, esa misma tarde, esa misma noche, cuando él (y aún mucho antes que él, Maret, que era una persona bastante más dada a preocuparse que Ullo) se despertó y saltó de la cama al oír repicar la aldaba de su puerta.

Los soldados de los Servicios de Seguridad de los nazis les mostraron la orden de arresto y se llevaron a Ullo. El registro que tuvo lugar en el piso fue de lo más somero. Lo fue hasta el punto de que no encontraron siquiera el informe que Ullo ya había empezado a redactar. Era un informe acerca del préstamo al Gobierno que hubiese puesto en guardia a la guardia de Seguridad Alemana. Los que efectuaron el registro lo pasaron por alto y allí se quedó, sobre la funda verde que cubría el escritorio de Ullo. Maret lo retiró antes de que los soldados se marchasen.

Ambos, tanto Ullo como Maret, consideraron que el motivo del arresto de Ullo había sido una filtración por parte de uno de sus contactos en el Comité de la República de Estonia. Esto los preocupaba mucho a los dos, a Ullo aún más que a Maret, puesto que solo él mismo conocía a fondo los arriesgados lances en los que estaba metido. Y aquí me refiero únicamente a aquellos que eran ligeramente imprudentes, los que casi podríamos llamar actos de gamberrismo. Uno de esos actos de temeridad, por ejemplo, afectó a las cifras que constaban en tablas referidas al Omakaitse: en vez de insertarlas, sin más, en los textos correspondientes, según los códigos predeterminados, Ullo buscó a una mecanógrafa díscola que copiase las tablas cuatro veces, en lugar de las tres preceptivas. La primera se quedaba como original, la segunda iba al Comisariado General, la tercera a los Servicios de Seguridad y la cuarta al señor Varma de Helsinki o al señor Laretei de Estocolmo. Así, si había una filtración y los alemanes detenían y registraban el coche que llevaba el correo de Tallin a la península de Vainupea o la lancha motora que hacía el recorrido hasta Helsinki rompiendo placas de hielo por golfo de Finlandia, la cosa no

pillaba a nadie por sorpresa sino que, por el contrario, habría llegado a nuestros oídos con puntualidad.

A Maret, por lo menos, la salvaba un parcial desconocimiento de los hechos y no estaba sometida a semejante zozobra. Sin embargo, en su caso, duró más tiempo. Porque ella se enteró del alcance del problema una o dos semanas más tarde, cuando ya había sentido cómo, durante muchos días y sus noches, la garra de plomo de la angustia le apretaba el entendimiento y el corazón, al mismo tiempo que trataba de hallar la manera de acceder a los Servicios de Seguridad y a la fiscalía, donde se esforzaba por mirar a todos aquellos pavos disecados (los *Sturm* y los *Platzer* y demás) con la mirada más inocente y profunda de la que era capaz, sin llegar a parecer una idiota ni una cateta, sino simplemente afectando ser una atractiva ingenua, con sus lustrosas botas de agua negras y los angelicales tirabuzones cuajados de heladas salpicaduras después de la ventisca.

Ullo lo tuvo claro en la mañana del mismo día de su arresto, con el primer interrogatorio: habían retomado y revisado su período de colaborador en el despacho de Barbarus. El segundo o tercer día también recibió señales que le indicaban por qué. Un chico moreno, de baja estatura y vestido de paisano, habló con él un minuto antes de que llegase quien le había de interrogar. Al verlo, anidó en él de inmediato el sentimiento (por cierto, acertadísimo) de que podría haber sido alguien enviado hasta allí por la Tercera Vía, a la cuarta sección B de los Servicios de Seguridad. Cuando se quedaron solos, mientras esperaban al hosco teniente que había realizado el interrogatorio el día anterior, el chico le preguntó:

—¿Conoce usted a... el señor Weidenberg?

—¿Se refiere al marchante de sellos? —precisó Ullo.

—Exactamente, ¿y bien?

—Aunque..., bueno, no, en realidad no lo conozco...

—Ejem... —musitó el chico, y continuó diciendo—: uno debe conocer bien a sus *amigos*... —Y la forma en la que pronunció la palabra «amigo», alargándola y poniendo mucho énfasis, le hizo entender con claridad que detrás de su arresto estaba una denuncia de Weidenberg. Por supuesto, la razón por la que Weidenberg se había apresurado a denunciarlo no era otra que el intento de eliminarlo de la competición por la posesión de los sellos. O, tal vez, también por la de la señora Nadja Fischer (eso, solo dios lo sabe) pero no cabe duda de que, ante todo, por la posesión de la colección de sellos.

A consecuencia de su segundo arresto, Ullo salió ileso, en primer lugar, de los tristemente famosos bombardeos de marzo, que vivió en la prisión de Patarei (es decir, en la cárcel modelo de Tallin, también llamada *Arbeits- und Erziehungslager Revalis*).—⁴⁹ Pensándolo bien, no tiene nada de sorprendente que la cárcel quedara intacta tras los bombardeos, puesto que el puerto tampoco sufrió daño alguno, y el área portuaria daba comienzo a menos de medio kilómetro de la cárcel. El puerto habría sido el único objetivo en toda la ciudad que les habría merecido la pena bombardear a los aviones de la URSS. No lo hicieron y, por el contrario, arrasaron por completo más de mil viviendas en barrios residenciales y mataron a setecientas personas.

Por otra parte, este segundo arresto de Ullo, que lo mantuvo encarcelado en los momentos críticos, supuso que a él no le afectara ni lo más mínimo la gran redada que tuvo lugar en el mes de abril. Según se dijo por entonces, fue un regalo de cumpleaños para el Führer, y en ella se detuvo a la mayor parte de los activistas de la Tercera Vía, repartidos por todo el país (según fuentes actuales, casi cuatrocientas personas).

Más tarde se rumoreó que esa oleada de arrestos de los Servicios de Seguridad podría haberse debido a la pura torpeza o a la pura mala suerte, pero nadie supo atribuir con certeza la operación a una u otra causa. El hombre encargado de reunir en una maleta de tejido impermeable el correo que sería transportado hasta el otro lado del golfo de Finlandia se encaminó con dicha maleta hacia un edificio ubicado en la calle Pärnu de Tallin. Allí, en un determinado número de aquel edificio, tenía que acabar de clasificar las cartas.

Cuando el hombre de la maleta bajó la escalera y salió a la calle, acertó a divisar en la entrada del edificio, a unos veinte pasos de la puerta de la casa, la cara de un chaval de los Servicios de Seguridad a quien no conocía bien, pero que sí había visto alguna vez. Eso puso en marcha un mecanismo

instintivo en la mente del hombre de la maleta: en lugar de traspasar el umbral de la puerta del piso en cuestión, pasó de largo y se sentó en la escalera, en el rellano entre ese piso y el inmediatamente superior, para vigilar la puerta desde allí (oculto junto al hueco del ascensor). Cinco minutos después salieron del piso dos hombres conocidos, de los que receló instintivamente, que bajaron la escalera y salieron del edificio. Entonces, al hombre de la maleta le quedó claro que aquel piso estaba vigilado por los Servicios de Seguridad. Y, por eso, él tenía que desaparecer de allí lo más sigilosamente posible. Con la maleta, pensó, podría llamar la atención. No sería nada deseable que esta cayese en manos de los Servicios de Seguridad. Se quedó unos instantes sopesando qué hacer. Al cabo, bajó la escalera hasta al sótano (cuya puerta no estaba cerrada con llave), se dirigió al cuartito de la calefacción central y miró a su alrededor. Cerca de la caldera principal había un compartimento medio lleno de carbón mineral separado del cuarto de las calderas a través de tabiques. También había una pala para el carbón. El hombre de la maleta agarró la pala y fue apartando un montón de carbón suficientemente grande de uno de los lados del tabique. A continuación, levantó la maleta del suelo de cemento y la colocó en el espacio que había dejado libre, cubriéndola con unas dos docenas de paletadas de carbón. Pensó que así podía marcharse del edificio inmediatamente e intentar regresar unas horas más tarde para sacar la maleta sin que se notase demasiado. Se apostó detrás de la puerta de entrada y, desde allí, se puso a vigilar la calle. Por fin, llegó el momento adecuado para salir: el chaval de los Servicios de Seguridad había cruzado y estaba paseando despreocupadamente por la acera del otro lado. En un momento dado, el chaval se puso a mirar en la dirección opuesta y, a la vez, pasaron por la acera, justo delante de la puerta del edificio, cinco o seis personas. Entonces, el hombre de la maleta, ya sin maleta, se coló entre ellos y se esfumó.

Pero, cuando el hombre de la maleta (mejor dicho, otro hombre enviado por él) regresó a buscarla, esta ya no estaba allí.

Mucho tiempo después se esclareció que todo había sido cosa del portero, encargado también del cuarto de la calefacción: un borrachín irresponsable, servil y obtuso que con gusto se habría puesto a las órdenes de la Tercera Vía, aunque en ese caso se hubiese unido a los que estaban en el poder por pura comodidad. Aquel palurdo zarrapastroso había encontrado la maleta y se la había agenciado; por supuesto, esperando encontrar dinero dentro. Sin

embargo, solo había hallado unos pocos papeles. Eso sí, le dio la impresión de que, dios mediante, podrían ser de interés para los Servicios de Seguridad. Así que fue con su botín a cuestras hasta la mesa de los susodichos caballeros: «*Halt! Auf de Fussboden setzen! Nicht doch auf den Tisch! Das Stück ist zu dreckig...*». ⁵⁰

El conserje depositó la maleta cubierta de hollín sobre el suelo de linóleo, a tres pasos de la mesa, y se quedó al lado, mirándola de hito en hito y olfateándola... Pensando que de aquello se tenían que poder exprimir no menos de dos frascos de Lágrimas del Doctor Mäe...

Ni yo sé, ni lo sabe nadie, si el conserje se hizo con las Lágrimas de Mäe (o las de Judas). El caso es que su traición, propia de un Judas, le costó al pueblo estonio un rosario de penurias y calamidades.

El material interceptado por los alemanes conllevó, en primer lugar, el arresto de técnicos que colaboraban con el entorno de la Tercera Vía. Asimismo, arrestaron a miembros del Comité Nacional Estonio. Otros tuvieron que pasar a la clandestinidad o emigraron al extranjero. Unos pocos permanecieron activos en la vida pública, pudiendo ocultar a los alemanes su vínculo con el Comité Popular.

Algunos de los que fueron apresados tuvieron que declararse al menos parcialmente culpables, debido a las pruebas incontrovertibles encontradas en la maleta; fulano o mengano tuvo que reconocer que había recabado datos en su puesto de trabajo. Se empezó a pregonar que eran espías enemigos, a lo que ellos respondían que habían actuado a las órdenes de la diplomacia de la República de Estonia; por lo tanto, de órganos perfectamente legítimos del Gobierno estonio del momento. Según recuerdo, ante estos argumentos, los alemanes (sin llegar todavía a emplear la tortura, al menos por lo que yo sé) vociferaban: «¡Vuestros Varmas y Tormas y Lareteis fueron corriendo a los ingleses con toda esa información! Y ahora que ya no tenéis Gobierno estonio que valga, son unos perros mercenarios de los ingleses. ¡Y los ingleses, a su vez, les regalaron los datos que les pasasteis en bandeja de plata a sus amigos de Moscú! ¡¿Es que no lo veis?! ¡Objetivamente, sois todos, del primero al último, espías rojos, espías de Moscú, espías de Stalin!».

Tengo que decir que era difícil rebatir estos argumentos. Objetivamente, lo que decían era en gran medida cierto (por ejemplo, gracias al afortunado papel que desempeñó Mr. Philby), aunque ellos mismos no siempre supieran verlo.

Por supuesto, era la primera vez que echaban la red, y por lo tanto atraparon a algunos peces de categoría muy inferior o secundaria. Estos fueron colándose por las rendijas y recobraron la libertad a lo largo de la primavera y el verano. El 18 de septiembre, el profesor Uluots, con el que Ullo se había encontrado por primera vez en la cátedra de Tartu, firmó un decreto en la clandestinidad (ateniéndose rigurosamente a la letra de la Constitución de la República de Estonia, que dictaba que el primer ministro asumiese las funciones del presidente en ausencia del mismo), por el cual se modificó la composición del Gobierno de la República de Estonia, cuyo primer ministro pasaría a ser Otto Tief, procurador y persona muy conocida desde hacía mucho tiempo por haber ostentado varias carteras en anteriores gabinetes.

A lo largo de ese 18 de septiembre, tuvo lugar la liberación de una serie de prisioneros cuyos nombres aparecían en un listado con tres categorías, según la gravedad de las faltas cometidas: a los ladronzuelos, los soltaron; a los rojos de poca monta, se los puso en libertad; a los rojos peligrosos, se los condujo al bosque de Kose en un camión y se les descerrajó una bala en la nuca. Al mismo tiempo, llegaron a la cárcel modelo desde las prisiones provinciales grandes partidas de reos que estaban siendo evacuados para hacer sitio en estas, puesto que el frente ruso avanzaba cada vez más.

Ese mismo 18 de septiembre, Maret recibió una notificación de la oficina del fiscal del Estado Platzer, según la cual iban a liberar a Ullo a lo largo de los días siguientes (a todas luces, lo habían clasificado como rojo de baja categoría). Al mismo tiempo, a mi Hella le comunicaron que a mí me mandarían pronto a Alemania. Casi en trance después de recibir la esperanzadora noticia, Maret se fue a casa a aguardar a Ullo. Y lo esperó hasta que llegó esa misma noche del día 18 a la calle Erbe, con una especie de volante en el bolsillo en el que constaba su estatus de hombre libre, después de atravesar la ciudad, que estaba sumida en un extraño y crepuscular caos, cruzando el puerto por el que circulaban los vehículos del Ejército que llenaban con su mecánico rumor el cielo del anochecer, todavía más oscurecido por efecto de las cenizas que exhalaban las hogueras callejeras en las que estaban quemando documentos.

A mí (resulta obvio que Maret lo sabía, pero Ullo no debía de saber que en el curso de la redada masiva de abril también me habían apresado) Hella me trajo a la cárcel a primera hora de ese día 18 un paquete para el viaje hasta Alemania, con ropa de abrigo, comida y vitaminas. El vigilante que me

entregó el paquete en mi celda me había parecido al principio un personaje bastante adusto, pero ya llevaba como una semana llamándome la atención porque se presentaba siempre a última hora de la tarde a traerme el periódico (yo estaba en una celda individual y por lo tanto no había especial riesgo) a la vez que decía en un susurro, como para el cuello de su camisa: «En este periódico no lo dice..., pero Finlandia se salió ayer de la guerra...». O bien: «La BBC ha difundido esta mañana temprano que los americanos traspasaron ayer la frontera occidental de Alemania...». Cuando embutió el paquete de Hella por la trampilla de la puerta de mi celda, también murmuró entre dientes: «Le han dicho a su mujer que lo llevarán a Alemania. Pero no se lo crea, son sandeces. Lo van a soltar. Yo lo sé...».

A las once de la noche llegaron hasta mí unos ruidos; alguien andaba en el pasillo. La puerta crujió, se abrió y el mismo vigilante que me llevaba los periódicos me hizo un gesto con la mano («Chist-chist») para que saliese con mis cosas. Allí, de pie en una oscuridad casi total, ya había varios hombres. Al final, nos juntamos unos diez. Por lo que yo vi, debíamos de pertenecer todos a la Tercera Vía. El mismo vigilante nos condujo por varios pasillos y nos franqueó una puerta con rejas. Resultaba extraño que nadie alzase la voz y que todo sucediese casi en total silencio. Al cabo, desapareció y lo relevó un hombre con un gorro de *tweed*, la cara enjuta y la mirada inyectada en sangre de los adictos al vodka. Recorrimos un trecho pisándole los talones. Me acuerdo de que iba hablando con mi vecino, un ingeniero de instalaciones hidrológicas llamado Armin Kase, contándole chistes sobre política al mismo tiempo que trataba de no perder ripio... Ajá, ya hemos pasado la cámara donde se ejecutan las condenas a muerte... y también el almacén donde tendrán que devolvernos nuestras pertenencias si nos dejan en libertad..., hasta que, por fin, salimos al patio de carga y descarga de mercancías de la cárcel modelo. En la oscuridad del exterior, nos tropezamos con las piernas de los reclusos de la última tanda que habían transportado en camiones hasta la cárcel y que estaban sentados sobre el pavimento. Luego oímos cómo el portón trasero del patio rechinaba, se abría en la casi absoluta oscuridad, y enseguida nos hallamos fuera del recinto. Miramos a nuestro alrededor y nos preguntamos dónde estaban la policía militar, los perros, las camionetas. En el peor de los casos, nos llevarían al bosque de Kose; en el menos malo, a Paldiski y de allí a un campo de trabajo en Alemania... ¿o no? Oscuridad. Silencio. Arriba, el cielo estrellado de septiembre. Entonces un tipo con los

ojos entrecerrados que estaba en medio del grupo nos ordenó, aunque en susurros, mientras emanaba pestilentes vaharadas de vodka: «Chicos: por esta vez, la mierda se ha acabado. Ahora, ¡cada mochuelo a su olivo, y a paso ligero!».

Los nueve hombres que allí estábamos tardaríamos aún varios días en cobrar verdadera conciencia de hasta qué punto habíamos tenido una suerte loca, ciega, abrumadora y vergonzosa.

Diez minutos después de nuestra liberación, llegó a la cárcel desde los Servicios de Seguridad el odioso director de la prisión, Viks, en un camión con perros y policías militares, y empezó a llamar por orden de lista a los reclusos, uno por uno. Diecisiete, de los cuales la mitad habían quedado en libertad diez minutos antes. ¡Pero la otra mitad estaba todavía allí! A esos, Viks los llamó berreando y se los llevaron a Stutthof y a otros sitios por el estilo, a los círculos del infierno.

Aparte de lo dicho hasta ahora, no tengo más detalles de cómo tuvo lugar la liberación de Ullo en aquella tarde del día 18. Sobre lo que hizo después de salir de la cárcel, en cuarenta años solo entreoí alguna que otra frase suelta. Finalmente, en la primavera del 86, cuando preparábamos una sesión durante la cual yo habría de tomar notas más detalladas, se extendió un poco más sobre el asunto.

Pero esa sesión nunca tuvo lugar.

Por lo que yo sé, Ullo llegó a su casa el 18 de septiembre a las siete de la tarde. Muerto de hambre, a pesar de los paquetes de Maret, porque de ellos habría consumido quizá una octava parte él mismo y otros siete octavos los había repartido entre sus cincuenta compañeros de celda. Así que tenía mucha hambre, pero no tanta como para que le fallasen las piernas. Le dio un beso a Maret antes de afeitarse y de lavarse y luego se puso ropa limpia y se marchó presuroso.

Como durante los bombardeos del 9 de marzo y en el período inmediatamente posterior él estaba en la cárcel de Patarei, solo se había hecho una idea de la destrucción de la ciudad a través de su propia imaginación y de los rumores que le habían llegado por otros presos.

En el camino a casa, pero no antes de llegar a la plaza del Ayuntamiento, vio por primera vez con sus propios ojos los destrozos. Los vio todavía con mayor claridad cuando intentó sin demasiada fortuna acceder a lo que había quedado de la plaza de la Libertad a través de la calle Harju. La calle ya no existía. Ni siquiera había algo que pudiese considerarse un camino, porque lo tapaban los escombros, por lo que tuvo que dar un rodeo por las calles Gran Karja y Pequeña Karja para evitar la oscuridad total de la zona. Ahora, mientras volvía al corazón de la ciudad antigua desde su casa, se dio cuenta de nuevo, con todavía mayor patetismo, del grado de destrucción en el que había quedado sumida la ciudad. A su izquierda, las ruinas listadas de hollín del Teatro Estonia ofrecían una imagen completamente insólita contra el cielo violáceo; en el bulevar había tocones de árboles desmochados y calcinados y, en las aceras, las fachadas sin ojos de las casas se habían teñido de polvillo negruzco. Entre los edificios, soplaban un viento calmado, rancio y nauseabundo (el que emanaba de la ciudad recién abrasada). Los hombres que salían de la cárcel después del bombardeo reparaban con especial curiosidad en el olor que despedían los restos del incendio, puesto que ese hedor nunca había llegado hasta sus celdas. Por los vidrios de las ventanas de

la cárcel (casi todos rotos), entraba una brisa marina de poniente sorprendentemente limpia. Ahora, en el bulevar, puede que a causa de los vapores enrarecidos que arrojaban las humeantes ruinas, invisibles pero perfectamente perceptibles en la piel del rostro, el hedor se le antojó a ratos asfixiante: paredes calcinadas, ceniza, tizones de las chimeneas y tal vez (solo dios lo sabe) carne humana chamuscada o podrida que rezumaba aquel tufo bajo los cascotes.

No sé con exactitud, ni lo sabe nadie a estas alturas, adónde fue Ullo en los cuatro días y las cuatro noches siguientes. Ni en qué orden fue a los sitios. No sé si se dirigió a toda prisa a la calle Jõe en primer lugar, o a la calle que fuese, en busca de la señora Nadja Fischer. Como me mencionó en algún momento el nombre de esa calle, algo me hace imaginarme que fue hasta allí, pero no estoy del todo seguro de que fuese ese el primer sitio que visitara después de regresar a su casa. Estaba en algún punto del barrio que quedaba a la izquierda de la avenida de Narva. La mitad de ese barrio había desaparecido. Ullo se metió entre los escombros y avanzó a trompicones entre los montones de piedras y de metal. Allí encontró apilados los vestigios de un horno alicatado, y le pareció por un momento que debía de ser el horno que había en casa de Nadja, al pie del sofá cubierto con cojines de color frambuesa, solo que luego se dio cuenta de que este doblaba en tamaño al de la señora Fischer. Me acuerdo de que Ullo evocaba el horno de Nadja con una sensación inmensamente placentera, de calor en los talones desnudos (porque no le cabían del todo bien las piernas en el sofá). Sin embargo, ahora lo tocaba con la palma de la mano y estaba tremendamente frío, frío hasta la médula.

Al otro lado de la calle, divisó una casa hecha de piedras puestas desmañadamente una encima de otra, iluminada por una brizna de luz que se colaba a través de una ventana tapada de tal manera que no dejaba pasar la claridad. Ullo golpeó la puerta hasta que le abrieron:

—¡Oh, no! No sabemos nada ni conocemos a nadie aquí. Somos refugiados. Sí, de Narva. Llevamos más de un mes en esta casa. Cuando nos mandaron a vivir aquí, las cosas ya estaban como las ve. Se dice que en esta zona murió mucha gente. También dicen que otros se fueron a Alemania en barcos de refugiados. Pero no sé nada más concreto. ¿La señora Fischer? No había oído ese nombre jamás...

Ullo salió de la casa y, supongo que directamente desde allí, fue hasta la

calle Palli y llamó a la puerta de la casa de Klesment. ¿Que por qué acabó justo allí? Puede que, sencillamente, porque le quedaba cerca. O puede que porque el antiguo asesor del Gobierno fuese la única persona próxima a la cúpula del Comité Nacional con quien Ullo podía hablar de tú a tú.

Si no recuerdo mal, Klesment en persona le abrió la puerta y lo saludó con un fuerte grito que profirió envuelto en vapores de coñac:

—Ah, Paerand... ¡Cómo me alegro!

Ullo pensó (según creo recordar, ya allí, en el recibidor de Klesment): «¿Por qué demonios estamos dispuestos a considerar la debilidad de Churchill por el whisky casi como un rasgo de caballerosidad inglesa, mientras que a uno de los nuestros, a una de las mentes más despejadas del país, le echamos en cara sus escauceos con el coñac, considerándolo un ejemplo palmario de la propensión nacional al alcoholismo...?». Sea como fuere, Ullo nunca bebía alcohol (mejor dicho, casi nunca, y casi nada que excediese un trago o dos).

Klesment le hizo tomar asiento en un sillón de su despacho y le puso delante un vaso de coñac:

—¿De dónde sales a estas horas? ¿De la cárcel? ¿Aún estás en esas, por el pecado de Barbarus? Ja, ja, ja. Pero, bueno, me alegro mucho de que estés aquí. Hoy... —dijo cambiando la posición de los dedos para liberar el pulgar y poder así subrayar sus palabras alzando el vaso en el aire—. Yo, por cierto, llegué ayer de Helsinki, pero hoy Uluots ha hecho pública la composición del nuevo Gobierno de la República.

Ullo se mantuvo en silencio, a la espera de noticias todavía más asombrosas, y su admirado Klesment no le defraudó. Después de darle un moderado sorbito al licor, continuó:

—No tengo ni idea de por qué ha demorado tanto este paso... Por prudencia, por cobardía... Vaya usted a saber. Ahora ya está hecho. Tief va a ser primer ministro y sustituirá oficialmente al anterior, porque Uluots no es presidente, como ya sabes, sino un primer ministro que está cumpliendo las funciones del presidente, según marca la ley. Yo soy ahora ministro de Justicia. Aunque, buf, eso no significa nada. Porque, sencillamente, no nos queda tiempo para formar tribunales de justicia. Como mucho, lo hay para convocar consejos de guerra. Pero eso es cosa de Holberg, ministro de la Guerra. O, casi más, sería asunto de Maide, comandante en Jefe del Ejército. De un modo u otro, Tief y su equipo van a estar hasta arriba de trabajo esta noche. Te puedes figurar el lío y el trajín que supone todo esto. Así que, si no

tienes nada en contra, voy a llamar a Tief para decirle (son las ocho y media) que va a ir alguien a ponerse a sus órdenes, ¿no?

—¿En contra? Por supuesto que no. Lo considero mi deber. Lo único... ¿No habría que comunicárselo también al profesor Uluots? Él me conoce, pero Tief no... —respondió Ullo.

Ante lo cual, Klesment apuntó:

—No, no, no. Mira..., acabas de salir de la cárcel y es obvio que no lo sabes. No dejan que nadie, fuera de sus allegados, se acerque a Uluots. Le ha dado poderes a Tief para que lo releve. Uluots está enfermo. A decir verdad... muy enfermo. Pero no te lo había dicho hasta ahora.

A lo largo de los seis meses posteriores al gran bombardeo de Tallin, la mitad de las líneas telefónicas fueron reparadas, y en aquellos momentos ya estaban en funcionamiento. La conversación de Klesment con Tief (no sé si esto es un recuerdo auténtico o si solo me lo imagino) debió de rezar más o menos así:

—Hola, señor abogado. ¿Me reconoces, no? Por supuesto que me reconoces. Escucha, seguramente vas a necesitar personal que te ayude, ¿no? A hacer el equipaje y demás. Todo eso. ¿No crees? Pues, mira, voy a mandarte a un joven. Un joven que viene de la Cancillería. Lo conozco bien. Un chico capaz y discreto. Su nombre te lo dirá él mismo. Le voy a dar un volante para que vaya a verte. Sí, yo me quedaré en casa. Ahora no me necesitas, ¿verdad? Por la mañana me puedes llamar, en cuanto te haga falta. Ah... ¿Y cómo te va con Jüri? Sin cambios. No lo sé. Nadie lo sabe. Él mismo tampoco. Mañana o pasado mañana. Buenas noches.

Ullo pensó de inmediato que «Jüri» debía de ser Uluots, pero como le habían calificado de discreto, renunció a preguntar qué era eso acerca de lo que nadie sabía nada...

Desde aquel lugar, Ullo fue a personarse en el edificio del Banco de Préstamos, que había quedado muy dañado por los incendios. Alguna de las viviendas del segundo o tercer piso seguían más o menos intactas, y allí le abrió la puerta un militar de miembros largos y cabeza oval como el huevo de un pájaro. Más tarde supo que se trataba del coronel Maide. Mejor dicho, desde la mañana del día anterior, el mariscal y jefe supremo de las Fuerzas Armadas Maide. Ullo debió de decirle:

—Vengo de parte del ministro de Justicia Klesment... para presentarme ante el primer ministro Tief.

Le pidieron el volante que le había dado Klesment. Luego lo llevaron a una tercera o cuarta estancia del piso, donde estaban Tief y el abogado Maandi, que había sido nombrado jefe de su gabinete. Ambos eran tipos que pasarían desapercibidos en el Báltico oriental, de estatura media. Tief tenía en torno a cincuenta años y Maandi, un gafotas de rostro sanguíneo, unos cuarenta. Hay que decir que la autoridad y el pragmatismo natural de Tief saltaban a la vista. Dijo:

—Señor Paerand, anótese estas ocho direcciones. Pero hágalo en un papelito muy pequeño, para poder tragárselo en caso de necesidad. Los alemanes podrían pararlo por la calle para pedirle documentos. Señor Maandi, ordene a los soldados de la cocina que le den al señor Paerand la bicicleta del sótano... —Y, volviéndose a Ullo—. Dese una vuelta con la bicicleta por las ocho direcciones y hágale llegar a cada hombre o a un miembro de su familia (tendrá que decidir usted si lo considera o no digno de confianza) esta orden: mañana por la mañana, a las diez, en la cafetería de la Torre Roja.

Ullo entendió perfectamente que la cafetería de la Torre Roja debía de ser un mensaje en clave para los iniciados; es decir, un punto de encuentro. Si era así, entonces...

—¿Preguntas...? —le interrogó el flamante primer ministro.

Me imagino que los comentarios jocosos de los militares fueron, hasta cierto punto, una provocación para Ullo. Puede que pensase que Tief mantenía demasiadas actitudes propias del capitán de la Guerra de la Independencia que fue en otros tiempos.

—Sí. Dos. La primera: si me preguntan quién soy, ¿qué he de responder? La segunda: si no me abren, ¿puedo dejar la notificación en la rendija de la puerta o en el buzón?

Recuerdo que Tief le respondió con mucha seriedad:

—¿Quién es usted? Pues dependerá de quién pregunte. Si es un policía alemán, podría usted, por ejemplo, haberse embriagado y dado con la dirección equivocada. Si se trata de la persona a quien usted busca, le dirá que es un correo de la República. En los casos intermedios, la respuesta la elegirá usted mismo, según la situación. En cuanto a la segunda pregunta: sí. Prepare una cuartilla por si surge la necesidad. Mañana a las diez. Cafetería de la Torre Roja. Y ya. Ahora, anótese las direcciones.

Ullo se quedó un rato largo mirando las ocho direcciones que le tendieron, y comentó:

—No es necesario. Las he retenido.

—¿... Retenido? —preguntó, sorprendido, el primer ministro—. A ver, ¿dónde vive el ministro de la Guerra Holberg? —Había agarrado el papel con la dirección y lo tenía cubierto con la palma de la mano, ocultándolo a la mirada de Ullo como si fuese un maestro de escuela en un examen.

—En la calle Pikk 40.

—Vale, está bien. Váyase —repuso el primer ministro, con un mohín divertido.

Desde aquel lugar, el correo del Gobierno de la República se dirigió a la cocina de aquel mismo piso, acompañado por el jefe de gabinete del primer ministro. Allí había sentados cuatro o cinco chicos vestidos con el uniforme gris del Ejército finlandés, con subfusiles apoyados sobre un taburete y pistolas al cinto. Eran guardaespaldas del Gobierno en su primer día de servicio. Igual que el Gobierno en sí. Maandi le ordenó a un soldado que fuese al sótano con Ullo y que le diese una bicicleta. Cuando estaban a punto de salir de la cocina, el jefe de la Cancillería dio un grito para que regresaran y le preguntó a Ullo:

—¿Tiene usted un arma?

—No.

—Entonces le daremos una. Puede necesitarla...

Ullo sacudió la cabeza:

—No. Podría convertirse en un engorro.

—Usted sabrá... —respondió Maandi, encogiéndose de hombros.

Conque el correo de la República se puso en camino, dispuesto a recorrer la ciudad oscura y vibrante a lomos de su bicicleta para informar a los miembros del Comité Nacional Estonio y del Gobierno que no estaban localizables por teléfono de la reunión convocada para el día siguiente por la mañana. Algunos carecían de línea telefónica porque esta había quedado destrozada en los bombardeos o, acaso, porque los Servicios de Seguridad la había cortado; otros, porque quizá estaban viviendo en refugios provisionales, en la clandestinidad.

Ullo empezó en el Kadriorg, en la calle Kuristik, por la casa del que fuera director del Banco de Estonia, que era ahora miembro del Comité Nacional. Pärtelpoeg le abrió la puerta personalmente. Ullo lo reconoció de inmediato: era el mismo tipo que había visto en la sala de espera de Eenpalu, un individuo de semblante áspero que contrastaba con su físico jovial e

imponente.

—Señor ministro de Finanzas, tengo órdenes para usted de parte del primer ministro Tief. Ha de estar mañana a las diez en la cafetería de la Torre Roja.

—Grrrr... —profirió el ministro, plantado en el centro del lóbrego vestíbulo de su casa—. ¿Y qué va a pasar allí?

—Por lo que yo tengo entendido, una reunión en la que se juntarán el Comité Nacional y el Gobierno. En ella, el Comité Nacional hará entrega de sus poderes.

—Bueno, pues entonces no es imprescindible que yo participe, al menos al principio... —reflexionó Pärtelpoeg.

Me imagino que Ullo respondió (no ofendido, aunque puede que sí algo afectado por esas palabras):

—Mi impresión no es esa, sino la contraria. Pero no me han dado instrucciones al respecto.

Lo repito: no sé, en realidad, adónde fue Ullo a continuación, esa misma noche, para convocar a más gente a la reunión. Me parece que, de los ocho, se hizo con la mitad, pero a otros cuatro no pudo localizarlos. Además, en una de las direcciones que le habían facilitado, de forma más o menos inesperada, Ullo encontró a Ernst Kull y a Oskar Mänd: el primero, director de una editorial de Tartu; el segundo, miembro de la redacción del periódico *Päevaleht* en Tallin. Digo que fue inesperado porque eran los últimos miembros del Comité Nacional que quedaban aún en la cárcel en aquella mañana del 18, y a cuyas esposas les había dicho el fiscal Platzer que no estaba aún claro si los pondrían en libertad o bien los llevarían a Alemania. Ahora, ya los habían soltado...

Ullo recordaba a Kull en el piso de la calle Pärnu (dios sabe quién sería el verdadero propietario de ese piso) como un hombre con pinta de asustado, o casi como electrizado, pero también, en un sentido extrañamente perturbador, electrizante. Su larga nariz de zorro parecía captarlo y calcularlo todo a través de unas fosas nasales que temblaban todo el rato, mientras hacía preguntas a media voz:

—¿Se refiere a la Torre Roja?

—Eso me dijeron.

—¿Y le han dicho también dónde se encuentra?

—No.

—Vale, vale. Mejor así, mejor así. Asegúrense de avisar a los representantes

de los cuatro partidos. Y a los de los principales grupos de la oposición. Mejor dicho, no solo de avisarlos, sino de que estén presentes allí, para que luego no haya suspicacias sobre la legitimidad del Gobierno. Y, por supuesto, que a Uluots también lo lleven a la reunión...

Dicho eso, le dio a Ullo un apretón de manos muy quebradizo cuando se despidió.

Luego, en algún punto de la avenida Liivalaia, le tocó el turno al caballero Oskar Mänd, con su alborotada melena roja y sus ojos chiquititos, llenos de ironía. Después haber pasado por un régimen forzoso de medio año en la cárcel, se le había quedado cara de sátiro, huesuda y con la mandíbula tallada a cincel.

—¿De verdad creen que tienen algo que hacer?

A lo cual, Ullo respondería, con toda seguridad:

—Lo doy por sentado.

A continuación, le tocó al señor ministro de la Guerra Holberg en la calle Pikk. Su línea telefónica había sufrido una avería el día anterior, según le dijeron a Ullo. No, no es que no tuviera teléfono... Indudablemente, el señor Holberg ostentaba un cargo tan alto que no habría podido pasar sin un aparato.

«*Ja. Wer da?!*», preguntó el ministro de la Guerra a través de la rendija de la puerta, empleando para ello la lengua oficial del Estado. No obstante, cuando Ullo nombró al primer ministro Tief, le abrió la puerta. También lo conocía de vista, de verlo cruzar a toda prisa la sala de espera de Eenpalu y de Uluots, y de las famosas caricaturas de Gori. Era un hombre pequeño y rollizo, que recordaba a su actual jefe (o, más bien, a su anterior jefe, después del reciente cambio de Gobierno) más aún que el propio jefe (es decir, más que el coronel Soodla recordaba al propio coronel Soodla), porque llevaba bajo la nariz de manzana (en fin, la típica nariz de los tipos baltoorientales) un hitleriano bigotito con las cerdas bien engominadas, un exceso que Soodla no se habría permitido jamás.

—¿Cómo se llama usted? ¿Paerand? Hmmm. ¿Nos hemos visto en algún sitio?

—Sí. Dos veces, en la sala de espera del primer ministro Eenpalu. Y otra vez en la del primer ministro Uluots.

—Hmmm. Sabe, señor Paerand..., dígame a este..., al primer ministro Tief... —Se quedó un segundo calibrando cómo formular sus pensamientos

y, obviamente, cambió de idea—. Dígale que... iré.

A continuación, fue a una dirección que solo dios sabe por dónde caería (si no yerro, seguramente en la calle Paldiski), donde vivía el abogado Susi, ministro de Educación. Lo encontró sentado en su escritorio, en un piso que, cómo no, tenía las cortinas de las ventanas echadas y estaba medio en penumbra:

—Ah, ¿a las diez en la Torre Roja? Me pregunto, en cuanto a la hora..., ¿por qué a las diez? ¿Por qué no a las ocho? ¿Por qué no a las seis? En mi opinión, ni aun así arreglaríamos nada, pero por lo menos serían más horas... Ese tiempo que nos hace una falta espantosa...

La actitud de aquel hombre amable de unos cincuenta años, con las sienes encanecidas, era menos la de un ministro que la del director de un colegio; eso sí, la de un director exigente. Exigente, a pesar de que empezó por pedir disculpas:

—Por supuesto, usted no tiene la culpa de que seamos tan lentos...

Entonces se abrió la puerta y la señora de la casa se asomó al despacho. Su esposo le dijo a Ullo:

—Esta es mi mujer, Ella.

—Conozco a su señora. Hace diez años, sustituyó a nuestro profesor de Historia en Wikman. Dos semanas. Fue cuando el señor Tiimus tuvo una pulmonía. Su señora esposa nos habló del Comité de Salvación Nacional y del Gobierno Provisional en la época de la Guerra de la Independencia...

El dueño de la casa dijo:

—Y, ahora, el señor Paerand viene a invitarme a la reunión del Gobierno que se va a celebrar mañana.

—Pues tendrás que ir, ¿no? —dijo la esposa con mucha convicción, aunque se la viese un pelín sobresaltada.

—Pues tendré que ir... —repitió el marido, con relativa contumacia, y según le pareció a Ullo, casi alborozado. En cualquier caso, Ullo se quedó mirando fijamente a los ojos del abogado, y habría estado todavía más rato así de haber sabido que, dos meses más tarde, el Gran Escenógrafo colocaría a aquel pequeño señor bajo la rueda de la gran maquinaria de tortura de Stalin, y que, varios años después, sería elegido para enseñarle (desde allí, debajo de las ruedas) a su compañero de jergón, el capitán de artillería y traidor a la patria Alexander Solzhenitsin, cuál era la esencia de la democracia burguesa.

Un estudio que empezó siendo un éxito, aunque parece que nunca llegó a completarse.

Lo repito otra vez: no sé exactamente qué es lo que hizo Ullo esos días. En todo caso, de entre el batiburrillo de señales que me llegan de él, deduzco que estuvo presente en la reunión del día siguiente (si no directamente, por lo menos entre bastidores).

La reunión tuvo lugar en el Banco Rural de Estonia, que se había ocultado para la ocasión bajo el nombre cifrado de Torre Roja. Aunque no fuese solo roja, porque la torre del edificio estaba pintada a rayas rojas y grises. Además, aquel enclave también tenía un pasado revestido de cierta pátina roja, porque en 1918 había estado allí el cuartel de una de las unidades del Ejército Rojo de Estonia. Sin embargo, la reunión que nos ocupa, en el año 44, no se celebró en aquel lugar a consecuencia de ese episodio, por supuesto, sino porque Tief era jurisconsulto del Banco Rural desde los años treinta (puede que incluso más tarde fuese uno de los directores del mismo), y tenía a su disposición un bonito despacho dentro del edificio del banco. También utilizaba, en caso necesario, la sala de juntas donde se reunían los asesores del banco. Ese fue el caso, por ejemplo, en esa mañana del 19 de septiembre.

No sé hasta qué punto Ullo estaría presente en la sala durante la reunión. Si lo hizo, debió de ser más bien en la parte correspondiente a la reunión conjunta del Comité Nacional y el Gobierno. Probablemente se marchara antes de que el Comité Nacional renunciara a sus poderes para entregárselos al nuevo Gobierno, y el gabinete se quedara solo para celebrar su primer pleno. En cualquier caso, recuerdo la aclaración de Ullo:

—¿Sabes? Estuve mirando por la ventana del vestíbulo que daba al sur. Justo enfrente estaba la parte más antigua del edificio del Banco de Estonia, seguro que lo recuerdas. Yo pensaba: mira cómo encajan de bien las diferentes versiones; qué curioso es ver cómo se van solapando las de índole física, espacial, histórica, moral. Allí mismo, a una distancia de cincuenta pasos, el nuevo Gobierno de la República de Estonia tomaba posesión en el año 1918. Al día siguiente, los alemanes ya habían entrado. Ahora estamos a

punto de volver a proclamar un Gobierno que supone la continuidad de aquella República. Y me temo que, dentro de un par de días, o pasado mañana, ya hayan entrado los rusos. Los alemanes, en aquella ocasión, se quedaron nueve meses. ¿Cuánto tiempo se quedarán los rusos, si llegan pasado mañana?! ¡Ojalá no sea más, dios nos libre! ¿O acaso...?

Allí, junto a la ventana, mientras entraban en la sala los primeros hombres con ademán preocupado, Ullo pensó (al menos, yo creo que lo pensaría; que, necesariamente, tuvo que pensar): «No me puedo creer que esto vaya a salir adelante. Sin embargo, me parece que, aunque de ello dependa, directa o indirectamente, el destino de miles de personas, hay una cosa todavía más importante que la derrota o la victoria, y se trata de ponerse a prueba».

Quizá, después de todo, Ullo pensase, mientras miraba por la ventana de un edificio donde se estaba haciendo historia hacia otro edificio que ya era parte de la historia: «Es que la vida, en general, es así: más importante aún que el destino hasta donde queramos llegar es el camino que hemos elegido para llegar hasta él...».

Uno de los testigos presenciales de aquellos acontecimientos me contó en algún momento (o bien fue en mi único encuentro con el que fuera entonces canciller Helmut Maandi, en Estocolmo en octubre de 1990, o bien en los cuarenta años posteriores a aquellos días de septiembre, a través de Ullo) el descorazonador discurso que pronunció el ministro de la Guerra Holberg en la primera reunión del Gobierno aquel 19 de septiembre 1944. Aunque también pudo haber sucedido en la que tuvo lugar al día siguiente.

Allí, durante una hora entera, se habría interrogado a los militares de más alta graduación (Maide, Sink, entre otros) acerca de las posibilidades de contener a los rusos, que seguían presionando y habían tomado posiciones ya el día anterior en las Montañas Azules⁵¹ y que avanzaban sin tregua hacia occidente, en dirección a la calle Narva. Todos los que plantearon preguntas también hicieron sugerencias, que presentaron con tono desesperanzado y al mismo tiempo, quizá, con un destello de esperanza. Finalmente, el ministro de la Guerra tomó la palabra:

Muy señores míos:

Les escucho y me deja perplejo su falta de realismo. O son ustedes muy ilusos o están muy mal informados. No sé si debo achacarlo a una cosa o a

la otra. Acabo de llegar de Toompea, de la inspección. Tengo los últimos datos, de esta misma mañana. Se ha reconocido que la resistencia no tiene sentido alguno. El personal de la inspección está quemando documentos en el castillo de Toompea. Soodla ha enviado a casa a sus mandos para que hagan el equipaje y él mismo está haciendo lo propio. Yo también lo voy a hacer en cuanto pueda, para llegar mañana a Danzig a tiempo de tomar el barco. Les recomiendo a ustedes que hagan lo propio.

Holberg se quedó un rato en pie, muy quieto. Era un hombre bajo y rollizo, con los ojos casi cerrados como rendijas en un rostro pálido y anguloso con un bigotito ralo que quedaba en primer plano y le daba un aire porfiado. Se quedó de pie durante unos instantes, ante aquellos diez hombres que lo miraban incrédulos mientras las facciones de sus rostros se endurecían por momentos, y finalmente salió de la estancia.

Me imagino que después de esto (que también puede leerse en las memorias de Helmut Maandi), Tief asumió las funciones de ministro de la Guerra. Alguien se permitió preguntar si el Gobierno no habría de consultar esta cuestión con Uluots, a lo que Tief replicó que, efectivamente, sería lo normal, pero ¿no era también imposible? ¿Que por qué? Pues porque Uluots se había ido al campo esa misma mañana. Algunos de los ministros exclamaron:

—¿Será posible?! ¡De él depende nuestra continuidad!

Y Tief respondió:

—Precisamente por eso. Si a alguno de los aquí presentes le sucede algo, la continuidad no se pierde. Pero si le sucediera algo al profesor Uluots, la continuidad quedaría herida de muerte. —Y aquí añadió, bajando mucho la voz—: Además..., hay algo que algunos de nosotros puede que no sepan... Uluots está enfermo de mucha gravedad. Tiene cáncer de estómago. Y, aún es más...

Por supuesto, solo tengo una idea aproximada de lo que pasó allí. Lo que Ullo me contó o, mejor dicho, mencionó fue que se tomó la decisión de imprimir el primer número del Boletín Nacional del Estado, donde se anunciaría la composición del nuevo Gobierno junto con varias disposiciones gubernamentales. A Maandi se le encomendó la tarea de ir a imprimirlas y quiso invitar a Klesment a asistirle, para que, en caso necesario, solucionase, por así decirlo sobre la marcha (es decir, en la misma imprenta) las dudas de redacción, si es que surgían. Pero Klesment, haciendo honor a su fama de

hombre comodón, resopló: «Ufff... Escúcheme, ¿qué dudas de redacción van a surgir? Si, por ejemplo, el cajista preguntara sobre cuestiones tipográficas, si en República de Estonia hay que escribir república con mayúscula o con minúscula... Yo creo que con mayúscula, pero, en realidad, no lo sé. Ese tipo de cosas las sabe ese..., a ver, ¿cómo se llamaba...? Ese chico de la oficina del primer ministro, Paerand, el que te mandé ayer».

Así es como Paerand en persona acabó atravesando la plaza de Viru, como alma que lleva el diablo, porque delante de él, acuciándolo, iba Maandi (mucho más bajito que Ullo). En la misma dirección que ellos, circulaban camino del puerto, formando una columna, una docena de camiones cubiertos con lonas y conducidos por chóferes con los gabanes azules y grises del Ejército alemán. Del parque de bomberos estaban saliendo en tropel pelotones de tallinienses jóvenes, cada uno con cuatro o seis cajas en ristre. Tal vez en algún sitio hubiera una zapatería abierta o, quién sabe, acaso la hubieran atracado y desvalijado la caja fuerte. Luego, los saqueadores habrían repartido el botín entre la multitud. Por la zona del puerto, alguien había abierto fuego y se oían cortas ráfagas de ametralladora.

En el portal de la sede de la Unión de Consumidores Estonios, en la calle Narva, no se veía ninguna vigilancia. Entraron en el edificio muy deprisa; primero Maandi y luego Ullo, siguiéndole de cerca. El edificio de oficinas, que tenía tres o cuatro plantas, había sufrido daños a consecuencia de los bombardeos y estaba parcialmente quemado, de modo que la junta directiva tuvo que mudarse a una fábrica vecina donde les ofrecieron unas dependencias alternativas (una fábrica de tabaco, según me dijeron). Detrás de la fábrica de tabaco había un pequeño edificio de piedra, o quizá más bien una edificación aneja a la fábrica, adosada a su ala norte. Dios sabe si Ullo y Maandi atravesarían, o bien rodearían, la fábrica. Esta había estado funcionando a medio gas durante muchísimo tiempo debido a la escasez de materia prima, y en la última semana, forzada por los acontecimientos, había acabado por parar la producción. Al cabo, Maandi logró encontrar a un hombre algo cargado de hombros, con un bigote frondoso y quevedos ovalados con montura de alambre, del tiempo de maricastaña. Presuroso, entró con ellos en el bloque que había en la parte posterior de la fábrica. En un bolsillo de su delantal de trabajo llevaba las llaves del edificio trasero.

De modo que se encontraron en la diminuta imprenta de la fábrica de tabaco, delante de una máquina eléctrica que tendría el tamaño de una

escribanía pequeña y que ocupaba el centro de la habitación. Junto a ella, estaba la mesa de la linotipia y un estante con los tipos. Por las paredes había colgadas cajas de madera contrachapada con etiquetas de cigarros puros y cigarrillos, que se imprimían en la misma fábrica para marcar la producción. Sobre el muro delantero, en unas cajas abiertas, habían acumulado en diminutas pilas etiquetas de distintos colores: lila para la marca Karavan, *beige* para la marca Maret y los colores patrióticos (azul, negro y blanco) para Ahto.

El bigotudo pelirrojo se apostó detrás de la linotipia y, con algo de estrépito, compuso en diez minutos la hoja que Maandi sacó de su portafolios. Era el primer número del Boletín Oficial del Estado, con fecha del 19 de septiembre de 1944. Montó a continuación el decreto de Uluots sobre la formación del nuevo Gobierno, con tales y cuales componentes, junto a nueve disposiciones de este en relación con el nombramiento de altos cargos (se trataba de funcionarios del máximo nivel: el coronel Maide como Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas, Oskar Gustavson como Auditor General del Estado, etcétera) Más el anuncio de que, el 18 de septiembre, las personas nombradas anteriormente habían jurado fidelidad al primer ministro, que actuaba a su vez en representación del presidente de la República.

Ullo preguntó:

—¿Dónde tuvo lugar esa ceremonia de toma de posesión?

Maandi giró la cabeza para inspeccionar si le oía el tipo del bigote rojo desde la linotipia, y dijo en voz queda:

—En una planta del Hospital General. Ayer por la noche...

Ante esta respuesta, Ullo pensó: «Pero ¿esto qué es? ¿Una señal de que los Hados, el Destino Funesto o dios quieren mantener con vida y asegurar la continuidad de un Estado que acaba de resucitar pero que ya agoniza, pendiente de una fibra nerviosa fina como un capilar? ¿O una señal de que la Muerte está a punto de truncar esa continuidad, de una vez para siempre?». En ese momento, el pelirrojo del bigote le pidió ayuda a Ullo y ambos sacaron a duras penas de uno de los armarios empotrados el papel que necesitarían (por cierto, un papel francés muy bueno), y lo colocaron al lado de la gran mesa de la máquina de imprimir.

Algo más tarde, Ullo me comentó algo que le había explicado Maandi acerca de ese papel. El papel era una reserva muy particular de la imprenta de las etiquetas. Lo habían comprado en el año de dominio soviético personas

con visión de futuro a un almacén de papel que tenía un *stock* atrasado, porque hasta entonces las etiquetas se imprimían a un precio irrisorio y en papel de la calidad más baja. La compra se había efectuado en una época en la cual todavía quedaban, aquí y allá, algunas reservas de productos de buena calidad, pero ya empezaba a quedar claro que las provisiones de esos bienes escasos (por ejemplo, del papel francés) no iban a poder reponerse. Por eso, compraron el papel, pero en principio no lo utilizaron, hasta que llegó el Comité Nacional en aquel final del invierno de 1944 buscando una imprenta para sus textos. Los miembros del Comité que al mismo tiempo pertenecían a la ejecutiva de la Unión de Consumidores (serían dos o tres personas) consideraron que la linotipia donde se componían las etiquetas era perfectamente adecuada para esos fines. Y estaban en lo cierto. Aunque la principal razón que la convertía en adecuada no era, como creían Reigo y compañía, que la imprenta fuera de segunda fila, demasiado pequeña como para levantar la más mínima sospecha, estando dedicada a fines puramente comerciales. Reigo estaba convencido de que los documentos del Comité Nacional eran de vital importancia, y había ordenado que, para imprimirlos, lanzasen directamente el papel francés. Los primeros folletos se imprimieron, se repartieron e incluso llegaron a manos de los Servicios de Seguridad, donde levantaron el consiguiente revuelo.

Unos jóvenes con abrigos de cuero negro se habían presentado en dos o tres de las imprentas más importantes para realizar registros (debió de ser en las que imprimían los diarios *Palabra Estonia*, *Tierra Libre* y *Cooperación*), pero, como es lógico, no hallaron nada. Luego, abandonaron los registros. No fue por desidia ni por tendencias patrióticas en el seno de los Servicios de Seguridad, sino gracias al veredicto de sus expertos. Sus especialistas aseguraron que un papel de una calidad tan alta como aquel en el que habían escrito sus soflamas los del llamado Comité Nacional de la República de Estonia no estaba disponible en el país desde hacía siglos. Por lo tanto, el Comité tenía que haber utilizado una imprenta en el extranjero. Este veredicto dio alas al Comité para seguir imprimiendo sin obstáculo alguno.

A las once y media, la maquinaria de la imprenta zumbaba y retumbaba. Por lo menos varios cientos de Boletines Oficiales del Estado estaban ya listos junto a la máquina, en la caja de hojalata donde se colocaban los ejemplares recién impresos, cuando sonó el teléfono. Ullo lo cogió. Al otro lado, Klesment le dijo:

—Ulrich, dile al secretario que coja los paquetes de cigarros que hagan falta y que se ocupe de preparar un envío. Tú vuélvete rápido a la cafetería. ¿Entendido?

—¡Entendido! —respondió Ullo, emocionado como un chiquillo—. Me meto los paquetes en el bolsillo ya mismo. Nos los fumaremos con el café de la sobremesa.

El pelirrojo del bigote buscó para él una maleta vieja de las de fibra que había en la imprenta (por cierto, fabricada en el taller de manufactura de maletas perteneciente a la misma Unión de Consumidores de Estonia... Un detalle que no debemos perder de vista cuando se cierre el círculo de los acontecimientos) y Ullo metió allí un par de cientos de ejemplares nuevos del Boletín del Estado, que habrían de acabar en la mesa del primer ministro en el Banco Rural.

No sé qué hizo Ullo en las horas siguientes. Después de comer tuvo lugar la reunión del Gobierno y, aunque él no participara, mientras duró debió de quedarse todo el rato cerca de la sala de juntas del banco. Porque, si no fue él, ¿quién pudo haberme contado que, de vez en cuando, Maandi salía de la sala donde estaban reunidos para encomendarle a alguien (por ejemplo, a algún soldado de la guardia) alguna misión? A intervalos, llamaban a la reunión a alguien que estuviera en el pasillo: a unos oficiales del Regimiento Finlandés de Infantería n.º 200⁵² (uno de ellos, con el brazo en cabestrillo, se debía de haber batido en retirada desde el frente ruso cerca de Puurmann, en dirección a Porkuni), a algún que otro telegrafista con el uniforme del Ejército alemán o finlandés, o con el de las milicias estonias del Omakaitse. Acertaron a pasar por allí, como flechas (de modo que Ullo los vio, pero ellos no se dieron cuenta de que él estaba allí), sus compañeros de colegio Hellat y Jõgi, ambos más jóvenes que él, que actuaban como enlaces entre el espionaje finlandés y los alemanes, y que verdaderamente estaban metidos en los asuntos del Comité Nacional y del Gobierno. Luego salió, también muy apresurado, el capitán Talpak, que a buen seguro acabaría de llegar de Finlandia siguiendo la estela del regimiento n.º 200 y a quien los alemanes habían amenazado con arrestar. Este regresó diez minutos después al pasillo con un papel en la mano en el que constaba su ascenso a mayor y donde se le confería el rango de comandante de la Ciudad de Tallin. Decidió reclutar allí mismo al alférez que estaba al mando de la guardia del Gobierno, diciéndole que se fuera con él, de asistente, pues, en su recién adquirida calidad de comandante de la

Ciudad, se proponía formar una unidad para defenderla, con todo el que estuviera a mano: chicos finlandeses del regimiento n.º 200, legionarios, chicos de la Wehrmacht, milicianos del Omakaitse, y cualquiera que se quisiera unir. Por si acaso empezaban los encontronazos con los alemanes a última hora de la tarde... Varias veces, Ullo oyó repetirse la misma pregunta en las conversaciones de los pasillos. Puede, incluso, que también entre la gente que salía de la sala de reuniones: «Pero ¿dónde se ha metido Pitka precisamente ahora?».

A las nueve, el Gobierno hizo una pausa y hubo un receso. Algunos de los participantes en la reunión fueron a llamar a sus casas. Algunas esposas de los ministros y de los altos funcionarios llegaron apenas diez minutos después del parón, con bocadillos y termos para reponer las reservas de café. Tief pidió a la mujer del ujier del Banco Rural que le llevara tres jarras de té humeante y rosquillas. Klesment, que por lo visto también había llamado a su mujer, se encargó de que esta le trajese unas rebanadas finísimas de pan negro, relativamente duro, rellenas de filetes de bacalao frito en una gotita de aceite. Klesment le ofreció a Ullo:

—Por favor, hazme el favor de coger. Lo he hecho traer para ti. Tengo que ocuparme de que no te mueras de hambre, ¿no? Los demás ya se cuidan solos...

Finalmente, Ullo aceptó un vaso de té con sacarina y un bocado de pan con bacalao.

Entonces se le acercó Susi, con una hoja de papel en la mano, y se lo llevó a un aparte, en el hueco de la ventana en voladizo:

—Señor Paerand, me han encomendado la redacción de una declaración del Gobierno. Explicar la situación de Estonia en estos momentos y los deberes ciudadanos. Muy brevemente. Será reproducida en formato de cartel que se pegará por la ciudad. Aquí está. Es lo que he podido hacer durante la reunión. También la he leído ante el Gobierno. No se ha añadido nada fundamental. Échele un vistazo. Puede que usted tenga alguna sugerencia. Y, luego, llévela a la imprenta. Mire cuál es el mayor tamaño en el que pueden reproducir ese formato. Doscientos ejemplares. Para pegarlos por vallas y paredes esta misma noche.

Respecto a la declaración, en esa ocasión Ullo se limitó a mencionarla, sin reproducir su contenido. Eso lo dejó para una futura conversación monográfica sobre el asunto; es decir, para tratar este tema en concreto en la

sesión siguiente, o unas cuantas sesiones más tarde, en el verano de 1986. Aunque, al final, como ya sabemos, se quedó en el tintero.

El texto de la declaración del Gobierno que reproduzco abajo procede de anotaciones más tardías (no sé de qué fecha exactamente) de Helmut Maandi, que coinciden en lo fundamental con las de Arnold Susi, ministro de Educación, que lo puso por escrito después de haber pasado por los campos de trabajo, de manera que a su muerte, en 1984, su hija lo encontró entre sus papeles.

*DECLARACIÓN DEL GOBIERNO DE
LA REPÚBLICA DE ESTONIA AL PUEBLO ESTONIO*

Hoy, en un momento decisivo para Estonia, ha iniciado su actividad el Gobierno de la República de Estonia, al que pertenecen representantes de los cuatro partidos democráticos estonios.

Estonia nunca ha renunciado a su independencia de forma voluntaria, ni reconoce la ocupación de su territorio por parte de la URSS ni de Alemania.

Estonia es un Estado absolutamente neutral en el curso de la guerra que se libra en estos momentos. Estonia desea vivir como país independiente, en paz y armonía con todos sus vecinos, y no apoya a ninguno de los bandos enfrentados actualmente.

Las tropas de Hitler están retirándose de Estonia. El Gobierno de la República ha decidido restaurar la República Independiente de Estonia. Las tropas soviéticas están entrando en nuestro territorio. El Gobierno eleva una protesta enérgica en contra de estas operaciones.

Estonia es un Estado pequeño, demasiado débil para enfrentarse a una gran potencia y evitar durante un período largo que esta penetre en su territorio. A pesar de todo, el Gobierno de la República de Estonia va a seguir luchando por la soberanía nacional con todos los medios a su alcance, y hace un llamamiento a todos los habitantes de Estonia para que se mantengan fieles a su nación y a la causa de la autodeterminación.

¡La República Independiente de Estonia seguirá con vida!

Este era el texto (o, al menos, un texto parecidísimo a este) que llevaba Ullo aquel 20 de septiembre de 1944, a las diez de la noche, cuando salió

atropelladamente y cruzó el aire oscurecido de la ciudad, preñado de aflicción y de peligros, rasgado por el repiqueteo metálico de las ametralladoras.

Parece que seguía en la calle cuando dio comienzo el ataque aéreo. Con las primeras bombas aún no se podía saber, pero pronto quedaría claro que se trataba del ataque número dos en potencia, superado en gravedad solo por el del 9 de marzo del mismo año. O bien, si se tiene en cuenta la premeditación del ataque, y por lo tanto la devastación que causaría, el ataque más terrible hasta el momento. Y es que ahora no estaban bombardeándonos escuadrillas pilotadas por mujeres, enardecidas por la celebración del Día de la Mujer, como las que dispararon sobre varios cientos de bloques de viviendas particulares, varios cines y dos teatros (el Teatro de los Trabajadores y el Teatro Estonia) el día 9 de marzo. En aquella ocasión, no lanzaron ni una sola bomba sobre el puerto, que es uno de los blancos más apetecibles durante un enfrentamiento bélico. Ahora, el 20 de septiembre, llovían bombas en el puerto. Cierto es que, como los alemanes iban a abandonarlo antes de veinticuatro o cuarenta y ocho horas, este debería de haber quedado, al menos desde el punto de vista del Ejército soviético, suprimido como objetivo de los bombardeos, ya que pasaba formalmente a manos de la URSS. Además, el hecho de que rebosara de civiles, que se agolpaban en los barcos de refugiados atracados en los muelles, también debería haberles hecho respetarlo.

El recinto portuario empezaba a unos cien metros de distancia de la imprenta. La iluminación estilo «árbol de Navidad» del puerto no llegó a sus instalaciones, que tenían un alumbrado eléctrico de emergencia muy eficiente y las ventanas bien tapadas para que no entrara la luz. Pero el ruido atronador de las explosiones de las bombas actuó como sordina y ahogó del todo el zumbido de la linotipia. Sobre la mesa donde se apilaba el papel, había hojas de tamaño doble folio. Y, sobre la mesa del cajista, tipos de un centímetro de longitud:

Estonia es un país absolutamente neutral en el curso de la guerra que se libra en estos momentos. Estonia desea vivir como país independiente y en paz...

Me imagino el ruido de las explosiones a través de la ventana, que haría retemblar los muros, los hombros raquíuticos del pelirrojo del bigote y su

cuello torcido, al sobresaltarse y quedarse paralizado, para elevar luego la puntiaguda barbilla hacia el techo (¿se le caería sobre la cabeza?), al mismo tiempo que se combaba de nuevo sobre la máquina...

Desgraciadamente, no sé cómo se llamaba el tipo del bigote rojizo. No hice esa pregunta a Ullo. Se quedó para el interrogatorio de la sesión que finalmente nunca tuvo lugar. Además, dios sabe si Ullo me lo hubiese sabido decir.

Me imagino al tipo del bigote rojo con su preciosa imprentita recién encendida, pues acabaría de ponerse en marcha cuando empezaron a caer las bombas. La primera estallaría bastante cerca. Los muros de piedra caliza vibrarían y caería algo de escayola del techo. El del bigote rojo echaría la cabeza hacia atrás y miraría al techo. Ullo estaría en pie detrás de él conteniendo la respiración. Porque, qué caramba, incluso si nos proponemos mantener el autocontrol y el libre albedrío en tales situaciones, los músculos encargados de la respiración funcionan por su cuenta: se detienen, y nosotros contenemos el aliento. Y, ciertamente, las detonaciones de las bombas que caían del cielo generaban un zum, zum, zum que hacía todavía más irritante el zumbido de la imprenta en marcha. La sacudida de cada bomba resonaba más cercana que la precedente. Por eso, Ullo cerraba los ojos con fuerza y puede que, a la vez, contase los segundos, como hacíamos de niños para sentirnos más seguros cuando había cortes de luz, con la inocencia propia de la edad. Entonces llegaba la siguiente sacudida, pero no sonaba más cerca que la anterior, sino una pizca más lejos, gracias a dios...

Bigotes rojos exclamó: «¡Ah, qué maldito...!», y Ullo abrió los ojos y se dio cuenta de que los contornos se habían tornado angulosos debido a las amarillentas y trémulas luces del «árbol de Navidad», que penetraban por un hueco que se había formado en las pantallas protectoras que cubrían las ventanas. No acertaba a entender por qué no lo había visto antes, pero ahora, de repente, sí que lo veía. Al final, el del bigote rojo farfulló (sí, farfulló, porque el alarido le salió ahogado): «No hay electricidad...».

No sé si intentaron salir al patio a comprobar si había quedado dañado algún cable del tendido eléctrico aéreo o subterráneo. Porque otra explicación posible era que hubiesen hecho blanco sobre la central eléctrica. Aparte, incluso si hubiesen encontrado explicación a la avería, eso no hubiese sido de ninguna ayuda para imprimir la declaración del Gobierno.

No sé si Ullo salió de allí con un ejemplar de la declaración debidamente

impreso. Si así fue, el hecho no contribuyó en absoluto a la resurrección de la República. Porque, en tal caso, este (verdaderamente, sería un único ejemplar) habría llegado muy rápidamente a manos de Susi o de Tief en la cafetería de la Torre Roja, quizá mientras aún duraban los propios bombardeos, o bien una hora después de que acabase la ofensiva. Y allí, en la cafetería, se quedaría dos días más tarde, la mañana en la que huyó el Gobierno. El cartel con la declaración, que estaba pensado para pegarse en las paredes y vallas de la ciudad, era demasiado grande como para caber, aun muy plegado, como cupo el ejemplar del Boletín Oficial del Estado, en el forro de la gorra del único fugitivo que logró llegar a la zona oeste, el canciller Maandi, y por lo tanto para alcanzar, como alcanzó aquel Boletín Oficial, ligeramente salpicado de espuma de mar, las amistosas costas suecas. Así es como Maandi, a tramos caminando a trompicones por las zonas más someras de las rías de la isla de Hiiumaa, a tramos remando y a tramos en una lancha motora, logró llegar a su destino.

No sé.

Lo que yo sé, o más bien creo saber, es lo que sigue.

Ullo llegó hacia las dos de la madrugada a casa, donde lo esperaba Maret. No había suministro eléctrico en la calle Erbe, por lo que Maret tuvo que encender velas. Mientras se miraban la luz de las velas, ella pensaba: «Si supiese que es mío de verdad, sería feliz incluso en medio de toda esta debacle». Y, liberándose del mudo abrazo de Ullo, susurró:

—Ven conmigo...

Ullo no reaccionó a la primera. Se quedó mirando fijamente a su mujer y se dijo: «Tiene un rostro realmente bonito. Enmarcado entre esos tirabuzones castaños tan suaves y con ese hoyuelo en la barbilla, me recuerda a... ¿qué? A un escudo largo y ovalado, que le hace a uno preguntarse: *Was führt sie im Schilde...?*⁵³ Una pregunta imperdonablemente idiota si alguien tiene unos ojos como los suyos, verdigrises... Ahora, a la luz de las velas, negros como la pez, pero en realidad verdigrises, o verde-grisáceos. Absolutamente singulares. Amorosos. De una pavorosa sinceridad. Y esa boca suya, angustiada... ¡Santo dios! Es una boca histórica, propia del momento en que vivimos. Si pensamos en la imagen que empleaba Under...».

Maret le susurró nuevamente:

—Ven...

Ella se puso en marcha y Ullo la siguió. Maret salió por la puerta trasera del patio de la casa y fue hasta la puerta del cobertizo, recorriendo el patio en penumbra. Cogió una llave que llevaba en el bolsillo del delantal, abrió el candado, entró en el cobertizo, cerró la puerta después de que entrase también Ullo y fue iluminando el camino con una linterna.

Junto a un montón de leña había dos bicicletas. Cada una tenía un bulto atado con correas a la cesta portaequipajes.

—¿Qué es esto? —preguntó Ullo.

—Una es la tuya y otra la de mi padre —respondió Maret.

—Ya lo veo —respondió Ullo—. Pero ¿para qué...?

—Creo... —dijo Maret— que van a hacernos falta...

Ullo dijo, al tiempo que se daba cuenta de que no se había planteado en absoluto qué hacer a continuación:

—¿Para qué? El Gobierno tiene tres camiones. Para los traslados hasta la costa.

—Pero tú no eres ministro, ¿no? ¿O sí, pero yo no me he enterado? En todo caso, hay el triple de personas queriendo huir de las que cabrían en tres coches. Así es que he metido unas cuantas cosas en los petates y he hinchado las ruedas...

—¿Y dónde vamos a conseguir un pasaje de barco? —preguntó Ullo.

—Eso depende de la suerte... —dijo Maret—. Pero, una cosa está clara: tú aquí no puedes quedarte.

Ullo cogió a Maret y la estrechó contra sí. Apretó la nariz contra el cabello de su mujer, que despedía un suave aroma a manzanilla, y aguzó el oído. Desde algún lugar, en dirección norte, acaso desde Paljassaare, llegaba ininterrumpidamente el sonido de los estallidos de bombas. Allí, en mitad de la noche, los alemanes estaban volando los edificios y las provisiones que dejaban abandonados. Ullo pensaba: «Si Maret así lo ha decidido, es muy probable que suceda... Pero, para que pueda suceder de verdad y para que podamos llegar al otro lado con vida...». En ese momento, estrechó a Maret con más fuerza todavía y le dijo, enronquecido y en voz más alta de lo que habría sido necesario:

—Quiero que sepas una cosa: tres días antes de que nos registrásemos como matrimonio, fui a pedir la mano de Lia a su casa, con un ramo de rosas. Y me dio calabazas.

Maret se quedó callada un instante. Ullo caviló: «Si en ese momento no hubiese relajado el abrazo, para tomar impulso y poder hacer mi confesión, habría sentido cómo se quedaba rígida. Pero no lo noté...».

Maret dijo, en un susurro:

—Hace muchísimo tiempo que Lia está en Alemania. ¿Para qué la sacas a relucir ahora?

—Para decírtelo y no ocultarte nada. Para hacer borrón y cuenta nueva. Para que podamos ser felices...

Cuando regresaron a la habitación, Ullo volvió a oír desde Paljassaare o desde la bahía de Sõjasadama las explosiones de las bombas, que competían con el fragor cada vez más apaciguado de su propia sangre, y de repente le

vino a la mente: «¡Cielo santo! ¡Si aún no le he confesado a Maret la historia de Nadja Fischer!». Y, ahora, después de lo que acababa de hacer, que él concebía como una disculpa simbólica ante Maret y, al mismo tiempo, como un exorcismo para el futuro, era absolutamente impensable ponerse a contarlo. Incluso sabiendo que, por su propia incapacidad de hacer borrón y cuenta nueva (la expresión que él mismo había empleado), su huida podría naufragar. Por ejemplo, podían llegar a la playa, la de Puise u otra, y encontrarse con que ya no había sitio en los barcos. O también podía pasar lo contrario, que dieran con dos sitios y que se hundiera la nave con ellos dentro.

A las seis de la mañana, Ullo rozó la frente de Maret con los labios e intentó salir sin despertarla. Pero su mujer le rodeó el cuello con los brazos y lo miró con sus ojos verdes.

Ullo dijo, con un ademán despreocupado:

—Creo que el Gobierno abandonará Tallin hoy. Si se toma esa decisión, me enteraré bien de todo lo que deciden hacer más tarde. Luego volveré a casa y los dos decidiremos qué hacer y cómo...

A las seis y media, Ullo estaba en el edificio del Banco Rural. Maandi lo acompañó y, entre un enjambre de personajes civiles y militares, se abrieron paso hasta el despacho del primer ministro, que se estaba afeitando. Tief exclamó, con una mejilla ya afeitada y la otra cubierta de espuma, y la maquinilla aún entre los dedos:

—¡Qué alegría que haya venido! Susi me aseguró que es usted un auténtico políglota. Los de nuestra edad, en general, sabemos ruso; los que son un poco mayores, alemán. Pero, inglés..., ni una palabra, de pena. Usted, en cambio, dicen que sabe inglés realmente bien. ¿Es eso cierto?

—Realmente bien, desde luego que no. Me defiendo... —dijo Ullo, encogiéndose de hombros—. Vamos, que fuera del colegio no lo he estudiado. Pero ¿de qué se trata?

Tief se había quitado ya la espuma de la otra mejilla. Escogió lo que, a juzgar por el frasco y el olor, debía de ser una loción de afeitado procedente del kit de un oficial de intendencia alemán, y se echó un poco de esa *Rasierwasser* en la palma de la mano antes de embadurnarse con ella el rostro. Ullo preguntó:

—¿Tiene el Gobierno una emisora de radio desde la que se pueda difundir...?

—Hay que hacer una prueba. Aquí está el texto —respondió el primer ministro.

Le puso delante el texto con brusquedad. Era el de Susi, el mismo que se había quedado a medio imprimir la noche en que se cortó el suministro eléctrico, con los bombardeos.

—Voy a intentarlo.

Me imagino, y hasta puedo visualizarlo, cómo Ullo tomaría la declaración que le tendía Tief desde el otro lado de la mesa, cómo echaría un vistazo para leerla por encima (tenía el texto más o menos ya en la cabeza, casi seguro) y pensaría: «¿Cómo narices voy a hacer yo esto, con el inglés que aprendí en Wikman, con el profesor Viruskundra, y luego en un par de cientos de libros encontrados al azar aquí y allá..., y además sin práctica alguna...?».

—¿Tenemos diccionarios?

El primer ministro le tiende el diccionario inglés-estonio de Silvet. Es la última edición, en un volumen, de 1940, y le dice:

—Solo este.

Ullo ya sabe, por otro lado, que si hay uno, no puede ser más que ese. Porque el diccionario que le habría hecho falta de verdad, el estonio-inglés, ni siquiera existe. Al menos no en un formato que exceda el de las versiones pensadas para el público escolar. Pero solo allí iba a poder encontrar, tal vez, las palabras que le faltaban.

—Siéntese aquí mismo y póngase a la tarea —dice el primer ministro. Y Ullo toma asiento allí mismo, en la mesita que hay al lado del sofá, a intentar despachar la faena. Porque ya ha dicho que lo va a intentar, de modo que...

Declaration of the Government of the Republic of Estonia

Today (pero aquí habría que añadir, claro está, la fecha de la declaración para los no iniciados... por lo tanto...) the 18th of September 1944, in a decisive moment for Estonia (ojalá ese decisive sea más exacto que, por ejemplo, conclusive o determinating o cualquier otro adjetivo...), es decir, in a decisive moment for Estonia...

Es en ese mismo instante, inesperadamente, cuando alguien abre de un empujón la puerta del despacho del primer ministro. Entra el jefe supremo de las Fuerzas Armadas y, el que, desde la reunión del Gobierno de la noche anterior, es el mariscal del Ejército Maide. Se enjuga la zona parietal del cráneo, erguido y ovalado como el huevo de un pájaro, con un pañuelo blanco de tela y exclama:

—¡Señor primer ministro! ¿Sabe usted dónde está Pitka? ¡Tenemos que ponernos en contacto con él!

—Dónde está, no sé decírselo con exactitud. En algún punto del sector sureste, intentando organizar el frente. Hoy a las tres tendría que haber llegado ya a la casa solariega de Kohila... —replica Tief.

El canciller Maandi le hizo una señal a Ullo y lo sacó del despacho del primer ministro para llevárselo a un despacho pequeño que había en una habitación trasera. Sería, seguramente, el del secretario del director del banco. Tendría una docena de metros cuadrados y estaba lleno de carpetas archivadoras. Aunque también podría haber sido un archivo... En todo caso, había una mesa y una máquina de escribir.

—Continúe aquí...

Ullo obedeció.

Se dispuso, sin más, a lanzar al mundo el grito de socorro de Estonia, con la única ayuda del inglés aprendido con la pelirroja Viruskundra, alias señorita Jakovleva. A propósito, aquella señorita Jakovleva, una solterona con impertinentes y un gesto agriado en la boca, que para más datos había estudiado en el prestigioso instituto Smolny de San Petersburgo, hablaba bastante estonio, pero lo hacía con un horroroso acento ruso. En realidad, no es que fuese abiertamente hostil a la causa estonia. Semejante postura habría sido sencillamente inconcebible en un colegio dirigido por Wikman. Aunque, eso sí, Viruskundra adoptaba una actitud altiva y silenciosamente irónica que dejaba pocas dudas sobre su opinión en todo lo referente a estos asuntos. El inglés que hablaba también llevaba adherido un leve acento ruso.

Conque... *Today, the 18th of September 1944, in a decisive moment for Estonia, the Government of the Estonian Republic* (no estoy seguro de si aquí habría de utilizarse una mayúscula o una minúscula... Pero, si el manifiesto se leía por la radio, eso no se iba a ver, a dios gracias...), *entered his...*, ¿o sería *its... functions... duties?* En el Gobierno están representados los cuatro partidos democráticos... Seguramente, no se puede decir *to the Government belong...* Es mejor *The Government includes representents of all four democratic Parties of the Country...* Y, ahora, viene lo que sería verdaderamente el núcleo de la declaración: *Estonia never voluntarily...*, ¡aquí es!..., *relinquished, yelded, surrendered, abandoned, assigned, gave up* y supuestamente siete sinónimos más... Pero ¿cuál es el correcto? (Yo tampoco lo sé. Ni sé cuál fue la palabra que acabó por elegir)... *Her*

independence, nor ever reckognized or reckognizes the occupation of her territory either by Germany or by the Soviet Union. In the actual war Estonia remains an absolutely neutral country. Estonia wishes to live in independence and in friendship with all her neighbours, without supporting nor the one, nor the other of the belligerent sides... Etcétera, etcétera... Iba avanzando con una seguridad casi sonámbula entre las decenas de alternativas que se le presentaban.

Al cabo de veinte minutos, tuvo el texto traducido y mecanografiado. Solo entonces dejó la puerta entornada y se asomó al despacho del primer ministro. Allí, de pie ante la mesa de Tief, había cinco o seis hombres, la mayor parte de uniforme. Uno de ellos estaba explicando que, la noche anterior, los rusos habían lanzado paracaidistas más allá del lago Ülemiste. Algunos habían sido capturados. ¿Qué se hacía con ellos?

Ullo no oyó con claridad la respuesta de Tief. Aunque lo que creyó oír fue: «Quitarles las armas». Entonces consiguió que Maandi se fijase en él y le hizo un gesto con la mano para que se acercase.

Hizo que el jefe de la Cancillería se aproximase más y lo llevó hasta su cubículo para preguntarle:

—¿No habría que leer durante la retransmisión una breve introducción a la declaración inglesa, para explicar un poco el texto? Pregúntele al respecto al primer ministro.

Maandi regresó casi de inmediato:

—Redacte ese texto y tradúzcalo. Pero que sea lo más breve posible.

En conclusión: «*Attention! Attention! Attention! You are listening the Broadcasting of the Government of the Republic of Estonia. We are reading you a Declaration of the Estonian Government*». A continuación, seguía la declaración.

El canciller envió a Ullo con su texto a la estancia con forma de media luna del Banco Rural. Bajo el gris cielo del otoño, con la ventana abierta sobre las ruinas carbonizadas del Teatro Estonia, encima de un escritorio cubierto con un viejo tapete verde, había abierto un maletón verde de camuflaje donde estaba guardada una emisora militar de radio a la que había conectado un micrófono. Maandi le mostró cuál era el botón que permitía abrirla y cerrarla.

Entre las siete y media y las diez de la mañana (es decir, durante dos horas y media), Ullo se mantuvo despierto y allí, sentado a la mesa, muy pegado a la rejilla negra que envolvía la pelotita del micro, fue desgranando el discurso:

«*Attention! Attention! Attention! Here is the Broadcasting of the Government of the Republic of Estonia calling...*». Diez. Veinte. Treinta. Treinta y nueve veces. Hizo la locución con la mayor claridad y corrección de la que fue capaz. El micro, singularmente mudo, parecía tragarse una parte de su voz, mientras que la otra rebotaba y llegaba en forma de cosquilleo hasta sus labios y la piel de su rostro. Al mismo tiempo que pronunciaba el mensaje como si careciese de significado, como si fuesen palabras destinadas a las desnudas y temblorosas ondas, le irisaban el pensamiento toda clase de ideas; unas completamente accesorias y otras, por el contrario, pasmosamente concretas y pertinentes dadas las circunstancias. Entre las completamente accesorias estaba su recuerdo (de cuando era un chiquillo de cinco años) del perro tan querido, esa criatura hecha para ser acariciada que acabó suicidándose de forma inverosímil: un perro-flecha, su cuerpo que resplandece como el oro, acariciado por el sol entre los barrotes del balcón de la torre, precipitándose en el vacío. Luego él mismo, Ullo, teniendo una iluminación repentina años después, como si se bebiese un sorbo de agua mineral helada y opalescente: ¡ah, si resulta que, todo este tiempo, podía uno bajarse del tren, apearse...! ¡Bastaba con tomar la decisión! Por un lado, mueve los labios y va leyendo: «*Hitler's troops are leaving Estonia, but the troops of the Soviet Union are invading it. The Government of the Republic manifests against the invasion his most resolute protest...*». Por otro lado, en alguna circunvolución cerebral, se plantea la pregunta de qué consecuencias traerá aquel aviso radiofónico. Probablemente, ninguna. Eso era obvio. Porque nadie lo iba a oír. Aunque también dependería de quién lo escuchase. Lo más seguro, porque estaban a menor distancia, es que fuese captado por las antenas de algún vehículo de comunicaciones alemán. Si es que a estas alturas quedaba alguno por Tallin. Entonces se presentaría allí una unidad, y los soldados, blandiendo sus pistolas, con cascos y hierro en los clavos de las botas (trac, trac, trac, trac) entrarían en manada por la puerta del banco y se dividirían una vez en la escalera del vestíbulo. La mitad bajaría al sótano, los demás subirían por la escalera hasta la torre... Pero ¿qué pasaría si, por ejemplo, oían el mensaje en algún punto del archipiélago, en Finlandia? ¿Qué harían, en tal caso, los de la emisora de radio? Dirían, soltando espumarajos de rabia: «¡¿Nosotros tenemos que ir a Laponia mañana mismo, a luchar contra los alemanes, mientras que los estonios se los quitan de encima sin despeinarse?! ¡¿Nos hemos desangrado durante años peleándonos con los

rusos y ellos pretenden que vayan a salvarlos, así sin más?! ¡*Perkele*, que se vayan al cuerno!». ¿Y si mis palabras llegasen, por una casualidad, a oídos de algún inglés, por ejemplo en la isla de Gotland? Porque allí hay ingleses, ¿no? Desde luego que los hay... ¿Y si me oye alguno? En ese caso, podría empezar a diseminarse la noticia... ¿No sería eso lo ideal? Por otro lado, ¿era plausible? Poco probable. Pero posible. Mi mensaje sería remitido a Londres. ¿Cuánto tiempo tardaría? En el mejor de los casos, pocos minutos. Vamos a ponernos en la situación ideal: que en media hora le llegara a Churchill. ¿Y por qué no? Nos estamos imaginando la mejor alternativa. Este encendería un puro y balbucearía: «*Ladies and gentlemen...*, miren, esto era lo que llevaba tiempo esperando...». Entonces, apretaría un botón y diría: «Pásenme a Mr. Cripps. ¡Sí, sí, nuestro embajador en Moscú!». (Nos estamos imaginando la situación ideal, ¿vale?) Un minuto más tarde, él diría (Churchill, quiero decir): «*Dear boy*, pásate por el Kremlin. No, no, no vayas a ver a Mólotov, sino a Stalin. Me ha prometido que les va a conceder la autodeterminación a los Bálticos, aunque no tuviese pensado hacerlo en un primer momento. Comunícale que en Estonia hay un Gobierno de la República en funciones. Y que nosotros nunca jamás hemos dudado de su legitimidad. A pesar de todo. Para que, así, Stalin pueda ordenar que el frente se detenga allá donde esté hoy a las diez. Quiero tener una conversación con él para analizar la situación entre los dos. Nada más. Adiós». Y, entonces, el Ejército Rojo se pararía en seco. ¿Por qué no? No avanzaría más y se quedaría, casi exactamente, en la misma raya donde se quedó en el otoño del 18. Al menos en la parte noreste del país...

Sin embargo, no sucedió nada de esto. A pesar de que Ullo, a partir de la trigésima locución aproximadamente, completó el texto como se le antojó... *The Government of the Estonian Republic with professor Jüri Uluots as Prime Minister...*, creyendo que, al incluir esta cuña con el nombre de Uluots, los radioyentes darían mayor crédito a la continuidad de la República de Estonia.

Sin embargo, no sucedió nada de nada. Acaso nadie escuchase la emisión. O bien la escucharon, pero no fue difundida. O, si la difundieron, no llegó adonde tendría que haber llegado. O, si llegó, en el fondo no se trataba del sitio adecuado. O bien sí lo era, y el mensaje fue efectivamente radiado de inmediato al lugar donde estaba quien podía intervenir, pero todo aquello no tuvo efecto alguno para nuestra causa y no tuvo, por así decirlo, ninguna

consecuencia (como, por otro lado, era de esperar).

A las diez acabó el programa de Ullo. No solo porque el mundo exterior, tras los auriculares que llevaba puestos, quedaba totalmente ensordecido por el ruido de fondo, sino porque Inglist o algún otro fue a buscarlo:

—Termine ya. Vaya a ver al primer ministro.

Un hombre vestido con el uniforme de capitán del Ejército estonio y unas polvorientas botas de caña larga entró en el despacho y empezó a caminar arriba y abajo. Era un tipo de baja estatura, bronceado, con unos ojos inquisitivos que parecían botones y un bigotillo grisáceo ocupándole el centro de un rostro surcado de arrugas prematuras. Tief lo presentó:

—Es el capitán Laaman, jefe de operaciones del almirante Pitka. Señor Paerand, váyase con el capitán Laaman. El almirante nos ha reclamado un oficial de enlace para mediar entre sus hombres y el Gobierno. Ni él ni yo tenemos oficiales para cumplir esa misión. Asímla usted. El capitán Laaman lo llevará hasta su destino y lo ayudará a formarse una visión de conjunto de la situación. Si es posible, charle un rato con el almirante. Y búsquese un vehículo para regresar por la noche e informarme.

No recuerdo que los alemanes tuviesen ningún vehículo estilo *jeep* o Willis, pero Ullo y Laaman acabaron haciendo esa ruta en un coche parecido, un BMW. ¿Qué carretera tomaron? Eso no lo sé. En todo caso, fueron juntos, y está claro que pusieron rumbo hacia el Este. Solo recuerdo un par de hechos o, mejor dicho, un par de escenas que Ullo volvió a sacar a colación más tarde, cuando ya en principio no se hablaba de estos temas, aunque es probable que en alguna ocasión se bebiera tres vasos de brandy en lugar de uno y medio y acabase contándomelo:

«Y mientras atravesábamos a toda prisa unos matorrales, me di cuenta de que el capitán estaba a mi lado. Había agarrado muy fuerte el volante y estaba encorvado sobre él, con un gesto terrible de concentración en la cara, y alzó mucho la voz para que oyese su explicación por encima del tamborileo y los chirridos del coche, que rebotaba por la carretera llena de baches:

»—Llevamos dos semanas de retraso. Bueno, por lo menos una semana. Por eso, no creo que lo consigamos... Pero, aun así, lo vamos a intentar».

Ullo iba pensando: «De manera que, ahora, resulta que este veterano de la Guerra de la Independencia, que el Gobierno de la República de Estonia tuvo en prisión durante cinco años y que salió huyendo con el contingente de baltoalemanes que consiguieron los papeles para ser evacuados..., ¿ahora

parece ser el más entusiasta de los entusiastas y va a intentarlo a toda costa?».

Luego, en alguna gran casa solariega cuyo nombre no recuerdo bien (pudo ser la casa solariega de Kabala, o la de Nabala, o la de Anija, o Hagudi), se aproximaron a la muralla trasera de un parque muy largo. Ullo había agarrado por la muñeca al capitán al advertir algún movimiento entre la muralla y el camino. Aparecieron de improviso unos hombres con el uniforme gris de los finlandeses y se plantaron delante de su coche. El capitán llevaba en el regazo una bandera azul, negra y blanca, que agarró e hizo ondear bajo las mismas narices de aquellos soldados, al tiempo que pisaba a fondo el freno para parar el coche con un chirrido, ante el portón trasero del parque:

—¡Den explicaciones de lo que está sucediendo aquí!

Un chico con uniforme de *Oberfähnrich* y mangas blasonadas con la bandera tricolor de Estonia salió de pronto de entre los matorrales y se plantó en la acera:

—Mi capitán, somos la compañía tercera de la unidad de combate Pitka, treinta y siete hombres, bajo el mando del alférez Treier. Vamos a proceder al asedio de esta mansión...

—¿Quién es el enemigo?

—Los alemanes que han regresado desde Porkuni...

—Asediarla..., ¿para qué?

—El objetivo es tomarla y hacerse con armas para aumentar nuestro arsenal, mi capitán.

—¿Cuántos hombres tienen ellos?

—Según los servicios de inteligencia, no más que nosotros.

—Ejem. Tengan en cuenta que ellos están muy protegidos dentro del edificio. Pero, bueno... Actúen. ¿A qué esperan?

—... Habría preferido advertirles... —dijo el alférez, vacilante.

—¿De qué? ¿Qué podrían hacer? —dijo con impaciencia el capitán.

—Deponer las armas y salir por piernas hacia Tallin.

—Pues inténtelo.

—No sé suficiente alemán para eso... —bisbiseó el alférez.

—Yo tampoco —repuso el capitán.

Aquí, Ullo pensó: «... Aunque, ante nuestra opinión pública Laaman se presentara como un baltoalemán de la cabeza a los pies para conseguir los papeles...».

Suavemente, en la misma tónica que en la última parte de su alocución, el

capitán dijo:

—¡Venga, actúen!

Patapúm, patapúm, brincaron los soldados de los flancos al otro lado del murete cuando el alférez les hizo una señal con la mano. Al mismo tiempo, los del centro acudieron al trote (pom, pom, pom) con mucho ímpetu desde la entrada trasera del parque, y fueron a cobijarse entre los arbustos y los setos. Ullo comentó: «Ah, y a propósito de por qué los oí con tanta claridad salir corriendo, patapúm-patapúm y pom-pom-pom... Fue porque tenía las orejas muy abiertas para escuchar si llegaba la trepidación de los tanques rusos desde el norte, desde la avenida de Narva...». Pero no llegaban. No se movía ni una hoja en todo el edificio, que tenía dos pisos, varias ventanas rotas y estaba enjalbegado. El capitán y Ullo entraron como un ciclón por la puerta del parque y se acuclillaron tras un matorral de acacias. Ullo llevaba una pistola que el capitán había cogido del suelo del *jeep* y le había obligado luego a agarrar. Las ventanas más cercanas del edificio les quedaban a unos quince pasos.

—Voy a intentar avisarles... —dijo Ullo, y se puso a vocear en dirección a la casa—: *Halloo! Kameraden! Hört zu!...*⁵⁴

Como le resultaba penoso soltar el discurso desde allí, en cuclillas tras el matorral, ya había empezado a erguirse cuando tuvo que volver a agacharse por precaución y buscar cobijo de nuevo en el matorral. Al mismo tiempo, siguió diciendo en dirección a la casa: «*Wir sind keine Bolschewisten! Keine Banditen! Wir sind...*»⁵⁵ y, con la mano izquierda, se sacó un pañuelo blanco del bolsillo a la vez que con la derecha alcanzaba la bandera tricolor que tenía asida el capitán Laaman, mientras se embutía en el bolsillo la pistola. «*Wir sind...*» Estiró los brazos en el aire, esgrimiendo ambos emblemas, antes de erguirse del todo. «*Wir sind die gesetzliche Armee der Regierung der neutralen Estnischen Republik. Wir fordern euch auf: legt eure Waffen im Hause nieder. Wer unbewaffnet durch die Hintertür auf den Hof kommt, kann ungehidert nach Reval weitergehen. Sonst müssen wir das Haus angreifen. Wir möchten ein Blutvergiessen gerne vermeiden. Es kommt auf euch an. Ich werde bis zehn zählen... Eins... zwei... drei... vier...*»⁵⁶

Habló lentamente y forzando mucho la voz para elevar el volumen. El edificio seguía en absoluto silencio y reposo. Cuando llegó al ocho («*acht!*»), alguno de los hombres que estaban tras el seto no pudo controlar los nervios. Una granada salió volando y se estrelló contra el cristal de una ventana. Se

oyó una detonación en el interior de la casa y el alférez Treier les hizo una señal a sus hombres para que iniciasen el ataque. Ullo salió como un rayo en dirección a los muros del edificio y lo rodeó hasta llegar a la puerta que había en la parte central de la pared trasera. Luego, penetró sin levantar más que un ligero rumor en la casa junto con una tropa de cinco o seis hombres. Se notaba que era una casa solariega reconvertida en escuela, algo desvencijada, bastante desnuda tras los saqueos, con los suelos enfangados de tanto pasar botas de soldados en los últimos tiempos, y a Ullo le dio por pensar: «Al final, heme aquí a mí también, metido en este asunto hasta las cejas...».

La casa estaba vacía. Los alemanes debían de haberse marchado pocos instantes antes de que ellos llegaran. Y no lo habían hecho tan inocentemente como podía parecer. Desde algún punto del pie de la escalera les llegó el eco de juramentos en un batiburrillo de estonio y finés. Alguien salió en tromba por la puerta de una pequeña alcoba, llegó hasta el zaguán y tiró algo a través de una ventana que tenía los cristales rotos. Enseguida, se oyó la explosión sorda de un detonador en el patio, aunque por fortuna nadie resultó herido. Más tarde supimos que los alemanes habían colocado debajo de la escalera de piedra que llevaba al piso superior ocho cajas de cartuchos y tres o cuatro cajas de minas de tanque. Les habría sido complicado arrastrar tras de sí toda aquella munición cuando se retiraron. Habían abandonado el edificio veinte minutos antes de que llegásemos. Apenas sabían nada acerca de nuestra existencia (de la existencia del Ejército de la República de Estonia). Si lo hubiesen sabido, no habrían dejado de buen grado sus provisiones para que nosotros las hallásemos. Lo que encontraron por puro azar los chavales finlandeses del JR 200 fue una batería, con su detonador y su mecanismo de relojería incorporados. De haber sucedido un minuto más tarde, al menos toda la parte central del edificio de la escuela, junto con el material explosivo que había guardado en él, habría saltado por los aires.

Y yo recuerdo que, hace veinte años, cuando Ullo me contó este episodio, tal vez después de haberse tomado el cuarto trago que rarísima vez se permitía, me dijo, estando allí, en vela, de pie en mi minúsculo balcón de ladrillo, contra la oscuridad del cielo:

—Aquel chaval finlandés de uniforme que se encontró por casualidad el detonador y que lo arrojó por la ventana... era Raimond Kaug-ver, el escritor... Sí, exactamente, el de *Cuarenta velas*, entre otras, que tenía entonces dieciocho años...

Prosiguieron el viaje juntos, Ullo y el capitán Laaman, y más o menos a la altura de Ambla, si no me falla la memoria, viraron hacia el sur. En esa zona se tropezaron con los restos de un regimiento de vigilancia de fronteras cuyos hombres avanzaban a ratos a pie, a ratos en unos camiones verdes. El capitán Laaman le transmitió al comandante que estaba al frente del regimiento la orden del almirante (en realidad, era menos una orden que un deseo) de que acudieran lo antes posible a Kohila y se concentrasen allí, donde había que constituir la parte central del nuevo frente. Creo recordar que a Ullo se le quedó grabada la imagen de aquel hombre cansado, colérico y con el rostro salpicado de barro, y que tuvo la sensación de que este (el comandante) se daba por enterado de aquel mensaje, o deseo, o a saber qué diablos era aquello (puede que, incluso, fuese una orden), aunque él pensó que no necesariamente iba a poner en práctica lo que se le pedía.

Atravesaron la aldea de Kose (las casas cerradas, las calles vacías, la iglesia sobresaltada, cerrada a cal y canto y muda) y siguieron su acelerada marcha con rumbo al este, dejando atrás vagos remedos de pueblos. El capitán le tendió a Ullo un mapa, que este desplegó (era un mapa de los que usaban los generales del Ejército en la época zarista, de los de siete centímetros) y se colocó los tres cuadrados que necesitaba sobre las rodillas. En su papel de guía de la expedición, no le quedó apenas tiempo para contemplar el paisaje. Pasaron por los campos grises de la comarca de Kesk-Harju, que en realidad estaban llenos de maleza y de setas tras la lluvia, pero que atravesaron a toda velocidad como si estuviesen completamente ralos. También vieron a algunos grupos dispersos de soldados que circulaban hacia el oeste. El capitán hizo ondear la bandera tricolor estonia que llevaba en el regazo para identificarse y frenó el vehículo. Le dio orden a Ullo de que agarrase con fuerza la pistola y estuviese preparado para disparar si era necesario, aunque eso no llegase a suceder en ningún momento. El capitán se presentaba allí donde veía un grupo de soldados, les preguntaba a qué unidad del Ejército pertenecían

(algunos eran alemanes, otros llevaban el uniforme de las milicias del Omakaitse) y les gritaba en tono imperativo:

—¡A Kohila! ¡Pónganse a las órdenes del almirante! ¡Marchen! Tomen posiciones en la margen occidental del río y en las instalaciones de la fábrica. El almirante está en el edificio de la escuela. Establezcan contacto con él. Veo que tienen ustedes varios lanzagranadas antitanque. Ténganlos a mano, porque les van a hacer falta. Esperemos que, cuando lleguen, ya hayan calentado los pucheros de la sopa en la escuela para que coman...

Cuando el capitán y Ullo llegaron, la sopa ya se había enfriado.

En el interior de la escuela, que ocupaba el edificio de una antigua mansión señorial, había varios cientos de hombres que habían ido a comer. Se reunían en las puertas de las aulas, llenaban los bancos y los pupitres, formaban corros en los descansillos mientras sujetaban cuencos de hojalata y medias hogazas de pan de molde... Algunos finlandeses, otros alemanes, algunos también con uniforme estonio, pero sobre todo iban de civil (a veces adornados con insignias del Ejército, un cinturón o una faltriquera portamapas). La mayor parte eran chavales de campo (se les notaba en la piel curtida), aunque otros, que no tendrían ni dieciséis años, aún tenían el cutis fresco y rosado.

El capitán le dijo a Ullo:

—Vengan para acá, que el almirante está en el despacho del director de la escuela.

Pero no lo encontraron allí. Los condujeron a las cocinas del edificio. Y allí sí que estaba, de pie entre dos pucheros de sopa. Estaba en medio de la estancia, con los brazos en jarras, explicándole algo a un sargento ataviado con pantalones de militar, botas de caña larga y un delantal de cocinero. El capitán exclamó:

—¡Mi almirante! El primer ministro le ha enviado a un oficial de enlace. Aquí se lo traigo.

A sus setenta y tres años, Pitka era un hombrecillo de físico insignificante que no causaba demasiada impresión. Además, los tres meses de desgaste que ya acumulaba en nombre de su legendaria empresa se reflejaban en su aspecto sorprendentemente desaliñado. Iba vestido de civil. Llevaba un sombrero gris con la cinta muy sudada y un traje de verano de color gris claro, con las rodillas desgastadas y la chaqueta estirajada, demasiado holgada. No se notaba mucho que iba sin afeitar porque llevaba su pequeña

barbita entrecana de capitán.

Alzó en el aire la mano izquierda con los dedos muy separados, como para contener el avance de Ullo y del capitán, y les dijo:

—Un instante...

Al mismo tiempo, volvió el rostro enrojecido de viejo marinero hacia el capitán y hacia Ullo, y se quedó un momento mirando a este último —más tarde, Ullo calificaría esa mirada de «irrechazable»— al tiempo que se dirigía al cocinero, que estaba a sus espaldas:

—¿Así que ese hombre ha robado? ¿Cuántos panes?

—Veinte hogazas enteras, mi almirante.

Ullo vio a continuación que el almirante señalaba algo con el pulgar. Siguiéndolo con la mirada, se dio cuenta de que junto a los calderos de sopa había un hombre con el blusón marrón del Omakaitse. No era ya ningún jovencito, sino más bien un cuarentón robusto que daba la clara impresión de querer encogerse. Era más que evidente que sentía un fuerte anhelo de ser mucho más pequeño, de hacerse minúsculo, de irse de allí para aparecer en cualquier otro sitio.

El almirante le preguntó al presunto ladrón:

—¿Y por qué robó usted? ¿Tantísima hambre tenía?

—Vivo a un kilómetro de aquí. Mis tierras y mi casa están llenas de refugiados de guerra. Piden comida... —contestó el hombre, en un volumen apenas audible.

El almirante alzó la mano para hacerlo callar y se dirigió al cocinero:

—¿Qué propones?

El cocinero, un mofletudo de pestañas rubias, echó hacia atrás la cabeza y repuso:

—En estas circunstancias, mi almirante... ¡Fusilarlo!

—¿Eso crees...? —preguntó el almirante, en un tono casi zalamero.

—Lo veo claro, mi almirante —dijo el cocinero, aún más firme.

—Hmmm... —musitó Pitka—. En la Guerra de la Independencia también se robaba. Al principio. Aunque, en aquellos tiempos, teníamos muy claro que fusilar era un lujo que no nos podíamos permitir. Capitán... —y, volviéndose hacia Laaman, dijo—: haga venir al jefe de la guardia.

El capitán salió y regresó un minuto más tarde acompañado por un teniente. El almirante, señalando con el dedo al ladrón, ordenó:

—A este hombre... ¡Hay que darle una paliza! Una buena somanta de palos

que lo deje baldado. Pero no tanto como para que no pueda volver a filas. ¡Marchen! —A continuación, se volvió hacia Ullo y el capitán—. Vengan por aquí...

Empezó a avanzar, tambaleándose un poco y dando zancadas insólitamente largas. Ullo pensó que quizá le doliesen los huesos de la cadera. Durante los veinte segundos siguientes, mientras caminaban juntos, intentó resumir lo que sabía sobre el almirante.

Era un chico nacido en el interior rural del país, en la región de Järvamaa, «la tierra de los lagos», que, sin embargo, había salido trotamundos. Había estudiado en la tercera escuela de la Marina y a los veintitrés años ya era capitán de embarcaciones en travesías de larga distancia. Estuvo veinte años en el mar antes de embarcarse en negocios navales en Inglaterra y en Estonia. En 1918, cuando de improviso empezaron los dolores del parto del Estado estonio, se convirtió en un resorte clave, pues se puso al frente de los jóvenes estudiantes voluntarios, de los paramilitares del *Kaitseliit*, de los trenes armados y de la flota militar. También ahí empezó de cero y se fue haciendo notar poco a poco, en operaciones que los más ecuánimes comentaristas de las enciclopedias califican de «insensatas». Y, por supuesto, protagonizó decenas de anécdotas. Por ejemplo, esta:

Está en el dragaminas *Lennuk*, en el puente de mando, y entabla un duelo con la artillería de la fortificación rusa Krasnaja Gorka (Colina Roja). El *Lennuk* tiene cañones de cuatro pulgadas y la Krasnaja Gorka de doce. Se ha ido acercando cada vez más a la fortaleza, en plan matón, pues de otro modo le va a ser imposible hacer blanco. Entonces, las columnas de agua que forman los proyectiles de doce pulgadas empiezan a aproximarse a la embarcación de manera sospechosa. Él vocifera: «¡Humo! ¡Humo!», y como el almirante Cowan, un inglés, está de pie a su lado para no perder ripio de la vertiginosa operación, vocifera de nuevo, por si acaso no lo hubiera entendido: «*Smoke! Smoke!*», a lo cual el inglés responde abriendo su pitillera de oro y ofreciéndole un Camel o un Lucky Strike. Eso le provoca una indignación horrorosa, porque el día anterior le ha contado al inglés que en su vida se ha llevado a la boca un solo cigarro. En sus cincuenta años de vida. ¡Y ahora a ese *sir*, a ese *sir* Walter, no se le ocurre otra cosa que pensar que él, el escritor que se esconde tras el seudónimo Johan Ansomardi, va a tirar por la borda sus principios, de la noche a la mañana! ¡¿O sería que a aquel Nelson pueblerino le daban tanto miedo los misiles rusos que

necesitaba los pitillos para calmarse?! En resumidas cuentas, habría tenido que emplear el término *smoke-screen* o *smoke-curtain* para que el inglés lo entendiera, aunque cualquier estonio habría entendido a la primera que, al gritar «humo», se refería a formar una cortina de humo... De una manera u otra, aquel hombre, que era contralmirante en su patria, pronto se convertiría en *sir John* en Inglaterra. *His Majesty the King of England... in full appreciation, Sir John, of your extraordinary merits...* O como fuese que lo formularan en los títulos nobiliarios que otorgaba el rey de Inglaterra. Por otro lado, aquí, en su tierra natal..., todo se destapó de repente y quedó claro lo que en realidad era: ¡un fanfarrón, un difamador, un antipatriota! ¿Por qué? Porque fundó su propia revista, a la que llamó *Guardián*, y se puso a publicar cosas (casi todo de su propio puño y letra) para destapar escándalos de corrupción. El resultado fue que, desencantado, abandonó su tierra natal y se marchó a Canadá, donde durante siete años estuvo al frente de un aserradero y de una granja cerca de Vancouver. Regresó en 1930, según dijo él mismo porque añoraba la patria, aunque también pudieron influir sus excompañeros de armas, que lo invitaban continuamente a volver. Fue elegido director del ETK, la Asociación de Consumidores de Estonia. Escribió sus memorias de guerra, trató de desarrollar el negocio de la construcción naval en Estonia, así como la pequeña industria. Financió a algún chiflado de Londres que le caía simpático para que elaborase el primer gran diccionario maorí-inglés. A saber cuál era el motivo de aquel chalado para llevar a cabo el proyecto... El caso es que Pitka se lo pagó porque esperaba obtener pruebas del parentesco lingüístico global entre el estonio y el maorí... Al principio, estuvo con los veteranos de la Guerra de la Independencia, pero se indispuso con ellos cuando sus antiguos camaradas, los llamados *vapsid* en Estonia, dieron un giro totalitario, y terminó plantándolos. Finalmente, una tarde, estaba en su casa de campo en Kilts (la misma tarde en la que se anunció la proclamación del Gobierno de Vares por la radio) y se puso el sombrero (puede que fuese el mismo sombrero que llevaba en ese instante, aunque entonces estuviese mucho más nuevo que el que veía Ullo allí, en el pasillo de la escuela de Kohila, destacando contra el fondo encalado de las paredes, mientras se dirigía hacia el despacho del director)... Como iba diciendo, se puso el sombrero... Pues mientras lo hacía, le dijo a su mujer al pasar: «Helen, me voy a pasear un ratito». Ni más, ni menos. Lo hizo para que su esposa les pudiera decir, con la conciencia bien tranquila, a quienes le preguntaran: «No

tengo ni la menor idea de dónde está...»; para que no pudiera revelar su paradero incluso aunque los alemanes o los rusos empezaran a chantajearla, porque en aquellos tiempos y en aquel contexto ya menudeaban las situaciones de este tipo. En realidad, su marido se había escondido en algún juncal de la playa y, a bordo de una lancha motora, había logrado llegar hasta Finlandia salvando el bloqueo marítimo de los rusos. Allí se quedó cuatro años, sin que nadie haya logrado saber hasta hoy cómo, ni a través de quién, logró instigar y dar impulso a la lucha nacional estonia en el extranjero. Así siguió hasta que, dos meses antes del momento en el que nos encontramos, regresara con una cuadrilla de «chicos finlandeses» del regimiento JR 200 que había peleado en Finlandia (la cuadrilla que les habían arrebatado los alemanes) para intentar hacer ahora (en la clandestinidad, etcétera) lo que los alemanes habían intentado evitar por todos los medios hasta ayer mismo: crear unas Fuerzas Armadas al servicio del Gobierno de Tíef y defender Tallin de la amenaza rusa durante un día o dos o tres, o una semana, o un mes..., hasta que dios lo quisiera y hasta que, quizá, el mundo acabara por darse cuenta de que ahí había una nación asfixiándose, tratando de dar señales de vida. En pocas palabras, el viejo Pitka estaba empeñado en algo que, con seguridad, Su Majestad el Rey de Inglaterra ya había frustrado de antemano, porque había decidido traicionar a su querido *sir* John, y a todos nosotros junto a él, vendiéndonos a su todavía más bienamado amigo Jossif Vissariónovich.

No sé, tampoco, de qué se habló allí, en la escuela de Kohila, a un kilómetro de la aldea de Kohila en dirección sur, en la estancia que le había servido de estudio al señor de aquella casa solariega de Tohisoo. Ni tampoco qué dijo el almirante. Ullo fue, en todo caso, un mero oyente más que otra cosa.

Podemos suponer que el almirante le resumiría a Ullo sus planes y los movimientos que se proponía hacer a continuación, para que él pudiese a su vez informar al Gobierno. Pero no haría ninguna propuesta personal. O, por lo menos, no sacaría a relucir propuestas de verdadero relieve, puesto que era sobradamente consciente de que el Gobierno carecía de medios para satisfacerlas.

De todos modos, Ullo le preguntó al almirante si sabía, o si el capitán Laaman le había hablado de la cuestión que había estado tratando el Gobierno (al tiempo que se decía a sí mismo que era, desde luego, una idiotez preguntar semejante cosa, porque el viejo ya se estaría imaginando que eso

era precisamente lo que había estado debatiéndose en los plenos), cuál sería la parte del territorio de Estonia que resultaría más fácil defender de los rusos y que por lo tanto podría resistir durante más tiempo. Tal vez el almirante pensase en la isla de Hiiumaa... Esto último lo agregó él mismo, de su propia cosecha. Se lo había anotado mientras estaba sentado, cavilando en el pasillo durante la reunión del Gobierno, aunque enseguida lo tachó. Porque aquello presupondría cosas que no eran en absoluto viables y medios de los que se carecía...

El almirante respondió:

—Por descontado. Aunque... ¿Hiiumaa? No. Porque no tenemos tonelaje para transportar hasta allí a dos mil hombres. Mejor dicho, ni siquiera para mil hombres y las provisiones necesarias para esos efectivos. Y, lo más importante: no tenemos tiempo.

En fin... No sé si el Gran Escenógrafo decidiría, en efecto, subrayar el dramatismo de aquel instante de manera tan facilona, pero ahora me asalta el recuerdo de que, según me comentó Ullo, sucedió justo así: en aquel instante sonó el teléfono, uno de esos cachivaches antiguos que se colgaban en la pared con un gancho. El almirante se levantó y cogió el auricular:

—Pitka. —Pausa—. Sí. Milagrosamente...

De manera que Ullo se quedó esperando oír el milagro. Pero, al final, resultó que no había ningún milagro. El milagro fue, sencillamente, que llegó una llamada desde Tallin. Pitka siguió a la escucha y continuó la conversación:

—Sí, le oigo. —Pausa—. Sí, lo entiendo. —Pausa. Y, con una voz desprovista de brillo—: Está claro.

Colgó el teléfono y se quedó un momento mirando fijamente a la escayola de la pared, dándoles la espalda a Laaman y a Ullo. Por fin, se volvió hacia los otros dos ocupantes de la habitación bruscamente, con una brusquedad insólita en un hombre de esa edad, en un hombre así de fatigado:

—Era el comandante en jefe... —Unas palabras que dejaron atónito a Ullo, según él mismo me confesaría cuarenta años más tarde, porque por un segundo pensó que se trataba de Laidoner—, el general Maide. Me ha anunciado que el Gobierno abandonará Tallin por la mañana y que se dirigirá a la playa de Puise para intentar pasar desde allí a Suecia.

—¿Y qué quiere decir eso...? —pregunté yo, no sé si a Laaman o a Ullo.

—Quiere decir que... El comandante en jefe ha dado esa orden. Que les

diga a los hombres de mi unidad que se dispersen. El Gobierno abandona la lucha y el país. ¡¿Es que no entiende usted eso?!

Puede que el almirante aún no se hubiese decidido a acatar la orden. Tal vez seguía aferrándose, con un fanatismo aún mayor, a su idea fija: que iba a conseguir (que íbamos a conseguirlo todos) cumplir con el plan trazado, como había sucedido en el año 18, y que ganaríamos una nueva Guerra de la Independencia. Más bien parecía (o yo me lo imagino) que estuviese sopesando si iba o no a acatar la orden de aquel comandante en jefe que, en fin, no es que se hubiera autoproclamado, porque había sido nombrado conforme a la ley, eso sin duda, pero el tipo estaba completamente verde... Puede que no hubiese tomado todavía una decisión. Pero sucede a menudo que los grandes escenógrafos son, cuanto más grandes, menos imaginativos e incapaces de modificar los planes trazados en un primer momento. No, no me refería, cuando nombraba al Gran Escenógrafo, a aquel anciano que estaba allí de pie, con el penacho de la barba muy estirado y un sombrero gris y fofo precipitándose sobre el profundo abismo de sus ojos... A propósito, cuando le pregunté a Ullo qué aspecto tenía Pitka en aquellos años, me contestó (me acuerdo bien): «Mira, yo soy todavía menos tartuense que tú, pero algunas de las caras de Tartu aún las recuerdo. ¿Conocías a aquel catedrático de Pediatría llamado Lüüsi, Ado Lüüsi, no?... ¿Aquel cuya fama se debía, sobre todo, a la preciosidad de hija que tenía, una tal señora Oras? Mira, si ahora comparo las imágenes que tengo grabadas de ambos, me resultan tan parecidas que no sabría decir quién es quién». Y, en lo que a mí mismo respecta, cuando mencioné antes al Gran Escenógrafo, no había pensado, de hecho, en el hermano gemelo de aquel catedrático de Pediatría, sino en la misma Historia; al menos, en la Historia tal y como se manifestó en aquel preciso instante y en aquel escenario. De modo que no exagero, o por lo menos no demasiado, si digo que fue justo en ese instante cuando alguien tocó a la puerta y un alférez de rostro pálido dijo, alzando mucho la voz:

—Nueve tanques rusos están entrando ahora mismo en el pueblo, por la calle Angerjas.

El almirante se quedó un instante parado en medio de la estancia. De no haber llevado barba, seguramente habríamos visto cómo apretaba mucho los dientes y se le quedaba encajada la mandíbula. Sus ojos azul claro, unos ojos esmaltados, de niño (o los ojos del catedrático de Pediatría), se empequeñecieron mucho de repente y parecieron volverse plateados, y solo

dios sabe si no se humedecieron, porque eso habría sido lo normal en un anciano como él, ¿no?... En cualquier caso, avanzó con paso casi agresivo hacia Laaman y Ullo y gritó:

—¡Vengan aquí!

Atravesaron el pequeño vestíbulo, pues aquella habitación ni siquiera podía llamarse sala, mientras oían al fondo un murmullo y gritos exaltados de descontento. Alguien exclamó:

—¡Mi almirante! ¡Los tanques rusos ya están dentro del pueblo! ¡Échenos a las calles! Tenemos lanzagranadas antitanques...

—¡Ya lo sé...! Un lanzagranadas para nueve tanques... —bramó Pitka.

Se apostaron delante de la escuela, junto a la puerta. Se acallaron los murmullos y los gritos. En ese momento de silencio, el fragor de los tanques se hizo claramente audible, aunque aún estaban a un kilómetro de distancia de la escuela. Pitka dijo:

—Soldados. Me acaban de llegar instrucciones del comandante en jefe del Ejército, desde Tallin. Si me atengo a ellas, he de darles esta orden: que, como unidad de combate «almirante Pitka», cesen de inmediato todas sus actividades militares. ¡Dispérsense! ¡Échense al monte! ¡Desaparezcan, quítense de la circulación! ¡Hasta que los astros se alineen a nuestro favor, si es que eso sucede alguna vez! ¡Marchen!

Algunos de los chavales salieron corriendo a buscar sus armas, sus petates y sus cacharros de hojalata. Algunos gritaron: «¡Nuestro almirante! ¡No estamos de acuerdo! ¡Vamos a seguir en la lucha! ¡Que jodan a esos hijos de puta!». Se oyó un gimoteo, casi un sollozo: «Pero, mi almirante, ¡eso es traición! Es traición...».

Nadie sabe si Pitka llegó a oírlo. Les hizo un gesto con la mano a Laaman y a Ullo para que se encaminasen con él, atravesando el patio, chas-chas-chas, hasta el coche de Laaman. Un alférez muy alto fue corriendo tras ellos:

—Mi almirante, ¿es que queda anulada la orden de la paliza?

—¿Qué paliza...?

—Mi almirante..., el ladrón de pan...

Pitka se paró en seco y dijo:

—¡No! ¡La orden sigue vigente! ¡Denle una buena tunda, que se quede baldado!

—Pero, mi almirante... ¡De todas maneras, el pan es ahora de los rusos...!
—replicó el alférez, con un gañido de protesta.

—¡Un estonio no debe robarle el pan ni a su propio verdugo! —graznó Pitka, antes de dirigirse de nuevo a Laaman y a Ullo, y decirles, impaciente —: ¡Vengan!

Así que, en aquel mismo BMW sin capota en el que habían llegado, Laaman y Ullo emprendieron camino. Estaban atravesando la pista rural que discurría entre las poblaciones de Hageri y Haiba cuando, en algún punto de aquel barrizal, les salió al paso un chico en moto, con el uniforme del Omakaitse. Pitka lo detuvo. ¿Quién era y adónde se dirigía? Venía del cuartel del Omakaitse del municipio. Iba a Vasalemma. Para informar de que los *komis* habían lanzado paracaidistas por la mañana sobre el bosque de Lümandu.

—Pues, en lugar de hacer eso, vas a llevar a este hombre hasta Tallin —dijo Pitka, y señaló con el pulgar a Ullo.

—¿Y por qué tengo yo que obedecer sus órdenes...? —preguntó el chico.

—Porque soy el almirante Pitka.

El chico dio un respingo, se puso muy tieso y respondió:

—Ah, en ese caso, queda claro.

Ullo salió del automóvil y, cuando pisó el fango del sendero, Pitka dijo: «Un segundo», y se le acercó. Le hizo una seña para que lo siguiera y se fue alejando del coche por el borde una zanja. Ullo lo siguió. Cuando estuvieron a treinta pasos del motorista, se quedó inmóvil y se volvió hacia Ullo para decirle, bajando la voz:

—Vaya y comuníqueme a Tief que hasta aquí he llegado. Como se me ordenó. Otra razón por la que he de poner punto final es que, si el Gobierno abandona el país, no puedo asumir la responsabilidad de los hombres que mueran a partir de este momento. Y comuníqueme que no se entretengan esperándome en la playa. No voy a acudir. ¿Entendido?

—Entendido... —dijo Ullo, y me imagino que lo haría con la voz particularmente ensombrecida. El anciano le apretó entonces la mano, un gesto muy impropio de un militar.

Cuando Ullo se subió a la moto, todavía no era consciente de que, entre los que recuperaban en ese momento su vida normal, él era de los últimos —no el último, eso claro que no— que verían vivo (o muerto) al anciano. Tampoco era consciente de cómo estaba resultando de molesto para los cuerpos de seguridad de la Unión Soviética que aquel viejo desapareciese sin dejar rastro (eso era, precisamente, lo que Pitka les había recomendado a sus hombres que hiciesen, en presencia del propio Ullo). Para entonces, ya se había

empezado a formular a todos los detenidos una pregunta que se mantendría durante mucho tiempo, al principio en un tono colérico, que hacia el final de la contienda se convertiría en rutinario: «*A gde vash Pitka?*». ⁵⁷ Yo acabé siendo interrogado quince meses más tarde, y aunque no había tenido ni el más mínimo contacto con el almirante, me hicieron la misma pregunta.

Total, que el miliciano del Omakaitse de Haiba llevó a Ullo hasta Tallin. Lo que Ullo hiciera aquel día (el 21 de septiembre por la tarde, antes de las ocho) es algo que se me escapa, porque carezco de recuerdos y de apuntes al respecto. Ni siquiera puedo aventurar hipótesis sobre ello. Aunque, eso sí, a las siete y media ya se había puesto en camino de nuevo. Pero ya no con el BMW, ni en compañía del almirante y del cabecilla de su tropa, sino con Maret, en sendas Husqvarnas, una antiquísima y la otra algo más nueva, con los cestos portaequipajes atiborrados de bultos atados con correas.

La tarde prometía pocas horas más de luz. El cielo estaba gris oscuro, soplaba el viento y chispeaba intermitentemente. Cuando pasaron por el viejo puente de piedra de Pääsküla, Ullo pensó: «Verdaderamente, este habría que hacerlo saltar por los aires. Para que los rusos, si vienen mañana a tomar Tallin, no puedan mandar sus tanques por la vía más directa hacia el suroeste... O, por lo menos, para impedirles que lo hagan en la medida de lo posible, porque, en ese caso, tendrían que avanzar entre las ruinas del puente y vadear el mísero caudal del río».

Ullo y Maret, por su parte, habían decidido en aquella tarde de otoño que intentarían cruzar por el puente y luego por la carretera de Pärnu, en dirección suroeste. A lo largo de la noche, todavía tendrían que discernir entre los dos adónde iban a dirigirse en concreto. Puisse habría sido el destino más lógico. Era también el único lugar cuyo nombre había escuchado Ullo cuando se habló de puertos donde refugiarse en las diferentes reuniones de los órganos de planificación de la operación a las que había asistido en Tallin. Sin embargo, puede que precisamente por ese motivo, le resultase menos atractivo ir allí. Aunque, por otro lado..., seguramente, aún les sería posible encontrar al Gobierno en ese lugar al día siguiente, a la hora del almuerzo. En cuyo caso, Ullo y Maret, en vez de tener que engrosar una turba de miles de desesperados con las ropas mojadas, la tez grisácea y muertos de frío, podrían haber sido reconocidos por Tief o por Klesment o por Maandi mientras hacían cola y buscaban nerviosos una lancha en la que meterse. Alguno de ellos podría entonces llamarles aparte y decirles, muy contento de tropezarse

con ellos: «Magnífico, magnífico, magnífico que os hayamos visto. La lancha motora del Gobierno está entre aquellos juncos. Y, por supuesto, hay espacio también para vosotros...». Algo de este estilo era muy poco probable, y tomar ese camino y experimentar algo muy diferente habría sido una tremenda contrariedad para ellos. Por eso, todavía tenían toda la noche para ponerse de acuerdo sobre a qué lugar de la playa les resultaría más conveniente dirigirse. Porque, teniendo en cuenta lo oscuro que estaba, se iban a ver obligados a pernoctar en algún sitio de todas maneras...

Estaba anocheciendo y, pese a que no había excesivo movimiento por la avenida de Pärnu, sorprendía ver bastantes coches (con una luz tenue en los faros velados, o con estos apagados del todo) y algunos peatones aislados. Los pocos coches que todavía quedaban para el uso civil se debían de haber retirado a toda velocidad. Tampoco se veían apenas coches tirados por caballos, solo unos pocos aquí y allá, abarrotados de trastos viejos. Sin embargo, sí que se veían cada cien metros aproximadamente carretillas cargadas de maletas y bultos, rodeadas de cuatro o cinco acompañantes que tiraban o empujaban por turnos. A estos se sumaban los prófugos que llevaban su mochila a la espalda o la maleta en la mano. A saber por qué habría tan pocos ciclistas por la avenida. En principio, Ullo y Maret consiguieron abrirse paso entre el ralo enjambre de fugitivos con bastante facilidad. Aquí cabrían dos observaciones, una que no es de extrañar y la segunda realmente prodigiosa. No es de extrañar que el movimiento tuviese lugar, con raras excepciones, desde el centro de la ciudad hacia el extrarradio, alejándose hacia el suroeste. Lo prodigioso es que el movimiento no fuese apenas acompañado de sonido alguno. Avanzaron decenas y decenas de metros sin escuchar ni una mosca. Todos los fugitivos iban callados, tanto los que vieron rodeando carros o carromatos como los que caminaban en grupos con el equipaje a la espalda. No consiguieron cazar ni una frase al vuelo, ni Ullo ni Maret. Ni siquiera un chillido, un grito, un sonido... Es como si todo se estuviese desarrollando dentro de un sueño de huida.

En algún lugar, puede que fuese en Rahula o en algún otro pueblo, Ullo acercó su bici a la de Maret y le dijo:

—Ya está tan oscuro que hay que empezar a pensar en dónde vamos a pasar la noche. Sería sospechoso que lo hiciésemos en alguna de las casas que hay junto a la carretera principal. No sabemos cuándo van a alcanzarnos los tanques. Así que quizá sea mejor que giremos a la izquierda cuando veamos

el próximo desvío a algún pueblo...

Y eso mismo es lo que hicieron. Giraron a la izquierda y cubrieron un kilómetro o un kilómetro y medio más en medio de una oscuridad casi absoluta, a través de campos de cultivo y finalmente maleza y matorral, hasta que se pararon en el patio de una casa de labranza. Apoyaron las bicicletas en el muro, al lado de la puerta, antes de tocar y entrar en la casa.

La sala de estar estaba iluminada por un quinqué de petróleo. Esa vacilante luz les permitió ver que la estancia, grande y con el techo bajo, no estaba atestada de gente, pero sí que se habían refugiado allí tres o cuatro corrillos de fugitivos. Cuatro o cinco personas y un par de chiquillos, probablemente una familia, se habían acomodado con sus bultos detrás del hueco de la chimenea. Otro grupo parecido se había arracimado en torno a un sillón de madera de la fábrica de contrachapado Luther, de los que solían encontrarse por entonces en todas las estaciones de ferrocarril y en muchas casas de labradores. Aquí y allá, pegados a los muros, en la penumbra, se veían más caras extrañas, por parejas o solas. Ullo los saludó y les preguntó:

—¿A quién se le puede pedir permiso para refugiarse en esta casa?

Alguien le señaló con la barbilla la puerta de una habitación adyacente:

—La dueña está ahí... —para añadir luego, cuando Ullo hizo ademán de encaminarse hacia allá—, aunque saldrá, claro... Es que tienen a alguien enfermo ahí dentro...

De manera que se quedaron esperando en medio de la habitación, y Ullo le susurró a Maret:

—Aquí ya están desbordados de gente. Vamos a preguntarles si tienen un montón de heno o de paja en algún sitio...

La dueña regresó al cabo de un rato. Era una mujer de unos sesenta años, afable y rolliza, con aspecto de buena persona, pero que no parecía demasiado contenta de recibir a más refugiados. Por eso, Ullo resolvió salirle al paso:

—Estimada señora, veo que aquí ya están desbordados de gente. Por lo tanto, le rogaríamos..., si es que tienen algún montoncito de paja o de heno en el granero o en el establo...

—Eso sí que queda, todavía... —dijo la señora—. Vengan, se lo enseñaré...

Se dirigieron a la puerta, atravesando el porche y luego el patio. Maret iba pisándole los talones a la dueña de la casa y disculpándose por las molestias que le estaban ocasionando:

—Son estos tiempos desquiciados...

La dueña dijo, mascando las palabras y por encima del hombro:

—¡Qué le vamos a hacer...! Unos se van, otros se quedan, un tercero viene de camino.

Maret, que no entendió el enigmático comentario de la mujer, dijo:

—Nos han dicho que tienen ustedes a un enfermo en la casa...

—Hasta el momento, algo así no se había considerado una enfermedad — dijo la mujer—, aunque puede que a partir de ahora tengamos que empezar a hacerlo...

—¿Y de qué se trata...? —preguntó Maret.

—Pues de que Tiina va a traer un niño al mundo a lo largo del día..., o de la noche...

Con ayuda de la linterna que llevaba el ama, encontraron la escalera que permitía subir desde el césped del patio hasta el altillo del establo.

—Pero no vayan a dejar sus bicicletas aquí, al lado de la puerta. Normalmente, no pasaría nada, pero con tantos refugiados, dios sabe... — advirtió la mujer.

Llevaron las bicicletas hasta el interior del establo y se encaramaron sobre los altos montones de paja. La oscuridad convocó el cansancio que el ajeteo de los días anteriores había acumulado en sus cuerpos, y este acabó por barrer de su consciencia todas las vicisitudes tanto de la propia huida como de la fuga apocalíptica de otros muchos miles de personas.

Cuando Ullo se despertó en mitad de la oscuridad absoluta, le pareció, por un instante, haber oído un ruido que procedía de la carretera y que podía ser el chirriar de las cadenas de los tanques. Aguzó el oído y se dio cuenta de que, con el golpeteo de la lluvia sobre las tejas, no era posible distinguir ningún otro sonido con claridad. Así que rápidamente encendió la linterna, consiguió dar con la escalera y se echó al patio. Se separó tanto del establo como fue necesario para dejar de oír el golpeteo de la lluvia contra el tejado. Sin embargo, el tamborileo de la lluvia contra el césped y los matorrales, que más bien era una crepitación que un tamborileo, impedía que se oyese ningún sonido procedente de la carretera. Al alejarse del establo, se había acercado al edificio principal de la casa. Entonces, oyó a alguien moverse sigilosamente en lo alto de la escalera y a Maret, que preguntaba intentando no alzar demasiado la voz:

—Ullo, ¿estás ahí abajo?

—No. Pero te oigo...

Entonces, ambos sintieron algo:

—¿Qué es eso? —preguntó Maret.

Escucharon por si les llegaba algo desde la ventana oscurecida de la habitación del fondo.

—Es el que acaba de venir al mundo, gimiendo —contestó Ullo.

Descabezaron otro sueñecito de un par de horas y se pusieron de nuevo en camino con las bicis, en dirección suroeste. Para entonces, ya estaba lloviendo otra vez. Bajo el cielo encapotado, gris oscuro, se dirigieron al oeste-suroeste atravesando pueblos cenicientos y desolados que aparecían intermitentemente como charcos a su paso, tomando como referencia la iglesia de la Cruz,⁵⁸ con el objetivo de llegar para la hora del almuerzo a algún punto del fragmento más septentrional de la costa oeste. Todavía les quedaban cerca de cien kilómetros por recorrer.

En algún punto cercano a Nahkjala empezaron a vislumbrar la carretera, alargada como un túnel abierto entre temblorosas y húmedas ramas de aliso que iba adquiriendo contornos más nítidos bajo la luz vacilante del amanecer. De pronto, Ullo colocó su bicicleta junto a la de Maret y frenó. Maret también se detuvo. Se quedaron en pie uno junto al otro, con los zapatos hundidos en el barro del camino, y se miraron a los ojos. Ullo dijo:

—Escucha... No sé si...

Maret susurró:

—Yo tampoco sé...

—¿El qué? —preguntó Ullo.

—Eso, si hacemos bien huyendo...

—¿Te refieres a que... miles escaparán seguro, pero un millón se tendrá que quedar...?

—Y todos los que nazcan aquí van a tener que quedarse... —dijo Maret, en un susurro.

Ullo tomó con fuerza la mano de Maret y le dijo —me imagino que no habría dicho nada más trascendental en toda su vida—:

—¡Quedémonos también!

—¿Pero tú saldrás adelante...?

—Con un poquito de suerte... —dijo Ullo, con la cara radiante a pesar del intenso frío y de la humedad, a la vez que hacía girar ambas bicicletas para emprender el regreso a Tallin.

No los vi, ni a Ullo ni a Maret, durante diez años.

Unas semanas después de la nueva ocupación, que oficialmente se denominó liberación y que se celebró con júbilo (es decir, en octubre de 1944), fui a Tartu y me quedé allí quince meses.

Estoy convencido de que todos los que en su momento estuvieron involucrados en las actividades de la Tercera Vía de una u otra manera evitaron durante esos meses recuperar el contacto con sus antiguos compañeros de lucha. Y no solo por el peligro que suponía, por mucho que ese peligro (es decir, el hecho de que las fuerzas de la ocupación soviética estuviesen intentando erradicar sin miramientos a todos los elementos de la sociedad que tuviesen relación con la Vía) se hiciera evidente en el transcurso de pocas semanas para todo aquel que estuviese mínimamente informado. Porque progresivamente fueron arrestados, a lo largo del final del año, los miembros del Gobierno. Ellos fueron los primeros en caer, uno detrás de otro, pero no los únicos. Los métodos que se empleaban con los capturados, dignos de Iván IV el Terrible, quedaron bien patentes, por ejemplo, cuando Oskar Gustavson, auditor general del Estado, se suicidó saltando por la ventana del cuarto piso del cuartel general del Comité de Seguridad y encontraron su cadáver sobre el adoquinado de la calle Pikk. Antes de que alguien saliese del edificio a socorrerlo, un coche que pasaba por allí lo recogió y lo llevó al hospital, donde moriría pocas horas más tarde.

El peligro que entrañaba el asunto era en sí, claro está, un factor determinante. Y otro, todavía más importante, que acabaron admitiendo hasta los más contumaces defensores de la Resistencia, era que nuestra Vía se había transformado en inviable. Esta evidencia supuso para nosotros un jarro de agua fría. El mundo occidental había renunciado ya a la idea de apoyar la causa de los estados bálticos independientes. Cuando llegó el verano de 1945, Occidente ya nos había vendido tres veces a Stalin: en 1943 en Teherán, en 1945 en Yalta y una tercera vez ese mismo año en Potsdam. En 1946 nos

vendió en París una cuarta vez, y esta fue definitiva. Si no lo habíamos entendido ya antes, en el transcurso de aquella transacción cobramos plena consciencia de que nos habían vendido (como ya he dicho, la impresión fue un jarro de agua fría). Lógicamente, también nos dimos cuenta de lo insensata que había sido nuestra solicitud de que se actuara con nosotros de manera diferente.

En los años 1944 y 1945, todavía éramos demasiado jóvenes (Ullo y yo y los de nuestra quinta) para reunirnos a discutir sobre unos acontecimientos que acababan de acaecer unos cuantos años o unos cuantos meses antes. Teníamos aquellos hechos demasiado frescos en la memoria. Si nos hubiésemos reunido, habríamos debatido una vez más la continuidad de la situación, a pesar de que a esta cuestión ya se le había dado una respuesta en la política internacional. Habían calificado nuestra causa de insensatez histórica, puesto que todos los que habrían podido salir en nuestra defensa (los que nosotros pensábamos que deberían haberlo hecho) se habían desentendido.

Desconocíamos los detalles del asunto, o bien solo nos llegaban unas migajas si se les escapaba fortuitamente alguna información a los censores. Porque en el mundo no había nadie que asumiese la labor de informarnos de las decisiones que nos atañían. Ni tampoco había nadie que se considerase obligado a servir de intermediario para hacernos llegar esa información. Mientras tanto, y con Occidente como testigo mudo, el Gobierno estaba a la espera del desenlace del juicio en la cárcel de Moscú (a propósito, se trataba del tristemente famoso proceso de Moscú, del año 1937, orquestado por el general Ulrich), un juicio amañado que acabó, como todo el mundo sabe, con la condena de todos los ministros a trabajos forzados y el fusilamiento del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas.

Mientras se realizaban las negociaciones en el mundo occidental, solo nos llegaron rumores sueltos de lo que allí sucedía. Por ejemplo, con respecto a Yalta se rumoreó lo siguiente:

En cierta ocasión, probablemente en la segunda semana de febrero de 1945, mientras circulaban por el parque que había entre el palacio donde se estaban celebrando las negociaciones y el edificio principal o una de las alas del edificio donde residía Roosevelt, Stalin se colocó al lado de la silla de ruedas de Roosevelt y le preguntó, por supuesto a través de un intérprete, que seguía en todo momento a la silla de ruedas y a Stalin:

—Señor presidente, cuando usted pasaba a mi lado ha comentado que para resolver el asunto del futuro de los países bálticos tendrían que convocarse elecciones libres en esos países. Muy bien. Yo asumo la responsabilidad de que estas se convoquen. Solo que... ¿cree usted que tendrían que convocarse con la participación de observadores internacionales? ¿O bien no sería necesario? Porque, mire usted, dadas las dificultades de tránsito que están teniendo lugar últimamente, etcétera, hacer llegar a la zona observadores podría resultar complicado. Podría tener que aplazarse el momento de las elecciones y eso nos perjudicaría a todos...

Roosevelt se había tomado cuatro pastillas contra el dolor de cabeza antes de salir con la silla de ruedas. Justo cuando iba a coger el avión de Crimea, empezó a padecer unas cefaleas agudas muy desagradables, que llegaban a nublarle la visión y que se habían ido retirando poco a poco. Todavía no habían reaparecido. Todavía no, aún flotaba entre el miedo y la esperanza, el miedo a haberse tomado las pastillas demasiado tarde y la esperanza de que el cáliz de dolor volviese a pasar de largo esta vez. Escuchó (al fondo se oía el ronroneo de la silla de ruedas sobre el asfalto) las frases inofensivamente jocosas y musicales de Stalin, que hablaba con una entonación tan georgiana, tan poco rusa, que incluso el oído monolingüe y esclerotizado de Roosevelt la podía percibir. Luego escuchó su traducción al inglés y cayó en la cuenta del significado de esas palabras. Pensó:

«Un problema de importancia secundaria. Pero ¿por qué teme este hombre a los observadores internacionales? En realidad, yo debería sentarme a horcajadas (con estas piernas desdichadas mías, que llevan un cuarto de siglo sin obedecerme cuando les hablo)... Debería, digo, ponerme a horcajadas (es cierto que eso no sería en modo alguno significativo, después de todas las modificaciones a las que llevamos plegándonos en los asuntos de Europa Oriental desde Teherán) y alzarme, arrancarme de este asiento en el que estoy hundido y apoltronado, erguirme bien y decirle: “Querido amigo” (En realidad..., ¿por qué querido amigo... si albergamos un recelo tan profundo con respecto a él?... Pero, al mismo tiempo, ¿por qué no querido amigo, si Winston me reconoció anteayer, cuando charlamos en privado (en fin, todo lo privadamente que se puede aquí) que, por algún motivo (que no me explicó) quería *caerle bien* a este hombre, o sea, a Stalin... En sí, una confesión completamente ridícula, un chisme de comadres)... Total, que podría decirle: “Querido amigo: el control por parte de personal internacional es imperativo.

También por el bien de ustedes. ¡Aunque solo sea por esa mitad del mundo que simpatiza con el fascismo (usted aprovecha para subrayar a cada paso que existe y que no nos percatamos de lo poderoso que es), para que esa mitad del mundo no pueda luego poner en entredicho esas elecciones!”. Sí, sí, ya sé que debería exigirles la presencia observadores internacionales. Es lo mínimo... Por otro lado, también reconozco que... ¡si ahora sacase pecho y me armase de valor para enfrentarme a él, la cefalea me arrollaría de nuevo y no tendría escapatoria! Y el doctor Donovan se daría cuenta inmediatamente. No me pierde de vista ni un segundo. Ahí está, caminando entre los guardaespaldas. Supongo que les ordenaría a los guardaespaldas que levantarán en vilo mi silla de ruedas y que me llevarán a cuestas, corriendo hasta la residencia, y eso haría cundir el pánico... Y yo, bamboleándome entre las cabecitas de los guardaespaldas, supongo que perdería el conocimiento... Como, por otro lado, ya ha sucedido, aunque por fortuna solo en presencia de americanos y por pocos instantes... Pues bien, yo le respondería a Stalin (por prescripción facultativa, en voz más alta y más atropelladamente de lo que en principio había planeado). Y, al responderle, notaría cómo, junto a las palabras, iba abandonando mi cuerpo la tensión del miedo, dejándome a la vez desmadejado y aliviado:

“*Dear Mr. Stalin*: evidentemente, no voy a exigirle que las elecciones se celebren en presencia de observadores internacionales. ¡No!”. Por si esto no fuese suficientemente humillante, para quitarme de encima el terror a las cefaleas, añadiría (con un apasionamiento en el que se mezclarían las tendencias autodestructivas y de autodefensa), mintiendo como un bellaco: “¡Porque nos fiamos de ustedes!”.

“¡Señor presidente, les agradezco la confianza que depositan en nosotros!”, contestaría Stalin, casi en susurros, con la suave melodía que lo caracterizaba. Mientras, los secretarios deslizarían sus lápices sobre los blocs de notas a la velocidad del rayo, para dejar constancia del intercambio de pareceres entre los jefes de Estado. Stalin se quedaría allí plantado y vería la nuca pálida como una sábana del presidente alejándose junto a su séquito, antes de encaminarse a la residencia de la delegación soviética canturreando el “Suliko”». ⁵⁹

Más o menos esto es lo que nos llegó a través de rumores. Solo dios sabe de qué fuentes procederían los datos. De conversaciones análogas entre el tío Joe y Churchill no se llegó filtrar tanto, aunque la historia acabaría

demostrando que estas también tuvieron lugar, en ratos perdidos de apatía o de cansancio entre resacas de whisky y cólicos de riñón.

Hasta aquí, lo referente a la insensatez de nuestro empeño. Por otro lado, estaban los riesgos. En cuanto a esto último (la clase de peligros que nos rodeaban), voy a poner un ejemplo que procede de mi propia experiencia.

Durante los quince meses que he mencionado antes, trabajé de becario en la Facultad de Derecho de la Universidad de Tartu. En ausencia del catedrático de la asignatura, también daba clases de Teoría del Derecho. Una tarde de febrero de 1945, mientras tal vez, por qué no, tenía lugar el diálogo que antes me he imaginado entre Roosevelt y Stalin, yo terminaba una de mis clases. La mayor parte de mis veinte estudiantes (no exactamente famélicos, pero sí mal alimentados; no exactamente andrajosos, pero sí vestidos con ropa ajada que había resistido la guerra) ya se habían dispersado entre las ruinas de la ciudad en invierno y desaparecido en la oscuridad cargada de olor a cenizas. Por el aula helada (que, sin embargo, tenía iluminación eléctrica) circulaban a trompicones tres o cuatro universitarios rezagados. Yo conocía sus nombres, pero no sabía nada más de ellos. A excepción de uno, que se puso a rebuscar en su portafolios y se arrimó todo lo que pudo al estrado. Sobre él, el profesor de Derecho Civil Vinnal, a la sazón antiguo cofrade mío de la corporación estudiantil Amicus, me había dicho entre dientes, como quien no quiere la cosa: «Con ese Peerna ándate con cuidado...».

Peerna era hijo de uno de los catedráticos de la Facultad de Medicina. Había nacido con una severa malformación congénita. Solo podía caminar de lado y tenía una cabeza muy chiquita, torcida sobre el cuello, de modo que miraba siempre de soslayo hacia la izquierda. Además, tenía una ligera incapacidad en el brazo derecho. Tampoco hablaba con fluidez ni naturalidad. A pesar de tener la cabeza torcida, estaba siempre muy atento desde esa perspectiva oblicua, y sus respuestas, aunque lentas, llamaban la atención por ser muy precisas. En cuanto a la advertencia de Vinnal..., ¿por qué no seguirla? Yo no era el único en darme cuenta de que, en aquellos años, los servicios secretos de la URSS mostraban un interés desproporcionado por la maleabilidad de los individuos con visibles discapacidades físicas. Solo el cielo sabe si eso se basaba en una experiencia contrastada de tal maleabilidad de carácter o en una visión patológica de las cosas, que suponía tal maleabilidad; o sea, que daba por supuesto que las personas con taras tenían que presentar complejos, complejos que los convertían en seres más

manipulables que el promedio de la población. No sé por cuál de los dos motivos sería... Probablemente, en ciertas ocasiones se aplicase el primero, el miedo al enfrentamiento causado por la tara, y en otras el segundo, el impulso que se deriva necesariamente de la minusvalía y que obliga al individuo a autoafirmarse, sin que intervengan en esta elección motivos éticos. Ya digo, no sé si detrás de la cosa estaría la experiencia real de los «órganos» soviéticos o bien su filosofía respecto al asunto, aunque quisiera pensar que, fundamentalmente, era lo último. En aquel caso, la escena se desarrolló así:

Cuando me disponía a bajarme de la tarima, Peerna me cerró el paso. Traté de dar un rodeo, pero se plantó delante de mí y comenzó a susurrarme algo adrede, aunque no lo puedo afirmar con seguridad, porque tampoco tenía un control perfecto de su propia voz. En cualquier caso, su intervención era plenamente audible para los tres o cuatro estudiantes que quedaban en el aula, de modo que, en caso necesario, habría tenido testigos:

—Camarada Sirkel, me temo que Estonia va a acabar vendida en Crimea dentro de nada. Camarada Sirkel, ¡hemos de hacer algo! ¡No hay otra salida! Díganos qué hacer... ¡Usted lo sabe! ¡Usted tiene experiencia y contactos de los que nosotros carecemos! Hemos venido a preguntárselo, yo y unos cuantos amigos, todos nosotros verdaderos estonios... Entiéndanos, queremos que nos dé argumentos, directrices, que nos diga qué hacer...

Nos miramos a los ojos, muy de cerca, durante un fugaz instante. Entonces, él hurtó la mirada y perdí de vista sus centelleantes ojos gris claro. Diminutas gotas de sudor perlaban su frente. No lo estaba pasando bien.

Yo pensé: «¿Hasta dónde vamos a llegar si también los hijos de viejos catedráticos, da lo mismo si debido a taras visibles o invisibles, se dejan arrastrar y empiezan a ir por esos derroteros?». Realicé unos cálculos relativamente inconscientes para calibrar cómo debía responder y, al cabo, respondí:

—Ustedes, camarada Peerna, deberían, en lo posible, mantenerse apartados de esos asuntos. Porque, llegado el caso, si se implican, su vida correría más riesgo de lo normal. Y con esto me refiero a las consecuencias del confinamiento en un campo de prisioneros. Para personas con sus problemas de salud, no harían falta años..., bastaría con meses o semanas...

Dio un paso atrás y se apartó de mi camino. En los meses sucesivos, dos veces por semana, lo vi sentado diligentemente en mis clases, tomando

apuntes con mucho celo. Me saludaba muy solícito, aunque no me dirigió la palabra nunca más.

Aún pasaron once meses antes de que se deshiciesen de mí en el departamento. Y pasarían nueve años más antes de que consiguiera entrar de nuevo en Estonia. O antes de que pudiera «regresar», como consta en todos los documentos oficiales. Pero todavía tardaría cierto tiempo en hacerles una visita a Ullo y a Maret, porque, a pesar de la liberalización de la era Jrushchov, era lógico que un gato escaldado como yo evitase volar en busca de los antiguos contactos durante las primeras semanas.

Fue allá por el otoño de 1955. A través de algún compañero de clase me enteré de que Ullo seguía viviendo con su mujer, en la misma casa de la calle Erbe en la que vivía diez años atrás. Así que, un domingo después del almuerzo, haciendo uso de la libertad de horarios que me permitía mi oficio de escritor, me dirigí hacia allí.

Durante diez años, en aquella callecita no se había construido nada. Deduje que habían demolido algunos de los bloques que, según recordaba yo, habían quedado destruidos o medio abrasados después de los bombardeos del 9 de marzo. Los matorrales de acacia de color amarillo óxido que había delante de la pequeña casa de Ullo y Maret habían crecido hasta cubrir las jambas de las ventanas. Por eso, pese a estar relativamente a cubierto, la vivienda daba la impresión de estar más expuesta que antes, en medio de aquel entorno desolado. Y fue precisamente allí, en la atmósfera tenebrosa teñida de color de óxido que creaban en el porche esos matorrales salvajes, donde vi algo que me estremeció. ¡Cielo santo, tenía que ser Maret! Ella también me reconoció a la primera. Se había convertido en una mujer mayor... Aunque, pensándolo bien, no podía ser de otro modo. Ullo tendría ya cuarenta años, y Maret era varios años mayor que él. Debía de andar, como mucho, por los cuarenta y cuatro. Y yo no tenía ni idea de cómo habrían tratado a Ullo esos diez años. En ese momento me vino a la cabeza (fue un pensamiento muy secundario) que yo tampoco habría sabido responder a la misma pregunta respecto a mí mismo. En todo caso, Maret estaba más avejentada de lo normal. Tenía el cutis más cetrino, con manchas de la edad en las sienes y arrugas en las comisuras de los labios que llamaban más la atención cuando se olvidaba de sonreír.

Con todo, no solía olvidarse de hacerlo. Más bien sonreía amablemente, con un gesto suave de comprenderlo todo: «Ah, vale, vale». Seguían viviendo de la misma forma. Solo que ahora tenían tres habitaciones. La última la añadieron (en el tercer año de ocupación soviética) para alojar al padre de

Maret, porque su salud empeoró demasiado como para que siguieran cuidándolo los familiares del pueblo y se lo llevaron a su casa. De modo que Ullo consiguió quitarle una habitación al piso de al lado, así que tapiaron la puerta y abrieron otro acceso desde la habitación trasera de su casa. En esa habitación vivió el padre hasta que murió, tres años antes de que yo los visitase. Para entonces, Ullo ya la había convertido en su estudio o despacho o algo parecido. Todo esto era posible gracias a que la vivienda era, por fortuna, demasiado mísera para que nadie medianamente exigente tuviese tentaciones de comprarla.

Entramos en aquella tercera habitación y tomamos asiento. Allí tenían varios sillones viejos, pequeñoburgueses, un sofá muy pequeño, una mesa de escritorio minúscula cuya superficie de azabache se había secado tanto que tenía una grieta reparada con masilla partiéndola por la mitad. Además, había dos estantes con libros y, a su lado, una mesa situada bajo dos ventanas, de manera que la luz caía directamente sobre ella. Encima de la mesa había una exposición pequeña, pero completamente insólita: siete u ocho maquetas de cañones de longitudes que oscilaban entre los veinte centímetros y el medio metro. Estaban hechos de acero de primera y de cobre forjado, cubiertos con una capa de laca para evitar el óxido y el verdín. Las piezas más antiguas eran de madera, cortadas delicadamente y coloreadas, y las más modernas de metal, montadas sobre carros de artillería también de metal, con palancas y manivelas en los flancos y ruedas debajo. Toda una historia de la artillería en miniatura. Como Ullo mismo me explicaría más tarde, desde las falconetas de la Francia de Carlos VIII (en torno a 1480) hasta los cañones de campaña de mediados del siglo anterior, de calibre 76,2 milímetros...

Maret se sonrió como disculpándose, aunque puede que con algo de orgullo al mismo tiempo:

—Bueno... Últimamente se pasa todo el tiempo enredando con ellas. Todas están hechas a escala, con una precisión absoluta.

Yo me senté en el sillón que había entre el escritorio y las maquetas:

—¿Quieres decir que todos los ha hecho él mismo?

—¿Y quién si no? No tendríamos dinero para...

—¿Y también le da tiempo de leer estos libros...? —dije cogiendo uno de los que había sobre la mesa. Era la recopilación de ensayos de Camus *El hombre rebelde*, en su traducción sueca, *Revolterande människa*. No sé hasta qué punto el nombre de Camus me resultaría conocido en aquel entonces. Le

pregunté:

—¿Y de dónde saca estos libros?!

—Tiene una tía en Moscú que es musicóloga. Medio hermana de su difunta madre... —aclaró Maret.

—Espera, espera un segundo... ¿Es que la madre de Ullo ha muerto...? —exclamé.

—Sí... —dijo Maret por lo bajo—. Del corazón. Hace ya siete años. Y nada, pues que esa tía suya consigue permiso para viajar de vez en cuando... Y en esas ocasiones le ha dado algunos de estos...

—Pero ¿por qué Camus en sueco?

—Uf, eso es puro azar —dijo Maret con suavidad (lo cual me hizo entender que, al fin y al cabo, ella hacía oídos sordos a todos los esnobismos de Ullo, que llevaba años y años perdonándose los de antemano)—. Ullo dice que está leyendo buena literatura para investigar la visión del mundo de los existencialistas, al mismo tiempo que aprende sueco...

—Eso le pega mucho, ciertamente. Pero, ya que hablamos de él, ¿dónde está ahora?

—En el trabajo... —contestó ella, como si confesase un secreto.

—¿Un domingo por la mañana?! Bueno, en realidad, eso también le pega. Pero ¿dónde trabaja? Porque yo no tengo ni idea... —dije, muy sorprendido.

—En la fábrica de maletas. En la calle Ahtri.

—¿Y qué es lo que hace allí?

—Maletas.

—¿Desde cuándo?

—Desde el principio... O desde el final, si lo prefieres. Desde hace diez años.

Y eso fue todo. Ese día era festivo en la fábrica y Ullo estaba haciendo horas extras para poder tener libre el sábado siguiente. Quería asistir a una reunión de coleccionistas de tarjetas postales en Rakvere o Viljandi, no lo recuerdo exactamente.

Le dije a Maret que iría a buscar a Ullo a la fábrica, pero ella me explicó que no era una buena idea, porque estaba prohibido el acceso a personas ajenas al edificio.

—Pero si aún así quieres ir, llamaré por teléfono a los vigilantes de seguridad, para pedirles que te permitan entrar.

Todavía tenían teléfono en casa. Mejor dicho, no todavía, sino de nuevo,

según me aclaró Maret. De nuevo, porque el secretario de la unión de trabajadores de la fábrica le había hecho ese favor a Ullo. Y eso había sido posible porque era coleccionista de postales, igual que él. Maret dijo, con un mohín: «Por aquello de la complicidad que da tener la misma afición. Sí, sí, en los pequeños asuntos prácticos, como este, Ullo se desenvuelve de maravilla».

Maret llamó y en la fábrica contestaron que dejarían pasar a quien fuera. Yo me presenté ahí una hora después.

Por una maldita casualidad, aquella fábrica estaba ubicada en el extremo norte de un gran solar industrial perteneciente a la Asociación de Consumidores de Estonia, casi exactamente en el mismo lugar donde, once o doce años antes, se alzaba el edificio anejo a la fábrica de tabaco donde Ullo había tratado de imprimir la declaración del Gobierno de la República (un tema sobre el cual él y yo conversaríamos mucho tiempo después). En sí, la fábrica de maletas en cuestión era un edificio industrial típico, de dos plantas, construido con piedra caliza, al cual se accedía desde la calle Ahtri por un portón netamente soviético custodiado por un tipo de mirada desconfiada y tirando a somnolienta que me dejó pasar en cuanto le mencioné la llamada de teléfono que acababa de hacer la esposa del camarada Paerand.

Al ser domingo, la fábrica estaba parada, como era de esperar, así que no había nadie dentro. En aquellos talleres prácticamente desnudos se almacenaban pilas de armazones de maletas, rectángulos que semejaban esternones hechos de varillas blancas y llenos de remaches, que en un santiamén se plegarían para hacer el esqueleto de las maletas. Junto a las grandes cuchillas de la guillotina había amontonadas gruesas láminas de cartón de fibra gris, además de varias máquinas de sellado y mesas donde se pegaban las hebillas de las maletas. Las paredes estaban forradas de estanterías donde reposaban cajas de cartón con el sello de una fábrica de Leningrado, algunas de las cuales estaban abiertas de mala manera, de modo que las hebillas niqueladas se transparentaban bajo el gris del papel encerado.

Por indicación del vigilante, pero sobre todo guiándome por el olor cada vez más fuerte a acetileno, llegué al segundo piso y atravesé el pasillo antes de dirigirme a la derecha. Me encontré ante una puerta gris donde había unas letras torcidas pintadas en negro: COLOREADO. Al otro lado se oía un zumbido como de aspiradora, el ruido de un pequeño compresor que se interrumpió cuando toqué:

—¿Quién es? —Era una voz extraña, ronca, que jamás habría identificado como la de Ullo de no haber sabido que tenía que ser él.

—Una visita.

Me imaginé cómo habría captado el timbre conocido en esas cinco sílabas. Cómo estaría intentando rebuscar entre los recuerdos de hacía diez años (me vino a la cabeza que los perros reconocen treinta mil olores distintos), pero, por supuesto, no logró identificar mi voz. Aunque no me cabe ni la menor duda de que le dio muchas vueltas al asunto. Cuarenta segundos después, dijo:

—Enseguida voy.

La puerta se entreabrió rápidamente y se volvió a cerrar tras la persona que se quedó de pie en el pasillo. A pesar de que la hoja de la puerta partió en dos la pestilente nube de acetileno que emanaba del interior, sentí el desagradable cosquilleo de sus vapores, que me hicieron toser y lagrimear, en la garganta y en los ojos.

De la estancia de coloreado había salido un individuo de porte algo quijotesco, cubierto con un mono de trabajo manchado de marrón y gris. Alto, enjuto, con una pequeña cabeza algo echada hacia atrás, calzado con el número 45, con tendencia a desplazar hacia dentro, ligeramente, la puntera del zapato derecho (al menos cuando estaba confuso como en aquel momento). Podía tratarse de Ullo, pero como tenía puesta una máscara antigás, con los cristales salpicados de pintura marrón y un tubito aspersor estriado colgando a un lado, yo no le veía la cara. Debía de ser material procedente del ALMAVÜ, la Sociedad Benéfica de Apoyo al Ejército de Tierra, Aire y Mar de la URSS, que habría sido dado de baja del inventario para poder destinarse a usos civiles. Sea como fuere, me reconoció inmediatamente. Antes de estrecharme la mano, se quitó el guante de goma de su mano derecha con el guante de la izquierda. Justo después, se quitó la máscara y la colgó en un perchero que había en la pared. Yo le dije, señalando la máscara:

—Esto es mimetismo perfecto por tu parte...

Ullo se rio. Avanzamos una docena de pasos, hasta llegar a un «rincón rojo»⁶⁰ donde tomamos asiento bajo un póster de un metro cuadrado con la efigie de Stalin a todo color.

—... Entonces, ¿cuánto tiempo hace que...? —le pregunté.

—Pues tampoco yo me acuerdo con exactitud. Creo que... diez años, diez

meses y una semana.

—Pero, volviendo al mimetismo... —Y empecé a hablar un poco más alto que antes, porque la imagen que había a nuestra espalda me despertaba un deseo semiinconsciente de hablar más bajo de lo habitual. Ullo dijo, interrumpiéndome hasta cierto punto, pero en un volumen completamente normal:

—Eso es. La inmersión en el proletariado como método de camuflaje. Mira, cuando Maret y yo decidimos, estando ya a mitad de camino hacia la costa, que íbamos a regresar, ella me preguntó: Pero, ¿tú saldrás adelante?», y yo le respondí: «Con un poquito de suerte...». Y he tenido suerte...

Con la perspectiva de los años, me he dado cuenta de que, en ese momento, tendría que haberle preguntado: ¿quiere eso decir que, en realidad, han conseguido pisotearte, pero que en el fondo tú les has ganado la partida? ¿O que no te ha afectado nada de lo que te han hecho?! Por desgracia, esa pregunta no se la hice entonces. Ni más tarde tampoco.

En lo referente al mimetismo como mecanismo de defensa y a las formas tan diversas que puede adoptar, como provocación irreprimible, voy a traer a colación un poema de Ullo que suscita múltiples interrogantes al respecto.

No sé a cuántos les sonará hoy en día Manolis Glezos. En el verano de 1941, era uno de los nombres que brillaba con luz propia en la actualidad internacional. Evidentemente, no gracias al noticiario alemán *Nachrichtendienst*, sino al de la BBC.

En abril de 1939, Mussolini había invadido Albania. Cuando, a raíz de esto, Grecia se negó a apoyar la incursión de Italia en los Balcanes y a conceder a los italianos los enclaves que exigían, los italianos lanzaron un ataque sobre Grecia. Tres semanas más tarde, los helenos lograron contener el ataque y expulsar a los italianos de su territorio con una facilidad asombrosa. De hecho, el contraataque fue tan impetuoso que los griegos también lograron someter el sur de Albania. Los alemanes no podían tolerar que los acontecimientos tomaran ese cariz, menos aún cuando en marzo del 41 atracaron tropas inglesas en el Pireo para apoyar a los griegos. Fue entonces, en abril del 41, cuando los alemanes pusieron en marcha su «Operación Marita», que acabó con la caída de Atenas el 27 de abril del 41. Poco después, el 1 de julio del 41, Grecia fue invadida por los paracaidistas alemanes.

Sobre el trasfondo de estos acontecimientos, el nombre de Manolis Glezos relucía en la conciencia de todos aquellos que luchaban contra el nazismo. Podría decirse que fue un personaje inolvidable para los estonios, o al menos para los jóvenes intelectuales de la época, a pesar de que entonces, una semana antes de la primera deportación masiva y tres antes de que la guerra se extendiera hasta alcanzar nuestra tierra, vivíamos bajo el cruento rodillo de nuestra propia historia. A pesar de todo (o, quizá, con mayor motivo, dadas las circunstancias) la hazaña de Manolis Glezos se quedó grabada para

siempre en la memoria de muchos.

Cuando entraron en Atenas y esta se rindió, los alemanes pusieron un mástil de acero en el tejado a dos aguas del Partenón e hicieron ondear en él su bandera roja con la esvástica negra sobre un campo blanco. El 31 de agosto, de noche, el estudiante universitario Glezos, de dieciocho años, se subió al tejado para arrancar de allí la bandera con la cruz gamada. Para retirar del altar que es símbolo de la herencia europea y del espíritu de Europa la bandera del invasor.

Esta gamberrada mitigó a medias el golpe que significó la estrepitosa derrota sufrida por los ingleses en Grecia. Pero no solamente fue eso. El gesto de Glezos supuso una inyección de fuerza, moral y esperanza que fue directa al músculo de todo el mundo antinazi. Pero ni siquiera él mismo, Glezos, sabía por entonces lo que sería de él, de aquello en lo que él creyó o aquello por lo que más tarde sería explotado. Al final de aquel verano del 1941 no podía saber que sería miembro del Partido Comunista, editor jefe de la publicación comunista *Avghi*, tres veces encarcelado y condenado a muerte por los propios griegos y liberado gracias a la lucha de los rojos o del mundo rojo... ¡Hasta fue laureado con el Premio Lenin de la Paz! Por no hablar de aquellos que estaban intentando escribir versos sobre su gesta, especialmente aquellos que vivían muy lejos de Grecia.

Ullo escribió un poema a máquina, en dos páginas de tamaño folio que hoy están muy amarillentas. Lo reproduzco abajo, pero vaya por delante que no sé cuándo lo escribió, ni tampoco recuerdo cuándo me lo trajo:

Herida en carne viva
en mi pecho
bandera
bandera
bandera
bandera
bandera
bandera
lanza clavada
un millón de veces
en el pueblo de Hellas
en su corazón de gigante
rojas de vergüenza

las mejillas de mármol de las cariátides
aunque eso no oculte la noche quimérica
retumba en el oído contra el misterioso silencio una inédita convulsión del
alma
hacia la derecha a la derecha extremadamente a la derecha
pactar con el fulgor del resplandor de la esperanza
la conformidad el peligro de la hidra
la satisfacción color rosa gusano de la traición
sin que se dé cuenta siquiera el día ansioso de luz del Ática el rubor
donde también languidece sobre el mármol animado
la juventud eterna de Grecia

Es que tampoco en la colosal ruina del género humano
por los escombros y grietas secretas
que se extienden quizá
hacia los días lejanos de sus hijos
no se arroja nadie
hacia la izquierda con la espada en la mano
es que en los últimos tiempos las Moiras han relajado
al pueblo laborioso de los Heráclitos

Y él fue
laberíntico de agonía-amor-ira-miedo-alegría
las neuronas (ondas cerebrales entrelazándose) empujándose en espiral
retorciendo
el hilo de Ariadna desde la cámara izquierda del corazón
los ojos como platos
con la mirada eternamente pétrea
las cariátides admirando
el nacimiento de una leyenda
con el resplandor del orgullo lavándoles la cara de oprobio

Yo también vi
una bandera extranjera
un latigazo
el látigo de roca sobre la más alta torre
que me golpeó la cara

Y yo fui
recorriendo
acostumbrándome a la indiferencia esquiva
recorriendo
durante miles de días
aunque mi juicio...
Pese a que ni un solo juicio me condenó
por ello...

Es que Tú pues
Manolis
debes pagar ahora
la deuda que es mía desde hace siglos

Ah pero yo no tengo deudas
Porque lo hiciste también por mí
lo hiciste tú por todos nosotros
y en nombre de todos
por las leyes de Solón
por el cáliz de cicuta de Sócrates
en las ruinas del templo de Poseidón en el cabo de Sunión
sobre el fondo levemente azul y plata
como una fuga que se eleva detrás de las dieciocho columnas
Safo por tus formidables pechos
fragantes de mirto olivas de sol
por los pechos
que transformaron en canción las noches de Mitilene

Manolis Manolis
este es tu estilo
sonriente e inteligente
tu gesta
que desde lo alto de la Acrópolis
disculpa el inmovilismo

Aunque yo no puedo
disculparme

No consigo encontrar disculpa para mí
si fuéramos hoy paseando
y Te encontrásemos
porque sin que hasta hoy se percaten
los obtusos verdugos
vives entre millones
que te condenan a muerte
y una muerte
por tu gesto
con brazo suave y valeroso
haber arrancado el rubor
de las mejillas de las cariátides
del rostro impaciente
de todo el continente encadenado
expectante por si llaman a filas

Ya he dicho que no sé cuándo fue escrito el poema. Pese a ello, precisamente de ese detalle depende todo. O, bueno, prácticamente todo. El lugar en el que se encuentren estos versos en una escala de talento o mediocridad no depende para nada de la fecha en la que se escribieran. Técnicamente, es en todo caso un ejercicio de estilo de un individuo con talento. Pero el contenido del poema, la postura del poeta en cuanto a los problemas que afligen al mundo que lo rodea sí dependen del momento en el que fuese escrito. Como sucede siempre, por cierto. Solo que pocas veces puede constatarse de manera tan fehaciente esa dependencia.

Imaginemos por un momento que Ullo escribiera su poema nada más escuchar una emisión de radio de la BBC, y en particular la noticia de la hazaña de Glezos. En tal caso, se trataría de una reacción exaltada (cuanto más inmediata, más exaltada) a la invasión de Grecia y de toda Europa por parte de los alemanes. Pero, en septiembre de 1941, habría sido un manifiesto en contra de Alemania que, como tal, en Estonia solo podía concebirse como un texto escrito para permanecer guardado en el cajón.

Pero ¿y si el poema hubiera sido escrito dentro de nuestras fronteras, en Estonia, el 31 de mayo de 1945? ¿O en 1946? ¿O en el cuarto o quinto o decimoquinto aniversario de la hazaña de Glezos? ¿Y si la Alemania de Hitler acabase de ser aplastada, o hubiese sido aplastada mucho antes de que

se escribiera el poema, y «el hilo de Ariadna retorciéndose desde la cámara izquierda del corazón» no desembocase ya en la senda subterránea del laberinto del minotauro portador de la esvástica sino que discurriese por el camino de los actos de sumisión al Kremlin por parte de Glezos? Cuanto más tarde hubiera sido escrito, más fácil sería ubicarlo en su contexto. En 1963 se referiría, sin duda, al acto en el que lo galardonaron con el Premio Lenin de la Paz.

También hay que decir que, independientemente de cuándo Ullo compusiese el poema, contiene versos que son inmutables e inmovibles, en los cuales el impulso encomiástico del texto erudito y literario se transforma en algo más sencillo, más íntimo y lastimero...

Yo también vi
una bandera extranjera
un latigazo
el látigo de roca sobre la más alta torre
que me golpeó la cara

Y yo fui
recorriendo
acostumbrándome a la indiferencia esquiva
recorriendo
durante miles de días
aunque mi juicio...

En vista de estos versos, ¿acaso en Estonia sería posible responder a la pregunta de cuál era la bandera extranjera y cuál la propia? Fue precisamente Ullo quien me contó en alguna ocasión algo que había visto con sus propios ojos, supuestamente el 18 o el 19 de septiembre de 1944. Incluso varias décadas después, mientras me lo contaba, era incapaz de contener la emoción. El caso es que iba recorriendo el bulevar de Kaarli en bicicleta, más o menos por donde estaban las pistas de tenis delante de la iglesia. No sé qué hora sería, pero esto sucedió aún a plena luz del día. Tampoco sé adónde se dirigía exactamente, puede ser que hacia su casa en la calle Erbe. Miró hacia la derecha y, al divisar la torre de Herman el Alto, vio que la bandera con la esvástica se había escurrido y ya no ondeaba sobre el mástil. Aquello lo sorprendió de tal manera que se bajó de la bici. Entonces se dio cuenta de que

una pequeña multitud se congregaba en torno a la base del mástil, al pie de la torre, y el corazón le dio un vuelco al ver que estaban izando la bandera azul, negra y blanca. Además, en medio del bulevar, a unos veinte pasos de distancia, había un hombre vestido con el uniforme de color tierra de capitán del Ejército estonio y cuatro estrechos galones dorados en la manga. Parecía petrificado en el sitio, y saludaba la bandera con el brazo alzado y la mano pegada al sombrero. Entonces, divisó a un Sturmbannführer, con su uniforme verdeazulado, que se acercaba por la espalda al capitán, sacaba el revólver de la funda y disparaba. La detonación resonó entre los troncos negro azabache de los tilos. El Sturmbannführer siguió avanzando hacia la iglesia, catacrocroc-croc-croc, mientras volvía a enfundarse el revólver. El capitán se quedó tumbado en el suelo del bulevar.

Ullo se bajó de la bicicleta y se acercó al herido. Con el aturdimiento del momento, le pareció que se trataba del teniente Veski, que había sido compañero suyo de trabajo en el cuartel general del Omakaitse, y a quien habían ascendido inesperadamente al grado de capitán. Pero no, este hombre era un absoluto desconocido, mucho más joven, con unos finos bigotitos anaranjados de adolescente sobre los labios que se le habían quedado entreabiertos, esbozando una sonrisa. Cuando le volvió la cabeza, a Ullo le pareció que su rostro estaba todavía caliente. La gorra de plato de capitán, travesada por un agujero de bala, reposaba sobre la arena de la calle. Arena que, bajo su nuca, donde también era visible el agujero de bala, estaba teñida de sangre.

Ullo me contó lo que se le pasó por la cabeza en ese instante:

—El Sturmbannführer está a quince pasos de aquí. Si mira hacia atrás y me ve agachado sobre el cadáver de su víctima, podría dispararme también a mí, pero no voy a mirar, no voy a mirar, no voy a mirar para comprobar si él está mirando... Estoy convencido de que dios se va a ocupar de este asunto... ¿Entiendes? Es la ciega venganza del Übermensch por haber arriado su bandera y haber izado otra en su lugar...

Yo lo repetí, como para grabármelo en la memoria:

—Que alguien está ahí rindiendo honores militares, mientras otro lo está observando todo en directo y le da un vuelco el corazón... Porque es lo que has dicho sobre ti mismo, ¿no?, que te dio un vuelco el corazón...

—En aquel preciso momento, sin duda... —respondió Ullo.

Por esa razón, yo tampoco tengo ninguna duda. Incluso si escribió el poema

de la bandera en lo más profundo de la era soviética, e independientemente de con qué «indispensables» florituras rojas tuviese que adornarlo, si lo hizo fue para tener al menos una posibilidad de que se publicasen los versos:

Yo también vi
una bandera extranjera
un latigazo
el látigo de roca sobre la más alta torre
que me golpeó la cara

que, en realidad, debería ser:

Yo también he visto
banderas extranjeras
latigazos
látigos de roca sobre la más alta torre
que me golpearon la cara

Yo diría que la posibilidad de que se publicasen esos versos era solo teórica. En la práctica, la probabilidad era ínfima. Tan ínfima, por otra parte, como de que se publicara cualquier otro poema de los que escribió a lo largo de su vida, especialmente en sus últimos cuarenta años.

Y ¿qué hizo durante esos cuarenta años?

Por lo menos en los treinta primeros, maletas. A veces marrones, otras grises, a veces puede que también negras, pero sobre todo marrones. De ese cartón gris con un relieve de rayas que transportaban en camiones desde la fábrica de pulpa de papel de Lasnamäe hasta la fábrica de maletas y que, una vez allí, se almacenaba sin orden ni concierto en grises montones. Ahí se quedaban los tableros hasta que se cortaban en piezas con la máquina fresadora y Ullo las rociaba con su *spray* en la sala de coloreado para darles un tono gris más claro del que tenían originalmente. En ocasiones las pintaban de negro, pero la mayoría de las veces de marrón, marrón, marrón. Por eso, Ullo pergeñó al respecto unas estrofas entre las que se encuentran estos versos:

Nuestro engrisado-ennegrecido-enmarronado de maletas
 es un claro signo
 que resulta digno
 del paso que marca una sociedad roja de metas

Como dijo Ullo: «No, no, no te lo tomes a cachondeo. En el papel que pegábamos por dentro de las maletas para forrarlas nos podíamos permitir un estampado en tonos casi siempre rosas. Entonces, ¿era realmente el color marrón del exterior una pura casualidad sin asociaciones ideológicas?».

Remaches niquelados, hebillas niqueladas, grapas en los cantos de hojalata de mala calidad, niquelada. Y, como ya he dicho, la fibra de color chocolate (o bien del color de las heces).

Incluso si Ullo se hubiese limitado a fabricar una sola maleta al día, su producción a lo largo de esos treinta años habría alcanzado las diez mil. Pero en la fábrica había una división del trabajo muy determinada. Eran treinta: diez hombres y veinte mujeres. La jornada laboral empezaba a las 8.30 de la mañana. Se hacía una pausa para el almuerzo entre las 11.30 y las 12, y

acababan a las 16.30. A lo largo de la jornada, entre todos ensamblaban un promedio de cien maletas.

—¿Qué clase de gente era? —le pregunté yo en una ocasión.

—En cuarenta años pasaron por allí todo tipo de personas. La media era de una espantosa normalidad. Carentes por completo del más mínimo halo de misterio. O bien lo llevaban tan escondido que...

—¿Tan escondido como tú mismo...?

—Solo en algún caso aislado alguno de ellos me deslumbró con su verbo fácil antes de emborracharse por completo... —siguió contando él.

—¿Es que tú participaste en las grandes borracheras de esa gente?! —le pregunté yo, algo perplejo.

—¿Qué quieres decir con eso de grandes borracheras?! No es que organizaran fiestas con alcohol de manera regular. Pero, a veces, raras veces, sí sucedía. Especialmente en los cuarenta y también en los cincuenta, cuando me guardaba muy mucho de mantenerme demasiado al margen de ellos...

Hubiese sido ridículo temer que la producción de maletas llegase a inundar el mercado, que la Unión no pudiese absorberla. Porque la URSS se extendía ya entre Vilsandi y Vladivostok y hubiese engullido con mucho gusto la producción de cien fábricas iguales a la de Ullo. Eso, a pesar de que los viajes al extranjero eran acontecimientos casi inexistentes. Estaban limitados a esferas tan altas y tan restringidos que, más abajo, no se disponía de información alguna acerca de qué maletas habrían necesitado esos privilegiados. Pero los viajes por el interior, y no solo desde Vilsandi a Vladivostok, sino también a Leningrado o a Moscú, y otros grandes recorridos como por ejemplo al mar Negro, empezaron a ser cada vez más frecuentes. Esto convirtió las maletas que hacían Ullo y sus compañeros en objetos cada vez más necesarios. Incluso ellos (ya hace tiempo que reconocí que hasta Ullo y Maret tenían su parte frívola) hicieron las maletas. Ullo y Maret también metieron sus cosas en una maleta gris claro de la fábrica de Ullo. Justamente una de las de tono gris claro y completamente nueva. Compraron billetes de tren y también se marcharon a Adler o a Sochi o quién sabe dónde. Porque, en realidad, tampoco tenían problemas para llegar a fin de mes, ni pasaban ninguna penuria. Además del salario de Ullo como fabricante de maletas, Maret ganaba un sueldo como profesora de Lengua Estonia en una escuela media, donde estaba contratada a tiempo parcial. Y ella, verdaderamente, no se gastaba el dinero en otras cosas. Ullo, por su

parte, se lo gastaba en su filatelia y en sus colecciones de postales y de cajetillas de fósforos. Se trataba de un gasto regular, eso sí, pero que nunca superaba ni en medio kopek la cuarta parte de su sueldo. Además, durante cinco años tuvieron tiempo para ir ahorrando para ese gran viaje, que acabarían concediéndoles cuando no lo esperaban. Fue a principios de abril de 1949, si no recuerdo mal. Y creo que no me equivoco en absoluto, porque recuerdo claramente que cuando hablamos de este viaje, diez años después de que lo hicieran, Ullo mencionó las deportaciones masivas del mes de marzo: «Porque, ya sabes, después de esas dos noches, las del 25 y el 26 de marzo, a Maret ya no le hacían efecto los somníferos, ni siquiera si se tomaba una dosis doble. De modo que decidimos cambiar de aires, para ver si eso funcionaba. Y, de hecho, la afectó de manera asombrosa...».

Por lo que yo sé, ese veraneo del año 1949 fue el único esparcimiento y lujo que se permitieron en toda su vida. Si es que podemos llamarlo así. Aunque fueron unas vacaciones casi idénticas a esos veraneos en el mar Negro que hacía la gente corriente por entonces. Allí estaban aquellos «sanatorios» para las clases altas. Se ubicaban en antiguos palacios de la alta aristocracia, o al menos de la aristocracia, donde los huéspedes se instalaban en un lujo polvoriento y quebradizo y dejaban que les sirviesen tres comidas al día: asados de cerdo o de cordero con una grasienta salsa a la pimienta, con una montaña de macarrones hervidos de guarnición. Y lo mismo, repito, tres veces al día, y cada comida se servía acompañada de una taza llena hasta el borde de *smetana*). No, Ullo y Maret no fueron a esos sanatorios, ni tampoco hubieran querido ir. Para eso habría hecho falta pasar por la criba de los sindicatos y, si hubiesen querido superar ese filtro, habrían tenido que ser extremadamente aplicados en sus puestos de trabajo y merecer palmaditas en la espalda por parte de los comisarios políticos; en suma, tender a comportamientos que Ullo despreciaba y que a Maret le sonrojaban.

Por eso, su veraneo se desarrolló como solían desarrollarse los veraneos de cualquier ciudadano medio de entonces: en una casita particular de alguna población costera, por no decir más bien en una chocita, que el propietario había vaciado trasladándose él mismo con su familia a la caseta del huerto o al cobertizo. Los inquilinos se hacían cargo de su propia intendencia. Ullo cortaba ramas de abedul para la leña de la chimenea e iba a sacar agua al pozo que había al doblar la esquina. Maret, por su parte, hacía caldo de pollo en un cazo esmaltado de la era prerrevolucionaria (el caldo de pollo en polvo

que llegó de EE. UU. con el programa de *lend-lease* durante la guerra aún estaba a la venta, al menos en los pueblos costeros de veraneo del mar Negro). Para acompañar el caldo, le hincaban el diente a un *lavash* bastante decente que hacían en el pueblo. Como me señaló Ullo con una sonrisa burlona, la palabra no se refería en absoluto a una vaca francesa, de las manchadas, sino a un pan blanco, o más bien a unas tortitas hechas en la sartén, estilo crep. O, para ser más exactos, a unas tortitas hechas en la pared. Porque las hacían tirando trozos de masa, como si fuesen escupitajos, a las paredes del interior de un horno, y las sacaban ya horneadas cuando caían al fondo del mismo. Maret vio cómo las preparaban en la trastienda de una panadería. Junto con el caldo de pollo y el *lavash*, bebían a sorbitos un aguachirle hecho con el vino del verano anterior, fresco y suave, que el vecino les llevaba en una jarra de barro. Después de la comida, se encaminaban a la playa que estaba a medio kilómetro. El mar tenía un color azul mate y el agua estaba helada, de manera que de bañarse no se podía ni hablar, exceptuando a unos pendencieros muchachos de la península de Kola, que borrachos de vodka y de vino se zambullían más allá y salían del agua, se volvían a zambullir y salían de nuevo, soltando maldiciones contra el mar Negro porque estaba demasiado tibio para su curtida piel del norte y contando historias exageradas sobre sus chapuzones en el mar Blanco, cuando se congelaba y era necesario perforar el hielo para bañarse.

La playa estaba prácticamente vacía. No era de arena, sino de guijarros grises, que, en las zonas donde había matojos de tamarindo, podían llegar a quemar cuando los bañaba el sol de primavera. Mientras estaban tumbados sobre aquellos guijarros grises como los huevos de un pájaro, contemplaban, embargados de tristeza poscoital, la interminable variedad que les ofrecía el Hacedor, que había dibujado con su blanca uña óvalos y espirales sobre las piedras. Una suerte de jeroglíficos en los que un iniciado en ese misterioso lenguaje habría podido adivinar el destino del mundo entero. Por cierto, Ullo y Maret se llevaron a Tallin varias docenas de aquellas piedrecitas. De hecho, algunas acabarían más tarde en el cajón de mi propio escritorio. Y es que, si no, ¿qué habrían podido llevarse como *souvenir*?

En el camino de vuelta (a propósito, no sé de dónde partieron exactamente) atravesaron Yalta e hicieron una breve parada. Sobre esto hablé un poco con Ullo:

—¿Por qué Yalta? Entendería que hubieseis parado en Hersonesos...

—Yalta es un punto de vital importancia.

—¿En qué sentido?

—Para empezar, desde el punto de vista de Estonia.

—¿Por qué razón?

—Allí, concentrado en un espacio de pocos kilómetros, está lo mejor que Estonia ha sacado de Rusia, y lo más repulsivo también.

—¿Y eso es...?

—La casa de Chéjov y el castillo de Livadia.

—¿?

—Mira... La casa de Chéjov, igual que la tradición chejoviana, encarna el humanismo ruso. Aunque sea algo sentimental, sigue siendo un punto donde se concentra la esencia profunda del humanismo. Y el castillo de Livadia..., pues como monumento de la conferencia de Yalta. Allí fue donde Stalin acabó camelándose a Roosevelt y a Churchill y los convirtió en sus lacayos, por lo menos respecto a los asuntos más turbios de Europa del Este. También en lo que se refiere a Estonia. Por eso...

Como es natural, más adelante quise volver sobre el tema con Ullo, pero, en realidad, todo se quedó aquí. Y ya que hablamos de volver sobre asuntos pendientes, en algún momento de principios de la década de los ochenta, me contó de pasada que entre sus viajes de infancia y el viaje al mar Negro había emprendido otro, sobre el cual había guardado silencio durante años por motivos fácilmente comprensibles. En agosto del 39 (es decir, tres semanas antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial) fue a Holanda y también a Inglaterra como funcionario de la administración del primer ministro Eenpalu. En el último minuto también habría pasado por La Haya. Pero no fue por razones de Estado, sino para, después de diez años, volver a ver a su padre (aunque no lo supiese por entonces, por última vez).

También sobre esto quise volver en mis conversaciones con Ullo, especialmente después de que me diese carta blanca para hacer uso literario de nuestras charlas. Pero ya no volvimos a tener ocasión de tratar estos asuntos.

Sea como fuere, Ullo y Maret volvieron juntos a Tallin a principios del verano de 1949. La salud de Maret había mejorado tanto que pudo prescindir de los somníferos, o al menos pudo dormir con la dosis que tomaba antes de las deportaciones. Eso sí, no consiguió rebajarla a menos de dos pastillas por noche, pese a intentarlo. Si no se tomaba esas dos, se despertaba sobre las tres

y media o las cuatro de la madrugada y se quedaba dando vueltas en la cama hasta las siete, lo cual suponía que en ese tiempo entre el sueño y la vigilia, hasta que se levantaba, asaltaban su imaginación visiones de una potencia inusitada. Una de esas imágenes recurrentes era la siguiente:

Maret tiene que ir a un congreso de profesores de Estonio como lengua materna. Ya sabe que allí se va a decidir si se desliga la escritura de la lengua Estonia del alfabeto latino y se adopta el cirílico. Pasar del alfabeto ajeno y hostil del invasor al cirílico, más familiar, propio y cercano. Unirse al alfabeto común igual que han hecho el resto de los pueblos de la Hermandad. Hasta ahí ella lo entiende todo. Pero, de improviso, le viene la duda de dónde está teniendo lugar ese congreso. No sabe si es en la iglesia de Niguliste o en el cine Grand Marino o en las ruinas del Teatro Estonia. Incansable, se pasea por las callejas del casco antiguo o de sus alrededores. ¡Válgame dios! Ya deberían de haber retirado los escombros de los muros que se vinieron abajo y los combados hierros de las estructuras de los edificios, que destacan sobre el fondo plúmbeo del cielo, pero en realidad ha sido al contrario. La ceniza del gran incendio de Tallin tendría que haber sido retirada también, pero ahora se acumula más que en los días que siguieron al incendio. Al menos deberían haber tenido tiempo para quitar la nieve, o para amontonarla de manera que las aceras no resultasen completamente impracticables para los peatones. Pero, de tanto pisarla, se había mezclado de tal modo con las cenizas que los montones se hacían cada vez mayores y, además, ahora se habían convertido en una masa de mugre densa y grisácea, similar a un cemento semilíquido. Por eso, Maret no consigue abrirse paso. Mientras se debate angustiada con esas visiones, un cuarto de las cuales son sueño y tres cuartos vigilia, se acerca a Ullo todo lo que puede. Siente, me imagino, a través de sus angelicales bucles encanecidos, cómo le raspa la coronilla la característica barbilla respingona de su marido, que está sin afeitarse, y da un leve respingo, similar al que da cada mañana con el pitido del despertador. A pesar de que, para ella, ese sonido sea más liberador que opresivo, porque, con el nuevo día, también se sueltan hebras que son soportables, tal vez incluso placenteras. Etcétera.

Conforme pasan los días, surgen problemas algo diferentes. Es la vida de Maret. La de Ullo se compone de treinta mil maletas. A eso hay que agregar sus colecciones. Entre ellas, la de cañones en miniatura, que a lo largo de tantos años acaparó el espacio de la tercera habitación casi por completo.

Evidentemente, podríamos buscar una interpretación para esto, aunque tal vez no merezca la pena... En fin, además, habría resultado arriesgado darle una interpretación excesivamente infantil, como que Ullo amenazaba con disparar y hacer cisco todo el mundo circundante. O vaya usted a saber...

Sea como fuere, pasaron treinta años y treinta mil maletas. Luego, según oí, se le presentaron ciertos síntomas de intoxicación, aunque no sé exactamente de qué tipo. Probablemente los efectos a largo plazo derivados de la inhalación regular de acetileno. De modo que se vio obligado a cambiar de puesto de trabajo. Y, más o menos al mismo tiempo, o acaso algo antes, su vida dio un giro radical, del cual en principio solo me llegaron rumores y del que tampoco he sabido mucho más posteriormente: Ullo se separó.

Ullo y Maret se separaron después de veinte años de matrimonio. ¿Por qué? Los observadores externos nunca llegan a conocer los motivos. Y yo tampoco es que me apresurase a preguntarles sobre el asunto. Por lo menos, no a Maret. Recuerdo que fueron conocidos comunes los que me hablaron de su separación. Fue a principios de los sesenta. En aquellos años, solo los veía (a Ullo y a Maret) si nos encontrábamos por casualidad. Puede que, en cierta medida, a causa del peligro que suponían algunos aspectos espinosos de nuestro pasado común, nos evitásemos mutuamente durante once años. Habría pasado medio año desde que me enteré de su separación, cuando un día Maret me saludó por la calle. No recuerdo con claridad dónde fue. ¿No sería por la plaza de las Torres, más o menos donde luego se alzaría durante veinte años el obelisco de Kalinin? Lo que sí recuerdo con absoluta nitidez es el aspecto que tenía Maret por entonces y su actitud.

Llevaba un traje a cuadros muy chiquititos, en azul marino y gris, bajo cuya chaqueta se adivinaban unas hombreras de las que habían estado de moda diez años antes, e incluso hacía más tiempo. Sus zapatos azul oscuro, de gamuza, tenían el tacón muy bajo y algo desgastado por los bordes. Era un día soleado de principios de primavera y Maret llevaba la cabeza descubierta, de modo que me di cuenta de que los tirabuzones que formaban antes sus cabellos y que le caían sobre los hombros, dándole ese aspecto angelical, ya no eran tan visibles... Y fue en ese momento cuando me percaté: no es que hubiesen desaparecido, que se los hubiese cortado o que se hubiese teñido el pelo, sino que todo el cabello de Maret estaba adquiriendo un mismo color uniforme, el gris que antes solo era perceptible en los mechones rizados y prematuramente encanecidos.

La pequeña senda que conducía hasta Kalinin no estaba muy concurrida, ni siquiera había demasiada gente atravesando la plaza. De haber sido así, tal vez no nos habríamos visto, entre la multitud. Ahora estábamos a unas pocas docenas de pasos uno del otro y nos podíamos ver y reconocer. No sé tampoco qué aspecto tenía yo ese día, cómo debió de verme Maret. A mí me pareció que ella había envejecido una barbaridad y que había adelgazado mucho. Sus ojos claros me escudriñaron desde unas cuencas más pronunciadas y oscurecidas que antes. También se habían acentuado las marcas en el rostro que delataban la tristeza siempre al acecho, la actitud levemente ofendida, de orgullosa disculpa, que conformaban su carácter.

Nos aproximamos. Ralentizamos el paso. Yo la saludé. Ella me respondió. Luego, alguno de los viandantes que circulaban más rápido se interpuso entre ambos y acabó pasando entre nosotros. Los dos, Maret y yo, habíamos dibujado un giro simultáneo de unos veinte grados para colocarnos uno frente al otro, torpes, cautelosos, expectantes. Yo llegué a pensar: «Somos como esas figuras de los relojes de cuco que nunca se paran mientras no se pare el reloj, pero que ni siquiera entonces se cruzan unas con otras». Recuerdo con claridad cómo esperaba y al mismo tiempo temía que ella supiese lo que me había hecho pararme y abordarla. Lo esperaba porque habría caído por su propio peso, y lo temía a partes iguales porque seguramente me intentaría convencer (esto también habría caído por su propio peso) de que Ullo había tenido la culpa de su separación. Y a mí me habría resultado horriblemente incómodo asentir a esas palabras de Maret y decir que sí, que, por desgracia, me lo creía... O, para el caso, decir lo contrario: «Querida Maret, ¡es que no me lo puedo creer!», cuando, ciertamente, conozco lo suficiente a nuestro Ullo para no defender su inocencia y para no dudar de lo que Maret alegase en su contra...

Pasamos uno al lado del otro, nos reconocimos, y, de repente, ya habíamos pasado de largo y nos habíamos alejado, y creo que también ella lo hizo sintiendo vergüenza y desahogo a un tiempo.

Poco después de aquello, Ullo fue dado de baja de su empleo como coloreador de cartón, como ya he dicho antes, debido a síntomas de intoxicación acerca de los cuales no he averiguado nada más concreto, y fue transferido a otro puesto de trabajo. Ahora sellaría al armazón los fondos de las maletas ya coloreados. Montó diez mil maletas más. O veinte mil.

Tardó más de una docena de años en ensamblar esas diez mil maletas. Puede que quince. Al principio de esa época, nuestros compañeros del colegio me dijeron (a Ullo no lo había visto desde hacía siglos) que Ullo se había buscado una mujer nueva. ¿Ah, sí? Mejor dicho..., ¿qué clase de mujer?

«Ooohhh», respondió nuestro compañero de clase Penn cuando se lo pregunté, con la pronunciación más nasal y afrancesada de la que fue capaz. Por cierto, Penn era el mismo chico de mi clase de Wikman que muchos recordarán como el hijo del fabricante de pianos que luego se convertiría en estudiante de Arte Dramático. En junio del 41, él y sus padres formaron parte de la primera tanda de estonios deportados, que incluía a unas diez mil personas. Sus padres murieron durante la deportación. Penn regresó en algún momento posterior a los años cincuenta (en cualquier caso, tras la muerte de Stalin). Entretanto, formó parte de una brigada agrícola que fabricaba zuecos de madera de abedul y fibra trenzada en el *oblast* de Kirov. Más tarde, fue zapatero en un *koljós* de la misma región, minero en una mina de cobre que había en el campo de internamiento de Karaganda y tocó el fagot en una orquesta de la casa del pueblo en Kokuj que llevaba el nombre del Lutf. «¡Oh, allí había conmigo varios *lufts*⁶¹ más...!» Después de todo aquello, regresó a Estonia con unos papeles que certificaban que había ganado el campeonato de ping-pong de la República Soviética de Kazajistán en el año 1954. Mantuvimos el contacto a lo largo de varias décadas, mientras él trabajaba en un tallercito de la avenida de Tartu en Tallin, donde se dedicaba a arreglar planchas y maquinillas de afeitar y a contar cosas sobre las vidas de nuestros compañeros de colegio, los chicos de Wikman. Aunque, todo hay que decirlo, nunca comentó nada indiscreto acerca de ninguno. Más que nada, porque los problemas que los chicos de Wikman pudiesen tener con sus esposas o amantes suponían solo una parte modestísima de la información transmitida por Penn, o incluso podría decirse que suponían una parte

minúscula de la parte mínima.

—Ah, ¿preguntas quién es la nueva esposa de Ullo? Pues una jovencita, una de esas artistas. O, bueno..., por lo menos ha estudiado varios años en la Facultad de Bellas Artes. Ahora forma parte del equipo de diseñadores de ventanas de Kaubamaja.⁶² ¿Qué clase de mujer...? Hmmm...

—Y tú, ¿de qué la conoces?

—Uf, *quelle preguntá. Mesié Oullo*, el que fue su amigo tiempo ha le trae a Penn la plancha para que se la arregle. Es una Siemens, pero fabricada en la época de Hindenburg... Así que la trae cada dos semanas, sin falta. Luego viene la esposa, tic-toc- tic-toc, paga la reparación con una sonrisa y se lleva la plancha. Con eso, he respondido a tu pregunta...

—Pero ¿qué clase de mujer es?

—Te lo acabo de explicar: Hmmm. ¿Es que aún no te queda claro?

—No.

Penn chasqueó la lengua e hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. Pero yo seguía sin tener claro en absoluto qué tipo de persona era la mujer de Ullo. Y seguiría sin tenerlo claro. En los años siguientes, me los tropecé una vez o dos, por la calle o en el teatro. No recuerdo el momento en el que Ullo me presentó a su mujer, aunque seguro que lo hizo. Aquella jovencita suya destacaba porque tenía el cabello más oscuro que la media de las mujeres de nuestro entorno, cortado a lo *garçon*, y unos ojos muy grandes. Pese a ser más regordeta que la actriz, tenía un perturbador magnetismo que recordaba a Liza Minnelli. Me pareció que Ullo, que entonces rondaría los sesenta, debía de doblarle la edad.

Como acabo de decir, Ullo tenía casi sesenta años. Cuando se acercó lo suficiente a ese número, entregó los documentos necesarios para la jubilación y, según me contaría más tarde él mismo, esta se hizo efectiva en la semana posterior a su cumpleaños. A partir de ese momento, se dedicó exclusivamente a sus colecciones. Cada pocos días, hacía viajes para encontrarse con otros coleccionistas de sellos o de tarjetas postales y regateaba con afán y denuedo hasta que lograba sacarles lo que quería. Se trataba en su mayor parte de señores de cierta edad, rusos o judíos, o bien de contables jubilados o de militares retirados que engrosaban entonces la primera línea del panorama del coleccionismo estonio. Otras veces, Ullo encargaba en algún taller de artesanía donde tenía conocidos, por ejemplo en el de Penn de la avenida Tartu, que le forjasen, siguiendo unos minuciosos

dibujos que hacía el mismo, piezas nuevas para sus maquetas: tubos para cañones medievales o radios para las ruedas de las cureñas sobre las que iban montados.

Desde el punto de vista económico, está claro que en aquellos tiempos vivía más que modestamente. Entre el sueldo de decoradora de su mujer y su pensión juntarían unos doscientos rublos de entonces, lo cual era, como se decía en aquellos tiempos, demasiado para morir pero poco para sobrevivir. Incluso teniendo en cuenta que de vez en cuando realizaba operaciones de compraventa de sellos o de postales, que además solían salirle bien, porque, al fin y al cabo, no había perdido el gen comercial heredado de su padre. Con todo, estas eran transacciones tan insignificantes que apenas les ayudarían a salir puntualmente de algún que otro apuro económico.

Todo cambió cuando, inesperadamente, le propusieron que volviese a trabajar. No, no, no de asesor del Gobierno con el camarada Klauson, ni como funcionario de la administración de Saul. Ni tampoco en la fábrica de maletas. No sé de quién fue la idea ni quién se lo propuso personalmente, pero eso tampoco tiene excesiva importancia. En resumen, le ofrecieron ocupar el puesto de gerente del almacén de material de la Liga Nacional de Editores. Si aceptaba, mantendría intacta su pensión, lo cual era un gran privilegio. La persona que le hizo esa propuesta tuvo que ser un individuo con una clarividencia excepcional. Y es que ese individuo que lo recomendó para el puesto tuvo que pasar por alto la aparente falta de cualidades de Ullo para desempeñarlo y penetrar en su carácter tan profundamente como para darse cuenta de los rasgos que lo hacían insólitamente adecuado para ese cometido. Rasgos como su capacidad para solidarizarse con sus cuatro o cinco subordinados, hasta el punto de que estos renunciaron a los pequeños hurtos que eran connaturales a los mozos de almacén de la era soviética. Y eso, sencillamente, por copiar el modelo de aquel jefe suyo, un tanto chalado pero de una meticulosidad endemoniada en caso necesario. Y aún se daría cuenta de otra cualidad, que yo mismo me percaté de haber ignorado en gran medida hasta entonces, pero presente en Ullo en grado sumo: su excepcional memoria espacial.

No es difícil explicar por qué razón renunció a la independencia que le brindaba el estatus de pensionista, y a la que ya se había acostumbrado, para morder el anzuelo de la Liga de Editores. Como ya he dicho, conservó su pensión, a la que añadió una suma de casi el doble, de modo que empezó a

ganar casi el triple que antes. Es decir, en total, casi cuatrocientos rublos al mes. Sin embargo, las obligaciones del nuevo cargo eran, como él se había imaginado, mínimas. Y el resto de las condiciones del puesto, favorabilísimas. Buf, pues claro que fui a verlo una vez al almacén. Fue aproximadamente un año después de que empezara a trabajar. En la primavera del 86, acudí a ese lugar al sur de la carretera de Leningrado, antes de Lagedi.

Allí había una parcela de alrededor de una hectárea rodeada de una verja de alambre. La mitad estaba llena de material de construcción amontonado y la otra quedaba cubierta por tres hangares con el techo arqueado. Los montones de la parte donde estaba apilado el material de construcción, junto a bloques de cemento, ladrillos y tablas de madera, estaban dispuestos muy pulcramente. Ullo me aclaró que la Liga tenía que construir una imprenta y dos o tres almacenes para libros, pero que el material de construcción necesario, lógicamente, solo se conseguía a través de una dispensa de Moscú y que todos aquellos trastos estaban en el territorio de Ullo de manera transitoria, antes de que los mandasen al solar donde se iba a empezar la obra. Yo le dije:

—Bueno, verdaderamente, aquí lo tienes todo colocado en montones un poco más escrupulosos que en otros almacenes del mismo estilo, aunque...

—Aunque no lo suficientemente escrupulosos... —dijo Ullo—. Yo también me doy cuenta. Pero es la única proporción posible de orden y desorden. Aquí y ahora, la única posible.

—Y tú, ¿qué piensas sobre este asunto?

—Pues yo no soportaría un desorden mayor. Y un orden más perfecto que este tampoco sería soportable dentro de nuestro sistema. Me refiero a nuestro sistema en el sentido más amplio.

Sus tres naves de tejado abombado, recubiertas con tres láminas de metal y de espuma de poliuretano que las aislaban térmicamente, eran lo más puntero que podía encontrarse en los almacenes estonios de la época, lo cual no significa que fuesen como una aguja despuntando en mitad del paisaje, sino, por decirlo así, que despuntaban en una superficie que se iba extendiendo como una meseta. Las habían comprado en Finlandia, y fueron finlandeses quienes erigieron esas tres naves donde se guardaba el material más delicado, por llamarlo de algún modo: el vidrio, las baldosas, las tazas de inodoro, por dios bendito, producto checo, a saber, hasta diecisiete unidades completas,

etcétera, etcétera. Además, también había rollos de papel para la imprenta, papel de pared, cartón para las cubiertas de los libros, papel para las solapas de los volúmenes encuadernados, piel para el lomo y los colores de la imprenta, incluyendo el pan de oro. De todo de lo que habría debido de encontrarse en aquel lugar, la mitad era imposible de encontrar, y de lo que se encontraba tendría que haber habido una cantidad doble. Y, pese a todo... Yo le pregunté:

—¿Cuánto cuesta todo esto...?

—Hmmm... Del orden de un millón y medio de rublos.

En la parte de la tercera de las naves de techo arqueado que daba al sur había un despacho para el gerente del almacén que había mandado construir, sin duda preocupado por el confort, el predecesor de Ullo. Recuerdo que Ullo me contó que la primera vez que fue al almacén, para verlo y decidir si se quedaba a trabajar allí, lo habían llevado en primer lugar a esa habitación. La única vez que yo fui a verlo a aquel lugar, me llevó también allí. Sentados en aquel despacho, me hizo este comentario:

—Este es un cuarto pequeño. Y entonces ya era exactamente igual que ahora. El escritorio era el mismo, de bastante buena calidad. Como las sillas. Incluso el grabado de Viiralt, *El predicador*, estaba ya colgado en la pared. Una fotocopia, ¿sabes? Si no, ya habría desaparecido. Por la ventana, a través de una reja, se veía una franja de césped donde se había derretido ya la nieve y en la que se mecían buscando el sol tres flores amarillas de azafrán. Las ventanas ya tenían rejas entonces, aunque yo eso no lo interpretase como una señal de encierro, como quizá tú y otros hubieseis hecho, dada vuestra experiencia. Para mí las rejas suponían una defensa de las miradas indiscretas. Así que decidí aceptar el puesto de gerente del almacén.

Creo que no recuerdo mal y fue justo después de haber ido a verlo hasta el almacén, que quedaba más allá del barrio periférico Lasnamäe, cuando telefoneé a Ullo y él vino a vernos. Fue entonces cuando acordamos que íbamos a empezar a dialogar sobre el material que yo tenía de su vida. Yo tomaría notas de esas conversaciones («Te daré esas anotaciones para que las leas, como es natural...» «Pero ¿¿para qué?! No vas a empezar a chupar de ahí para extraer datos científicos, espero... Así que no veo la necesidad de verificar minuciosamente cada detalle que te cuente. Como mucho, tú lo que harás será destilar de ellos la parte más literaria...»)

En fin. Iba al trabajo en bicicleta en verano y en un trineo-patinete en

invierno, y por las tardes se quedaba allí, sentado en la oficina durante horas y horas después de la jornada laboral. Y le sorprendía estar tan satisfecho con su nuevo empleo.

—Ullo, por lo que me han contado, te ponías allí a escribir algo, por las noches...

—¿Y qué?

—¿Qué era?

—Nada. En todo caso, nada biográfico. Eso es ahora monopolio tuyo.

Más tarde me contarían que, en alguna ocasión, había cogido a su Liza y una botella de un vino extraordinario, de Crimea o de Grecia, y las había arrastrado consigo hasta la garita del gerente del almacén. También hay que decir que parece que sus jefes de la Liga estaban contentos con él. Pero, en cualquier caso, después de un año y medio (es decir, en el verano del 87) dejó el puesto de trabajo de improviso.

Yo me enteré varios meses más tarde. Cinco o seis de las sesiones en las que conversamos (ahora miro mis notas y compruebo que fueron cinco) tuvieron lugar sin haber establecido apenas una agenda concreta. La primera, a principios de primavera del 87, y la última, la quinta, a final de junio del mismo año. Cuando concluían las tres o cuatro horas que duraba el diálogo solíamos fijar la siguiente cita para continuar el proyecto. En la quinta sesión decidimos que lo llamaría en septiembre, después de las vacaciones de verano, porque me iba a ir de Tallin con la familia.

Estuve con mi mujer hasta principios de octubre de ese año en nuestra casa de campo de Kassari, en la isla de Hiiumaa. Tenía un plazo que cumplir pisándome los talones, pero el manuscrito ya estaba a medias. Cuando llegamos a Tallin a finales de la primera semana de octubre, aún no había puesto punto final a ese trabajo. Por supuesto, me acordaba de Ullo y de que teníamos que vernos para conversar. Nos quedaría material para cuatro o cinco sesiones más, pero no había nada que nos apremiase. La premura se derivaba en aquel momento del artículo sobre la filosofía de la conservación de bienes artísticos y culturales. Para las charlas biográfico-literarias de Ullo tenía tiempo ilimitado. O eso es lo que a nosotros nos pareció siempre.

No recuerdo quién fue el que me lo dijo en Tallin, pero el caso es que me enteré de que Ullo se había despedido de su empleo como gerente de almacén un mes o dos antes. Yo pensé que entonces ya nada impedía que nos reuniéramos a charlar sobre su vida sin límites de tiempo.

Una mañana soleada de principios de noviembre, salí del estudio de nuestro ático del casco antiguo y me quedé de pie en el balcón de ladrillo, que apenas tenía seis metros cuadrados, bajo la alta techumbre de ladrillo. En la calle, los arces ya habían perdido la mitad de su follaje y el viento había transportado hasta el suelo de cemento del balcón unas hojas de color óxido. Me quedé allí de pie unos segundos y Ullo me vino a la mente de pronto. Me acordé de que no le había llamado y pensé: «Puede que me acuerde justo ahora de él porque nuestra última entrevista, la de junio, la hicimos precisamente aquí, sentados en dos sillas de playa de rayas...». Entonces escuché el sonido del teléfono, que se colaba por la puerta que había dejado abierta. Entré con tanto ímpetu que metí de un puntapié en el estudio unas hojas de arce que había en el suelo del balcón, y escuché el crujir de esas hojas ateridas por encima de la llamada del teléfono...

Al aparato estaba Ullo:

—Quiero verte.

—Yo también a ti. Ven.

—No.

—Voy yo a Erbe. ¿Cuándo?

—No.

—Ullo, ¿qué te pasa? Hablas como si estuvieses bajo tierra. A ver, ¿dónde estás?

—En Seewald.

Contestó sin tardanza. No mostraba signo alguno de desconcierto, y la falta de emoción en su voz resultaba extraña. Además, al contrario de lo que yo habría esperado, tampoco encontré tinte de humor alguno en sus palabras. Porque, si estaba donde decía que estaba, no podía tratarse más que de alguna maniobra de autodefensa...

—Hmmm... Me han contado que ya no trabajas. ¿Hay alguna relación entre estas dos cosas...?

—No. Departamento 2. Habitación 76.

Y colgó. O bien le quitaron el auricular y lo colgaron. Yo me pregunté algo que en aquella época no resultaba ni mucho menos inconcebible: «¿No estará detrás de todo esto el KGB, de una manera u otra?». Era muy probable que así fuese. Yo no sabía si Ullo se relacionaba con el movimiento de defensa del legado artístico y cultural, pero dos semanas antes habían prohibido un encuentro de los delegados de los clubes de protección del legado cultural de

Estonia que iba a celebrarse en Tarvastus. Lo habían prohibido de manera tan tajante que todo el entorno de campos de trigo y de centeno, y por supuesto también de patatas, desolados por completo salvo las huellas de las cosechadoras que los surcaban, se llenaron durante dos días de individuos vestidos con monos y chaquetas azules que iban a recoger patatas. Y por los bosquecillos se empezaron a pasear entomólogos con redes cazamariposas en ristre y pistolas automáticas. Así que tenía mis motivos para pensar que la sorprendente presencia de Ullo en el psiquiátrico de Seewald podía estar relacionada con el KGB.

Me quedé una hora allí. El parque del hospital era todavía casi tan idílico como cuarenta años antes, cuando me había paseado por él por vez primera (y, hasta ese momento, también última) en busca de aquel médico psiquiatra, el doctor Viidik, que me había prometido informarme de cómo librarme de la leva para la SS Legión. Después de la consulta, me llevó a dar una vuelta de reconocimiento por las diferentes plantas. No llegamos hasta las de los casos más severos, de manera que los recuerdos que logro rescatar de las diversas salas del edificio no son de rostros demacrados, apáticos y abotargados, sino de la frescura del parque que contrastaba con el ambiente cargado del interior de las salas, y sobre todo del diseño singular que tenían los pomos de las puertas, que permitía utilizarlos pero que impedía que uno se quedase aferrado a ellos...

El número 76 de la sección 2 era en aquel tiempo, en el otoño de 1987, una sala civilizada para internos con habitaciones individuales. Yo pensé que tal vez su Liza se hubiera ocupado de que lo llevaran allí. Me quedaba claro que en ese lugar iban a tratarlo bien, lo cual no era la tónica general en los hospitales de entonces. La enfermera que me condujo hasta la habitación, una pizpireta muy amable, cerró la puerta tras de sí discretamente.

Ullo estaba sentado o, mejor dicho, tumbado en una cama de hierro pintada de blanco. Llevaba el pijama gris de los internos del hospital. Había apartado la mantita de franela y me miró sin reconocermme, con la cara cubierta de un ligero sudor pese a que la ventana (una ventana con rejas, por supuesto) estaba abierta de par en par y que en la sala reinaba una temperatura propia de una mañana de noviembre. Así que, antes que nada, dije:

—Escucha, voy a cerrar la ventana lo primero... —Y me dispuse a hacerlo.

—Ciérrala. Para que podamos hablar.

Comprobé asustado que, de nuevo, eran las mismas señales. Un brote de

psicosis paranoica. De nuevo, una manía persecutoria. Pero que justamente le pase a él... Es algo realmente increíble...

Cerré la ventana.

—Pero, después, ábrela de nuevo. Tampoco quiero que esto sea una incubadora —dijo Ullo.

—De acuerdo... —Me senté en un taburete—. Para empezar, ¿por qué dejaste el puesto en el almacén de la Liga?

—Por hartazgo.

—¿Y cómo es que has acabado aquí?

—Vine por mi propio pie.

Paradójicamente, Ullo nunca había estado preso durante el régimen soviético. Y por eso yo no tenía claro si estaba parodiando la insensatez que se practicó durante décadas en las cárceles soviéticas, donde a los presos que tenían que firmar los documentos en los que constaba que los habían llevado en tal y cual fecha a tal y cual sitio les dejaban poner «Vine» en lugar de «Me trajeron». Pero puede ser que en la respuesta de Ullo no hubiese ningún tono de parodia.

—Y ¿qué te ha pasado?

—Una intoxicación.

—¿Estás aquí por una intoxicación?

—La intoxicación genera daños psicológicos.

—¿Qué tipo de intoxicación?

—La sustancia que la originó es el acetileno.

—¿¡Pero si de eso hace veinte años!? Y tú llevabas máscara mientras hacías el trabajo...

—Sin esa máscara me habría muerto hace veinte años.

—¿¡Y ahora que llevas ya veinte años alejado del acetileno...?!

—Es un veneno que se acumula en el organismo. Y que en ciertas condiciones químicas... estalla, por decirlo así.

—¿Qué quieres decir con eso de «en ciertas condiciones químicas»?

En ese momento llamaron a la puerta y la enfermera, la misma pizpireta que antes me había conducido hasta allí, entró. Llevaba una bandeja con un cuenco de puré humeante. Ullo chilló, casi enloquecido:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡¡Déjenme un minuto en paz!! —Y he de confesar que fue exactamente ese chillido y ese arranque de ira irracional los que me quitaron la venda de los ojos y me indicaron hasta qué punto estaba enfermo

y también físicamente débil. La enfermera (en esos sitios, están acostumbradas a todo) esbozó una simpática sonrisa y se volvió hacia mí para decirme:

—Intente hablar con él. Así no puede seguir. Lleva dos semanas sin probar bocado. Si sigue en huelga de hambre, habrá que empezar a alimentarlo artificialmente. Eso tampoco le va a resultar agradable. Intente convencerlo...

Ullo agitó la mano para ahuyentar a la enfermera y me pidió:

—Comprueba que deja la puerta bien cerrada.

Cuando lo hice y él se convenció de que la puerta estaba cerrada, abrió el cajón de su mesita de noche con un movimiento rápido y brusco y sacó una cosa que parecía un cuaderno escolar con las tapas de cartulina azul. Me lo entregó diciendo:

—¡Métetelo en el bolsillo!

—¿Qué es? —Doblé por la mitad el cuaderno y me lo metí en el bolsillo la chaqueta.

—Mi contribución a tus anotaciones. Léelo en casa. Y haz con ello lo que quieras.

—Pero, escucha..., ¿qué querías decir con eso de que el acetileno estalla en ciertas condiciones químicas? —pregunté.

Entre susurros y medio displicente, quizá con una pizca de coquetería, me dijo:

—¡Bah!, no quieras enterarte. Con una cierta mezcla de gases.

—¿Y qué gas es ese...?

Todavía en susurros, pero por primera vez durante todo nuestro diálogo con una sonrisita irónica, dijo:

—Futurio. Venga, vete de una vez.

—De acuerdo. Dale las gracias a tu médico por haber hecho una excepción conmigo. El viernes es el próximo día de visitas. Vendré a verte —dije, levantándome del taburete.

En cuanto acabé de hablar hizo un gesto con la mano, mostrando la puerta; un movimiento muy laxo que yo no supe interpretar. Pensé que podía estar extendiendo la mano para que se la estrechase, pero hacía cincuenta años que no nos saludábamos de aquella manera. Le tomé la mano. Me extrañó y me desasosegó lo flácida y fría que estaba. También lo ajena que la sentía. Entonces me di cuenta: aquel manoteo no indicaba que quería estrecharme la mano y despedirse, sino sencillamente...

Antes de meterme en el autobús en la parada que había delante del parque, pasé por la consulta del doctor Rohtla, en el edificio principal, y presentándome como un antiquísimo amigo de la familia, le pedí que me concediera el privilegio de decirme lo que pudiese sobre Ullo.

Era un chaval de pelo rojo y rizado, con una pecosa nariz de comadreja y un aspecto inofensivo, bajo el cual se ocultaba uno de los mejores especialistas de su exigente área de la medicina:

—¿Ullo Paerand...? Un caso de lo más interesante. Lo que cuenta del envenenamiento con acetileno, si es eso lo que le ha contado..., es, claro está, fantasía al noventa y cinco por ciento.

—Vaya, ¿solo al noventa y cinco...? —inquirí.

—Bueno —dijo el doctor Rohtla con los labios fruncidos—, digamos que al noventa y nueve...

—O sea, ¡¿que no al cien?! —

—Ya sabe usted... En medicina, los límites de las cosas no suelen ser absolutos...

—... Ya, por ejemplo los de la muerte... —tercié.

Él me respondió, alargando mucho las sílabas:

—También esos: rara vez están tan claros como suponemos. Ni tampoco están donde nosotros los colocamos, ya que hablamos del asunto... Pero, en fin, que el cuento del acetileno lo damos por una fantasía. Aunque también tiene otras distintas.

—¿Por ejemplo?

—¿Por ejemplo? En la pared blanca de su habitación, delante de su cama, según él hay a veces una pantalla. Detrás de su cabeza hay un proyector que lanza imágenes sobre la pantalla.

—¿Y qué representan esas imágenes?

—Ondas de radio. Señales de algún tipo. Algunas veces, también personas. Una vez dijo que había hablado con Churchill...

Yo esbocé una sonrisa:

—Churchill lleva más de veinte años muerto...

El médico levantó en el aire su rosada mano:

—Pues ahí tiene la relatividad de la muerte... —Continuó, cambiando el tono—: El diagnóstico de su amigo Ullo es alguna especie de esquizofrenia. Estamos todavía en proceso de diagnóstico, pero también está muy enfermo del corazón.

El viernes que había prometido visitar a Ullo no pude ir al psiquiátrico. No me acuerdo de qué me lo impidió. Con la perspectiva del tiempo, no puedo evitar preguntarme si sería realmente alguna ocupación, alguna tarea u otra obligación, o más bien, sencillamente, la cobardía de enfrentarme al fingimiento imprescindible. Porque esa necesidad surgiría de inmediato, en cuanto él quisiese empezar a hablarme de las ondas de radio que veía en su pantalla... Es posible que también pensase yo que tal necesidad aumentaría exponencialmente de encontrarme en el hospital con la mujer de Ullo. Pensaba que de darse tal situación experimentaría una desorientación aún mayor, pues no sabría cómo comportarme para estar a la altura de las circunstancias. El miércoles de la semana siguiente me llamó su mujer. Entre los sollozos, no reconocí la voz femenina antes de que me dijese su nombre. Ullo había muerto en la mañana del día anterior. A consecuencia de dos infartos consecutivos.

Es fácil imaginarse la magnitud de mi conmoción, que en realidad fue aún mayor de lo que habría cabido esperar. Farfullé unas palabras de pésame y pregunté con la lengua trabada cuándo había tenido el primer infarto, puesto que yo no había oído ni una palabra de ese asunto. Su mujer o, ¡dios bendito!, ya su viuda, me dijo gimoteando que a ella tampoco le habían dicho nada, que los rastros del primer infarto solo habían salido a la luz después, en el hospital, cuando le hicieron el electrocardiograma...

El entierro de Ullo se desarrolló imperceptiblemente, como era habitual, en la vieja capilla del cementerio. Fue un entierro laico y, según la costumbre de la época, no se habló de nada personal ni se pronunció ningún discurso. Sonó un dúo de violines desafinados y un par de docenas de personas ataviadas con ropa barata de color gris se reunieron en torno al ataúd. Las mismas personas (más de las que yo habría esperado) acompañaron después al féretro bajo el sol de final de otoño hasta el panteón familiar de los Berends, que estaba rodeado por una vieja muralla recubierta de una película de musgo verdoso, y vieron cómo lo enterraban al lado de su madre, con el montículo de arena amarilla resultante de excavar el hoyo centelleando entre ambas tumbas.

Entre las varias decenas de personas que allí se congregaron había algunos compañeros de clase de Ullo en Wikman, cuyas caras envejecidas reconocí, y desde luego también habría otros compañeros a los que no reconocería. A buen seguro, también asistiría gente de la fábrica de maletas y del club filatélico, y algún coleccionista.

La mujer de Ullo estaba triste, como es natural, pero también muy entera. Cuando le estreché la mano después de encender las velas en torno a la sepultura, respondió cordialmente al apretón y pronunció unas palabras con las que parecía darme el pésame: «¡Oh, lo entiendo bien...! Eran ustedes amigos desde hace tanto tiempo...», lo cual me forzó a pensar, avergonzado: «¡Qué vas a entender tú...! Si yo mismo no entiendo bien hasta qué punto todo ha sido...». Y, cuando me vio apartarme de la sepultura y se dio cuenta de que iba a regresar a Tallin, me gritó: «No, no, ¡venga con nosotros al convite del funeral! Es aquí al lado...».

Y allí al lado era, en un restaurante chiquito que había a unos cien pasos de la cancela sur del cementerio. Daba la impresión de que todos, tanto hombres como mujeres, habíamos calculado mal la temperatura que haría hacia el mediodía de aquella jornada de otoño, así que nos habíamos quedado fríos mientras esperábamos al lado de la sepultura. Y los que bebimos vodka blanco lo hicimos estremeciéndonos y moviendo los hombros, sintiendo al mismo tiempo cómo nos desentumecíamos poco a poco. Así lo hicimos yo y otro de los acompañantes del féretro, que estaba a mi lado.

Era un hombre considerablemente más joven que Ullo y que yo que estaba entre la mitad de los asistentes que yo no conocía, pero el impulso del primer brindis nos permitió superar rápidamente la inhibición inicial.

Más bien bajo, de unos cuarenta años, a primera vista me resultó relativamente insulso. He olvidado el nombre de mi vecino, aunque recuerdo la primera impresión que tuve de él. Tanto su cabeza como su cara eran tan redondeadas y lisas que parecía que las hubiesen tallado. Pero parecían talladas en una madera particularmente tenaz. Los ojillos, de un gris desvaído, se iluminaban de repente y cobraban vida. Se expresaba con una coherencia insólita. Resultó ser uno de los compañeros de trabajo de Ullo en su último empleo. No, no, no trabajaba en el almacén de material, sino que era de la directiva de la Liga de Editores. No entendí del todo cuál era su cargo, pero poseía una buena panorámica del paso de Ullo por la Liga.

Añadiré que, en nuestra sociedad, se dan ciertas fricciones entre la vieja y la nueva generación. Quien no logra encontrar una explicación mejor lo llama conflicto intergeneracional y va cacareando por ahí ese término. Aunque el conflicto también se da, en nueve casos de cada diez se trata únicamente de tensiones orgánicas y normales. En algunos casos y en determinados sitios, estas pueden llegar a ser más fuertes que en otras épocas y que en otros

lugares. Aquí, en la cornisa báltica del este de Europa, seguramente se está dando ahora mismo una tensión particularmente intensa, ya que la frontera que separa biológicamente las generaciones coincide en nuestro caso, de manera aproximada, con el ámbito que abarcan nuestra capacidad de recuerdo y nuestra educación. Por un lado están aquellos que han visto extinguirse la visión del mundo con la que crecieron, y por otro lado aquellos para quienes ese espacio de memoria es solo un hueco ruido de fondo. Dicho esto, hablar o escribir sobre un conflicto singular entre las generaciones de nuestro país es un discurso filosofizante, la serpiente de verano de nuestro periodismo.

Visto desde la perspectiva de la vieja generación, la actitud de los jóvenes con respecto a nosotros se manifiesta, en tanto que complejo de inferioridad, de dos maneras: o bien en forma de superioridad, o bien, según la sensibilidad particular de cada individuo, de servilismo. Yo diría que siempre predomina uno de los dos elementos en la actitud de cada cual. Cuanta más inteligencia emocional se tenga, más tímida e imperceptiblemente se manifestará todo esto.

Mi vecino durante el convite del funeral de Ullo era, sin duda, un hombre muy inteligente, con lo cual no hay que pasar por alto su ligero servilismo con respecto a Ullo y las personas de su generación. Además, hay que tener en cuenta el contexto en el que tuvo lugar nuestra conversación; al fin y al cabo, estábamos en un banquete funerario. Pues bien, después de beberme tres tragos le pregunté si sabía algo sobre las razones que habían llevado a Ullo a dejar su empleo. Enseguida me lo aclaró:

Sí, evidentemente. Detrás había todo un escándalo. En sí fue un pequeño escándalo, pero trascendió, así que se enteró todo el mundo en la Liga. Por lo menos, todo el mundo a partir de un cierto grado de responsabilidad.

—Mire, yo tampoco sé cómo se haría el inventario general cuando Ullo empezó a trabajar en el almacén... —siguió diciendo mi vecino.

Entonces, yo pensé, sintiéndome hondamente incómodo: «¿Tú también, Bruto? ¿Será posible que también tú, Ullo, acabases metido en un asunto sucio de dinero?».

Él continuó así:

—Hay que decir que asumió la responsabilidad del almacén según el reglamento. Durante seis meses, sus jefes estuvieron contentísimos con él. Así fue hasta que, creo que un año después de empezar en ese puesto, uno de

los transportistas presentó ante la Liga una reclamación de contabilidad relacionada con alguna mercancía. Lo llamaron de la directiva para que fuese al almacén y le preguntaron qué cantidad había en el almacén de esto o lo otro, pongamos por caso de pintura blanca de cinc, según el inventario. Él respondió que 1411 kilos. Pero cuando fueron de la Liga para comprobarlo, resultó que, aunque, efectivamente, había 1411 kilos de color blanco cinc en el almacén, eso no constaba en el inventario. Bueno, tampoco es que faltase. Porque no podía faltar. Lo que faltaba era el inventario en sí. Sí, precisamente eso es lo que sucedió... Se descubrió que el camarada Paerand no llevaba un fichero para catalogar la mercancía...

Entonces uno de nuestros compañeros de mesa, que estaba sentado en diagonal respecto a nosotros y que resultó ser uno de los trabajadores de la Liga, nos interrumpió. Trató de corregir lo que decía mi vecino:

—Escúchenme, Paerand sí que tenía un fichero o algo parecido, al menos un librito de bolsillo, eso por descontado...

Pero mi vecino lo contradijo, erre que erre:

—¡No lo tenía! ¡Precisamente eso es lo que no tenía! Yo me interesé especialmente por el caso. Vamos, que tenía un fichero en algún archivador, eso sí que es cierto, pero era un fichero antiguo, no actualizado, que reflejaba el estado de las mercancías hasta que él empezó a trabajar. A partir de ese momento, no había añadido ni una coma. Una vez llegaban a Estonia, los movimientos de mercancías solo dejaban huellas en un sitio: la cabeza de Paerand. Como comprenderán, aquello causó un revuelo espantoso. El director de la Liga declaró que Ullo debería ir a la cárcel. Entonces empezaron a investigar cuánto había robado en todo ese tiempo y, paulatinamente, se descubrió que, por decirlo gráficamente, hasta el último medio miligramo, hasta la última partícula del material almacenado en las naves, seguía allí. Tanto físicamente allí, en el almacén, como en la cabeza del gerente del almacén, grabado hasta el último *n*-gramo. Todo. Incluida la última laminilla de pan de oro. Al final, dejaron que el camarada Paerand hiciese sus alegaciones. Yo mismo estuve allí, durante ese careo. El director de la Liga dijo, con su tono más severo, y sabemos lo desagradable que podía llegar a ser: «Escuche, Paerand, ¿qué lío ha montado usted aquí?!». Hizo que los inspectores llevasen hasta su mesa los ficheros del inventario y se lo puso a Ullo debajo de las narices. «Antes no daba crédito a lo que veían mis ojos... ¿Es que no ha transcrito aquí ningún dato, en dieciocho meses?!»

¡¿Qué quiere decir esto?!» Pero él, Paerand, que en paz descansa su alma... —dijo mi vecino de mesa, con el entusiasmo chispeándole en los ojos—. ¡Él tenía una teoría preparada para sacársela de la manga! «Mire, en mi generación no hay personas con una presencia de ánimo semejante... —Y, a continuación, preguntó—: ¿Para qué sirven los ficheros?» Dígame usted, ¡¿quién de nosotros preguntaría algo así?! Pero Paerand se respondió a sí mismo: «Pues para garantizar que haya una correspondencia entre lo que se piensa que hay y lo que realmente hay en el almacén. ¿Y qué se garantiza con una de estas? —Extendió la mano y agarró una de las fichas grisáceas del catálogo, le echó un vistazo, la rompió en cuatro trozos y se la metió en el bolsillo—. Pues bien, ¿qué garantiza esto? 177 kilos de cuero vegetal rojo oscuro que sobraron después de encuadernar los discursos del camarada Gorbachov. ¡Zas! En el almacén están, pero aquí... ¡ya no! ¿Y qué hacía falta para provocar esa disparidad? ¡Solo un movimiento de mano! Un acto vandálico de poca importancia. Sin embargo, si la organización utilizase la cabeza del gerente del almacén en lugar de un inventario de fichas..., para provocar esa disparidad haría falta cometer un asesinato. A fin de que las mercancías estuviesen mejor custodiadas. —Se rio enseñando mucho los dientes—. Pero, para que ustedes no se sientan tentados... —Y colocó su carta de dimisión encima de la mesa del director—. Sepan ustedes que afirmaré hasta la muerte que ¡en nuestra generación aplastada no hay hombres de esa clase!».

Ahora solo queda hablar de ese cuaderno de papel cuadriculado y cubierta azul que depositó en mis manos cuando nos vimos por última vez. Unas cuantas páginas manuscritas con letra menuda. Con el paso del tiempo, el papel se ha puesto amarillo y se ha corrido algo la tinta, desfigurando la caligrafía.

Por supuesto, yo lo leí de cabo a rabo de inmediato, en cuanto me lo dio, y una vez más después del entierro de Ullo. Luego, desapareció bajo algún montón de papeles y, confesémoslo, olvidé que existía. Cuando, siete u ocho años más tarde, empecé a proyectar esta historia de la vida de Ullo Paerand, junté todos los papelotes que había en mi cajón que podían estar relacionados con él, incluido el cuaderno de tapas azules. Y me di cuenta de que esas palabras tenían que encontrar acomodo entre las páginas de este libro. Al principio me parecía que el texto de Ullo también requeriría un comentario mío que lo acompañara en estas mismas páginas, para aclarar cómo llegó a mis manos. También le debería al lector una explicación acerca de cómo ha de entenderse el texto de Ullo (al menos, según yo lo leo). Sin embargo, paulatinamente fui renunciando a esa idea. Porque, ¿qué habría podido añadir yo? Aparte de mis glosas, que no pasarían de ser precisamente eso, y que por su propia naturaleza no pueden constituir más que intentos de bombardear el territorio interpretativo del lector con interpretaciones elegidas por mí mismo. Y, ¿acaso tengo yo derecho a eso? ¿No me he arrogado ya ese derecho a lo largo de todo el relato anterior, dando casi por sentado que podía hacerlo en la historia entera de Ullo? No, no, imprimiendo aquí el texto tal cual Ullo lo escribió, me ahorro cualquier interpretación por mi parte. Así pues:

Al principio, me pareció que podía ser un paisaje de los de Maurice de Vlamincki. Por fuerza tenía que haber visto alguno de esos en la infancia, aunque haya retenido solo una imagen difusa. Sobre su vida, la vida de Vlamincki, no sé nada, en realidad, porque su libro de memorias Tournant dangereux no se consigue en este país, así de simple. Por eso, no sé si el

título se refiere a un meandro peligroso o a una maniobra peligrosa o a un giro peligroso.

Creo que, de todos modos, no representa el contorno de un meandro, sino que más bien sería un río en general, o un estuario, aunque podría ser también un golfo. Fluiría de izquierda a derecha e iría expandiéndose y, en algún punto hacia la derecha, ya en el exterior del cuadro, el río desembocaría en el mar, o bien el golfo se estrecharía e iría penetrando en la tierra de derecha a izquierda. El fondo del golfo quedaría a la izquierda, fuera del cuadro. En el agua, que no se sabe si es de río o de mar, predomina un color amarillento con zonas ligeramente azuladas, y la superficie está muy calmada. La han pintado de manera que, vista desde la izquierda, da la impresión de estar barnizada o repintada de blanco por encima (probablemente, lo estaba), pero contemplándola desde la derecha da lugar a una alucinación visual perfecta: el agua no solo está húmeda, sino que circula, está viva. De modo que se percibe claramente cómo la figura que va avanzando y bajando por la herbosa orilla y subiendo luego por fragmentos de arena de una brazada y atravesando franjas de agua de un pie de largo, y que seguiría avanzando hacia el fondo del golfo, va tomando corporeidad y transformándose poco a poco en un ser etéreo.

Pero yo no me bajo del montículo de la orilla, sino que permanezco de pie en el sendero y miro a mi alrededor con desapego.

Una vez remontados los ciento cincuenta metros que tiene el curso del río, o del golfo, encaramados a las elevadas orillas de tonos verdigrises, aparecen unos edificios grisáceos y amarillos parecidos a los de aquí. Por lo general, son bajos, con áticos en los tejados. Tiene aspecto de ser una aldea, puede que un barrio periférico que va urbanizándose hacia el oeste. Yo recorro a pie la cresta de la colina que bordea el agua, en dirección al fondo del golfo (o del estuario) y ahí es donde empiezan a salirme árboles al paso. Sin excepción, parecen árboles de hoja perenne. Altos, sin ramas en la parte de abajo, talludos, como los que hay en países más meridionales que el nuestro, con copas que crecen más a lo ancho que a lo largo. Si nos guiamos por su aspecto, podrían ser japoneses. Ahora, a la sombra de estos árboles estrafalarios, aparece un objeto familiar hasta la médula: un banco blanco, de los que hay en los bulevares.

Es casi idéntico a un banco que en tiempos hubo en el bulevar de Kaarli. Aprieto el paso, casi corro para llegar hasta el tan conocido banco, saltando

por encima de los charcos relucientes que hay en el camino de tierra (ha llovido por la noche), y entre los charcos de agua de lluvia hay un charco de sangre que resplandece y que salto en mi viaje hacia un tiempo pretérito... Al cabo, me siento en el banco.

Trocitos del río (o mar) matutino surgen intermitentemente entre los árboles. Yo me siento. Y siento, o me imagino que siento... Bueno, por supuesto solo me imagino que siento lo que sigue: que el banco se ha mojado con la lluvia de la noche anterior. Siento en el trasero y en la espalda el helor húmedo que atraviesa la tela fina de mis pantalones y de mi camisa. Llevo unos zapatos finos que también se han mojado al atravesar los charcos del bulevar, y tengo los pies húmedos, aunque no sea de meterme en el rutilante charco de sangre. Ese lo evité. Sé de quién era la sangre. Solo que no logro recordarlo. Mientras, espero sentado.

¿Qué? ¿A quién? Sí, eso, a que salga la abuela de la iglesia y a que se siente a mi lado. Nos sentamos los dos aquí una o dos veces. Cuando era un niño de seis años, en 1922. La regordeta señora Trimbek, con sus ojos azul celeste, que aseguraba haber hablado con Koidula cuando no era más que un pispajo. Y que me habló antes que nadie de los hocicoperros. Ahora ya no habla de ellos. Porque, ahora, ya los conocemos demasiado bien. Tanto la abuela Trimbek como yo.

Estoy sentado entre árboles desconocidos en un sitio desconocido en un banco que me resulta de lo más familiar. La abuela, por supuesto, no ha venido. O..., ¡dios mío..., llegó!

También en primer plano, entre el río o la playa y el bulevar, se ve una casa bajo el follaje de unos árboles que parecen pinos piñoneros, a juzgar por su silueta. Al principio, no les presté atención. Pero ahí están, sobre el fondo reluciente del mar, a la sombra de las amplias copas de los árboles. En un lado del bulevar hay una fila de tres puertas. Es decir, tres puertas de arco señaladas con mojones de piedra blanca. Por la puerta más apartada, que tampoco está muy lejos, se ve llegar a la abuela. Aunque, bueno, no se puede decir que venga ella. La traen. La conducen. En una silla de ruedas con los radios niquelados. Pero es ella. Lleva un sombrero y un abrigo negros y va erguida, a pesar de que ya esté algo encorvada. Gordita y robusta, igual que antaño. La silla de ruedas se dirige hacia acá y se va acercando. No logro distinguir quién va empujando la silla de ruedas de la abuela. Se trata de un hombre esquelético que casi podría ser mi hermano.

Mi hermano gemelo, si tuviese uno.

La silla de ruedas se va acercando. La miro, pero nada me asombra. Tampoco el hecho de que no me urja acercarme a mi abuela. Ni que ella, eso salta a la vista, no me haya reconocido. Porque, ¿cómo iba a reconocerme, si lleva cuarenta años muerta? Tampoco me asombra que, cuanto más se me acerca, menos familiar me resulta. Y, mientras lo pienso, su rostro va quedando oculto, entre las sombras que proyecta por arriba el sombrero negro y, por abajo, la bufanda blanca.

Entonces (eso tampoco me asombra) la silla de ruedas llega al banco en el que estoy sentado, y mi hermano gemelo levanta de la silla a la persona que, hasta cierto punto, sigo considerando mi abuela, y la coloca en el banco, a mi lado. Yo pienso: «Bueno, qué le vamos a hacer». No tengo manera de evitarlo. Lo que sí hago es moverme ligeramente para apartarme más de mi compañera de asiento. Aunque en mi parte del banco no quede mucho sitio. Tampoco quiero que mi compañera se dé cuenta de mis maniobras de alejamiento y, de pronto, me pongo a pensar: «¿Esto lo estoy haciendo porque, hasta cierto punto, sigo considerándola mi abuela, o porque, hasta cierto punto, ya no la considero tal?».

Y es entonces cuando, inopinadamente, me doy cuenta de que lo que hay en el banco, a uno o dos pasos de mí, esa abuelita desmadejada y tiesa al mismo tiempo, no lo es en realidad: ¡es un viejo abotargado! Lo que le cubre la cabeza, que al principio me pareció una gorra blanda de terciopelo, es (¡cómo pudo escapárseme!) un sombrero redondo, rígido, centelleante, y bajo la papada lleva una pajarita negra con el reborde blanco, con el cuello blanco de la camisa asomándole por encima del abrigo de manga ranglán. Los ojos del viejo apenas se ven, porque ha hecho una mueca para protegerse del sol y quedan ocultos entre los pliegues del entrecejo y las ojeras. Por eso, no veo sus ojos demasiado bien (al menos, no el ojo que queda cerca de mí), pero me figuro que estarán dotados de una capacidad fantástica para deslumbrar. La nariz del hombre es un pegote ridículo en el contexto de su cara, de rasgos más duros, y su ancha boca, en tensión, parece tratar de imponer cierta autoridad desde debajo, con el labio replegado. Eso le confiere a ese rostro redondeado, hierático y más bien romo una cierta seriedad...

Hace frío, es verdad, aunque seguramente sea principio de primavera, y el atuendo del viejo llama la atención, especialmente bajo el sol del parque. El

viejo me resulta completamente extraño. Con todo, consigo de alguna manera superar esa extrañeza cuando me pregunto: «¿No hay algo en él que me resulta una pizca familiar, pese a que todo indique que es un extraño? ¿O hasta más que una pizca?».

Como suele suceder en sueños, claro, enmudezco después de mi descubrimiento, en realidad para ahogar un chillido: «¡Es, sin duda, mi difunto padre!».

Solo que el hombre de poca estatura, casi esbelto y en cualquier caso muy ágil que era mi padre se ha convertido en estos cuarenta años en un tipo gordo, irreconocible. Y el genio de las quiebras económicas, célebre especulador, debe de haberse visto obligado por la fama que acompañará su nombre durante siglos a adoptar unos modales diferentes, que impongan cierta autoridad... (He de reconocer que no puedo saberlo con certeza, pero me invade esa íntima seguridad.) Estoy seguro, lo he decidido: si estoy aquí, y si ya se ha sentado en el mismo banco que yo, debo hacerle alguna señal...

Cuando apenas he abierto la boca, él se me adelanta. Ya pasa de los ochenta, pero sigue adelantándoseme. Se dirige a mí con una sonrisa guasona frunciéndole una de las comisuras de los labios y dice: «Joven, veo que usted acaba de llegar... ¿Puede que del norte? ¿O más bien del noreste? ¿De detrás del telón? ¿Y tiene usted profundos prejuicios con respecto a nosotros?».

No me reconoce. ¿Cómo iba a hacerlo, si no me ha visto desde que era un chiquillo? La última vez fue hace cuarenta años, durante unas pocas horas, en La Haya, o en Ipswich, ni me acuerdo de dónde. Yo le digo: «Yo no corrí ningún telón entre nosotros dos. Aunque, por cierto, no se trata tampoco de ningún telón, sino de un muro. Es el muro de la ignorancia. Yo no he construido el muro... (No podía tutearlo después de cuarenta años, así de simple, ¿sabes?...) ¡Fue usted quien construyó el muro y nos abandonó al otro lado, con toda la sangre fría! A mí, a mi madre, a todos nosotros...».

Él levanta sus zarpas rosadas en el aire, en un ademán de rechazo: «Estimado jovencito, no fuimos nosotros, ¡sino la historia de Europa! ¡La historia mundial!».

Yo dije: «¡No se esconda como un cobarde detrás de la historia! ¡No fue la historia, sino usted mismo! ¡Sus negocios despreciables! ¡Los traidores con los que usted trataba! Me doy cuenta de que me he puesto a soltar alaridos —: ¡Tú... tú... padre... nos entregaste, así de fácil...! —Y le sigo gritando—:

Padre..., ¡cuando estábamos juntos no bebías! ¡No fumabas! ¡Tira por lo menos ese cigarro lleno de babas que llevas en la boca! ¡Tira ese whisky! ¿O es que te crees que no sé dónde lo escondes? ¡Lo llevas en el orinal, debajo de la silla de ruedas! ¡Tíralo al mar con orinal y todo, o al río, o a donde sea que me hayas traído! Si no lo haces, no podemos seguir adelante. Y si tienes otros hijos (mis medio hermanos o medio hermanas) (puede que ya haya visto a uno de ellos) chillales para que vengan hasta aquí y reconoce, padre, que eres culpable, culpable, culpable..., porque, antes de eso, no puedo pensar en reconciliaciones...».

Se queda callado. Me mira de una manera que me hace sentir vergüenza. Me despierto con un sobresalto. Paso de una fase a otra del sueño. Él no está. El día anterior ya no está. El banco blanco está vacío. Pero la angustia del sueño la siento todavía.

Termina esto tú. Si sabes. Yo no sé. Soy de los que dejan todo a medias. Es de risa.

Sé que empezarás enseguida a hablar de las desviaciones derivadas de los conflictos padre-hijo. Y de las injusticias individuales que surgen irremediamente de estos conflictos. O del poder corrosivo que tiene el veneno de la decepción, que nos impide ver las cosas con claridad, emborronándolas... Solo dios lo sabe. Puede que sea cierto, que papá Berends estuviese más o menos libre de culpa en lo que se refiere a nuestro destino. Y que fuese Roosevelt el culpable de todo. Sí. ¿Sabes?, me han dicho hace poco, justo antes de que me metieran aquí, en el manicomio, que en los Estados Unidos era por todos conocido que Roosevelt le habría propuesto a Stalin, ya antes de Teherán, que su país apoyase la difusión del socialismo en la India. Porque sería despótico, pero al fin y al cabo también ilustrado y socialista y, como tal, mucho más aceptable que el imperialismo feudal de los británicos que se estaba extendiendo por la zona...

Así que, imagínate, en ese plan, ¡qué no dirían de Estonia y del este de Europa!

Pero, gracias a dios, ahora sé que no tengo ninguna necesidad de ir poniendo estas cosas en la balanza de precisión, cual boticario que prepara sus fórmulas. Es cosa tuya, ¡preocúpate tú!

Aunque... ¿qué clase de tribunal podría liberar a alguno de nosotros de esa obligación?



NOTAS

1. En la década de los treinta del siglo pasado, muchos estonios con apellidos alemanes cambiaron la grafía de los mismos a fin de «estificarlos» o «estonianizarlos». Ullo y su madre no fueron una excepción en este sentido y se acogieron a esta política, que trataba de fomentar la integración en la sociedad del país. *(Todas las notas son de la traductora.)*
2. Alexander Kerenski, líder de la facción moderada del Partido Socialista, fue una figura clave de la revolución de febrero que destronó al zar Nicolás II. Fue ministro de Justicia en un Gobierno que duró poco, hasta la revolución bolchevique de octubre.
3. Nombre que recibía el «comandante supremo de todas las fuerzas alemanas en el Este» durante la Primera Guerra Mundial.
4. Rolly responde educadamente al saludo ruso, «*zdravstvuitje*», mientras que si se le saluda en estonio, diciendo «*tere*», responde orinando a los pies del interlocutor. Evidentemente, se trata de un comportamiento para el que lo han adiestrado amos rusos y que demuestra el desprecio que estos sienten por sus vecinos estonios.
5. Hija de Johan Voldemar Jannsen, uno de los primeros editores de periódicos del país, Koidula también estuvo entre las primeras voces que compusieron poesía en lengua estonia. Educada en Pärnu, se trasladó luego a Tartu, donde se la conocía por el sobrenombre «Rui señor del Emajõgi». Se casó con un militar letón germanizado que la llevó consigo a una isla cerca de San Petersburgo donde estaba destinado, lo cual resultó desastroso para la salud y la creatividad de la escritora. Sus poemas, muchos de los cuales se han convertido en canciones patrióticas, gozan de enorme popularidad en Estonia.
6. *Ulitsa* significa «calle». Koidula habla en estonio y deja caer esa palabra en ruso en su discurso.
7. Mati Unt (1944-2005), novelista y director teatral estonio. En la década de 1960, llevó la posmodernidad a la prosa estonia. Su novela *Sügisball* fue adaptada con gran éxito al cine por el director Veiko Õunpuu.
8. «¡Despiértese!», en ruso en el original.
9. *Rollstuhl* significa «silla de ruedas» en alemán.
10. «Tú, mosquita mía, mosquita mía...»
11. «Mosquita, cuéntame algo.»
12. «Cuéntame algo más», en alemán en el original.
13. «Tú, tú eres la mosquita de la espada.»
14. Anton Hansen Tammsaare (1878-1940), intelectual y literato cuya pentalogía *Verdad y justicia* está considerada por sus contemporáneos «la gran novela estonia».
15. Parlamento estonio.
16. «Enebro».
17. «Cerebritito», en alemán en el original.
18. En alemán en el original.
19. En estonio «diablo». En este sentido, Ullo no es una excepción, pues el estonio es una de las lenguas en las que se invoca al diablo en numerosos juramentos, insultos e imprecaciones considerados peor sonantes que otras palabrotas de contenido explícitamente sexual o escatológico, por ejemplo.
20. Acrónimo ruso de Naróдни Komissariat Vnútrenni Del o Comisariado Popular de Asuntos Internos, institución que en la URSS asumía funciones correspondientes al Ministerio del Interior (aparte de asuntos policiales y de seguridad, vigilancia fronteriza, transporte y bomberos, entre otros).
21. *Su corazón está tan fatigado de ver pasar los barrotes / que ya no aguanta más. / Siente como si hubiese mil barrotes / y, tras los barrotes, no hubiese mundo.*

22. «*El barco blanco. Cuentos estonios*», en inglés en el original.
23. Betti Alver (1906-1989), poeta estonia. Su posmodernidad ha sido comparada con la de T. S. Eliot. En 1936 publicó el poemario *Tolm ja Tuli (Polvo y fuego)*, con el que obtuvo un gran éxito, pero cayó en desgracia cuando su marido Heiti Talvik fue encarcelado y enviado a Siberia. Fue persona *non grata* durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta. Volvió a publicar en los sesenta, inicialmente una traducción de *Evgeny Onegin*, de Pushkin, y más tarde poemas en una clave más intimista.
24. *Quien está destinado a ello, acaba entre tinieblas / pese a su afán terrenal: / yo, por ejemplo, soy aún jurista / ¡y a eso se le llama vida!*
25. Kristjan Jaak Peterson (Riga, 1801-1822), poeta estonio, figura fundacional de la poesía estonia y considerado heraldo de la literatura nacional del país.
26. «Pedo», en estonio.
27. «Calizo, calcáreo», en estonio.
28. Rana verde.
29. En junio de 1940, con pretextos inverosímiles (la supuesta amenaza que suponía para la seguridad de la Unión el entente báltico), la URSS invadió las tres repúblicas sin encontrar resistencia militar. Los comisarios soviéticos nombraron tres Gobiernos-títere encabezados por hombres de confianza de Moscú: Paleckis en Lituania, Kirchenstein en Letonia y Vares-Barbarus en Estonia.
30. «Nosotros observamos todo el tiempo, claro, los logros de nuestros valerosos y pequeños vecinos... (en especial en el ámbito cultural).»
31. «Señor doctor, querido mío», en ruso en el original.
32. Oskar Luts (1886-1953), novelista estonio. Su novela *Kevade (Primavera)*, publicada en 1912, y sus tres secuelas forman la «serie de las estaciones», que narra la vida cotidiana de los alumnos de una escuela rural de la parroquia de Palamuse, en el centro de Estonia, y forma parte del imaginario colectivo del país, puesto que lleva décadas siendo lectura obligatoria en todos los colegios, además de que fue llevada al cine con gran éxito en la época soviética.
33. Virumaa es una provincia situada en la zona centro-septentrional de Estonia. Se extiende a lo largo de la costa entre la provincia de Harju, donde está situado Tallin, y la frontera con Rusia.
34. «¿Nombre? ¿Patronímico? ¿Año de nacimiento? ¿Categoría? ¿Años de condena?», en ruso en el original.
35. *Creación Artística*.
36. La iglesia de San Olaf (*Olevistekirik*), construida en el siglo XII, fue el epicentro de la comunidad escandinava en Tallin antes de que la ciudad fuera conquistada por Dinamarca en 1219 (el nombre actual de la capital, Tallin, significa «ciudad de los daneses»). Según fuentes controvertidas, el campanario de Oleviste habría sido el más alto de Europa entre 1549 y 1625. Sean ciertas o no estas afirmaciones, han generado un caudaloso folclore de leyendas y mitos urbanos.
37. «Pillo», en italiano.
38. Terra Mariana, denominación latina del territorio conquistado en las Cruzadas por las órdenes militares teutónicas y danesas, que entre 1207 y 1561 comprendía las actuales Estonia y Letonia y que en las fuentes consta también como Confederación livonia o Livonia medieval.
39. «¡Abre! ¡Abre!», en ruso en el original.
40. «Doctor en ciencias ocultas de la corte», en ruso en el original.
41. «Moscú, capital del mundo», en ruso en el original.
42. *Arthur Valdes* (1916) es una falsa biografía del escritor homónimo, donde Tuglas recogió muchas de sus experiencias autobiográficas durante la época en la que vivió en París con pintores estonios como Nikolai Triik o Konrad Mägi. Más tarde, escritores como August Gailit, Jaan Kroos o Toomas Vint han utilizado el personaje de Valdes en sus creaciones literarias.
43. Alcohol de mala calidad comercializado en la época de la ocupación alemana, entre 1941 y 1944,

- denominado así por Hjalmar Mäe, jefe del Gobierno autónomo de Estonia en esta época.
44. Uniforme de primer teniente.
 45. «Traigo los cuatro trastos de mi jefe. El primer teniente ya debe de estar ahí, o estará al llegar.»
 46. «Todo bajo control, mi teniente. No olvidamos nada...»
 47. «Buen viaje, mi primer teniente. Regresará el miércoles, ¿no?»
 48. El diálogo en cursiva se cita en alemán en el original.
 49. Campo de trabajo y reeducación de Reval (Tallin).
 50. «¡Alto! ¡Ponga eso en el suelo, no sobre la mesa! ¡Está demasiado sucia!»
 51. Sinimäed, o Montañas Azules: tres montañas alineadas que forman una cadena en la costa noreste de Estonia, en el municipio de Sillamäe de la región de Ida-Viru. La batalla que lleva su nombre tuvo lugar entre julio y agosto de 1944 y en ella las SS-Waffen consiguieron frenar la ofensiva soviética contra Alemania.
 52. Apodados «los chicos finlandeses» tanto en Finlandia como en Estonia, se unieron a este regimiento voluntarios finlandeses para evitar de esa manera incorporarse al Ejército nazi.
 53. En alemán en el original. Literalmente significa «¿Qué lleva en el escudo?», y juega con una expresión idiomática alemana cuyo sentido figurado es «proponerse algo» o «tener intenciones poco claras».
 54. «¡Camaradas! ¡Escuchad!», en alemán en el original, al igual que el resto del parlamento reproducido en cursiva.
 55. «¡No somos bolcheviques! ¡No somos malhechores! Somos...»
 56. «Somos el ejército legítimo del Gobierno de la República neutral de Estonia. Os instamos a que depongáis vuestras armas y las abandonéis en el edificio. Quienes salgan por la puerta trasera y se presenten en el patio serán autorizados a volver a Reval. De lo contrario, nos veremos obligados a atacar la casa. Quisiéramos evitar el derramamiento de sangre. Todo depende de vosotros. Voy a contar hasta diez... Uno... dos... tres... cuatro...»
 57. «¿Dónde está vuestro Pitka?», en ruso en el original.
 58. Risti Kirik, o iglesia de la Cruz de Cristo, situada en la población de Harju-Risti, en el extremo suroeste de Estonia. Se empezó a construir como monasterio de la orden cisterciense en los siglos XIII-XIV.
 59. Nombre de mujer que da título al poema de amor escrito en 1895 por Akaki Tsereteli, cuya versión musicada se considera una canción popular georgiana. Era la canción predilecta de Iósif Stalin y como tal gozó de gran popularidad en la Rusia soviética.
 60. En la era soviética, espacios dedicados a la propaganda comunista.
 61. Juego de palabras con el término «*luft*» (viento, en alemán). Aplicado a una persona, en estonio, sugiere alguien de temperamento veleidoso e inconstante.
 62. Kaubamaja es la principal cadena de grandes almacenes de Estonia. Su primera tienda en el centro de Tallin fue inaugurada en 1960 en la calle Gonsiori.

CRÉDITOS

Título original: *Paigallend*

Primera edición en Impedimenta: octubre de 2015

© Heirs of Jaan Kross

First Published by Virgela, 1998, Tallinn, Estonia

Copyright de la traducción © Consuelo Rubio Alcover, 2015

Copyright del prólogo © Consuelo Rubio Alcover, 2015

Copyright del mapa © Allan Kukk, 2015

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2015

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez

La traducción y la edición de esta obra han recibido una ayuda de la Fundación Cultural del Gobierno de Estonia. El editor agradece este apoyo.

ISBN: 978-84-17115-12-8

IBIC: FA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.